

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA



TESIS DOCTORAL

El confesor real en la Castilla de los Trastámara: 1366-1504
The royal confessor in Trastámara Castile: 1366-1504

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Guillermo Fernando Arquero Caballero

Director

José Manuel Nieto Soria

Madrid, 2016



El confesor real en la Castilla de los Trastámara: 1366-1504
The royal confessor in Trastámara Castile: 1366-1504

Autor: GUILLERMO F. ARQUERO CABALLERO
Director: DR. JOSÉ MANUEL NIETO SORIA

FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA

A mis padres y a mi familia,
en especial a mi hermano Carlos, quien me enseñó que
“la vida es un instante entre dos eternidades”
(santa Teresa del Niño Jesús)

Es de toda justicia manifestar aquí mi agradecimiento a todas las personas e instituciones sin las cuales no podría haber llevado a cabo esta investigación. Comenzando por el ámbito académico, debo de expresar mi gratitud al Profesor José Manuel Nieto Soria, por aceptar la responsabilidad y carga de dirigir mi tesis, siempre atento y con una rápida respuesta a todos mis requerimientos, ayudándome con su consejo y supervisión. En segundo lugar, quiero manifestar mi agradecimiento a todo el departamento de Historia Medieval de la Universidad Complutense de Madrid, cuyos profesores siempre se han interesado por la evolución de mi trabajo en la medida que les correspondía, en especial su directora, Margarita Cantera, y secretaria, Ana Arranz, así como los profesores María del Pilar Rábade, Jorge Díaz, Óscar Villarroel, Francisco de Paula Cañas y David Nogales, que me han ayudado enormemente con sus consejos, facilitándome además todos los datos y referencias necesarios para la investigación.

En estos años de investigación y formación otras instituciones y personas me han brindado su ayuda. En primer lugar quiero dar las gracias a la Fundación Oriol Urquijo por ser el primer organismo (y más que ello, hermandad) en confiar en mi proyecto cuando estaba absolutamente todo por hacer y becarme para poder llevarlo a cabo. Igualmente, he de dar las gracias a la Universidad Complutense de Madrid y al Estado (esto es, a todos los ciudadanos que, con sus impuestos, me han ayudado) por las becas recibidas para el periodo de doctorado.

Por otro lado, he tenido la fortuna de poder realizar viajes y estancias de investigación para ampliar conocimientos y recabar información. Quiero agradecer a Rosa Vidal, del Queen Mary School de Londres (donde tuve el honor de pronunciar mi primera comunicación) su apoyo y atención en mi estancia en Reino Unido. De aquella estancia también quiero recordar

afectuosamente a los profesores José María Ortiz y Lluís Ferrer, con quienes coincidí, así como a Jess Poettcker, que además de su amistad me ofreció una enorme ayuda para progresar en el inglés, lo que después ha resultado esencial en mi carrera. Por otro lado, quiero dar las gracias a María Isabel del Val Valdivieso por acogerme Universidad de Valladolid y a Isabella Iannuzzi por sus consejos y su apoyo en Roma.

Queriendo reunirlos en un mismo párrafo, quiero recordar aquí a los amigos que se han encontrado o encuentran en mi misma situación como investigadores de doctorado. En la UCM, Pablo Ortego, María Ángeles Martín e Inés Ramos me han facilitado datos o documentos y me han ofrecido su consejo y apoyo para acometer una labor en la que me han precedido, dándome muchos ánimos, por lo que les estoy muy agradecido. También de la UCM, quiero recordar con especial afecto a Fernando Rodamilans quien, como yo, se encuentra en plena realización de la tesis doctoral y con quien he compartido tanto tiempo de trabajo, amistad y formación. Amigos de otros departamentos o universidades son Fernando Martín Pérez (a quien debo tan buenos momentos en Cantabria, y que haya más), Javier Sebastián Moreno (otro tanto en Madrid), Diana Olivares, Germán Gamero y Diana Pelaz (por su hospitalidad en Valladolid y por pensar en mí para labores de tipo académico), Julian Klatz y Hélder Carvalhal, con quienes coincidí en el archivo de Simancas.

Aunque no han seguido por el camino concreto del doctorado en Historia, quiero dedicar también el trabajo a otros amigos con quienes he compartido tan buenos momentos en los tiempos de estudio o investigación y que son lo mejor que hallé en la Universidad o fuera de ella, tales como (empezando por la Universidad y siguiendo por otros ámbitos) Marta Gajewska, Aída Pérez, Enrique Izquierdo, Gonzalo Domínguez, Julia

Merino, María Fernández, Silvia, Carlos Estévez, Rodrigo Pozuelo, Jesús Álvarez, Javier Alonso, Alex Rahman, Ricardo Villajos, José Ramón Vindel, Pedro Urbano, Enrique Rueda, Javier Carralón y otros muchos que, aunque no pueda citar, están en mi mente y espero así lo entiendan.

Por último, no por menos importante sino como lugar de honor, quiero expresar mi amor y gratitud a mi familia, en especial a mis padres, que han dado su vida entera para que pudiese crecer con todo lo necesario en el orden material y espiritual, y que me han arropado en el esfuerzo que con la presente memoria culmina. Quiero dar las gracias a mis hermanas Patricia (que, con Massimo, me recibieron en Roma) y Bárbara (otro tanto en Londres, junto a David, Mina, Jacobo y Victoria), gracias a las cuales las estancias pudieron ser acogedoras. También a María José que, con Cecilia, han hecho otro tanto en Madrid. También mi amor y gratitud al resto de mi amplia familia, viva y difunta (mis abuelos, mis tíos, mi hermano), de la que estoy orgulloso de formar parte.

ÍNDICE:

<u>INTRODUCCIÓN</u>	p. 15
<u>PRIMERA PARTE: PRECEDENTES HISTORIOGRÁFICOS E HISTÓRICOS.</u>	p. 19
<u>1.1. HISTORIOGRAFÍA.</u>	p. 19
<u>1.1.1. Breve descripción de los estudios referidos al confesor real en la Corona castellano-leonesa.</u>	p. 19
<u>1.1.2. Conocimiento global de la figura a partir de los estudios existentes. Cuestiones y objetivos a resolver en el presente estudio.</u>	p. 44
<u>1.2. LOS PRECEDENTES HISTÓRICOS DE LA FIGURA DEL CONFESOR REAL.</u>	p. 52
<u>1.2.1. Los orígenes de la figura del Confesor hasta el siglo XIII.</u>	p. 52
<u>1.2.2. La aparición de los primeros confesores: de Fernando III a Alfonso XI.</u>	p. 96
<u>SEGUNDA PARTE: TRAYECTORIAS BIOGRÁFICAS DE LOS CONFESORES REALES.</u>	p. 125
<u>2.1. PEDRO I Y ENRIQUE II.</u>	p. 125
<u>2.1.1. Los confesores de Pedro I.</u>	p. 125
<u>2.1.2. Los confesores de Enrique II.</u>	p. 139
<u>2.2. JUAN I: FRAY FERNANDO DE ILLESCAS.</u>	p. 143
<u>2.3. ENRIQUE III.</u>	p. 160
<u>2.3.1. Los primeros confesores: Fray Juan de Ezcaray (OFM) y fray Alfonso de Aguilar (OFM).</u>	p. 162
<u>2.3.2. Los últimos confesores: Fray Juan Enríquez (OFM) y fray Alfonso de Alcocer (OFM).</u>	p. 166
<u>2.4. JUAN II.</u>	p. 176
<u>2.4.1. Los confesores de la minoría de edad: fray Juan Rodríguez de Villalón (OP), fray Juan de Morales (OP),</u>	p. 178

<u>fray Luis de Valladolid (OP) y el beato Álvaro de Córdoba (OP).</u>	
<u>2.4.2. Fray Alfonso Pérez de Cusanza (OP).</u>	p. 217
<u>2.4.3. Fray Lope de Barrientos (OP).</u>	p. 227
<u>2.4.4. Fray Gonzalo de Illescas (OSH).</u>	p. 263
<u>2.4.5. Fray Alfonso de Palenzuela (OFM).</u>	p. 271
<u>2.5. EL EPÍLOGO DEL MEDIEVO: ENRIQUE IV Y LOS REYES CATÓLICOS.</u>	p. 287
<u>2.5.1. Enrique IV.</u>	p. 287
<u>2.5.2. Los Reyes Católicos: Actualización bibliográfica y documental.</u>	p. 307
 <u>TERCERA PARTE: EL DISCURSO MORAL Y PENITENCIAL DE LA RELACIÓN REY-CONFESOR.</u>	p. 341
<u>3.1. EL DISCURSO MORAL Y PENITENCIAL DEL CONFESOR REAL: PLANTEAMIENTO.</u>	p. 347
<u>3.2. LOS TEXTOS PARA RECONSTRUIR EL DISCURSO MORAL Y PENITENCIAL.</u>	p. 373
<u>3.3. CONCLUSIÓN Y DIVISIÓN DE LAS PARTES DEL DISCURSO.</u>	p. 396
 <u>CUARTA PARTE: LA DIMENSIÓN TRASCENDENTE DE LA ACTIVIDAD DEL CONFESOR: LA SALVACIÓN ETERNA DEL REY.</u>	p. 401
 <u>QUINTA PARTE: IMÁGENES E IDEALES DE LA RELACIÓN REY-CONFESOR.</u>	p. 441
<u>5.1. LA IMAGEN PENITENCIAL DEL REY.</u>	p. 441
<u>5.2. LA IMAGEN DEL CONFESOR: TEORÍA Y REALIDAD.</u>	p. 481
<u>5.2.1. <i>E bien así como el cuerpo del hombre ha menester de ayudarse de las cosas temporales para mantenerse bien, así el ánima ha menester de se ayudar de las espirituales: El confesor como juez y médico del alma.</i></u>	p. 485

5.2.2. De los más honrados e mejores perlados de su tierra: perfil eclesiástico del confesor real. p. 500

5.2.3. Debe ser hombre muy letrado, y de buen seso, e leal, e de buena vida: Perfil intelectual y político del confesor real. p. 533

CONCLUSIONES. p. 587

SUMMARY AND CONCLUSIONS p. 615

BIBLIOGRAFÍA p. 645

Resumen: La presente tesis doctoral tiene por objetivo identificar los confesores reales de los reyes de la Casa de Trastámara en Castilla, desde Enrique II a Isabel I, entre los años 1366 y 1504, así como valorar su importancia en la historia de la Iglesia y la monarquía de la Castilla medieval. Para ello, se ha indagado en los precedentes de dicha figura, la trayectoria biográfica de todos los confesores y en los aspectos ideológicos. Sobre esta base, se ha hecho un análisis prosopográfico contrastando la realidad de los confesores reales con el discurso regio sobre el ideal del mismo, así como la imagen del poder real proyectada por los mismos confesores en la conciencia regia, y la posible respuesta o reacción de los monarcas ante tales admoniciones. El resultado final ha sido la constatación de que la figura del confesor real arranca, como pronto, del siglo XI, cuando comenzó a implantarse la confesión auricular y privada en los reinos de León y Castilla. En el siglo XIII ya podemos hablar de confesores en toda la extensión del término, aunque la denominación no aparece hasta el

reinado de Fernando IV. Para el momento de la coronación de Enrique II, la del confesor era una figura arraigada, aunque con una definición institucional muy escasa. A partir de entonces, los confesores desempeñaron importantes labores eclesiásticas (especialmente en la reforma de las órdenes religiosas y en el episcopado), culturales (redacción de obras, creación de estudios y universidades, impulso o protección de empresas intelectuales) y políticas (labor en los órganos de gobierno, y en especial en la representación diplomática).

También hemos podido concluir, en los aspectos culturales, que la del confesor real hubo de ser considerada una figura esencial para la salvación del alma del rey, tanto por el cuidado de su salud espiritual como la atención que le deparó al monarca en el momento de su muerte. Además, su presencia o ausencia fue aprovechada por la propaganda a favor o en contra del rey para ensalzar o denigrar al rey. Por otro lado, los confesores reales hubieron de ser muy importantes en la creación de un ideal ético para la realeza, que ya no servía para legitimarla, sino que se constituía como una amonestación dirigida a la conciencia real para gobernar sinceramente según los principios de la moral y la fe cristianas. Partiendo de las fuentes conservadas, los confesores hubieron de tratar con los reyes sobre la legitimidad del poder real (de origen y ejercicio), la exacción fiscal, el amparo de la moral y la fe del reino, la promulgación de leyes y cumplimiento de la justicia y, por último, la guerra. Todos estos contenidos se articulan en lo que hemos dado en llamar discurso moral y penitencial, que es el modo más riguroso de acercarse, en lo posible, a la relación privada entre confesor y rey, de la que nada sabemos, sin incurrir en la mera especulación y salvando el absoluto mutismo sobre esta cuestión.

Los reyes, por último, exigirían de sus confesores que fuesen hombres de ciencia, bien preparados y con un juicio equilibrado para atender al rey y ofrecerle sabios consejos. Ello se refleja en la preparación que los confesores tuvieron por lo general. Por otro lado, exigieron de los confesores santidad de vida, que se aprecia en la coherencia que, por lo general, manifestaron los confesores. Por último, se exigiría una absoluta discreción para mantener a salvo los secretos de los reyes. Durante el periodo estudiado, no consta ningún caso en que los confesores traicionasen dicha discreción ni, en general, la confianza de los monarcas.

Abstract: This PhD aims to identify the royal confessors of kings of the House of Trastámara in Castile, from Enrique II to Isabel I, between 1366 and 1504 AD, and evaluate their relevance in the history of the Church and monarchy in medieval Castile. To this purpose, the study has focused on the precedents of this figure and, specially, the life of all confessors and the ideological aspects related to this figure. On this basis, an prosopographical analysis has been made, comparing the reality of royal confessors with the royal discourse about its ideal, and also the image of royal power projected by confessors on the king's conscience, and the possible response of the monarchs before such admonishment. The final results are different conclusions. First, we've stated that the figure of royal confessor began, as an earliest period, in the 11th century, when a new model of auricular and private confession started to be implemented in the kingdoms of León and Castile. In the 13th century we can talk properly about confessors, although the use of this term doesn't exist until the reign of Fernando IV.

By the time of the coronation of Enrique II, the figure of royal confessor was already settled, although barely institutionalised. From this

time onwards, confessors accomplished several and relevant tasks in the Church (specially in the religious orders they belonged, and in the episcopate), in culture (writings, foundation of Studies and Universities, support of intellectual endeavours) and in politics (work in the bodies of govern and, primarily, in diplomatic missions).

We have also concluded that, in the cultural field, the figure of royal confessor was considered essential for the salvation of king's soul, due to the care of his spiritual health and also the assistance in the time of death. Besides, the presence or absence of royal confessor in the king's death had a symbolical value, and it was use in the propaganda against or favourable to the king. On the other hand, royal confessors were important in the creation of an ethical ideal for Royalty, not with the purpose of legitimating it, but conceiving it as a warning sent directly to king's conscience in order to help the monarch to govern sincerely according to the principles of the christian moral and faith. On the basis on the preserved sources, we can say that confessors propably spoke with the kings about these fields: legitimacy of royal power (by origin and exercise), the tax exaction, the protection of faith and moral in the kingdom, the promulgation of laws and the execution of Justice and war. All these contents are organized under what we have called the moral and penitential discourse, which looks like the most accurate way of approaching, as possible, to the private relationship between the king and his confessor (something which we know nothing about) avoiding speculation and solving the mere silence on the matter.

Last, the kings would demand their confessors to be men of science, well prepared and with a balanced judgement in order to attend the king and giving him wise advices. This is verified in the well intellectual qualification of confessors in general. On the other hand, they demanded

from their confessors holiness of life, which is also verified in the coherence of life they followed in general. Last, complete discretion was demanded in order to keep the king's secrets safe. During the period of Trastamara House, we have found no case of violation of that secret or the king's confidence.

INTRODUCCIÓN:

La figura del confesor real en la Castilla medieval ha sido poco estudiada hasta el día de hoy, a excepción del periodo de los Reyes Católicos, si bien se ha hecho en conexión con la Edad Moderna más que con el Medievo, ya que en la Modernidad la institución del confesor del rey alcanzó plena definición y una relevancia en la corte hispánica bien conocida. Pese a lo poco que se ha estudiado para la Edad Media, no son escasas las menciones que a la figura del confesor del rey se han hecho desde hace siglos en las crónicas y estudios modernos. En los últimos años, algunos trabajos centrados en temas más amplios o que guardan algún tipo de relación con esta figura han prestado atención a la misma, haciendo notar que se echaba de menos un estudio específico. Dados estos precedentes, procedimos a finales de 2010 a iniciar una indagación sobre los datos conservados sobre los confesores reales en los reinos hispánicos. Tras una primera recopilación, vimos que un estudio centrado en el caso de Castilla, y más en concreto en la casa de Trastámara, era factible. Aquí se presenta el resultado final de una investigación que se podría haber llevado más lejos (en el ámbito geográfico -otras coronas- y en el periodo cronológico, así como por los temas implicados) pero que intenta resolver las dudas que los historiadores habían planteado sobre la figura del confesor en los siglos medievales, muy desconocida por lo fragmentado de las noticias conservadas así como la falta de una institucionalización de esta figura en la corte castellana medieval. Ha sido un trabajo arduo ya que ha exigido una amplia búsqueda bibliográfica y documental sin contar para ello con referencias concretas, dada la falta de configuración institucional del cargo de confesor del rey en esta época. Quizá no se aprecie en la

bibliografía todo este trabajo, ya que la bibliografía final es estrictamente la que se cita a lo largo del trabajo.

La presente memoria de doctorado se divide en cinco apartados que, creemos, estructura de la mejor manera posible un estudio sobre la figura del confesor real en la época de los reyes Trastámara. En primer lugar, haremos una revisión de la historiografía precedente sobre la que hemos basado nuestro estudio, así como de los precedentes alto y plenomedievales, para conocer la verdadera naturaleza y orígenes de la función del confesor del rey que en la dinastía de los Trastámara fue configurándose hasta llegar a la Edad Moderna.

El segundo apartado se dedica a la identificación de todos los confesores de los reyes Trastámara y una exposición biográfica de cada uno de ellos, con todos los datos que puedan guardar relación con su función de confesor. Los reinados contemplados en el estudio son los que se sucedieron desde Enrique II hasta Isabel I inclusive. Aunque el periodo de los Reyes Católicos tiene una entidad propia, diferente a la del periodo de los anteriores, y aunque ya ha sido estudiado en lo que se refiere al Confesionario real, hemos querido actualizar los datos sobre los confesores de la reina Isabel I, por cuanto esta monarca pertenece a la dinastía inaugurada por Enrique II y por cuanto los confesores de dicha reina no han sido estudiados en el conjunto de los confesores medievales sino en los de la Modernidad.

El estudio del confesor real no podía limitarse a los datos biográficos, sino que nos pareció desde muy pronto que debía atender a lo que le es más propio y lo que le dota de toda su importancia: la dirección espiritual y el consejo político-moral. Por ello, el tercer punto de la presente memoria tratará de sentar las bases teóricas necesarias para el estudio de esta

dimensión, que se hará mediante lo que hemos llamado el “discurso moral y penitencial”.

Conjugando los aspectos ideológicos que entraña la función del confesor del rey junto a la prosopografía de los confesores (obtenida a partir del estudio biográfico de cada uno de ellos, que muestra qué papel jugaron como hombres de Iglesia y como servidores de la monarquía), el punto cuarto de la tesis se centrará en todo lo que se refiere a la intervención de los confesores en la muerte regia (la problemática de la salvación, implicaciones morales y políticas que conlleva, la intervención en los últimos momentos de vida terrena de los reyes...) y el quinto analizará, por un lado, la imagen del rey que los escritos de los confesores ofrecen (y que, presumiblemente, expusieron al rey como ideal ético) y, por otro, la prosopografía del confesor real, contrastando el ideal que de él se exigía con la realidad histórica de esta figura.

Con esta estructura, trataremos de ofrecer un conocimiento lo más completo posible de la realidad ideológica y política de los confesores de los reyes Trastámara, y todos los apartados forman de este modo un estudio unitario. No obstante, el lector puede leer los apartados de manera independiente según el interés que le lleve a consultar este trabajo. Con el fin de no reiterar ideas o datos, cuando sea oportuno, se remitirá al lector a otro punto de la obra donde pueda encontrar más información sobre un tema implicado en la temática que se esté analizando pero que ya está desarrollado. Así, se hará referencia a dicho otro lugar mediante el símbolo “§” seguido la numeración del apartado donde se encuentra. Por otro lado, para conocer una referencia bibliográfica que se ofrezca en el aparato crítico el lector deberá buscar mediante los datos facilitados en el mismo (apellido del autor y fecha de publicación, o abreviatura de los datos del

archivo) la referencia completa en la bibliografía final. Ésta se divide en fuentes inéditas, fuentes editadas (obras publicadas hasta el siglo XIX - nótese que se han manejado ediciones recientes y la fecha referenciada es de dichas ediciones y no la primera-) y bibliografía moderna.

Por último, en las transcripciones de fuentes inéditas hemos primado la claridad de lectura frente a una edición rigurosamente paleográfica, de modo que se han desarrollado las abreviaturas, se han incluido acentos y tildes y se han adaptado otros elementos. Esto se ha aplicado también a las ediciones documentales más antiguas, acomodándolas a los criterios ortográficos actuales.

PRIMERA PARTE:

PRECEDENTES HISTORIOGRÁFICOS E HISTÓRICOS.

Vamos a exponer la historiografía existente sobre la figura del confesor real en el Medievo castellano, con el fin de establecer cuál es el conocimiento existente sobre el mismo y plantear las hipótesis e interrogantes que se han suscitado a partir de ahí, y que habremos de resolver a lo largo del resto del estudio, lo que busca ser la aportación esencial de la presente memoria para optar al título de doctor. Por otro lado, el segundo apartado de esta primera parte se refiere a los precedentes históricos de la figura del confesor que podemos identificar en la Alta y Plena Edad Media ya que, como es lógico suponer, la figura de los confesores de los reyes de la Casa de Trastámara no surgió de la nada. Contemplar los precedentes y contrastar los resultados que obtengamos con los estudios ya existentes que describiremos a continuación, nos permitirá valorar en mejor medida la realidad histórica de los confesores de los reyes de Castilla y León, desde Enrique II a Isabel I.

1.1. HISTORIOGRAFÍA:

1.1.1. Breve descripción de los estudios referidos al confesor real en la Corona castellano-leonesa.

De manera general, podemos decir que el conocimiento sobre la figura del confesor real en la Corona castellano-leonesa antes de los Reyes Católicos ha sido, hasta tiempo reciente, bastante escasa. No obstante, ya desde finales del XVII se prestó cierta atención y, si contamos las referencias

secundarias (las menciones a los confesores reales en estudios históricos centrados en otros temas o en la biografía general de los personajes), el volumen de la bibliografía se incrementa bastante. En este apartado tan sólo debemos tratar los estudios específicos referidos a la figura del confesor, en los que ésta constituye el objeto de estudio *per se*.

En la Edad Moderna, la institución del confesor real gozó de gran importancia y consideración, lo que explica la abundancia de estudios para este periodo. Los propios coetáneos valoraban la relevancia de dicho cargo, y es en este contexto cuando hubo una primera aproximación histórica a la figura. En la Monarquía Hispánica, hasta finales del siglo XVII, los dominicos tuvieron la hegemonía en el desempeño de dicha función. Dejando a un lado el hecho de que franciscanos y otras órdenes también proveyeron a los reyes de confesores, la irrupción de la Compañía de Jesús en las cortes europeas supuso un desplazamiento de los dominicos en la función que tradicionalmente se les había reservado. En el caso español, este hecho se retrasó y los Predicadores mantuvieron su preeminencia hasta fines del siglo XVII. No obstante, dicha situación privilegiada comenzó a cuestionarse en aquella centuria.

No nos parece aventurado decir que el reinado de Carlos II fue percibido, ya para sus coetáneos, como una época de cambio. La influencia francesa que se comenzó a dejar sentir con el matrimonio del rey con María Luisa de Orléans quizá causó desasosiego entre los dominicos, que comenzaban a ser criticados en su labor como confesores reales. María Amparo López Arandia (2010) ha estudiado recientemente este asunto de manera magistral, y ha concluido que “el reinado de Carlos II fue, sin duda, el más convulso para la orden de los Predicadores”¹. Lo que nos importa a

¹ LÓPEZ ARANDIA, 2010: 24.

nosotros es el hecho de que, en la búsqueda de argumentos a favor del “privilegio” de confesar al rey, los dominicos recurrieron a razones de tipo histórico, que supone la primera indagación en la historia del confesionario regio en época medieval². Ya anteriormente, en 1656, Rodrigo Méndez de Silva señalaba cómo Enrique II había dispuesto “que los Confesores de sus descendientes, Reyes de Castilla, fuesen de la Orden de Santo Domingo, por ser D. Leonor Núñez de Guzmán, madre del Rey, de la antigua Casa del Esclarecido Fundador, hasta oy observado”³.

Un personaje importante en los orígenes historiográficos de esta figura es Pedro Álvarez de Montenegro, OP, confesor de Carlos II entre los años 1668-1675 y 1677-1678. Este ilustre dominico ya debió percibir el peligro de perder el monopolio del confesionario para su familia religiosa ante los nuevos aires, y a comienzos de su segunda etapa como confesor del rey, en 1677, hallamos bajo su auspicio un escrito de Diego José Dormer († 1708), doctor en Derecho por la Universidad de Huesca y cronista de la Corona de Aragón. Célebre por sus diversos ensayos (entre ellos una continuación de los *Anales* de Jerónimo Zurita, que hizo diversas alusiones a los confesores en su obra), redactó un pequeño informe que se conserva en la Biblioteca Nacional bajo el título *Noticia de los confesores ó Padres de conciencia de los Señores Reyes de Aragón*⁴. Este trabajo da cuenta de las referencias existentes sobre la figura del confesor real en la Corona aragonesa que Dormer podía tener a su alcance, así como de la identificación de los diversos dominicos que ocuparon dicho cargo. Fue escrito (como en el mismo documento se expresa) a petición de fray Pedro

² “La campaña autopropagandística programada por la orden de Predicadores tuvo como principal objetivo escudarse en la tradición de las casas de Aragón y Castilla, con el fin de hacer frente, no sólo de las críticas, sino justificar el control de la conciencia del soberano” (LÓPEZ ARANDIA, 2010: 26).

³ MÉNDEZ DE SILVA, 1656: p. 106r.

⁴ BNE, Mss 12016, ff. 42r-48v.

Álvarez de Montenegro, “P(adre) Confessor”, en mayo de 1677, por medio de Miguel de Frías, confesor a su vez de Juan de Austria⁵. El documento fue elaborado, por tanto, a instancias dos confesores reales. Si bien Miguel Lorenzo de Frías era sacerdote secular, Montenegro era dominico, y dados los resultados favorables del estudio de Dormer, no es aventurado suponer que dicho fraile recurrió al cronista aragonés buscando argumentos históricos para su causa.

Este trabajo fue publicado (con una ampliación de sus contenidos) en 1683, en una colección de ensayos históricos del mismo autor⁶. Dormer recoge todas las referencias cronísticas y documentales que conoce sobre los confesores de la Casa de Aragón. Ignoramos si era consciente de la relevancia de los confesores franciscanos que tuvieron los reyes aragoneses (al menos, otros autores coetáneos o poco posteriores sí dieron muestras de ello⁷), pero lo cierto es que este cronista era de la tesis de que los dominicos habían sido la orden hegemónica en el confesonario regio, y así “casi siempre han sido Dominicos los Confesores de nuestros señores Reyes, por tenerles particular devoción”⁸. Lo interesante para nosotros

⁵ *Ib.*, f. 42r.

⁶ DORMER, 1683: 154-176,

⁷ Como se tratará a continuación, en la Biblioteca Nacional de España se conservan diversos escritos en un volumen titulado *Instrucciones y noticias de los Confesores que han tenido los Reyes de España* (BNE: Mss. 5758). En dicho manuscrito, se incluye una carta de de un tal fray Raimundo Cortar (ff. 37-38), que probablemente fuese dominico (ya que se muestra favorable a la idea de que los Predicadores eran, por derecho, confesores de los reyes en la España medieval), pidiendo la confirmación y ampliación de diversas noticias que Dormer publicó en 1683. Aunque se centra en el caso aragonés, menciona algo de Castilla. Sin embargo, en las *Instrucciones y noticias* también se recogen escritos que valoran la importancia de los franciscanos, y a continuación (ff. 39-40), se recoge un escrito anónimo, pero coetáneo, en el que se da noticia de la disposición de Martín I de Aragón sobre que los confesores de los reyes fuesen siempre de la Orden de los Menores, conservada en el “Real Archivo de Barcelona” (Archivo de la Corona de Aragón), que aún se conserva. Concluye además que, “tenían los Reyes particular devoción a los Religiosos Menores por que defendían la inmaculada Concepción de N^a S^a y no miraban bien a los Dominicos porque la contradecían. Contra esto de varios instrumentos el mismo Archivo” (fol. 40v). Ciertamente, la cuestión de la doctrina de la Inmaculada Concepción fue un debate abierto no sólo entre franciscanos y dominicos, sino también entre éstos y la Compañía de Jesús, también en el ámbito del confesonario regio (LÓPEZ ARANDIA, 2010: 24)

⁸ DORMER, 1683: 166.

(centrados en el caso castellano) es que para demostrar este punto, recoge noticias sobre el ámbito castellano-leonés, y así refiere la noticia de Pedro López de Ayala sobre la última voluntad de Enrique II respecto a los dominicos y el confesionario real⁹, y cita a continuación diversos autores modernos que opinaban del mismo modo. Recoge asimismo un escrito elaborado por el propio fray Pedro Álvarez de Montenegro en el que éste dice a Carlos II que los dominicos se habían destacado siempre en el servicio a los monarcas como confesores, desde que san Pedro González de Telmo ocupase el cargo (en tiempos de Fernando III) y tras él otros cincuenta y dos “que hasta aora son conocidos por sus nombres, sin otros, cuya memoria han ocultado los siglos, ha experimentado esta Monarquía mucho amor á sus Reyes, verdad, lealtad, y fidelidad, y desinterés, con algunos servicios de gran tamaño, de que dan cuenta las historias”¹⁰. En efecto, en la Biblioteca Nacional de España se conservan dos copias manuscritas de dicho documento¹¹. No obstante, el confesor no da los nombres de la cincuentena de dominicos que supuestamente fueron confesores reales, salvo el de san Telmo, que sería el primero de todos. La primera lista conocida se ofreció en el siguiente trabajo que vamos a comentar.

Si el reinado del último de los Austrias causó suficiente desasosiego como para iniciar estas discusiones, la llegada de los Borbones no hizo sino

⁹ *Ib.*: 169.

¹⁰ *Ib.*: 171.

¹¹ BNE: Mss. 10889 ff. 7 y 8; y BNE: Mss. 11017, ff 119-120. López Arandia transcribe, de los folios mencionados, la argumentación histórica de Montenegro: “...por mi religion –advertía Álvarez de Montenegro- es deuda forzosa de hijo suyo, representar a V. Magestad, que es un criado mui antiguo de esta real casa de casi 500 años a esta parte, haviendo nacido con la misma religion esta honra de confesarse con sus hijos los señores reyes desde el santo rey don Fernando, cuyo confesor fue otro santo de la religion S. Pedro Gonzalez Telmo, y que en cinquenta y dos confesores, que hasta hora son conocidos por sus nombres, sin otros, cuya memoria han ocultado los siglos, ha experimentado esta Monarquia mucho amor a sus reyes, verdad, lealtad, fidelidad, desinterés con algunos servicios de gran tamaño, de que se dan noticia las Historias. Por los quales motibos supplico a V. Magestad humildemente que esta honrra se continue en otro hijo de mi religion sagrada, y que mi insuficiencia no la perjudique, haviendo tantos que puedan dar entera satisfacion al Ministerio...” (LÓPEZ ARANDIA, 2010: 27). El resto del escrito se centra en razonamientos de otra índole.

agudizar la polémica, ya que Felipe V trajo consigo confesor jesuita, innovación que causó cierta indignación entre los Predicadores y sus partidarios. A finales de 1700, o a principios de 1701, se publicó *Un caballero de la Corte de Madrid escribe à un Religioso Dominico sobre la novedad que se rezela, de que el Rey nuestro Señor Don Phelipe V. no confiesse con Religiosos de dicha Religión*. Se trata de un folleto que debió circular por Madrid, y del que se conservan dos ejemplares en la Biblioteca Nacional de España¹². Este escrito es, al menos formalmente, una carta abierta, fechada el 10 de diciembre de 1700, en la que un cortesano pregunta a un dominico sobre si los miembros de su orden ocuparon tradicionalmente el cargo de confesor del rey por derecho propio o por mera tradición. Se refiere precisamente al documento de Dormer para argumentar que, aparentemente, los dominicos no tenían adjudicada por ley o norma dicha función¹³.

El dominico respondía afirmando que, pese a lo que pudiera parecer, los Hermanos Predicadores sí tenían adjudicada de manera normativa el cargo de confesor, citando de nuevo a Dormer y su referencia a la disposición de Enrique II, el cual no habría hecho sino consagrar la tradición que se remontaba a tiempos de Fernando III¹⁴, aunque no existiera un documento original que así lo avalase, bastando el principio "*cum fama Privilegii*"¹⁵. El dominico defendería sin reparos que los confesores reales

¹² Se conserva incluído en el mencionado volumen *Instrucciones y noticias de los Confesores que han tenido los Reyes de España* (BNE, Mss 5758, ff. 43-48) y suelto con la signatura Mss VE 31/64.

¹³ "En virtud de que ninguna ley, Fuero, ni costumbre de los Reynos de Castilla, ni de Aragón, adjudica dicho Conferssionario a los padres Dominicos; como se prueba por un discurso, que imprimió el Doctor Dormer, Coronista del Reyno de Aragón, y lo escribió por orden del padre Álvarez, Confessor que era del Rey nuestro Señor Carlos Segundo. porque no trae tal fuero, y dize: *Que casi siempre han sido Dominicos los Confessores de nuestros Señores Reyes, por tenerles particular devoción &c.* Y siendo por devoción, no es por *Fuero*, ni *ley*" (BNE: Mss. VE 31/64, f. 1r.)

¹⁴ BNE: Mss. VE 31/64, f. 1v.

¹⁵ *Ib.*, f. 2v.

siempre fueron dominicos, y si se tienen noticias de frailes de otras órdenes que atendieron a los reyes, es porque éstos lo hicieron siempre de manera puntual y ante la ausencia temporal del confesor oficial, de manera que dichos confesores “no son, ni han sido de Estado, sino interinos, o particulares: y como ha auido algunos de otras Religiones, los ponen los Autores en el Catálogo de Confessores de los Reyes, sin esta advertencia tan necessaria para evitar confusiones, y para que tenga la verdad el lugar que se le debe”¹⁶. Como vemos, el dominico proyectó la figura del confesor real en la Edad Moderna en el Medievo, época en la que, como veremos, no existía una definición institucional como en época en la dicho fraile escribía esta carta, y así habla de “confesores de Estado” cuando en ningún caso, existía semejante figura en época de los Trastámara. Para concluir, ofrecía un catálogo de los confesores de los reyes de España, que supone la primera enumeración que conservamos.

En el siglo XVIII no hemos encontrado estudios específicos, aunque sí hay referencias, por ejemplo, en la *España Sagrada* de Enrique Flórez, cuyo décimo volumen estaba, además, dedicado al Padre Rávago, confesor de Carlos III¹⁷. Otras referencias pueden encontrarse en diversas crónicas conventuales, pero se citarán para los casos oportunos. Aquí cabe señalar, no obstante, que el autor de la *Crónica de la Provincia Franciscana de Santiago* dedicó su capítulo número treinta a los confesores de las reinas

¹⁶ *Ib.*, f. 3v.

¹⁷ En esta dedicatoria, aunque no se hace alusión a los confesores, Flórez insiste en el servicio que la Iglesia ha prestado a la monarquía hispánica desde la época de los godos, alusiones muy significativas al estar dirigidas a un confesor real: “De parte de los eclesiásticos vemos una finísima recíproca correspondencia a sus reyes; una solicitud continua en mantener a los pueblos en la debida sujeción ya por a su monarca; una providencia especial sobre indemnidad del soberano y de su real familia; un celo tan esmerado por su bien que llegaron a formar canon para que cada día se hiciese oración a Dios en el venerable sacrificio por la salud del rey y de la prole regia, como se practica en España hace más de mil cincuenta años, desde el 693 en que se tuvo el concilio decimosexto de Toledo. Además de esto, complaciéndose los padres de ver tanta piedad en sus monarcas, hubo lance en que, congregados en un sínodo nacional, prorrumpieron en dar gracias a Dios de que hubiese criado un alma tan ilustre como la que dio al rey católico reinante, según se apunta en este tomo” (FLÓREZ, 2002: 9)

de España, concediendo con ello, en cierta manera, a los dominicos el hecho de haber sido los confesores de los reyes como gobernantes, dejando a los franciscanos el confesionario de las reinas consortes¹⁸. Se repite así lo ya ocurrido en los siglos XVI y XVII, en los que diversos cronistas habían identificado confesores reales, estudios que incorporaremos en el estudio biográfico de cada confesor (§ 2). Nótese aquí que estas menciones esporádicas suponen también en cierto modo la historiografía sobre la figura del confesor real. En efecto, aunque dichas menciones responden a un interés particular en el individuo y no en la función, sin embargo ésta fue considerada lo suficientemente importante como para hacer alusión a la misma.

En el siglo XIX, con el auge de los estudios históricos y eclesiásticos, empezamos a encontrar obras de interés en la materia. En Francia, se publicó en 1824 el libro titulado *Histoire des confesseurs des empereurs, des rois, et d'autres princes*, por M. Grégoire. Este ensayo pretendía hacer una magna historia de la figura del confesor real en el Occidente cristiano. Realmente, era un proyecto sorprendentemente ambicioso que evidenciaba una valoración histórica de dicha figura. Lo cierto es que quedó en un ensayo muy genérico, aunque de enorme mérito y valor. Grégoire incluía el ámbito hispánico referencias desde el mundo godo (los problemas de conciencia del rey Égica¹⁹) hasta la época de Catalina de Aragón, transcribiendo las cartas que mantuvo con su confesor, el Padre Forest²⁰. Dedicó además un capítulo específico a los confesores de los reyes de España (el decimosexto), e indica que los reyes de los diversos reinos hispánicos, en el siglo X, contaban con capillas, y éstas estarían a cargo de un

¹⁸ Vid. CASTRO, 1971: 110-112

¹⁹ GRÉGOIRE, 1824: 112

²⁰ *Ib.*: 150.

obispo que sería a su vez confesor. Identifica esta figura en Bernardo de Sédillac, arzobispo de Toledo y confesor según él de Alfonso VI, así como el obispo de Orense, confesor a su vez de Fernando II de León²¹, que ya había sido señalado por Enrique Flórez como luego veremos (§ 1.2.1). Después de dichas menciones, Grégoire se centra en el ámbito aragonés para el periodo medieval (probablemente siguiendo las publicaciones de Diego Dormer), y de ahí salta a época de los Reyes Católicos, con lo que para el grueso de nuestra época y ámbito no hay mención alguna.

Una treintena de años después se publicaría el famoso *Glossarium* de Charles du Fresne du Cange. Este autor incluyó varias entradas para el término *confessor*²². En la tercera acepción se encuentra la referida al confesor real, y así incluye el término *Confessarius Regis*, que, llamativamente, sólo recoge una referencia, y es hispana. Así, du Cange repite la noticia, recogida de fray Antonio de Yepes, de un *confessarius* de Ordoño II, *quo nomine subscribit Didacus Fernandus Chartam Ordonii II. Regis æræ 947*²³. Después añade, subordinada a esta entrada, los términos *confessor regis* y *confessor regni*²⁴, que se refieren a casos franceses. De acuerdo con la noticia de du Cange, que recoge a su vez la de Yepes, el rey Ordoño II tendría un tal Diego Fernández por confesor. Como veremos, no hemos encontrado en la obra del franciscano español tal nombre, sino el de cierto Hermenegildo²⁵, al igual que fray Juan Benito Guardiola hiciera ya

²¹ *Ib.*: 204.

²² DU CANGE, 1842: 530.

²³ *Ib.* Lo cierto es que la noticia es algo ambigua, porque más adelante trata sobre el término *confessarius* con otro sentido, como el de aquél *qui peccata sua confitetur Sacerdoti* ("que confiesa sus pecados al sacerdote") según el *Chronicon Mellicense*. Pero ésta es otra acepción distinta a la del *confessarius* de Ordoño II.

²⁴ DU CANGE, 1842: 530. El primero: *Confessor regis inscribitur Joannes episcopus Abrincensis, in Charta ann. 1475. tom. 5. novi Tract. de Re diplomat. pag. 604*; el segundo: *Qui Regi est a confessionibus remite al término auricularius*, aunque éste se refiere más bien al cargo de consejero privado, lo que no es exactamente el confesor.

²⁵ YEPES, 1960: 313.

antes²⁶. Quizá du Cange, al manejar la traducción latina, se equivocó o lo hizo el traductor. Pero este punto lo trataremos en el próximo apartado (§ 1.2.1). En cualquier caso, supondría la existencia de la figura del confesor real en suelo castellano-leonés ya desde el siglo X.

Con lo visto hasta ahora, la Edad Moderna y el siglo XIX dejaban un balance bastante exiguo en cuanto al conocimiento de los confesores reales de la Castilla medieval. Sería en el primer tercio del siglo XX cuando se publicaron los primeros estudios modernos sobre los confesores reales en el Medievo, elaborados por el dominico Luis Alonso Getino y el franciscano Atanasio López Fernández sobre los confesores reales de sus respectivas órdenes en la Edad Media. Ambos autores suponen una renovación del estudio, con un mayor rigor documental respecto a la historiografía precedente en España. No obstante, aún mantienen algo del espíritu polemicista, teniendo como una de sus principales intenciones el reivindicar la importancia de sus respectivas órdenes en el desempeño de la función de confesor real.

De entre los dos, el pionero fue Luis Alonso Getino (fundador de la revista *Ciencia Tomista*), que en 1916 publicó “Dominicos españoles confesores de los reyes”. Este artículo repasaba todos los confesores de las coronas de Castilla, Aragón y la Casa de Habsburgo. Tiene como enorme mérito ser resultado de una indagación en las fuentes cronísticas. No obstante, adolece de un estilo excesivamente literario en relación con el espíritu polemicista que hemos mencionado. Así, Alonso no muestra muchos reparos a la hora de identificar varios dominicos como confesores de los reyes cuando no hay prueba real de que lo fueran. Por otro lado, el artículo presenta el inconveniente de no tener aparato crítico, por lo que

²⁶ GUARDIOLA, 2007: 111.

no pueden conocerse con exactitud las fuentes y la bibliografía empleadas. Ello se debe no a la falta de rigor de su autor, sino al hecho, como él mismo indica en el trabajo, de que tenía el proyecto de escribir una magna obra sobre el confesor real en España, desde la época de Hermenegildo (que contaría con san Leandro como confesor) hasta Isabel II²⁷, quizá animado con el ejemplo de Grégoire, y como haría setenta años más tarde George Minois para el caso de la Corona de Francia, como luego veremos. Lamentablemente, la guerra civil española detuvo su trabajo de investigación y, al regresar a su estudio en Madrid, donde guardaba todo el material acopiado, comprobó que éste había sido arrasado por los desastres de la guerra²⁸. Recomenzó la tarea pero su muerte en 1946 impidió la consumación de diversos trabajos que había emprendido²⁹.

Quizá animado por la iniciativa de fray Luis Alonso, el franciscano fray Atanasio López Fernández publicó varios artículos referidos a los confesores reales franciscanos en el Medievo en la revista *Archivo Ibero-Americano*. En ella, inserta todas las referencias posibles halladas en crónicas y bularios sobre confesores minoritas de los reyes de Castilla³⁰, Aragón³¹, Navarra y Mallorca³². Refuta a Luis Alonso en algunos puntos, demostrando por ejemplo que varios confesores que él consideraba dominicos eran en realidad franciscanos. Estos trabajos presentan un sólido aparato crítico y, a estos efectos, resultan de mayor rigor. No obstante, como bien se ha señalado, estas listas “pecan más por exceso que por defecto”, en el sentido de que tienden a engrosar el número de confesores de una familia religiosa

²⁷ ALONSO, 1916: 374.

²⁸ cienciatomista.dominicos.org/, consultado el 23 de marzo de 2015

²⁹ *vid.* FRAILE, 1946

³⁰ LÓPEZ, 1929a

³¹ LÓPEZ, 1929b

³² LÓPEZ, 1929c

u otra³³. Atanasio López identificó el mayor número de confesores posibles de la familia real, y además dedicó trabajos específicos a algunos de ellos, como fray Pedro Gallego (§ 1.2.2)³⁴, fray Fernando de Illescas (§ 2.2)³⁵ o fray Alfonso de Alcocer (§ 2.3.2)³⁶.

Después de estos estudios nos encontramos con un vacío historiográfico durante buena parte del siglo XX. Se hacen continuas menciones a estos estudios en obras de carácter general pero que no se centran en esta figura. El interés se reavivó con la elaboración del *Diccionario de Historia Eclesiástica de España* (1972-1975), que incluyó las entradas “Confesores dominicos de los reyes de España (1218-1740)”³⁷ y otra sobre los jesuitas. El historiador Manuel Castro fue crítico con ciertos enfoques y carencias de dicha enciclopedia eclesiástica. En el caso de los confesores reales, señaló que en las dos entradas existentes “no figuran más que dominicos y jesuitas”³⁸. Así, en el suplemento a dicha obra, logró incluir su entrada “Confesores franciscanos de los reyes de España”³⁹. Animado por ello, y queriendo seguir la labor donde Atanasio López la había dejado, publicó dos años más tarde un artículo sobre los confesores franciscanos de la familia de los Reyes Católicos, en la misma revista *Archivo Ibero-Americano*. Manuel Castro menciona precisamente los trabajos de su predecesor para reivindicar la importancia de los franciscanos en el confesionario regio, y presenta su propio trabajo a modo de continuación, para “demostrar que a partir de los Reyes Católicos también ha habido

³³ MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 37, n. 11.

³⁴ LÓPEZ, 1925

³⁵ LÓPEZ, 1928a.

³⁶ LÓPEZ, 1928b.

³⁷ PALOMO, 1972a.

³⁸ CASTRO, 1974: 56.

³⁹ CASTRO, 1972a

confesores franciscanos de los reyes”⁴⁰. El enfoque es exactamente el mismo: la exposición sucesiva de la biografía de cada uno de los confesores a partir de la bibliografía y las fuentes.

Como vemos, en los años 70 se consideró el tema de los confesores reales en España lo suficientemente relevante como para dedicarles, aunque fuera pequeño, un espacio en el diccionario de historia eclesiástica. En los años 80 y 90 comenzarían a surgir estudios en esta línea. Si bien los diccionarios clásicos (a excepción del *Glossarium* de du Cange) no habían considerado la figura del confesor real, los que en este tiempo se elaboraron incluyeron entradas específicas. Robert Barringer preparó para el *Dictionary of the Middle Ages* (Nueva York, 1982-1989) el apartado “Confessor, royal”⁴¹. Este autor sitúa en los orígenes del confesor del rey (partiendo de la época de Constantino) en los grandes prelados, monjes y abades, y así en el siglo VIII, *these earliest royal confessors were prominent bishops and abbots but were not yet resident at court*, para lo cual habría que esperar al siglo XIII, cuando fuese *a familiar member of the royal household*⁴². Luego, de una manera clara y directa, indica que la elección del confesor dependía en buena medida de la fidelidad de la Casa Real a determinada orden religiosa, así como a la afinidad entre la persona del rey y el confesor, que solía transmitirse de padre a hijo. Indica igualmente la importancia de los confesores en materia de diplomacia y en la gestión de asuntos internos de la Corte. No obstante, no hay mención alguna al caso hispano (salvo en la consideración general que hemos señalado), y todos los datos particulares se centran en Francia e Inglaterra. Ello tiene la

⁴⁰ CASTRO, 1974: 56. Hay que mencionar, en este caso, que en 1940 Antonio de la Torre publicó un artículo sobre Cisneros en calidad de confesor de la reina Isabel (TORRE, 1940), pero, más allá de esto, hasta el trabajo de Manuel Castro no encontramos estudios sobre los confesores franciscanos.

⁴¹ BARRINGER, 1983: 534-535.

⁴² *Ib.*: 534.

importancia de que podremos comparar las conclusiones e Barringer y otros, para estos ámbitos, con las que nosotros lleguemos para el caso de Castilla. Otro célebre diccionario histórico, el *Lexikon des Mittelalters*, incluyó la entrada “Confesor real”, centrada en España, y elaborada por Antonio García y García⁴³. Texto de muy pocas líneas, no aportaba nada nuevo y se basaba en los estudios precedentes ya mencionados, aunque el mero hecho de haberlo incluido nos parece que responde al interés que dicha figura comenzaba a despertar.

El primer trabajo que respondió de una manera más profunda a dicho interés, y que constituye la primera monografía moderna sobre los confesores reales fue *Le confesseur du roi: Les directeurs de conscience sous la monarchie française*, por Georges Minois (1988). Este trabajo puede ser enmarcado en la tercera escuela de los *Annales* por su enfoque y estilo. Es así un estudio de gran extensión y de amplitud cronológica, abordando la figura del confesor del rey de Francia desde la época merovingia hasta el fin de la monarquía, siendo así un claro ejemplo de historia de *longue durée*, que combina el rigor histórico con el estilo literario y la consideración de aspectos no estrictamente positivistas. Manifiesta dominio de fuentes y bibliografía, aunque no aporta aparato crítico. Comenzaba este autor planteándose cuál debía ser la consideración hacia la figura del confesor real, si como un mero administrador del perdón divino o por el contrario un hombre que debía amonestar al rey a cumplir las exigencias de la moral cristiana en materia de gobierno. Según él, esta segunda opción “parece la más lógica”⁴⁴.

⁴³ GARCÍA Y GARCÍA, 1986: 126. A continuación, había otra entrada para el caso de Francia (“confesseur du roi”, por Bautier)

⁴⁴ MINOIS, 1988: 16

Minois indicaba que el principal problema para el estudio de esta figura es la ausencia de documentos que hacen imposible el trabajo para el historiador⁴⁵. Esta consideración es la que debió llevarle a señalar que la historia del confesor real debe pasar por los estudios biográficos sobre los mismos y el desarrollo institucional del cargo, así como la historia del sacramento de la Penitencia⁴⁶. Este juicio nos parece muy acertado, y ha hecho que en el presente estudio se haya prestado atención a la historiografía sobre el desarrollo del sacramento de la Penitencia en el Occidente bajomedieval y más en concreto a la literatura penitencial que, como veremos, tiene estrecha relación con la figura del confesor real en Castilla. No obstante, como desarrollaremos a partir del tercer apartado, creemos que su postura, sobre la imposibilidad del estudio de la faceta privada del confesor, es excesivamente tajante.

Minois hizo un estudio de enorme extensión, dividido en tres partes: la época altomedieval (siglos VI-XII), la que llama “era de los dominicos” (siglos XIII-XVI) y la “era de los jesuitas” (siglos XVII-XVIII). A lo largo de las más de 500 páginas de la obra, combina el rigor histórico con una noción, a veces laxa, del confesor del rey, sobre todo para las épocas más tempranas, antes de la configuración institucional del cargo. Como vemos, el autor arranca su estudio desde los mismísimos orígenes de la monarquía católica en Francia, y aunque es consciente de la diferencia entre el “confesor” y el mero “director de conciencia”, parece asumir en el primero todos los casos de eclesiásticos que, de un modo u otro, acogieron la penitencia de los reyes o simplemente les aconsejaron en materia moral o espiritual. Ello nos lleva, por nuestra parte, a revisar los siglos altomedievales en Hispania, para

⁴⁵ *Ib.*: 10

⁴⁶ *Ib.*: 12

ver si podemos remontar a tanto los precedentes (§ 1.2.1). Dada por ejemplo la noticia de du Cange y los historiadores modernos hasta Luis Alonso Getino, cabría pensar en la existencia de confesores de los reyes godos, asturianos y leoneses antes del siglo XIII (y aun en este siglo no figura en las fuentes primarias el término “confesor” para el caso castellano). Por lo demás, el trabajo de Minois se nos presenta como un modelo en cuanto a la combinación del estudio biográfico con la consideración de aspectos culturales (relaciones monarquía-Iglesia, literatura penitencial...).

La siguiente obra que merece una alta consideración en nuestro trabajo se publicó también en Francia, y es *Le service des âmes à la Cour. Confesseurs et aumôniers des rois de France du XIII^e au XV^e siècle*, de Xavier de la Selle (1995). A diferencia del anterior, este autor se dedica a una labor sistemática en la búsqueda de fuentes archivísticas, y la elaboración científica de una prosopografía. Es así un estudio de la institución del cargo de confesor real en toda regla. Hemos de decir que, para el caso de Castilla, no hemos podido elaborar un estudio similar con tanto detalle, dada la mayor parquedad y fragmentariedad de las fuentes con las que disponemos, y al hecho de la poca (por no decir casi nula) definición institucional del cargo en Castilla, a diferencia de lo que ocurría en Francia. Esto nos ha obligado a un estudio de sesgo más cultural, en lo que no entra precisamente de la Selle. Ahora bien, para el estudio prosopográfico, y a efectos comparativos, su trabajo presenta una sólida base para cotejar las estadísticas entre los confesores de la Casa de Trastámara y la de Francia.

Volviendo al caso español, hemos visto cómo la figura del confesor real volvió a despertar el interés de los historiadores. Así, José Manuel Nieto Soria, en sus estudios sobre la génesis del Estado Moderno y las relaciones monarquía-Iglesia en los siglos bajomedievales, ya percibió la importancia

que pudieron jugar los confesores de los reyes en estos procesos históricos, y así señaló cómo “un cargo cortesano sobre el que apenas se ha llamado la atención con anterioridad a los Reyes Católicos y que, a buen seguro, ejerció una importante labor de configuración eclesiástica de la realeza trastámara fue el del confesor real”⁴⁷. Previamente, en su estudio sobre el episcopado castellano, mostró que uno de los modos de acceso a la dignidad episcopal en la Castilla medieval fue precisamente el desempeño previo del cargo de confesor⁴⁸. Como veremos, dos de sus discípulos (Óscar Villarroel y David Nogales) han sido los que más han contribuido a ahondar en la investigación sobre los confesores reales castellano-leoneses en el periodo medieval.

Antes de ellos, Sophie Coussemer publicó en 1999 su artículo sobre los confesores jerónimos (“Les confesseurs hiéronymites des souverains castillans de 1373 à 1474. Quels confesseurs pour quels rois?”). Venía así a completar el panorama que, hasta entonces, sólo se había centrado en los dominicos y los franciscanos, pero su trabajo suponía también un importante avance en lo que al enfoque se refiere. Los estudios anteriores estaban exclusivamente centrados en la dimensión biográfica de los confesores (acopio de datos) y en lo político en el sentido más positivista del término. Coussemer, adoptó otra manera de exponer sus resultados, y pasó de la descripción sucesiva de la biografía de cada uno de los confesores a realizar una valoración conjunta de los mismos, evaluando su origen social, su preparación intelectual, los modos de acceso, la carrera interna en la orden y en la corte. Otro estudio de enorme valor para nosotros es la tesis de Leandro Martínez Peñas, que en 2007 fue publicada

⁴⁷ NIETO, 1990: 143. También hace muchas menciones en este sentido en su trabajo sobre la Iglesia y la génesis del Estado moderno (NIETO, 1994).

⁴⁸ NIETO, 1988b: 27.

en la editorial Complutense bajo el título *El confesor del rey en el antiguo régimen*, que supone sin duda la investigación más completa que se ha hecho sobre esta figura para el caso hispano. El autor hace un estudio que se extiende desde el reinado de los Reyes Católicos hasta el fin del Antiguo Régimen. Es sin duda un proyecto de enorme ambición, dado el número de confesores y el volumen bibliográfico y de fuentes que requiere semejante estudio.

Este trabajo debe ser considerado, para la presente investigación, como un importante precedente. En primer lugar, nos ha llevado a delimitar la investigación biográfica hasta el reinado de Enrique IV, ya que el autor comienza su estudio con los confesores de los Reyes Católicos, a los cuales dedica más de cien páginas. Hay que decir que Martínez Peñas no agota en absoluto la investigación sobre este reinado y los posteriores (como en realidad los estudios de Minois y de la Selle tampoco agotarían los de Francia). En efecto, nos encontramos ante un estudio de conjunto de gran valor pero que, centrado en algún personaje o reinado concreto, podría dar para una memoria de doctorado propia (pensemos en Diego de Deza, Jiménez de Cisneros, etc.). En la presente memoria de doctorado ocurre otro tanto, y por ello hemos llegado a la conclusión de que no podríamos aportar nada nuevo al trabajo de Martínez Peñas sobre el perfil histórico de los confesores de Isabel I y Fernando V desde el enfoque que hemos adoptado, como es el estudio de la Casa de Trastámara en su conjunto. Por ello, nuestra aportación a este reinado se cifrará en una actualización bibliográfica y documental, y una valoración de conjunto que se añada a la que hagamos de los reinados precedentes (§ 2.5.2). No obstante, hay que decir que el análisis de la figura del confesor desde el punto de vista ideológico y cultural que aquí haremos difiere mucho del

enfoque de Martínez Peñas, y en este punto sí podremos aportar ciertas novedades también para el caso de los Reyes Católicos.

Un punto importante, ya que supone la delimitación de nuestro objeto de estudio, es la definición de qué es un confesor real, que nos llevará a identificar (o a descartar) a los individuos que podamos considerar como tales. Martínez Peñas considera que no basta con confesar al rey de manera eventual para considerar a un determinado clérigo como confesor real. A ello hay que añadir otros rasgos:

Ser confesor del rey implica el desempeño de un cargo en la Corte que conlleva un ceremonial cortesano y la asunción de unas potestades a veces implícitas y otras veces oficializadas tras años de práctica. Implica también una residencia más o menos habitual en la Corte o en sus alrededores, así como una participación, buscada o no por el religioso, en los asuntos de gobierno y en la política del reino, en especial en lo concerniente a la Iglesia. Conlleva, por último, un acceso a la persona del monarca que muy pocas personas disfrutaban. Éste es el verdadero concepto del confesor, y para ser considerado tal no basta administrar el sacramento, sino que el sacramento religioso ha de ir acompañado de un reconocimiento unánime y sin género de dudas de la persona como confesor real. Lógicamente, el medio más claro y que menos problemas arroja es el otorgamiento de un título, pero no es el único⁴⁹.

La clave para calificar a alguien de confesor del rey radicaría “en la misma voluntad real de atribuir el cargo”⁵⁰. Aunque en el párrafo superior queda bastante claro, Martínez Peñas ofrece una definición formularia de lo que entiende por confesor: “Confesor real es aquella persona nombrada por el monarca para desempeñar ese cargo y, en razón de ello, reconocido

⁴⁹ MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 28-29.

⁵⁰ *Ib.*: 30.

públicamente como tal, independientemente de que exista título escrito de nombramiento o documento equivalente y de que administre o no el sacramento de la penitencia al monarca”⁵¹. Otra acotación importante que hace Martínez Peñas, y que hemos incorporado como criterio en nuestro estudio, es la delimitación de la noción de confesor real al confesor del soberano o monarca, y no de los miembros de su familia (príncipes, infantes, consortes) o los regentes⁵². Los confesores de estos personajes fueron sin duda importantes, como mostraron Luis Alonso o Atanasio López, o más tarde como señaló Óscar Villarroel y David Nogales. Naturalmente, tendremos en cuenta a estos individuos pero no serán objeto central de estudio ni se incorporarán al estudio prosopográfico a la prosopografía. Tan sólo habrá (al igual que los confesores de otras Coronas) una atención a los mismos en términos comparativos y para enriquecer el análisis.

La única salvedad que hemos de hacer a la aplicación de los criterios de Martínez Peñas es la cuestión del nombramiento institucional. En la Edad Moderna, la figura del confesor real está muy bien delimitada en la Corte, cuenta con importantes atribuciones institucionales, figura en las cuentas de la Casa Real, etc. En el Medievo, sin embargo, pesa más la condición personal del confesor que el peso del cargo⁵³. Esto lo demostró (para el reinado de Juan II) precisamente el siguiente autor que vamos a mencionar: Óscar Villarroel, que en 2006 publicó sus tesis doctoral *Las relaciones*

⁵¹ *Ib.*

⁵² “Por tanto, concluyo esta introducción sobre el concepto de confesor real manifestando mi opinión de que para que un religioso pueda ser considerado institucionalmente como tal, su penitente ha de ser rey coronado en virtud del derecho sucesorio, no siendo confesores reales ni los confesores de los príncipes, ni de los monarcas consortes, ni de los regentes” (*Ib.*: 31-32).

⁵³ De hecho, como señala Salazar y Acha (2000), “la investigación histórica sobre la monarquía castellano-leonesa nos plantea inicialmente dos problemas adicionales. El primero es la ausencia de una regulación de la Casa del Rey en los tiempos medievales” (p. 19).

monarquía-Iglesia en la época de Juan II de Castilla (1406-1454). En ella dedicó un apartado específico a los confesores del reinado de Juan II (pp. 1069-1083). Su trabajo es de enorme valor para la presente investigación tanto por los datos que ofrece (hallazgo de nuevos confesores, referencias documentales y bibliográficas) como por las conclusiones a las que llega. Villarroel indicaba sobre esta figura:

Uno de los personajes eclesiásticos que más confianza y cercanía personal podía llegar a tener con los monarcas fueron los confesores reales, dado el carácter íntimo del objeto base de su relación: la conciencia regia. Sin duda por este hecho la figura del confesor regio ha sido vista como dotada de una cierta capacidad de influencia, tanto por una especie de leyenda negra que les atribuye todas las acciones de índole moral que llevó a cabo el rey (sean favorables o desfavorables), como por una corriente más moderna de la historiografía, tanto en el marco hispano como en el francés, que les ve como consejeros de cierta relevancia política⁵⁴

Como vemos, Villarroel incide en el aspecto del confesor real como consejero. Asimismo, merece la pena citar otro párrafo suyo:

Junto a la Capilla analizaremos la figura de los confesores reales. En este caso no es una institución, sino una persona, pero se repite de nuevo la doble cualidad: la esencia religiosa de su función, y el servicio a la monarquía al que pertenece. En este caso, además, nos encontramos con que el servicio es especialmente delicado y susceptible de lograr un estrecho vínculo, con lo que tendremos que comprobar cómo se desarrollaron las relaciones con los confesores y la posible influencia de las mismas en sus carreras eclesiásticas⁵⁵

⁵⁴ VILLARROEL, 2006: 1.069

⁵⁵ *Ib.*: 926

Villarroel sabía muy bien de lo que hablaba, ya que estudió con profundidad los personajes que, en el reinado de Juan II, actuaron como sus confesores. Demostró en efecto cómo primaba su condición personal a la del cargo, y si esto era así en un tiempo tan avanzado como el de Juan II, es de suponer que antes, e incluso después, esta escasa definición del cargo hace que el estudio se centre en la biografía de los personajes⁵⁶. Igualmente, es muy importante señalar que este elemento hace muy difícil la búsqueda en archivos. Al no existir fondos específicos, el hallazgo de documentos se ha hecho difícil, y de ahí que la presente investigación tenga una base bibliográfica más amplia que la documental. Un estudio como el de Villarroel ha sido para nuestro caso de enorme importancia, ya que su búsqueda en archivos, por el tema general de su tesis, supuso el hallazgo de documentos que, en otro caso, no podríamos haber encontrado. Así, Villarroel descubrió nuevos confesores de los que, por otro lado, no tendríamos noticias, o dio a conocer datos desconocidos sobre los ya identificados. Cabe pensar que, si hubiese trabajos similares para otros reinados, tendríamos un conocimiento más amplio sobre esta materia, y otras muchas referidas a la historia eclesiástica de Castilla.

También hizo notar Villarroel uno de los aspectos más negativos para el presente estudio, a saber, que “normalmente se sabe muy poco de los confesores regios, apenas, incluso, si pertenecían a una u otra orden

⁵⁶ “En este sentido, la relevancia de los confesores reales se alcanzó de forma individual, y fueron personajes concretos los que alcanzaron las mayores cotas de poder y de colaboración con el monarca, lo que sin duda hizo que fuese un grupo de personajes que hayan atraído poco la atención de la historiografía, puesto que llamaba más la atención la figura especial que su condición de confesor real. Esto, evidentemente, podemos achacarlo al hecho de que realmente fue la valía personal la que fue el punto determinante para que un confesor regio, así como un capellán real, llegase a tener mayor o menor relevancia en la política del reino y en cuanto que colaborador regio, y por ello la formación normalmente más amplia de los capellanes reales jugó a su favor. Se puede afirmar, así, que Lope Barrientos fue uno de los principales servidores del monarca por sus propias condiciones, y no porque fuese confesor real” (*Ib.*: 1.085-1.086)

religiosa, y menos aún sobre sus orígenes familiares. Las noticias son menores aún en el caso de aquéllos que nunca llegaron a alcanzar una mitra episcopal, lo que nos suele brindar más datos sobre ellos”⁵⁷. Concluye sobre los confesores reales de tiempos de Juan II:

Así, la funcionalidad política de los confesores no fue especialmente relevante como conjunto, y sólo la activa participación de alguno de ellos (especialmente el caso de Barrientos) en la vida política del reino hizo que pudiesen tener cierta representatividad. Pese a ello, lo cierto es que sí que se vieron beneficiados en sus carreras eclesiásticas por la cercanía al rey, puesto que muchos de ellos lograron desempeñar una notable carrera eclesiástica que no habría sido posible, sin duda, sin el apoyo regio puesto que ninguno pertenecía a grandes linajes del reino [...] Así pues, no cabe duda de que los confesores reales gozaron de una notable carrera política, muy superior en cuanto a sus expectativas que otros servidores regios, como hemos podido ver en cuanto a los capellanes reales. Sin duda la cercanía al monarca que podían llegar a alcanzar, así como las labores que pudieron desempeñar, tuvieron una notable importancia en ello⁵⁸

Estas conclusiones nos llevan a pensar que, si bien es difícil un conocimiento en profundidad de los confesores reales, no tanto en su biografía general como en su dimensión específica, la importancia que llegaron a tener no fue poca, y actuaron como servidores de la monarquía en calidad de consejeros y colaboradores en el desempeño de diversas tareas. Así, por ejemplo, en cuestiones de diplomacia (que Barringer había ya resaltado), el propio Villarroel hizo notar la presencia de confesores, aunque mostró la no especial relevancia de los mismos⁵⁹.

⁵⁷ VILLARROEL, 2006: 1.073

⁵⁸ *Ib.*: 1.081

⁵⁹ *Vid.* VILLARROEL, 2010

Después de los trabajos de Villarroel y Martínez Peñas, la gran aportación al conocimiento de los confesores en el Medievo en nuestro país viene de los estudios de David Nogales Rincón, que en 2008 publicó un trabajo como resultado de la comunicación hecha en el I Seminario Multidisciplinar del Departamento de Historia Medieval⁶⁰ y que llevaba por título “Confesar al rey en la Castilla bajomedieval (1230-1504)”. Todo lo allí expuesto lo desarrolló más extensamente en su tesis doctoral, publicada un año después, en 2009, sobre la Capilla Real en la Corona castellano-leonesa en la Edad Media. De forma general, ciframos el valor del trabajo de David Nogales, más que en la aportación de datos documentales nuevos y en la valoración política del confesor (en donde no deja de hacer importantes contribuciones) al enfoque cultural que adopta a la hora de valorar esta figura. En su tesis doctoral habla de “la configuración de una ética regia”⁶¹ y “el pecado en el ámbito regio”⁶², como marcos ideológicos donde se desenvolvería la actuación de los confesores. A continuación, partiendo de las fuentes, agrupa las cualidades ideales que el confesor debía reunir para ejercer su cargo (castidad y ejemplariedad de vida, buena formación cultural, discreción)⁶³ y atendió igualmente a la importancia de las órdenes religiosas en la atención del confesionario regio⁶⁴. Por último, estructuró las funciones que desempeñaron los confesores en religiosas, de consejo, políticas y administrativas⁶⁵ y prestó atención a la promoción eclesiástica de los confesores⁶⁶. No merece la pena detenerse aquí en la descripción de

⁶⁰ I Seminario Multidisciplinar del Departamento de Historia Medieval (Universidad Complutense de Madrid) “Pecar en la Edad Media” (Madrid, 12-14 de marzo de 2007)

⁶¹ Vid. NOGALES, 2009: 196-197

⁶² Vid. NOGALES, 2009: 198-201.

⁶³ Vid. *Ib.*: 202-209.

⁶⁴ Vid. *Ib.*: 210-214

⁶⁵ Vid. *Ib.*: 214-234

⁶⁶ Vid. *Ib.*: 235-242

los contenidos de cada parte puesto que los volveremos a tratar en el momento oportuno. Lo que sí hemos de señalar es que el estudio de David Nogales, siguiendo la intuición de José Manuel Nieto, fue el primero en abordar la figura del confesor desde un punto de vista más cultural que político, y ésta es la línea principal que decidimos seguir en este trabajo, por cuanto es, con mucho, la más desconocida.

Para terminar, hemos de decir que, desde la inscripción del presente proyecto de doctorado en 2010, he desarrollado una actividad curricular complementaria a la propia investigación que se materializa en el presente escrito. Así, publiqué un trabajo sobre el panorama general del confesor a partir de la bibliografía existente⁶⁷ y sobre la actividad de los confesores reales como agentes diplomáticos⁶⁸. A ello hay que añadir otros trabajos que se encuentran aún en prensa y todos los congresos y seminarios en los que se ha participado. Si todo esto se menciona aquí es por el hecho de que las ideas y los enfoques sobre la figura del confesor real han ido cambiando a lo largo de la investigación que ahora culmina. Algunas hipótesis se han desechado y otras confirmado. Por ello, nos parece que resultará oportuno corregir afirmaciones hechas en las publicaciones anteriores con las que, a día de hoy, no estamos conformes. Igualmente, haremos mención a los seminarios y congresos ya que los mismos nos han resultado de un enorme valor, especialmente por los consejos y observaciones que muchos colegas han hecho sobre la presente investigación. Es de justicia, en los momentos oportunos, mencionar a aquéllos que nos han ayudado a mejorar este trabajo. Con ello, se muestra cómo todo este tipo de actividades que los doctorandos están llamados a

⁶⁷ ARQUERO, 2012

⁶⁸ ARQUERO, 2013

hacer, lejos de ser una mera lista de méritos curriculares, suponen una actividad formativa de gran importancia.

1.1.2. Conocimiento global de la figura a partir de los estudios existentes.
Cuestiones y objetivos a resolver en el presente estudio.

Partiendo de la historiografía que arriba hemos descrito, debemos establecer qué sabíamos hasta el día de hoy sobre los confesores de los reyes de la Casa de Trastámara y cuáles son los objetivos del presente estudio en relación con ello. Hemos de establecer, en primer lugar, que nuestro trabajo se ceñirá al estudio de los confesores de los soberanos, esto es, de los reyes que gobernaban por título propio, y no de sus consortes, ni de miembros de la familia real o de los regentes. Esta restricción la hemos tomado de Leandro Martínez Peñas.

Sobre la base del trabajo de este mismo autor, hemos de reiterar que, ya que incluyó en su tesis doctoral el estudio biográfico de los confesores de los Reyes Católicos, nuestro objetivo, respecto a éstos, no ha sido el análisis biográfico que, hecho ya por Martínez Peñas (así como por otros autores en los casos particulares de ciertos confesores), sería redundante. Bien es cierto que podría ser objeto de una tesis doctoral propia un estudio en profundidad de los confesores de este reinado (búsqueda sistemática de fuentes, contextualización en profundidad de la actividad de estos personajes en los procesos históricos de dicho reinado, etc.), pero como aquí nos centramos en el caso de la Casa de Trastámara en su conjunto, esto tampoco resulta viable. Por ello, nuestra aportación aquí será la actualización bibliográfica y la aportación de fuentes para el periodo de Isabel I y una aproximación a la dimensión ideológica y cultural de sus

confesores, englobándolos en el conjunto de la dinastía que arranca con Enrique II. Tampoco se estudiará el caso de Fernando V, puesto que, aunque ya era rey de Castilla antes de 1504, no hizo sino gobernar junto a su esposa, sobre la que recaía la legitimidad última de la Corona. Nuestro trabajo termina, por tanto, con la muerte de Isabel I, aunque, a efectos comparativos, podamos aducir datos o ejemplos que pasen ese momento.

Hechas estas puntualizaciones, nuestro primer objetivo es clarificar los orígenes de la figura del confesor (§ 1.2). Como hemos visto, se ha planteado, tomando el ejemplo de Francia y ciertas noticias del caso ibérico, que los orígenes de la figura del confesor real radicarían en los grandes prelados que estaban cerca del rey, así como de ilustres monjes y abades de diversas casas religiosas. En un tiempo más avanzado, sería en la Capilla Real donde aparecerían los clérigos de la Corte que, andando el tiempo, serían conocidos con el término de “confesores”.

El segundo punto que debemos clarificar es cuántos confesores conocemos que, con rigor, puedan ser considerados como tales en la época en que se identifica la existencia de esta figura y, más en concreto, en la de la Casa de Trastámara, y que constituye el objetivo del segundo apartado (§ 2). Hasta el momento, la nómina es la siguiente (se cita la referencia más antigua que se conoce para cada caso):

Hermenegildo

san Leandro⁶⁹

Ordoño II

Diego López⁷⁰

⁶⁹ ALONSO, 1916: 374.

⁷⁰ DU CANGE, 1842: 530

	Hermenegildo ⁷¹
Alfonso VI	Bernardo de Sédillac ⁷²
Raimundo de Borgoña	Diego Gelmírez ⁷³
Urraca I	Pedro II y Pedro III, obispos de Lugo ⁷⁴
Fernando II de León	Pedro, obispo de Orense ⁷⁵
Alfonso VIII	Cerebruno ⁷⁶
Fernando III	Rodrigo Jiménez de Rada ⁷⁷ Domingo Muñoz (OP) ⁷⁸ Pedro González de Telmo (OP) ⁷⁹ Raimundo Losana (OP) ⁸⁰
Alfonso X	Rodrigo González de León (OP) ⁸¹ Pedro Gallego (OFM) ⁸²
Sancho IV	Domingo de Robledo (OP) ⁸³ Juan Gil de Zamora (OFM) ⁸⁴

⁷¹ GUARDIOLA, 2007: 111.

⁷² GRÉGOIRE, 1824: 204.

⁷³ FLETCHER, 1984: n. 9 del cap. 5.

⁷⁴ LOBATO, 2000: 73.

⁷⁵ FLETCHER, 1978: 49.

⁷⁶ GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1960a: 253

⁷⁷ BALLESTEROS, 1936: 94.

⁷⁸ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

⁷⁹ BNE Mss. 10889, f. 8

⁸⁰ ALONSO, 1916: 394.

⁸¹ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

⁸² LÓPEZ, 1925: 67.

⁸³ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

⁸⁴ LÓPEZ, 1929a: 20.

	Pedro Fechor (OFM) ⁸⁵
Fernando IV	Domingo de Robledo (OP) ⁸⁶
Alfonso XI	Juan de Entrega (OP) ⁸⁷ Juan González de Aviancos (OP) ⁸⁸ Alonso de Zamora (OP) ⁸⁹ Juan de Monforte (OFM) ⁹⁰
Pedro I	Pedro López de Aguiar (OP) ⁹¹ Pedro Ortiz (OP) ⁹² Juan de Balbas (OFM) ⁹³
Enrique II	Diego López de Ribadeneyra (OFM) ⁹⁴ Juan de Esbarroya (OP) ⁹⁵
Juan I	Fernando de Illescas (OFM) ⁹⁶ Pedro de Belorado ⁹⁷ Juan Vélez ⁹⁸

⁸⁵ *Ib.*: 15.

⁸⁶ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

⁸⁷ *Ib.*

⁸⁸ *Ib.*

⁸⁹ ALONSO, 1916: 403.

⁹⁰ LÓPEZ, 1929a: 81.

⁹¹ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

⁹² ALONSO, 1916: 403

⁹³ LÓPEZ, 1929a: 86.

⁹⁴ *Ib.*: 87.

⁹⁵ BNE Mss VE 31/64, f. 6v.

⁹⁶ LÓPEZ, 1928a. Este confesor había sido identificado como Predicador en la historiografía dominica (BNE Mss VE 31/64, f. 6v, ALONSO, 1916). Sin embargo, Atanasio López demostró más que de sobra su condición de franciscano y desde entonces ha sido considerado de esta manera inequívocamente.

⁹⁷ NOGALES, 2008: 76.

⁹⁸ Suárez, 1982: 295.

Enrique III

Fernando de Illescas (OFM)⁹⁹

Alfonso de Aguilar (OFM)¹⁰⁰

Juan Enríquez (OFM)¹⁰¹

Alfonso de Alcocer (OFM)¹⁰²

¿Juan de Soto Venado? (OSH)¹⁰³

Alfonso Cusanza (OP)¹⁰⁴

Juan II

Alfonso de Alcocer (OFM)¹⁰⁵

Juan de Morales (OP)¹⁰⁶

Fernando de Torres (O. Cart.)¹⁰⁷

Luis de Valladolid (OP)¹⁰⁸

Álvaro de Córdoba (OP)¹⁰⁹

Juan de Villalón (OP)¹¹⁰

Gonzalo de Illescas (OSH)¹¹¹

Alfonso de Cusanza (OP)¹¹²

Enrique IV

Antón de San Martín¹¹³

Alfonso Vázquez Peleas¹¹⁴

Juan de Mazuela (OSH)¹¹⁵

Alonso de Oropesa (OSH)¹¹⁶

⁹⁹ LÓPEZ, 1928a.

¹⁰⁰ LÓPEZ, 1929a: 38.

¹⁰¹ *ib.*: 39.

¹⁰² LÓPEZ, 1928b

¹⁰³ COUSSEMAKER, 1999: 102.

¹⁰⁴ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

¹⁰⁵ LÓPEZ, 1929a: 60.

¹⁰⁶ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

¹⁰⁷ LÓPEZ, 1929a: 60.

¹⁰⁸ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

¹⁰⁹ *ib.*

¹¹⁰ *ib.*

¹¹¹ COUSSEMAKER, 1999: 102.

¹¹² VILLARROEL, 2006: 1.071.

¹¹³ *ib.*: 1.073.

¹¹⁴ *ib.*

¹¹⁵ COUSSEMAKER, 1999: 102.

¹¹⁶ *ib.*

	Rodrigo de Valencia (OP) ¹¹⁷
	Alfonso de Espina (OFM) ¹¹⁸
Isabel I ¹¹⁹	Hernando de Talavera (OSH) ¹²⁰
	Mateo de Jerez (OP) ¹²¹
	Juan Carrasco (OP) ¹²²
	Alfonso de Burgos (OP) ¹²³
	Tomás de Torquemada (OP) ¹²⁴
	Diego de Nava (OFM) ¹²⁵
	Diego Bernardino de Monroy (OFM) ¹²⁶
	Juan de Tolosa (OFM) ¹²⁷
	Francisco Jiménez de Cisneros (OFM) ¹²⁸
	Juan Pérez (OFM) ¹²⁹

Hay que indicar que, en ningún caso, la investigación ha pretendido una relación exhaustiva de la biografía de cada uno de los confesores. El objetivo ha sido el estudio de la figura del confesor como tal, y por tanto, nos centraremos en los aspectos biográficos que, directa o indirectamente, se relacionen con la función de confesor real de los diversos individuos. No

¹¹⁷ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

¹¹⁸ LÓPEZ, 1929a: 69.

¹¹⁹ En la lista del manuscrito VE 31/64 de la BNE se exponen los confesores de los Reyes Católicos sin diferenciar los que eran de la reina Isabel y los que eran de Fernando V. Hemos excluido de la lista las menciones a Diego de Deza y a Tomás de Matienzo que, por otros documentos y trabajos, sabemos que fueron confesores del rey Fernando.

¹²⁰ COUSSEMAKER, 1999: 102.

¹²¹ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

¹²² *Ib.*

¹²³ *Ib.*

¹²⁴ *Ib.*

¹²⁵ CASTRO, 1974: 70.

¹²⁶ *Ib.*

¹²⁷ *Ib.*: 78.

¹²⁸ TORRE, 1940

¹²⁹ CASTRO, 1974: 90.

obstante, trataremos de citar todos los estudios y fuentes documentales existentes al respecto para que el lector, si está interesado, pueda encontrar en el presente estudio material para investigaciones ulteriores. Naturalmente, existen muchos estudios biográficos sobre los distintos confesores, así como la mención a los mismos en las biografías de los reyes de Castilla. Toda esta bibliografía no ha sido mencionada en el apartado historiográfico, pero será empleada y citada en cada caso.

Sobre la base de este estudio biográfico-político, el resto de la tesis se centrará en una valoración prospográfica donde se tendrá muy en cuenta los aspectos ideológicos y culturales. Esta dimensión ya fue valorada por José Manuel Nieto, Sophie Coussemaker y, de manera más exhaustiva, por David Nogales e Isabella Iannuzzi¹³⁰. A diferencia de Georges Minois, opinamos que sí se puede tratar de reconstruir la relación privada rey-confesor, no en los asuntos personales, pero sí en lo que se refiere a la dimensión ética y religiosa del ejercicio el poder real que el confesor hubo de transmitir al rey en los siglos medievales. Para ello, trataremos de sentar un marco de análisis apropiado con la formulación del concepto de *discurso moral y penitencial* del confesor real, que se basa en buena medida en la historiografía sobre la dimensión histórica del sacramento de la Penitencia, no en cuanto a su formulación doctrinal (que trataremos no obstante en el punto 1.2), sino en su dimensión social, analizada por muchos historiadores. Tampoco hemos incluido esta historiografía en el presente apartado, porque daremos cuenta de la misma en el 3.1. En dicho discurso, la cuestión de la salvación del alma del rey tiene gran importancia, y por tanto

¹³⁰ Isabella Iannuzzi publicó (2009a) una biografía de Hernando de Talavera que no se limita a una exposición ordenada de la cronología de su vida, sino de las diversas dimensiones que este personaje abarcó, entre las que se encuentra su labor como confesor. Esta perspectiva es la que hemos incorporado a nuestro trabajo.

abordaremos la cuestión de la muerte regia, sobre la que ya existe cierta historiografía (§ 4), y a la que esperamos contribuir con el presente estudio.

Sobre la base teórica necesaria, y partiendo de los estudios de David Nogales e Isabella Iannuzzi, abordaremos la ética de la realeza, sobre la base del concepto “imagen” que José Manuel Nieto Soria empleara en su estudio *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla (siglos XIII-XVI)* (1988). Los resultados del presente trabajo también pretenden ser una aportación a estos estudios, con la especificidad del enfoque que otorga el estudio de la literatura penitencial castellana, en estrecha relación con la figura de los confesores reales. Existe sobre esta literatura cierta historiografía que se ha incrementado en los últimos años y a la que también buscamos contribuir con el presente estudio, desde la particularidad del ámbito regio.

Por último, siguiendo los trabajos de Xavier de la Selle, Óscar Villarroel y Leandro Martínez Peñas, haremos una valoración cuantitativa de los orígenes, filiación religiosa, preparación intelectual y cargos políticos y eclesiásticos de los confesores reales. Ello nos permitirá hacernos una idea exacta de su incidencia, más allá de las valoraciones generales e intuiciones que en parte de la historiografía se han hecho, confirmando lo que estos autores ya han hecho para los ámbitos que han trabajado. Con ello, podremos extraer tres perfiles: el cultural, el eclesiástico y el político, que nos permitirán ver si en la práctica los confesores respondieron a las expectativas teóricas que se formularon desde la monarquía, y que David Nogales ya trató de sistematizar. Para ello, habremos de situar estos datos en el ámbito de la sociedad cortesana, la reforma de la Iglesia y la génesis del Estado moderno, cuya historiografía hemos tenido en cuenta y emplearemos en dicho apartado (§ 5.2).

1.2. LOS PRECEDENTES DE LA FIGURA DEL CONFESOR REAL.

1.2.1. Los orígenes de la figura del Confesor hasta el siglo XIII.

A principios de su estudio, Leandro Martínez Peñas reflexiona sobre los orígenes de la figura del confesor Real del Antiguo Régimen, que naturalmente se hallan en el Medievo. Señala como momento importante en la génesis de dicha figura el reinado de Fernando III, aunque plantea de modo hipotético que, antes del tiempo de dicho monarca, hubieron de existir eclesiásticos que recogieran las funciones de confesores desde los momentos más remotos de la cristianización de Hispania, aunque la parquedad de las fuentes, según él, nos impedirían saber mucho más¹³¹.

Acierta plenamente, a nuestro entender, en señalar el reinado de Fernando III como un momento destacable en el que ya se pueden identificar sacerdotes próximos al rey a los que considerar, con propiedad, confesores suyos, aunque las fuentes de la época no empleen este término. El panorama se complica en el caso de los tiempos precedentes. Para poder abordar con rigor los antecedentes de una figura que no surgió de manera espontánea, hemos de ahondar en la definición de lo que habremos de entender por un confesor con propiedad. Ya vimos la definición que hizo Leandro Martínez, pero ni este autor ni el resto han tenido la necesidad de

¹³¹ “Es imposible determinar cuándo comienza a haber un confesor de manera permanente junto a los reyes peninsulares. Cabe suponer que su implantación es muy temprana, pero no hay dato alguno que nos permita traspasar el campo de la suposición. Sabemos que desde el reinado en Castilla de Fernando III, en el primer tercio del siglo XIII, el confesor ya está presente de manera continua junto al monarca, pero no hay duda de que el origen de la figura debe ser anterior, puesto que la religión era fundamental en el gobierno desde la cristianización de la Península, y no cabe concebir que un rey que debe gobernar conforme a ello no tenga a su lado un guía espiritual constante. Sin embargo, es lógico también considerar que la figura no estaba tan definida como lo estaría en épocas posteriores y que sería frecuente que capellanes y religiosos de la Corte prestaran este servicio de manera más o menos irregular, alternándose según las ocasiones y circunstancias de modo que no hubiera un solo individuo que pudiera ser considerado confesor real” (MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 33).

profundizar tanto en la misma, ya que para las épocas que han tratado la Confesión ya estaba nítidamente definida, según el modelo que ha llegado hasta nuestros días. Por el contrario, en la Alta Edad Media esto no era así, y si el Sacramento estaba aún por definir en todos los elementos que hoy lo componen, consecuentemente lo estaba la figura del confesor. Ello explica la diversidad de nombres con los que se refiere dicho sacramento (Penitencia, Conversión o Confesión¹³²).

Es doctrina de la Iglesia católica que Jesucristo instituyó los siete sacramentos¹³³. Desde esta consideración, el sacramento de la Confesión siempre ha existido en la historia de la Iglesia, y desde el momento en que hallamos reyes cristianos cabría pensar que en su entorno hubo eclesiásticos que los atendieron espiritualmente con su consejo y guía espiritual, absolviéndolos de los pecados en los que incurrían, como planteaba Barringer¹³⁴. Pero, desde nuestro punto de vista, tan sólo puede hablarse de un “confesor”, tal como se conocerá el término en la Baja Edad Media (y en concreto para el caso del “confesor real” en la época Trastámara) cuando estemos ante un presbítero o sacerdote que escucha

¹³² Para comprender esta variedad de denominaciones puede ser de ayuda este texto: “si miramos al penitente, estos actos reciben los nombres de contrición, confesión y satisfacción. En cambio, la remisión de los pecados se llama absolución, o también reconciliación e imposición de manos, por razón del rito que solía emplearse para significar el perdón de los pecados” (GONZÁLEZ RIVAS, 1949: 5). Amédée Teetaert, en su magnífico estudio sobre el fenómeno de la confesión a los laicos en la historia de la Iglesia, señala “encontramos siempre en esencia los mismos elementos: un juez, un culpable, una sentencia, en pocas palabras, un juicio sumario. El resto está sujeto al cambio y a la Iglesia, que ha presidido el cambio” (TEETAERT, 1926: 1).

¹³³ “Los sacramentos de la Nueva Ley fueron instituidos por Cristo y son siete [...] Los siete sacramentos corresponden a todas las etapas y todos los momentos importantes de la vida del cristiano: dan nacimiento y crecimiento, curación y misión a la vida de fe de los cristianos” (C.I.C., 1992: 319). Aunque es un pasaje que ha dado mucho que hablar, en el Evangelio de san Juan parece adivinarse el poder dado por Cristo a sus apóstoles para absolver los pecados, justo después de presentárseles resucitado: (Jn 20, 22-23). Galtier señala que, si bien no conocemos para los primeros siglos modelos acabados de penitencia, y éstos variaban mucho en el tiempo y en el espacio, parece indudable que ya en esta época se tenía claro al menos la base: que el pecador reconociese ante la Iglesia sus culpas y ésta, en la persona del obispo, aplicase el remedio necesario para la curación espiritual del pecador mediante la penitencia (GALTIER, 1951: 186).

¹³⁴ BARRINGER, 1983: 534.

la confesión de los pecados del penitente y, en el mismo acto sacramental, impone la penitencia o satisfacción y absuelve de las culpas, de modo que el penitente queda perdonado de las faltas cometidas a condición de estar arrepentido, tener un propósito de enmienda y, posteriormente, cumplir con la penitencia impuesta, la cual distaría ya de las grandes penitencias altomedievales (cuyo cumplimiento era requisito para reincorporarse plenamente a la comunidad cristiana) y que, por otro lado, no es óbice para que los pecados, desde el momento en que el sacerdote absuelve al confitente, queden perdonados. En este acontecimiento sacramental, por otro lado, puede darse un diálogo entre el penitente y el confesor a modo de dirección espiritual, aunque tal diálogo puede darse igualmente fuera de la celebración del Sacramento, pero que de hecho en época ya temprana se consideró importante.

Consecuentemente con esto, un obispo altomedieval que acogiese la penitencia pública y solemne del rey, o que simplemente lo interpelara como consejero espiritual, no puede ser identificado como confesor por el mero hecho de que se dé alguno de estos factores. Al contrario, los actos públicos de penitencia regia fueron en ocasiones momentos de manifestación de cierta sumisión de la monarquía a un poder eclesiástico ajeno a su círculo íntimo. Ello concuerda con el hecho de que, en época altomedieval, la penitencia pública (estipulada en los cánones hispanos y galos) constituía en cierto modo un “ritual de poder: el poder de los obispos” en el que “la *paenitentia publica* se presentó en la agenda como una parte integral de las estrategias para reforzar la autoridad episcopal”¹³⁵.

¹³⁵ JONG, 2000: 189. En torno a la penitencia en los primeros siglos de la Iglesia, Paul Galtier escribe: *Illimité dans son étendue, le pouvoir de remettre le péché fait de l'évêque le porte-parole du Sauveur lui-même. Aussi son pouvoir l'emporte-t-il sur celui des rois, car ces derniers règnent uniquement sur les corps; eux ne lient et ne délient que sur la terre. L'évêque, au contraire, règne aussi sur les âmes. S'il lie ou délie sur terre, c'est en vertu d'un pouvoir reçu du ciel* (GALTIER, 1951: 167).

Pensemos en la Penitencia de Luis *el Piadoso*¹³⁶, y en un caso propio del ámbito leonés la penitencia de Fernando I¹³⁷. Aunque estos casos son excepcionales, quizá en fechas señaladas del calendario los soberanos se sometieran a un ritual litúrgico de tipo penitencial, en un mundo en el que las élites estaban “envueltas regularmente en el drama de la justicia y el perdón, humillación abyecta y protección”¹³⁸, drama que quizá tenía más que ver con cuestiones políticas que con las estrictamente espirituales¹³⁹.

Estos actos de “purificación” y “reparación” de las culpas cometidas distan mucho de la absolución de un sacerdote en privado, donde pueda aquietar o iluminar la conciencia del rey. Del mismo modo, el simple hecho de que se dé un diálogo privado entre el rey y un padre espiritual no basta, a nuestro entender, para poder señalarlo como confesor. Como es bien sabido, en el Occidente medieval existieron figuras eclesiásticas que gozaban del llamado *königsnähe* (“intimidad regia”) en el ámbito germano¹⁴⁰, o de la institución céltica del *anmchara* o “alma amiga” como guía espiritual¹⁴¹, pero en el caso hispano no hemos hallado nada de eso. Estas figuras tal vez tengan más que ver, por ejemplo, con el *starets* del mundo ruso ortodoxo, y no con un confesor. Encontrar, de este modo, un

¹³⁶ Courtney Booker (2009) trata sobre la creación de la memoria de este hecho, y cómo en el momento en que Luis recibió la Penitencia, se le excluyó del ejercicio del poder real y se le invitó a mantener una vida de penitencia y oración, aunque luego volviera a tomar el poder (p. 103).

¹³⁷ “Pero quizá lo más significativo de esta última fase del reinado lo constituya el patético relato de la defunción del monarca -diciembre de 1065-, que el *Silense* narra con rasgos de historicidad posible. La recepción de la penitencia pública ante obispos y abades, pasando por la inevitable renuncia al trono que ello comportaba, hasta que *inter manus pontificum tradidit spiritum*, son todos elementos que evidencian la perspectiva del monje autor de la crónica - si es que no se trata de un obispo- inclinada, por encima de todo, a relativizar el poder regio ante los imperturbables valores presentados por la Iglesia” (AYALA, 2008: 289)

¹³⁸ JONG, 2000: 209. Este autor concluye igualmente indicando que en el mundo carolingio los monasterios proveyeron a la monarquía de un “modelo para el Imperio”, gracias a su variada tradición en la Penitencia, tanto pública como de otro tipo (p. 220).

¹³⁹ Según Meens, Sarah Hamilton enfatiza “los rituales de la penitencia y el altamente político contexto de tales rituales” (MEENS, 2006b: 8).

¹⁴⁰ Vid. RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, 2014: 126. Este concepto se aplica, por ejemplo, a Alcuino de York, en su calidad de consejero privado e íntimo de Carlomagno.

¹⁴¹ Vid. BARRINGER, 1983: 534-

eclesiástico que actúe como consejero del rey o su confidente tampoco es determinante para identificarlo como confesor, ya que encontramos igualmente laicos en este tipo de tareas¹⁴², por lo que podemos descartar, *a priori*, el componente sacramental en dicha relación.

Establecidos estos criterios, la historia de la génesis de la figura del confesor real va necesariamente ligada a la historia de la Penitencia. En efecto, sólo en el momento en que podamos apreciar que dicho sacramento reúne las condiciones necesarias para que exista la figura del confesor tal como lo hemos definido (presbítero que absuelve, en la privacidad, de las culpas en un solo acto de penitencia, acompañado normalmente de la dirección espiritual más o menos continuada), podremos empezar a plantear con verosimilitud quiénes constituyen los precedentes de esta figura y por tanto de dónde surge realmente ésta. Nuestra postura al respecto es que sólo en el modelo de confesión que adquiere su culminación en el siglo XIII, en una confesión que es “individual, secreta y espontánea”¹⁴³ pueden darse las condiciones para la existencia de confesores como ministros del perdón divino y director espiritual del rey, que pudieran ser, en palabras de L. E. Boyle, *discerners of souls and not simply dispensers of penances*¹⁴⁴.

Esta unión entre la historia del sacramento y la historia del confesionario regio nos parece esencial y, como vimos en el apartado

¹⁴² Para ilustrar esta cuestión con un ejemplo. La mención por ejemplo a un consejo privado no es suficiente. Pensemos en el caso de Alfonso VI, cómo éste fue asesorado por su hermana Urraca tal como indica la Historia Silense (*Vbi de tuta regni administracione pertractans, accersita sorore Vrraca aliisque illustrissimis viris, habuit secretum colloquium*). Así “vuelve el cronista a la descripción del ejercicio del poder del monarca leonés que trata de garantizar la estabilidad de los reinos y su consolidación en el trono. El apoyo de sus magnates y su hermana a través del consilium reunido es fundamental. Urraca parece ser una de las más influyentes en este consejo y el cronista da por sentado que Alfonso aceptó su consejo” (LUIS, 2012: § 36-37).

¹⁴³ MURRAY, 1998: 67

¹⁴⁴ Citado en BIZZARRI, SÁINZ DE LA MAZA, 1993: 36. El cambio operado que subyace en el juicio de estos autores es el hecho de que, a partir del siglo X, se va imponiendo la idea de que la eficacia de la confesión reside en el hecho de confesar los pecados para recibir la absolución, más que en la satisfacción de la pena

anterior, fue puesta de relieve por George Minois. De hecho, “el análisis histórico muestra que el confesionario aparece cuando la práctica de la confesión se hace frecuente, al menos anual; y que se difunde al mismo tiempo que se generaliza la celebración privada y frecuente de este sacramento”¹⁴⁵, lo cual se puede aplicar al caso particular del Confesionario regio que tanto preocupó a los religiosos del tránsito del siglo XVII al XVIII en la Corona española. N. Bériou no exagera al señalar que a la altura del s. XIII se constituyó “la confesión [*aveu*, el hecho de manifestar las culpas] en el centro de la institución penitencial” y fue así “el signo en el que se percibe bien la originalidad de tal práctica, es decir, su carácter privado”¹⁴⁶. Por otro lado, ello suponía un poder especial concedido al sacerdote, frente al sistema de penitencia pública, ya que adquiriría un importante “papel [...] en la administración del sacramento de la penitencia”¹⁴⁷, lo cual explicaría la importancia concedida por los reyes a sus confesores como médicos de sus almas y consejeros, que analizaremos en este trabajo (§ 5.2.1).

El reinado de Fernando III coincide con la implementación de este modelo de confesión en la Península Ibérica, y por ello no nos parece casual que sea en este reinado, como ha mostrado la historiografía hasta la saciedad, cuando comienza a identificarse con nitidez la presencia de eclesiásticos a los que se puede llamar confesores, aunque el término no se emplee en las fuentes. Ahora bien, la confesión auricular y privada ya venía dándose prácticamente desde la época de los Padres de la Iglesia, junto a la penitencia pública, y por tanto el modelo que auspició el Concilio Lateranense no surgió de la nada. Ello nos obliga a rastrear en los siglos altomedievales las prácticas penitenciales que pudieron darse en el ámbito

¹⁴⁵ BLANCO, 2000: 21.

¹⁴⁶ BÉRIOU 1983: 76.

¹⁴⁷ RUSCONI, 1981: 79

áulico en Hispania, y con ello los posibles precedentes más remotos de la figura del confesor real.

Es bien sabido que entre el siglo I y el siglo XII existieron muy diversas maneras de celebrar la Penitencia, tanto en Oriente como en Occidente. Podríamos hablar de tres modelos: la penitencia pública, la penitencia tarifada y la penitencia auricular, que progresivamente irían sustituyéndose¹⁴⁸. El problema con el que nos encontramos es la fragmentariedad de las fuentes¹⁴⁹, que explica que existan opiniones tan dispares a este respecto, y el hecho de que un modelo no fue suplantado por el siguiente de una manera tajante ni tampoco simultánea en las diversas regiones de la Cristiandad. Por ello, debemos ser cautelosos a la hora de hacer cualquier afirmación, en un contexto histórico que, según Meens, está aún por estudiar si queremos entender “la religión altomedieval y particularmente la naturaleza de la confesión altomedieval”¹⁵⁰.

De manera general, podemos indicar que en la Alta Edad Media, sobre todo en el tránsito de la Antigüedad Tardía, la Penitencia estaría marcada por la solemnidad, de manera que los pecadores habrían de someterse a una disciplina sacramental que les excluía de la plena integración en la comunidad, formando el *ordo penitentiarum*, y hasta que no cumplieran con la confesión pública de los pecados y la pena a ellos aneja, no podrían reincorporarse a la comunidad cristiana¹⁵¹. El hecho de

¹⁴⁸ Para ver un magnífico panorama general: VOGEL, 1983

¹⁴⁹ MICHAUD-QUANTIN, 1962: 7

¹⁵⁰ MEENS, 2006a: 2.

¹⁵¹ Así “la celebración de la penitencia en estos siglos se caracteriza, entre otras cosas, por la tensión entre solemnidad y reserva, que se resuelve a favor de la segunda”, estableciéndose una praxis con acusación ante el obispo (siempre privada) y una *Petitio paenitentiae* ante la asamblea que culminaba con la *benedictio ad paenitentiam*, la *Actio paenitentiae* y por último la reconciliación pública con Dios y con la Iglesia (BLANCO, 2000: 25). De todos modos “los estudiosos admiten que, en Occidente, en el siglo IX la reconciliación sacramental completamente secreta y repetida era ya una praxis aceptada por todos y en

que se empleara el término *Paenitentia* en vez de *Confessio* en esta época revela hasta qué punto la satisfacción (muchas veces de manera pública) de las faltas cometidas, el énfasis se hacía en esta parte y no tanto en la revelación de las culpas al confesor¹⁵².

Esta generalización que acabamos de hacer se abre a todo tipo de matizaciones, ya que sabemos de la existencia de una confesión privada de los pecados para faltas que no tuvieran una repercusión pública, hechas al obispo en la intimidad, aunque lo cierto es que sí se mantendría una severa penitencia que no podría cumplirse sino en un plazo prolongado de tiempo, y además de manera pública (al menos en parte)¹⁵³. Mayke Jong señala en este sentido que pensar que los cristianos de los siglos altomedievales desconocían la confesión frecuente es un juicio anacrónico, ya que se pronuncia desde una consideración anclada en el modelo de confesión que se generaliza en el siglo XIII¹⁵⁴. Por lo tanto, concretando en el caso hispano, podríamos plantearnos si los reyes godos o los monarcas del norte peninsular tras el 711 no contarían con confesores privados.

Ya mencionamos el proyecto truncado de Luis Alonso Getino de hacer una magna obra sobre los confesores que comenzase desde san

todas partes. Lo prueba las indicaciones de los concilios de la época, la proliferación de libros penitenciales (ya abundantísimos por entonces) y las referencias a esa praxis presentes en las obras de escritores eclesiásticos de la época (Rábano, Alcuino, etc.)” (p. 30)

¹⁵² Por ello, se puede decir que en esta época “el cristiano *recibía* la penitencia [*penance*] más que realizarla” (MACKAY, MCKENDRICK 1979: 72). Igualmente, para la época tardoantigua, concluye Rouillard que “vale la pena subrayar: lo que se propone o impone al pecador que pide perdón no es que venga a confesarse con un sacerdote para recibir enseguida la absolución liberadora sino entrar en un movimiento una dinámica o en un proceso comunitario” (ROUILLARD, 2009: 31).

¹⁵³ O'DONNELL, 1910: 45

¹⁵⁴ JONG, 2000: 187. Teetaert (1926:15) indica igualmente cómo Teodoro de Canterbury atestigua que no existía en su momento penitencia pública, sino que el sacerdote establecía privadamente la satisfacción. Se consideraba ya entonces importante la *Confessio*, esto es, expresar los pecados, como manifestación de las culpas ante las que el confesor puede ofrecer un modo de reparación e igualmente puede aconsejar, aunque este elemento ya era considerado imprescindible, por ejemplo, por Beda o Alcuino de York (p. 19). Este autor describe los pasos de sustitución de la penitencia pública a la privada auricular, y señala que en el siglo VII ésta estaba ya muy arraigada (p. 20). Ahora bien, el formato de penitencia era el de la penitencia tarifada, en la que se incidía especialmente en la cuestión de la satisfacción de la pena (p. 23)

Leandro de Sevilla. Ciertamente, la relación entre éste y san Hermenegildo parece bastante sugerente. Recordemos cómo, para el caso de Francia, George Minois señalaba la importancia que pudieron jugar los obispos en la compañía de los reyes en calidad de confesores en tiempos de los merovingios y los Capeto, ya desde tiempos del rey Clodoveo¹⁵⁵. Teetaert ve innegable los testimonios de soberanos de la monarquía franca confesándose con obispos o monjes, aunque señala igualmente que algunos de estos testimonios deben considerarse con cierta cautela¹⁵⁶.

Sin embargo, en el caso de la *Hispania* goda, se nos presentan poderosas razones para no admitir la existencia de clérigos que fuesen “confesores” de los monarcas. Si Leandro de Sevilla fue el principal inspirador del III concilio de Toledo del 589 (que condenaba la confesión tarifada reiterable como algo intolerable¹⁵⁷), tal como sostiene Fontaine¹⁵⁸, es difícil pensar que actuase como confesor de Hermenegildo o de Recaredo más tarde, habiendo condenado las prácticas confesionales que parecen inspiradas en el modelo irlandés que, probablemente, ya se había introducido por la Hispania septentrional. Dicho modelo planteaba que la confesión pudiese ser reiterada y satisfecha con unas penitencias concretas según el caso. Pero, al menos en la alta jerarquía hispana, parece que en esta época imperaba la idea de una *Poenitentia* que introducía al pecador en un orden de vida estricto, y por tanto era practicada en los umbrales de la muerte. En el caso regio, pensemos en Wamba, cuya entrada en el *ordo*

¹⁵⁵ MINOIS, 1988: 24

¹⁵⁶ TEETAERT, 1926: 26.

¹⁵⁷ ~~ROUILLARD, 2009: 39.~~ *Quoniam comperimus per quasdam Hispaniarum ecclesias, non secundum canonem sed foedissime pro suis peccatis homines agere poenitentiam, ut quotiescunque peccare voluerint toties a presbyteris se reconciliari expostulent; ideo pro coercedna tam execrabili praesumptione od a sacro concilio jubetur, ut secundum formam canonicam antiquorum detur poenitentia [...] hi vero qui ad praevia vitia vel infra poenitentiae tempus vel post reconciliationem relabuntur secundum priorum canonum severitatem damnentur* (en LEA, 1896: I, 26)

¹⁵⁸ FONTAINE, 1978: 141

poenitentiarum le inhabilitó precisamente para el ejercicio del poder real¹⁵⁹. Martínez Díez señala además que la particularidad de la Penitencia de esta época no radica tanto en su carácter público o privado, sino en su no iterabilidad, esto es, que sólo podría recibirse una vez en la vida¹⁶⁰. Personajes como Isidoro de Sevilla o Tajón pudieron actuar como consejeros o incluso directores de conciencia de algunos reyes godos, pero no como confesores. En este sentido, pueden considerarse un precedente en una de las dimensiones que incluye la función del confesor real, pero no de la función en su conjunto, ya que también pueden ser considerados el precedente de los clérigos pleno y bajomedievales que, sin ser confesores, mantuvieron una estrecha relación con los monarcas en calidad de ayos, tutores, maestros, predicadores o simples consejeros.

Después del fin del reino de Toledo, cabría plantearse si en los reinos cristianos del norte pudieron surgir eclesiásticos que podrían asociarse a la figura del confesor o penitenciario áulico, que bien pudieran ser, como en el caso de Francia, monjes u obispos que, para esta época tenían importante presencia en la *Curia Regia*¹⁶¹. En esta época se daba en el Occidente cristiano una importante labor de definición y práctica de la Penitencia en el ámbito carolingio, así como una extensión del modelo penitencial del monacato irlandés. Como ya hemos dicho, este modelo sí

¹⁵⁹ El *Cronicón* del obispo de Salamanca así lo refiere: *Qui Ervigius cum esset palatina peritia enutritus, et honore Comitum sublimatus, elate et callide adversus Regem excogitans, herbam, cui nomen est spartum, illi in potum miscuit, et statim Regi memoria est ablata. Cumque Episcopus Civitatis, seu Optimates Palatii, qui Regis fideles erant, quos penitus causa potionis latebat, vidissent Regem absque memoria jacentem, causa pietatis commoti, ne Rex inordinate migraret, statim ei Confessionis et Poenitentiae ordinem dederunt. Cumque Rex a potione convalesceret, et ordinem sibi impositum cognovisset, Monasterium Pampligiae petiit, ibique quandiu vixit, in Religione permansit* (en FLÓREZ 2004a: 474-475).

¹⁶⁰ MARTÍNEZ DÍEZ, 1970: 129.

¹⁶¹ “La primera evidencia documental que se desprende de la relativamente rica cancillería de Alfonso III es la existencia de un núcleo de obispos que con frecuencia asisten al monarca validando sus iniciativas con su autorizada presencia testimonial [...] lo cual nos sugiere su presencia permanente o casi permanente en la corte conformando parte sustantiva del reconstituido *palatium regis*, cuya organización, sin duda simplificada respecto a la etapa visigoda, alcanza ya en época de Alfonso III una cierta cohesión orgánica” (AYALA, 2008: 166)

planteaba la práctica frecuente de la penitencia, con la confesión de las culpas a un eclesiástico que imponía la penitencia, ayudado de los *libri poenitentiales* “que concebían la penitencia a la manera de la iglesia irlandesa sin obligaciones perpetuas y reiterable cuantas veces fuese necesario”¹⁶². Algunos de los autores más recientes opinan que estas obras pudieron ser empleadas en la cura pastoral cotidiana, tanto en las cortes episcopales como en las parroquias¹⁶³. De la existencia de esta penitencia de inspiración irlandesa nos hablan los penitenciales hispanos, con lo que es presumible la idea de que en la corte regia tales innovaciones pudieran darse.

En este contexto, debe tenerse en consideración la sugerencia de que Beato de Liébana fuese un consejero especial de la reina Adosinda, en el sentido de confesor, pero los datos conservados son tan exigüos que no nos parece admisible tal presunción¹⁶⁴. Ciertamente, el reino asturiano se abría a las influencias del mundo carolingio, lo cual podría incluir las nuevas definiciones penitenciales que en aquel ámbito se iban introduciendo y consistían en una penitencia privada y recurrente, al menos más que la penitencia *in articulo mortis*. Pero lo cierto es que no hemos encontrado referencias lo suficientemente claras para la época comprendida entre los siglos VIII y X que nos permitan establecer de qué manera los reyes astur-leoneses practicaban la penitencia y quiénes eran los responsables de administrársela y de guiarlos moralmente. Martínez Díez, que ha estudiado

¹⁶² MARTÍNEZ DÍEZ, 1970: 132.

¹⁶³ *Vid.* MEENS, 2006a: 4. Indica el mismo autor que las abundantes copias de algunos de estos penitenciales (pone el ejemplo del de Halitgaro) muestra claramente que dichas obras se utilizaban frecuentemente para escuchar las confesiones (MEENS, 2006b: 15)

¹⁶⁴ Así los recoge David Nogales, citando a Yarza, aunque en el trabajo del mismo lo único que encontramos es que Beato pudo manifestar “su simpatía o amistad” por Adosinda al acudir al acto de su ingreso en monasterio tras convertirse en viuda, aunque tal hecho podría significar igualmente su simpatía por Mauregato, opción por la que se decanta Yarza (1998: 42).

un tratado visigótico-mozarabe del siglo X, refiere cómo en el mismo se alude a una supuesta discusión entre los doctores sobre la naturaleza y el modo de administrar el sacramento de la penitencia en estos tiempos. Plantea como posible alguna disputa acaecida a mediados del siglo IX “surgida en la iglesia carolingia entre los partidarios de las innovaciones penitenciales y los de la disciplina tradicional, ante la cual nuestro autor fielmente anclado en el visigotismo no duda en alinearse entre los que rechazan la necesidad de la confesión singular de los pecados”¹⁶⁵.

Es posible por tanto que los reyes cristianos comenzaran a observar una disciplina penitencial más o menos regular, con un penitenciario particular, y así parece sugerirse en el célebre *Glossarium* de Charles du Fresne du Cange, que en el siglo XIX recogió la noticia dada por fray Antonio de Yepes sobre un *confessarius* del rey Ordoño II, que se llamaría Diego Fernández, en la Era 947. Como dijimos, du Cange parece haberse equivocado al tomar la referencia, ya que Yepes habla en efecto de un confesor del mencionado rey, pero que se llamaría Hermenegildo, monje del monasterio de Sahagún¹⁶⁶. Antes que fray Antonio, Benito Guardiola recogía en su historia sobre el monasterio de Sahagún la misma escritura que recoge el anterior, en la que se hace referencia a este Ermegildo o Hermenegildo, “confessor regis Ordoni”. El principio del documento, en la edición de Guardiola, es como sigue:

In Dei nomine et individuae Trinitatis. Vobis Domnis Sanctis martyribus nobisque post Christum fortissimis patronis Facundo et Primitivi quorum corpora sepulta diu manent in loco Calzata, quae est sita super ripam fluminis cui nomen est Çeja finibus Galleciae.

¹⁶⁵ MARTÍNEZ DÍEZ, 1970: 123.

¹⁶⁶ Vid. YEPES, 1960: 313-314.

Ego Ermegildus, qui confessor regis Ordoni, et omnibus fratribus meis [id sunt: Argemirus, Mehemutus, Donninus presbiter, Iulianus, Ferrus et Vistia] parimente et equali voto, pro remedio animarum nostrarum. Licet primordia bonorum operum quae, Deo inspirante, in mente ginitur et iustis operibus deputatur tamen ea quae maiori cumulo et potiori crescunt in voto ampliori remuneratione expectatur in premio. Digne agitur iam suae spei vota in domo celica mansionum multarum conlocat qui domum sanctae ecclesiae aliquid de facultatibus suis pro expiatione delictorum suorum ibidem offeret. Fratribus meis collecti instinctu divino consilio simul in unum de exiguis nostris quantum ex parentibus atigit porioni plerumque ut in diem iudicii mereamus obtinere emolumento supra dicto loco vel abbati Recesvindo cum toga monachali qui in eodem monasterio nunc conmanent saltem conmanerint¹⁶⁷.

El resto del documento detalla las donaciones que hace dicho Hermenegildo, que consisten en una serie de bienes muebles así como algunos objetos culturales y litúrgicos¹⁶⁸. El documento está fechado en el año 922 (Era 960), en 13 de mayo (III idus de mayo).

Fray Antonio de Yepes también transcribe dicho documento, donde se lee “Ego Ermegildus, qui & confessor Regis Ordonii”¹⁶⁹. No parece tomarlo de la obra de Guardiola, ya que él mismo indica que encontró el documento en Sahagún¹⁷⁰, y ciertamente la transcripción del documento difiere. Actualmente, dicho escrito se conserva en el Archivo Histórico Nacional, y Mínguez lo incluyó en el diplomatario del monasterio, que

¹⁶⁷ GUARDIOLA, 2007: 111.

¹⁶⁸ *Adicimus ita adhuc super his omnibus rebus nominatis libros ecclesiasticos, ide est, antiphonarium, comicum, manuele in duobus corporibus divisum, salterio cum canticis et humnis ordinum, libeliis aliis de cotidiano officio cum lectionibus vel missas, orarum, sententiarum, precum, turabulum, signum, calice de stagno, sella cum freno* (GUARDIOLA, 2007: 112).

¹⁶⁹ YEPES 1615: 435

¹⁷⁰ “No puedo decir con certidumbre quién duese este Hermenegildo, ni se puede afirmar cosa cierta [...] Andando yo revolviendo papeles en el insigne monasterio de San Benito de Sahagún, topé en una escritura con un Hermenegildo, confesor del rey D. Ordoño II, que hace diferentes donaciones a la casa de Sahagún, en que le da a la iglesia de San Millán” (YEPES, 1960: 313).

elaboró¹⁷¹. En la transcripción de este autor sólo se lee “Ermegildus confessor”, sin el “regis Ordoni”, y precisando en nota a pie de página que lo que aparece escrito en el documento es “confensor”, aunque parece tratarse de una errata.

Ciertamente, en época de Ordoño II el término *confessio* ya se empleaba en lo referido al sacramento actualmente conocido como Confesión, ya que la propia *Crónica de Sampiro* nos indica cómo este rey precisamente hubo de hacer penitencia (*confessio*) por abandonar a su esposa¹⁷². No obstante, esa penitencia hubo de realizarse según el molde de la tradición visigótico-mozarabe, puesto que “la penitencia -*confessio*- según las normas de la liturgia visigótica, seguía en vigor en los primeros siglos de la Alta Edad Media. Tenemos noticia de su recepción en peligro inminente de muerte, ya por causa de enfermedad”¹⁷³. En el caso de un pecado público como el de Ordoño II, esa penitencia era la que se ponía en práctica. Hay otros casos donde podemos atisbar cierta confesión privada en el ámbito áulico, aunque no es nada clara¹⁷⁴. Lo cierto es que todavía en esta época existía el *ordo poenitentiarum*, ya que el cronicón de Sampiro, al hablar de la abdicación de Alfonso IV en favor de su hermano Ranimiro,

¹⁷¹ MÍNGUEZ, 1976: 60-61 (doc. 29).

¹⁷² *duxit uxorem ex partibus Gallicie nomine Araguntum, que postea fuit ab eo spreta, quia non fuit placita: et postea tenuit confessionem dignam*, (citado en CARRIEDO, 2007: 118).

¹⁷³ ORLANDIS, 1954: 133.

¹⁷⁴ Por poner un caso, cuando Jiménez de Rada narra el juicio a la reina Muniadona, esposa de Sancho III de Navarra, acusada por su hijo García de adulterio, dice cómo él y su hermano Fernando (que nada hizo para impedir la difamación), en cierto modo arrepentidos y asustados, acudieron a un monje de Nájera, conocido por su fama de santidad, para que mediara ante su padre y evitar tanto el juicio contra la reina como su propio castigo, y así “habían confesado al santo varón que ellos habían lanzado la infamia contra su madre falsamente” (*Filii autem confessi fuerant sancto uiro se in matrem suam falso infamiam congessisse*) (FONTÁN, MOURE 1987: 440). Sin embargo, podemos entender que el empleo del término “confesar”, en este contexto, difícilmente puede ser entendido como hacer la confesión de los pecados en la confesión. Hay que precisar que es una época donde la definición del Sacramento no es clara, y algunos de estos monjes ni siquiera eran necesariamente presbíteros, y del mismo modo encontramos testimonios de confesión a laicos del siglo XI en adelante (TEETAERT, 1926: IX). Según el mismo autor, esto se debe a que el hecho de “confesar” el pecado no va asociado todavía a la absolución, y en cualquier caso los únicos ministros oficiales del sacramento serían los obispos y presbíteros (p. X).

nos relata cómo quiso apartarse del mundo “tomando confesión”¹⁷⁵.

Cierto es que, en el caso de Ranimiro I, al tratarse de la batalla de Clavijo, se dice cómo el rey, tras el sueño revelador, el apóstol Santiago le prometió su auxilio y le indicó que confesase sus culpas, recibiese la penitencia y después la Sagrada Comunión, y así preparado procediese a la batalla¹⁷⁶.

Antes el confuso panorama de la penitencial altomedieval en la península, ¿Qué significa por tanto la mención de Hermenegildo como *confessor*? Hay que decir que este calificativo no es nada extraño en las fuentes. Es sabido que en la tradición de la Iglesia, ya desde los primeros tiempos, los confesores son aquellos fieles que han hecho profesión pública de su fe pese a los peligros que ello podía entrañar en un contexto de persecución, y por tanto sólo se diferenciarían de los mártires en el hecho de que su defensa pública de la fe en Cristo no ha acabado en la muerte, aunque estuvieran dispuestos a ello. Por otro lado, el término también pasó, con el tiempo y respecto a este sentido original, a ser empleado como un título laudatorio hacia personas de probada heroicidad en sus virtudes¹⁷⁷. El caso más famoso sea tal vez el del rey Eduardo *el Confesor* de Inglaterra. Sin embargo, estas acepciones solían ser póstumas, y no eran

¹⁷⁵ *Mortuo Froilano Adefonsus filius Domini Ordonii adeptus est scepra paterna, [duxit uxorem nomine Xemenam, ex qua genuit Ordonium malum.] Huic consistenti in Regno voluntas venit arripiendi confessionis, & in talibus operibus stagens, nuntios misit pro fratre suo Ranimiro in parts Virci, dicens, qualiter velet a Regno discedere, & et fratri suo tribuere. Venit quidem Ranimirus in Zemoram cum omni exercitu magnatorum suorum & suscepit Regnum. Frater quidem ejus properans ad Monasterium in loco, qui dicitur Domnos Sanctos* (FLÓREZ, 2004b: 523-524). La *Historia Silense* refiere este hecho de manera muy parecida: *Mortuo Froila Aldefonsus filius Domini Ordonii adeptus est scepra paterna. Huic consistenti in regno voluntas evenit arripiendi viam confessionis, et in talibus operibus satagens, nuncios misit pro fratre suo Ramiro in partes Visei, dicens, qualiter vellet a Regno discedere, et fratri suo tribuere* (FLÓREZ, 2005a: 283-284).

¹⁷⁶ *Summo igitur mane, facta peccatorum vestrorum confessioni, et accepta poenitentia, celebratis Missis; et accepta Dominici corporis et sanguinis communione, armata manu ne dubitetis invadere Sarracenorum acies, invocato nomine Dei, et meo, et pro certo noveritis, eos in ore gladii ruituros. Et his dictis evanuit a conspectu meo visu desiderabilis Dei Apostolus* (en FLÓREZ 2006: 316).

¹⁷⁷ TORRES, 1962: 156.

empleadas por los propios interesados, a diferencia del caso del Hermenegildo que Guardiola y Yepes aducen. En esta misma época, san Rosendo aparece con el título de *episcopus et confessor*¹⁷⁸, lo cual nos podría hacer sospechar que este obispo, tan cercano a la familia real asturiana, podría haber sido igualmente confesor en la Curia Regia.

Parece más bien que dichas denominaciones corresponden a otro sentido que se daba al término *confessor* o *confessus* en el norte peninsular. Así, el escribano del propio testamento de san Rosendo es un tal Aloito “diácono y confeso [*confessus*]”¹⁷⁹. Entre los confirmantes, figura otro Aloito que había sido prepósito y que recibe el título de “confessor”, junto a Visitano, que en ese momento era “*praepositus et confessor*”¹⁸⁰. Si se trata del mismo Aloito, lo cual es bastante factible, entonces estamos ante un *confessor* que ni siquiera es presbítero, condición necesaria, ya de manera indiscutida para esta época, para poder ser ministro del sacramento de la confesión, y que también se aplica a las mujeres, usualmente con el término “confessa”¹⁸¹. *Confessor* viene a significar aquí “converso”, como la persona que ha decidido ingresar en un monasterio, como cambio de vida y abandono del mundo¹⁸². Así la palabra *confessus*, o

¹⁷⁸ AYALA, 2008: 217.

¹⁷⁹ DÍAZ Y DÍAZ, 1989: 56, n. 37

¹⁸⁰ En *Ib.*: 51

¹⁸¹ Por ejemplo, en una época ya tan avanzada como 1073, en un documento fechado a 11 de enero, se habla de los monjes y monjas “que habitan bajo la regla y guardan la norma de confesión de los [Santos] Padres” (en MÉNDEZ PÉREZ, 2007: 180), que en el original latino es *habitantibus et in Christo militantibus regulari habitantes normam confessionis patrum serientes* (MÉNDEZ PÉREZ, 2007: 175). San Rosendo, del mismo modo, mantuvo amistad con la condesa Elvira Aloítiz, confesa y abadesa del monasterio de Sobrado (PÉREZ DE URBEL, 1998: 108)

¹⁸² El término *converso*, también muy usado, parece designar al que ha ingresado en la vida religiosa en edad madura para satisfacer por sus pecados, mientras que el de *confessus* o *confessor* tiene probablemente su origen en la penitencia de la liturgia mozarábica: muchos penitentes, para observar más fácilmente los deberes que su condición les imponía, pasaban a vivir a los monasterios y conservaban su apelativo peculiar. Puede ser que incluso el término *confeso* llegara a hacerse sinónimo de monje” (ORLANDIS, 1954: 126). Una magnífica síntesis de las diversas acepciones de “confesor” en la tradición cristiana pueden encontrarse en Torres, 1962: 156-169, y sobre el término *confessor* en el caso particular de la Galicia altomedieval en las pp. 164-167.

confessor manifiesta la pervivencia “de una antigua disciplina penitencial, que se extingue al contacto de las corrientes europeas, que en ella penetran por las peregrinaciones a Compostela y, sobre todo, por la reforma cluniacense”¹⁸³. Esta reforma es precisamente el modelo de la confesión que permitió el surgimiento de la figura del confesor tal como lo entendemos hoy día. Por lo tanto, la presencia del término *confessor* en el siglo X no sólo no indica la existencia de un confesor propiamente dicho, sino que responde a un modelo penitencial que no permitiría su existencia.

En el caso de Hermenegildo, el término “*confessarius regis*” que recoge du Cange quizá se deba a la traducción al latín (probablemente la de Thomas Weiss¹⁸⁴) de la obra de Alfonso de Yepes, el cual no se hacía cargo del diferente significado que el término tenía en la documentación de Sahagún, como tampoco lo hacía Guardiola (que dice de Hermenegildo que era “en letras como en todo género de virtud y bondad aventajado y confessor del rey Don Ordoño el III”¹⁸⁵), y, consecuentemente, el traductor de la versión latina. Ciertamente, *confessarius* es quien recibe la confesión, esto es, el presbítero, y que es el término necesario, para esta época, para poder encontrar una figura de confesor tal como se entendería a partir del siglo XIII¹⁸⁶. Pero en ningún caso encontramos en las fuentes originales dicho término, y el de *confessor* tiene el significado que hemos señalado antes. En el caso de Hermenegildo, su condición de confesor parece ajustarse a la noción de hombre que ha entrado en un camino de conversión espiritual y para ello ha ingresado en un monasterio. Tiene más sentido que un hombre del siglo (un noble o principal), se desprendiera de sus propiedades para

¹⁸³ TORRES, 1962: 156.

¹⁸⁴ *Chronicon generale ordinis s. P.N. Benedicti*, publicada en Colonia en ocho volúmenes entre 1648 y 1653.

¹⁸⁵ GUARDIOLA, 2007: 111.

¹⁸⁶ TORRES, 1962: 158.

abrazar la vida religiosa que existiera un monje confesor que, pese al voto de pobreza, contara con tales propiedades personales. Además, no parece que fuese presbítero, pues entre los hermanos que se mencionan en el documento leemos “Argemirus, Mehemutus, Donninus presbiter, Iulianus, Ferrus et Vistia”. Donino parece ser el único que realmente es sacerdote, ya que se hace explícita su condición frente a los demás.

En otros documentos de Sahagún Hermenegildo, en calidad de *diaconus* y *presbiter* en el 937¹⁸⁷, aparece redactando y confirmando varios documentos a partir de entonces¹⁸⁸. Si se trata del mismo individuo, podría ser que recibiese las órdenes mayores en este año, lo cual significa que antes no podría haber sido un *confessarius* de Ordoño, y que el término *confessor* se refiere a la acepción que tenía en el noroeste peninsular en la Alta Edad Media. De hecho, a raíz de esta cuestión, hemos hallado otro caso de un falso confesor real en este periodo, y es el Aloito al que aludíamos poco más arriba, el escribano del testamento de san Rosendo. Al parecer, este individuo, que entonces no era sacerdote, llegó más adelante a ser abad de Samos y obispo de León, y pasaría la historia como san Alvito. Risco se hace eco de la suposición de que fuese confesor de Fernando I, aunque no parece admitirlo¹⁸⁹, pero simplemente por el hecho de que no hay pruebas suficientes. En nuestra opinión, la confusión que plantea el término

¹⁸⁷ MÍNGUEZ, 1976: doc. 61.

¹⁸⁸ *Ib.*: documentos 98, 116, 138 y 161, que llegan hasta el año 958. Más adelante, sigue apareciendo el nombre de de Ermegildo, siendo quizás el mismo aunque, en tal caso, se trataría de un hombre de gran longevidad, que llega a recibir el tratamiendo de abad (*abba*) aunque en un documento en el que figuran otros *abbae* o *abbates* (doc. 251, año 967).

¹⁸⁹ “Tratando ya de las memorias que tenemos más seguras del santo obispo Alvito, sabemos, por el testimonio de los códices góticos ya citados, que siendo abad de Samos y gobernando con documentos y ejemplos celestiales aquel célebre y antiguo monasterio, fue sacado de él por la divina providencia, para que, puesto en la sede legionense, esparciese por todas partes el resplandor de su santidad y doctrina. Esto sólo es lo que debe seguirse como verdadero, sin detenernos en el examen de si este Alvito, o el de Sahagún, fue elegido como confesor de Fernando I, lo que ninguno de los dos puede afirmarse con fundamento” (Risco, 2009a: 107).

confessor que se aplicó a Hermenegildo o Alvito llevó a la consideración errónea de que fuesen confesores reales.

Podemos concluir que Ordoño II no contó con un *confessarius*. El hecho de que todavía Fernando I recurriese a un rito penitencial público nos indica que todavía no existía en el ámbito regio leonés-castellano una penitencia privada. Es cierto también que la penitencia en esta época estaba siendo cada vez más influenciada por los modelos desarrollados en el ámbito irlandés y anglosajón, pero éstos conservaban todavía un notable peso en el hecho de una ostentosa penitencia prolongada en el tiempo¹⁹⁰. Si en Francia ya se han identificado confesores particulares quizá se deba a que la implementación del nuevo modelo de Penitencia, dada la tradición carolingia y la reforma gregoriana (con el foco cluniacense), fue anterior, ya que “el asunto de la reforma fue retrasado en este reino ibérico”, señalando Martínez Díez que la disciplina penitencial visigótica perduraría hasta la introducción de la reforma auspiciada por Cluny¹⁹¹, que se debió más bien, en León y Castilla, a la iniciativa regia¹⁹². En este sentido, el reinado de Alfonso VI supone un verdadero hito.

En efecto, podemos decir que si hubo un monarca que amparó y promovió la reforma religiosa en los siglos centrales del Medievo en la Península Ibérica, ése fue Alfonso VI. Dicha reforma tenía como puntos

¹⁹⁰ FLETCHER, 1984: 86.

¹⁹¹ MARTÍNEZ DÍEZ, 1970: 121. El autor llega a señalar, basándose en el tratado que estudió, que existió un “principio que será fiel e inviolablemente conservado en la Iglesia española hasta los últimos años del siglo XI; la imposibilidad de recibir la reconciliación sacramental de la penitencia dos veces en la vida” (p. 129).

¹⁹² MACKAY, MCKENDRICK 1979: 71. Ambos autores plantean la hipótesis de que los obispos castellano-leoneses mostraron una menor iniciativa reformadora y acudían a la Curia regia en busca de amparo para los asuntos militares y religiosos. Así, “puede suponerse que los cambios en las actitudes ibéricas hacia la confesión pueden ser detectadas más fácilmente en los trabajos del rey-letrado. Como los clérigos del siglo XIII debemos mirar hacia la corte real en busca de liderazgo”. En efecto, como veremos, es en las *Partidas* de Alfonso X, el “rey-letrado”, donde encontramos una definición más acabada de la confesión en el formato en que se puede dar el surgimiento de un verdadero confesor real, y, de hecho, encontramos en la misma obra de la definición del confesor real, como mencionaremos en este primer apartado y analizaremos detenidamente en el último.

centrales, según Mínguez, la independencia de la Iglesia respecto al poder temporal y la reforma de las costumbres¹⁹³, donde podríamos incluir la cuestión del sacramento de la confesión, sobre el cual dice Fletcher:

El objetivo de los reformadores había sido conducir a las iglesias españolas a lo que consideraban el orden eclesiástico correcto, especialmente en materia de disciplina y rito [...] llevaron consigo un derecho canónico que anuló la costumbre eclesiástica local [...] alteraron las costumbres penitenciales, eliminaron la liturgia e introdujeron un nuevo texto. En términos humanos, la reforma trajo un influjo del clero francés, y los extranjeros alcanzaron la mayor parte de los puestos más importantes¹⁹⁴.

La reforma pontificia tuvo hondas repercusiones en las que no nos vamos a detener. Para la cuestión que nos interesa, Fletcher señala en el texto citado cuestiones importantes. Por un lado, el cambio del rito mozárabe al romano afectó necesariamente a la administración de la Penitencia, suponiendo, en nuestra opinión, un hito indiscutible en lo que se refiere al paso de la penitencia pública y solemne a la auricular, privada y frecuente, si bien en una lenta transición como veremos, y que nos es difícil conocer con exactitud, ya que “no conservamos ningún tratado del oficio de obispo, ni penitenciales, ni códigos de costumbre eclesiástica”¹⁹⁵. Por otro lado, Fletcher hace alusión no sólo a los cambios de orden religioso, sino también a los propios agentes de dicho cambio: los eclesiásticos franceses, muchos de los cuales provenían de Cluny, relación que ya había comenzado Fernando I, y que tendrían gran importancia en el proceso de

¹⁹³ MÍNGUEZ, 2000: 211.

¹⁹⁴ FLETCHER, 1978: 25-26.

¹⁹⁵ *Ib.*: 27.

creación de una nueva entidad política¹⁹⁶ donde los asuntos de tipo religioso tenían gran importancia. Muchos autores han querido ver en la aproximación de Cluny un intento por parte de los reyes leoneses de escapar al dominio pontificio. Sea como fuere, en el campo espiritual, ambas instancias eclesiásticas iban en el mismo sentido¹⁹⁷.

Fletcher se lamenta de que apenas podamos saber nada de estos individuos, y del mismo modo, del sacramento. Pero podemos decir que la reforma gregoriana acabó con la disciplina penitencial de tradición visigótica en España, con lo cual, se abría al modelo penitencial en el que podía nacer, con propiedad, la figura del confesor real. No creemos que sea coincidencia que precisamente en este reinado podamos identificar individuos concretos que pudieron llevar a cabo funciones que los aproximan a la figura del confesor, si bien no podemos saber de ninguno que, de manera explícita, lo fuese. Es cierto que los inicios de dicha reforma pueden verse en reinados anteriores. Así, la vinculación con la abadía de Cluny (que fue una punta de lanza de la reforma pontificia) ya se había iniciado en el reinado de Fernando I. Pero en época de este monarca no podemos ver en el caso de la monarquía la práctica de la confesión según los nuevos moldes. Al contrario, es famosa la penitencia pública a la que se sometió Fernando I, que tenía muchas similitudes con las practicadas en

¹⁹⁶ REILLY, 1987: 28.

¹⁹⁷ “Pero esta competición, que fue para posicionarse en el espacio ibérico, de ninguna manera podía perjudicar al fin al que se abocaron todas las acciones de la casa Borgoñona y la Santa Sede: la reforma espiritual. Por ello creemos que ambas iniciativas y desempeños se complementaban: Cluny difundió la reforma por medio de sus monjes que nutrieron y ocuparon altos cargos en el ámbito obispal y monástico en León-Castilla” (GORDO MOLINA, 2004: 77).

época visigoda, como el caso de san Isidoro¹⁹⁸ y que Martínez Díez clasifica como la “penitencia viático”¹⁹⁹.

El reinado de Alfonso VI, además de suponer el paso de la tradición visigótica-mozárabe al orden romano, supuso otra novedad relevante respecto al surgimiento de la figura de los confesores reales: la aparición de la figura de los *clerici regis*, “cuya adscripción permanente a la Curia está bien documentada”²⁰⁰. Por ejemplo, encontramos en la misma persona la función de clérigo del rey y de notario en varios casos²⁰¹. Además de *clericus* o *presbiter regis* con las funciones de *notarius*, aparece por primera vez la mención del *capellanus regis*, que ya denota una función específicamente espiritual en la Curia Regia. Gamba plantea que la figura del *regali palatii capellanus* fuese una dignidad que podía corresponder a un obispo²⁰². Asistimos, por tanto, a la configuración de un grupo eclesiástico específicamente cortesano que cumple con funciones de tipo burocrático y espiritual, donde ambas facetas llegan a tener una íntima conexión, como

¹⁹⁸ Este hecho parece tener un reflejo en el campo artístico. María Soledad Silva, recogiendo los estudios precedentes al respecto, publicó un interesante artículo sobre cómo se reflejó, en Santiago de Compostela y en San Isidoro de León la penitencia pública altomedieval, en el contexto regio. De esta manera, la infanta Urraca pudo mandar reflejar en la basílica la penitencia pública de su padre, en un claro sentido propagandístico o hagiográfico que lo pusiese en conexión con la penitencia pública del propio san Isidoro de Sevilla (Vid. SILVA, 2010: 129). Sobre el relato de la muerte de san Isidoro, vid. FLÓREZ, 2003: 388-389; 391-394).

¹⁹⁹ Vid. MARTÍNEZ DÍEZ, 1970: 127-129. Este tipo de penitencia suponía entrar en el *Ordo Paenitentiarum* que incluía la vida como tonsurado, salvo por la dispensa para la continencia en el caso de los casados. Sería el tipo de penitencia que recibió Wamba y, en el caso de Fernando I, supone una preparación *in articulo mortis*.

²⁰⁰ GAMBRA, 1997a: 524. Por poner algunos ejemplos documentales, Gamba (1997b) recoge documentos en donde figuran las siguientes referencias: “Sisnandus notarium regis conf. Martinus presbiter regis conf. Pelagius clericum regis conf. Ranemirus et presbiter regis conf” (doc. 131, p. 337); “Adefonsus Didaz primiclerus”, “Rud ericu Uimaraz clericus”, “Pelagius clericum regis”, “Uistruarius regis clericus et canonicus” (doc. 156).

²⁰¹ “Sisnandus Astrariz clericus regis qui notuit”, en GAMBRA, 1997b: doc. 100 (p. 264); doc. 114 (p. 298); doc. 125 (p. 319); doc. 126 (p. 322); 127 (p. 328); doc. 128 (p. 330).

²⁰² GAMBRA, 1997a: 523. Sólo en un documento, de todos los que componen la colección diplomática de Alfonso VI, se alude a la existencia de un capellán real, el obispo Raimundo de Palencia (vid. GAMBRA, 1997a: 624, n. 247).

plantea Fernández Conde²⁰³. Martínez Díez vincula la cancillería a la Capilla Real, en el sentido de que los *clerici regis* “no se limitaban al servicio de la capilla, sino que también eran los encargados o responsables de la redacción de los documentos que emanaban del rey”²⁰⁴.

Nuestra tesis, siguiendo lo ya planteado por David Nogales, es que es en este grupo donde surgirían los confesores reales, más que de los obispos o monjes. Cosa distinta es que dichos clérigos, con el tiempo, fuesen nombrados obispos²⁰⁵. Es lo que pudo ocurrir con Raimundo, obispo de Palencia, que era precisamente el *capellanus regis* al que antes hemos aludido. Además, en otro documento es identificado como *magister* del rey, aunque existe la posibilidad de que dicha información sea falsa²⁰⁶. Citando a Carlos de Ayala, “en cualquier caso, debió ser un «consejero especial» del monarca, y desde luego era ya *regalis palatii capellanus* en 1099. Fue también hombre de la confianza del arzobispo Bernardo de Toledo”²⁰⁷. Ciertamente, las abundantes referencias a Raimundo en los documentos

²⁰³ “La cancillería de Alfonso VI constituye también un buen testimonio de la presencia de estas preocupaciones religiosas del rey o de los ambientes cortesanos castellano-leoneses. Las motivaciones de los diplomas de la primera época, llevan la fórmula habitual de muchas donaciones y privilegios: por el alma del soberano, de su esposa y de sus familiares [...] Paulatinamente, la expresión deja de ser puramente formularia, para llenarse de contenidos concretos. Los notarios o escribanos del rey incluyen además oraciones y sufragios concretos como compensación de los beneficios otorgados en forma de donación o de privilegio a una determinada iglesia diocesana o monasterio. Es muy probable que el cambio o la nueva expresión de piedad se deba también a la influencia de los cluniacenses, verdaderos especialistas en este tipo de liturgia, para agradecer y compensar a sus benefactores” (FERNÁNDEZ CONDE, 2012: 58).

²⁰⁴ MARTÍNEZ DÍEZ, 2003: 214.

²⁰⁵ Como señala Gamba (1997a: 524) “el cargo de *clericus regis* sirvió en ocasiones de trampolín para acceder a la dignidad episcopal”, y así “se documenta el caso de una donación otorgada por el obispo Osmundo de Astorga al obispo de Burgos de una iglesia que había recibido de Alfonso VI *cum essem clericus in domo sua* (n. 59).

²⁰⁶ Carlos de Ayala señala que este documento es falso (AYALA, 2008: 334), siguiendo en ello al editor de la cancillería de Alfonso VI, Gamba. No obstante, puede ser que la calificación de “falso” venga de que el documento está interpolado, lo cual no anularía la veracidad del documento en su totalidad. Así parece pensar Linage Conde, el cual dice sobre la mención “magistro meo” con el que Alfonso se referiría a Raimundo, que “del apelativo no se puede dudar” (LINAGE, 2006: 20). En tal caso, la mención como maestro del rey sería cierta.

²⁰⁷ AYALA, 2008: 334. El documento en el que aparece *Raimundus. Palentine sedis episcopus et regalis palatii capellanus* se puede consultar en GAMBRA (1997b, doc. 151).

reales supone una “proporción elevada que insinúa su particular proximidad al monarca”²⁰⁸. Linage ve así que en él coincidían la potestad magisterial y sacerdotal (*in potestate magisteriali atque sacerdotali*)²⁰⁹ y el obispo de Palencia, junto con los de León, Astorga y Burgos, fue el que más tiempo parece haber pasado en la Corte junto al rey²¹⁰, los que Gamba denomina obispos “áulicos o palatinos”²¹¹. Todos estos indicios nos hacen pensar que Raimundo, de posible origen francés (y por tanto con los usos eclesiásticos romanos, también en lo referido a la Penitencia), atendió a Alfonso VI como maestro y capellán en el sentido de confesor, y de ahí pudo saltar a la dignidad episcopal a la vez que mantenía el título de capellán. Como vemos ya en este caso, y se repetirá, en la figura del *magister*, así como la del *capellanus*, que se engloba en la noción de *clericus regis*, se puede encontrar el origen de la figura del confesor. De ser así, ello nos muestra que, lejos de estar en figuras institucionales ajenas al ámbito privado del rey (obispos, abades), aunque mediase la confianza y aprecio, el cargo de confesor nació respondiendo a las necesidades espirituales que analizaremos más adelante (§ 4, § 5), y acorde a ello, surgió del entorno privado de los clérigos del rey.

En el reinado de Alfonso VI, tenemos el nombre de otros *clerici regis* aunque de ninguno se pueda saber si cumplieron alguna función de tipo espiritual en la intimidad del monarca. El hecho de que Raimundo fuese probablemente de origen francés, originario del ámbito cluniacense, hace pensar que en el reinado de Alfonso VI, con la introducción de la reforma los clérigos de origen galo pudieron ser quienes trajeran los más recientes

²⁰⁸ GAMBRA, 1997a: 624.

²⁰⁹ LINAGE, 2006: 20.

²¹⁰ REILLY, 1987: 19.

²¹¹ GAMBRA, 1997a: 617.

cambios en el campo de la Penitencia²¹². Aunque tampoco se puede saber de ninguna manera, quizá los otros grandes cluniacenses de esta época que tuvieron una gran cercanía con Alfonso VI, pudieron desempeñar alguna tarea de tipo penitencial. Bernardo de Sédillac, “señero representante del nuevo orden político-eclesiástico”²¹³ sería uno de los grandes consejeros y colaboradores del monarca, así como de su hija Urraca I, calificándolo Reilly como “su gran ministro”²¹⁴. Podríamos plantearnos si Bernardo ejerció una función próxima a la del confesor. Como consejero, no parece haber duda, pero si llegó a absolver de manera privada las faltas de estos monarcas no hay modo de saberlo y es una mera suposición, y de hecho no hay indicios de tal cosa. Por tanto, la afirmación que hiciera Grégoire a este respecto²¹⁵, dada la parquedad de datos, ha de ser desestimada.

Pero hubo otro cluniacense que, dados los testimonios conservados, podría ser contemplado como un precedente de la figura del confesor, aunque con muchas reservas: el abad Roberto. Éste desempeñó cierta función de consejero espiritual del rey, el cual, en una carta dirigida a san Hugo de Cluny, pedía que no apartase de su lado a Roberto tan buen amigo y consejero²¹⁶. Como es sabido, Roberto fue enviado a España para ocupar

²¹² No obstante, Reilly indica que *the most prominent of these notaries seem all to have been natives of the realm* (REILLY, 1985: 19), pero lo cierto es que los clérigos que estamos identificando en la proximidad a la persona del rey eran de origen francés.

²¹³ AYALA, 2008: 296.

²¹⁴ REILLY, 1987: 18. Bernardo tendría una gran capacidad como consejero y como eclesiástico, y de ahí que se convirtiera “en el mayor apoyo y consejero (*major support and counsellor*) de la monarquía no sólo en el periodo de Alfonso VI sino también durante el problemático reinado de Urraca” (p. 28).

²¹⁵ GRÉGOIRE, 1824: 204.

²¹⁶ *Vellen ad modum, si gratia tui esset domnum Robertum omnino in nostris partibus adesse, quem summum atque carissimum pro omnibus rebus habeo; qua de causa vellem eum mecum esse in vita et in morte, quoniam illius consilio suffulcior, eiusque dulcissimis verbis foveor* (citado en MANSILLA, 1987: 53-54). Mínguez, a diferencia de otros autores (Bishko, Linage, Gamba) cree que esta carta debe datarse poco después del año 1077. Lo que le lleva a retrasar la fecha es la siguiente reflexión: “Sólo así se explica la referencia de Alfonso VI a la perturbación provocada por la introducción del rito tomano y la súplica de que mantenga a su lado al abad Roberto. ¿Por qué peligraba la permanencia de éste? Sólo hay una explicación: la actitud que estaba adoptando el propio Roberto de apoyo al mantenimiento del rito mozárabe, en contra de los principios defendidos inicialmente de imposición del rito romano” (MÍNGUEZ, 2000: 224).

el cargo de abad de Sahagún y auspiciar en tan importante monasterio la reforma que se estaba implantando en la Iglesia peninsular. Presente en solar hispano probablemente desde 1076, “pronto ganó la confianza del rey y fue uno de sus principales consejeros en asuntos eclesiales”, atribuyéndosele a él la decisión regia de doblar el censo otorgado a la abadía de Cluny en 1077²¹⁷. Quizá por este hecho, se convirtió, en opinión de O’Callaghan, en el centro de una importante controversia²¹⁸. Sin embargo, por razones desconocidas, parece que Roberto no cumplió con la tarea que de él se esperaba en lo que se refiere del paso del rito hispano al romano. La reacción de Gregorio VII nos hace pensar precisamente que Roberto podía ejercer gran influencia en la persona del rey. En junio de 1080 el papa escribió a Hugo de Cluny lamentando el comportamiento de Roberto²¹⁹. De hecho, el papa se dirigió al propio Alfonso exhortándole a no dejarse engañar por el que llama “pseudomonje” y por cierta mujer con la que mantenía una relación ilícita, que se trataría probablemente de Constanza, a la que Guardiola, por el contrario, atribuye una influencia decisiva en la decisión del rey de cambiar de rito²²⁰. Fernández Conde se plantea si Roberto trataría de ayudar al rey a formalizar la relación con dicha dama, aunque reconoce que esto es una mera suposición²²¹.

En lo referido a la cuestión del rito, Rivera Recio atribuye al consejo de Roberto la menor determinación del rey en el cambio²²², y Martínez Díez no duda en decir que, sean cuales fueren las causas por las que Roberto

²¹⁷ MARTIN, 2012: 117.

²¹⁸ O’CALLAGHAN, 1985: 108.

²¹⁹ FERNÁNDEZ CONDE 2012: 42. El autor concluye: “En aquella crisis ¿dónde se situaba efectivamente Alfonso VI? Si hacemos caso a la disposición papal, habría apoyado al monje Roberto, cercano y valioso consejero suyo”

²²⁰ GUARDIOLA, 2007: 195.

²²¹ FERNÁNDEZ CONDE 2012: 43.

²²² RIVERA RECIO, 1962: 14.

decidió defender el rito hispánico, “convenció al rey Alfonso VI para que modificara su posición anterior y se uniera a su postura”, y del mismo modo la propia Constanza sería “ganada por las obsequiosidades de Roberto”²²³. Finalmente, el rey hubo de aceptar la destitución de su querido abad, que debió ser “una dolorosa concesión a la política de paz con la Santa Sede y el símbolo del triunfo de la reforma litúrgica. Una doble cesión, personal y política, para superar un conflicto cuya solución aseguraba el respeto del papado y el respaldo de Cluny a la plena soberanía de Alfonso VI en sus reino”²²⁴. Este caso podría suponer un argumento a favor de la idea de que los abades cumplieron con las funciones de confesores de los reyes en la época altomedieval. Ahora bien, tal idea procede de la historiografía francesa, que se centra en el ámbito carolingio y francés, donde en efecto encontramos casos de este tipo. No olvidemos que Roberto procedía de dicho contexto, pero en lo que se refiere al monacato hispano, no hemos encontrado casos similares.

Podemos concluir que en el reinado de Alfonso VI hombres como Raimundo o Roberto pudieron asistir espiritualmente al monarca como confesores, si bien en ningún caso podemos conocer por las fuentes que lo fuesen propiamente. Ni siquiera en la historiografía se les ha denominado directamente con tal nombre. A quien sí se le ha calificado ya con el término de *confessor* es a otro eclesiástico de la misma época pero que corresponde a la generación siguiente a la de Alfonso VI: Diego Gelmírez. En su introducción a la *Historia Compostelana* Emma Falque indica que Gelmírez, antes de obispo, había sido “*publicus notarius, scriptor, cancellarius et secretarius* y *confessor* del conde Raimundo de Borgoña”²²⁵. Si bien nuestra

²²³ MARTÍNEZ DÍEZ, 2003: 194.

²²⁴ MÍNGUEZ, 2000: 228.

²²⁵ FALQUE, 1994a: 11

búsqueda en la *Historia Compostelana* puede haber pasado por encima el término, no hallamos la palabra *confessor* aplicada a Gelmírez con respecto al conde Raimundo (que en el ámbito galaico parece haber aspirado al tratamiento de rey, en lo que le apoyaría el joven Gelmírez). Quien emplea el término *confessor* no es la fuente primaria, sino R. A. Fletcher, y quizá Emma Falque tome de ahí el término, mezclando así los títulos latinos que aparecen en la *Historia Compostelana* con el término, empleado en inglés, por el autor anglosajón. En efecto, este autor lo denomina así basado en el pasaje de la *Historia Compostelana* dedicado a la muerte de Raimundo de Borgoña, que murió asistido por el prelado, y así indica que Gelmírez reivindicó su condición de *confessor* al asistirlo en su muerte, y que dicha condición “could have been at any time before Raymond's death in 1107”²²⁶. Sin embargo, la narración de la muerte del conde no muestra explícitamente la confesión, aunque sí que Gelmírez acogió la penitencia de Raimundo y lo acompañó ayudándole a bien morir, en un *ars moriendi* que corresponde más bien al formato altomedieval²²⁷.

Nada de esto, ni tampoco que fuese un consejero o colaborador, lo convierte en confesor de Raimundo de Borgoña según los criterios establecidos. En primer lugar, la absolución en lecho de muerte se consideraba en el modelo penitencial de los primeros siglos de la Iglesia un hecho extraordinario, que no podía llevarse a cabo en circunstancias

²²⁶ FLETCHER, 1984: n. 9 del cap. 5.

²²⁷ “Pero cuando se conoció en Tierra de Campos su llegada, puesto que el cónsul Raimundo, varón ilustrísimo a quien la naturaleza y dignidad de sus costumbres había adornado no poco entre los occidentales, era retenido por el pesado malestar de una enfermedad en la villa de Grajal, situada junto a Sahagún, el mismo cónsul envió mensajeros a la conocida clemencia del prelado como a deseado refugio de salvación de su alma para que se dignara ir a verle. Después de llegar a presencia de éste con precipitada rapidez, con tanta veneración fue recibido el venerable obispo, cuanta pasamos en silencio para no detenernos fastidiosamente en su descripción durante más tiempo. Pues después que el cónsul limpió las manchas de sus pecados con lágrimas dignas de penitencia y se encomendó a sí mismo y todo lo que estaba en sus manos al poder del prelado, quiso regalar a la iglesia de Santiago mediante fidelísimo testimonio escrito el monasterio de Chantada, junto con sus dependencias, que está a orillas del río Miño” (FALQUE, 1994a: 121)

ordinarias. A lo más que podemos llegar, según las noticias conservadas, es a ver a Diego Gelmírez como un *clericus regis* en el sentido más burocrático²²⁸, “verdadero *clerc* a la manera francesa”, a decir de Manuel Murguía²²⁹, el cual ofrece, a nuestro entender, la mejor síntesis del *cursus honorum* del joven Gelmírez al servicio de Raimundo de Borgoña²³⁰, y que culminó con el nombramiento episcopal²³¹. Pero, en ningún caso, se le señala como confesor.

Cabe preguntarse si Gelmírez habría incorporado a su atención pastoral las novedades de la reforma gregoriana y, por tanto, estaba en condiciones de ejercer una función de confesor. De acuerdo a la opinión de Henry Charles Lea, la respuesta sería negativa. Este autor acude a un pasaje de la *Historia Compostolena* para negar que en tiempos del prelado gallego hubiese una absolución de los pecados tal como se conocería después. Sin embargo el autor se basa una referencia aislada y sesgada, y en otros casos encontramos casos de absolución. Lo que sí es cierto es que no se encuentra a Gelmírez como *auricularius* en ningún caso: su papel como ministro de la penitencia se enmarca más bien en sus funciones como prelado, acogiendo

²²⁸ Se ha hecho notar la intensa labor de Gelmírez, antes de ser arzobispo, como canciller y notario de Raimundo de Borgoña, como se señala en la propia *Historia Compostelana*, y como sabemos por ocho documentos, algunos de los cuales “los redactó él mismo cumpliendo sus funciones de canciller y notario” (PORTELA, 2007: 130).

²²⁹ MURGUÍA, 1943: 36.

²³⁰ “No es posible fijar el año en que Gelmirez fué nombrado canciller del conde D. Ramón. Debíó ser hacia el 1092, pues en el siguiente de 1093, en que por primera vez tuvo a su cargo la administración de la diócesis, era ya canciller y secretario del de Borgoña. En una escritura de dicho año confirma como canónigo y *scriptor* del conde, y en otra de 1096, se dice *clericus et vicarius* de la iglesia de Santiago y notario del ya citado conde. Semejantes títulos no han de tomarse en el sentido que actualmente tiene. *Clericus* lo dijo -pues aun no había recibido las primeras órdenes- a la manera francesa: *clerc*, versado en las divinas y humanas letras, ministro real, que una y otra cosa era; *vicario*, como reemplazante del obispo; *scriptor* y *notario*, como canciller de la curia del imperante, y por último, *canónigo*, porque con ese cargo tal vez le habría honrado Dalmachio durante su breve pontificado” (MURGUÍA, 1943: 36).

²³¹ “Como sabemos, a raíz de la destitución de Pedro de Cardeña, la diócesis compostelana se hallaba administrada por gestores laicos, el último de los cuales era Diego Gelmirez, hombre muy próximo al desde 1090 todopoderoso gobernante de Galicia, el conde Raimundo de Borgoña, del que era secretario y canciller. De hecho, el nombramiento de Gelmírez se había producido a instancias del conde” (AYALA, 2008: 350)

la confesión pública o privada, y la penitencia hecha de manera ostentosa²³². En este sentido, obligó a Alfonso VI, para la remisión de sus culpas y la concesión de ciertos derechos a su sede, además de acoger favorablemente el proyecto del rey de peregrinar a Compostela²³³.

En este sentido, apreciamos que Gelmírez se comportaba, en materia de penitencia, como un obispo altomedieval. Sin embargo, no deja de ser cierto que la llegada de los borgoñones, así como el hecho de que Santiago recibiese todos los influjos europeos, nos hace pensar que el arzobispo estaría al tanto de las novedades, que Fletcher hace resaltar en el estudio biográfico que realizó sobre este prelado²³⁴, si bien reconoce que este cambio fue “muy gradual”²³⁵. Así, en los libros que sabemos se incorporaron a la biblioteca capitular, figura un *librum pastorem* que podía ser *Libro pastoral (Liber regulae pastoralis)* de san Gregorio²³⁶. No era, como vemos, una obra reciente, pero contiene en sí referencias lo suficientemente apropiadas para la tarea de confesor.

²³² Por ejemplo, en el concilio de 1125 se establece: *Quisquis autem huius militie particeps fieri uoluerit omnium suorum peccatorum recordetur et ad ueram confessionem et ueram penitentiam uenire festinet et, postea acceptis armis, ad castra Christi in Dei obsequium et suorum peccatorum remissionem procedere non differat* (En JUSTO FERNÁNDEZ, 2001: 48). En este trabajo se reflejan más referencias a la penitencia de los pecadores, muy relacionadas con el espíritu coactivo que Gelmírez pudo emplear como obispo y señor temporal.

²³³ Por otro lado, hay que indicar que Alfonso VI manifestó una voluntad penitencial en la concesión de su testamento. En esta misma época, en un documento fechado el 11 de enero de 1073, Ermesenda Núñez y su familia concedían ciertos bienes al monasterio de Chantada “per confessiones” (en MÉNDEZ PÉREZ, 2007: 174).

²³⁴ *During this time it became the practice for confessors to grant absolution to sinners not on the completion of penance but rather at the moment of confession itself. This change served to underscore and to widen the distinction between sin and its punishment. The sinner had confessed his sin and received absolution; but he would still have to suffer in the next world the punishment for his sin. However, the discipline of penance in this world could serve to wipe out the punishment that awaited the sinner in the next. Penance as “satisfaction” for sin came to receive more emphasis than the older idea of penance as spiritual “medicine”. Thus this modification of the practice of the church, while laying more stress on the individual act of contrition and the saving grace mediated through absolution, paradoxically resulted in more fervent and more literal fulfilment of the actual course of penance itself* (FLETCHER, 1984: 87).

²³⁵ FLETCHER, 1984: 87.

²³⁶ FALQUE, 1994b: 126. Por otro lado, Meens plantea que los penitenciales altomedievales bien podrían ser guardados en las escuelas o cortes catedralicias para la instrucción de los pastores (MEENS, 2006b: 20)

Si Gelmírez fue un hombre de gran cercanía a Raimundo de Borgoña, su relación con su esposa Urraca fue más tormentosa, si bien para la época en la que precisamente se ha querido ver una relación entre el conde y el obispo como penitente-confesor, la relación era buena²³⁷. Por otro lado, la reina Urraca siempre dio muestras de favorecer las diversas sedes de su reino, en un acto en el que es difícil distinguir lo que es “política religiosa” de las “actuaciones a nivel personal” como reina devota²³⁸. En todo caso, la soberana debió recurrir a los capellanes de su entorno, incluidos en el grupo de los clérigos del rey y en la cancillería²³⁹. Sabemos que algunos de ellos llegaron a ocupar sedes episcopales, como Pedro II y Pedro III de Lugo. Del primero sabemos que renunció a la sede en 1113, quizá por no haber servido adecuadamente a los propósitos de la reina, y fue sustituido por el segundo. Este segundo Pedro ya había sido notario de Raimundo de Borgoña y siguió siéndolo de Urraca²⁴⁰, con la cual recibe el título de capellán²⁴¹, “y hay indicios de que permaneció muy cercano a la reina” después de su entronización episcopal²⁴². La designación como obispo de Lugo, después del cese del anterior por posibles motivaciones políticas, denotaría un “interés por mantener una comunicación fluida con los responsables de las diócesis del reino”²⁴³.

Elena Lobato no tiene reparo en considerar la figura del capellán en esta época como confesor real, ya que, al tratar sobre los cargos

²³⁷ PALLARES, PORTELA, 2006a: 234.

²³⁸ LOBATO, 1989: 389.

²³⁹ “Los términos clérigo, escriba, notario e incluso canciller parecen ser usados como sinónimos” (REILLY, 1982: 210).

²⁴⁰ BIGGS, 1983: 17.

²⁴¹ REILLY, 1982: 98. Su acceso a la sede de Lugo fue algo complicada (ver pp. 231-232). Lo cierto es que la reina Urraca hubo de empeñarse, de manera que se interpreta la elección de Pedro como obispo de Lugo por motivaciones políticas (p. 248).

²⁴² FETCHER, 1978: 66.

²⁴³ PALLARES, PORTELA, 2006b: 158.

eclesiásticos en la corte, entre los clérigos dedicados a la atención espiritual, “contamos con un oficio como es el de capellán o confesor real, desempeñado por dos clérigos a lo largo del reinado” y precisando que “resulta extraño que un cargo sin duda importante, no obtenga su merecido reflejo documental”²⁴⁴. Ciertamente, Pedro figura en lugar destacado en algunos documentos de Urraca, como confirmante tras Diego Gelmírez²⁴⁵. Por otro lado, figura en 1109, entre varios clérigos de la reina, el capellán Pedro, que bien podría ser uno de ellos²⁴⁶. Ello no significa para nada que Pedro ejerciese funciones propias del confesor, tan sólo que era un hombre próximo a la reina. Sin embargo, dado que en el aspecto exterior guarda mucha similitud con lo que ocurriría más adelante con los confesores que son promocionados al episcopado podríamos pensar en ello. Pero la identificación automática entre capellán y confesor que hace Lobato nos parece demasiado tajante. Podemos ver en algunos capellanes, dada la confianza con la reina, el ejercicio de las funciones de confesor, pero no podemos ver en todos los capellanes confesores.

En lo que se refiere al vocabulario, no aparece en la documentación de esta época la palabra “confessor” ni similar con el sentido que buscamos. Recordemos lo que ésta significaba en la tradición galaico-leonesa. Pervivencia de ello es la referencia a tres *confessi* en un documento de la reina Urraca, datado el 31 de mayo de 1112, por el cual la reina cedía al monasterio de San Julián de Samos y a su abad dos villas, con su jurisdicción. Entre los confirmantes figuran “Formarigus confessus”, “Moninus

²⁴⁴ LOBATO, 2000: 73.

²⁴⁵ Ver en MONTERDE (1996) las referencias de los documentos son los números 74, 92, 106, 108, 150, 177, 200

²⁴⁶ “Petrus capellanus regine conf.; Fernandus Petriz regine clericus conf.; Rinaldus regine clericus conf.; Petrus Pelaiz eisudem curie clericus conf.” (MONTERDE, 1996: 16).

confessus” y “Pelagius confessus”²⁴⁷. Cabe plantearse si el retraso en el empleo del término *confessor* o de la misma familia etimológica para hacer alusión a lo que sería conocido por confesor más adelante se deba no sólo a la tradición de los santos y confesores, sino a la existencia de estas figuras monacales en el noroeste peninsular.

Pero, al igual que en el reinado de Alfonso VI, hemos de prestar atención no sólo a los capellanes y obispos como precedentes de la figura del confesor, sino a los maestros. Ya vimos el caso de Raimundo de Palencia con Alfonso VI, padre de Urraca. En el caso de esta reina (de la que conocemos el nombre de varios maestros), nos parece muy llamativo el caso Domingo Falcóniz, *magister* de la reina. En un documento fechado en 1120, la reina Urraca hizo considerables donaciones al obispo e iglesia de Burgos, Merece citarse por cuanto su contenido está muy relacionado con la penitencia:

(Christus) Quoniam peccaminum nostrorum grauitate, quam in nobis antiqui hostis suggestione cotidie augemus, per iuste elemosine largitatem, diuina adouuante gratia, deponere possumus, oportet ut frequentis elemosine rationabilis obsequio uacare curemos. Ego, igitur, Urraka, Dei gratia Yspanie regina, regis Adefonsi regineque Constantie filia, grato animo et deuota uoluntte, ob amorem omnipotentis dei domini nostri Ihesu Christi et eius genitricis ac perpetue Uirginis Marie, in cuius honore Burgensis sedes constructa habetur, dono et concedo monasterium Sancti Facundi, quod est situm in Ual de Egunia, eiusdem sedis aecclesie ipsiusque loci rectori Semeno et canonicorum [sic] conventui eorumque succesoribus in perpetuum. Dono autem illud [...] Ego, Urraka, prefata regina, hoc scriptum fieri mandaui et propria manu roborauí in

²⁴⁷ MONTERDE, 1996: 89 (doc. 43).

*conspectu multorum et magistri mei Dominici Falconiz, per cuius manu hoc donum Deo et ecclesie Beate Marie obtuli*²⁴⁸.

Dado el precedente de Alfonso VI con su maestro Raimundo, es posible que Domingo Falcóniz (que era también sacristán y canónigo en Burgos²⁴⁹) fuese un maestro en el sentido espiritual, ya que Urraca contaba para aquel entonces con cuarenta años, y por tanto no parece que su *magister* lo fuera en el sentido de tutor o instructor, sino más bien en el sentido de consejero espiritual. Por otro lado, la carta parece indicar que, a modo de limosna, y para remisión de los pecados, Domingo sugirió a la reina hacer las concesiones a la iglesia a la que él pertenecía. Así, podía responder a un acto penitencial sugerido por quien se encargaba de administrar el sacramento de la penitencia que para aquel entonces estaría más arraigado según el modelo promovido por el Pontificado. Por otro lado, en las *Partidas* que mandaría redactar el lejano sucesor de Urraca, Alfonso X, se habla del confesor como “Maestro de la Penitencia”²⁵⁰.

Todos estos indicios no prueban que la figura del maestro del rey o la reina deba ser considerado su confesor (veremos cómo, más adelante, hubo maestros que han sido identificados como tales de manera errónea) pero, al igual que el caso de los capellanes, podemos plantear que algunos individuos concretos, bajo esta denominación, pudieran ejercer, entre otras, la función de confesor. Lo cierto es que Elena Lobato no parece sugerir que Domingo Falcóniz actuara como tal, y lo incluye en el grupo de maestros de la reina Urraca (junto a Pedro Annaiaz y Sancho, amabos

²⁴⁸ Texto en RUIZ ALBI, 2003: 545-547 (doc. 118).

²⁴⁹ El 21 de agosto de 1120 figura como “Dominicus Falconis, canonicus et sacrista Burgensis sedis aecclesiae Sancte Mariae, conf.” (en RUIZ ALBI, 2003: 544, doc. 116).

²⁵⁰ *Vid.* MACKAY, MCKENDRICK 1979: 72.

presbíteros) en cuanto meros instructores²⁵¹. Ciertamente, otros maestros de la misma soberana no parecen haber ejercido dicha función sacramental y de consejo. Pero en el caso de Falcóniz, estamos hablando de un maestro cuando la reina era ya una persona adulta y madura, a diferencia por ejemplo, de un tal Pedro, maestro en 1094²⁵².

A este respecto, en relación con la figura del capellán, existe otro hecho que nos parece indicar la importancia que tenían como individuos cercanos a la persona real y que pudieran influir sobre ella, en lo que sería una de las características de la futura figura del confesor. Nos referimos al intento de Gelmírez de hacer recaer en él, por privilegio real, la elección del canciller y capellán de Alfonso. Alfonso VII tuvo como tutor, desde 1107, a Gelmírez, el cual conseguiría ser nombrado en 1127 jefe de la cancellería real²⁵³. Gelmírez fue el encargado, junto a otros, de la educación o *praeparatio* del joven Alfonso. Éste se reconocería deudor suyo, refiriéndose a él como “padre espiritual”²⁵⁴. Así, Alfonso mantuvo con Gelmírez una “relación formativa, primero como cristiano, a la vez que como futuro heredero del reino”²⁵⁵. No obstante, en ningún momento Gelmírez (que bien sabía hacer valer sus servicios) indicó al rey nada que pudiera interpretarse como una actuación en calidad de confesor, tan sólo el hecho de haberlo bautizado, ungido y coronado rey y armarlo caballero. En su época previa al acceso al trono, sabemos que Alfonso Raimúndez

²⁵¹ Vid. LOBATO, 2000: 32

²⁵² Figura como uno de los confirmantes en una donación que Raimundo de Borgoña y Urraca hicieron al obispo Cresconio y a la iglesia de Coimbra, con el título de *magister supradicte filie regis*. Según Pallares y Portela, “No debe extrañar la presencia del maestro de Urraca en el séquito de los condes de Galicia, puesto que la infanta, aunque casada, alcanzaba apenas los trece años y, muy probablemente, continuaba su aprendizaje con quien ya había sido su maestro en la corte real” (PALLARES, PORTELA, 2006b: 28). En este caso, podemos pensar en un instructor.

²⁵³ FALQUE, 1994b: 124.

²⁵⁴ *Ego enim uestram personam debeo honorare et amare, quia meus pater spiritalis estis et me in fonte baptismatis regenerastis, in regem unxistis, armis militaribus decorastis et multiplicia beneficia uestra sponte in uestra ecclesia mihi contulistis* (en GORDO MOLINA, 2010: 29)

²⁵⁵ GORDO MOLINA, 2011: 50.

contaba con su propio capellán, Bernardo, obispo de Sigüenza, que suscribe un documento de 1123, en el que se presenta como capellán real²⁵⁶, y vuelve a aparecer como tal entre 1135 y 1146²⁵⁷. Conocido también como Bernardo de Agén, era un cluniacense que llevaba en la Península desde principios del siglo XII, perteneciendo al ámbito eclesiástico de Toledo, bajo Bernardo de Sédirac. Fletcher considera a Bernardo uno de los adversarios a los que Gelmírez querría alejar de Alfonso VII, ya que los eclesiásticos del ámbito castellano serían un contrapeso a la influencia de la iglesia compostelana²⁵⁸

Este prelado obtuvo, por un documento referido en la *Historia Compostelana* pero que no se ha conservado, el privilegio de elección del capellán y canciller del rey en la persona que Gelmírez considerase conveniente, el 15 de marzo de 1133²⁵⁹. Ambas figuras, la de canciller y capellán, aparecen muy unidas en este reinado, como ya solían aparecer en los anteriores, y a principios del mismo un tal Alfonso, canciller y capellán del rey, escribió un diploma de bienes y derechos al monasterio de Sahagún, donde Alfonso VII (quizá a instancias de los monjes o del propio capellán) se desvinculaba de la política seguida por su madre en su relación con los diversos agentes eclesiásticos²⁶⁰. Según Xavier Garrigós, es a raíz de esta elección donde surge “toda la prodigiosa intervención de Gelmírez en la política gallega personalmente, y en la española por medio del influjo decisivo, que su poder espiritual y temporal le da sobre Doña Urraca y

²⁵⁶ FLETCHER, 1978: 178, n. 78.

²⁵⁷ REILLY, 1998: 162.

²⁵⁸ FLETCHER, 1984: 261.

²⁵⁹ GARRIGÓS, 1943: 404.

²⁶⁰ *Vid.* PALLARES, PORTELA: 2006b: 185.

Alfonso VII”²⁶¹. Coincide en esta valoración Gordo Molina²⁶². Fletcher, desde una perspectiva comparativa, indica que, a partir de los datos conocidos:

*This suggests an established institution provided with endowments. How many royal chaplains there were at any one time and what duties they carried out, we do not know. By analogy - possibly a hazardous one, but it deserves to be explored - with royal chaplains elsewhere, in Germany or in the Anglo-Norman kingdom, we might expect the office to have been a responsible and influential one. Diego's anxiety to retain control of it would therefore be intelligible*²⁶³.

Gelmírez, gracias al privilegio concedido, puso en el cargo de capellán a Bernardo, clérigo compostelano²⁶⁴, que ya actuaba como “notario del rey” en vida de la reina Urraca I²⁶⁵. Sería éste un hombre de gran talla intelectual y que, posiblemente, se hubiese formado en escuelas europeas, como otros clérigos que recalaron en Santiago²⁶⁶. No obstante, en algún momento

²⁶¹ GARRIGÓS, 1943: 398-399.

²⁶² “Pero sin duda los documentos más significativos que Diego II recibió de la corte alfonsina fueron los que le otorgaron el control definitivo de la cancillería y de la capellanía regia junto con el decreto por el que prohibió el ataque, la apropiación o la usurpación de bienes, privilegio y exenciones de la iglesia de Santiago” (GORDO MOLINA, 2010: 34). En otro trabajo, el mismo autor indica que Gelmírez ya había intentado obtener concesiones similares en el reinado de Urraca, si bien la muerte de la reina lo había truncado (*vid.* GORDO MOLINA, 2011: 58-59).

²⁶³ FLETCHER, 1984: 262.

²⁶⁴ *Ib.*

²⁶⁵ En un documento fechado el 27 de marzo de 1122, cuando otro Bernardo sería capellán de Alfonso, Urraca establecía la paz con el obispo de León, y uno de los confirmantes era *Bernaldus, ecclesie Beati Iacobi tesararius et regis publicus notarius* (en RUIZ ALBI, 2003: 558, doc. 125). Debía de ser hombre cercano a la reina, pues la confirmación figura como *proprio robore*, es decir, que confirmó el documento estando presente en su validación, presumiblemente con la reina Urraca y los eclesiásticos de León. Fue al parecer canciller real entre 1127 y 1133, justo antes de ser nombrado capellán del rey, y llevó a cabo importantes labores en la sede de Compostela, lo que explica el aprecio que Gelmírez le deparaba como para disuadirle de peregrinar a Tierra Santa o, finalmente, designarlo para capellán (¿confesor?) de Alfonso VII (*Vid.* FLETCHER, 1984: 262-263). Reilly señala cómo la Cancillería en tiempos de Alfonso VII mantuvo la estructura del reinado de su madre, tanto en el hecho de que el Canciller era la cabeza de este cuerpo burocrático, como en el hecho de que el personal de la reina Urraca se mantuvo en el reinado de Alfonso (REILLY, 1998: 147), lo cual afecta a los individuos que pudieron actuar como capellanes o confesores del monarca a la vez que desempeñaban funciones administrativas.

²⁶⁶ MURGUÍA, 1943: 155.

pudo entrar en conflicto con Gelmírez, en el contexto de las luchas de poder en Santiago, en las que Alfonso VII participó no siempre del lado del arzobispo, y así “the choice of the latter as chancellor kept the king in touch with the disaffected party at Compostela. While Bernard’s departure from Compostela was initially welcome to Diego, the canon’s proximity to the crown was bound to become intolerable”²⁶⁷. Gelmírez trataría de apartar de este modo a Bernardo de la cercanía de Alfonso VII. Pero sus esfuerzos se volverían contra él, y sólo conseguiría que los *honores* (entendidos como funciones operativas y no meramente honoríficas pese a lo que la palabra, en un sentido actual, pueda significar) que Bernardo ostentaba en ese momento pasaran al ámbito eclesiástico de Toledo, y de ahí la segunda etapa de Bernardo de Agen como capellán a partir de 1135, hasta 1146. Estos hechos nos parecen muy relevantes, ya que muestran la figura del capellán como dotada de una gran influencia sobre el rey, y de ahí el deseo de controlarla por parte de Gelmírez. Dicha influencia no podría darse por las funciones rituales de la Capilla Real, sino precisamente por la labor de consejo y confesión, con lo que vemos que el capellán (~~al menos el capellán mayor~~) pudo ejercer el cargo de confesor. Este hecho lo confirman las Partidas de Alfonso X, donde habla del capellán en el sentido de confesor, como veremos más adelante (§ 5.2).

Ello no implica, como ya hemos dicho, que todos los capellanes fuesen confesores. En la medida en que sí pudieron serlo, cabe señalar que Alfonso VII contó con otros capellanes, como Nuño Alfonso, que sería obispo de Mondoñedo entre 1112 y 1136 y que suscribió varios documentos regios como *capellanus regis*²⁶⁸. Sería un protegido de

²⁶⁷ REILLY, 1998: 230-231.

²⁶⁸ FLETCHER, 1978: 63.

Gelmírez²⁶⁹, lo que nos hace insistir en el valor otorgado al poder del capellán sobre la persona del rey. Otro obispo que había sido clérigo real desde época de Raimundo de Borgoña era Martín, obispo de Orense²⁷⁰, que había sido nombrado obispo de dicha sede por el papa a instancias de Gelmírez, a cuyo círculo eclesiástico petenecía²⁷¹. Peviamente había sido capellán de Alfonso, sucediendo a Arias González, capellán a su vez desde 1127 (sustituyendo a su vez a Muño, obispo de Mondoñedo y canónigo de Compostela) y nombrado obispo de León en 1130²⁷². La elección de este hombre pudo responder a una estrategia para decantar la pertenencia de Orense al ámbito leonés frente al de la corona de Portugal, por lo que la designación del capellán respondería al deseo de poner alguien de absoluta fidelidad para cumplir dicho fin²⁷³. Martín moriría en torno a 1156 o 1157, “como había vivido, en la corte”²⁷⁴.

El monarca heredaba, de esta manera, muchos de los clérigos de su madre²⁷⁵. A partir de 1146 no hay noticias sobre los capellanes del rey, lo cual puede deberse, según Reilly, a la existencia de lagunas documentales o, más probablemente, al hecho de que el título de capellán del rey se asociara institucionalmente al de arzobispo de Compostela, como ocurrió con el cargo de canciller²⁷⁶. Ello es posible, ya que Méndez de Silva lo hizo

²⁶⁹ FLETCHER, 1984: 262.

²⁷⁰ FLETCHER, 1978: 49. Este autor plantea la posibilidad de que fuese el canónigo y cardenal Martín Pérez, que visitó la curia papal entre 1129 y 1130, aunque indica que lo significativo de este personaje *was his connection not with Diego but with the king. Four royal charters refer to him as a king's chaplain, and we know that he visited the papal curia on the king's business in 1135-6* (Vid. FLETCHER, 1984: 283).

²⁷¹ REILLY, 1998: 30.

²⁷² *Ib.*: 161.

²⁷³ *Ib.*: 299.

²⁷⁴ *Ib.*: 259.

²⁷⁵ *Nearly all the men who served queen Urraca in the same capacity may be connected with the church of Compostela. Some of them, like Martín Peláez and Fernando Pérez, went on to serve her son* (*Ib.*: 261).

²⁷⁶ *Ib.*: 162.

notar ya en el siglo XVII²⁷⁷. En ese caso, indica Reilly, serían otros clérigos los que, de manera informal, asistiesen de verdad al monarca²⁷⁸

Éstos son los individuos que, de entre las noticias que conservamos, pudieron ejercer funciones propias del confesor de Alfonso VII, aunque no podemos llamarlos de tal modo con propiedad. En el reinado de Fernando II encontramos al obispo Pedro de Orense como posible confesor del rey. Este eclesiástico debía tener ya una cierta relación con Alfonso VII, que manifestó su alegría al saber de la elección del mismo como prelado auriense²⁷⁹. Enrique Flórez recoge un documento en el que se le denomina *animae Magistrum*²⁸⁰. Flórez interpreta este término como “confesor, o maestro de su conciencia”²⁸¹, al igual que Fletcher²⁸². Sin embargo, el propio Flórez no empleó dicho término, aunque la historiografía de su época era propicia a este tipo de traspolaciones. En nuestra opinión, el término *magister* ya podía incluir la noción de confesor, aunque no necesariamente, en cuyo caso se trataría de un sacerdote que pudiera ser consejero espiritual sin ejercer la función específica de confesor. No hay modo de saberlo con certeza.

A estas alturas del siglo XII el sacramento de la confesión estaba ya en un grado de definición bastante avanzado respecto al modelo que a partir del siglo XIII se impuso en la Cristiandad occidental. Ya indicamos

²⁷⁷ Según él Alfonso VII “instituyó también el [cargo] de Capellán mayor, eligiendo a don Diego Gelmírez, primero Arzobispo de Santiago, año 1141. en cuyos sucesores permanece hasta oy” (MÉNDEZ DE SILVA, 1656: p. 80v).

²⁷⁸ REILLY, 1998: 162.

²⁷⁹ FLETCHER, 1978: 49.

²⁸⁰ FLÓREZ, 2005: 97. Indica Flórez que dicho documento es una donación del rey al monasterio de san Lorenzo de Sinapale, y que “El motivo fue una gravísima enfermedad que padeció el rey por entonces. Nuestro obispo, que como director de su conciencia le asistía, le persuadió se encomendase a la intercesión de San Martín, patrón de Orense, y de la Virgen y mártir santa Eufemia, que por entonces había sido trasladada a la ciudad. Oyó Dios las oraciones del rey, e intercesión de los santos, y le concedió la salud, por lo que agradecido ofreció a la iglesia la donación del referido monasterio” (pp. 97-98).

²⁸¹ FLÓREZ, 2005a: 97.

²⁸² FLETCHER, 1978: 49.

cómo el IV Concilio de Letrán es considerado un verdadero hito, que supone la culminación de la configuración de la confesión sacramental según el modelo auricular y que a su vez significa su gran proyección y generalización, con lo que ya podría darse la existencia de un confesor, entendiendo por tal la figura que es el objeto del presente estudio. Esta fecha es especialmente relevante para el caso castellano, ya que todo parece indicar que los prelados no habrían implantado en las diócesis de Castilla este modelo con anterioridad, a diferencia de sus homónimos europeos²⁸³. Precisamente el siguiente individuo que ha sido calificado de confesor fue uno de los que estuvo presente en el Concilio Lateranense: el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada. Julio González ha considerado a Jiménez de Rada como confesor de Alfonso VIII, y ciertamente su crónica así lo presenta confesando al rey en su lecho de muerte²⁸⁴. Sin embargo, en ningún caso encontramos el término de manera explícita. Incluso cuando Enrique I concede una propiedad a Jiménez de Rada en agradecimiento a la asistencia espiritual que prestó a su padre en sus últimos momentos (que es uno de los pasajes empleados para calificarlo de confesor) no hace mención explícita del hecho de que lo confesase, aunque haya de entenderse que así fue²⁸⁵.

²⁸³ Recoremos que Jiménez de Rada asistió al IV Concilio de Letrán, así como que “los obispos españoles [...] como sus colegas europeos en el episcopado debieron regresar con copias de los decretos lateranenses” (MACKAY, MCKENDRICK 1979: 71).

²⁸⁴ “Y cuando tenía la intención de llegar a Plasencia, la última ciudad de sus dominios, comenzó a enfermar de gravedad en una aldea de Arévalo que se llama Gutierre Muñoz, donde, presa de la fiebre, acabó por morir y con él enterró a la gloria de Castilla, hecha previamente confesión al arzobispo Rodrigo y recibido el sacramento de la extremaunción en presencia de los obispos Tello de Palencia y Domingo de Plasencia” (JIMÉNEZ DE RADA, 1989: 307).

²⁸⁵ Se trata un documento, fechado el 5 de noviembre de 1214 en Burgos, por el que Enrique I concedía a la catedral de Toledo la villa de Talamanca (documento 964 de la colección de GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1960c: 664-665), en el que se lee: *ego Henricus [...] pro salute animarum eorum [de Alfonso y Leonor, de los que indica que le criaron honestamente y que fueron buenos monarcas] ut, si que macule isdem terrenis contagiis adheserunt, elemosinarum largicione lauentur, do, concedo et irrevocabiliter donationem meam confirmo Deo et beate Marie Toletane, et uobis domno Roderico [...] uillam de Talamanca [...] Hoc inquam facio pro animabus patris et matris mee, et quia uos uestrique eorum infirmitate astitistis et eucaristiam et comunem dedistis et ultimum obsequium funeris sacerdotali officio impendistis.*

En el caso de Jiménez de Rada, su trayectoria fue en parte similar a la de Gelmírez. Dada su valía personal como hombre de Iglesia y como gestor, llamó la atención de Alfonso VIII, el cual lo retuvo a su lado. Comenzaría así un *cursus honorum* que culminó con el acceso a la sede toledana²⁸⁶. Julio González, especialmente en los últimos años de la vida del rey, plantea que Jiménez de Rada pudo estar muy cercano como “su confesor y amigo querido de los últimos tiempos”²⁸⁷. Al igual que Gelmírez, se le ha considerado confesor por este hecho, aunque la confesión aparece, en la muerte de Alfonso VIII, de manera explícita²⁸⁸. Manuel Ballesteros, por otra parte, afirmó que fue confesor de doña Berenguela y sugiere que también de Fernando III²⁸⁹, pero esto lo hace, en realidad, desde la mera consideración de don Rodrigo como gran consejero y ministro, y que hubo de llegar, por ello, a serlo de la conciencia regia.

Podemos concluir que, presumiblemente, Rodrigo Jiménez de Rada, hombre de formación parisina, pudo asistir espiritualmente a Alfonso VIII, dando por descontado que fue un gran consejero en materia de gobierno y gran colaborador en el proyecto político del rey. Si realmente fue confesor, ocurre otro tanto como en el caso de Diego Gelmírez y otros prelados precedentes: no se trata del ejercicio de la función de consejero espiritual o confesor debido a la dignidad episcopal, sino que por el contrario el

²⁸⁶ Vid. la introducción de Juan Fernández Valverde en JIMÉNEZ DE RADA, 1989: 19-20.

²⁸⁷ GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1960a: 10.

²⁸⁸ “Al concluir los cincuenta y tres años de reinado, el noble rey Alfonso citó a su yerno el rey de Portugal para una entrevista. Y cuando tenía la intención de llegar a Plasencia, la última ciudad de sus dominios, comenzó a enfermar de gravedad en una aldea de Arévalo que se llama Gutierre Muñoz, donde, presa de la fiebre, acabó por morir y con él enterró a la gloria de Castilla, hecha previamente confesión al arzobispo Rodrigo y recibido el sacramento de la extremaunción en presencia de los obispos Tello de Palencia y Domingo de Plasencia” (JIMÉNEZ DE RADA, 1989: 307).

²⁸⁹ “El 8 de noviembre de 1246 moría doña Berenguela. Su confesor había sido don Rodrigo. En el *Memorial para la canonización* de Fernando III opina Diego de Guzmán que don rodrigo fue también el director espiritual del Santo Rey Fernando” (BALLESTEROS, 1936: 94). Hay que decir, sin embargo, que las relaciones del prelado toledano con Fernando III no debieron ser muy buenas, como parece demostrar Juan Fernández Valverde (vid. JIMÉNEZ DE RADA, 1989: 27-28).

servicio íntimo al rey como clérigo suyo conllevó la elección para ocupar una cátedra episcopal.

Pero don Rodrigo no es el único eclesiástico sobre el que se ha planteado la posibilidad de que asistiese al rey. Alfonso VIII se dirigió a don Cerebruno como “maestro” en la documentación, y según Julio González (y así lo recogió David Nogales), esta denominación se pudo hacer “lo más probable en sentido de confesor”²⁹⁰. En efecto, hemos visto abundantemente cómo la figura del *magister* podía ocultar las funciones propias de un confesor, aunque no necesariamente ~~Pero, del mismo modo, hemos visto el caso de maestros que en ningún caso serían confesores con propiedad.~~ En el caso de don Cerebruno, que es denominado también como padrino²⁹¹ del rey (aunque lo era también del conde Pedro Manrique²⁹²), puede ser que fuese maestro del monarca cuando éste era un niño. En un documento fechado el 24 de febrero de 1175, el rey donó a la catedral de Toledo el monasterio de Covarrubias, donde el rey manifiesta que don Cerebruno le asistió con su compañía y consejo desde la infancia²⁹³.

Dadas todas estas referencias, Carlos de Ayala concluye que “lo que sí parece fuera de toda duda es que [Cerebruno] llegó a ser confesor del rey”²⁹⁴, y no nos parece un juicio precipitado. Otro posible eclesiástico del que habla Julio González y que podría ser confesor del rey sería san Martín

²⁹⁰ GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1960a: 253.

²⁹¹ *Quapropter ego Aldefonsus, Dei gratia rex Toleti, dono et concedo pro animabus aui mei et patris bone memorie regis Sancii necnon et parentum meorum, pro salute etiam anime mee, Deo et beate Marie de Segontia, uobisque patrino meo Celebruno, eiusdem ecclesie episcopo* (GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1960b: 354, documento 190 de la colección, fechado en octubre de 1166, por el que dona a la iglesia de Sigüenza la villa de Beteta).

²⁹² AYALA, 2013: 250.

²⁹³ *Ideo ego Aldefonsus, Dei gratia rex [...] pro reuerentia sepulture quam in ecclesia Toletana habent, et contemplatione seruitii quod dominus Cenebrunus, eiusdem sedis archiepiscopus et Yspaniarum primas, ab infantia mea mihi deuote exhibuit, et maxime pro peccatis meis exigentibus prefatam ecclesiam beate Marie de Toletis inconsulte uiolauit, dono et concedo...* (GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1960b: 361, doc. 218 de la colección).

²⁹⁴ AYALA, 2013: 250.

de Hinojosa, también obispo de Sigüenza²⁹⁵, monje cisterciense que recibió el apoyo de Alfonso VIII para el impulso de la orden en Castilla²⁹⁶. En una donación a la catedral segontina, el rey lo llama familiar y amigo suyo²⁹⁷. Otros personajes que pudieron desempeñar la función de confesor real fueron, naturalmente, los capellanes²⁹⁸. Asimismo, Alfonso VIII se dirigió a Rodrigo, obispo de Calahorra, como padre espiritual²⁹⁹.

Todas estas denominaciones que manifiestan una cercanía personal han llamado la atención recientemente de Carlos de Ayala, quien opina que estas referencias pueden ser indicio de “conexiones interesadas”³⁰⁰, y señala que si bien estos individuos (Cerebruno y Rodrigo) no accedieron al episcopado por iniciativa regia, ya que eran obispos antes de que el rey fuese mayor de edad, las menciones arriba expuestas son muestra de “proximidad espiritual o biológica” a la persona del rey³⁰¹. No obstante, en el caso de Martín de Hinojosa y de Jiménez de Rada, sí que podemos establecer una relación causal entre la proximidad espiritual al rey y el nombramiento episcopal.

²⁹⁵ GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1960a: 416.

²⁹⁶ *Vid. Ib.*: 420.

²⁹⁷ *ego Aldefonsus [...] pro animabus parentum meorum et propria salute, obtentu quoque et precibus venerabilis uiri et disertis domini Martini, Segontini nunc episcopi dilecti et familiaris amici mei* (*Ib.*: 920, doc. 536 de la colección, fechado el 18 de octubre de 1189 en Cuenca, por el que el rey donaba a la catedral de Sigüenza el castillo de Riba).

²⁹⁸ “En la corte de Castilla eran atendidas de varias formas las necesidades espirituales de los reyes. Al principio, don Ordoño, prior del Hospital, actuó como capellán mayor del rey don Sancho (4 de mayo y 17 de julio de 1158). El primer capellán conocido de don Alfonso fué don Gutierre, el cual confirmó como tal en documento de don García García. Otro capellán conocido del mismo rey es don Pedro. El maestro Reinaldo, clérigo del rey, testificó un acto años más tarde” (*Ib.*: 252).

²⁹⁹ *Ego Aldefonsus [...] dono et concedo ecclesie Kalagurritane, que in honore celorum regine Marie semper virginis et sanctorum militum Christi Emeterii et Celedonii fabricata est, et uobis, patri meo spiritali dompno Ruderico, eiusdem episcopo, cum clericis ibidem Deo seruientibus, uillam illam que dicitur Arnediello* (en GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1960b: 227-228, doc. 133 de la colección, fechado el 27 de febrero de 1170 en Burgos, por el que dona al obispo e iglesia de Calahorra la villa de Arnedillo),

³⁰⁰ AYALA, 2013: 248.

³⁰¹ *Ib.*: 249.

1.2.2. La aparición de los primeros confesores: de Fernando III a Alfonso XI

A partir de lo desarrollado en el apartado anterior, podemos vincular la aparición de la figura del confesor real con la Capilla Real y los clérigos del rey, más que con las difusas funciones ejercidas por obispos o monjes en la Alta Edad Media, debido en gran parte al desarrollo y definición de la Penitencia. El siglo XIII es así la época en la que el término confesión se utiliza para designar el sacramento y éste adquiere una importancia pastoral de primer nivel, asociado a la función de párrocos y capellanes³⁰². No obstante, *confessor* sigue empleándose con los sentidos que tradicionalmente había tenido y hemos visto. Por ejemplo, en época tan avanzada como la de Jacobo de la Vorágine el término “confesor” tiene usos clásicos en la *Legenda aurea*³⁰³. También en la literatura alfonsí falta claridad en el empleo del término³⁰⁴. Pero, sea como fuere, el siglo XIII es la época en la que se culmina la definición y práctica, *grosso modo*, de la confesión, con un hito tan relevante como el IV Concilio de Letrán de 1215, que casi coincide con el inicio del reinado de Fernando III. A partir de esta

³⁰² Por ejemplo, en las constituciones promulgadas en 1240 por Gautier de Cantilupe, obispo de Worcester, se establece: *sciantque sacerdotes ea que exiguntur ad vere confessionis penitentie sacramentum, et quia observatio decalogi est necessaria fidelibus ad salutem*. Poco más adelante, se indica *tractatum etiam de confessione fecimus quem scribi ab omnibus capellanis et etiam observari in confessionibus audiendis, quia longum esset ipsum in presenti synodo publicare* (en RUSCONI, 1981: 73).

³⁰³ Cuando habla de san Pedro mártir (el dominico asesinado en el Languedoc), Jacobo de la Vorágine dice que “en el día de su muerte, san Pedro fue a la vez confesor, mártir, perfecto y doctor. Confesor, tanto porque entre los tormentos no cesó de proclamar su fe en Cristo, cuanto porque aquella misma mañana, siguiendo su cotidiana e inveterada costumbre, se confesó, como todos los días” (VORÁGINE, 1982: 268). Véase como el término “confesor”, en todo caso, se le aplica porque él recibía el sacramento y no lo administraba, lo que muestra cómo en el siglo XIII el término todavía estaba tan poco asentado para referirse al confesor, y en el caso que aquí nos interesa al confesor real.

³⁰⁴ En las *Cantigas*, la confesión se asocia al momento de la muerte, y así se menciona en la Cantiga 96 la “confisson”, que a veces puede hacerse a un no clérigo (*vid.* MACKAY, MCKENDRICK 1979: 78 ss.), así, se concluye que en las *Cantigas* se da una tendencia a aceptar la confesión en el momento de morir y “el papel casual del sacerdote”, al mismo tiempo que alguien que muere sin confesar puede, no obstante, salvarse si se trata de una buena persona (MACKAY, MCKENDRICK 1979: 81). Lo que se destaca en este caso es la ambigüedad que, todavía en la segunda mitad del XIII existía en el ámbito castellano sobre la confesión, y que a nuestro entender justifica la poca definición de la figura del confesor real.

centuria, “la confesión frecuente, acompañada de la dirección espiritual, fue el factor más importante de la vida espiritual de los cristianos fervorosos”³⁰⁵.

Otro elemento esencial es el surgimiento de las Órdenes Mendicantes, que capitalizaron el espíritu de reforma y que tenían en la predicación y la confesión (según el modelo auspiciado en el pontificado de Inocencio III³⁰⁶) dos instrumentos privilegiados para la reforma de las costumbres. Así, no es de extrañar que los primeros confesores que la historiografía identificó, ya desde la remota época del siglo XVII, pertenezcan a la Orden de los Predicadores. Para Fernando III se han identificado los dominicos Domingo de Segovia, Raimundo de Losana y Pedro González de Telmo.

En caso de que verdaderamente atendiese al rey como confesor y director espiritual, el caso más temprano en el ejercicio de esta función sería fray Domingo de Segovia, que se le ha identificado como confesor real entre 1219 y, aproximadamente, 1236³⁰⁷. No obstante, aun en el caso de que sea cierta esa relación con Fernando III, la consideración como “confesor real” debe ser relativizada en gran medida, puesto que en ningún caso podemos decir que permaneciera de manera estable en la Corte atendiendo al rey. En todo caso el monarca acudiría esporádicamente al religioso, que como veremos, estaba muy ocupado organizando la implantación de los Predicadores en Castilla. No obstante, considerando que en ningún modo existía todavía la figura del confesor real (como podía darse en el caso de Francia con san Luis, primo del rey castellano), y que

³⁰⁵ ROUILLARD, 2009: 61. Para aproximarse a la trascendencia de dicho concilio y del Pontificado de Inocencio III a estos efectos, *vid.* RUSCONI, 2003, GARCÍA Y GARCÍA, 2003b, JANSEN, 2003

³⁰⁶ MICHAUD-QUANTIN, 1962: 24.

³⁰⁷ PALOMO, 1972a: 600

ésta en todo el periodo que consideramos (hasta finales del s. XV) era una figura bastante poco definida, podemos considerarlo un precedente claro de la función y cargo.

Estamos hablando de un ilustre dominico, ya que fue uno de los primeros dieciséis compañeros de santo Domingo de Guzmán que aceptaron la Regla y Constituciones de 1216, y quizá por ello se le conoce como Domingo *el Chico* para diferenciarlo del fundador. Por otro lado, en el “catálogo de los religiosos Dominicos de las Provincias de Castilla” al que aludimos a la hora de tratar sobre la historiografía, se menciona a “Domingo Muñoz” como confesor de Fernando III³⁰⁸, y quizá pudiera tratarse del mismo (lo cierto es que no hemos encontrado noticia alguna por ese otro nombre). Santo Domingo lo envió a España para extender la orden, aunque “su vida permanece casi en la penumbra”³⁰⁹. Quizás sea el *Dominicus Hispanus* al que alude fray Luis de Valladolid en su *Chronicon* sobre los primeros maestros del convento dominico de París³¹⁰. La información que de él nos llega es sumamente dispar y por otro lado no nos han llegado documentos originales apenas, con lo que hemos de fiarnos de los antiguos estudios que, presumiblemente, manejaron una documentación hoy inexistente. Luis Alonso Getino nos ha dejado un panorama de la vida de este dominico bastante completo, exponiendo las diversas posturas de los antiguos historiadores que de él han tratado, intentando armonizar en lo posible los datos dispares que ofrecen de este personaje³¹¹.

³⁰⁸ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

³⁰⁹ PALOMO, 1972^a: 600

³¹⁰ VALLADOLID, 1932: 751

³¹¹ Vid. ALONSO, 1916: 384-389. En verdad, es difícil saber a ciencia cierta qué datos son ciertos y cuáles no. Lo que se aprecia en cualquier caso es el peso que fray Domingo tuvo en la época fundacional de la Orden en Castilla y la relación que mantuvo con el rey. Sería enviado, según el beato Jordán, por santo Domingo en 1217 a Castilla para extender la Orden. Al poco, según el mismo cronista, regresó a Roma desanimado por los escasos resultados y santo Domingo lo envió a Bolonia. Quizá por eso Tegio afirma que fue Provincial de Lombardía, si bien lo sitúa en ese cargo entre 1236 y 1238, mucho después de este

Fernando III pudo llamarlo junto a sí debido a su fama de santidad. Luis Alonso recoge un testimonio casi coetáneo, el de Esteban de Borbón³¹², el cual recoge hechos milagrosos del dominico español. No sería la única noticia de hechos sobrenaturales obrados por su intercesión. Lo importante ahora es señalar que, en caso de ser ciertas las afirmaciones que manejamos, fray Domingo fue un hombre con fama de santidad y por tanto de prestigio moral, lo cual pudo llevar al rey, o quizá más probablemente a la reina Berenguela (quien tenía sobre el rey Fernando III una gran influencia, criticada como excesiva por sus coetáneos³¹³), a pedir que le deparara atención espiritual. En este sentido, sería el caso más remoto que tenemos de una de las vías de acceso al confesionario real que veremos se repetiría en el tiempo: el prestigio moral y fama de santidad. Así, los reyes, de manera reiterada, harían llamar a religiosos de quienes tenían buenas referencias para cuidar de algo tan importante, desde la perspectiva de la fe, como la salud espiritual.

Entonces, si desde 1219 aproximadamente, fray Domingo actuó como confesor del joven rey, hubo de hacerlo mientras era prior en Segovia,

periodo. También lo considera provincial de Lombardía Géraud de Frachet, pero su editor, Benedikt M. Reichert, basándose en las listas de los Provinciales de Lombardía elaboradas por otros historiadores de la Orden (*Vid.* FRACHET, 1896: 304, n. a). En cualquier caso, Navamuel dice que fue prior del convento de Segovia entre 1218 y 1229. Aquí hubo de ser donde entrara en contacto con el rey, ya que Pineda y Malvenda afirman que fue requerido para ser confesor en 1219. De ser cierto, ello pudo deberse a la fama de santidad del dominico

³¹² “Conocí yo a un santo varón del cual me refirieron que Dios hacía por él muchos milagros. Entre los cuales era uno que en cierta ocasión una señora le suplicó orase por una doncellita noble y le impusiese las manos, pues se abrasaba de dolor de cabeza. El la dijo que si prometía abandonar la vanidad excesiva y los adornos soberbios de la cabeza, oraría por ella al Señor, esperando que sólo así se curaría, pues Dios suele castigar a las mujeres por los soberbios adornos de cabeza. Como ella se resistiese a tal promesa y los dolores fuesen en aumento, últimamente, mandó llamarle y le prometió no llevar más en la cabeza cabellos ajenos. «Orando entonces el religioso por ella, de repente desapareció la fuerte dolencia. Este fue el Fr. Domingo español, compañero de Santo Domingo entre los albigenses, del cual se hace mención en la vida del Santo, y esto aconteció en San Antonio de París con cierta dama de la mujer del Conde de Montfort” (en ALONSO, 1916: 387). Podría objetarse que fray Esteban puede estar refiriéndose a otro Domingo, pero la identificación que hace Luis Alonso Getino del mismo con el personaje que analizamos nos parece totalmente correcta, ya que se dan suficientes detalles para reconocer a este “Domingo español” con el confesor de Fernando III.

³¹³ *Vid.* SALVADOR MARTÍNEZ, 2012: 298-303.

y mientras atendiese cuestiones referidas a la extensión y asentamiento de los dominicos. Sobre los últimos años de su vida, se tienen noticias igual de contradictorias. La crónica de Géraud de Frachet menciona dos milagros obrados por su intercesión tras su muerte en Segovia³¹⁴, probablemente acaecida a mediados del XIII. Los historiadores antiguos, que Luis Alonso recoge sistemáticamente, quisieron situarlo en la conquista de Córdoba y Sevilla³¹⁵.

Raimundo de Losana sería según Alonso Getino el “confesor ordinario” del rey Fernando³¹⁶. Era, al igual que el anterior, de la Orden de Predicadores, y es célebre por convertirse en el primer arzobispo de Sevilla tras la conquista en los últimos años del reinado. Este hecho podría llevarnos a pensar que seguimos en las mismas con respecto a Alfonso VIII y reinados precedentes, ya que encontramos grandes prelados en el desempeño de la función de confesor. Sin embargo, hay que hacer notar un hecho fundamental que se reiterará a lo largo de los siglos sucesivos y que trataremos en el análisis prosopográfico: los confesores que se convirtieron

³¹⁴ *Cum frater Dominicus Segobiensis qui in Lombardia et post Hispania prior fuerat fratrum provincialis, vir valde devotus et discretus et ordinis et animarum zelator precipuus, consummato cursu vite feliciter presente Segobiensi episcopo et multitudine cleri et populi (cum) ad sepulturam ferretur, quidam habens brachium aridum loculum tetigit statimque sanatus est. Quod audiens quedam, que paralitica iacebat, tunicam suam in crastinum misit, ut super eius tumulum poneretur. Quo facto cum relatam induta cum invocaciones Christi fuisset, meritis beati viri perfecte curata surrexit magnificans Deum. De pulvere eciam tumulti eius multi tacti a febribus et variis langworibus liberati sunt* (FRACHET 1896: 304).

³¹⁵ Diversos historiadores afirman que entró en Sevilla junto al rey, lo cual nos da una fecha de muerte *postquem* a 1248. Antonio Quintanadueñas escribe: “Sucedía a los soldados una grande procesión de eclesiásticos; tenían el primer lugar los religiosos que se hallaron en tan gloriosa conquista: los más señalados fueron San Pedro González Telmo y otro varón insigne en santidad, por nombre Domingo, hijo y compañero del gran Patriarca Santo Domingo”. No es el único en señalarlo; también lo hacen otros (Dávila, Espinosa, etc). Este historiador quiere ver de esta manera a Fernando *el Santo* entrando rodeado de dos de sus confesores, fray Domingo y san Pedro González de Telmo, del que hablaremos en las próximas páginas. Si bien no parece cierto que san Pedro González de Telmo lo acompañara (ya que murió con anterioridad, como veremos) sí es factible que fray Domingo lo hiciera. A este respecto, el Placentino (que se basa en estas noticias para afirmar que seguía siendo confesor del rey en torno a 1250) llega a indicar que se le ofreció la mitra de Sevilla, la cual rechazó. Esta noticia parece más inverosímil, pero en torno a la designación del obispo de Sevilla, hay que decir que, objetivamente, recayó en el Infante don Felipe, y cuando éste abandonara la carrera eclesiástica en Raimundo de Losana (*vid.* ALONSO, 1916: 387-388.)

³¹⁶ ALONSO, 1916: 388

en grandes prelados, lo harían sólo después de haber sido confesores del rey, hecho por el que el monarca decidió recompensar a su colaborador con una mitra, además de tener de este modo un importante aliado en la jerarquía de Castilla. De hecho, ya hemos probado que incluso en los siglos XI y XII esto había sucedido con los *clerici regis*, desde Alfonso VI a Alfonso VIII. Por lo tanto, se trata de una cuestión muy distinta a la de los obispos que tienen sobre el alma del rey una prerrogativa aneja a su cargo episcopal, como podía ocurrir con Gelmírez o con Jiménez de Rada. La concesión vino dada sólo después de que el hermano del rey, don Fadrique, colgara los hábitos y dejase el puesto a él reservado vacante. Después de la seguridad que otorgaban los lazos de sangre, la confianza que despertaba el ser (o haber sido) confesor de rey justificaba esta designación. Quizá por ello, la noticia de que a fray Domingo de Segovia se le ofreció la mitra no resulte inadmisibile, aunque sí muy improbable.

Volviendo al inicio de la carrera eclesiástica de Raimundo de Losana, nació al parecer en una de las familias más significadas de la nobleza de Segovia. Enrique Costa y Belda indica muy acertadamente que la información que los antiguos historiadores ofrecen de Raimundo de Losana es incoherente³¹⁷. Luis Alonso Getino, siguiendo en esto a Navamuel, indica que estudió en París, y de ahí supone que conocería al Infante Felipe, hijo de Fernando III, y que aquél pudo ser en el enlace entre él y el rey³¹⁸. No obstante, es más probable que, habiéndosele localizado previamente en Roma, en el arco temporal de 1220-1240 la reina Berenguela lo llamara a la Corte nombrándolo secretario de su hijo, y también su notario mayor³¹⁹ y

³¹⁷ COSTA Y BELDA, 1978: 171

³¹⁸ ALONSO, 1916: 394-395

³¹⁹ Todavía en 1252 Fernando III se refería a Raimundo como “obispo de Segouia, mío notario” (en GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1986: 424, doc. 840 de la colección)

confesor³²⁰. Esto parece más probable, dado el papel que la reina Berenguela había asumido en la educación y formación de su hijo. Como hemos visto, los primeros clérigos del rey habían ejercido funciones cancllerescas, incluyendo aquéllos que pudieron llevar a cabo funciones de confesor. Por otro lado, hemos visto cómo algunos maestros de Alfonso VI, Urraca I y Alfonso VIII fueron, presumiblemente, confesores. En el caso de Fernando III, éste se refiere varias veces en la documentación a Raimundo como maestro suyo³²¹. Por ello, dados todos los indicios, podemos considerarlo un confesor real con bastante seguridad.

Si tanto fray Domingo de Segovia como san Pedro González de Telmo fueron confesores del rey, ambos estarían ocupados con otras tareas que les llevarían a no encontrarse permanentemente en la Corte. Quizá por ello, Berenguela eligiese a Raimundo de Losana, al que se le encomendaron funciones que requerían presencia constante en la Corte (en un momento en el que Berenguela dispuso “el nombramiento de todos los oficiales de la curia real”³²²), para que el joven rey tuviese cerca y de manera continuada en el tiempo a un mendicante que se habría hecho notar por su preparación intelectual. A este respecto, si vimos que en el caso de fray Domingo su fama de santidad le llevó ante la presencia del rey, en este caso la preparación académica pudo hacer de Raimundo de Losana un preclaro consejero, apto además para el ejercicio de tareas burocráticas. Esta vía de acceso, como veremos, sería también habitual en los confesores de la dinastía Trastámara y supondría además la posibilidad de que se les

³²⁰ COSTA Y BELDA, 1978: 277

³²¹ Por ejemplo, en un documento fechado en 6 de enero de 1251 en Sevilla, Fernando III dice “do e otorgo a uso, maestro Remondo, mio notario et obispo de Segouia, por mucho seruicio que me fiziestes...” (en GONZÁLEZ GONZÁLEZ, 1986: 391, doc. 812 de la colección; también en el doc. 813 aparece una mención similar).

³²² SERRANO, 1941:5

encomendasen tareas que requerían una preparación intelectual y técnica. Ortiz de Zúñiga deduce que fray Raimundo fue confesor del rey santo por las palabras con las que se dirige al mismo en una donación a la iglesia de Segovia, de la que sería obispo, refiriéndose a él como “noble e santo, por las grandes mercedes que fizo a Nos, fiando a Nos el cuerpo y el alma”³²³

En 1249 fue nombrado obispo de Segovia (lo que hubo de hacerse por voluntad regia, ya que un predecesor suyo no pudo posesionarse de la sede al no haber contado con el beneplácito regio³²⁴), y compaginaría su condición de obispo con la de miembro de la Corte. De hecho, parece que fue el que atendió a bien morir al rey, aspecto que trataremos, en relación con otros casos, en el capítulo tercero y donde se dan más detalles (§ 3.2). En 1259, como ya dijimos, se convirtió en arzobispo de Sevilla³²⁵. La sede hispalense estaba reservada, al parecer, al infante Felipe, hijo de Fernando III, y según Ortiz de Zúñiga, “en tanto que recibía órdenes sacros y las demás solemnidades precisas, encomendó el gobierno eclesiástico a don Remondo, su chanciller mayor y confesor”³²⁶. Luis Alonso Getino ha planteado que don Raimundo continuó siendo confesor del nuevo rey Alfonso X. El 9 de octubre de 1267 acompañaba al monarca en la toma de Jerez³²⁷, y un año más tarde, el 26 de marzo de 1265, Clemente IV encomendó a don Raimundo la predicación de la Cruzada contra los musulmanes en España, Génova, Pisa y África³²⁸.

Es famosa la fidelidad de Sevilla a la persona del rey Alfonso X en todos los conflictos internos que tuvo su reinado, y en este sentido el papel

³²³ ORTIZ DE ZÚÑIGA, 1795a: 163

³²⁴ *Vid.* RODRÍGUEZ LÓPEZ 1988: 18

³²⁵ EUBEL, 1913: 277

³²⁶ ORTIZ DE ZÚÑIGA, 1795a: 52

³²⁷ COSTA Y BELDA, 1978: 178

³²⁸ *Ib.*: 171. Así lo hace notar también Konrad Eubel (1913: 277).

de Raimundo de Losana hubo de ser importante³²⁹. Quizás por ello el Papa le encomendó, en palabras de Alonso Morgado, “por su situación eminentemente favorable ante el rey castellano, la misión de lograr de Alfonso X que desistiese de usar los títulos y sellos imperiales que no le correspondían. Y es que solamente el arzobispo de Sevilla le era posible, como en realidad lo fue, conseguir que el Rey Sabio acatase las disposiciones romanas”³³⁰.

En época de Sancho IV, al menos exteriormente, las relaciones parecen cordiales en la documentación. Por ejemplo, el 26 de septiembre de 1285 Sancho IV concedió al arzobispo y al cabildo el derecho de presentar las iglesias de la diócesis que antes tenía la Corona, “por amor que havemos a don Remondo Arzobispo dende queriendo facer bien e merced al Cabildo”³³¹. También aparece como confirmante del mismo documento. Hubo de morir entre 1286 y 1288 ya que en 1286 según Alonso Morgado, fue cesado como arzobispo de Sevilla³³². El 12 de febrero de 1289 es nombrado su sucesor en Sevilla, García Gutiérrez³³³.

Como hemos visto en los casos anteriores, no hay mención explícita en fuentes próximas en el tiempo a los personajes que nos revelen que actuaron como confesores del rey. No obstante, dando crédito a los historiadores antiguos que, si bien no siempre se guiaban por un enorme rigor metodológico sí contaban con una documentación de la que hoy

³²⁹ Así, Juan Torres, sobre los últimos tiempos de Alfonso X, escribe: “No obstante estas reconciliaciones que efectúan con su padre los infantes mencionados y algunos ricoshombres como don Juan Alonso de Haro, a su manera los Lara (muy afectos a los de la Cerda), la corte de Alfonso X en Sevilla, la ciudad leal por excelencia, la componene un reducido número de personas y ofrece un semblante triste. Allí se encontraban, encabezando a los fieles de la hora amarga, el arzobispo don Remondo, colaborador del monarca en la mayor parte de sus empresas y predilecto consejero” (Moxó, 1990: 203)

³³⁰ Citado en COSTA Y BELDA, 1978: 179

³³¹ J.V.R. 1887: 206.

³³² COSTA Y BELDA, 1978: 182

³³³ EUBEL, 1913: 277

carecemos, hemos aceptado que estos dos personajes atendieron al rey Fernando III administrándole el sacramento de la Penitencia y dando posiblemente consejos al rey. Para el reinado de un monarca famoso por la santidad de su vida, y a diferencia de los casos anteriores, sí encontramos un personaje del que al menos una fuente próxima en el tiempo nos refiere que acudió a la Corte llamado por el rey para confesarle y que, igualmente al mismo, hoy es considerado Santo en la Iglesia Católica: san Pedro González de Telmo.

Hay muchos datos de este dominico que, al igual que el anterior, son difíciles de conocer con certeza. Lo que podemos decir de él con cierta seguridad es que hubo de nacer a finales del siglo XII, entre 1180 y 1190, de una familia de noble origen oriunda de Astorga³³⁴ (aunque se ha señalado también que su familia sería originaria de Frómista³³⁵) y que “cursó en Palencia después de salir de allí Santo Domingo. Le crió el obispo Tello antes y después de ser obispo. Le dio la canonjía y la administró en aquel pontificado por algunos años. Después de 1219 obtuvo el deanato”³³⁶. Siendo al principio un clérigo de gran vanidad, pariente de don Tello López de Meneses, se cuenta que tras una humillación pública comenzó un proceso de conversión que le llevó a ingresar en la reciente orden de santo Domingo, lo cual le condujo de nuevo a la Universidad para perfeccionar su formación, recibida previamente en el reciente Estudio General palentino presumiblemente³³⁷. De este modo, indica Enrique Flórez, que “empezó por orden de sus prelados a cumplir el instituto de su orden, predicando y confesando”³³⁸. El perfil de este dominico es el de un predicador itinerante

³³⁴ Reichert, en Géraud de FRACHET, 1896: 296, n. a

³³⁵ JUAN Y MORADO, 2009: 3

³³⁶ FLÓREZ, 2007: 152

³³⁷ ALONSO, 1916: 391

³³⁸ FLÓREZ, 2007: 136

incansable, sobre otros aspectos como el intelectual o el organizativo de otros dominicos (como los otros confesores de Fernando III).

Su fama llegó a oídos del rey “y, como Santo, no quiso ir a pelear contra los enemigos de la fe, confiando en la fuerza de sus armas, sino añadiendo el principal esfuerzo de empeñar las divinas, a cuyo fin llamó a la frontera al bendito padre fray Pedro”³³⁹. Citando el *Trasunto*: “Extendida la fama de las virtudes de dicho santo, y noticioso de ella, el señor San Fernando rey de León y Castilla le mandó llamar, cuando pasó a hacer la guerra a los moros que tenían ocupada la Andalucía, para su Confesor y para predicar en el ejército la palabra de Dios esperando que con sus santas y fervorosas oraciones conseguirían la victoria de los enemigos de la fe”³⁴⁰. Fray Pedro acompañaría entonces al rey y, estando en la sorte y en campaña, denunciaría los vicios que se daban en aquélla, en especial “contra el vicio de la impureza, recargando no sólo al delincuente, sino al príncipe que la tolere con sus tropas. Se hablaba entre los soldados acerca de fray Pedro con la variedad correspondiente a sus disposiciones; le tenían por santo los virtuosos; los disolutos se mofaban, como acostumbra el mundo con los siervos de Dios”³⁴¹. C. Palomo indica que en aquel tiempo “simultaneó el confesionario con la predicación”³⁴², y en efecto emprendió viajes de predicación por Galicia, Portugal y Sevilla, a partir de 1226³⁴³, aunque quizá sea más aproximado el año 1236, ya que ante la noticia de que acompañó al rey Fernando en la entrada de Córdoba, “después de la cual dejaría su función de capellán militar”³⁴⁴. No obstante, aunque las

³³⁹ *Ib.*: 137

³⁴⁰ citado en JUAN Y MORADO, 2009: 12

³⁴¹ FLÓREZ, 2007: 137

³⁴² PALOMO, 1972a: 600

³⁴³ ALONSO, 1916: 391-392

³⁴⁴ JUAN Y MORADO, 2009: 13

fuentes y antiguos historiadores refieren bastantes hechos del santo, éstos no se encuadran en una detallada cronología. Alonso Getino ofrece una síntesis cronológica que, dada la parquedad de fuentes, nos parece aceptable:

Como fechas aproximadas de su vida podemos añadir que nació San Telmo en Frómista, provincia de Palencia, en 1194; después de estudiar y ordenarse en Palencia, fue nombrado Deán a fines de 1219; entró en la Orden de Santo Domingo en 1220 y, después de estudiar algún tiempo, se consagró a la predicación hasta 1236, en que sucedió en el confesonario de San Fernando a Fr. Domingo el Chico. Desde entonces siguió a la Corte mucho tiempo, simultaneando las ocupaciones que San Fernando le imponía con la predicación. Asistió a la toma de Sevilla en 1249 y falleció en Tuy en 1251, un año antes de que expirase San Fernando³⁴⁵.

Dicha cronología es también la defendida por Salvador Martínez³⁴⁶. Lo único a objetar es el hecho de que fray Pedro González de Telmo murió probablemente en torno a 1240 como propone Reichert³⁴⁷ o en 1246 “como propone firmemente el santoral de Tuy y el calendario antiguo y el actual”³⁴⁸. Flórez concluye que “todo esto da a entender que la expedición y conquista en que nuestro siervo de Dios acompañó al santo rey fue la de Córdoba en el 1236, después de la cual volvió el Santo a Burgos y hubo tiempo suficiente para ejecutar en Galicia las grandes obras que hizo, así de predicación por los obispados de Santiago, Lugo y Tuy como de fábricas de puentes, etc.”³⁴⁹. Su labor allí sería la de predicación y “la atención

³⁴⁵ ALONSO, 1916: 394

³⁴⁶ *Vid.* SALVADOR MARTÍNEZ, 2012: 595.

³⁴⁷ FRACHET, 1896: 296

³⁴⁸ FLÓREZ, 2007: 159

³⁴⁹ FLÓREZ, 2007: 162

personalizada, como confesor, a cada uno de los fieles”³⁵⁰. Su fama de santidad perduró más allá de sus días, pues en el capítulo de la Orden celebrado en 1258 se recogieron hasta 80 milagros obrados por su intercesión³⁵¹.

Alfonso X heredaría el trono de su padre, y puede que con ello, como se ha dicho a Raimundo de Losana como confesor, cuya trayectoria como arzobispo de Sevilla ya hemos mencionado y debemos de recordarla para este momento³⁵². Sin embargo, no existe referencia documental alguna que nos lleve a afirmar categóricamente que fue confesor de Alfonso X. En todo caso, hemos visto la confianza y cordialidad entre ambas personas, y en este contexto, en el que Sevilla se convertía en cierto modo en refugio del desdichado monarca, Raimundo de Losana bien pudo ser un fiel apoyo como consejero y confesor. Quizás atendió al rey en el lecho de muerte, acaecida en Sevilla, del mismo modo que habría hecho con su padre.

De quien hay más certeza que fue confesor de Alfonso X es del franciscano fray Pedro Gallego, como indica Eubel basándose en documentación original del Vaticano. Señala que Inocencio IV se dirigió al Fernando III de Castilla en 1247, o bien 1248, indicando que había designando como obispo de la nueva sede de Cartagena a Pedro “al confesor del primogénito del rey” (*primogeniti regii confessorem*) y que, consecuentemente, envió las cartas oportunas al capítulo cartagenero y que había consagrado con sus propias manos al nuevo obispo³⁵³, lo cual quiere decir que estaba en Roma. Esta mención, es cierto, la toma de Gams

³⁵⁰ JUAN Y MORADO, 2009: 15

³⁵¹ FRACHET, 1896: 297

³⁵² González Jiménez dice de Losana que era “obispo de Segovia y hombre de confianza tanto de Fernando III como de Alfonso X” (GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 2004: 60), aunque no lo califica, en este punto de su obra, como confesor. Sí destaca su lugar principal entre los colaboradores del nuevo monarca (*vid.* pp. 69-70)

³⁵³ EUBEL, 1913: 168, n. 2

y de A. Potthast, aunque presumiblemente éstos se basan en documentación original que para este trabajo no se ha hallado. Se trata de este modo de la referencia más antigua a una mención explícita del confesor. Ahora bien, sería un documento pontificio y no castellano, ámbito en el que todavía no se encontraba tal denominación. Puede ser que, dado que en la Corona de Francia la institución estuviera más afianzada (así como en la propia Corte Pontificia), en Roma ya emplearan el término al apreciar este tipo de función. Ello confirmaría la naturaleza de confesores de todos estos individuos que en la documentación castellana no reciben tal denominación. También es factible que fray Pedro se hubiera presentado como confesor, o así figurara en las credenciales que mandara el infante Alfonso, como veremos en el caso de Alfonso XI.

Se ha planteado incluso si fray Pedro Gallego había sido previamente confesor de Fernando III³⁵⁴. Aunque no parece probable, tampoco se puede descartar, puesto que sí parece que ejerció funciones en la Corte en tiempos del rey santo. En efecto, fray Juan Gil de Zamora habla de este personaje: “Frater Petrus Gallego ingressus est monachus monasterium apud Bastitam Toleti extra ciuitatem; succedit in Guardianatu fretri Alphonso Martino, qui misus Toletum anno 1219 fuit primus guardianus; postea anno 1236 erat Prouincialis, Regi Fernando propter egregias eius virtutes, sanctimoniam et sapientiam nimis charus et filio”³⁵⁵.

Parece que fray Pedro Gallego era un hombre de alto linaje, como refieren algunos autores³⁵⁶, y también confesor de doña Violante, esposa de Alfonso X³⁵⁷. Es muy probable que se formara en Santiago de

³⁵⁴ BIZZARRI, 2002: 120

³⁵⁵ LÓPEZ, 1925: 67

³⁵⁶ ver LÓPEZ, 1925: 67

³⁵⁷ CASTRO, 1972a: 219

Compostela³⁵⁸, nombrado en 1241 obispo de Cartagena³⁵⁹. No obstante, es quizá esta cronología muy temprana, ya que como Atanasio López afirma Alfonso, con el deseo de restaurar la sede de Cartagena, envió a fray Pedro Gallego a Roma en 1243³⁶⁰. Siguiendo la noticia de que el papa se dirigió a Fernando III en 1247 notificando la elección de fray Pedro, de la que además se deduce que estaba en Roma. En cualquier caso, lo importante es que para 1250 ya se le identifica como obispo de Cartagena³⁶¹. Así, el 5 de agosto de 1250 Inocencio IV escribe a Pedro Gallego la bula *Meritis tuae devotionis*, concediéndole algunos privilegios sobre la provisión de beneficios en su Iglesia y un día después la bula *Novella plantatio* poniendo bajo cuidado directo de la Santa Sede la de Cartagena, ante el conflicto suscitado entre las grandes sedes por su control³⁶².

El 4 de octubre de 1252 Inocencio IV envió la bula *Carissimus in Christo* concediendo a “algunos religiosos, designados expresamente por el Rey de Castilla, plenaria potestad para absolver de la excomunión e irregularidad a los eclesiásticos y seglares que acompañasen al mismo Rey o a su lugarteniente en la expedición que estaba proyectando contra los moros de África” y en otra bula “dirigida a los mismos Obispos de Cartagena y Zamora con la misma fecha” les encomendó la elección de buenos religiosos que absolvieran a los usureros u otras personas que ilícitamente se hubiesen hecho con bienes ajenos³⁶³. Estas competencias penitenciales no quieren decir por sí mismas nada en relación con la condición de confesor de fray Pedro Gallego, sino más bien como obispo de una sede

³⁵⁸ MARTÍNEZ GÁZQUEZ, 1998: 177

³⁵⁹ EUBEL, 1913: 168

³⁶⁰ LÓPEZ, 1925: 68-69

³⁶¹ MONTERO, 2007: 193. De hecho, de la reconquista de Cartagena se conservan pocos documentos, entre los que está un privilegio concedido a Pedro Gallego (GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 2004: 29).

³⁶² LÓPEZ, 1925: 72

³⁶³ LÓPEZ, 1925: 73-74

fronteriza con los musulmanes. Ahora bien, veremos en el futuro otros confesores designados obispos de sedes de frontera o sedes menores donde se requería un prelado comprometido con la evangelización o al menos con el cuidado pastoral de un territorio difícil. Quizás, dada la altura moral y el aprecio que el infante Alfonso sentía por su confesor, le encargase una sede tan difícil y alejada. Por otro lado, las atribuciones penitenciales en tiempo de guerra nos remiten a otra cuestión que se repetiría en el futuro, y es la presencia del confesor en compañía del rey en los momentos de combate, cuando el riesgo de morir es mayor y por tanto la presencia del confesor más pertinente. Por lo demás, suponemos que murió en 1267 ya que ese año se elige nuevo obispo a causa de la muerte de fray Pedro³⁶⁴.

Además de su condición de primer obispo de la renovada sede de Cartagena, fray Pedro Gallego es famoso además por sus tratados³⁶⁵. En torno a 1250 en adelante tradujo, resumió y adaptó el *De animalibus* de Aristóteles (traducido del árabe al latín), además de un compendio de astronomía (1260-1267), que tenía como destinatario a Fray Martín Gil, abad de Santa María de Morelola (Zamora) y cuyo índice transcribe Beltrán de Heredia³⁶⁶. Con estas obras mostraba la inclinación de los franciscanos de ese tiempo por las cuestiones naturales³⁶⁷. Es de destacar para el presente estudio una obra, *In regitiva domus*, que trata sobre el gobierno de la casa. Sobre este escrito, A. López indica que, sin negar que fray Pedro Gallego se inspirase en literatura arábica, las ideas contenidas son netamente cristianas y que fue “escrito tal vez a modo de pastoral para

³⁶⁴ EUBEL, 1913: 168

³⁶⁵ Un análisis reciente sobre las obras de fray Pedro Gallego se puede ver en LÓPEZ; BARRIGUÍN, 2013: 265ss.

³⁶⁶ BELTRÁN DE HEREDIA, 1970: doc. 14, 598-599

³⁶⁷ PASTOR, 1997: 64

instrucción de los cristianos del nuevo reino de Murcia”³⁶⁸. Se ha planteado igualmente la intervención de fray Pedro en la redacción de las *Partidas*. Al respecto, y en relación con *In regitiva domus* escribe López que “los cinco capítulos de la obra del Obispo cartaginense se encuentran, en parte, glosados y extendidos en las *Partidas*, aunque bien puede ser que los compiladores de éstas hayan recurrido también a las mismas fuentes que utilizó Fr. Pedro Gallego”³⁶⁹. A este respecto, hay que decir que en las *Partidas* de Alfonso X encontramos una ley que define la figura del confesor: la ley III del título IX de la segunda Partida, que tiene por encabezamiento “Cuál debe ser el capellán del rey”. Pese al término de “capellán”, si se lee esta ley, se aprecia claramente que se está definiendo el cargo de confesor real. Así lo han entendido Óscar Villarroel y David Nogales. El análisis de su contenido se hará en el capítulo quinto (§ 5.2), pero aquí ha de indicarse cómo este texto revela la existencia de una figura del confesor en la Corte, figura a la que además se le da gran importancia, si consideramos que, en el contexto del Título IX (“Cuál debe el rey ser a sus oficiales, e a los de su casa, e de su corte, e ellos a él”) de la segunda Partida, se le considera el primer oficial en lo que se refiere a los oficios que son “de poridad”, a los que siguen el de canciller y el de los consejeros del rey³⁷⁰. Por lo tanto, la idea de que los confesores surgen del ámbito de los clérigos del rey (capellanes, maestros) y no del episcopado *per se* o del mundo monástico queda bastante probada.

³⁶⁸ LÓPEZ, 1925: 83. No obstante, Bizzarri plantea si la erudición de fray Pedro se debía también al contacto con los traductores toledanos y el conocimiento del saber árabe en las tierras recientemente reconquistadas (BIZZARRI, 2002: 120).

³⁶⁹ LÓPEZ, 1925: 84. Ante esta hipótesis, Bizzarri puntualiza: “López sugirió la posibilidad de que este opúsculo de Pedro Gallego haya sido utilizado por los compiladores de la Segunda Partida, obra que se hallaba por entonces en elaboración [...] Sin embargo, para comprender la inserción de una Económica en el gran código alfonsí, es necesario considerar su relación con el Espéculo y no sólo con la del opúsculo del arzobispo de Cartagena” (BIZZARRI, 2002: 122). En las páginas posteriores analiza dicha relación.

³⁷⁰ ALFONSO X, 2004: 214

Dicho todo esto, encontramos quizá la razón por la que no aparecen en este periodo menciones específicas a los confesores: la función del confesor se incluye dentro de la Capilla Real. Como ya dijimos, es en esta institución donde ha de verse los precedentes el Confesionario Regio. Parece, de acuerdo con la ley alfonsina, que se habla de un capellán con el que el rey anda “cotidianamente” y que se limita a la función de confesión y consejo. En este sentido, quizá, algunos de los capellanes identificados de este periodo, junto a los personajes que hemos identificado, fueran los confesores de los reyes de esta época.

Volviendo a fray Pedro Gallego, en caso de que sus escritos inspirasen algunos pasajes del mencionado código, estaríamos hablando de la influencia de un confesor real en la elaboración del código jurídico que la Monarquía, podríamos decir, promulgó para el gobierno del reino, aun con todo el debate que existe al respecto. No obstante, Julio Samsó, al tratar la cuestión de la astronomía, califica de muy inferior la cultura de Pedro Gallego a la alfonsí³⁷¹, con lo que, de ser esto cierto, no se le puede atribuir una intervención en las obras elaboradas bajo el auspicio del rey, al menos en ese campo del saber, lo que no excluye necesariamente al religioso o moral.

Otro supuesto confesor de Alfonso X pudo ser el dominico fray Rodrigo González de León, un eclesiástico notorio por cuanto llegó a ser arzobispo de Santiago de Compostela. Alonso Getino afirma que fue el “verdadero Penitenciario” del rey, además de “Canciller de Castilla y Arzobispo de Santiago”, y que fue asimismo Provincial en una fecha difícil de fijar³⁷². No obstante, este juicio parece mediatizado por ese espíritu

³⁷¹ MONTERO, 2007: 193

³⁷² ALONSO, 1916: 398-399. Se ha planteado que fue provincial en torno a 1256 (PALOMO, 1972a: 600) y Eubel, en efecto, indica que había sido “previamente provincial de España, de la Orden de Predicadores”

polemicista que, como vimos al tratar la historiografía, rodea a los primeros trabajos sobre los confesores reales en España. No ofrece Getino argumentos suficientes para otorgar al dominico esta preeminencia. Más bien, esta atribución (que ya se hiciera en 1700³⁷³) se deba al hecho que ya hemos visto, sobre el derecho de los arzobispos compostelanos a ostentar el título de cancilleres y capellanes reales, pero que era meramente honorífico.

Para el reinado Sancho IV se han querido ver como confesores a fray Juan Gil de Zamora, fray Pedro Fechor y fray Domingo Robledo. El primero de todos ellos es un personaje de cierta notoriedad para el periodo del tránsito al siglo XIV, en la medida en que fray Juan Gil de Zamora destaca como uno de los principales intelectuales castellanos de su tiempo, con una producción literaria abundante, siendo así “uno de los más importantes polígrafos españoles de la Edad Media”³⁷⁴. Ya era un intelectual afamado en la Edad Moderna³⁷⁵. Atanasio López incluyó al franciscano entre los confesores de Sancho IV³⁷⁶ siguiendo en esto al P. Castro, basándose en el hecho de haber sido su maestro³⁷⁷. Ciertamente, como hemos visto, el término “maestro” podía esconder tras de sí la función de confesor, pero no necesariamente. Según los estudios realizados, pudo ser maestro de don

y elegido arzobispo de Compostela el 25 de mayo de 1286, recibiendo el palio el 19 de septiembre de 1289 (EUBEL, 1913: 199).

³⁷³ BNE Mss VE 31/64, f. 6v

³⁷⁴ LILLO, 1998: 145

³⁷⁵ In urbe Zamore Castellae veteris nobilissima, saluberrimo aëre, adlabente Durio flumine amoenissima, translati hoc anno Fratres ab Eremitorio sanctae Catharinae [...] Ibidem requiescit Joannes Aegidius Zamorensis, vir apprime doctus, qui sex ingentibus tomis universam hisoriae molem sub hoc titulo: Historia naturalis, ecclesiastica et civilis, candide et solide complexus est ordine alphabetico, ubi nihil praeteriisse visus est. His addidit alium tomum, cui nomen dedit: Archivum omnium scripturarum, ubi quidquid est eruditionis ecclesiasticae ad praecipua capita reduxit. Habentur hi codices MSS. membranei immensae molis bibliotheca ejusdem coenobii, a doctis quibusque viris desiderati, a plurimis lecti et citati, a possessoribus, ut fit, negelecto, ita ut temporis jam passi sint iniurias” (WADDING, 1931a: 178-179, LIX, nº 159).

³⁷⁶ LÓPEZ, 1929a: 20

³⁷⁷ “El M. R. Padre Fray Gil de Zamora, fue Maestro, y Confessor de el Infante Don Sancho, que después fue Rey, y se llamó Don Sancho el Bravo” (CASTRO, 1722: 102)

Sancho entre 1278 y 1282, cronología aproximada del inicio y la conclusión de las lecciones que constituyen el *De Preconiis Hispaniae*³⁷⁸

Sin embargo, creemos que debemos descartar a fray Juan Gil de Zamora como confesor real, ya que no hay pruebas concluyentes que lo relacionen como tal y porque, además, en todo caso suponemos que recibió el diaconado. En efecto, sabemos que, en torno a 1270, “cuando tenía unos treinta años, ya pertenecía a la Orden franciscana y que su ingreso pudo producirse poco antes, siendo ya diácono, en alguno de los conventos de esta Orden, a pesar de haber sido creada pocos años antes”³⁷⁹. Esto se sabe en base a las referencias que Juan Gil de Zamora hace de sí mismo. En ningún caso se denomina confesor aunque ello no tendría nada de particular dado que el término no parece que se utilizara por aquel entonces. Es cierto igualmente que en un Sermonario suyo dedica algunos sermones a los confesores³⁸⁰, si bien su *Dictaminis Epithalamium* estaba más bien dedicado a los que se consagraban a la predicación y a la enseñanza como modo de vida³⁸¹. Ahora bien, nótese cómo se hace mención a su condición de diácono en 1266 de acuerdo a lo que dice él mismo en una de sus obras³⁸². En ningún caso hay noticia alguna de que se ordenara sacerdote.

Es posible que fuese ordenado posteriormente, sobre todo por el hecho de que llegaría a ocupar importantes cargos en la orden (guardián y ministro provincial), si bien éstos no requerían necesariamente el presbiterado. Por último, si atendemos a lo que escribió sobre sí mismo, a todo lo que llega es a declararse *scriptor* de Alfonso X en su obra *Officium*

³⁷⁸ CASTRO, 1995: 478

³⁷⁹ PASTOR, 1997: 57

³⁸⁰ LILLO, 1998: 161

³⁸¹ MARTÍN, 1995: 147

³⁸² LILLO, 1998: 145

*almiflue Virginis*³⁸³. Ello no quita el hecho de que hubo de tener un importante papel como consejero de Sancho IV, como revela su *De Preconiis Hispaniae* y la consulta que Sancho IV le dirigió en torno a un problema suscitado con el obispo y ciudad de Zamora, de manera que se le puede reconocer como “scriptor” de Alfonso X y “maestro” y “asesor” de Sancho IV, y que “su relación con el Infante parece que fue mayor, la de maestro; esto sucedía en los años de fuerte tensión entre éste y su padre Alfonso X, al hacerse cargo aquel de Castilla y León contra la voluntad de éste (1282)”³⁸⁴. Juan Gil de Zamora ya se habría hecho célebre en época de Alfonso X, y algunas composiciones de las Cantigas están, al parecer, muy cercanas con el *Liber Mariae*³⁸⁵. Por ello se ha señalado cómo *De Preconiis* es una “obra que aspira a ser espejo y ejemplo para el príncipe Sancho, futuro Sancho IV” y que sin embargo ha sido pasada de alto respecto a otros textos, y que tiene gran relevancia en el contexto de la lucha entre el príncipe Sancho y su padre Alfonso X³⁸⁶. Fue un hombre en contacto con las novedad intelectuales de su tiempo, gracias a su estancia en París, sus viajes por Europa y el conjunto de Castilla y Portugal, ámbito que llegaría a regir como provincial³⁸⁷. Forma parte así “de una generación de estudiantes franciscanos y dominicos que se habían graduado en las universidades europeas y habían participado en la actividad intelectual que incorporó también, en el último tercio del siglo XIII, la forma literaria de la «enciclopedia científica»”³⁸⁸. Ello le hizo receptor de las novedades intelectuales de su tiempo, también en lo que se refiere a la doctrina de la

³⁸³ LILLO, 1998: 146

³⁸⁴ PASTOR, 1997: 58

³⁸⁵ CASTRO, 1995: 477; LILLO, 1998: 146

³⁸⁶ FERRERO, 2005: 289-290; 302

³⁸⁷ DOMÍNGUEZ; GARCÍA, 1983: 345

³⁸⁸ MARTÍNEZ GÁZQUEZ, 1998: 178

confesión. Aunque este dato pueda tener valor para nosotros, hemos de descartarlo de la lista de confesores y he retractarme mi trabajo precedente, donde así lo consideraba³⁸⁹.

Hemos puesto en duda, con todo ello, la noticia dada por el Padre Castro. Éste ofrece otro nombre que también genera interrogantes: fray Pedro Fechor. Este franciscano era provincial en torno a 1280, y sería según el mencionado cronista confesor de Sancho IV mientras era infante³⁹⁰. En efecto, fue elegido obispo de Salamanca el 5 de marzo de 1286³⁹¹. Esta designación se dio mediante la bula *Cura Pastoralis officii* datada en esa fecha. Según Atanasio López “cuando recibió el nombramiento de Obispo de Salamanca, se hallaba probablemente en la Curia Romana, pues el papa dice en esta bula que por experiencia familiar conoce muy bien la vida y costumbres del elegido”³⁹². Pero, como en el caso de Juan Gil de Zamora, nos encontramos ante la situación de que, como el mismo Atanasio López reconoce, “debemos hacer constar que los fundamentos históricos de que Fr. Pedro Fechor fuese confesor de Sancho IV son muy débiles, pues no hemos encontrado otro historiador que lo diga sino el P. Castro”³⁹³. Tenemos noticias varias de su condición de obispo de Salamanca pero en ningún caso una actuación en la línea de *clérigo del rey* o confesor. Cuando el 3 de noviembre de 1306 fue elegido nuevo obispo para Salamanca debido a su fallecimiento³⁹⁴.

Luis Alonso Getino da el nombre de otro dominico, fray Domingo Robledo (OP), el cual fue, según C. Palomo “el confesor predilecto de

³⁸⁹ ARQUERO, 2012.

³⁹⁰ “El Venerable Padre Fray Pedro Fechor, fue Confessor del Infante Don Sancho, llamado despues el Bravo” (CASTRO, 1722: 102)

³⁹¹ EUBEL, 1913: 429

³⁹² LÓPEZ, 1929a: 18

³⁹³ LÓPEZ, 1929a: 19

³⁹⁴ EUBEL, 1913: 429

Sancho IV”³⁹⁵. Este autor sigue sin duda a Luis Alonso, que se apoya en el testimonio de Fr. Juan López quien dice de él que era “natural de la ciudad de Pamplona, el qual por sus grados letras, santidad, predicación y prudencia, fue confesor de la Reina Doña María, madre del Rey Don Fernando el Quarto”, los cuales (María y Fernando) en el año de 1301, “en agradecimiento de muchas cosas y que en seruicio del Rey Don Fernando y su madre la Reina Doña María hizo este padre, confirmaron [...] vn priuilegio que el Rey Don Sancho su padre había dado a la Orden”³⁹⁶. No sé, sin embargo, sobre qué base estos historiadores hacen ver que Domingo Robledo fuera el confesor predilecto de Sancho IV. La única referencia a su condición de confesor es respecto a María de Molina. No obstante, ya este hecho podríamos considerarlo de gran importancia, puesto que la regente actuó como verdadera soberana en Castilla, aun con su discutida autoridad frente a otros tutores y regentes, tanto en el reinado de su hijo como de su nieto. En este sentido, cabe mencionar a fray Sancho que fue, según el Padre Castro confesor de María de Molina y Fernando IV³⁹⁷. Provincial de la Provincia de Santiago en torno a 1296, así como maestro en teología, consiguió de Fernando IV ciertos privilegios fiscales para la misma, según el mismo autor, según documentación guardada en el convento de Toro. Por otro lado, se ha señalado que actuó como embajador del rey en las negociaciones matrimoniales para casar a Fernando IV con Constanza de Portugal³⁹⁸. También señala Castro que murió electo de Ciudad Rodrigo, si bien no figura en la *Hierarchia Catholica*.

³⁹⁵ PALOMO, 1972^a: 600

³⁹⁶ Citado en ALONSO, 1916: 400-402

³⁹⁷ “El M. R. Padre Fray Sancho, Confessor de la Reyna Doña María, muger del Rey Don Sancho el Bravo, y de su hijo el Rey Don Fernando el Emplazado, el qual trató su casamiento con Doña Costança, hija del Rey Don Dionosio de Portugal en Alcañizas, según consta de la Chronica de este Rey” (CASTRO, 1722: 102)

³⁹⁸ LÓPEZ, 1929: 20

Por lo tanto, podemos concluir que de los confesores de Sancho IV no sabemos nada a ciencia cierta, aun cuando es a este rey a quien se atribuyen los famosos *Castigos* en donde se recomienda valerse de buenos eclesiásticos para gobernar rectamente. Por otro lado, Charles Faulhaber ha demostrado cómo el *Dictaminis Epithalamium* de fray Juan Gil de Zamora recoge referencias tomadas de la obra *De Confessione Sacramentali* de Pedro de Blois³⁹⁹, una obra que muestra un modo de confesión totalmente acorde al modelo bajomedieval, lo que nos indica que en el entorno cortesano del rey Sancho ya se conocía plenamente el modelo penitencial bajomedieval, y por tanto que debía, o podía, aplicarse. Existían así todas las condiciones para la existencia del confesor real. Hasta el momento, en verdad, sólo podemos aceptar como clérigos que comienzan a actuar en calidad de confesores reales a fray Domingo de Segovia, Raimundo de Losana y san Pedro González de Telmo para el reinado de Fernando III y fray Raimundo de Losana y fray Pedro Gallego para el reinado de Alfonso X. Del reinado de Sancho IV, hay evidencias muy pobres para poder señalar con un mínimo de seguridad a los clérigos que actuaron como confesores, y en el de Fernando IV el mencionado fray Sancho pudo ser también un confesor real, por influencia de María de Molina, que sí tenía por confesor al dominico Domingo Robledo.

Precisamente porque ya Alfonso X en sus *Partidas* parece presentar un oficial del rey que es el capellán que se encarga exclusivamente de la confesión y dirección espiritual, y que ocupa el primer puesto entre los oficiales que se refieren a la “poridad”, no habría de pasar mucho tiempo para que apareciese una mención explícita al confesor del rey en los últimos reinados de la dinastía de Borgoña en Castilla. Así, en los reinados de

³⁹⁹ FAULHABER, 1973: 255

Fernando IV y Alfonso XI (así como Pedro I, que veremos después, § 2.1.1), existen ya reflexiones de tipo teórico de tipo similar al de las *Partidas*, pero en el que se menciona explícitamente el término “confesor”. Tal es el caso del *Libro Infinido* de don Juan Manuel. Por otro lado, aparecen los primeros documentos reales en los que se alude al confesor del monarca. No olvidemos, por otro lado, que Alfonso XI fue el que puso en vigor el código de las *siete Partidas* que había formulado Alfonso X.

La primera mención explícita en Castilla se da con el obispo de Lugo fray Juan Hernández. Así, Manuel Risco transcribe un documento fechado el 12 de abril de 1311 el rey concedió un privilegio en el que el rey concede la tierra de Pallarés con sus términos bien delimitados al obispo Juan “por muchos servicios, que nos fecisteis, siendo nuestro Confesor, è facedes agora seiendo Obispo”⁴⁰⁰. Por lo tanto, para 1311 este hombre había dejado de ser confesor del rey. Probablemente la causa del cese en la función fue la elección como obispo de Lugo en 1307⁴⁰¹, verdadera fecha *antequem* que podemos establecer al respecto.

Sobre su labor como obispo Manuel Risco ofrece muchos datos, de los cuales quizá podamos señalar la actitud favorable que mostró hacia los templarios en el juicio que se hizo contra ellos en 1310 en Salamanca y al que él acudió⁴⁰². Fernando IV debió de mostrarse siempre favorable al prelado en sus conflictos con el concejo de la ciudad, y así el 23 de junio de 1312 el rey dio una sentencia en torno a las disputas entre Juan y el concejo. Tanto el obispo como los procuradores se presentaron ante el rey, y éste, reuniendo su consejo, y habiéndose examinado los documentos “se dio en favor del obispo una sentencia tan absoluta y definitiva como se puede leer

⁴⁰⁰ RISCO, 2010a: 415

⁴⁰¹ EUBEL, 1913: 314

⁴⁰² RISCO, 2010a: 108

en los apéndices”, señala Risco en la *España Sagrada* donde da más datos sobre esta cuestión⁴⁰³. Fray Juan moriría en 1318, ya que fue nombrado su sucesor Gonzalo Núñez el 3 de mayo de 1318⁴⁰⁴.

Aparte de Juan Hernández, y aceptando que el mencionado fray Sancho fuese confesor de Fernando IV, siéndolo de su madre, y menos probablemente de su padre como afirma C. Palomo, no tenemos noticias de más confesores del rey Fernando, aunque en algunos aspectos de su vida el elemento de la confesión jugó un valor simbólico de bastante importancia, sobre todo en lo que se refiere a su muerte y a la de un privado suyo, cuestión que se trata más adelante (§ 4). No obstante, ya hemos encontrado una prueba documental sobre la mención explícita al confesor real. Podemos decir de este modo que con Fernando III se inaugura la presencia de frailes mendicantes atendiendo espiritualmente al rey, y con Alfonso X esta atención se institucionaliza dentro de los límites de la Capilla Real, pero como una figura específica de la misma, ante lo cual no tarda en desgajarse de la matriz de la capellanía para individualizarse como la figura del confesor real en tiempos de Fernando IV, al que supuestamente Sancho IV habría recomendado que contase con la atención de los buenos eclesiásticos para bien gobernar.

La presencia de confesores en compañía del rey también se encuentra de manera explícita en el reinado de Alfonso XI. En este sentido, el rey parece haber dado gran importancia a la confesión, sobre todo en momentos donde ésta podía ser más urgente, como en las campañas militares donde el claro peligro de muerte hacía pertinente la necesidad de limpiar el alma de cualquier pecado que comprometiese la salvación eterna.

⁴⁰³ *Ib.*: 110-113

⁴⁰⁴ EUBEL, 1913: 314

Los ejemplos de este reinado, a este respecto, se tratarán más adelante con mayor detalle y en conexión con los otros monarcas (§ 4). Aquí, en relación a esto, Juan Ribas afirma que en la batalla del Salado fue acompañado por su confesor, que se llamaba fray Juan de Entrega⁴⁰⁵. Este mismo autor señala otro confesor dominico del rey: fray Juan Fernández de Aviancos. Más allá del nombre, no sabemos nada, aunque se ha señalado que este dominico era gallego, y que, como volveremos a ver, pudo introducir en la Corte a otro fraile predicador oriundo de Lugo, fray Pedro López de Aguiar, que sería sin lugar a dudas confesor de Pedro I (§ 2.1.1). Luis Alonso Getino también señala como confesor de Alfonso XI a fray Alfonso de Zamora, pero basándose en el solo hecho de que fue maestro del joven rey⁴⁰⁶. Dada la ausencia de más datos que pudieran hacernos pensar que tras la denominación de maestro se escondía la de confesor, y en un reinado en el que este término ya se utilizaba, hemos de descartarlo como confesor real. Por último, Luis Alonso señala otro posible confesor de Alfonso XI: fray Gil de Ávila. El historiador dominico cita a Navamuel, el cual indica que en el Becerro antiguo del convento de Santa Cruz de Segovia se encuentra la referencia un tal “fray Gil”, con la mención expresa de confesor de Alfonso X, “a quien llamo yo el XI”⁴⁰⁷. Así Alonso Getino cree que se trata de fray Gil de Zamora, que fue prior de Santa Cruz hacia 1354.

Pero éstas no son las únicas referencias de confesores de Alfonso XI. De hecho, de todos los casos vistos no hemos encontrado ninguno reflejado en las fuentes originales del reinado. Sin embargo, sí que existen. En los *National Archives* de Reino Unido se conserva una credencial de los

⁴⁰⁵ Vid. ALONSO, 1916: 402

⁴⁰⁶ Ib.: 403. Sobre este personaje, en calidad de obispo de Sigüenza, vid. MINGUELLA Y ARNEDEO, 1910: 29-38, y los documentos LXXIII, LXXIX, XCI y XCII del volumen 2 (1912).

⁴⁰⁷ ALONSO, 1916: 403

embajadores enviados por Alfonso XI al rey Eduardo II. El documento está muy estropeado y por ello es difícil leer el contenido. Está fechado en mayo, sin poder establecerse con exactitud el año, que dado el contexto del registro documental en el que se halla debe situarse entre 1312 y 1326. Tampoco se puede acertar a leer el nombre del confesor claramente, salvo la indicación, en el paso del renglón cuarto al quinto, de que se envía (junto a otros embajadores) “fratrum Prada [...] confessorem nostrum”, si la transcripción es correcta⁴⁰⁸. De hecho, lo único que se lee con claridad y de manera indubitable de esa frase es el término “confessorem nostrum”. Si bien el documento no nos lleva a saber nada del confesor hallado (tan siquiera su nombre exacto), el documento es de enorme relevancia para este estudio, por cuanto revela por primera vez, en un documento original, el empleo de un confesor real, en calidad de tal, para una misión de naturaleza política, en concreto la de la representación diplomática.

A este respecto, queríamos señalar que el hallazgo de este documento se hizo a partir la hipótesis de que, en el caso de los confesores enviados como agentes diplomáticos, existe una relación intrínseca entre el desempeño ambos cargos, como se valorará en el capítulo quinto (§ 5.2.3). Tal hipótesis fue defendida en el Seminario del proyecto de investigación⁴⁰⁹ y que se puede comprobar en una reciente publicación⁴¹⁰. Con esto se quiere significar que, dada la hipótesis defendida, se buscó en los National Archives un documento mediante una búsqueda en fondos no referidos en ningún caso a confesores o eclesiásticos, con lo que el propio hallazgo del

⁴⁰⁸ NA Kew, doc. SC 1/33/102

⁴⁰⁹ *Seminario Pacto y consenso en la cultura política peninsular (siglos XI al XV)*, Facultad de Geografía e Historia (Universidad Complutense de Madrid), 25 y 26 de junio de 2012, dentro del proyecto de investigación “Prácticas de consenso y de pacto e instrumentos de representación en la cultura política castellana, siglos XIII al XV” (Proyecto HAR2010-16762, del Departamento de Historia Medieval de la Universidad Complutense de Madrid)

⁴¹⁰ ARQUERO, 2013

documento es un argumento a favor de esa idea de la relación intrínseca entre el cargo de confesor y de representante diplomático del rey.

Con este documento, hallado fuera del ámbito de Castilla, los datos ofrecidos por los historiadores antiguos adquieren, a nuestro entender, mayor veracidad, ya que demostramos con ello que, al menos en un caso, ya se empleaban los confesores reales como emisarios. Así, la hermana de Alfonso XI, Leonor, tenía como confesor a un tal fray Juan de Monforte⁴¹¹, a quien envió en 1336 a negociar asuntos de familia con Pedro IV de Aragón. Dados los problemas suscitados entre Pedro IV y Alfonso XI, que llegaron a cierto nivel de tensión, Juan de Monfort fue uno de los elegidos en 1337 para negociar los acuerdos en lo que se refiere a los derechos de la viuda Leonor⁴¹². Dado el caso precedente de un confesor de Alfonso XI actuando como embajador en Inglaterra, quizá este fray Juan de Monfort pueda ser Juan de Monforte, un franciscano que según Laín Rojas, en torno a 1345, atendía como confesor al monarca⁴¹³, siendo así un clérigo que debió atender prolongadamente al rey, dada su “su larga estancia en Sevilla”⁴¹⁴. En caso de que Juan de Monforte y Juan de Monfort fueran la misma persona, encontramos otro confesor actuando en calidad de emisario real, aunque en representación de Leonor y no de Alfonso XI. No obstante es muy probable que se traten de dos individuos distintos.

⁴¹¹ Vid. ZURITA, 2003: lib. VII, cap. XXXVII

⁴¹² *Alium etiam Legatum misit ipsi Eleonorae, qui de concordia ageret (praeparabat enim Alphonsus Castellae Rex copias contra Aragonium sororis ulturus injurias) et exacerbatae animum deliniter. Remisit illa Albarracino ubi commorabatur, Minoritam alterum suum Confessarium fratrem Joannem de Monforte* (WADDING, 1932: 240)

⁴¹³ Vid. LÓPEZ, 1929a: 31.

⁴¹⁴ CASTRO, 1972a: 219

SEGUNDA PARTE:

TRAYECTORIAS BIOGRÁFICAS DE LOS CONFESORES REALES

2.1. PEDRO I Y ENRIQUE II:

Conviene comenzar el trabajo incluyendo los confesores del último rey de la Casa de Borgoña, por cuanto su actuación en algunos casos se entrecruza con los primeros años de gobierno de Enrique II, y por cuanto encontramos a los confesores del mismo ya durante el reinado de su hermano Pedro, cuando tan sólo era el conde de Trastámara.

2.1.1. Los confesores de Pedro I:

Fray Juan García de Castrogeriz es un personaje muy desconocido, pero célebre por sus traducción y glosas al *De Regimine Principum* de Egidio Romano. Las noticias biográficas que de él nos han llegado son escasas y en buena medida inexactas. Así, se le ha confundido un personaje de nombre similar que para 1426 era decano de la facultad de teología de Tolosa, en la cual había sido profesor durante treinta años⁴¹⁵. Por la cronología no puede tratarse de la misma persona, pues sería un caso de longevidad centenaria difícil de asumir y en un ámbito geográfico diferente al que, el principio, le sería propio.

Manuel Martínez Añíbarro y Rives supuso que naciera en la villa de Castrogeriz y que a principios del siglo XIV entraría en la Orden de los Hermanos Menores. También planteaba la posibilidad de que por su

⁴¹⁵ LÓPEZ, 1929a: 36

influencia el rey fundara el convento de san Francisco de aquella localidad en 1325, cediendo para ello “los palacios que allí tenía”⁴¹⁶. Esto es imposible, desde el momento en que Pedro I ni siquiera había nacido. Podría tratarse de una errata y el autor quería decir Alfonso XI, pero aun en ese caso no hay modo de comprobar la veracidad de la noticia.

Díaz Martín indica que había sido canciller del infante don Pedro (luego Pedro I) antes de que lo fuera el obispo Bernabé de Osma y que era asimismo obispo de Palencia⁴¹⁷, aunque no figura en ninguna lista del episcopologio palentino. Pero su relevancia viene en relación con la educación moral del príncipe Pedro y futuro rey de Castilla⁴¹⁸, que se manifiesta en la mencionada traducción y comentarios al *De Regimine Principum* de Egidio Romano, obra de enorme interés que trataremos más adelante (§ 3.2).

Entre 1351 y 1364, y quizá más especialmente entre 1351 y 1356, encontramos como confesor de Pedro I a fray Pedro López de Aguiar, del cual sí se conserva bastante información. A él se refería Manuel Risco diciendo que “fue confesor del rey Pedro, y éste príncipe le estimaba como a persona «en quien fiaba, y para quien deseaba mucha honra y buena ventura», expresión con que le mostró alguna vez su real afecto”⁴¹⁹.

Fray Pedro López de Aguiar marca una cierta excepción entre los confesores reales, al provenir de un linaje nobiliario con gran relevancia en el ámbito de Lugo: la casa de Aguiar, siendo el primogénito de Lopo López de Aguiar⁴²⁰. No obstante, no dejamos de hablar de una casa nobiliaria

⁴¹⁶ MARTÍNEZ, 1889: 236

⁴¹⁷ DÍAZ MARTÍN, 1975: 58

⁴¹⁸ Vid. VALDEÓN, 2002: 55

⁴¹⁹ RISCO, 2010a: 128

⁴²⁰ MANSO, 1993: 44

periférica en la Corona de Castilla y León cuyo radio de influencia se circunscribe a Lugo. Pardo Villar escribe así de fray Pedro:

Su formación científico-literaria y su actuación en la vida pública después de concluir los estudios, nos son enteramente desconocidas, sabiéndose únicamente que fue Prior de dicho Convento [de Santo Domingo, en Lugo]; pero debió de ser muy brillante su labor apostólica y grande su reputación, cuando los Reyes de Castilla pusieron en él sus ojos para encomendarle la tan delicada como honrosa tarea de la dirección de sus conciencias⁴²¹

Efectivamente, poco sabemos de su vida con anterioridad a entrar en relación con el futuro Pedro I. Quizás fue en torno a 1333 cuando profesó en el convento de los dominicos en su ciudad natal⁴²². Se ha planteado igualmente que su ingreso en la Corte se diese bajo el amparo del confesor de Alfonso XI, fray Juan Fernández de Aveancos, también gallego⁴²³, y al que ya aludimos (§ 1.2.1). Pero su relevancia, así como el grueso de las noticias que de él se conservan, comienza a partir de 1349, cuando fue elegido obispo de Lugo. Como tendremos ocasión de comprobar para la casa de Trastámara, y como ya hemos visto en el caso de Raimundo de Losana, cabe pensar que el nombramiento como obispo vino por el hecho de ser confesor del rey⁴²⁴, aunque también su pertenencia a una de las principales familias lucenses hubo de ser determinante. Que su condición de confesor pesara en la elección parece demostrarse en un documento,

⁴²¹ PARDO, 1943: 113-114

⁴²² MANSO, 1993: 45

⁴²³ *Ib.*: 47

⁴²⁴ “Como la inmensa mayoría de los regios confesores, vio galardonados sus servicios con la dignidad episcopal” (PARDO, 1943: 114).

fechado en Lugo a 11 de abril de 1349, en el que ya figura como confesor del infante don Pedro⁴²⁵.

Un año después del mencionado documento, moriría inesperadamente Alfonso XI, siendo elevado al trono su hijo. Desde los inicios de su reinado, fray Pedro se mostró fiel vasallo del monarca, siendo en Lugo un firme defensor de la Corona. Así, el 20 de abril de 1350 Pedro I envió a su confesor una carta avisando de que el conde Enrique, Fernando de Castro y otros caballeros y escuderos de Galicia andaban en *deservicio* suyo, indicándole también los caballeros que él había enviado a su vez para que defendieran la autoridad regia, de manera que “le ordenaba que si estos caballeros iban a Lugo, se le diese buena acogida y todo lo necesario, y que, por el contrario, no se admitiese en ella a quien no le fuese obediente y no hiciese primero homenaje como fiel vasallo del rey”⁴²⁶.

No cabe duda de que, pese a la distancia, fray Pedro seguía siendo confesor de Pedro I. Lo sabemos por el documento de 1349, pero también por un real privilegio del monarca otorgado en las Cortes de Valladolid en 1351⁴²⁷. Naturalmente, cabe preguntarse qué tipo de confesor era, ya que no estaba cerca de la persona del rey para atenderlo espiritualmente. Lo cierto es que entre 1349 y el final de la vida del monarca, no podemos hallar juntos a ambas personas, con lo que el título de confesor era de tipo nominal, a no ser que mantuvieran algún tipo de relación epistolar que no se haya conservado, lo cual parece difícil, sobre todo en un tiempo tan convulso en el que la correspondencia podía ser interceptada por el enemigo. Ante esto, sí cabe pensar en una relación entre el infante Pedro y López de Aguiar antes de 1349, en la época en la que María de Portugal

⁴²⁵ Vid. MANSO, 1993: 46

⁴²⁶ RISCO, 2010a: 129

⁴²⁷ PARDO, 1943: 114

encargaba a su confesor fray Juan García de Castrogeriz el *Regimiento de Príncipes*. Quizá en ese tiempo fray Juan y fray Pedro se encargaran de la instrucción moral del príncipe, y en ese tiempo se establecieran los lazos de amistad entre el futuro monarca y el que era entonces su confesor *iure et facto*.

En este punto, fray Pedro Fernández *el Placentino* afirmaba en su obra que fray Pedro optó por volver a su tierra, hacia 1356, para cumplir sus obligaciones como prelado pero sobre todo al comprobar que Pedro I no se avenía a sus admoniciones en materia moral y espiritual⁴²⁸. Este punto es imposible de demostrar, y lo cierto es que el alejamiento de la Corte se debió realmente al nombramiento como obispo de Lugo más que a su indignación como confesor. No obstante, de ser cierta tal noticia, podría significar que el obispo lucense pasaba algunas temporadas en compañía del rey y por eso podía ejercer de manera efectiva su cargo de confesor. En conclusión, si fray Pedro se había marchado ya antes, o se vio la ocasión de recompensar su buen hacer en un cargo al que renunciaba por la desobediencia de su penitente, es algo que queda como mera especulación. Tal vez la *damnatio memoriae* aplicada sobre la imagen de Pedro I haya generado esta idea de un rey tan pertinaz en el mal que hasta su confesor desiste y lo abandona al que abandona su confesor por tal motivo. De hecho, la imagen del confesor abandonando a un rey díscolo llegó a convertirse en cierto modo en un *tópos*⁴²⁹.

⁴²⁸ Luis Alonso mantuvo esta misma idea: “más delicado que el oficio de confesor de Don Alfonso XI debió ser el de su hijo Don Pedro, que heredó de su padre, aumentados en sumo grado, el valor, la crueldad y la liviandad de costumbres. Tales fueron, que su confesor el P. López de Aguiar tuvo que abandonarle” (ALONSO, 1916: 403).

⁴²⁹ Cabe traer a colación la célebre historia del viaje milagroso de san Raimundo de Peñafort de Mallorca a Barcelona. Según ésta, san Raimundo acompañaba al rey Jaime I de Aragón en Mallorca en calidad de confesor. El rey mantenía una relación ilícita con una mujer, y san Raimundo le exigió dejarla. Ante la negativa del rey a seguir los consejos de su confesor y abandonar una situación de pecado grave, san Raimundo no vio otra opción sino marcharse, puesto que como confesor poco podía hacer por el alma del

Lo cierto es que, externamente, fray Pedro parece haber sido nombrado obispo de Lugo por su posición en la Corte, su pertenencia a la Casa de Aguiar y su fidelidad a la persona del entonces heredero de Castilla. Ciertamente, su consagración episcopal se hizo en Palencia y cabría pensar en que alternaba su presencia en la Corte con la de la ocupación de la sede lucense. Sin embargo, el mencionado documento de 1349 lo sitúa en Lugo, así como otros muchos a partir de entonces. Cabe pensar así que, en realidad, fray Pedro se separó de Pedro I desde su nombramiento episcopal y por tal motivo. A partir de entonces sería confesor tan sólo nominalmente. La amistad y confianza propias del confesor-confitente sí perduraron, como se aprecia en una carta enviada por Pedro I desde Coriel el 20 de abril de 1355 en la que decía “a vos D. Pedro por la gracia de Dios obispo de Lugo, salut como aquél de quien fio, e para quien quería mucha honra e buena ventura”⁴³⁰.

Se podría hablar, y mucho, de la acción de fray Pedro López de Aguiar como obispo de Lugo, en su largo pontificado que abarca de 1349 a 1390. Es de este modo, junto a Ciudad Rodrigo y Oviedo, la sede que durante el reinado de Pedro I no sufrió de habituales cambios⁴³¹. Dejando de lado esta interesante cuestión, basta señalar que la acción de fray Pedro se encaminó a reforzar el poder episcopal, lo cual supuso agrias disputas con otros

rey ante la cerrazón del mismo. El monarca le prohibió abandonar la isla, y dio orden a todo barco de no admitir en el pasaje a san Raimundo, ante lo cual éste extendió la capa de su hábito sobre el mar y así navegó hasta Barcelona. Sin embargo, dicha historia no parece que se recogiera en la época de san Raimundo o poco posterior (*vid.* Rius, 1954). Por ello, la coincidencia entre el caso aragonés y el caso castellano (que no afectó sólo a la visión de fray Pedro de Aguiar, sino como veremos a continuación de fray Alfonso Fernández de Toledo), parece más bien el resultado de una reconstrucción historiográfica que de la realidad, aunque tampoco hay que descartar una base real para la misma, ya que tanto Jaime I de Aragón como Pedro I de Castilla no se caracterizaron por su integridad de acuerdo a los principios morales cristianos. En cualquier caso, parece tratarse de un modo de deslegitimación de la memoria regia o de una encumbración hagiográfica del confesor en cuestión.

⁴³⁰ PARDO, 1943: 114

⁴³¹ ARRANZ, 2001: 432

poderes de la ciudad y la diócesis, hasta el punto, por ejemplo, del asesinato de su mayordomo en 1386⁴³².

Por otro lado, y en relación con Pedro I, siempre se mostró como fiel servidor del mismo, primero en la pugna con su hermano Enrique y partidarios, como ya hemos visto, y más tarde en la guerra abierta entre los dos hermanos. Organizó así a resistencia a los partidarios de don Enrique en Lugo, en un periodo (entre 1360 y 1364), en el que sigue apareciendo como confesor real⁴³³. En 1366 Lugo se mantuvo firme en la defensa contra el bando trastamarista, capitaneada por Fernando de Castro⁴³⁴.

Pedro I no pudo ser atendido por confesor alguno en el momento de su trágica muerte, elemento importante en el *ars moriendi* medieval, cuestión que analizaremos más adelante (§ 4). No sabemos cómo acogería la noticia Pedro López de Aguiar, pero, dada la fidelidad que siempre demostró, la noticia hubo de ser muy triste para él. Parece que Enrique II, si bien no mostró especial animadversión hacia el obispo (al que habría que reconocer una loable fidelidad al rey de quien era confesor), le fue en principio hostil, y no tanto por su papel en la guerra, sino precisamente por su condición de confesor de Pedro I. Manuel Risco, citando a su vez a Pallarés, hace mención de una “cédula dada en Portomarín el 20 de mayo año 1379, de la que dice que consta que, por haber sido el obispo de Lugo confesor de su hermano, tuvo poca confianza de él, y que tomó la torre y la ciudad dándosela a Rois Sarmiento, hasta que sus reinos se aquietasen, empeñando su palabra de entregárselo todo a fray Pedro cuando se verificase el sosiego que deseaba”, si bien nunca se verificó tal

⁴³² RISCO, 2010a: 136

⁴³³ MANSO, 1993: 47

⁴³⁴ PARDO, 1943: 115. En el asedio, Fernando de Castro hizo una generosa donación al obispo, en compensación por los daños causados por la defensa de la causa petrística (Risco, 2010a: 131).

providencia⁴³⁵. Manuel Pardo Villar concluye de este modo que “a pesar de todo, le inspiraban la persona y la conducta siempre digna del benemérito y fiel Prelado”⁴³⁶. Coincidimos con esta valoración, y quizás el hecho de ser confesor de Pedro I, que había llevado a recelar del prelado, explica el respeto que Enrique pudo deparar al mismo de manera aparentemente paradójica, puesto que la fidelidad de Lugo le había perjudicado durante la guerra.

Por lo demás, Pedro López de Aguiar parece que guardaría la fidelidad y reverencia requeridas al nuevo soberano. De hecho, la vinculación de fray Pedro con la nueva casa real se materializó en la fundación de una capilla en la catedral en la que se celebraran oficios en honor de la familia real, cuya primera noticia se remonta al mes de abril de 1380⁴³⁷. Manuel Mosquera ha estudiado esta cuestión, y todo apunta a que se trata de una maniobra de fray Pedro López de Aguiar, en sus relaciones con el cabildo, para obtener una nueva fuente de ingresos para la mesa capitular, con el pretexto de “vincular la capilla construida por él con la propia familia real, aprovechando la particular circunstancia del fallecimiento de Enrique II, y pretendiendo justificar una importante merced real con una hipotética orden de construcción por parte del monarca fallecido”, cuando en el documento de fundación de 1379 nada se dice al respecto y los oficios de la capilla se harían en provecho de las personas que con sus donaciones contribuyeron a la construcción y dotación de la capilla⁴³⁸. No obstante, al menos exteriormente, fray Pedro manifestaba así su fidelidad a la nueva dinastía, que se entronizó tras

⁴³⁵ RISCO, 2010a: 133

⁴³⁶ PARDO, 1943: 115

⁴³⁷ MOSQUERA, 2001: 490

⁴³⁸ *ib.*

asesinar al rey del que fue confesor. Con dicha fundación, “conseguía paralelamente un honroso y simbólico reconocimiento para la casa de Aguiar, ya que, relacionando su construcción con la familia real, sitúa el escudo de su propio linaje en la entrada de la «capilla real» de la catedral lucense hasta hoy en día”⁴³⁹. En definitiva, el obispo aprovecha la relación Monarquía-Iglesia para encumbrar la diócesis, el capítulo, la capilla y su linaje⁴⁴⁰.

El pontificado de Pedro López de Aguiar concluyó en 1390. Según Aureliano Pardo, el prelado viviría todavía más, en torno a una década (basándose en las noticias dadas por Manuel Risco⁴⁴¹), retirado quizá en su propio convento⁴⁴². De ser cierto, no sería el único caso de confesor mendicante que añoraba la vida monástica.

La ausencia de fray Pedro López de Aguiar en la corte hizo necesaria la atención del alma del rey por otros confesores. Con anterioridad a 1354, los investigadores han identificado a Alfonso Fernández de Toledo y Vargas como confesor de Pedro I⁴⁴³. Este personaje resulta de por sí uno de los prelados más destacados del reinado del último rey de la Casa de Borgoña, al menos por la cantidad de datos que de él se han conservado⁴⁴⁴. Oriundo de Toledo, ingresó en el convento agustino de esta ciudad, marchando después a París donde obtuvo el grado de doctor⁴⁴⁵. Sería autor de unos comentarios a las *Sentencias* y *De Anima*. Fue designado obispo de Badajoz el 13 de febrero de 1353 (primer acto de Inocencio VI como Pontífice en

⁴³⁹ *Ib.*

⁴⁴⁰ *Ib.*: 491

⁴⁴¹ RISCO, 2010a: 135

⁴⁴² PARDO, 1943: 114

⁴⁴³ LOPERRÁEZ, 1788: 300

⁴⁴⁴ ARRANZ, 1993: 19

⁴⁴⁵ LOPERRÁEZ, 1788: 299

relación a España, al hacer un reasignamiento de varias sedes⁴⁴⁶), figurando en la bula pontificia como agustino, maestro en Teología y presbítero⁴⁴⁷. Según Loperráez “su mucho espíritu y virtud no pudo sufrir lo excesos del Rey D. Pedro, llevando muy a mal la amistad y trato que tenía don Doña María de Padilla; y temiendo el enojo del Rey, se retiró a Italia, y acompañó en ella al Cardenal D. Gil Álvarez de Albornoz quando en nombre del Pontífice Inocencio VI, que residía en Aviñón, gobernaba el estado de la Iglesia”⁴⁴⁸, idea que recientemente se ha repetido⁴⁴⁹. No obstante, el nombramiento de fray Alfonso, junto al de los otros prelados implicados en el movimiento de sedes, es interpretado por Ana Arranz como un modo de aumentar los ingresos pontificios y designar individuos a él proclives pero también como una manera de acercarse al monarca castellano designando “alguno de los eclesiásticos más próximos a la corte de Pedro I”⁴⁵⁰. Ciertamente, fray Alfonso era familiar de Gil de Albornoz, de manera que su elección favorecía tanto al Pontificado como al rey del que era, con anterioridad a su ministerio episcopal, confesor. Según Loperráez, acompañaría a Gil de Albornoz en los combates en Italia, en la época en la que se daba en la Península la guerra de los dos Pedros⁴⁵¹. El 18 de agosto de 1353 recibiría la Santa Sede la capacidad para testar y administrar los bienes de su propiedad, precisando que no aquéllos pertenecientes a la sede eclesiástica⁴⁵². Por lo tanto, la idea de que se marchó de la corte como

⁴⁴⁶ Vid. ARRANZ, 2001: 440

⁴⁴⁷ *Dilecto filio Alfonso Fernandi Electo Pacensis [...] ad te ordinis fratrum heremitarum sancti Augustini professorem sacrae Theologiae magistrum in sacerdocio constitutum* (ASV: Reg. Avin., nº 122, f. 35v)

⁴⁴⁸ LOPERRÁEZ, 1788: 300

⁴⁴⁹ “Parece que inicialmente tuvo buenas relaciones con el rey Pedro I de Castilla y León, llamado el Cruel, pero pronto, quizá por las relaciones del rey con María de Padilla, cayó en desgracia real y fue desterrado o tuvo que huir a Italia, donde lo acogió el cardenal Gil Álvarez de Albornoz” (GARCÍA Y GARCÍA, 2014: 12)

⁴⁵⁰ ARRANZ, 2001: 440. En lo que se refiere a los ingresos, ciertamente, el papa hacía alusión en noviembre de 1353 a la precepción de cierta cantidad económica de parte del obispo pacense fray Alfonso (ASV: Reg. Avin., nº 122, f. 99r).

⁴⁵¹ LOPERRÁEZ, 1788: 300

⁴⁵² ASV: Reg. Avin., nº 125, f. 107v.

consecuencia de la falta de docilidad del rey a los requerimientos morales de su confesor parece otra construcción historiográfica similar a la de fray Pedro López de Aguiar, incidiendo en el mencionado tópico del confesor que abandona la corte por la inmoralidad inamovible de su confesando.

Fray Alfonso fue rápidamente trasladado a la sede de Osma (25 de octubre de 1354⁴⁵³), donde celebró un sínodo⁴⁵⁴. La poca permanencia en Badajoz y el traslado a Osma evidencian según Ana Arranz cómo estas promociones episcopales suponían en verdad “un peldaño más en la carrera eclesiástica del interesado”⁴⁵⁵. También es interpretado como un modo de “agradecer los servicios prestados por el cardenal Albornoz al Papado así como a los miembros de su curia”⁴⁵⁶. Sobre este traslado, y el tópico del confesor que abandona la corte, Ana Arranz indica:

El nuevo prelado, que un año antes se había limitado a recibir las rentas del obispado de Badajoz, haría lo mismo en Osma hasta su traslado a Sevilla en 1361. Loperráez intenta exculpar a don Alfonso diciendo que el prelado «*no pudo sufrir los excesos del rey don Pedro, llevando muy mal la amistad y trato que tenía con doña María de Padilla*». Pero la realidad era otra. Los nombramientos y traslados realizados a través de la reserva pontificia en personas residentes en la corte papal o, como en este caso, que acompañaban al cardenal Albornoz a las batallas para recobrar las ciudades italianas para el Papa, favorecieron siempre el absentismo de la diócesis, lo que no impedía, sin embargo, que percibieran su renta. Para cuidarse de ello, en este caso concreto se le habían otorgado los poderes necesarios a su hermano don Fernán Alfonso de Vargas⁴⁵⁷

⁴⁵³ EUBEL, 1913: 383

⁴⁵⁴ Vid. GARCÍA Y GARCÍA, 2014: 12

⁴⁵⁵ ARRANZ, 2001: 440

⁴⁵⁶ *Ib.*: 442

⁴⁵⁷ ARRANZ, 2001: 442

El 18 de junio de 1361 fray Alfonso sería nombrado arzobispo de Sevilla⁴⁵⁸, en la reestructuración de titulares de las diócesis de Burgos, Sigüenza, Segovia, Salamanca y Sevilla⁴⁵⁹, lo cual fue visto como una recompensa alcanzada por Gil de Albornoz⁴⁶⁰. En 1362 figura como testamentario de Pedro I, y como bien destaca Ana Arranz, aparece “mencionado antes en su calidad de confesor del rey [...] quien por su carácter caritativo y su reputación de sabio mereció en su día una de las semblanzas de Fernán Pérez de Guzmán”⁴⁶¹, y un año después, el 13 de enero de 1363, confirma un privilegio rodado de Pedro I concediendo al monasterio de Santa María de Guadalupe autorización para comprar unas heredades en las villas de Talavera y Trujillo. Sobre el signo rodado se lee “Don Frey Alfonso, maestro en theologia, arzobispo de Sevilla, confirma”⁴⁶². Fray Alfonso moriría el 27 de diciembre de 1366, aunque su nombre figure en los privilegios de Enrique de Trastámara de las Cortes burgalesas de 1367, lo cual se debió dar por el mero desconocimiento del hecho⁴⁶³. No sobrevivió por tanto a su penitente, aunque fue testamentario suyo⁴⁶⁴.

Tras los prelados Pedro López de Aguiar, y Alfonso Fernández de Vargas, nos han llegado noticias de frailes que fueron, en algún momento, confesores del rey, pero de los que apenas tenemos noticias. En su estudio sobre los cargos y oficios de la corte de Pedro I, Luis Vicente Díaz Martín dice que “sabemos que en 1355 era Confesor de Pedro I de Castilla Fray Fernando, siendo el único dato que poseemos de que Pedro I haya tenido confesor, cargo del que, por su escasa vinculación a la vida política de

⁴⁵⁸ ASV: Reg Av, nº 147, ff. 189v-190r.

⁴⁵⁹ ARRANZ, 2001: 447

⁴⁶⁰ LOPERRÁEZ, 1788: 301-302

⁴⁶¹ ARRANZ, 1993: 37

⁴⁶² DÍAZ MARTÍN, 1975: 122, doc. VIII.

⁴⁶³ ARRANZ, 1993: 19

⁴⁶⁴ SITGES, 1910: 121

Castilla, no nos ha llegado mayor recuerdo”⁴⁶⁵. Esto muestra que Díaz Martín no había consultado las fuentes que aquí hemos manejado, en las que se han identificado claramente otros confesores. Este hecho puede ser significativo en el sentido de que evidencia la poca institucionalización de la figura, y de ahí su ausencia en la documentación cancilleresca, que hubo de ser la vía por la que Díaz Martín rastreó la existencia de confesores. Pudiera ser, por otro lado, que este fray Fernando del que, en efecto, nada sabemos, fuese fray Alfonso Fernández de Toledo, que también es llamado fray Alfonso Fernando, y de ahí que se pudiera confundir el apellido con el nombre. Pero esto es una mera y débil hipótesis.

En 1362 aparece en el testamento de Pedro I otro confesor del mismo, fray Juan de Balbás (OFM), que estuvo vinculado a la persona de la amante del rey, María de Padilla, ya que intervino, por orden de la misma, en la fundación de Santa Clara de Astudillo⁴⁶⁶. Así lo refiere Anacleto Orejón: “envió doña María [de Padilla] de acuerdo con don Pedro á Astudillo á su mayordomo, Juan González de Pedrosa, y al confesor del rey Fr. Juan de Balbás, de la Orden de San Francisco”⁴⁶⁷, y fue nombrado por ella cumplidor de su última voluntad en la aplicación de las rentas que dejaba para dicho convento, según una escritura otorgada en 10 de Junio de 1355⁴⁶⁸. Ante esto, Atanasio López ve probable que fuese confesor de la misma María⁴⁶⁹. No me parece descabellada esta idea, y dada la ascendencia de doña María sobre Pedro I, es posible que este hecho propiciase que fray Juan de Balbás se convirtiera también en confesor del rey, labor que se debía hacer difícil al tener que atender a dos persistentes adúlteros. No obstante, puede que

⁴⁶⁵ DÍAZ MARTÍN, 1975: 67

⁴⁶⁶ Gracias regias concedidas en esta época al dicho convento se encuentran en AHN: Clero, leg. 5.312

⁴⁶⁷ OREJÓN, 1917: 30.

⁴⁶⁸ *Ib.*: 32.

⁴⁶⁹ LÓPEZ, 1929a: 36

apoyase a ambos en el proceso de anulación del matrimonio de Pedro I, que consideraba su legítima esposa a doña María, llegando a afirmar el arzobispo de Toledo, en nombre del rey, en el contexto de las Cortes de Sevilla de 1362, que ambos se habían casado en 1352, antes de casarse incluso con Blanca de Borbón⁴⁷⁰. Quizá por esta circunstancia, fray Juan de Balbás sirvió a Pedro I y a María de Padilla con la esperanza de que pudieran regular su situación.

En su artículo sobre los confesores reales de Castilla, Atanasio López aceptaba con recelo que fray Juan de Balbás fuese confesor del rey, pero su trabajo sobre los confesores de los reyes de Mallorca y Navarra, recoge un documento de 1411, sobre un proceso relacionado con Santa Clara de Astudillo en el que doce testigos declaraban “que el dicho Rey D. Pedro y la dicha Reina [doña María de Padilla] que mandaban fazer el dicho Monasterio... preguntado porque sabe uno dijo que por quanto se acuerda que aquel lugar hera tierras e huertas e poco después no que Juan Gonzalez de Pedrosa e Fr. Juan de Balbás, confesor del Rey, compraban las dichas heredades para lo fazer, e pagaron e vio como señalaron el logar, e dende a otro año comenzaron...”⁴⁷¹.

Por último, nos han llegado noticias de fray Pedro Ortiz (OP). Ortiz de Zúñiga señala que el rey Pedro I ayudó a la reconstrucción y mejora de los conventos de san Francisco y san Pablo de Sevilla. En el segundo de ellos, de los dominicos “era prior Fr. Pedro Ortiz, su confesor; el qual, y Diego Ortiz, su hermano, Jurado de la Parroquia mayor en el barrio de la Mar, le suplicaron amparase aquella casa, pobre de medios temporales: así lo refiere el Maestro Medina en sus Memorias, y que Diego Ortiz era

⁴⁷⁰ ARRANZ, 1993: 38

⁴⁷¹ En LÓPEZ, 1929c: 223

Mayordomo del Rey”⁴⁷². Según el mismo autor, este fray Pedro moriría en la epidemia de peste que se declaró en 1363, y en el convento de san Pablo su hermano, el mencionado Diego Ortiz, haría poner una lápida⁴⁷³.

2.1.2. Los confesores de Enrique II.

Fray Diego López de Ribadeneyra, franciscano, puede ser considerado el primer confesor real de la Casa de Trastámara, aunque parece que sólo fue confesor de Enrique II antes de que éste fuera, con propiedad, rey indiscutido de Castilla. Las noticias que de él tenemos son escasas pero relevantes. Lo más llamativo es su papel en la conjura contra Pedro I. Dada la situación de recelo del rey, Enrique debía actuar con cautela, y para concertar la alianza con Alburquerque envió a su confesor en 1354, prepretando así lo que Sitges llamó la quinta traición de don Enrique⁴⁷⁴. Pedro López de Ayala nos lo refiere del siguiente modo:

E luego después de las bodas del Infante Don Ferrando , e partido el dicho Infante del Regno de Portugal , partió el Rey de Portugal de la su cibdad de Évora , e la Reyna doña Beatriz su muger, que fuera fija del Rey Don Sancho de Castilla, e estaba ý con él, e viniéronse a Estremoz, que es una villa de Portugal en la frontera de Castilla , por estar ý. E después que el Rey Don Alfonso e la Reyna Doña Beatriz fueron en el logar de Estremoz , e estaba ý Don Juan Alfonso, llegó ý Fray Diego López de Ribádeneyra, que era Confesor del Conde Don Enrique, e era Frayle de la Orden de Sant Francisco, e Maestro de Teología, e trajo ratos con Don Juan Alfonso de parte del Conde Don Enrique e del Maestre Don Fadrique su hermano , los quales avía dexado el Rey Don Pedro en la cibdad de

⁴⁷² ORTIZ DE ZÚÑIGA, 1795b: 136

⁴⁷³ *vid.* ORTIZ DE ZÚÑIGA, 1795b: 163, 181. Más referencias documentales que ahondan en estos datos en ORTIZ DE ZÚÑIGA, 1796b: 7, 13

⁴⁷⁴ SITGES, 1910: 73. Menciona al confesor en la página 194.

Badajoz por fronteros de Alburquerque, segund avemos contado. E los tratos que Fray Diego López fizo entre ellos eran, que fuesen amigos, e se ayudasen, e entrasen todos en Castilla: e esta fabla andaba muy secreta⁴⁷⁵

Más adelante, se lee:

En estas pleitesías de Fray Diego Lopez, Confesor del Conde, traía con Don Juan Alfonso fue acordado que Don Juan Alfonso se viese con el Conde Don Enrique e con el Maestre Don Fadrique⁴⁷⁶.

Ocupa así el confesor un lugar importante en el concierto de alianzas que, a la larga, desembocaría en el acceso al trono de la Casa de Trastámara. Como bien indica Ochoa Brun, “la diplomacia de Enrique II no nace con su ascensión al trono”⁴⁷⁷ Por otro lado, José Manuel Nieto Soria plantea si actuó como enviado de don Enrique al Papa⁴⁷⁸. No sería la única vez en la que un confesor tuviese importancia en las tareas diplomáticas, aspecto que trataremos más adelante de manera global (§ 5.2.3). Por otro lado, hemos visto que se le menciona como “Maestro de Teología”. La noticia que aquí nos da Pedro López de Ayala no es exacta. Ciertamente Diego López de Ribadeneyra alcanzaría el magisterio en teología, pero esto no sería hasta, como fecha *postquem*, el 30 de septiembre de 1365, cuando Enrique actuaba como rey, habiendo sido coronado y reconocido por parte de los súbditos de la Corona. Beltrán de Heredia recoge el documento en el que Enrique pide para su confesor el magisterio en teología⁴⁷⁹, en el que

⁴⁷⁵ LÓPEZ DE AYALA, 1875: 442-443

⁴⁷⁶ *Ib.*: 443

⁴⁷⁷ OCHOA, 1990: 200.

⁴⁷⁸ NIETO SORIA, 1994: 254

⁴⁷⁹ *Sanctissime et beatissime pater: Supplicat s. v. flexis genibus humilis et dev. vester Henricus, comes Trestamare, filius bo. me. quondam illustrissimi Alfonsi regis Castellae, quantinus de solita vestrae benignitatis clementia, ejus contemplationes supplicantis, dil. filio fratri Didaco Lupi, ord. fratrum*

figura el “fiat” que indicaba el beneplácito pontificio a la petición presentada, con lo que fray Diego recibió el título de maestro.

Previamente, ya habría impartido docencia en el Estudio General, como se lee en el documento. Además, en 1381 (29-31 de mayo), se hace mención del franciscano “Diego López”, maestro en teología, en un documento del Papa Clemente VII concediendo expectativas al personal docente de Salamanca⁴⁸⁰. En dicho documento, figura como regente de la cátedra de teología de la hora prima, un puesto de enorme importancia. De ser éste fray Diego López de Ribadeneyra (lo cual consideramos muy factible), entonces estamos ante un confesor que ocupa un puesto destacado en la historia de la Universidad de Salamanca, ya que sería el “primer catedrático de prima en la Universidad de Salamanca”⁴⁸¹.

No sabemos más de fray Diego, y en cuanto a los demás confesores de Enrique II, tan sólo nos ha llegado la noticia, también por Diego López de Ayala, de fray Juan de Esbarroya. Ésta es la noticia que nos da en su Crónica⁴⁸². Dado que trata sobre la muerte de Enrique II, en la que se menciona a su confesor, merece la pena que tratemos el relato cronístico en el apartado dedicado a la muerte regia y el papel del confesor (§ 4).

Alonso Getino nos da noticias sobre este confesor. Señala que era de una “distinguida familia cordobesa” que luchó al lado de Enrique de Trastámara en la guerra civil castellana, lo que les mereció una serie de

minorum, confessori suo, qui in studiis generalibus legit et fecit omnes cursus suos secundum consuetudinem sui ordinis, dignemini licentiam concedere magistrandi in sacra theologia hic in Romana curia cum omnibus non obstantiis ut in forma (en BELTRÁN DE HEREDIA, 1996: I, 401).

⁴⁸⁰ Aparte de los privilegios generales, leemos lo siguiente: *Item quatenus fratri Didaco Lupi, ordinis minorum, magistro in theologia, regenti cathedram theologicam hora primae in dicto studio, altare portatile et quod possit in locis interdictis, excommunicatis et interdictis exclusis, celebrare et facere celebrare ac audire divina, ac indulgentiam plenariam omnium peccatorum suorum semel tantum in mortis articulo concedere dignemini, cum non obstan. ut in forma* (en BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: I, 433-452).

⁴⁸¹ CASTRO, 1972a: 220

⁴⁸² LÓPEZ DE AYALA, 1875: 37

mercedes que Juan de Esbarroya emplearía para el convento de Córdoba. Sería nombrado obispo a instancias de Juan I como recompensa al servicio de su padre “sin que sepamos más de este ilustre religioso, que tan bien acreditó las dotes de penitenciario, que obtuvo, en cierto modo, la exclusiva del real confesonario para los frailes de su religión”⁴⁸³. En efecto, el texto de la crónica de Pedro López de Ayala, pone en boca de Enrique II la petición a su hijo de que tanto él como sus sucesores sólo recurran a confesores dominicos, por ser orden religiosa natural de España. Esta cuestión será abordada también más adelante. Así, en el cambio legitimador del franciscanismo al dominicismo, Enrique II “abandonaría a quien había sido hasta ese momento su confesor, el franciscano Diego López de Ribadeneyra, para adoptar como nuevo confesor real al dominico Juan de Esbarroya”⁴⁸⁴. En este sentido, Nieto Soria había señalado que “dentro del clero regular, probablemente los franciscanos ocuparían un lugar destacado como apoyo de don Enrique. Lo que quizá no sería ajeno a la estrecha colaboración que con éste mantendría su confesor, Fray Diego López de Ribadeneyra”⁴⁸⁵. Vimos en la historiografía cómo existió en la Modernidad una polémica en torno a la alternancia y preeminencia de las distintas órdenes en el confesonario real. Esta cuestión será analizada en el último capítulo (§ 5.2.2).

⁴⁸³ ALONSO, 1916: 404-405

⁴⁸⁴ NOGALES, 2008: 65

⁴⁸⁵ NIETO SORIA, 1994: 254

2.2. JUAN I: FRAY FERNANDO DE ILLESCAS.

De Juan I conocemos los siguientes confesores: fray Fernando de Illescas (OFM), Pedro de Belorado y fray Juan Vélez. No son muchos los datos que tenemos de este reinado en lo que a confesores se refiere, ocurriendo lo mismo que en el reinado de su padre Enrique II. No obstante, el caso de fray Fernando de Illescas es una excepción, pues se trata de una enorme figura en la historia del confesonario regio y en la diplomacia castellana del último cuarto del siglo XIV y principios del XV.

En cuanto a los otros confesores, sobre Juan Vélez la única referencia conservada es en la que aparece como confesor de Juan I de Castilla en 1380, dando limosnas, el 20 de diciembre de 1380⁴⁸⁶. En cuanto a Pedro de Belorado sabemos que era Maestro de Teología y confesor de Juan I. Llevó a cabo, por delegación real, la fundación de San Benito de Valladolid⁴⁸⁷, con lo que había de ser confesor en torno a 1387. Asimismo, tenemos noticia de él en 1403 (29-30 de octubre), en un rótulo de la Universidad de Salamanca, donde se hace la siguiente referencia, dentro del grupo de los *grammatici*: *Item Petro de Vilforado (Belorado), presb. Burgen. dio., de benef. eccl. Conchen., non obstan. benef. parochiali quod obtinet in eccl. S. Michaelis dicti loci de Belforato*⁴⁸⁸.

Como hemos dicho, caso distinto es el del franciscano fray Fernando de Illescas, de quien hay evidencias documentales de que fue confesor de Juan I, y que ocupa un puesto relevante no sólo en la historia del

⁴⁸⁶ Así figura en la carta de finiquito de las cuentas del camarero mayor Diego López de Stúñiga (doc. nº 181 de SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1982), en la que figura un pago a “fray Iohan Veles nuestro confesor quatroçientos maravedis en reales de plata, los tresientos maravedis para que diese a un misacantano e los çientos maravedis para que dese a una muger por amor de Dios” (SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1982: 295-296).

⁴⁸⁷ NOGALES, 2008, 76

⁴⁸⁸ En BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: I, 576

confesionario regio bajomedieval, sino también en la historia de la diplomacia castellana. En el testamento que el rey Juan I dictó antes de la batalla de Aljubarrota, figura como albacea “fray Ferrando, nuestro confesor mayor”⁴⁸⁹. Según refiere Wadding fue enterrado en el convento de san Francisco de Madrid, en la capilla de los Lujanes, y en su sepulcro se había colocado una inscripción que decía: *hoc jacet in tumulo vir praestantissimus omni virtute ornatus, nobilitate fuit consilio prudens, inter sapientior omnis, nomine fernandus, religione minor, confesor regum, quem ad magna negotia missum, illustrem cecinit fama suprema virum. hic jacet heu corpus! sed spiritus alta petendo sidera, suscepit praemia pro meritis*⁴⁹⁰.

Vemos que se le llama “confesor de reyes”, señalando que sería así confesor no sólo de Juan I. Ya que actuó como diplomático en los últimos tiempos de Enrique II, cabría preguntarse si fue confesor de éste, pero de ser cierto el cambio que el rey hizo al recurrir tan sólo a confesores dominicos esta posibilidad debe ser desechada. Por otro lado, Enrique III mencionaría, como veremos, a Fernando de Illescas como confesor de su padre y no suyo en un periodo avanzado de su reinado, aunque no en otro documento más temprano (§ 2.3). Por ello, podemos considerar que Enrique III heredó de su padre a su confesor si bien pronto, bien por falta de afinidad personal o bien por las largas ausencias de fray Fernando, Enrique III acudió a otros franciscanos para la confesión y dirección espiritual. En cualquier caso, que fue *confessor regum* no parece una exageración, ya que lo fue de Juan I y Enrique III. Wadding llega a extender su función de confesor real al tiempo de Juan II pero, como veremos, no hay constancia de ello, y dada la influencia de Catalina de

⁴⁸⁹ GOÑI, 1965: 149.

⁴⁹⁰ En LÓPEZ, 1928a: 252

Lancáster (que procuró confesores dominicos para el joven rey) este punto nos parece muy improbable.

Para valorar más fácilmente su papel como confesor del rey, vamos a ver primero un resumen biográfico de Fernando de Illescas en cuanto a su condición de confesor de reyes y otro tipo de funciones. En segundo lugar, analizaremos en exclusiva la gran función por la que es famoso: su labor diplomática, especialmente en relación con el Cisma de Occidente. Naturalmente, no se trata de relatar exhaustivamente esta faceta de Fernando de Illescas, sino en aquellos aspectos que podamos relacionar con su función de confesor y que nos servirán en la valoración final de los confesores como agentes diplomáticos (§ 5.2.3).

- Fray Fernando de Illescas: síntesis biográfica.

El franciscano Fernando de Illescas provendría del círculo político de Pedro Tenorio, arzobispo de Toledo, y se destacó en el reinado de Juan I por ser uno de los eclesiásticos en los que se confiaron grandes labores políticas⁴⁹¹. No obstante, ya había comenzado su labor en la corte real al menos en los últimos años del reinado de Enrique II. Al parecer, su acceso a la corte se debe a su prestigio intelectual, cuando enseñaba en Valladolid⁴⁹². Muy pronto comenzaría su notoriedad como reformador de las clarisas en Palencia⁴⁹³.

Como veremos en el próximo apartado, Fernando de Illescas demostraría tener una enorme importancia como embajador del rey en los

⁴⁹¹ NIETO, 1994: 134

⁴⁹² *Ib.*: 142

⁴⁹³ El Papa lo nombraba visitador de las clarisas en la diócesis de Palencia en mayo de 1380 (*vid.* EUBEL, 1904: 222-224, nº 599)

asuntos del Cisma, siendo incluido en la legación castellana mandada por Enrique II para informarse sobre la doble elección pontificia y cuál de las dos era la legítima. Ello le llevaría a ganarse la confianza y el aprecio del papa de Aviñón, Clemente VII, el cual, entre otras cosas que luego veremos, le concedió facultades para vender y enajenar algunas propiedades pertenecientes al convento de Tordesillas, el 10 de diciembre de 1381⁴⁹⁴. Asimismo, indica Atanasio López que “sabiendo el Papa de Aviñón la gran influencia que Fray Fernando de Illescas tenía en la Corte de los Reyes de Castilla, en 3 de Agosto de 1382 le dio el título de Capellán pontificio”⁴⁹⁵, título que en 1386 seguía ostentando, ya que el Papa así lo llama en una carta en la que le permite moderar el rigor de ciertos aspectos de los estatutos conventuales de las clarisas, a petición de éstas que se habían quejado al Papa⁴⁹⁶. El mismo Papa le concedería, el 18 de noviembre del mismo año, “facultad para elegirse confesor que le pueda absolver de todos los casos que están facultados los Penitenciarios Apostólicos”⁴⁹⁷. Por otro lado, Luis Alonso Getino sugiere que Fernando de Illescas pudo influir en el rey para que en las Cortes de Segovia de 1383 se abandonase el cómputo hispano para pasar a la era cristiana a la hora de establecer la fecha de los

⁴⁹⁴ LÓPEZ, 1928a: 244

⁴⁹⁵ Vid. LÓPEZ, 1928a: 244. Dicho documento se encuentra en EUBEL, 1904: 24-2421, nº 660. Le nombra capellán del Papa y le reafirma como visitador de las clarisas en la diócesis de Palencia.

⁴⁹⁶ *Venerabili fratri episcopo Zamorensi et dilecto filio Fernando de Illescas ordinis fratrum Minorum professori, capellano nostro. Exhibita nobis pro parte dilectarum in Christo filiarum abbatissae et conventus monasterii Agerissellarum ordinis s. Clarae Palentin. dioec. petitio continebat, quod in dicto monasterio plura tam circa divinum officium quam circa electionem abbatissae dicti monasterii et alia statuta fore noscuntur, quorum observatio dictis abbatissae et aliis monialibus eiusdem monasterii valde difficilis onerosa existit. Quare pro parte dictarum abbatissae et conventus nobis fuit humiliter supplicatum, ut ipsis super hiis, ut quietius et devotius possint Domino familiari, providere de benignitate apostolica dignaremur. Nos itaque, huiusmodi supplicationibus inclinati, discretioni vestrae ... omnia et singula tam circa divinum officium quam circa electionem huiusmodi et alia statuta praedicta, etiam si auctoritate apostolica edita aut confirmata et iuramento vallata fuerint, auctoritate praedicta moderandi, corrigendi, reformandi ac alia de novo edendi, prout vobis pro salubri statui dicti monasterii et personarum in eo degentium videbitur expedire, super quibus vestras conscientias oneramus, plenam et liberam concedimus tenore praesentium facultatem. Datum Avinione VII idus septembris anno octavo* (en EUBEL, 1904: 264-265).

⁴⁹⁷ Vid. Eubel, 1904: 241, n. 5

documentos⁴⁹⁸. Claro está, el historiador dominico se equivoca al hacerle correligionario suyo, como miembro de la Orden de Predicadores. También tendría importancia en cuestiones referidas a la reforma y vigilancia de los conventos franciscanos. Por ejemplo, el 7 de septiembre de 1386 Clemente VII dirigía el documento *Exhibita nobis*⁴⁹⁹ autorizando a Fernando de Illescas y al Obispo de Zamora para modificar las constituciones del convento de clarisas de Tordesillas⁵⁰⁰.

Fernando de Illescas conservaría su importancia como diplomático a la muerte de su confesando Juan I (del que fue albacea en el testamento de 1385⁵⁰¹), pero también en otros aspectos. Actuaría como “consejero de su esposa y como ayo de Enrique *el Doliente*”⁵⁰² y quizá en ello se incluyera su función como confesor. No obstante, dice Atanasio López que poco después se retiró de la corte, “conservando, sin embargo, la suficiente autoridad para que se le consultase en todos los casos de importancia”⁵⁰³. Antes señalamos la cuestión de si fue confesor de Enrique III. La cuestión parece resolverse del siguiente modo: su condición de confesor es dispar según las versiones del testamento del rey, ya que en las adiciones a la crónica se conserva un fragmento donde sí se le denomina como confesor de Enrique III⁵⁰⁴ y otra, en primera persona (y por tanto, quizá, más creíble), en la que

⁴⁹⁸ ALONSO, 1916: 405

⁴⁹⁹ Vid. EUBEL, 1904: nº 752

⁵⁰⁰ LÓPEZ, 1928a: 246

⁵⁰¹ *Ib.*: 247

⁵⁰² *Ib.*: 248

⁵⁰³ *Ib.*

⁵⁰⁴ “Después desto, el Señor Infante les dixo que supiesen que el Rey Don Enrique, su señor e su hermano, dexaba por Tutores á la Señora Reyna Doña Catalina su muger e a él, e por Testamentarios al Condestable Don Ruy López Davales, é á Don Pablo, Obispo de Cartagena, Chanciller mayor del Príncipe su hijo, é á Fray Juan Enriquez, Ministro de la Orden de San Francisco, é á Fray Femando de Illescas, su Confesor. «Porque conviene que este testamento se lea en presencia de la Reyna, mí señora hermana, e de los dichos Testamentarios, conviene que sea llevado á Segovia, para que en presencia de todos se lea, e se dé orden a cumplimiento de lo quel Rey mi señor é mi hermano por él manda.» (adiciones a la *Crónica del rey don Enrique tercero*, 1877: 263).

se le designa confesor tan sólo de Juan I⁵⁰⁵. La conclusión a la que llegamos es que fue confesor, al menos, hasta 1399, ya que en un documento del rey Enrique III se le denomina (aun con el nombre de Bernardo, por una errata en la letra inicial) *clarae memoriae genitoris nostri, et nostrum Confessarium atque Consiliarium*⁵⁰⁶, y que dejó de serlo más adelante, de ahí la mención a fray Fernando como confesor de su padre Juan I pero no suyo. No obstante, esta confianza depositada en él como testamentario pudo deberse al hecho de haber sido su confesor. Atanasio López no duda en señalar que durante un tiempo fue confesor de Enrique III, “y tuvo altísima representación en la corte castellana juntamente con el confesor del Rey, fray Juan Enríquez, don Pedro Tenorio, Arzobispo de Toledo y el Cardenal de España D. Pedro de Frías”⁵⁰⁷. Sobre su condición de confesor de Enrique III, Lucas Wadding nos da cierta noticia, al tratar precisamente sobre el afecto que el rey deparaba a los hermanos Menores⁵⁰⁸.

Fray Fernando de Illescas sirvió como confesor y diplomático a Juan I y Enrique III con seguridad, y quizás previamente a Enrique II, o después a Juan II, a lo que se refiere su mencionado epitafio al decir *confessor regum, quem ad magna negotia missum*. No obstante, como ya dijimos, algunos testimonios tienden a delimitar su condición de confesor, exclusivamente,

⁵⁰⁵ “E para hacer é guardar é cumplir las cosas sobredichas que son en cargo de mi ánima, e las que de yuso serán escriptas, dexo por mis Testamentarios á Don Ruy López Davales, mi Condestable, e a Don Pablo, Obispo de Cartagena, Chanciller mayor del Príncipe mi hijo, e a Fray Joan Enriquez, Ministró de la orden de San Francisco, e a Fray Femando de Illescas, Confesor que fue del dicho Rey mi padre; a los quales, o a la mayor parte dellos, doy mi poder cumplido para que puedan tomar y tomen de mi Tesorero todo quanto menester fuere para cumplir las cosas que en este mi testamento se contienen” (adiciones a la *Crónica del rey don Enrique tercero*, 1877: 265-266)

⁵⁰⁶ En WADDING, 1932: 184

⁵⁰⁷ LÓPEZ, 1928a: 248

⁵⁰⁸ *Henrici Castellae et Legionis Regis fuisse itidem Confessarium fratrem Joannem Henriquez, uti et genitoris Joannis fratrem Ferdinandum de Illescas, summoque affectu Henricum hunc, ac Catharinam conjugem Minorum Institutum fuisse prosecutos, scribunt illius gentis historici. Et quidem non parum Henrici erga eos propensionem hoc probabit Instrumentum, ante aliquot annos emissum* (WADDING, 1932a: 173).

de Juan I⁵⁰⁹. Volviendo a otros aspectos de su vida, el 24 de marzo de 1404 “confirmó Benedicto XIII el nombramiento de Visitador del convento de Santa Clara de Tordesillas a favor de Fr. Fernando, hecho, como se ha dicho, por Clemente VII”⁵¹⁰. El 24 de diciembre de 1406 figura como testamentario de Enrique III⁵¹¹, lo que corrobora Wadding indicando que Enrique III dejó entre otros testamentarios *Minoritas duos, fratrem Joannem Henriquez, provinciae Castellae Ministrum, sibi a Confessionibus (quem in eodem munere praecessit frater Alphonsus de Aquilari) et fratrem Ferdinandum de Yllescas, sui Patris Joannis Regis Confessarium*⁵¹², si bien ambos parece que trataron de eximirse de la repsonsabilidad que ello entrañaba⁵¹³. Para esta época también se ha planteado que fue confesor de Catalina de Lancáster “pero”, como señala Atanasio López, “acerca del particular no podemos presentar documentos fehacientes”⁵¹⁴.

Hasta el momento, hemos visto a fray Fernando en su función como confesor, clérigo pontificio, embajador, testamentario y visitador. De esta última función encontramos noticias relevantes que indican que fue un activo reformador de su orden. Ya venía desarrollando una importante labor como visitador entre las clarisas de Palencia, como vimos al principio.

⁵⁰⁹ “Fueron los embajadores del rey de Castilla don Diego de Añaya obispo de Cuenca, don Fernán Pérez de Ayala, don Juan obispo de Badajoz, Martín Fernández de Córdoba alcaide de los donceles, fray Hernando de Illescas de la orden de los menores (que fue confesor del rey don Juan de Castilla su agüelo del rey), Fernán Martínez de Avalos...” (ZURITA, 2003: lib. XII, cap. XLVI)

⁵¹⁰ Vid. Eubel, 1904: 326, n. 2

⁵¹¹ “E para fazer e guardar e cumplir las cosas sobredichas, que son en cargo de mi ánima, e las que de yuso serán escritas, dexo por mis testamentarios a don Ruy López Dávalos, mi condestable e a don Pablo, obispo de Cartajena. chançiller mayor del dicho príncipe mi hijo, e a fray Juan Enríquez, maestre de la Orden de San Francisco, e a fray Fernando de Illescas, confesor que fue del dicho Rey mi padre” (*Crónica de Juan II de Castilla*, 1982: 29-30)

⁵¹² WADDING, 1932: 398

⁵¹³ En una bula fechada el 29 de mayo de 1411, el Papa encomienda a los obispos de Zamora y Segovia que se hagan cargo de velar por la ejecución del testamento real, al haberse ambos franciscanos, Fernando de Illescas y Juan Enríquez, aduciendo que era incompatible con su regla (*cum iidem Ferdinandus et loannes praetextu repugnantiae regulae ipsorum se praetenderent excusatos*) (EUBEL, 1904: 373)

⁵¹⁴ LÓPEZ, 1928a: 249

El 19 de septiembre de 1410 fue nombrado visitador del convento de Santa Clara de Villafrechós por Benedicto XIII⁵¹⁵, y el 26 de marzo de 1411, a petición de la reina Catalina de Lancáster, fue designado visitador general de las monjas clarisas de Santander⁵¹⁶. El 28 de noviembre de 1411 es localizado de nuevo como visitador general de los conventos de Santa Clara de Santander, Tordesillas y Villafrechós, y el papa le concedió poder nombrar sucesor en tal cargo, que pudiese tener los mismos poderes que él, incluida la sucesión⁵¹⁷. Dos años más tarde, el 23 de mayo de 1413, figura como procurador de su hermano Alfonso de Illescas, obispo de Zamora para el pago en su nombre de una anata⁵¹⁸. En 1415 Aparece en el Consejo Real junto a Sancho de Rojas (quien era consejero, primado y canciller mayor de doña Catalina⁵¹⁹).

El 16 de Agosto de 1419 Martín V le enviaba la bula *Eximiae devotionis*⁵²⁰, por la cual prohibía la extracción de libros de la biblioteca que se había formado en el convento de los Frailes Menores de Toledo. Wadding recoge este dato⁵²¹, que se complementa con la última noticia que de fray Fernando tenemos, del 13 de septiembre de 1419, en la que suplicaba al Papa ayuda canónica para evitar que se sacasen volúmenes de

⁵¹⁵ Vid. EUBEL, 1904: nº 1090

⁵¹⁶ Vid. *Ib.*: nº 1089

⁵¹⁷ Vid. *Ib.*: 374

⁵¹⁸ VILLARROEL, 2006: 1288

⁵¹⁹ *Ib.*: 120

⁵²⁰ Vid. EUBEL, 1904: nº 1.420

⁵²¹ *Malum hoc inconsideratae promotionis ad Magisteria aliosque gradus ecclesiasticos ita turbavit provinciam Aragoniae, ut necesse fuerit peculiari lege, cavere, ne contra statuta et leges promovendorum candidati gauderent privilegiis aut gratiis: Apostolicae servitutis, IV Idus Decembris. In provincia Castellae et Conventu Toletano nonnullae construebantur et instruebantur Bibliothecae, quas summa cura perfici et conservari curabat vir doctus et gravis, Ferdinandus Illescas, de quo saepius praefati sumus, obtinuitque a Pontifice diploma, ne libri a quoquam distraherentur: Eximiae devotionis integritas, XVII Kal. Septembris. Ad praesens usque tempus remansit hujus collectionis et litterariae hujus Viri solertiae specimen: multi enim adhuc supersunt in aede Toletana codices MSS. hujus Patris studio collecti, ex quibus unum ejus nomine inscripto accepi ex Bibliotheca Card. Ximenii anno MDCXXXIC conti[p. 30]nentem aliquot opera Scoti nondum excusa, quae cum reliquis ejusdem Doctotis elucubrationibus, Deo dante, propediem prodibunt in lucem. Poenitentiarium in Basilica Principiis Apostolorum instituit Martinus Philippum de Cecano, virum doctum et probum, quem suis litteris valde commendat (WADDING, 1932b: 30).*

la biblioteca de San Francisco de Toledo⁵²². Ya de antes, el 16 de agosto, se conserva una bula pontificia satisfaciendo dicha petición⁵²³, con lo que fray Fernando debió de insistir en este punto.

- La labor diplomática de Fernando de Illescas.

Luis Vicente Díaz Martín afirma que, junto a Pedro López de Ayala, “Fray Fernando de Illescas es otro de los puntales de la diplomacia castellana. Gozando de la plena confianza del rey, fueron sus primeras misiones dirigidas a recoger información sobre el Cisma”⁵²⁴. Por otro lado, O. Villarroel considera a ambos los únicos dos diplomáticos profesionales del periodo⁵²⁵, y Nieto Soria indicaba hace ya tiempo que “Fray Fernando de Illescas habría de ser el que destacara con mayor intensidad en las negociaciones con portugueses e ingleses”⁵²⁶. En efecto, Isabel Beceiro indica igualmente cómo “se advierte aún más claramente en la reiteración de letrados castellanos y del franciscano Fernando de Illescas en los tratos establecidos con Inglaterra y con don Joao I a finales de la década de 1380 y comienzos de la siguiente”⁵²⁷. De una opinión parecida es Ochoa Brun, que sobre Fernando de Illescas dice:

No le faltaron ciertamente colaboradores [a Juan I] . Uno de los más eficientes fue su confesor fray Fernando de Illescas, que debió de convertirse en un experto en lides internacionales y que puede ofrecer un verdadero *curriculum* diplomático; no hay duda de que para una mente moderna resulta chocante

⁵²² En BELTRÁN DE HEREDIA, 1970: II, 138

⁵²³ Vid. EUBEL, 1904: 522-523

⁵²⁴ DÍAZ MARTÍN, 1988: 73

⁵²⁵ VILLARROEL, 2006: 132

⁵²⁶ NIETO, 1994: 294

⁵²⁷ BECEIRO, 1997: 1738

pensar que el confesor del rey fuese su más laborioso y andariego representante diplomático en el extranjero, pero ello no contradecía los usos de la Edad Media, ni extrañaba a la mentalidad de la época. Así como a ellos no sorprendía ver a un fraile encargado de tales tareas, tampoco nosotros debemos sentir escrúpulos en asignar a fray Fernando la consideración de lo que real y verdaderamente fue: un activísimo e inteligente diplomático de Castilla a lo largo de toda una época que ciertamente requería personas bien preparadas y experimentadas en tratos internacionales⁵²⁸.

Como dijimos anteriormente, la primera noticia que de él tenemos en el desempeño de misiones diplomáticas se remonta a 1379, cuando formaba parte de la embajada que presidía Rodrigo Bernardo para indagar en las circunstancias que habían propiciado el Cisma y ver cuál de los dos pontífices electos era el legítimo⁵²⁹. A partir de entonces sería un importante diplomático en este asunto⁵³⁰. Enrique II murió antes del regreso de la embajada, y al parecer había manifestado su inclinación hacia el papa romano⁵³¹. Juan I decidió entonces organizar una comisión “formada por dos seglares: Ruy Bernal, experto en esta clase de menesteres y Álvaro Meléndez, doctor en leyes, junto con el franciscano Fernando de Illescas, que era confesor real”⁵³². Atanasio López plantea el orden de prioridad y señala cómo el rey envió “a su confesor Fray Fernando de Illescas, con otros dos embajadores, a Aviñón, Roma y Nápoles, con objeto de explorar diligentemente las condiciones y circunstancias de la elección

⁵²⁸ OCHOA, 1990: 209.

⁵²⁹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 8.

⁵³⁰ *Henricus Castellae, et Legionis Rex, summopere dolens Orbem Christianum diuturno perniciosoque schismate ingemiscentem, studia in contraria discindi, pro sua erga Religionem Catholicam pietate, decrevit Legatos ad Romanorum, aliosque Reges et Principes destinare, ut conjunctis votis, jam tandem curarent unitatem, et pacem rebus reddere Christianitatis. Inter hos si non primus, saltem secundus designatus est frater Ferdinandus de Illescis, olim sui genitoris, et nunc suus Confessarius, quod in litteris salvi conductus ita expressit* (WADDING, 1932a: 184).

⁵³¹ BALUZE, 1914: 475.

⁵³² FERNÁNDEZ; OLIVER, 1982: 468-469

de Urbano VI y Clemente VII”⁵³³. El resultado sería la recogida de treinta y dos testimonios en Aviñón (entre ellos los de diez cardenales), la entrevista con dos cardenales en Nápoles, y veintinueve testimonios en Roma en el mes de agosto, que se presentaría en Castilla el 27 de Septiembre. Luis Suárez Fernández, en su estudio sobre Castilla y el Cisma, ya indica para esta embajada que Fernando de Illescas era confesor del rey⁵³⁴.

Como hemos señalado en el apartado anterior, el Papa aviñonés concedió en este momento varios honores a fray Fernando, y así lo nombró visitador del convento de santa Clara de Tordesillas de manera vitalicia⁵³⁵. Según Atanasio López, dicho nombramiento manifestaba que fray Fernando “reconocía la legitimidad del Papa de Aviñón”⁵³⁶. Nos parece este juicio acertado, ya que la recepción de dicha autoridad para su posterior ejercicio suponía el reconocimiento de la autoridad pontifica que lo concedía.

El 26 de mayo de 1380 Clemente VII dirigía al rey una carta en la que informaba al rey de haber recibido su embajada, mencionando la condición de Fernando de Illescas como confesor, y con la intención de decantar la fidelidad castellana al papado aviñonés⁵³⁷. Los dos embajadores (pues Meléndez había muerto en el viaje) regresaron en septiembre de 1380 y ofrecieron “su copioso material a la asamblea general de Medina del

⁵³³ LÓPEZ, 1928a: 242

⁵³⁴ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 8

⁵³⁵ Vid. EUBEL, 1904: nº 599

⁵³⁶ LÓPEZ, 1928a: 244

⁵³⁷ *Clemens episcopus, servus servorum Dei, carissimo in Christo filio Johanni, regi Castelle et Legionis illustri, salutem et apostolicam benedictionem. Licet, fili carissime, tue celsitudini tam per nuntios, quos sepe ad eam transmisimus, quam alias plene potuerit esse notum quod, dudum apostolica Sede vacante per obitum felicitis recordationis Gregorii pape XI, predecessoris nostri, qui in Urbe decessit romane Ecclesie cardinales, de quorum numero tunc eramus, Bartholomeum, olim Barensen archiepiscopum, per violentiam et impressionem Romani populi in apostolicam Sedem intrudere coacti fuerunt, quoa tamen dilecti filii Fernandus, ordinis fratrum Minorum professor, confessor tuus, Rodericus Bernardi audientie tue auditor, ac Alvarus Melendi, legum doctor, ambaxiatores tui, quos pro premissorum veritate...* (en BALUZE, 1922: 198).

Campo”⁵³⁸. El 23 de noviembre de 1380 se abría la Asamblea del clero en dicha localidad, donde se presentaron sus conclusiones en torno a las pesquisas sobre el Cisma⁵³⁹. El informe de los embajadores supuso una “amarga desilusión”, ya que declararon que “dada la confusión producida por el Cisma, no era posible encontrar criterios de legitimidad y que había razones a favor de uno y otro papa”⁵⁴⁰. No obstante, Atanasio López sostenía que los testimonios de los embajadores de Juan I (esto es, Fernando de Illescas entre otros) inclinaron la balanza a favor de Clemente VII en la asamblea de Salamanca en mayo de 1381⁵⁴¹ y así Juan I ordenaba reconocer al papa Clemente el día 30 de aquel mes⁵⁴². Quizá Atanasio López sostuviese la inclinación hacia el papa aviñonés de fray Fernando por las concesiones pontificias que recibió, y así, el 3 de agosto de 1382, (“sabiendo el Papa de Aviñón la gran influencia que Fray Fernando de Illescas tenía en la Corte de los Reyes de Castilla”) fue nombrado capellán pontificio⁵⁴³, y el 18 de noviembre Clemente VII le otorgó la facultad para elegir confesor que le pudiese absolver de todos los casos para los que están facultados los Penitenciarios Apostólicos⁵⁴⁴. Poco tiempo después, en 1384, en el contexto de la guerra de Portugal, el Papa le concedió a él y Alfonso, obispo egitanense, la capacidad para absolver a los responsables del asesinato del obispo de Lisboa⁵⁴⁵.

⁵³⁸ FERNÁNDEZ; OLIVER, 1982: 469

⁵³⁹ DÍAZ MARTÍN, 1988: 73

⁵⁴⁰ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 10

⁵⁴¹ LÓPEZ, 1928a: 243

⁵⁴² El documento está transcrito en SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 155-156

⁵⁴³ Vid. Eubel, 1904: nº 631

⁵⁴⁴ Vid. *ib.*: 241, nota 5

⁵⁴⁵ *Venerabili fratri Alfonso episcopo Egitanensi et dilecto filio Fernando de Illescis ordinis fratrum Minorum professori, carissimi in Christo filii nostri Iohannis Castellae et Legionis ac Portugaliae regis illustris confessori. Cum nuper per nos accepto, quod nonnullae personae civitatis Ulixbonensis, quae diabolico instigatae spiritu, in multitudine copiosa insimul coadunatae seditionem facientes, in personas bonae memoriae Martini episcopi Ulixbonensi et nonnullorum aliorum virorum ecclesiasticorum impetuose irruentes in eos, ipsas inhumaniter interfecerant et demum eos de summitate cuiusdam turris, ad quam audientes seditionem huiusmodi confugerant, mortuos ad terram proiecerant, ad cor redeuntes*

Pero la actividad diplomática de fray Fernando de Illescas no se limitaría al ámbito eclesiástico, sino que actuó como embajador del rey en asuntos políticos referidos a otros reinos. En 1383 fue enviado a Navarra, no se sabe con qué asuntos, pero consta que el 9 de septiembre estaba en Estella⁵⁴⁶. Lo cierto es que en 1385 Carlos II de Navarra le obsequió con un paño de hombros y seis tazas de plata de nueve marcos y una copa cubierta y un picher de plata⁵⁴⁷.

El reinado de Juan I estuvo muy condicionado, como bien se sabe, por el asunto con Portugal y las pretensiones de Juan de Gante al trono de Castilla en virtud de su matrimonio con Constanza, hija de Pedro I. El rey acudiría nuevamente a su confesor, el cual se entrevistó en 1387 en Bayona con el duque de Lancáster, acompañado por Pedro Sánchez del castillo y el doctor Alvar Martínez de Villarreal. Éstas “son las primeras negociaciones de Bayona que llevarán al matrimonio del futuro Enrique III y Catalina de Lancáster y que cancelaban definitivamente las pretensiones al trono castellano del de Lancáster”⁵⁴⁸. En este mismo periodo, entre 1385 y 1387 desarrolló la diplomacia con Portugal⁵⁴⁹, y así en 1389 se concertaron treguas⁵⁵⁰. También estuvo presente en la alianza con Francia el 23 de noviembre de 1386⁵⁵¹. En un documento fechado el 26 de enero de ese año

et in humilitatis spiritu suum recognoscentes delictum, paratae existebant poenitentiam agee de commissis, nos vobis easdem personas absolvendi a reatu homicidii huiusmodi secundum formam, quam sub bulla nostra misimus interclusam, concesserimus facultatem: vobis et cuilibet vestrum poenitentias et poenas in eadem forma contentas in totum vel in partem, prout vobis iuxta qualitatem dictarum personarum videbitur, mitigandi, relaxandi et in alia pietatis opera commutandi plenam et liberam concedimus tenore praesentium facultatem. Datum Avinione IV kal. aprilis anno sexto (EUBEL, 1904: 252, nº 700).

⁵⁴⁶ LÓPEZ, 1928a: 45

⁵⁴⁷ *Ib.*: 46

⁵⁴⁸ DÍAZ MARTÍN, 1988: 73

⁵⁴⁹ LÓPEZ, 1928a: 246-247

⁵⁵⁰ *Vid.* OCHOA, 1990: 216-217, y CASCALES, 1980: 203

⁵⁵¹ Thomas Rymer recogió la alianza de Juan I con Francia, llevada a cabo por Pedro López de Ayala y Fernando Alfonso de Alana. En la columna de los presentes en la validación del documento (*praesentibus*), que se hizo en el alcázar de Segovia, se encontraban *Reverendis in Christo Patribus: P. Archiepiscopo Tholetan., Et G. Oveten. Et D. Abulen. Episcopis, necnon, Religiosis Viris, Martino Johannis*

figura Fernando de Illescas junto a Pedro Sánchez del Castillo defendiendo el título de rey de Portugal para el monarca castellano. En dicho documento se le menciona explícitamente como “confesor”, y así, para referirse a Fernando de Illescas y Pedro Sánchez del Castillo el notario Martín López de Montemolín se refiere a ellos como “los dichos confessor y doctor”⁵⁵².

En 1389, acudió en la embajada castellana a Bayona para negociar nuevamente con el duque de Lancáster. En la primera legación, fray Fernando iba presidiendo la misma⁵⁵³, y más tarde en otra que la componían Pedro López de Ayala, el obispo de Osma y él mismo, nuevamente en calidad de confesor⁵⁵⁴. el 29 de noviembre de ese mismo año iría acompañado de Pedro Sánchez del Castillo y Alfonso Sánchez para negociar con Portugal, de lo que resultó la tregua de Monçao (29 de noviembre de 1389), “por las que Portugal, ausente en Leulinhan, se adhería a lo allí pactado”⁵⁵⁵. Fray Fernando, como refiere la crónica del rey, avisó al monarca de cómo el rey de Portugal (el llamado Maestre Davis) había atacado Tuy, y la crónica nos refiere igualmente que “Fray Ferrando de Illescas, Confesor del Rey, del que ya dizimos que el Rey enviara á Portugal á tratar tregua, fizo tregua por seis años con el Maestre Davis, que se llamaba Rey de Portugal”⁵⁵⁶.

Magistro de Alcantara, & Fratre Fernando, Confessore nostro, Ordinis Sancti Francisci (en RYMER, 1739-1741: vol. III, pars IV, p. 11). Curiosamente, el texto fue corroborado en Francia por un capellán: *Gerardus de Monte Accuto [...] in sacra Capella Regali, in Palatio suo Parisius*.

⁵⁵² AGS: PTR, leg. 47, nº 26, f. 82r

⁵⁵³ “Después que el Rey Don Juan sopo que el Duque de Alencastre era en Bayona, envió allá sus mensageros sobre los tratos que ya avemos dicho que fueran comenzados entre el Rey é el Duque de Alencastre estando en Portugal. É los mensageros que allá fueron eran Fray Ferrando de Illescas, Confesor del Rey, de la Orden de Sant Francisco, é un Doctor en leyes que decian Pero Sánchez del Castillo, é Alvar Martinez de Villarreal que ambos eran oydores de la Audiencia del Rey” (*Crónica del rey don Juan primero*, 1877: 118).

⁵⁵⁴ “El Rey fizo segund le dixeron los de su Consejo é los sus físicos, é envió al Duque de Alencastre á Bayona sus mensageros, que fueron el Obispo de Osma, é Pedro López de Ayala e Fray Ferrand de Illescas su confesor, por los quales les fizo saber como él llegara á Vitoria” (*Crónica del rey don Juan primero*, 1877: 123).

⁵⁵⁵ DÍAZ MARTÍN, 1988: 74

⁵⁵⁶ *Crónica del rey don Juan primero*, 1877: 124

Con el ascenso de Enrique III al trono la actividad de fray Fernando de Illescas se mantuvo⁵⁵⁷. El 20 de agosto de 1396 fue enviado a Francia en la embajada compuesta por el obispo de Mondoñedo, Pedro López de Ayala y Alfonso Rodríguez⁵⁵⁸ para ratificar la alianza franco-española y “provistos de amplios poderes para colaborar con franceses e ingleses en la solución del Cisma”⁵⁵⁹. Su papel aquí, sin negar que fuese importante, no es el principal, yendo como parte de la embajada pero no encabezándola.

En 1396 fue enviado al Papa y un año más tarde a París⁵⁶⁰. El 8 de marzo de 1397 Enrique III, molesto por el retraso de la embajada al permanecer en Aviñón, ordenó al obispo de Mondoñedo que fueran a París lo más rápidamente posible⁵⁶¹. “Los embajadores castellanos, bien aleccionados antes por Benedicto XIII, llegaron al fin a París en marzo de 1397”⁵⁶². En 1398 hay noticia sobre su naturaleza de confesor del rey Enrique III, algo que se relaciona con el afecto deparado por el rey a la Orden⁵⁶³. También parece que en 1399 fue enviado al rey de Romanos en una legación con el fin de buscar una solución al Cisma⁵⁶⁴. Lucas Wadding hace de él, y de su condición de confesor, mención explícita⁵⁶⁵.

⁵⁵⁷ OCHOA, 1990: 222.

⁵⁵⁸ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 31

⁵⁵⁹ DÍAZ MARTÍN, 1988: 77

⁵⁶⁰ Las credenciales de Fernando de Illescas y sus compañeros están transcritas en SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 200-201, doc. 39.

⁵⁶¹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 34

⁵⁶² *Ib.*: 35. *Vid.* OCHOA, 1990: 224-225.

⁵⁶³ *Henrici Castellae et Legionis Regis fuisse itidem Confessarium fratrem Joannem Henriquez, uti et genitoris Joannis fratrem Ferdinandum de Illescas, summoque affectu Henricum hunc, ac Catharinam conjugem Minorum Institutum fuisse prosecutos, scribunt illius gentis historici. Et quidem non parum Henrici erga eos propensionem hoc probabit Instrumentum, ante aliquot annos emissum* (WADDING, 1932a: 173).

⁵⁶⁴ LÓPEZ, 1928a: 248

⁵⁶⁵ *Henricus Castellae, et Legionis Rex, summo opere dolens Orbem Christianum diuturno perniciosoque schismate ingemiscentem, studia in contraria discindi, pro sua erga Religionem Catholicam pietate, decrevit Legatos ad Romanorum, aliosque Reges et Principes destinare, ut conjunctis votis, jam tandem curarent unitatem, et pacem rebus reddere Christianitatis. Inter hos si non primus, saltem secundus designatus est frater Ferdinandus de Illescas, olim sui genitoris, et nunc suus Confessarius, quod in litteris salvi conductus ita expressit* (WADDING, 1931a: 184)

En 1407 Fernando de Illescas fue enviado a Benedicto XIII para entrar a su servicio “sin que sepamos hasta cuándo permaneció en él”⁵⁶⁶. También ese año acudió en embajada a Portugal⁵⁶⁷. Dice O. Villarroel al respecto: “Si de la embajada para la paz con Portugal podemos pensar que era una embajada del reino, sobre los emisarios al pontífice no cabe la menor duda: iban enviados por la reina Catalina”⁵⁶⁸. Ello quizá nos dé un indicio de que fue también confesor de la reina, posibilidad que antes se ha mencionado. Aunque simplemente puede tratarse del hecho de que la reina enviase a un diplomático tan reputado que, en cualquier caso, era leal confesor de su difunto esposo y quizá también de su hijo. Lo cierto es que Benedicto XIII debía considerarle un importante factor en las negociaciones sobre el Cisma y el reconocimiento de su dignidad, pues el 17 de agosto de 1408 pedía a su tesorero y legado Francesc Climent, obispo de Tortosa, que reclamase a fray Fernando para personarse ante el Papa⁵⁶⁹. Ello parece muy significativo, por cuanto indica un aprecio por fray Fernando, bien por su amistad y fidelidad o bien por considerarlo una pieza clave en el tablero de la diplomacia europea, en lo que su condición de confesor podía ser relevante. De años antes parece que existía entre ambos una relación de proximidad, pues en el registro 97 de las súplicas pontificias (correspondiente a los años 1403-1404) se introduce una súplica que

⁵⁶⁶ VILLARROEL, 2006: 138, n. 237

⁵⁶⁷ *Ib.*: 132

⁵⁶⁸ *Ib.*: 133

⁵⁶⁹ Climent escribió de esta manera a fray Fernando, y le incluyó la carta pontificia: *Benedictus etc. Venerabili fratri Francisco Episcopo Dertusen. Thesaurario nostro Salutem. Venerabil. frater. Scribimus dilecte filio Ferdinandi de Illiescas ordinis fratrum minorum proffessori mandando quatens visis nostris litteris ad nostram presenciam studeat personaliter se conferre cum eius persone sit nobis pro nonnullis arduis nostris et ecclesie Romam. negociis non mediocriter oportunam. Propterea volumus quod sibi per te vel aliud presentes litteras quas sibi super hoc dirigimus ipsumque remittas ut ad nos venire non tardet omnimora vel excusatione reiectis sibique de equitaturis competentibus et expensis necessariis pro itinere provideas, seu de iuribus nostre camwe per collectores eorum aut Succollectores facias provideri. Dat Perpiniani Elnen. Dioc. die XVIII augusti sub nostro signeto secreto* (en PUIG Y PUIG, 1920: 499-500, doc. LXIII)

comienza: *Supplicat sanctiati vestrae humilis et devotus orator vester frater fernandus Ambaxiator devoti filii vestri henrici rex castelle et legionis illustris*⁵⁷⁰. Se trata de fray Fernando con mucha probabilidad, ya que hace referencia a familiares suyos oriundos de Toledo como su familiar consanguíneo Diego Fernández de Illescas.

Parece ser que entre el 19 de octubre de 1411 y el 17 de octubre de 1415 estaba en la curia de Benedicto XIII⁵⁷¹. En ese arco, en 1414, se dieron las vistas de Morella, en las que se acordaron importantes decisiones respecto a la solución del Cisma, entre las cuales estaba la constitución de una comisión para el examen de la *via compromissi*, de la que formaba parte fray Fernando⁵⁷². Después de abandonar la curia aviñonesa, en marzo de 1416, fray Fernando estaba presente en la Corona de Aragón trabajando a favor de la renuncia de Benedicto XIII para facilitar la unión de la Iglesia en el Concilio de Constanza⁵⁷³, con lo que, al igual que otro personajes (como san Vicente Ferrer, del cual se puede decir que fue también confesor real), demostró ser un leal partidario de la legitimidad aviñonesa pero supeditó la fidelidad al bien global de la Iglesia. Su intervención debió ser entonces destacada, ya que en el 9 de marzo 1416, cuando el rey Fernando de Aragón se dirigió a Benedicto XIII para concertar un encuentro de cara a la resolución por la *via iustitiae* del Cisma, Fernando de Illescas fue elegido

⁵⁷⁰ ASV: Reg. Suppl., nº 94, f. 97r.

⁵⁷¹ VILLARROEL, 2006: 1288, n. 1440

⁵⁷² Vid. SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 70, n. 19. Jerónimo Zurita refiere: “Comenzó a tratar el rey de los medios que se proponían por lo de la unión de la iglesia con los de su consejo que se habían nombrado para este efecto, que eran don Juan de Tordesillas obispo de Segovia y los obispos de Zamora y Salamanca, el almirante de Castilla, fray Hernando de Illescas -que había sido confesor del rey don Juan de Castilla, padre del rey de Aragón- y fray Diego confesor del rey [de Aragón], de la orden de los predicadores, Berenguer de Bardají y Juan González de Acevedo” (ZURITA, 2003: lib. XII, cap. XLII)

⁵⁷³ A fecha de 9 de marzo tenemos la siguiente referencia: *Constitutis Paniscole in presencia d. n. pape reverendo patre d. P. archiepiscopo Terraconensi ac nobili viro d. Geraldo de Cervilione gubernatore Cathalonie et religioso viro domino fratre Ferdinando d'Yllischas ordinis Fratrum Minorum, qui se asseuerunt nuncior et ambaxiatores illustrissimi principis d. Ferdinandi regis Aragonum...* (FINKE, 1926: 538-539).

por el Pontífice a tal efecto para gestionarlo. En la *Supplicatio* se le presentaba junto a Alfonso de Aguilar y diversos prelados españoles⁵⁷⁴.

El 18 de junio de 1417 Llegó al Concilio de Constanza con el resto de los enviados. Figura como embajador junto a otros insignes castellanos, entre los que estarían Juan Rodríguez de Villalón, obispo de Badajoz y fray Luis de Valladolid, dominico licenciado en teología⁵⁷⁵ los cuales, como luego veremos, eran confesores del rey Juan II (al menos fray Luis fuera de toda duda). En este momento, fray Fernando es mencionado por el rey Juan II como “varón de eximia religión, de la orden los menores, confesor del difunto rey Juan, de ínclita recordación, nuestro señor, y consejero nuestro”⁵⁷⁶. Goñi afirma que “en el concilio, según parece, su figura pasó desapercibida”⁵⁷⁷. Aun así, su intervención en el Concilio fue lo suficientemente notable como para que en la trigésimo sexta sesión se hiciera mención honorífica de él, mencionándose el hecho de que era consejero y embajador del rey Juan II⁵⁷⁸.

2.3. ENRIQUE III:

Como hemos visto, Enrique III pudo heredar de su padre a fray Fernando de Illescas como confesor, aunque de haber sido así, hubo de ser por poco tiempo. Enrique *el Doliente* sería atendido, en una sucesión cronológica aproximada, por fray Alfonso de Aguilar (OFM, 1394-1403), fray

⁵⁷⁴ *Item quod persone deputande ad concordandum de loco securo, tempore cessionis, modo et numero personarum eligencium etc. nominarentur statim pro quaru electione per sanctitatem vestra fienda nominantur infrascripte* (FINKE, 1926: 535).

⁵⁷⁵ AGS, Patronato Real, c. 21, nº 9 nº 3 en VILLARROEL, 2006: 1.289

⁵⁷⁶ En Goñi, 1965: 184

⁵⁷⁷ Goñi, 1965: 184

⁵⁷⁸ “In Sessione XXXVI honorifice commemoratur frater Ferdinandus de Illescis, appellaturque Joannis Castellae et Legionis Regis Consiliarius et Orator, de quo nos alias saepe locuti sumus” (WADDING, 1932a: a. 1417, II, 485)

Alfonso de Alcocer (OFM, en torno a 1403 y 1405), fray Juan Enríquez (en torno a 1403-1405) y fray Juan de Ezcaray (OFM, en torno a 1398). Manuel Risco asegura por otro lado que el dominico fray Alfonso Pérez de Cusanza fue confesor de Enrique III⁵⁷⁹, así como Juan de Ribas⁵⁸⁰, pero nos parece que se equivocan. Ciertamente, el rey Enrique manifestó (como veremos) gran aprecio a este fraile, pues en su testamento le dejó una suma de dinero considerable y pidió para él una mitra episcopal. Pero dada la gran inclinación de Enrique III hacia la orden de los Hermanos Menores, así la falta de mayores evidencias documentales (que sepamos), nos hace pensar que no fue en ningún caso confesor de Enrique III. Sin embargo, no hay duda de su condición de confesor de Juan II cuando éste alcanzó la mayoría de edad, y por ello trataremos de él más adelante (§ 2.4.2.). Por último, es preciso señalar que Diego Ortiz de Zúñiga da una confusa noticia de Juan de Illescas, obispo de Sigüenza, como confesor del rey Enrique III, para el cual el monarca quiso se le proveyese, sin éxito, del arzobispado de Sevilla⁵⁸¹. A nuestro entender, debe tratarse de una confusión con fray Fernando, del cual era hermano, ya que no existe constancia de su condición de confesor y quizá, por un error del mencionado autor, se haya atribuido la condición de confesor de un hermano al otro⁵⁸².

⁵⁷⁹ RISCO, 2009b: 61

⁵⁸⁰ RIBAS, 1687: 98

⁵⁸¹ *Vid.* ORTIZ DE ZÚÑIGA, 1795b: 266-267

⁵⁸² Una relación de los principales datos de la biografía de Juan de Illescas puede encontrarse en VILLARROEL, 2006: 1.289

2.3.1. Los primeros confesores: Fray Juan de Ezcaray (OFM) y fray Alfonso de Aguilar (OFM):

Salvando el caso de fray Fernando de Illescas, fray Juan de Ezcaray quizá fuera el confesor que más tempranamente atendió al rey. Sabemos de él por un documento que lo menciona como tal. Se trata de una lista de pagos a miembros de la corte, y con fecha de 17 de julio de 1398 leemos: “En esta dicha villa miércoles xvii días del dicho mes, dy yo el dicho Pero Ferrándes, por mandado del Rrey, al obispo de Cádiz, su confesor, una sortija de plata dorada, que tiene una piedra, que dizen que es dobrete colorada”⁵⁸³. Quisiera expresar aquí mi agradecimiento a David Nogales y Laura Vegas que, de manera independiente, me dieron noticia de este documento. Gracias al mismo sabemos que este obispo de Cádiz fue confesor del rey. No obstante, una publicación reciente ha señalado también su condición de confesor a través de otras fuentes documentales, que lo sitúan en su condición de confesor todavía en 1403⁵⁸⁴. Había sido elegido obispo gaditano el 28 de julio de 1395, siendo maestro en teología así como sacerdote⁵⁸⁵, por lo que es muy probable que antes de obispo de Cádiz fuese ya confesor del rey, y quizá ésa fuera la causa de la designación como prelado. El 15 de diciembre de aquel año hizo el reconocimiento de las obligaciones de su predecesor en la sede de Cádiz, Rodrigo, ante

⁵⁸³ AGS: PTR, leg. 29, doc. 28, f. 513v.

⁵⁸⁴ “Por los años de 1403 era Fr. Juan de Ezcaray confesor de Enrique III de Castilla como se infiere de unos autos hechos ante él, entre la ciudad de Sevilla y Regimiento de Cádiz y el Clero de ella sobre cierto repartimineto, en que la ciudad pretendía había de contribuir” (vid. LÓPEZ, BARRIGUÍN, 2013: 456).

⁵⁸⁵ *Demum ad te ordinis fratrum minorum professorem magistrum in theologia in presbiteratus [sic] ordine constitutum* (ASV: Reg. Avin., nº 280, f. 72r). El resto del documento ofrece una información completamente protocolaria, y no nos sirve para conocer detalles reales sobre Ezcaray. Los pagos por el nombramiento episcopal y el reconocimiento de la autoridad apostólica se encuentran en ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol., nº 43, f. 161r. El texto, muy cercenado, se encuentra en EUBEL, 1904: 302, nº 902.

Benedicto XIII⁵⁸⁶. El 15 de diciembre de 1408 sería elegido otro obispo para sucederle, ya que había muerto para entonces⁵⁸⁷.

El siguiente confesor es fray Alfonso de Aguilar. Este franciscano aparece ya en 1394 en las dos grandes funciones por las que se destacó en relación a Enrique III: confesor y embajador, en un perfil que lo acerca a su coetáneo y hermano en la orden fray Fernando de Illescas. Así, el 18 de octubre de 1394 presentó en Aviñón un rótulo de súplicas, encabezado de la siguiente manera: *Rotulus fratris Alfonsi de Aguilar, confessoris et ambaxiatoris dil. filii vestri Henrici regis Castellae et Legionis*⁵⁸⁸. En dicho rótulo se pedían expectativas para Pedro Martínez de Herrera, estudiante y profesor de cánones en Valladolid. Precisamente, fray Alfonso sería maestro de teología en el convento vallisoletano⁵⁸⁹. La crónica de Enrique III refiere igualmente cómo el rey, en el año cuarto de su reinado (1394).

Se nos da de él una información muy precisa en una bula de Benedicto XIII, fechada el 1 de agosto de 1403:

Dilecto filio, Alfonso de Aquilari ord. fratr. Min. professori, licenciato in theologia. Dignum censemus es congruum etc. Cum itaque tu, cui nuper (accepto per nos, quod tu liberalibus artibus per plures annos studueras et quod per biennium logicam et philosophiam moralem per aliud biennium ac demum, effectus bacallarius, per biennium et demum, actu regens, in studio Palentin., theologiam pero aliud biennium legeras, actus scholasticos fieri consuetos laudabiliter exequendo), diligenti examine de idoneitate tua ac de vita et moribus informatione habitis, docendi licentiam in dicta theologiae facultate concessimus, adeo divina gratia in eadem facultate concessimus, adeo divina

⁵⁸⁶ ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol., nº 49, f. 96v.

⁵⁸⁷ EUBEL, 1913: 258

⁵⁸⁸ En BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: III, 354

⁵⁸⁹ CASTRO, 1972a: 220. Sobre este periodo de la diplomacia castellana, en la que estaba implicado fray Alfonso, *vid.* OCHOA, 1990: 227-229.

gratia in eadem facultate profeceris, quod honorem magisterii in ea suscipere meruisti; nos volentes te, qui carissimi in Christo filii nostri Henrici regis Castellae et Legionis illustris confessor existis, apud nos de religionis zelo, litterarum scientia, vitae ac morum honestate aliisque probitatis et virtutum meritis multipliciter commendatum, horum intuitu favore prosequi gratiae specialis, tuis in hac parte supplicationibus inclinati, tibi, ut in palatio dicti regis vel in provinciali capitulo dicti ordinis, ubicumque illud celebrari contingat, magisterii insignia et honorem in facultate praedicta (servtis tamen constitutione Viennensis concilii et aliis solemnitatibus servari in talibus consuetis) sub uno magistro in eadem facultate, quem ad hoc duxeris eligendum, in hoc sibi assistentibus saltem duobus vel tribus aliis in eadem facultate magistris, recipere possis a idem magister illud tibi impendere licite valeat, auctoritate apostolica tenore praesentium licentiam elargimur; non obstantibus etc. Datum apud Pontem Sorgiae Avinionen. dioec. kalendis augusti anno nono⁵⁹⁰.

Como vemos, en el documento se señala su condición de confesor del rey Enrique III, su amplia preparación académica así como su labor docente, que le capacitaría para recibir el magisterio. No es aventurado ver en esto la influencia del propio rey, o de fray Alfonso en calidad de embajador y confesor del mismo. Como vemos, el papa le concedía la posibilidad de hacer la prueba del magisterio en la corte o en el capítulo franciscanos, los ámbitos donde fray Alfonso se movería habitualmente y de los que no se podría ausentar dadas sus responsabilidades. Nos encontramos por tanto ante un franciscano de gran formación cultural y próximo al poder real. Estamos hablando del perfil de un verdadero *clérigo del rey* que gozaba de la estima del mismo y además tenía la preparación precisa para hacer valer la confianza en el buen desempeño de su cargo. Pero el perfil de este franciscano no se limita al de clérigo del rey, sino que

⁵⁹⁰ EUBEL, 1904: 319.

se extiende al de reformador. Así, el 15 de abril de 1413 Benedicto XIII escribía al arzobispo de Toledo mandándole que diese facultad a Alfonso de Aguilar para fundar en el distrito de Cabrera dos eremitorios donde viviesen los frailes menores. En dicho documento se establecen los límites donde se pueden llevar a cabo las fundaciones y la actividad (Uceda, Talamanca, Buitrago) y que los frailes puedan recibir limosnas. Además, se especifica que debían estar bajo la obediencia del general y provincial de Castilla, aunque fray Alfonso actuaba como vicario provincial en estas casas⁵⁹¹.

Alfonso de Aguilar también adquiriría gran peso dentro de su orden, cuando el 7 de febrero de 1414 Benedicto XIII expidió una bula nombrándolo provincial de Castilla hasta la celebración de capítulo en el que se eligiese del nuevo ministro provincial⁵⁹². Según Atanasio López “el gobierno de Fr. Alfonso de Aguilar debió durar poco tiempo, pues aparece luego como Provincial de Castilla Fr. Alfonso de Guadalajara”⁵⁹³. Las últimas noticias que de él tenemos giran en torno a 1416-1418 (cuando su regio penitente había ya muerto) en documentos en los que figura como maestro en teología, en documentos pertenecientes al convento de Santa Clara de Valladolid, siendo provincial de Castilla fray Alfonso de Guadalajara⁵⁹⁴.

⁵⁹¹ EUBEL, 1904: 380-381

⁵⁹² *Ib.*: 386

⁵⁹³ LÓPEZ, 1929a: 39

⁵⁹⁴ *Ib.*

2.3.2. Fray Alfonso de Alcocer (OFM) y fray Juan Enríquez (OFM):

Las últimas noticias que tenemos de Alfonso de Aguilar como confesor de Enrique III son de 1403. A partir de este momento encontramos en el confesionario real a fray Alfonso de Alcocer, también franciscano, precisamente para sustituir a fray Alfonso de Aguilar cuando éste fue nombrado provincial de Castilla⁵⁹⁵. Al igual que su predecesor, además de confesor, actuaría representando al rey como embajador con el fin de gestionar cuestiones referidas al Cisma de Occidente. En otoño de 1405 se encontraría en París junto a Fernando López de Ayala, donde debían conocer la posición del rey de Francia y hacer su propuesta, manteniendo a Enrique III al tanto puntualmente⁵⁹⁶. En ese momento defenderían la *via cessionis*, lo que fue bien acogido en la corte parisina y causó euforia entre los académicos de la Universidad de París, por lo que el rector de la misma, con dos maestros en Teología y una larga comitiva acudirían a la presencia de los embajadores castellanos para reverenciar al rey de Castilla, dar gracias a Dios por la propuesta y escucharla de sus propios labios⁵⁹⁷. Estos acontecimientos nos son conocidos, entre otras fuentes, gracias a las cartas de los propios embajadores, conservadas Archivo General de Simancas. En ellas aparece en primer término Pedro López de Ayala, y le sigue fray Alfonso, que siempre se intitula confesor⁵⁹⁸.

⁵⁹⁵ LÓPEZ, 1928b: 369

⁵⁹⁶ DÍAZ MARTÍN, 1988: 78. Un buen ejemplo de ello es la carta que transcribe Luis Suárez (SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 267-268), donde Pedro López de Ayala y fray Alfonso le refieren diversos acontecimientos que acaecían en Francia. Fechada a 5 de noviembre, todavía no habían llegado a París.

⁵⁹⁷ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 57

⁵⁹⁸ La primera carta comienza del siguiente modo: “[Pedro López de Ayala] e frey Alfonso vuestro confessor vuestros siervos e fechora e limosna dela vuestra merçed”, y termina con la firma de Pérez de Ayala y de Alfonso de Alcocer, que es *A[lfonsus] vestre serenitatis humillis servus et indignus confessor* (AGS: EST, leg. al1r; AGS: EST, leg. 1.1.2, nº 46, f. 1r)

Los embajadores debieron de regresar a Castilla en diciembre. Por lo menos el día 15 el duque de Borbón comunicaba su despedida a Enrique III⁵⁹⁹. Sin acabar este año la universidad de París envió representantes a Roma para instar a Inocencio VII a trabajar por la unidad. Enrique III demoró algo la embajada, pero acabó enviando a su confesor fray Alfonso de Alcocer, a Fernán López de Estúñiga y al doctor Alfonso Rodríguez (“embajada ésta que tiene todos los elementos formales de las grandes ocasiones con un clérigo, un caballero y un jurista”⁶⁰⁰). De camino, pasaron en febrero de 1406 por Savona⁶⁰¹, presentándose ante Benedicto XIII, con el encargo de instarle también a él a la renuncia al pontificado para solucionar el cisma⁶⁰². En junio se encontrarían en Viterbo para presentar al cardenal-obispo de Ostia la misma proposición⁶⁰³. En efecto, el cardenal de Florencia escribió una carta al rey de Castilla notificándole la recepción de la embajada y el mensaje de la misma. Refiere de este modo cómo recibieron la postura del Enrique III *per venerabilem [sic] Spectabilesque viros dominos fratrem Alfonsum de Alcozer ipsius serenitates confessorem, fernandum Lupi de Astinga militem et Alfonsum Roderici legum doctor*⁶⁰⁴. Ya de regreso, el 1 de julio, volvieron para despedirse de Benedicto XIII⁶⁰⁵. Por un documento fechado el 17 de dicho mes, Benedicto XIII acusaba la recepción de la embajada, en la que se menciona explícitamente a Alfonso de Alcocer como confesor⁶⁰⁶.

⁵⁹⁹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 58, n. 20

⁶⁰⁰ DÍAZ MARTÍN, 1988: 78

⁶⁰¹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 58

⁶⁰² VILLARROEL, 2006: 1.161, n. 6

⁶⁰³ *Ib.*

⁶⁰⁴ AGS: EST, leg. 1.1.2., nº 49, f. 1r.

⁶⁰⁵ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 58

⁶⁰⁶ *Carissimo in Christo filio Enrico Regi Castelle et Legionis illustri salutem, etc. Nuper de mense videlicet Aprilis proxime lapso per dilectos filios Alfonsum de Alcocerio ordinis fratrum minorum, Confessorem [suum], Ferdinandum Luppi de Aztenyega, militem, et Alfonsum Roderici, legum doctorem, Ambaxiatores tuos...* (el documento está íntegramente transcrito en López, 1928b: 370-373)

A finales de aquel año de 1406 Enrique III, *el Doliente*, moriría cristianamente truncando lo que parecía un buen reinado. Tanto era el aprecio que sentía por fray Alfonso de Alcocer que establecería en el testamento que fuese confesor de su heredero Juan II. Así lo recoge el mismo Lucas Wadding:

In testamento supradicto jussit summam quamdam pecuniare ministrari duabus amitis suis Agneti, et Isabellae Sororibus Monasterii sanctae Clarae Toletani, et satisfieri quibuscumque suis creditoribus, ac scripti testamenti dubia quaecumque explicari per supranominatos executores; statuit Confessarium suum fratrem Alphonsum de Alcocer Ordinis Minorum debere in eodem sacro munere inservire Joanni filio, in Regno successor⁶⁰⁷.

Fray Alfonso de Alcocer sería confesor del joven rey entre 1406 y 1410 cuando fue nombrado provincial de los Menores en Castilla. Al igual que su predecesor en el cargo, fray Alfonso de Aguilar, su designación como Provincial propició su salida del Confesionario, disponiéndolo así Catalina de Lancáster, la cual “temerosa de ofender a Dios, por no cumplir la voluntad de su marido, pidió al Sumo Pontífice le dispensase del cumplimiento de esta cláusula testamentaria y de las que se referían a la educación del Príncipe”⁶⁰⁸. Benedicto XIII absolvió a la reina de cualquier pena que se pudiera derivar de esta contradisposición al testamento de su difunto esposo⁶⁰⁹. Aquí transcribimos dicho documento de Benedicto XIII, fechado el 23 de julio de 1413:

⁶⁰⁷ WADDING, 1932a: 398

⁶⁰⁸ LÓPEZ, 1928b: 373

⁶⁰⁹ Transcrito en LÓPEZ, 1928b: 369-374

Venerabilibus fratribus Placentino et Segobiensi ac Mondonensi Episcopis salutem, etc. Summae devotionis affectus –quem Carissima- in Christo filia nostra Caterina relictæ claræ memoriae Enrici Regis Castellae et Legionis regina illustris ad nos et Romanam gerit ecclesiam non indigne meretur ut petitiones suas, illas praesertim quae animae suae salutem respiciunt a exauditionis gratiam admittamus. Exhibita siquidem nobis pro parte dictae reginae petitio continebat quod dudum praefatus Enricus Rex nocens in sua ultima voluntate testamentum, inter caetera in eodem testamento voluit ac etiam ordinavit, quod Carissimo in Christo filio nostro Johanni Regi Castellae et Legioni illustri, cui praefatam reginam matrem et Carissimum in Christo filium nostrum Ferdinandum Regem Aragonum illustrem tunc infantem Castellae patrum ipsius Johannis Regis tutores in eodem testamento dedit et etiam assignavit, dilectus filius Alfonsus de Alcocer ordinis fratrum minorum professor, confessor assignaretur; quodque praedictus Johannes Rex, qui tunc infanciam constitutus erat usque ad tempora pubertatis per venerabilem fratrem nostrum Paulum Episcopum Cartaginensem et nobiles viros Didacum Lupi de Astunega et Johannem de Velasco, milites, educaretur seu custodiretur, ac domus ipsius Regis gubernaretur seu etiam regeretur in locis et villis de quibus ipsi Episcopus et milites ordinarent, et quod si aliquis ipsorum ante aetatem legitimum dicti Johannis Regis forsan decederet, tunc de consensu et ordinatione praefatae Reginae et quorundam aliorum in eodem testamento deputatorum vel maioris partis ipsorum, alius in locum illius sic decedentis eligeretur et surrogaretur. Et insuper quod dilecta in Christo filia nobilis mulier Maria Enrici Regis et Caterinae praedictorum nata per dilectam in Christo filiam nobilem mulierem Mentiam de Astuneda nutrire- tur. Et nichilominus idem Enricus Rex in praefato testamento adiecit quod tutores predicti antequam tutorie huiusmodi administrationem inciperent exercere, iuramento firmarent se quidquid continetur in testamento praedicto servaturos, prout in eodem testamento plenius dicitur contineri.

Cum autem, sicut eadem petitio subiungebat, praefata Regina, quae iuxta ordinationem praedictam huiusmodi praestitit iuramentum, considerans quod praefati liberi sui apud ipsam cautius et securius custodiri, nutrirı et educari

possent, attendens insuper quod praefatus enricus Rex dictum Johannem regem astringere non potuit, ut ipse Johannes Rex certum confessorem haberet, et quod dictus Alfonsus a tribus annis cifra ad officium ministratus in provincia Castellae secundum morem dicti ordinis assumptus fuit, circa quod adeo occupatus est, quod non possit ut decet eidem Johanni Regi assisteret confessor, ex ipsis et certis aliis causis Johanni Regi assistere ut confessor, ex ipsis et certis aliis causis Johannem Regem et Mariam praefatos apud se nutriri et custodiri fecit, prout nutriuntur et custodiuntur etiam de praesenti, necnon eidem Johanni Regi alium confessorem et alterius ordinis assignavit, reatum periurii propterea incurrendo. Quare pro parte dictae Reginae nobis fuit humiliter supplicatum ut providere sibi de absolutionis beneficio a reatu huiusmodi; necnon iuramentum praedictum quoad praedicta de coetero observanda relaxare de benignitate apostolica dignaremur. Nos igitur huiusmodi supplicationibus inclinati, fraternitati vestrae, de qua in his et aliis specialem in Domino fiduam obtinemus, per apostolica scripta mandamus quatenus vos vel duo aut unus vestrum, si est ita, praefatam reginam ab huiusmodi reatu periurii hac vice auctoritate nostra absolvatis in forma ecclesiae consueta, iniunctis sibi promodo culpae paenitentia salutari, et aliis quae de iure fuerint iniungenda. Et nichilominus eidem reginae huiusmo iuramentum quoad praemissa duntaxat de coetero observanda eadem auctoritate relaxetis, sibique concedatis, ut ipsa Regina ad observationem dicit iuramenti praemissorum occasione minime teneatur. Voluntate, ordinatione et iuramento praestitio supra dictis et aliis contrariis non obstantibus quibuscumque⁶¹⁰

Como vemos, la reina decidió cambiar de confesor porque fray Alfonso no tenía la posibilidad de permanecer al lado del rey atendiéndolo como confesor. No obstante, podemos plantearnos si en realidad la reina, en su política de prevalecer sobre Fernando de Antequera y garantizar su poder sobre la persona del rey, su hijo, no hizo sino desplazar a un confesor por otro más de su agrado, cuestión que trataremos más adelante (§ 2.4.1.).

⁶¹⁰ Transcrito en el original latino en LÓPEZ, 1928b: 373-374

La sustitución de Alfonso de Alcocer o bien se debió a la necesidad sentida de que el rey estuviese debidamente atendido en el espíritu o bien a la reestructuración del personal cortesano de manera más acorde a los deseos de la reina madre. En cualquier caso, esto nos habla de la importancia otorgada en aquel tiempo a la figura del confesor como oficial de la casa real para el cuidado del alma del rey o como elemento de control sobre el mismo, aspecto muy debatido y que abordaremos en sí más adelante (§ 3).

- *Fray Juan Enríquez.*

Fray Juan Enríquez fue, como lo había sido fray Pedro López de Aguiar en el reinado de Pedro I, una cierta excepción. A diferencia de la gran mayoría de los confesores (de orígenes poco relevantes), provenía de la importante familia de los Enríquez, almirantes de Castilla. Este hecho sería sin duda de peso en la formación de este franciscano, si bien la notoriedad que alcanzó dentro de su orden no se debió necesariamente a ello, sino a sus méritos personales. En este sentido, su alto origen y su proyección en la orden franciscana y posteriormente en la corte pueden considerarse una mera concomitancia, y por tanto no hemos de atribuir su elección como confesor al hecho de pertenecer a una notable familia sino a sus aptitudes personales, aunque en definitiva parece bastante razonable pensar que dicho factor hubo de ayudar en lo que se refiere a su presencia en la corte. Lucas Wadding y Atanasio López lo consideran el confesor predilecto de Enrique III⁶¹¹. Sin embargo, lo cierto es que fue confesor del rey por un breve lapso de tiempo, no obstante lo suficiente para que el rey, en su

⁶¹¹ LÓPEZ, 1929a: 38

testamento, encargase que se solicitara al papa alguna mitra episcopal para este franciscano⁶¹².

La noticia más antigua que sobre él tenemos data de 1395, en el que aparece como visitador de las monjas clarisas de Toledo y Guadalajara, siendo a su vez custodio de Toledo⁶¹³. Esta labor de fray Juan debió ser por él muy querida, ya que se le hizo labrar un sepulcro en dicho monasterio, donde aún reposa. En esta época la documentación le identifica como debió de contar desde pronto con una sólida formación, ya que en su nombramiento como obispo de Lugo en 1409 figura como maestro en teología⁶¹⁴, lo cual, para las funciones que desempeñaría desde tiempo atrás, debía ser necesario. Wadding, para el año 1398, menciona a fray Juan Enríquez en su condición de confesor real, gozando según él de una especial predilección por parte del monarca y de su esposa Catalina de Lancáster⁶¹⁵. De ser así, compartía con fray Juan de Ezcaray dicha condición. En la bula pontifica por la que se le nombró obispo de Lugo en 1409 se le reconocía como *ordinis fratrum minorum professorem magistrum in Theologia*⁶¹⁶.

A estas alturas apreciamos una constante entre los confesores de Enrique III. Todos eran franciscanos, reformadores y además embajadores del rey. En efecto, al igual que fray Fernando de Illescas (si es que fue confesor del rey Enrique), Alfonso de Aguilar y Alfonso de Alcocer, encontramos a fray Juan Enríquez actuando, quizás, como emisario real en

⁶¹² NIETO, 1994: 143

⁶¹³ LÓPEZ, 1929a 40. La transcripción del documento que nos informa de esta labor se puede consultar en LÓPEZ; BARRIGUÍN, 2013: 504-516.

⁶¹⁴ EUBEL, 1913: 314

⁶¹⁵ *Henrici Castellae et Legionis Regis fuisse itidem Confessarium fratrem Joannem Henriquez, uti et genitoris Joannis fratrem Ferdinandum de Illescas, summoque affectu Henricum hunc, ac Catharinam conjugem Minorum Institutum fuisse prosecutos, scribunt illius gentis historici. Et quidem non parum Henrici erga eos propensionem hoc probabit Instrumentum, ante aliquot annos emissum* (WADDING, 1932a: a. 1398, III, 173).

⁶¹⁶ ASV: Reg. Avin., nº 332, f. 141r

una legación castellana que se presentó ante Benedicto XIII el 16 de febrero de 1403 asegurando la próxima prestación de obediencia⁶¹⁷. Dos años más tarde, el mismo Pontífice envió al ministro provincial una bula, el 11 de agosto de 1405, “dándole facultad para recibir un convento que pretendían fundar algunos piadosos bienhechores”⁶¹⁸. Ambas noticias (la embajada y la carta pontificia) pueden referirse a fray Juan Enríquez, el cual figura como Provincial en 1406. Es probable que lo fuera de algunos años atrás⁶¹⁹. Precisamente de ese año se conserva otra bula de Benedicto XIII en la cual éste le concede, a petición del interesado, poder designar otro religioso para sustituirle en el cargo de ministro provincial. La razón por la que pidió tal dispensa se debe a que “era confesor del rey de Castilla D. Enrique (*tu, qui ut asseris carissimi in Christo filii nostri Henrici regis Castellae et Legionis illustris confessor existis*), por lo cual tenía que entender en el arreglo de difíciles asuntos concernientes al bien de la Santa Sede de dicho monarca”⁶²⁰.

No obstante esto, siguió figurando como provincial en su inclusión como testamentario del rey de Castilla⁶²¹, así como en su condición de confesor del rey⁶²². Señala Wadding que Enrique III dejaba por testamentarios, entre otros, *et Minoritas duos, fratrem Joannem Henriquez, provinciae Castellae Ministrum, sibi a Confessionibus (quem in eodem munere praecessit frater Alphonsus de Aquilari) et fratrem Ferdinandum de*

⁶¹⁷ LÓPEZ, 1929a: 51.

⁶¹⁸ Vid. EUBEL, 1904: nº 991.

⁶¹⁹ LÓPEZ, 1929: 51

⁶²⁰ Vid. EUBEL, 1904: nº 1009

⁶²¹ “E para fazer e guardar e cumplir las cosas sobredichas, que son en cargo de mi ánima, e las que de yuso serán escritas, dexo por mis testamentarios a don Ruy López Dávalos, mi condestable e a don Pablo, obispo de Cartagena. chanciller mayor del dicho príncipe mi hijo, e a fray Juan Enríquez, maestre de la Orden de San Francisco” (*Crónica de Juan II de Castilla*, 1982: 29-30)

⁶²² En el testamento de Enrique III se hace mención a “Fray Juan Enríquez, Ministro Provincial, mi Confesor y del mi Consejo” (adiciones a la *Crónica del rey don Enrique tercero*, 1877: 269).

*Yllescas, sui Patris Joannis Regis Confessarium*⁶²³. Wadding señala asimismo en torno a las disposiciones testamentarias:

Narratque se Romam misisse praedictum fratrem Joannem Henriquez sibi etiam a sacris Confessionibus, et ab intimis Consiliis (uti ibidem recenset) ut de provisione quarumdam Ecclesiarum cum Pontifice pertractaret. Plures sibi substituisse Confessarios Minoritas, ex his tabulis, aliisque monumentis palam constat, nec quidquam praetermisisse, quo propensissimum erga Minores animum posset explicare. Hoc ejus Epitaphium, ex hispano idiomate traductum⁶²⁴.

Muerto el rey, la condición de fray Juan Enríquez como confesor real desapareció, a diferencia por ejemplo de fray Alfonso de Alcocer. No sabemos a ciencia cierta hasta qué momento siguió siendo ministro provincial de la orden en Castilla, pero la fecha límite hubo de ser el 2 de julio de 1409, cuando fue designado obispo de Lugo por Benedicto XIII⁶²⁵, que satisfacía de este modo la póstuma petición real. Por otro lado, sabemos que en torno a esta época era miembro del Consejo Real. Su designación episcopal ha sido interpretada por Óscar Villarroel como un intento del Papa de aproximarse a la corte castellana. Así, la elección de fray Juan Enríquez como obispo de Lugo, a la vez que elegía a Diego Bedán como obispo de Badajoz, es vista del siguiente modo:

Su elección no parece aleatoria, ambos tras la deposición contra Benedicto que había dictado el concilio de Pisa y la elección de Alejandro V, con lo que, dada la personalidad de ambos prelados, nos encontramos ante un

⁶²³ WADDING, 1932a: 398

⁶²⁴ WADDING, 1932a: 398

⁶²⁵ ASV: Rerg. Avin., nº 332, ff. 141-142r. Algunos datos y documentos de su pontificado en Lugo pueden verse en LÓPEZ, BARRIGUÍN, 2013: 516-521

intento de afianzar sus buenas relaciones con la corte castellana. En el nombramiento del primero de ellos nos encontramos ante un claro ejemplo de colaboración entre ambos poderes o de influencia regia en el nombramiento. Juan Enríquez había sido confesor de Enrique III, lo que le permitió acceder al Consejo Real. Además, fue un activo colaborador del rey en lo tocante a la reforma de la orden franciscana en Castilla, orden de la que fue ministro provincial. Tanto es así que el monarca, en su testamento, ordenaba que se suplicase al papa para que le entregase alguna sede, además era testamentario del mismo (uno de los tres eclesiásticos), lo cual indica cierta confianza también del rey. Con todo ello parece plausible pensar que la petición que Enrique había realizado en su codicilo medió en su nombramiento el 3 de julio como prelado lucense⁶²⁶.

Fray Juan Enríquez actuó el resto de sus días en la línea de un obispo reformador, y partidario de la sustracción de obediencia a Benedicto XIII y de la vía conciliar⁶²⁷. El 28 de noviembre de 1418 era designado un nuevo obispo para Lugo, debido a la defunción de fray Juan Enríquez⁶²⁸, el cual probablemente murió en Toledo, donde se hallaba en 1416 y 1417 gestionando cuestiones referidas a las clarisas toledanas, en cuyo convento probablemente se enterraron sus restos mortales en el sepulcro que aún hoy se encuentra en el coro⁶²⁹.

⁶²⁶ VILLARROEL, 2006: 99

⁶²⁷ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 83-84

⁶²⁸ EUBEL, 1913: 314

⁶²⁹ LÓPEZ, 1929a: 56

2.4. JUAN II:

El largo reinado de Juan II, así como todas las convulsiones del mismo, propiciaron que por el confesionario regio pasaran numerosos sacerdotes y religiosos que jugaron en la mayoría de los casos importantes papeles en la historia política y eclesiástica de la Castilla de aquel tiempo. Ya hemos visto cómo el primer confesor conocido de Juan II fue el franciscano fray Alfonso de Alcocer. Como dijimos, también se ha sugerido que fray Fernando de Illescas actuara como confesor del rey, siendo otro caso de penitenciario heredado, aunque dado que Enrique III prescindió de él en el tránsito del siglo XIV al XV, no parece probable. Si bien tanto Juan I como especialmente Enrique III no habían seguido la supuesta disposición de Enrique II de elegir confesor de entre los dominicos, en el reinado de Juan II encontramos una preponderancia de los mismos, salvo el caso del jerónimo fray Gonzalo de Illescas y, quizás, del franciscano Alfonso de Palenzuela, del que no hay duda que fue su predicador en la corte.

Esta preeminencia de los dominicos quizá se deba a una temprana impronta de Catalina de Lancáster. Como ya vimos, fue ella la que decidió sustituir al franciscano Alfonso de Alcocer por un nuevo confesor. Si bien no se sabe con certeza qué confesor escogió, todos los posibles frailes que conocemos pertenecían a la orden dominica: Juan de Morales, Juan Rodríguez de Villalón, Álvaro de Córdoba o Luis de Valladolid. El mencionado Alfonso Pérez de Cusanza pudo serlo también, pero parece más bien que éste fue escogido por Juan II tras la muerte de su madre y cuando alcanzó la mayoría de edad. Catalina de Lancáster, al llegar a Castilla, lo hizo acompañada de un confesor de un confesor carmelita, único

caso que encontramos en la corte castellana medieval⁶³⁰, en un documento que comentaremos más adelante (§ 5.2.3). Por ello, esta inclinación hacia confesores dominicos quizá responda a la asunción de la idea de Enrique II de que correspondía a los reyes castellanos tomar confesor de entre los Hermanos Predicadores, en cierta forma como una estrategia de legitimación.

En definitiva, siendo un niño cuando su padre murió, Juan II dependió mucho de los tutores y su entorno, también en lo que a la elección de confesor se refiere, si bien mostró sus preferencias personales cuando avanzó en edad. Por ello, vamos a comenzar a tratar sobre los confesores que, según parece, le vinieron dados al rey por influencia de su madre Catalina. Hay que decir que, salvo el caso de Luis de Valladolid y Juan de Morales, no existe evidencia documental fiable de la condición de confesor de los otros dominicos. Sin embargo, dados diversos indicios que iremos viendo, consideramos que es muy probable que fuesen confesores, y por tanto contamos con ello en el presente estudio. Por último, podemos señalar también que Thomas Rymer recogió en su colección un documento diplomático entre Inglaterra y Castilla en la que uno de los embajadores era *Johannis de Corral Sacrae Paginae Confessoris*⁶³¹. No obstante, nos parece que se trata de una errata y debía figurar *Sacrae Paginae Professoris*⁶³².

⁶³⁰ Así, Catalina de Lancáster se refería al *religioso viro fratri Johanni mepsale nacione Anglico ordinis fratrum beate marie et montecarmello professori confessorique meo* (ASV: A. A., Arm. D, nº 58, f. 1r). Dicho documento se refería al paso de la obediencia romana a la aviñonesa. Tendremos ocasión de comentarlo en § 5.2.3.

⁶³¹ RYMER, 1739-1741: vol. IV, pars IV, p. 165,

⁶³² NA Kew: E 30/436

2.4.1. Los confesores de la minoría de edad: fray Juan Rodríguez de Villalón (OP), fray Juan de Morales (OP), fray Luis de Valladolid (OP) y el beato Álvaro de Córdoba (OP).

- Fray Juan Rodríguez de Villalón.

Juan II tuvo, probablemente, en algún momento por confesores a dos clérigos del entorno de su madre: fray Juan de Morales y fray Juan Rodríguez de Villalón, ambos dominicos, si bien hay dudas sobre si fueron realmente confesores del rey o simples clérigos de su entorno. Puede que el primer confesor fuese fray Juan Rodríguez de Villalón, dominico y bachiller en decretos⁶³³, siendo uno de los eclesiásticos más destacados del primer periodo del reinado de Juan II. Si bien no hay duda de que fue capellán de la reina Catalina, Óscar Villarroel plantea serias dudas sobre su condición de confesor real⁶³⁴, dada la ambigüedad de las fuentes, si bien en las mismas se puede dar a entender que, en torno a 1417, era confesor de Catalina y de Juan II⁶³⁵. Luis Alonso Getino, que llevó a cabo una importante labor de recopilación documental, pero que resulta tan poco crítico en ciertas ocasiones, no duda de su condición de confesor de la reina Catalina en torno al año 1420, aduciendo evidencias documentales que no especifica, y que había sido además prior de san Pablo de Valladolid⁶³⁶. Después de nuestro trabajo de investigación nos parece razonable contemplarlo como confesor de la reina Catalina, dado que responde al perfil de confesor al servicio en tareas diplomáticas y políticas de otros

⁶³³ VILLARROEL, 2006: 1.074

⁶³⁴ *Ib.*: 1.079

⁶³⁵ *Vid. Ib.*: 1.447

⁶³⁶ *Vid.* ALONSO, 1916: 409

confesores de la misma época, y dado que los historiadores clásicos (si bien planteaban defectos en su metodología y crítica histórica) quizá contaron con documentación hoy perdida y por ello lo consideraron confesor real. Además, su proximidad al ámbito regio, y su perfil biográfico casa perfectamente con la prosopografía de los confesores reales. En este contexto, pensamos que la reina pudo escogerlo para confesor del rey Juan II en sustitución de fray Alfonso de Alcocer. Pero, como veremos, Juan de Morales fue maestro del joven rey, y quizá fue en él donde recayó dicha responsabilidad. En nuestra opinión, existía un vínculo entre ambos dominicos, que han sido confundidos habitualmente al suceder Morales a Villalón en la sede de Badajoz, y nos parece plausible el hecho de que Villalón confesase a Juan II y, dada su actividad como embajador, Juan de Morales lo susituyera. Seguramente, la reina no esperó a la dispensa pontificia para cambiar de confesor. Al contrario, parece que se pide en la misma la absolución por la posibilidad de haber incurrido en alguna irregularidad, con lo que Catalina hubo de desplazar muy pronto a Alfonso de Alcocer. En definitiva, Villalón puede ser visto como el primer confesor y Juan de Morales el sustituto cuando éste se ausentase y al que alude el documento de Benedicto XIII una vez que se obtuvo la dispensa. Sobre este punto volveremos a tratar al ver la biografía de Juan de Morales

La primera noticia de fray Juan se remonta a 1407. Ese año, la reina Catalina envió dos emisarios, Fernando García, prior de Medina, y Juan Rodríguez, prior de Husillos, “para manifestar su conformidad con el Pontífice y hacer ciertas peticiones, que no conocemos”⁶³⁷. Muerto el rey

⁶³⁷ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 59, n. 27

Enrique III, los regentes “apresuraron su reconciliación con Benedicto XIII” con esta embajada⁶³⁸.

Fray Juan R. de Villalón era uno de los principales colaboradores de la reina Catalina, a quien apoyaba en la regencia frente al infante Fernando de Antequera. Tal debía ser el aprecio de la reina por este hombre, que gracias a ella ostentó diversas dignidades eclesiásticas, como la de prior de Husillos. En efecto, tal cargo debió de recibirlo por influencia de la reina, ya que la misma le consiguió, para el año 1407, el deanato de Orense y un canonicato en la misma, así como un canonicato en Oviedo y el arcedianato de Gordón⁶³⁹. Dada tal acumulación de cargos y el ejercicio de la función de embajador de la reina, estamos ante un hombre de plena confianza de la regente. Ello nos hace pensar que en efecto fuese su confesor, aunque tampoco lo demuestra.

En diciembre de 1407 formaba parte de la legación castellana que negoció con la francesa en la ciudad de Valladolid⁶⁴⁰. Óscar Villarroel piensa que Villalón está detrás de estos éxitos diplomáticos castellanos, y dentro de los mismos del éxito de la reina Catalina⁶⁴¹. El 14 de abril de 1408, fue el encargado también de renovar en nombre de Catalina y Fernando de Antequera la alianza con Francia⁶⁴². Igualmente lo haría con Inglaterra el 4

⁶³⁸ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1964: 35

⁶³⁹ ASV, Reg. Av., 327, ff. 540v-541v, en VILLARROEL, 2006: 1.347

⁶⁴⁰ VILLARROEL, 2006: 1.347

⁶⁴¹ *Ib.*: 134

⁶⁴² *Et ego Johannes Roderici de Villalo Clericus Legionensis Dioecesis, Publicus Apostolica Auctoritate Notarius, Praemissis Tractatibus, Stipulationibus, Acceptationibus, Firmationibus, Executionibus, Promissionibus, Juramentis, Submissionibus, & Revocationibus, omnibusque aliis & singulis, dum sicut praemittitur agerentur & fierent, una cum infrascriptis Testibus ad hace vocatis specialiter & rogatis, videlicet, Reverendo in Christo Patr & Domino, Domino Johanne Episcopo Segobiensi [...]* [se citan a todos los presentes y participantes en el tratado que actúan en nombre de los regentes] *praesens interfui & de Mandato dictorum Dominorum Reginae & Infantis, Tutorum dicti Domini Regis, suorumque Regnorum Gubernatorum, hoc praesens publicum Instrumentum, me aliis arduis occupato Negotiis, aliena Manu fideliter scriptum, in publicam Formam redegi, Signoque meo signavi rogatus pariter & requisitus, in Fidem & Testimonium omnium & singulorum Praemissorum* (RYMER, 1739-1741: vol. IV, pars I, p. 146).

de enero de 1410⁶⁴³. Cuatro años después, el 1 de junio de 1414 volvería a confirmar la tregua con Inglaterra ya como embajador principal del rey⁶⁴⁴, al igual que en otro documento del 18 de abril de 1414, donde figura como embajador⁶⁴⁵ y que se reitera en otro fechado el día 27 de noviembre⁶⁴⁶. Ciertamente, aunque era embajador de Juan II, actuaba *De mandato dominorum Reginae et Regis tutorum etc. Iohannes Roderici*⁶⁴⁷. Se puede decir que en ese caso asistía no tanto como embajador sino secretario⁶⁴⁸.

Fray Juan fue enviado en 1409 ante el Papa y en 1411 a Portugal⁶⁴⁹. Su carrera eclesiástica alcanzaría su cénit a finales de 1415. el 18 de diciembre de ese año sería nombrado obispo de Badajoz, por un documento en el que consta que era arcediano de Gordón, en la diócesis de Oviedo⁶⁵⁰. Asimismo, era canónigo de Burgos, y el nombramiento como obispo vino de parte de Benedicto XIII, ya retirado en Peñíscola⁶⁵¹.

⁶⁴³ *Et Ego Iohannes Roderici de Villalo, Archidiaconus de Gordonio, dicti Serenissimi Principis Domini nostri Regis Castellae & Legionis Scriba, & Secretarius, Praesentes Literas, de Mandato dictorum Dominorum Reginae & Infantis, Tutorum suorum, ac Regnorum & Dominiorum suorum Rectorum & Gubernatorum, propria manu scripsi* (en RYMER, 1739-1741: vol. IV, pars I, p. 166).

⁶⁴⁴ *Iohannes dei gratia rex Castellae & Legionis. Universis et singulis presentes inspecturis et audituris salutem in domino sempiternam. Noveritis nos litteras Iohannis Roderici Archidiaconi de Gordonio dilecti secretarii. Lamentablemente, las siguientes palabras no se han conservado pues el documento está deteriorado. En el mismo documento, a su vez, se recoge otro: Noverint [...] quod ego Iohannes Roderici Archidiaconis de Gordonio Illustrissimi ac potentissimi principis [ilegible] Secretarius Ambassiator suis* (E 30/386).

⁶⁴⁵ El documento de la tregua resoge la referencia de que el documento que el rey de Inglaterra recibió estaba sellado *sub Sigillo Iohannis Roderici, Archidiaconi de Gordonio, praefati Nepotis nostri* [Juan II] *Ambaxiatoris, factas in haec verba: Noverint universi & singuli, praesentes Literas inspecturi & auduturi, quod Ego Iohannes Roderici, etc.* (en RYMER, 1739-1741: vol. IV, pars II, p. 74). En otro diploma confirmatorio de las alianzas con Inglaterra, fechado el 5 de noviembre de 1414, figura el nombre del embajador castellano y de *Iohanni Roderici* (NA Kew: E 30/385). Más arriba, se menciona al embajador castellano (*ambaxiator sive nuncius*) el doctor Juan. El mal estado del documento impide una lectura detallada, pero sería Juan Velázquez de Cuéllar.

⁶⁴⁶ *Inter, Serenissimos Principes & Dominos, Dominos Reges praedictos, per Johannem Roderici Archidiaconum de Gordonio, pro parte dicti Domini Regis Castellae* (RYMER, 1739-1741: vol. IV, pars II, p. 96).

⁶⁴⁷ NA Kew: E 30/386, como figura en uno de los pliegos del diploma.

⁶⁴⁸ En el tratado que Alfonso de Palenzuela firmó en 1467 en Inglaterra, como embajador del rey de Castilla, aparece en la misma posición en el diploma una expresión similar: *De mandato serenissimi regis* pero en este caso quien firma es un tal Juan *secretarius* (NA: Kew, E 30/528).

⁶⁴⁹ VILLARROEL, 2010: 798

⁶⁵⁰ EUBEL, 1913: 384

⁶⁵¹ ASV, Reg. Av. 328, f. 39r, en VILLARROEL, 2006: 1.347

Su labor diplomática continuaría un año después. El 24 de octubre de 1416 fue enviado como embajador a Constanza, junto a otros confesores como Fernando de Illescas o Luis de Valladolid⁶⁵². En esta época figura como capellán real⁶⁵³. Juan Rodríguez de Villalón, junto con otros (entre los que estaba el confesor de Fernando de Antequera, Alfonso de Argüello) se mostró reacio a retirar la obediencia a Benedicto XIII, de quien había recibido la dignidad episcopal⁶⁵⁴. No obstante, de camino al Concilio, pasó por Peñíscola en enero de 1417 para intimar a Benedicto XIII a la renuncia. Es en esta noticia donde podemos identificarle como confesor real. La misma nos viene dada en el documento de la Colección Gayoso de la Real Academia de la Historia⁶⁵⁵, en la que se habla de Juan Morales, emisario castellano a Constanza, que intima a la renuncia a Benedicto XIII, figurando como confesor real. Óscar Villarroel señala que ese tal fray Juan no podía ser aquél que tenía como apellido Morales, sino Rodríguez de Villalón⁶⁵⁶. Nos encontramos por lo tanto ante una situación ambigua, ya que o bien el documento se equivoca en el nombre del confesor (que en vez ser Juan de Morales era Rodríguez de Villalón) o bien en la persona. En este caso, Juan de Morales, confesor del rey, no sería el Juan del documento, que sería Rodríguez de Villalón, pero entonces éste no sería confesor, sino que dicha mención se debe a la errónea identificación con fray Juan de Morales. No obstante, hay una tercera posibilidad, y es que ambos hombres, llamados Juan, compartiesen el hecho de ser dominicos, obispos de Badajoz (primero Villalón y luego Morales, que le sucedió) y confesores reales que provenían del círculo de Catalina de Lancáster, y de ahí la confusión de ambos en la

⁶⁵² AGS, PTR, caja 21, nº 9, nº 3, en SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 88, n. 9

⁶⁵³ BELTRÁN DE HEREDIA, 1970: I, 257

⁶⁵⁴ ASV, Reg. Av., 328, f. 39r, en VILLARROEL, 2006: 175

⁶⁵⁵ *Vid.* VILLARROEL, 2006: 1.347

⁶⁵⁶ VILLARROEL, 2006: 1.347

noticia de la embajada a Constanza. En virtud de esto, es por lo que consideramos confesores reales a los dos en este estudio, como ya argumentamos más arriba.

Sea como fuere, nos parece que el fray Juan que acudió a Constanza fue Rodríguez de Villalón, y llegó al Concilio el 18 de junio de 1417 con el resto de los emisarios castellanos⁶⁵⁷. Su presencia tuvo cierta relevancia, ya que participó en el cónclave que eligió a Martín V y con el que se habría de concluir el Cisma de Occidente⁶⁵⁸. Sobre este punto, se ha dicho que el obispo de Badajoz Juan que participó en el mismo fue Juan de Morales. José Goñi, que estudió a fondo la intervención de los embajadores españoles en Constanza, indica que “suele afirmarse tradicionalmente que fray Juan de Morales, O.P., obispo de Badajoz, asistió como embajador de Castilla al concilio de Constanza, y tomó parte en el cónclave del 8 de noviembre de 1417; pero en realidad no fu él, sino su sucesor don Juan Rodríguez de Villalón”⁶⁵⁹. Lejos de simplificar la cuestión, estas palabras la complican. El problema es que, en lo que al obispado de Badajoz se refiere, fue al revés: Morales sucedió a Villalón en la sede pacense, con lo que Goñi o bien se equivoca en este punto o llama a uno con el nombre de otro, en cuyo caso Juan de Morales acudiría a Constanza. Parece ser lo primero a todas luces, ya que los datos que luego da sobre el emisario castellano corresponden a los de Juan Rodríguez de Villalón. Por ello, parece que el término “sucesor” es una mera errata, y quería decir predecesor, pues poco más adelante da el dato de que era obispo de Badajoz desde 1415, nombrado “por consideración a la reina Catalina de Lancáster”, indicando además que era

⁶⁵⁷ *Ib.*: 1.348

⁶⁵⁸ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 100, n. 49; FERNÁNDEZ, OLIVER: 494; OCHOA, 1990: 251.

⁶⁵⁹ GOÑI, 1965: 170-171

capellán mayor de Juan II⁶⁶⁰, detrás de lo cual podía esconderse la figura del confesor. Así, David Nogales, en su estudio sobre la Capilla Real en Castilla, plantea que pudo ser confesor de Juan II en esta época, y que lo sería de su esposa la reina María a la altura de 1420⁶⁶¹.

Podemos concluir que Juan Rodríguez de Villalón, capellán y confesor de la reina Catalina, de Juan II y de su esposa, fue el prelado pacense enviado a Constanza. Sin ánimo de complicar la situación, es posible que Juan Rodríguez de Villalón tomara parte en las sesiones del concilio y Juan de Morales en la elección pontificia. Pero esta posibilidad, aun factible, parece poco probable. El problema está en que las fuentes hablan de Juan, obispo de Badajoz, sin dar más detalles. Dado que Martín V eligió obispo de Badajoz a Juan de Morales el 13 de abril de 1418, toda mención previa (incluyendo el cónclave) ha de referirse a fray Juan Rodríguez de Villalón. Por ello concluimos que fray Juan de Morales no estuvo presente en Constanza y toda mención a Juan, obispo de Badajoz, se refiere a Rodríguez de Villalón.

Juan Rodríguez de Villalón aparece mencionado, en su calidad de obispo de Badajoz (y en primer lugar entre los peticionarios: *pro parte venerabilis fratris nostri Joannis episcopi Pacensis et...*⁶⁶²) en la bula de creación de la facultad de teología de Valladolid, cuestión de la que trataremos al hablar de fray Luis de Valladolid (§ 2.4.4). Por tanto, podemos considerar que la institución de la Universidad de Valladolid fue una recompensa dada también a Rodríguez de Villalón aunque fray Luis de Valladolid fue el principal artífice como luego veremos. Ésta no sería la única recompensa recibida por fray Juan. Dado que Juan de Villalón era obispo de

⁶⁶⁰ *Ib.*: 171

⁶⁶¹ NOGALES, 2009: 2.194

⁶⁶² ASV, Reg. Lat., nº 187, fol. 268v, en BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: III, 384

Badajoz, pero se ausentaba por su misión diplomática, el Papa prestó atención a las preocupaciones del obispo por su diócesis y, a petición de éste, escribió al obispo de Coria (García de Castronuño, también confesor de Catalina de Lancaster), para que tomase medidas en lo que se refería a la administración de la mesa del cabildo de Badajoz, el día 30 de enero de 1418⁶⁶³. El Papa recoge la preocupación de fray Juan Rodríguez de Villalón por el hecho de que había canónigos sin función precisa en la catedral o que se ausentaban de sus deberes y sin embargo percibían raciones. Por ello se encomendaba al obispo de Coria gestionar dicho problema y que fuese haciéndose cargo de las raciones de los canónigos que iban falleciendo y las administrase apropiadamente. Es interesante ver el triángulo de confesores de Catalina de Lancaster en torno al obispado de Badajoz, ya que Martín V encargó a García de Castronuño (también dominico) hacerse cargo de los problemas de la sede, probablemente a sugerencia del propio Rodríguez de Villalón. Es probable también que él mismo sugiriera al Papa el nombre de Juan de Morales como su sucesor en el obispado, o transmitiese la petición de parte de Catalina de Lancaster. Si bien no podemos llegar a interpretaciones más profundas, todo parece indicar que estos dominicos pertenecían al mismo círculo íntimo de la reina, lo cual tuvo su repercusión en la política episcopal.

El 16 de marzo de 1418 fray Juan R. de Villalón sería elegido obispo de la sede leonesa⁶⁶⁴. Ello fue resultado de los traslados resultantes de la elección como arzobispo de Sevilla de Diego de Anaya. La sede de Cuenca pasaría a ser ocupada por Álvaro Núñez de Isorna, y fray Juan le sustituiría en la de León. El 28 de marzo se obligaba al pago a la Cámara Apostólica

⁶⁶³ ASV, Reg. Lat., nº 191, fol. 22

⁶⁶⁴ EUBEL, 1913: 300

por su nombramiento y por el de su predecesor don Álvaro en la sede de Cuenca⁶⁶⁵. Risco señala, con las puntualizaciones arribas señaladas que Isorna sería obispo de León hasta 1419⁶⁶⁶, pero a la luz de estos nuevos estudios esto no parece posible. El sucesor en Badajoz sería, como hemos dicho hasta la saciedad, otro confesor, fray Juan de Morales.

Según Risco, fue uno de los obispos de León más dignos, e indica toda una serie de medidas en torno a préstamos y beneficios de la mesa episcopal⁶⁶⁷. Aquel año de 1418 moría Catalina de Lancáster, quien, como hemos visto, fue la que promocionó a este eclesiástico, de la que fue capellán y, probablemente, su confesor. Haciéndonos eco de las dudas sobre tal condición, decíamos al principio que Alonso Getino aducía evidencias documentales para situarlo como confesor de Juan II en torno a 1420⁶⁶⁸. Entre otros cita al Monopolitano, quien afirma que fue prior de san Pablo de Valladolid, lo cual resulta dudoso. Hemos de concluir por tanto que fray Juan Rodríguez de Villalón, si fue confesor de Juan II lo fue entre los años 1417 y 1420.

Lo cierto es que viene a ser considerado penitenciario del rey en un momento en el que se le encomienda una tarea junto a otro clérigo del que no hay duda que fue confesor de Juan II: Alonso de Cusanza, obispo de Orense. Ambos debieron acompañar a la esposa del monarca en 1421 a Ávila, adonde la enviaba después de haber escapado del cerco del Infante Enrique y huir él mismo a Talavera de la Reina⁶⁶⁹. De este modo, la reina iba escoltada por su confesor, fray Juan, y el confesor de su esposo, fray Alfonso. Es llamativo también que, del mismo modo que fray Juan fue

⁶⁶⁵ ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol., nº 58, fol. 16v

⁶⁶⁶ RISCO, 2009a: 59

⁶⁶⁷ *Ib.*

⁶⁶⁸ ALONSO, 1916: 409

⁶⁶⁹ VILLARROEL, 2006: 485-486

sucedido en Badajoz por un confesor real, lo fue también en León, y fue precisamente Alfonso de Cusanza el siguiente prelado leonés (*vid.* § 2.4.2). Nos parece que stos vínculos entre fray Juan Rodríguez de Villalón y fray Alfonso Pérez de Cusanza refuerzan la tesis de que fray Juan era confesor de Juan II en este tiempo. De ser así, fue un dominico del entorno de la reina que lo puso cerca de la persona del rey, y éste, bien por influencia de su madre o bien de libre voluntad, lo acogió como confesor y de ahí llegó también a confesar a doña María de Aragón. Del mismo modo, Alfonso de Cusanza era otro eclesiástico que ya en época de Enrique III estaba en el círculo íntimo de la Corte, lo que debió influir en su elección como confesor, al igual que el caso de fray Juan. Por todo ello, a falta de más evidencias documentales, estas concomitancias nos hacen pensar que fray Juan Rodríguez de Villalón era en efecto confesor del rey Juan II, habiéndolo sido (aun bajo la denominación de capellán) de la reina Catalina.

Podemos decir que, para 1422, la andadura política de fray Juan Rodríguez de Villalón había llegado a su fin. A partir de entonces, se volcaría en su labor como obispo de León. Ello no suponía necesariamente el cese como confesor ya que, tal como veremos al hablar de Pérez de Cusanza, éste pudo compaginar su labor como obispo legionense con la de confesor real.

Como obispo de León, se mostró como un prelado activo en la organización económica de la diócesis y en el engrandecimiento de la misma. Según Risco, “fueron tantas y tan singulares las mercedes con que este prelado favoreció y enriqueció a su iglesia en los cuatro primeros años de su presidencia, que, reunido el cabildo, se determinó de común acuerdo ofrecer por su alma varios sufragios, que se expresan en un estatuto que he

leído, el 24 de abril del año 1423”⁶⁷⁰. También se encargaría, por encomendación de Martín V, de hacer efectiva la devolución del realengo usurpadas por clérigos⁶⁷¹, así como por los infantes de Aragón⁶⁷². Ya había manifestado confianza en su criterio en Constanza, cuando le confió un caso de conciencia que había sido elevado a la Santa Sede. Así, el 5 de enero de 1418, Martín V le confiaba que revisase el caso de un caballero de Sevilla, Pedro *Affer* de Ribera, que estaba al servicio de Fernando de Antequera, y que había hecho un juramento en relación con asistencia a los pobres. Quizá debido a la imposibilidad de llevar a cabo lo que en principio de había propuesto, solicitaba la dispensa de dicha promesa. El Papa le encargaba a Juan de Villalón que revisase el caso y, si lo encontraba lícito, concediese la dispensa⁶⁷³. Este detalle muestra, a nuestro entender, la confianza personal que Martín V, en cuyo cónclave participó Villalón, tenía en este prelado, y que posiblemente se derivaba de su afinidad personal. Por otro lado, es una labor que podemos equiparar a la de un penitenciario apóstolico, lo cual nos habla a su vez de la competencia que Villalón tenía en los asuntos que implican la labor de confesor. Este es otro dato que nos inclina hacia la hipótesis de que fue confesor del rey.

Fray Juan Rodríguez de Villalón dejó buena memoria, como señalan las actas capitulares, quizá tanto por su celo y actuación como por sus donaciones⁶⁷⁴. Su testamento es para nosotros muy interesante, puesto que incluyen los libros que poseía y que nos habla de las fuentes con que

⁶⁷⁰ RISCO, 2009a: 60

⁶⁷¹ ASV, Reg. Vat., 372, ff. 245v-246v, en VILLARROEL, 2006: 108

⁶⁷² NIETO, 1994: 108

⁶⁷³ ASV, Reg. Lat., nº 191, fols. 78v-79r

⁶⁷⁴ Por ejemplo, dio dos candeleros de plata (AC León, nº 9.798, f. 64r). En junio de 1424 se pagaron trescientos florines de oro para las exequias “del mucho honrrado padre e señor don Johan, de buena e santa memoria cuya ánima Dios aya” (AC León, nº 9.800, f. 46v)

contó para su posible oficio de confesor real, y que trataremos más adelante (§ 3.2). Moriría el 28 de mayo de 1424⁶⁷⁵.

- *Fray Juan de Morales*.

El dominico fray Juan de Morales tuvo relación con Juan II desde la juventud del mismo. Rubio afirma que profesó en el convento de Santa Catalina “donde estudió Artes y Teología hasta obtener el grado de maestro⁶⁷⁶. Sigue afirmando que “la fama de su ciencia hizo que Enrique III se fijase en él para confiarle la misión de ser «maestro, enseñador y doctor» del príncipe de Asturias, luego Juan II, quien lo eligió más tarde para confesor suyo y de la reina doña Catalina, su madre”⁶⁷⁷. Aquí no parece estar acertado el autor, ya que fue designado maestro, junto a Gome Carrillo, por la reina Catalina de Lancáster, sustituyendo de este modo a Pablo de Santa María como maestros del joven rey, quizá por la vinculación del prelado burgalés a Benedicto XIII y su alejamiento de la Corte por obra de la reina madre⁶⁷⁸. Aquí podemos apreciar, por tanto, una maniobra de la reina que pone al cargo de la educación de su hijo a un clérigo de su entorno, cuestión a la que ya hemos aludido al tratar de la destitución de Alfonso de Alcocer como confesor de Juan II (§ 2.3.2). Del mismo modo, figura como confesor del rey Juan II y de Catalina para 1415⁶⁷⁹ (como el mismo Juan de Morales declaró en un documento posterior⁶⁸⁰, aunque Juan

⁶⁷⁵ VILLARROEL, 2006: 1.348.

⁶⁷⁶ RUBIO, 1972: 1.739

⁶⁷⁷ *Ib.*

⁶⁷⁸ VILLARROEL, 2006: 964, n. 52

⁶⁷⁹ *Ib.*: 1.071, n. 17

⁶⁸⁰ “y considerando otrosí las graçias, benefiçios, y considerando otrosí las graçias, benefiçios, y consolaciones espirituales, y corporales, que en el conuento, y del convento y Religgiosos, y profesos del monasterio de Santa Catalina de la mui noble çiudad de Jaen reçibimos. En la qual tomamos el hábito de la santísima Religión, y feçimos profesión. Por lo qual nos reçibiçió Dios en su serviçio, y después, la graçia

de Ribas afirma que ya era maestro y confesor del príncipe en 1410⁶⁸¹) y, con cierta probabilidad, para 1417, ya que “dado que le confunde con Juan Rodríguez de Villalón, diciendo que fue embajador en Constanza, es posible que este dato pertenezca a aquél”⁶⁸², cuestión que ya hemos tratado. Cabe plantear la hipótesis, por tanto, de que era confesor de la reina y ésta lo eligió para maestro y luego confesor del rey Juan II en el tiempo en el que fray Juan Rodríguez de Villalón ya venía desempeñando esta función, y la desempeñaría por más tiempo. No fue Juan II el que escogiera como confesor para él y para su madre a Juan de Morales (como plantea Rubio), sino a la inversa.

Creemos por tanto que fray Juan de Villalón y fray Juan de Morales compartieron la función de confesor, si bien quizá el segundo fue elegido, por la dispensa de Benedicto XIII que más arriba se ha transcrito, para el cargo oficial de maestro y confesor. En efecto, no hemos de buscar una exclusión entre los confesores. Como hemos visto en el caso de fray Fernando de Illescas, éste recibió el título de “confesor mayor”, por lo que el rey contaba con varios confesores a la vez. Esto se entiende por el hecho de que hombres como fray Fernando de Illescas y otros que hemos visto, se ausentaban largos periodos de la corte por las funciones diplomáticas o las funciones internas que desempeñaban en su orden, o también por sus obligaciones episcopales. Por ello, el rey debía contar con varios confesores. En el caso presente, es probable que fray Juan de Morales compartiera dicha función con fray Juan Rodríguez de Villalón (que, como hemos visto,

de Dios mediante, deprendimos artes liberales y teología, en tal manera, que por la gracia de Dios, y de nuestro Padre Santo Domingo, y con la doctrina, industria e información de los Padres del dicho convento y Orden, alcanzamos ciencia, por la qual fuimos llamado a ser maestro, y enseñador, y doctor, del muy magnífico, esclarecido e ilustre señor el Rey don Juan de Catilla y de León. Y fuimos asunpto a ser confesor Suyo, y de nuestra Señora la Reyna doña Catalina, madre del dicho Rey” (en SOLANO, 1932: 148-149)

⁶⁸¹ RIBAS, 1687: 98

⁶⁸² VILLARROEL, 2006: 1.323, n. 1.832

se ausentaba frecuentemente por sus misiones diplomáticas), o con otros confesores de los que luego trataremos, que son el beato Álvaro de Córdoba, fray Luis de Valladolid y fray Alfonso Pérez de Cusanza. Lo que no podemos saber a ciencia cierta es cuál de ellos fue el elegido para ser el confeso mayor, esto es, el sustituto concreto de fray Alfonso de Alcocer. Como hemos dicho, nos parece que hubo de ser fray Juan de Morales, ya que en la dispensa pontifica se alude a los cambios en el titular del confesionario regio y también de los maestros y tutores, cambio que recayó en fray Juan de Morales. Por otro lado, recordemos cómo en algunos casos precedentes, detrás del término *magister* o “maestro” parece incluirse (como ocurría a veces también en el término “capellán”) la condición efectiva de confesor (§ 1.2.), si bien no puede darse una identificación entre ambas funciones. No obstante, el caso de fray Juan de Morales pudo ser uno de aquéllos donde sí coinciden.

Por ello, cabe pensar que Catalina lo designó también como confesor del joven monarca en aquella ocasión, y dado que no parece que fue enviado al concilio de Constanza, hubo de permanecer junto al rey como confesor. No obstante, sí se le puede contemplar en misiones de tipo diplomático, pues Rubio indica igualmente que “su condición de persona de confianza del rey fue causa de que Juan II se sirviera de sus buenos oficios, confiándole difíciles misiones de paz ante la turbulenta nobleza, sobre todo ante la andaluza”⁶⁸³. David Nogales tiene una opinión parecida, e indica que “Juan Morales, confesor de Juan II, se encargaría de mediar en los conflictos nobiliarios, de una forma similar al papel que hubo de tener Mazuelo durante el reinado de Enrique IV”⁶⁸⁴. Frente a ello, O. Villarroel relativiza su

⁶⁸³ RUBIO, 1972: 1.739

⁶⁸⁴ NOGALES, 2008: 75

relevancia política. De hecho indica que “sobre Juan de Morales tenemos tan poca información que casi con toda seguridad podemos afirmar que la influencia de su tarea como maestro del rey en su carrera posterior fue prácticamente nula”⁶⁸⁵.

Como ya dijimos, el 13 de abril de 1418 fue elegido obispo de Badajoz⁶⁸⁶. Si bien el criterio cronológico parece suficiente para distinguirlo de Villalón (todo documento posterior a esta fecha se refiere a Morales) toda posible duda queda solventada en un documento emitido desde Constanza el 15 de mayo de 1418, en que el papa encarga que a Juan de Morales, electo de Badajoz (*Johanni de Morales, Electo Pacensis*) fuese entronizado como era debido de manos de un obispo católico, con la asistencia otros dos o tres prelados⁶⁸⁷. A propósito de esta elección de Morales como obispo de Badajoz, Óscar Villarroel escribe:

En este caso las razones hemos de buscarlas en su servicio muy cercano a la Monarquía, en concreto su actuación como maestro del rey-niño. También es digno de tener en cuenta el que fuese fraile dominico, lo que le podía dar una cierta importancia en cuanto a persona comprometida con una iglesia más volcada a la religión y menos al mundo; además, hay que mencionar que fue habitual el que se nombrasen obispos dominicos para diócesis fronterizas. Esto había sido normalmente para fronteras con el Islam, por la importancia que un obispo con experiencia en la predicación podía tener en tales comarcas, lo que no encajaría en una diócesis fronteriza con un reino cristiano como Portugal, por lo que parece más lógico pensar en un nombramiento más tendente a realizar una investidura de rasgos más religiosos que político-religiosos, aprovechando que con ello se podía favorecer a un clérigo cercano al rey⁶⁸⁸.

⁶⁸⁵ VILLARROEL, 2006: 473

⁶⁸⁶ EUBEL, 1913: 384

⁶⁸⁷ ASV: Reg. Lat., nº 187, f. 104v. El 3 de mayo ya había sido decidida su designación episcopal (ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol., nº 58, f. 19r)

⁶⁸⁸ VILLARROEL, 2006: 964

Anteriormente aludíamos a un posible círculo de dominicos confesores vinculados a Catalina de Lancaster en torno a la sede de Badajoz: García de Castronuño, Villalón y Morales. Las ideas de Villarroel son sumamente interesantes: la sede de Badajoz no parecía un destino apropiado a un prelado que buscara un beneficio mundano detrás de la elección, sino que era adecuado para un eclesiástico comprometido con su fe y su celo pastoral, de lo que los confesores reales, por lo general, daban muestras sobradas. A la idea de Villarroel queremos añadir aquí como factor importante la condición de confesor. Así, parece que Villalón y Morales debían de conocerse bien y ambos eran del círculo íntimo de la reina en calidad de confesores, por lo que en la sucesión en el obispado de Badajoz (como después la de Villalón por Cusanza en León, cuya presencia en la corte también venía de lejos) el hecho de ocupar ambos el confesionario real pudo ser un factor añadido a los que apunta Óscar Villarroel.

Su designación como obispo no le impedía encontrarse en la corte el 12 de septiembre de 1418, en Tordesillas, siendo elegido juez amigable entre Ruy Gutiérrez de Quijada, maestresala del rey, y el monasterio de Villalón, para un pleito de propiedades entre ambos, dicando una semana después, el 19, sentencia a favor de Guy Gutierrez, aunque se debía compensar con 13.000 mrs al monasterio⁶⁸⁹. En ese mismo año de 1418 visitó su diócesis no obstante⁶⁹⁰. La presencia de Juan de Morales en la corte quizá se justificara por el hecho de que seguía siendo maestro de Juan II. En un documento fechado el 7 de marzo de 1419 aparece en la inauguración

⁶⁸⁹ AC Ducal Alburquerque, 201, leg. 9, nº 3, en VILLARROEL, 2006: 1.323, n. 1.835

⁶⁹⁰ RUBIO, 1972: 1.739

de las Cortes de Madrid de 1419⁶⁹¹, donde figura como tal, así como en su condición de obispo⁶⁹². En septiembre de ese año estaba de vuelta en Badajoz, donde celebró un sínodo en Barcarrota⁶⁹³, si bien el 20 de febrero de 1420 aparece confirmando un documento de donación regia, con lo que tal vez estuviese de nuevo en la corte⁶⁹⁴.

Juan de Morales sería además un fiel servidor del rey en la diócesis de Badajoz. El 24 de mayo de 1433 Juan II ordenaba a Ferrán Sánchez de Badajoz entregar a fray Juan de Morales, obispo de Badajoz y su maestro, el castillo y la fortaleza de Gual de Abarcarrosa⁶⁹⁵. El encargo de hacerse cargo en este año de ciertas fortalezas tal vez se enmarque en la lucha con los infantes de Aragón⁶⁹⁶, y nos parece que resalta la confianza del rey en su maestro (¿confesor?) fray Juan de Morales y la relevancia política de éste, surgida a raíz precisamente de su función como maestro, si bien Villarroel limita su relevancia a cuestiones muy concretas⁶⁹⁷. De acuerdo con las noticias dadas por Eubel, Juan de Morales murió probablemente en 1443, siendo designado un sucesor para la diócesis de Badajoz en 1444⁶⁹⁸.

- *Fray Luis de Valladolid (OP)*:

Otro personaje del que no cabe duda de su condición de confesor de Juan II, y que por sí mismo tiene bastante importancia dentro de la historia

⁶⁹¹ PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a: 377

⁶⁹² RUBIO, 1972: 1.739

⁶⁹³ *Vid.* GARCÍA Y GARCÍA, 1990: 16

⁶⁹⁴ AC León, nº 1250

⁶⁹⁵ AC Ducal de Medinaceli, leg. 58, doc. 32, en VILLARROEL, 2006: 1.323

⁶⁹⁶ VILLARROEL, 2006: 474

⁶⁹⁷ “Como vemos es poco menos que nada. Su labor política fue prácticamente nula, y podemos pensar que se debió retirar rápidamente a su sede una vez que su labor hubo terminado. Acaso el dato de los coronados sea una muestra de gratitud por parte del monarca, pero nada más sabemos al respecto. Sin duda, para él, bien fuese por deseo propio o por olvido del rey, ser maestro regio le sirvió aparentemente para poco” (VILLARROEL, 2006: 474)

⁶⁹⁸ EUBEL, 1914: 209

de la Orden de Predicadores en España es fray Luis de Valladolid. Oriundo de esta ciudad, estaba emparentado con los linajes dirigentes de la misma y profesó en la Orden de Predicadores en el convento de San Pablo⁶⁹⁹.

De ahí podemos deducir que nacería en torno a 1385. La cronología de su formación que dan los autores resulta confusa. C. Palomo acierta a situarlo en Toulouse en 1403⁷⁰⁰, pero Martínez Casado, para esa misma fecha, afirma que había concluido su formación y era prior de San Pablo⁷⁰¹.

Conocemos su *curriculum vitae* gracias a una carta pontificia que recogió Beltrán de Heredia en su *Bulario*, fechada el 25 de febrero de 1412 y dirigida al canciller de París con el fin que admitiese a fray Luis a la prueba facultativa para obtener el grado de maestro⁷⁰². Como se dice en el mismo documento el Papa señala que lo hace a petición del mismo fray Luis, y detalla dónde y por cuánto tiempo ha ido pasando los diversos cursos académicos requeridos para obtener el magisterio. Si el documento está fechado en 1412, podemos fijar una cronología aproximada. Fray Luis de Valladolid comenzaría sus estudios de lógica en su ciudad natal (1399/1400). Contando con que éstos fueron sus primeros estudios, y que los jóvenes destinados a los estudios universitarios comenzaban a estudiar entre los trece y quince años de edad, podemos pensar que nació en torno al año 1385.

Desde sus primeros estudios vallisoletanos, y siguiendo la relación del documento papal, su formación académica seguiría los siguientes pasos: filosofía (1401-1403) y teología (1403/1404) en Valladolid; teología en Toulouse (1404/1405) y París (1405/1406). Finalizada su formación, sería

⁶⁹⁹ MARTÍNEZ CASADO, 2014

⁷⁰⁰ PALOMO, 1972b: 2.709

⁷⁰¹ MARTÍNEZ CASADO, 2014

⁷⁰² ASV, Reg. Lat., 156, ff. 110-111, en BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: nº 1.438, t. III, 372

prior de San Pablo de Valladolid entre 1406 y 1410, y después leería en el mismo convento las *Sentencias* durante dos años (1410-1412). No parece por tanto acertada la cronología de algunos autores, que lo situaban en Toulouse en 1403⁷⁰³, o lo hacían prior de San Pablo para ese mismo año⁷⁰⁴.

En 1412 (o quizá 1411, retrasando por tanto algo la cronología de todo el *curriculum* de fray Luis, pues no es posible saberlo con precisión) se encontraría de nuevo en París, habiendo obtenido del maestro general de la Orden la licencia para leer el libro de las sentencias (*legendi dictum librum sententiarum Parisius a magistro generali praefati ordinis licentiam obtinuit specialem*). Dada la falta de reconocimiento oficial de su capacitación, es por lo que recurría al Papa para acceder a la facultación académica. Debemos pensar que fray Luis obtuvo el título de maestro, pues la documentación pontifica posterior se refiere a él de esta manera (... *magistri in theologia Parisiensi*⁷⁰⁵) y la documentación castellana con el término de *licenciado*⁷⁰⁶, lo cual puede ser equivalente, ya que el *magister* era aquél que había obtenido la *licentia ubique docendi*⁷⁰⁷. Sin embargo, en el trabajo de Thomas Sullivan sobre los licenciados en teología en la Universidad de París entre 1373 y 1500 no se recoge referencia alguna a Luis de Valladolid⁷⁰⁸. No sé en base a qué fuente Luis Alonso Getino afirmaba que en el curso académico de 1412/1413 enseñó teología en París, sucediendo “al gran Capreolo en la enseñanza”⁷⁰⁹, el cual sí figura para esa época (1411) en las fuentes que utiliza Sullivan⁷¹⁰. De todos modos,

⁷⁰³ PALOMO, 1972b: 2.709

⁷⁰⁴ MARTÍNEZ CASADO, 2014

⁷⁰⁵ En BELTRÁN DE HEREDIA, 1970: III, 384

⁷⁰⁶ AGS: PTR, caj. 21, nº 9, nº 3, en VILLARROEL, 2006: 1.376, n. 2.395

⁷⁰⁷ RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, 2014

⁷⁰⁸ SULLIVAN, 2004

⁷⁰⁹ ALONSO, 1916: 407

⁷¹⁰ SULLIVAN, 2004: 121

en el manuscrito del fondo *Palatini Latini* de la Biblioteca Apostólica Vaticana, donde se recoge su discurso de llegada al Concilio de Constanza, Luis de Valladolid es considerado como *Magister in Theologia Parysiensis*⁷¹¹.

No obstante, no parece haber duda de que fue profesor de teología en París (queda sin resolver si en el convento dominico o en la propia facultad de teología) y que obtuvo el grado de maestro en teología. Es probable que permaneciese en París hasta 1416, como sugiere C. Palomo⁷¹².

Después de culminar su carrera como profesor de teología, volvió a Castilla. Los distintos historiadores señalan que sería nombrado confesor del joven Juan II a su regreso, en 1415 o 1416. Luis Alonso Getino dice que fue “llamado a España con el cargo de confesor”⁷¹³, con lo que atribuye al nombramiento la causa de su regreso a Castilla. Martínez Casado señala no obstante el que pudo ser el verdadero motivo de su regreso: su elección como provincial de los dominicos de Castilla⁷¹⁴. Sin embargo, no parece que ocupase dicho cargo hasta 1419 como veremos. Por lo tanto, el periodo de su vuelta a Castilla y nombramiento como confesor es confuso. Es aventurado pensar que volvió porque el rey (o más bien su madre) le había nombrado confesor. Es de hecho difícil saber si este nombramiento se dio para este momento, ya que no hay evidencia documental directa que lo pruebe, aunque José Goñi así lo piensa⁷¹⁵. Podemos concluir, a falta de más datos, que a su vuelta a Castilla, en 1415 o 1416 fue nombrado confesor del rey, y esto hubo de ser a instancias muy probablemente de Catalina de Lancáster.

⁷¹¹ BVA: Pal. Lat., nº 593, fol. 324v

⁷¹² PALOMO, 1972b: 2.709

⁷¹³ ALONSO, 1916: 407

⁷¹⁴ MARTÍNEZ CASADO, 2014

⁷¹⁵ GOÑI, 1965: 265

En el hipotético caso de haber sido nombrado confesor en este tiempo, el desempeño del cargo sería breve, pues el 24 de octubre de 1416 era nombrado embajador para acudir al Concilio de Constanza⁷¹⁶. Es difícil saber cuál fue el papel concreto jugado por cada uno de los embajadores en el concilio. Sin embargo, en el caso de fray Luis tenemos ciertas noticias que nos permiten hacer algún tipo de valoración. En primer lugar, existe una mención honorífica en la sesión XXXV. En dicha ocasión otro emisario de la legación castellana procedió a leer los documentos en lengua romance, lo que suscitó la desaprobación en el común de los padres conciliares. En ese momento Luis de Valladolid intervino y tradujo de manera improvisada el discurso a la lengua latina “con verdadero alarde de elegancia”⁷¹⁷. Lo cierto es que fue fray Luis debía tener buenas facultades oratorias, no sólo por este hecho, sino porque fue a él a quien se le encomendó el discurso de apertura de la legación castellana y que debió pronunciar el 18 de julio de 1417 ante los padres conciliares⁷¹⁸. El discurso (del que se conserva copia en el Vaticano y en la Biblioteca Estatal de Munich, cuya copia me facilitó María Ángeles Martín Romera, y a quien quiero expresar mi agradecimiento) es extenso, y se explaya en reflexiones generales sobre el drama de la división de la Iglesia, la necesidad de recuperar la unidad y la autoridad de los padres conciliares a tal efecto, así como la necesidad de la reforma eclesiástica. Fray Luis también se detuvo en indicar los hitos de la diplomacia castellana en la cuestión del Cisma⁷¹⁹

⁷¹⁶ AGS, PTR, caj. 21, nº 9, nº , en VILLARROEL, 2006: p. 1.376, n. 2395

⁷¹⁷ ALONSO, 1916: 407-408

⁷¹⁸ Así lo expresa el propio manuscrito: *Explicit Sermo seu propositio quam in Concilio generali Constanciensi fecit frater Ludwicus de Valleleti Ordinis fratrum predicatorum Magister in Theologia parysiensis unus ex Ambasiatis illustrissimi domini Regis Castelle et legionis Decima octava die Mensis Junii in qua oratorum et Ambasiatorum predicti domini Regis fuerunt uniti cum Constanciensi Concilio et Substraxerunt obedienciam etc. Anno domini Mº ccccº decimo septimo* (BVA: Pal. Lat: Mss. 593, f. 324v)

⁷¹⁹ *Nam manifestum est ac celebri ac clamacione vulgatum quod super facto scismatis recolenti memorie dominus Johannes quondam Rex castelle celebrissima in Hyspania inierit consilia advocans ad suum*

en los que, como ya hemos visto, estuvieron involucrados otros confesores reales.

Martín V recompensaría a fray Luis por su intervención en la solución del Cisma, y de esta manera quiso agradecerle su labor (*in recompensatione laborum predictorum*) con la concesión de una renta anual de 150 florines de oro, a fecha de 6 de julio de 1418⁷²⁰. Pero las recompensas mayores fueron otras. fray Luis de Valladolid respondía al perfil de un intelectual universitario, profesor en París. Asimismo, era un destacado dominico castellano. Por ello sería considerado óptimo candidato para ser elegido por el Papa (en lo que Martínez Casado llama la bula *Fructuosa*⁷²¹, fechada a 6 de febrero de 1418, que recoge Beltrán de Heredia⁷²²) decano de la nueva

regnum ex utraque obediencia viros solempnissimos prelatos scilicet et magistros in Theologia et doctores egregios et specialiter de clarissima matre nostra universitate parisyensi et de notabili studio Bononiensi ut patuit in declaratione facta in Castella in villa Metinensis Anno domini Millesimo tricentesimo octuagesimoprimo. Clarum eciam est quod digne memorie dominus dicti Regis Johannis filius quondam Rex Castelle per extirpacionem scismatis a unione ecclesie sepe sepius et sepissime per totam christianitatem destinavit legaciones solempnes ad diversos principatus et regna ad [...] et ad famosissimam matrem nostram universitatem parysiensem [...] dominus christianissimus et gloriosus dominus meus Joannes dei gratia nunc rex Castele et legionis, et Serenissima domina mea domina Katherina Regina ac mater eius ac suorum gubertnatrix Perpinianem et Narbonam suos notabiles ambasiatores ad tractandum et ordinandum cum Serenissimo Rege Romanorum et christianissimo rege Aragonum et aliis principibus modos et vias quibus reiecto pestifero scismate sancta mater ecclesia unico vero et indubitato uniretur pastore et nunc ultimo ad hoc sacrum Constanciense Concilium predictorum omnium consumacione felici hos presentes miserunt Ambasiatores prelatos Nobiles ac egregios doctores ad cuius ambasiatie ordinacionem expedicionem (BVA: Pal. Lat: Mss. 593, ff. 318v-319r)

⁷²⁰ ASV: Reg. Vat., nº 352, ff. 128v-129, en VILLARROEL, 2006: 1.376. No obstante, según el editor anónimo de la Chronica de fray Luis de Valladolid, se le habría adjudicado el doble en un documento que transcribe: *Motu proprio concedimus Dilecto Filio Fratri Ludovico de Valleoleti O. P. in Sacra Theologia Magistro Parisiensi Ambaxiatori Ill.mi Principi et D.ni Iohannis Castellae et Legionis praeclarissimi ac Nostri Dilecti Filii quatenus in recompensatione laborum quos pro bono S. Matris Ecclesiae et extirpatione schismatis in Sacro Concilio Constantiensi substinuit, ad subsestantionem possit habere et levare ac in suos usus convertere duas partes tertiae partis fructuum redditum et proven. decim. et deputatorum fabricae Ecclesiarum quae vulgariter tertiae nuncupantur, villarum et locorum Archid.tus de Campis et Arch.pbratus de Valtanas, Palentinae Dioecesis usque ad summam CCC florenorum auri de Camera, et hoc donec sibi per Nos aliter fuerit provisum realiter et cum effectu. Ita quos nostrae provissionis actualem et plenam habeat possessionem, non obstantibus quacumque vel quibuscumque concessione vel concessionibus facta vel fienda, factis aut fiendis Serenissimo Domino Regi Castellae et Legionis per Sedem Apostolicam genetaliter de tertiis in Regnis et Dominiis suis, per quas quidem concessiones isti nullatenus derogetur cum non obstantibus et clausulis opportunis ac executione (en VALLADOLID, 1932: 728). Depués, el mismo editor alude al documento del 6 de julio.*

⁷²¹ MARTÍNEZ CASADO, 2014

⁷²² En BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: III, 384-386

facultad de teología del Estudio General de Valladolid, que se constituía a su vez en Universidad. Es difícil saber si ya se podía considerar con anterioridad universidad o simplemente un *Studium Generale*, dado el uso ambiguo de ambos términos en muchas ocasiones. Luis E. Rodríguez-San Pedro indica cómo en el caso de Castilla la constitución de las universidades dependió enormemente de las concesiones pontificias, en un discurso general que se aplica perfectamente al caso de Valladolid⁷²³. La decisión pontificia de crear esta nueva institución respondía a la petición hecha por los emisarios castellanos. Se nombra en primer lugar a Juan, obispo de Badajoz, que, como hemos visto, era también confesor real. Después se menciona a Fernando Pérez de Ayala y Martín Fernández. El siguiente peticionario citado es precisamente Luis de Valladolid. Todos ellos indicaron al papa que ya existían facultades de derecho civil y eclesiástico, así como de medicina y de artes, y que “desean y se afanan por que se instituya y exista una facultad de teología en dicho Estudio para el crecimiento de la fe y la formación del pueblo de las mismas tierras y reinos”⁷²⁴. Asimismo, solicitaron que se instaurase tal universidad y facultad de teología en Valladolid.

El Papa decidió entonces conceder aquello que se pedía, y estableció que los estatutos, cursos y costumbres fuesen similares a los de la Universidad de París, que tan bien conocía fray Luis. Luego se detalla la organización y estructura de la universidad, así como el sistema de concesión de títulos. Después de todo ello, el Papa indica que para llevar a feliz término este empeño de los embajadores y del conjunto de los

⁷²³ RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, 2014

⁷²⁴ *Et studium dictae theologiae facultatis pro fidei christianae augmentum eruditioneque populi regnorum et partium ipsarum ampliori institui et existere desiderant et affectant* (en BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: III, 384).

habitantes del reino, designa a Luis de Valladolid prior y maestro decano de la nueva facultad de manera vitalicia, a ser sucedido tras su muerte por uno de los maestros de la nueva facultad⁷²⁵. Además, tomó medidas para el cumplimiento de lo dispuesto, y escribió al obispo de Palencia a tal efecto, amenazando de excomunión a quienes obstaculizasen esta obra⁷²⁶. C. Palomo habla de una bula de designación fechada el 8 de junio de este año⁷²⁷. No sabemos si el autor se basa en otro documento. De ser así, habría otra evidencia que refuerza lo que ya sabemos.

La creación de esta facultad y universidad estaba, desde nuestro punto de vista, en íntima conexión con el espíritu de reforma de la Iglesia. Como se dice en el propio documento (y no hay que pensar que de manera meramente formal) se instituía la universidad y facultad de teología para el aumento de la fe y la instrucción del pueblo cristiano. Ello respondía a la necesidad de renovación cultural que ha acompañado siempre a la Iglesia en su espíritu de reforma. Como veremos, el ímpetu reformista de otros confesores también se dirigió a la renovación cultural que era necesaria (Lope de Barrientos, Alonso de Burgos, Francisco Jiménez de Cisneros...). La creación de la Universidad de Valladolid está relacionada con el *alma mater* de fray Luis, que es el convento de San Pablo. De hecho, obtendría del Papa “una doble escuela agregada a la Universidad para los dominicos de España y de Portugal, en el convento vallisoletano de San Pablo. Y para este convento, la concesión de indulgencia plenaria en la hora de la muerte para

⁷²⁵ *Et insuper ut vota ambassiatorum regis et incolarum regnorum et partium praedictarum eo felicius deducantur ad effectum, ex nunc dilectum filium Ludovicum de Valleoleti ord. fratrum praedicatorum professorem ac in eadem theologia magistrum Parisien. in eodem studio auctoritate apostolica incorporamus, ac ipsum priorem et decanum magistrum et facultati et ejusdem theologiae in dicto studio de villa Valleoleti quandiu vixerit, et post ejus obitum antiquiorem magistrum in hujusmodi facultate theologiae studii villae Vallisoleti praedictae instituimus et etiam ordinamus* (ASV, Reg. Lat., nº 187, fol. 268v, en BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: nº 1454, t. III, 385-386).

⁷²⁶ ASV: Reg. Lat., nº 187, f. 257. El documento está fechado en Constanza, el 30 de diciembre de 1418.

⁷²⁷ PALOMO, 1972b: 2.710

todos los religiosos presentes y futuros y para treinta y tres familiares y amigos”⁷²⁸. Pasaremos a continuación a ver que fray Luis se afanaría por la reforma de la Orden de Predicadores en España, y la encumbración de San Pablo como centro cultural era intrínseca a esta reforma. De hecho, en el discurso pronunciado ante la asamblea de Constanza, habló de la necesidad de, primero, pasar de la división y tribulación a la pacificación y la unión, para terminar llevando a cabo la reparación y la reforma (*reparacioni et reformationi*)⁷²⁹.

Precisamente en Constanza Luis de Valladolid conseguiría del Papa otras concesiones relacionadas ahora ya directamente con la Orden de Predicadores. El día anterior a la constitución de la facultad de teología de Valladolid y de fray Luis como su decano vitalicio, el dominico conseguía dos importantes concesiones pontificias (esto es, 5 de febrero de 1418). Por un lado, un hecho de enorme trascendencia que analizaremos a continuación: la división de la Provincia dominica de España⁷³⁰. Ese mismo día, el Papa dirigía un documento al provincial y frailes dominicos de España (*Martinus etc. Dilectis filiis priori et fratribus ordinis predicatorum provincie hispanie...*⁷³¹). En él señala cómo recibió las súplicas de Luis de Valladolid, embajador del rey de Castilla en el Concilio (... *dilecti filii Ludovici de Valleoleti eiusdem ordinis ac sacre Theologie professoris per Carissimum in Christo filium nostrum Johannem Regem Castelle et Legionis Illustrem ad nos et generalem Synodum Constantiensem Ambaxiatoris destinati supplicationibus...*⁷³²). Se señala en el documento que los dominicos tienen

⁷²⁸ MARTÍNEZ CASADO, 2014

⁷²⁹ BVA: Pal. Lat: Mss. 593, f. 305r

⁷³⁰ VILLARROEL, 2006: 1.376, n. 2.404. Una relación de documentos originales sobre esta cuestión se halla en VALLADOLID, 1932: 729.

⁷³¹ ASV: Reg. Lat., n.º 191, f. 248v-249r

⁷³² *Ib.*, f. 248v

escasas casas y lugares. Dada la prohibición establecida por Bonifacio VIII de fundar nuevas casas sin expresa autorización pontificia, Martín V autoriza a nuevas fundaciones sin un trámite particularizado para cada una, siempre respetando la autoridad episcopal pertinente⁷³³.

Fray Luis de Valladolid volvía con tres medidas importantes para llevar a cabo la reforma que en el siglo XIV comenzara Raimundo de Capua, y que sin embargo era tan indecisa en los diferentes generalatos de principios del siglo XV como ha mostrado Beltrán de Heredia⁷³⁴. De hecho, este autor no menciona a Luis de Valladolid como secundador de la iniciativa del beato italiano (sí señala a Álvaro de Córdoba, otro confesor real del que trataremos a continuación), pero lo cierto es que es indudable un espíritu de reforma en el dominico vallisoletano. En efecto, había conseguido tres medidas: el engrandecimiento del Estudio de Valladolid, el permiso pontificio para fundar nuevas casas y la división de la Provincia de España.

Luis de Valladolid sería elegido de nuevo provincial en 1419, si es que lo había sido antes de acudir a Constanza, como ya hemos visto que plantea Martínez Casado. Su iniciativa de dividir la provincia en tres menores fue ampliamente contestada. Algunos historiadores se hacen eco de la hipótesis de que, más que por un deseo de celo reformador, llevó a cabo esta división para engrandecer el convento y Estudio de San Pablo de Valladolid con respecto al de San Esteban de Salamanca⁷³⁵. Esto es bastante plausible, pero tampoco incompatible con el deseo de, quizás, mejorar la administración de la orden para poder concentrar los esfuerzos de renovación. De hecho, Beltrán de Heredia muestra en su estudio sobre la

⁷³³ *Ib.*, f. 249r

⁷³⁴ *Vid.* BELTRÁN DE HEREDIA, 1939: 1-3

⁷³⁵ VILLARROEL, 2006: 1.376, n. 2.404

reforma cómo los Generales de la Orden fueron siempre cautos en cuanto a las iniciativas reformadoras para salvar la unidad de la Orden. Ciertamente, la decisión de fray Luis conllevó la separación definitiva de la Provincia de Portugal⁷³⁶. De ahí que el cese de fray Luis como Provincial poco después de su elección, en 1419 o 1420⁷³⁷ obligado por el papa debido al enfrentamiento con el general de la Orden⁷³⁸, pueda ser indicio de este espíritu renovador que el más alto dirigente de la Orden deseaba llevar con a máxima cautela. No obstante Martínez Casado extiende su provincialato hasta 1425, si bien indica que también medió una dispensa pontificia en su cese⁷³⁹. Un año antes, en 1424, el Papa desharía la división llevada a cabo por fray Luis⁷⁴⁰, y es de suponer que ello se debió a la influencia del general de los Predicadores. No obstante, pese a este fracaso, estuvo cerca de ser elegido general en el capítulo de Bolonia de 1426⁷⁴¹. Alcanzó el mismo número de votos que Tomás de Sicilia. Dado el empate, el capítulo encargó a ambos candidatos que escogieran otro para ocupar el puesto. Escogerían, curiosamente, a Bartolomé Texier, otro confesor, en este caso del rey de Francia. Fray Luis sería nombrado vicario general hasta la toma de posesión del electo y recibió el encargo de notificarle su promoción⁷⁴².

Cabe pensar que Luis de Valladolid, en tales afanes, contaba con el apoyo de su confesando Juan II del que seguía figurando como confesor en junio de 1422, como se deduce de la noticia de Pérez de Guzmán, quien relata cómo el rey mandó una embajada, en 1422, a Alfonso de Aragón notificándole la prisión de su hermano, “e los embaxadores que levaron

⁷³⁶ MARTÍNEZ CASADO, 2014

⁷³⁷ *Vid.* BELTRÁN DE HEREDIA, 1970: I, 237; VILLARROEL, 2006: 1.376, n. 2.406

⁷³⁸ *Ib.*

⁷³⁹ MARTÍNEZ CASADO, 2014

⁷⁴⁰ BELTRÁN DE HEREDIA, 1970: I, 237; VILLARROEL, 2006: 1.376, n. 2.408

⁷⁴¹ *Vid.* GOÑI, 1965: 193

⁷⁴² MARTÍNEZ CASADO, 2014

esta embajada fueron un Maestro en Teología, Confesor del Rey, que se llamaba Fray Luis, é un Caballero de Toro, que decian Garci Alonso de Olloa”⁷⁴³. La embajada fue enviada a Nápoles⁷⁴⁴ y nos muestra la confianza puesta en su confesor para tratar asuntos que, al fin y al cabo, eran tanto de índole familiar como internacional.

Dada la cronología, cabe detenerse un momento y valorar cuál fue la sucesión de confesores en este periodo. Hemos podido establecer que Juan Rodríguez de Villalón y Juan de Morales fueron confesores en el mismo periodo, si bien Morales pudo ser nombrado confesor antes que Villalón el cual, a su vez, dada su ascendencia sobre la reina, pudo ejercer el cargo de manera extraoficial. Ambos pudieron ejercer dicha función desde 1415 aproximadamente, si bien la cronología Villalón se retrasa a 1417 según las noticias conservadas. Como vemos, fray Luis también comenzaría su función en torno a esta época, y la prolongaría, como mínimo, hasta 1422, como sucedía en el caso de los dos dominicos anteriores. Por lo tanto, cabe concluir que los tres ejercerían su función de confesor conjuntamente, sustituyéndose según sus ausencias (por misiones diplomáticas o exigencias de su cargo episcopal o dentro de la orden). Como veremos, el próximo confesor, el beato Álvaro de Córdoba, también formaría parte durante este periodo del grupo de confesores reales, con lo que tenemos cuatro confesores para un mismo periodo.

Volviendo a la labor reformadora de fray Luis de Valladolid, el papa permitía por medio de una bula que antes hemos mencionado⁷⁴⁵, la fundación de nuevas casas, ante la constatación (que le haría saber fray Luis

⁷⁴³ PÉREZ DE GUZMÁN 1877a: 419

⁷⁴⁴ Sobre el contenido del mensaje de los embajadores (que versa sobre las razones del encarcelamiento del infante Enrique), y la respuesta que se les dio en Nápoles, *vid.* ZURITA, 2003: lib. XIII, cap. XXIV)

⁷⁴⁵ ASV: Reg. Lat., nº 191, f. 248v

presumiblemente) de cómo los dominicos estaban constreñidos por las normas a no hacer más fundaciones pero que contaban con el apoyo de los reyes, así como de otros fieles del reino (*... in quibusvis Regnis aut Terris vobis et eisdem posteris concessione pontificum Largitione Regum vel Principum aut oblatione aliorum Christifidelium concedi largiri et offerri canonice contigint recipiendi necnon apud illa de novo fundandi edificandi seu construendi ecclesias...*). La mención a los reyes quizá fuese por influencia del propio fray Luis, que pudo hacer valer ante el papa la cercanía al rey como su confesor.

Dado el apoyo pontificio, que refendaría el regio, y una vez apartado de los cargos de responsabilidad en la orden, fray Luis comenzaría a su costa, en 1433, la construcción del convento dominico de Tordesillas, momento para el cual Reichert señala su condición de confesor real⁷⁴⁶. Sería nombrado vicario perpetuo del mismo por deseo del rey según nos refiere Martínez Casado, el cual, siguiendo probablemente en esto a Beltrán de Heredia indica que “el 25 noviembre del año 1436 se bendijo la iglesia [del convento de frailes predicadores de Tordesillas], el mismo año en que falleció”⁷⁴⁷.

A estas alturas, hemos visto cómo durante la minoría de edad del rey, se constituyó un grupo de confesores dominicos bajo la influencia y supervisión de Catalina de Lancaster. Todos estos dominicos continuaron ejerciendo la función de confesor tras la muerte de la reina y la mayoría de edad de Juan II. No obstante, aunque hemos prolongado el ejercicio del cargo de confesor de Juan de Morales y Juan R. de Villalón hasta principios de la década de los 20, da la sensación que ambos prelados, ocupados por

⁷⁴⁶ *De Capite et fratribus huius Conventus magister Ludovicus de Valleoleti, Confessoris Regis Castellae, providebit* (VALLADOLID, 1932: 730)

⁷⁴⁷ MARTÍNEZ CASADO, 2014

sus obligaciones diocesanas, pudieron ceder el lugar a otros confesores. Parece que fray Luis, liberado ya de sus responsabilidades en la orden y de las misiones diplomáticas pudo ser quien más cerca del rey estuvo en esta época. Si bien estaría ocupado también en su labor de fundación de conventos y reforma eclesiástica, esto pudo compaginarlo perfectamente con su función de confesor. Es más, como iremos viendo, los confesores aprovecharon su cercanía al rey para obtener de éste apoyo para la reforma, y en sentido opuesto éstos recurrieron a sus confesores para fomentar la reforma eclesiástica que, como monarcas cristianos, desdeaban impulsar. De hecho, el otro confesor de esta época, el beato Álvaro de Córdoba, estaba conectado con la persona de fray Luis y también fue un importante reformador.

Beltrán de Heredia sitúa la muerte de de fray Luis en 1437. Pero encontramos que, once años más tarde, en 1448, fue elegido obispo de Sidón un tal fray Luis de Valladolid. Dado que era obispo *in partibus infidelium*, se le permitía establecerse en Ávila y percibir de la misma diócesis una renta. Se ha planteado si este Luis de Valladolid es en efecto el confesor de Juan II⁷⁴⁸, lo cual significaría que vivió más tiempo del que se podría suponer y que además fue recompensado con una mitra episcopal, lo cual no sería de extrañar dados los casos anteriores. Sin embargo, según nuestro parecer, se trata de una persona con el mismo nombre pero distinta. En efecto, Hüntermann transcribe el documento de su elección, en el cual se lee: *Demum ad te, ordinis fratrum Minorum et sacrae theologiae professorem...*⁷⁴⁹. Podría pensarse en una errata del documento que le señala como franciscano. Sin embargo, figura también como franciscano en

⁷⁴⁸ VILLARROEL, 2006: 1.377, n. 2.410

⁷⁴⁹ En HÜNTERMANN, 1929b, nº 1229, 627

otro documento, donde se especifica que este fray Luis era profesor en Sagradas Escrituras (*sacra paginae professoris*⁷⁵⁰), cuando el confesor de Juan II era maestro en teología. Por lo tanto, no creemos que este fray Luis, obispo, fuese el confesor de Juan II. Pudiera ser que, simplemente, quienes escribieron la bula de elección y el documento de las obligaciones a pagar por el obispo hubiesen cometido estos errores al referirse al dominico y confesor de Juan II. A falta de más datos, excluirémos de la biografía de Luis de Valladolid este nombramiento episcopal (que pensamos que recayó sobre otra persona homónima), lo cual es importante a la hora de realizar la prosopografía.

- *El beato Álvaro de Córdoba.*

Ya hemos mencionado varias veces al último confesor que hemos logrado identificar para el periodo de la minoría de edad de Juan II. Se trata de un personaje célebre por formar parte del santoral católico: el beato Álvaro de Córdoba. Alcanzó gran notoriedad como reformador y por fundar el convento de Scalaceli en Córdoba, lo cual se refleja en las hagiografías que, desde la Edad Moderna, se han escrito sobre él. Sin embargo, sabemos relativamente poco sobre este dominico en lo que se refiere a las fuentes documentales, y es difícil saber si los hagiógrafos del santo consultaron fuentes de manera rigurosa o los datos que sobre él refieren son ficticios. En este sentido, algunas de las biografías más recientes de fray Álvaro no hacen sino repetir las mismas ideas y datos. Por ejemplo, se ha defendido tradicionalmente su origen cordobés de modo que, según Ortega Serrano

⁷⁵⁰ ASV, Cam. Ap. Obl. et Sol., n.º 72, fol. 58v. Otros documentos sobre este obispo están en ASV: Reg. Lat., n.º 454, ff. 172-173r;

“de Córdoba” sería su apellido, y se le ha hecho hijo de don Martín Alfonso de Córdoba y doña Aldonza de Haro, “primeros señores y fundadores de las casas de Alcaudete y Montemayor”⁷⁵¹. Este autor, sin embargo, sigue fundamentalmente la biografía clásica de autor desconocido⁷⁵², que no se caracterizan por su rigor histórico.

Parece más plausible que Álvaro de Córdoba proveniese de Castilla la Vieja. Así, sabemos por documentos medievales que sería oriundo de Zamora (se le llama *Alvarus Zamorensis*) y profesor de San Pablo de Valladolid, donde leyó las *Sentencias*⁷⁵³ en el tránsito del siglo XIV al XV. En este sentido, los autores clásicos creían que profesó en el convento de san Pablo de Córdoba, pero esto quizá se deba a una confusión con la casa de Valladolid que lleva el nombre del mismo santo. En definitiva, nos parece que lo más cercano a la realidad es considerar que fray Álvaro era originario de Zamora⁷⁵⁴ y se formó en san Pablo de Valladolid, donde impartió docencia. De ser así, ello reforzaría el vínculo en lo que se refiere al confesionario regio, la labor académica y la reforma eclesiástica con otro fray Luis de Valladolid, y ayudaría a explicar la presencia del beato Álvaro en el ámbito cortesano, por influencia del mencionado confesor, en el contexto del círculo dominico de la reina Catalina al que ya hemos aludido. Según Ortega, habría nacido en 1358⁷⁵⁵, y Baudot y Chaussin indican que

⁷⁵¹ ORTEGA, 2004: 20

⁷⁵² Firma como “R. M. F. de C.” (*vid.* R. M. J. de C., 1849)

⁷⁵³ HUERGA, 1972: 619. Huerga se basa en el bulario de la Orden de Predicadores, donde se transcribe un documento original. Serrano, que no es de la tesis del origen zamorano del beato Álvaro, hace una crítica que parece científicamente, como menos, insuficiente: “La afirmación a falta de otras pruebas que puedan confirmarlo o rechazarlo, es lo único que hasta ahora se posee sobre su origen, teniendo en cuenta que se trata de un documento redactado en vida del interesado, pero como todo en esta vida susceptible de adulterar y más aún si se lo propone el capricho de una Reina. Esto no quiere decir que se debva excluir de otras versiones u opciones, a las que pudiésemos llegar, pero tendríamos que realizar una investigación más exhaustiva e inherente del tema” (ORTEGA, 2004: 27)

⁷⁵⁴ Así piensa FASSIO, 1997: 5

⁷⁵⁵ ORTEGA, 2004: 22

tomó los hábitos de santo Domingo en 1386⁷⁵⁶, si bien no sabemos a ciencia cierta la veracidad de las fechas. Según Ramírez, tras su etapa universitaria cambió su modo de vida y, animado por su celo reformador, emprendió viajes por Italia y Palestina⁷⁵⁷. Las biografías clásicas plantean que este dominico abandonó la labor intelectual por un modo de vida ascético y de predicación. No obstante, no parece que existiera una ruptura con la universidad, ya que el 21 de diciembre de 1416 Benedicto XIII le concedió el magisterio en teología⁷⁵⁸, con lo que sus viajes hubieron de ser un paréntesis o una faceta más de su espíritu reformador que también incluía su actividad docente y cultural. La obtención del magisterio por medio de una súplica al papa, como hemos podido comprobar en el caso de fray Diego de Ribadeneyra y en otros, era típico de clérigos de bajo origen que, gracias al patrocinio de los poderosos (en este caso, los miembros de la familia real de los que eran confesores), obtenían el magisterio universitario. Por ello, quizás, sea un indicio de que dicha gracia la obtuvo por su proximidad a los reyes en la corte, con lo que en torno a 1416 ya podría estar actuando como confesor del rey Juan II.

Sus viajes le permitieron ver la situación de la Iglesia y de Europa occidental en el contexto del Cisma. Precisamente su paso por Italia le dio la oportunidad de conocer de primera mano las iniciativas de reforma dominica encabezada por Raimundo de Capua y Juan Dominici. Tras esto, parece ser que peregrinó a Tierra Santa “donde tensa el espíritu y lo remoja con una carga espiritual de incomparable valor”, como dice Huerga, quien indica que a su regreso “pone manos a la empresa: la segunda etapa principia. La documentación no es muy abundante, pero puede

⁷⁵⁶ BAUDOT, CHAUSSIN, 1935: 416

⁷⁵⁷ RAMÍREZ, 1976: 529

⁷⁵⁸ FASSIO, 1997: 5

compensarse con la garantía y categoría de los documentos que ilustran la obra del beato Álvaro”⁷⁵⁹.

Si bien no sabemos de qué manera, entró en la corte real a su regreso a Castilla. Luis Alonso Getino señala que lo hizo por recomendación de fray Luis de Valladolid, el cual, al marchar al Concilio de Constanza en 1417, recomendó a Álvaro de Córdoba para sustituirle como confesor real, quien “había sido confesor de la Reina madre, antes de serlo del Rey”⁷⁶⁰, como también opina Teodoro Ramírez⁷⁶¹. Ortega, por otro lado, plantea que la reina Catalina lo hizo llamar por su fama de santidad o por los contactos que tenía con la familia del beato Álvaro⁷⁶², si bien ya hemos dicho que los supuestos orígenes cordobeses del beato Álvaro parecen una ficción. Baudot y Chaussin afirman que su fama de santidad llegó a oídos de Enrique III (aunque ellos lo llaman Enrique II, con lo que no resultan una fuente muy fiable) y éste le reclamó en la Corte⁷⁶³. Pero O. Villarroel opina que Alonso Getino “se contradice al indicar que al marchar Luis de Valladolid al Concilio indicaría que se nombrase a éste como confesor”⁷⁶⁴. Por su parte, Raimundo Castaño lo ve del siguiente modo:

Aunque distante Álvaro de la Corte, la reina Catalina, viuda de Enrique III de Castilla, tenía muy conocido; y cuando el Santo volvió de Jerusalén

⁷⁵⁹ HUERGA, 1972: 620

⁷⁶⁰ ALONSO, 1916: 408-409.

⁷⁶¹ “La fama de saber y santidad adquirida por Álvaro le valió a su regreso á España que la Reina D.^a Catalina, viuda de Enrique III, lo llamase a Valladolid, a donde fue después de una orden terminante, y que le eligiese para su confesor, ansiosa de tener tan buen consejero en los arduos asuntos que tanto la fatigaban durante la menor edad de su hijo D. Juan II, cometido que amplió con el celo y acierto que de esperar era de un varón tan docto y tan santo” (RAMÍREZ, 1976: 529).

⁷⁶² “La Reina castellana necesitaba un varón sabio, íntegro y prudente que le dirigiese en las críticas circunstancias de tan calamitosos tiempos. Mucho influyó para esta elección, tanto el gran amor que esta Princesa siempre profesó a la Orden de Predicadores, como al recuerdo de los importantes servicios prestados por el padre de Álvaro, al abuelo y madre de doña Catalina, y lo mucho que estaba recomendada por ellos, que protegiese a los parientes del Maestre” (ORTEGA, 2004: 45)

⁷⁶³ BAUDOT, CHAUSSIN, 1935: 417

⁷⁶⁴ VILLARROEL, 2006: 1.071

propúsole para varias sedes episcopales. Declinó él esta honra, no ya sólo por humildad, sino también por otra razón de peso entonces para hombres de conciencia timorata: y era la duda sobre su legítimo nombramiento, desconociéndose el verdadero Papa, y habiendo tres con pretensión de serlo.

En cambio, le llamó la Reina a Valladolid, y le ordenó se encargara de su conciencia, sin que le valiesen al Santo las disculpas ni la elección que propuso entre varios religiosos dominicos, capaces de desempeñar a satisfacción el cometido, como tantos otros lo habían ya desempeñado. Las circunstancias eran excepcionales, por lo críticas, y excepcional quería Catalina que fuese el hombre de toda su confianza⁷⁶⁵.

Nuestra hipótesis es que fray Álvaro pudo entrar por influencia de fray Luis de Valladolid, ya que ambos debían conocerse del monasterio de san Pablo. Como hemos dicho, obtuvo el magisterio en 1416, para lo cual hubo de contar probablemente con el patrocinio de la corte. De este modo, pudo sustituir a fray Luis en el confesionario cuando éste marchó a Constanza, y su entrada en la Corte hubo de ser bajo el consentimiento de la reina Catalina, que contaba con los dominicos para esta función. Que fuese confesor de la reina es probable, máxime dado su óptimo perfil, tanto como sacerdote instruido como hombre de una profunda espiritualidad. Beltrán de Heredia así lo considera⁷⁶⁶, y Ortega llega a afirmar que asistió a bien morir a la reina Catalina⁷⁶⁷, si bien no sabemos de dónde extrae la información. Raimundo Castaño, por otro lado, le atribuyó un papel destacadísimo en diversos hechos de aquel periodo que no señalan

⁷⁶⁵ CASTAÑO, 1906: 17

⁷⁶⁶ “El primer ensayo de reforma según el módulo del beato Raimundo de Capua se debe al beato Álvaro de Córdoba. Hacia 1423, huyendo él de la agitación de la Corte, donde ejercía el cargo de confesor de la reina doña Catalina, se retiró con algunos religiosos al convento de Santo Domingo de Escalaceli cerca de Córdoba, que había fundado por ese tiempo, para vivir allí conforme al reigor de las leyes de la Orden” (BELTRÁN DE HEREDIA, 1939: 3).

⁷⁶⁷ ORTEGA, 2004: 47

los demás autores, con lo que no consideramos que sean ciertos⁷⁶⁸. Podemos concluir, que entre los años 1415 y 1417 acudió a la Corte a requerimiento de la reina Catalina, la cual lo tomaría por confesor y lo haría a su vez confesor de Juan II en la época de la embajada a Constanza, en la que fray Luis de Valladolid y fray Juan Rodríguez de Villón hubieron de marcharse de la Corte para acudir al concilio, dejando quizás tan sólo a Juan de Morales en la corte junto al beato Álvaro.

Ya hemos aludido al vínculo entre Álvaro de Córdoba y Luis de Valladolid. Hemos concluido que el nombramiento del primero como confesor pudo ser un modo de sustituir al segundo, que se marchaba al concilio. Allí, fray Luis obtuvo una serie de gracias pontificias encaminadas a la reforma de la Iglesia que ya hemos analizado, y que coinciden por otro lado con el perfil reformador del beato Álar. Dicho vínculo ya ha sido apuntado por Francisco José Fassio:

Al Concilio de Constanza y dentro de la delegación oficial el rey de Castilla Juan II van dos frailes del convento de San Pablo de Valladolid. Fr. Luís de Valladolid y Fr. Juan de Torquemada (uno de los principales eclesiólogos de la historia, futuro cardenal y tío del tristemente famoso Inquisidor Tomás de Torquemada). Al final de la asamblea conciliar, Luis va a pedir al nuevo Papa tres cosas fundamentales: una facultad de teología para su ciudad, germen de la actual universidad, la división de la provincia dominicana de España, dada su enorme extensión, y, lo más importante, el permiso para fundar seis conventos de frailes y cuatro de monjas con los que se inicie la reforma de la Orden en tierras castellanas. Martín V se lo concede el 5 de febrero de 1418.

⁷⁶⁸ Según este autor, fray Álvaro influyó para evitar que el regente Fernando se hiciese con la Corona de Castilla, y que tuvo un papel destacado en el compromiso de Caspe, llamando desde Génova a san Vicente Ferrer y concertando con él una entrevista con Catalina de Lancaster, la cual desistió de promocionar a su hijo al trono aragonés (CASTAÑO, 1906: 18-19). Igualmente, se le atribuye una importante influencia en RIBAS, 1687: 101ss.

A la vuelta, Fr. Luis se pone a la obra. Ha actuado, desde luego con el consenso de su convento, y por ello encontrará en él sus mejores colaboradores. Aparentemente lo lógico sería pensar que Fr. Álvaro, recién nominado Maestro en Teología, asumiría el encargo de promover esa nueva facultad de teología. Pero él va a decidirse por la tarea de la fundación de un convento de reforma⁷⁶⁹.

La idea de que lo lógico es que fray Álvaro había de recibir el encargo de promover la facultad, si se refiere al hecho de organizarla, no nos parece acertada en ningún modo, pues fray Luis recibió, como hemos visto, el título de decano vitalicio. Ahora bien, si se refiere a que el encargo natural de fray Álvaro sería formar parte del claustro, esto es ciertamente lógico. Pero, como bien indica Fassio, fray Álvaro optaría por la fundación conventual que fray Luis también obtuvo.

Según este mismo autor, Álvaro de Córdoba, residente en san Pablo de Valladolid, sería confesor real entre 1415 y 1420⁷⁷⁰. Parece una cronología ajustada, aunque podemos prolongarla hasta 1422 o 1423, cuando ya se le localiza en Córdoba. Juan II y su esposa María de Aragón depararían para fray Álvaro un gran afecto, y le ayudarían con una considerable limosna para llevar a cabo su proyecto⁷⁷¹, que fue la fundación del célebre convento de Escalaceli en Sierra Morena⁷⁷². La ayuda regia no se limitó a aquello, sino que pidieron al Papa el permiso para la fundación de seis conventos dominicos, a lo cual el papa accedió mediante una bula fechada el 5 de febrero de 1418⁷⁷³, que Fassio atribuye a la mediación de fray Luis de Valladolid en el texto arriba citado. Fray Álvaro de Córdoba compraría en la serranía cordobesa la torre de Berlanga el 13 de junio de

⁷⁶⁹ FASSIO, 1997: 8

⁷⁷⁰ FASSIO, 1997: 6

⁷⁷¹ HUERGA, 1966: 356

⁷⁷² Para una descripción del convento, *vid.* RAMÍREZ, 1976: 529-530.

⁷⁷³ HUERGA, 1972: 620

1423 para fundar el monasterio, acompañado de fray Rodrigo de Valencia⁷⁷⁴. Este dominico es también importante porque sería, andando el tiempo, confesor real. Poco más adelante, la reina intercedería por Álvaro de Córdoba ante la Santa Sede⁷⁷⁵, y el éxito de Scalaceli debió de impulsar la reforma de Raimundo de Capua en Castilla⁷⁷⁶. En efecto, Beltrán de Heredia indica cómo “las cosas debían marchar prósperamente cuando, a petición de la reina de Castilla [...] por bula de 4 de enero de 1427 autorizaba Martino V que fray Álvaro fuese instituido prior mayor o vicario general de aquella casa y de cuantas en los reinos de León y de Castilla abrazasen la observancia; y que vacando el cargo, los religiosos pudiesen elegir en su lugar otro que lo desempeñase, sin el requisito de la confirmación del maestro general”⁷⁷⁷. Según Huerga “el módulo italiano de reforma ha sido superado en perfección y en eficacia, y se suman algunos elementos jurídicos que parecen estar inspirados en la Congregación de San Benito de Valladolid, bien conocida por fray Álvaro”⁷⁷⁸. Además, la iniciativa reformadora se extendería con la fundación del convento de Portaceli en Sevilla en 1426 y una hospedería en Córdoba⁷⁷⁹. Como veremos, la fundación y dirección de Portaceli estuvo vinculada al mencionado Rodrigo de Valencia, que pudo ser confesor real (§ 2.5.1).

No obstante, el mismo Beltrán de Heredia indica que “hay motivos muy fundados para poner en duda la ejecución de semejante gracia pontificia”, ya que en el capítulo provincial de 1434 el convento de Scalaceli figura sujeto a la Provincia, no hay mención posterior de la proyectada

⁷⁷⁴ CASTAÑO, 1906: 25

⁷⁷⁵ VILLARROEL, 2006: 1.220, n. 670

⁷⁷⁶ CARAFFA; MORELLI, 1961: col. 900

⁷⁷⁷ BELTRÁN DE HEREDIA, 1939: 4

⁷⁷⁸ HUERGA, 1966: 357

⁷⁷⁹ *Ib.*

Congregación y esta casa tardó bastantes años en incorporarse a ella, “pues no figura entre los conventos que abrazaron la Reforma hasta 1489”. Por ello, concluye Beltrán de Heredia “la obra de fray Álvaro como institución terminó con él, y su vicariato sobre los reformados tuvo más bien carácter moral que jurisdiccional”⁷⁸⁰. No obstante, el mismo autor reconoce en Álvaro de Córdoba una iniciativa reformadora que estableció una tendencia que, con el tiempo, se abrió camino, cosa que se aprecia por ejemplo en las actas del Capítulo provincial de 1434, prohibiendo a los dominicos residir *extra claustra* y en la ordenación de la vida monástica. En 1439 se encomendó al provincial de Castilla la reforma del convento de Santa María de Nieva “que como centro de peregrinaciones necesitaba llevar vida más ejemplar, indicio a la vez de que en el resto de la Provincia la observancia no andaba tan decaída”⁷⁸¹. A este respecto, indica Óscar Villarroel:

Álvaro de Córdoba sería, pues, (en caso de que le aceptásemos en la lista de confesores reales) uno de los que más activo se mostró a la hora de participar en la reforma. Éste dominico se retiró en 1423 a su fundación de Scalaceli, en la serranía de Córdoba, donde implantó la más estricta observancia, lo que llegó a extenderse a la propia ciudad de Córdoba. Desde el entorno de la propia monarquía se participaría en tales acciones, pues se conseguiría que fuese nombrado vicario de Scalaceli y de la provincia española, lo que suponía hacerle cabeza de la reforma en la misma. Su obra no parece que se extendiese, sin que sepamos si fue por la resistencia de los conventuales, pues lo cierto es que jurisdiccionalmente en 1434 los monasterios reformados seguían dependiendo del provincial y no del vicario, cargo que no parece que continuase tras su muerte⁷⁸².

⁷⁸⁰ BELTRÁN DE HEREDIA, 1939: 4

⁷⁸¹ BELTRÁN DE HEREDIA, 1939: 4-5

⁷⁸² VILLARROEL, 2006: 1.080

No sabemos a ciencia cierta la fecha de su muerte. Las hagiografías adornan el hecho con muchos detalles, pero en nuestra opinión, estas noticias carecen de la suficiente fiabilidad.

2.4.2. Fray Alfonso Pérez de Cusanza (OP):

Ya hemos hablado de fray Alfonso (o Alonso) Pérez de Cusanza. Hemos visto que ya en el reinado de Enrique III era un clérigo destacado de la corte real y se ha planteado su condición de confesor de Juan II en su minoridad o incluso del propio Enrique III. Pero, dadas las evidencias documentales y las investigaciones hechas hasta el presente, creemos que fray Alfonso comenzó su labor como confesor sólo después de la muerte de la reina Catalina y del inicio de la mayoría de edad del rey. Como hemos visto, el monarca mantuvo a los confesores que se le hubieron de imponer, quizá porque, a diferencia de otros casos, fueron de su agrado pese a no haberlos elegido él personalmente. El caso de Cusanza es diferente, porque comienza a figurar como confesor cuando el rey estaba en condiciones de elegirlo *motu proprio*.

De origen gallego, el dominico Alfonso Pérez de Cusanza comenzó su carrera eclesiástica como prior de Ribadavia, donde llevó a cabo iniciativas constructivas de cierta importancia⁷⁸³. Ya en 1406 era provincial de los dominicos de España⁷⁸⁴, y el 25 de diciembre de 1406 figura como dominico y maestro en teología⁷⁸⁵. El rey Enrique III solicitaba para él en su testamento que se pidiera al papa una sede episcopal y que mientras

⁷⁸³ Vid. CAVERO, 2013: 15

⁷⁸⁴ PALOMO, 1972a: 600

⁷⁸⁵ VILLARROEL, 2006: 968

disfrutase de 6.000 maravedíes de las rentas regias⁷⁸⁶. Quizá por esta preocupación del rey se haya planteado que fuera confesor suyo pero, como hemos dicho, no parece esto probable dado el franciscanismo del monarca. De lo que no cabe duda es de que, en cualquier caso, era un hombre apreciado por el soberano.

Precisamente la siguiente noticia que se nos da de él proviene de Gams, que lo hace obispo de Salamanca en 1415, en lo que le sigue C. Palomo⁷⁸⁷. Sin embargo, Konrad Eubel considera que el obispo Alonso de Salamanca es otro, puesto que, en la entrada dedicada a Alonso de Cusanza como obispo de Orense, no lo contempla como obispo previamente⁷⁸⁸. La opción de Eubel parece la acertada, ya que en 1418 figura, en un documento fechado el 1 de septiembre, como Provincial de la Orden dominica⁷⁸⁹.

Los deseos de Enrique *el Doliente* se cumplirían en 1420, cuando fue elegido obispo de Orense. El 6 de marzo de ese año está fechada la bula de elección, donde se dice que es dominico y presbítero⁷⁹⁰, así como la obligación de pagar 1.400 florines⁷⁹¹. Había sido elegido debido al asesinato del anterior obispo de Orense. Óscar Villarroel señala cómo fue elegido al ser un colaborador estrecho del rey y para no enfrentarse al mismo⁷⁹². Poco

⁷⁸⁶ “Otrosí, por quanto yo encomendé al obispo de Mallorcas que suplicase a nuestro señor el Papa por ciertas provisiones e traslaçiones de çiertos obispados, los quales quería que él fiziese, por la forma que yo se lo envié a suplicar; espeçialmente por fray Juan Enrriquez, ministro provinçial, mi confesor e del mi Consejo, e por frey Alonso Pérez, maestro de Theología, de la Orden de los Predicadores, ordeno e mando que los dichos tutores supliquen afincadamente al dicho señor Papa que los quiera fazer. E que no contradigan cosa alguna de todo lo suso dicho, por quanto son personas buenas e de quien yo tengo cargo” (*Crónica de Juan II de Castilla*, 1982: 40)

⁷⁸⁷ PALOMO, 1972a: 600

⁷⁸⁸ EUBEL, 1914: 429, n. 11

⁷⁸⁹ AC Ducal de Alburquerque, 205, leg. 18, n.º 23, en VILLARROEL, 2006, p. 1.221

⁷⁹⁰ *Demum ad te ordinis fratrum predicatorum professorem in sacerdotio constitutum* (ASV, Reg. Lat. n.º 209, f. 89v)

⁷⁹¹ ASV, Cam. Ap., Obl. et Sol., n.º 58, fol. 106r

⁷⁹² VILLARROEL, 2006: 968

después a la designación, es identificado como confesor del monarca⁷⁹³. Fue nombrado, por tanto, en el periodo en el que irían ausentándose cada vez más de la corte fray Juan de Morales, fray Juan Rodríguez de Villalón y el beato Álvaro de Córdoba. Fray Luis de Valladolid, que seguiría presente en la corte, también se ausentaría por las misiones diplomáticas y la labor reformadora que ya hemos visto. Cusanza, de esta manera, sería requerido para garantizar la atención espiritual del rey.

En 1421 lo encontramos en un encargo conjunto con Juan Rodríguez de Villalón al que ya hemos hecho referencia. Hubo de acompañar a la esposa del rey Juan II a Ávila, después de que el mismo rey escapase del cerco del infante Enrique. Óscar Villarroel plantea que la decisión del rey de mandar a su esposa a Ávila (mientras él se dirigía a Talavera de la Reina) era en cierta manera un castigo por la colaboración que había prestado a su hermano el infante Enrique en el golpe de Tordesillas, así como una medida de alejarla de la Corte para restar apoyos al mismo. Dice en este sentido que “el monarca alejaba a su esposa de sí mismo y de la Corte de la que habían huido los partidarios de su hermano, llevando consigo como acompañantes a un teólogo dominico y a un prelado que no tenía ningún lazo con su familia [...] De nuevo vemos como las labores prestadas por los prelados al rey en su entorno familiar tenían una fuerte carga política”⁷⁹⁴. Así, la elección de su confesor para dicha misión no parece baladí: el rey encargaba dicha tarea a alguien de su plena confianza y no comprometido, por motivos de linaje, en las banderías que afligían el reino de Castilla en aquel momento.

⁷⁹³ AGS, Estado-Roma, leg. 847, nº 84, p. 2, en VILLARROEL, 2006: 968, n. 92

⁷⁹⁴ VILLARROEL, 2006: 485-486

Al año siguiente el rey le haría juez comisionado para actuar contra aquellos que retenían bienes de la Cámara Real, fuesen clérigos o laicos⁷⁹⁵. También en ese año de 1422, a fecha de 2 de abril, al parecer, convocó un sínodo del que queda alguna noticia⁷⁹⁶.

Es en enero de 1423 cuando lo vemos figurar como confesor real de manera indubitable. Así, participó en la ceremonia de reconocimiento como heredera de la infanta Catalina junto a los obispos de Cuenca y Zamora⁷⁹⁷. A partir de este momento, la documentación de la catedral de León lo menciona como confesor del rey de 1423 hasta 1431⁷⁹⁸.

El siguiente hito de su vida tiene que ver con Juan Rodríguez de Villalón, que falleció en 1424, dejando la sede de León vacante. El Papa decidió que la ocupara Alfonso de Cusanza⁷⁹⁹, o más bien lo hizo a petición del rey, que no quiso esperar la decisión del cabildo, apelando directamente al Pontífice⁸⁰⁰. Se hacía mención a su loable ministerio como obispo de Orense⁸⁰¹, y se establecía que fuese entronizado por los obispos de Salamanca y Zamora⁸⁰². Como es típico en este tipo de documentos, se dirige al rey de Castilla para pedirle que favorezca y colabore con este prelado, pero de manera totalmente protocolaria y formularia.

Alfonso de Cusanza se encontraba en compañía del rey en Burgos cuando el 10 de septiembre de 1424 moría la infanta Catalina en Madrigal. Celebradas las exequias, se tomó juramento como heredera a la infanta

⁷⁹⁵ AGS, Estado-Roma, leg. 847, n.º 84, p. 2, en VILLARROEL, 2006: 1221, n. 711

⁷⁹⁶ *Vid.* GARCÍA Y GARCÍA, 1981: 107

⁷⁹⁷ “Y el Rey estuvo asentado en su silla muy ricamente guarnida, e a su mano derecha fue puesta una cama mucha mayor que se suele hacer para criaturas de poca edad [...] y en torno a la cama, a la una parte estaba Doña Juana de Mendoza [...] e de la otra parte estaban el Obispo de Cuenca Don Álvaro de Isorna, e Don Diego de Fuensalida, Obispo de Zamora, y el Obispo de Orense, Confesor del Rey” (PÉREZ DE GUZMÁN, 1877a: 422).

⁷⁹⁸ AC León, n.ºs 48, 1.251, 1.729, 1.730, 6.296, 6.305, 6.330, 9.046, 9.240

⁷⁹⁹ ASV, Reg. Lat., n.º 239, ff. 146v-148v

⁸⁰⁰ VILLARROEL, 2006: 980

⁸⁰¹ ASV: Reg. Lat., n.º 239, f. 147r

⁸⁰² *Ib.*, f. 147v

Leonor. Tal juramento y homenaje se hizo en presencia del rey y diversos principales de la Corte, entre los que estaba el obispo de León y confesor del rey⁸⁰³. Para Óscar Villarroel, el hecho de que fuese confesor y estuviera presente en el hecho dotaba al mismo de la suficiente carga religiosa que se deseaba. Lo expresa del siguiente modo⁸⁰⁴:

El hecho, además, de que de nuevo un confesor regio (el obispo leonés) estuviese presente, junto al prelado burgalés, venía a imbuir a la ceremonia de la religiosidad necesaria. Dos colaboradores regios, de nuevo, prestando su colaboración al monarca. Pablo de Santa María sería el encargado de dar el discurso. Teniendo en cuenta que no hacía mucho tiempo había sido visto como imparcial en los conflictos de los infantes, su participación en el acto estaba encaminada, sin duda, a dotar al acto de una connotación que situase al rey por encima de los enfrentamientos de bandos. Al tiempo, la presencia del confesor nos indica de nuevo cómo el rey se rodeaba de sus más íntimos consejeros en tales trances

También estaría presente, al parecer, en la jura del heredero don Enrique en 1425 en Valladolid⁸⁰⁵, con lo que lo encontramos en todos los juramentos de este tipo que hasta entonces se habían celebrado, sacralizando en su condición de obispo y confesor dichos actos. A mediados de 1424 ya se había decidido su traslado a la sede de León, pues el 28 de julio Martín V escribía a Álvaro, deán de la iglesia de León y bachiller en

⁸⁰³ "Hechas las obsequias por la Infanta Doña Catalina, el Rey mandó que la Infanta Doña Leonor, su hija segunda, fuese jurada por primogénita heredera de sus Reynos e Señoríos, el qual juramento e omenage hicieron en esa cibdad de Burgos en presencia del Rey, el Infante Don Juan y el Almirante Don Alonso Enriquez, e Don Alvaro do Luna, Condestable, e Diego Gómez de Sandoval, Adelantado de Castilla, e Don Pablo, Obispo de Burgos, Chanciller mayor del Rey, e Don Alonso, Obispo de León, Confesor del Rey, y el Doctor Periañez, porque a este tiempo no estaban en Burgos otros Grandes. Este dia propuso el Obispo Don Pablo por mandado del Rey; fué la proposición breve, pero muy solemne é loada de todos" (PÉREZ DE GUZMÁN, 1877a: 428).

⁸⁰⁴ VILLARROEL, 2006, p. 592

⁸⁰⁵ VILLARROEL, 2006: 594

leyes, nombrándole obispo de de Orense, vacante por la promoción de Cusanza a León⁸⁰⁶. Aunque ya había sido elegido obispo de León en septiembre de 1424, no pisaría su nueva iglesia hasta enero de 1425, cuando, el día 26, acudió por primera vez a la catedral siendo recibido por los canónigos y nobles de la ciudad⁸⁰⁷. En un documento que se guarda en la catedral sigue figurando como confesor del rey el 28 de abril de ese mismo año⁸⁰⁸.

Alonso de Cusanza mantendría cierto contacto con la Santa Sede, pues en un sólo día, el 28 de junio de 1425, recibió dos documentos de cierta importancia. Fue comisionado junto a los obispos de Toledo y Cuenca para tomar medidas contra ciertos frailes mendicantes que predicaban doctrinas heterodoxas en la Corona de Castilla⁸⁰⁹ y recibiría asimismo, ese mismo día, facultad para testar, documento en el que se hace mención a su condición de confesor real⁸¹⁰. Por desgracia no hemos dado con su testamento, a diferencia del caso de su predecesor Juan Rodríguez de Villalón. Volviendo al caso del primer documento, conservamos documentación castellana sobre el mismo asunto, donde también figura como juez comisionado por el papa⁸¹¹. Eugenio IV confirma la comisión para actuar contra los mendicantes que ya en 1425 predicaba contra la jerarquía y el clero. Se implica al arzobispo de Toledo y a los obispos de León (Alfonso

⁸⁰⁶ AC León, nº 48, nº 3423 de ÁLVAREZ ÁLVAREZ, 1995: 198

⁸⁰⁷ A C León, n.º 9801, carpeta/caja 384 f. 11v.

⁸⁰⁸ “Reverendo in Christo padre e señor don frey Alfonso de Cusanza por la gracia de Dios e de la sanya Yglesia de Roma obispo de León, confesor del dicho señor Rrey” (A C León, n.º 1730, carpeta/caja 75/20; nº 3431 de ÁLVAREZ ÁLVAREZ, 1995: 202)

⁸⁰⁹ ASV: Reg. Lat., nº 251, ff. 13-14v

⁸¹⁰ ... *Nos itaque tuis ac Carissimi in Christo filii nostri Johannis Regis Castelle et Legionis Illustris pro te dilecto suo Confessore nobis super hoc humiliter supplicantis...* (ASV: Reg. Lat., nº 251, f. 14v)

⁸¹¹ AGS Patronato Real, leg. 60, f. 174, en VILLARROEL, 2006: 1.222, n. 717

de Cusanza) y al de Cuenca⁸¹². Son clérigos próximos al rey, “de forma que pudiese solventarse el problema de acuerdo con sus propios intereses”⁸¹³.

Alfonso de Cusanza, por lo que podemos ver, era un claro ejemplo de obispo y pastor, con celo por la pureza de costumbres y la doctrina. Lo demuestra el hecho de que se le comisionase en contra de la expansión de doctrinas heterodoxas, y también el hecho de que se preocupara por recibir permiso pontificio para testar. Esta misma preocupación de conciencia le llevaría a solicitar del papa una dispensa para residir en la Corte pese a ser obispo, para poder ejercer su ministerio de confesor real. Beltrán de Heredia recoge en su *Bulario* una súplica elevada al Papa Martín pidiéndole precisamente eso, para que permita “al señor fray Alonso de Cusanza, obispo de León, confesor del mencionado serenísimo príncipe el rey [Juan II]” que pueda acudir a la Corte “para estar o habitar, andar y situar la morada en la Corte del mencionado príncipe y rey o en otro lugar hasta la dispensa del mismo rey”, con fecha de 17 de agosto de 1426⁸¹⁴. Igualmente, un año antes, había hecho los pagos requeridos a la Santa Sede de manera delegada, recibiendo los perdones necesarios por el retraso⁸¹⁵. En la súplica aparece el *Fiat* de aprobación del Papa. En consecuencia, ese mismo día, Martín V dirigía la solicitada bula ese mismo día, donde se le dispensaba de residir en su sede de acuerdo a lo establecido en las constituciones

⁸¹² VILLARROEL, 2006: 1.101

⁸¹³ VILLARROEL, 2006: 1.102

⁸¹⁴ *Beatissime pater: Supplicat s. v. serenissimus princeps rex Castellae et Legionis quatenus domino fratri Alonso de Cusanza, episcopo Legionensi, confessori praedicti serenissimi principis et regis, standi sive habitandi, ambulandi et moram trahendi in curia praefati principis et regis sive alibi usque de mandato ejusdem regis citra et praeter incursione poenae constitutionis sive regulae nuper per s. v. editam, per quam regulam e. s. inter alia praecipiendo mandabat omnibus praelatis in suis ecclesiis residere, quam constitutionem e. s. hic habere dignetur pro sufficienter expressam, dicta constitutione et aliis in contrarium facientibus non obstan. quibuscumque et cum aliis clausulis opportunis* (En BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: t. II, 287)

⁸¹⁵ AC León, nº 1729, carpeta/caja 75/29. Número 3432 de ÁLVAREZ ÁLVAREZ, 19995: 202-203.

canónicas, con el fin de servir al rey Juan como confesor⁸¹⁶. Los documentos se transcribirán y comentarán más adelante (§ 5.2.1).

Otro elemento que nos habla de sus preocupaciones morales y de reforma es la convocatoria de un sínodo en su diócesis. El 12 de junio de 1426, figurando como confesor real⁸¹⁷, firmó la constitución del sínodo que había convocado previamente⁸¹⁸. Quería en el mismo confirmar la costumbre de que los clérigos asistiesen, sin necesidad de una convocatoria especial, a los sínodos que debían convocarse anualmente, pudiendo hacerlo sin dejar desamparadas las iglesias locales de la sede de León⁸¹⁹. Según Risco “comienza la referida constitución: *Bien saben los Reys*, y merece lugar principal en las colecciones conciliares de nuestra España”⁸²⁰. Asimismo, “hizo también este prelado algunas constituciones contra las personas, canónigos y racioneros que de algún modo se injuriasen, cuyo rigor moderó Pedro Cabeza de Vaca, sucesor suyo”⁸²¹.

Obtenido el permiso pontificio para ausentarse de su sede, por la que sin embargo había velado con celo pastoral, encontramos a Alonso de Cusanza presente en el mismo en el momento de darse el perdón general y la pacificación general del reino⁸²². El contexto general de Castilla en aquel tiempo era de inestabilidad, y Alonso de Cusanza hubo de necesitar de

⁸¹⁶ ASV: Reg. Lat., n.º 260, fol. 130

⁸¹⁷ A C León, n.º 4128. En VILLARROEL, 2006: 1.222, n. 718

⁸¹⁸ RISCO, 2009b: 61-62

⁸¹⁹ RISCO, 2009b: 62

⁸²⁰ *Ib.*

⁸²¹ *Ib.*

⁸²² Sepades que yo consyderando como es propio a los reyes usar de la clemencia e piedat e entendiendo que cumple asi a seruicio de Dios e medio de por fazer bien e merçet a todos los mis regnos e señorios les fize e otorgue perdon e indulgencia general, el qual yo mande publicar e pregonar en la çibdat de Segouia estando ende conmigo el dicho rey Juan de Nauarra, mi primo, e el infante don Enrrique, mi primo, maestre de Santiago [...] e los obispos de Cuenca, e Palençoa e Auila, e Leon...” (en ABELLÁN, 1984: 354, n.º 128)

nuevo del apoyo pontificio para proteger los bienes episcopales⁸²³. En este punto dice Óscar Villarroel:

Hay que tener en cuenta que este prelado era miembro del Consejo Real y confesor regio, con lo que su cercanía al rey estaba garantizada. De hecho, él había participado en el perdón general que dictó el 28 de noviembre de 1427 Juan II. Su presencia en la corte debía ser continuada, dado su servicio al rey (al menos como confesor) pues tuvo que solicitar al papa una dispensa para ello, pues iba incluso de las normas de las constituciones de su orden. Todo esto, sin duda, hizo que fuese un objetivo de los rivales del poder regio, y, a su vez, que el pontífice buscase protegerle⁸²⁴.

En este contexto seguía siendo confesor real y miembro del consejo del rey para el 16 de marzo de 1429, como se indica en un documento de la catedral de León⁸²⁵, y esto se daba “en el año en que se rompe definitivamente con los Infantes de Aragón y se producen cambios en el consejo”⁸²⁶. Dice Villarroel que “a los anteriormente autorizados para permanecer en éste se unirían otros miembros de la prelación que ya habían estado anteriormente en el Consejo y que habían colaborado con el monarca: Diego de Fuensalida, Alfonso de Cartagena y Alfonso de Cusanza”⁸²⁷. Sobre éste último señala que “el tercero, Cusanza, era confesor

⁸²³ ASV, Reg. Lat., 301, f. 122r, en Villarroel, 2006: 752, n. 54

⁸²⁴ VILLARROEL, 2006: 752

⁸²⁵ “Reverendo in Christo padre e Señor don frey Alfonso de Cusanza confessor de nuestro Señor el Rrey e del su consejo, obispo de León” (AC León, nº 1.251, f. 1r, nº 3.468 de ÁLVAREZ ÁLVAREZ, 1995: 233). El documento trata sobre la confirmación hecha por Juan II a la iglesia catedral de León de todos los privilegios concedidos por Enrique III. En esta misma fecha hay otro documento, sobre el mismo punto de los privilegios, en el que también se refiere a Alfonso de Cusanza como “confesor de nuestro señor el rrey e del su consejo, obispo de León” (AC León, nº 5.849, carpeta/caja 99/178M nº 3.469 de ÁLVAREZ ÁLVAREZ, 1995: 234), “Reverendo in Christo padre e señor don frey Alfonso de Cusanza confessor de nuestro señor el rrey del su consejo obispo de León” (AC León, nº 6.305, carpeta/caja 104/190, nº 3.467 de ÁLVAREZ ÁLVAREZ, 1995: 233).

⁸²⁶ VILLARROEL, 2006: 501

⁸²⁷ *Ib.*

real, con lo que la confianza regia debía ser elevada”⁸²⁸. Así, lo encontramos confirmando privilegios concedidos por Juan II a la Orden de Alcántara en 1429 y 1430⁸²⁹. En este año, además, indica Óscar Villarroel que “el rey obliga a prestar juramento a los nobles y prelados de que no van a prestar ayuda a los infantes ni al rey de Aragón y que van a guardar siempre la honra del rey y del condestable. En ese momento se hallaban presentes el arzobispo Lope de Mendoza y el obispo de León Alfonso de Cusanza, que se menciona además como confesor real”⁸³⁰.

La presencia de Alonso de Cusanza en la Corte, más allá de la utilidad política al contar con un hombre competente y de plena confianza, se concebiría también como medio de dar sacralidad a todos los hechos de índole política. Llegaría en este sentido a tener atribuciones propias de los capellanes reales, y el 27 de julio de 1430 oficiaba la misa previa al pleito homenaje de los miembros del Consejo Real al rey Juan II, “la qual misa dixo el obispo de León don fray Alfonso, confesor”⁸³¹. Sigue siendo mencionado como confesor del rey y miembro de su Consejo Real el 10 de febrero de 1431⁸³². Alonso de Cusanza moriría en el año de 1437 (aunque algunos autores han planteado si es que no regresó a Ribadavia⁸³³), sin ser la fecha segura, aunque debió de ser antes del 27 de agosto, pues ese día era elegido obispo Juan Alfonso de Mella⁸³⁴. Podemos concluir que Cusanza, que debía ser de avanzada edad para 1421, comenzó por esta época a ejercer el cargo de confesor, siendo en los primeros años de Juan II como rey adulto uno de sus principales apoyos. Su presencia en la Corte deja de constatarse hacia

⁸²⁸ *Ib.*

⁸²⁹ RISCO, 2009b: 62

⁸³⁰ VILLARROEL, 2006: 484

⁸³¹ Citado en NOGALES, 2008: 70

⁸³² AC León, nº 11.422, f. 1r.

⁸³³ *Vid.* FOLGADO, 2013: 24

⁸³⁴ EUBEL, 1914: 174

1431. Como vimos, fray Luis de Valladolid seguía siendo confesor en 1433, pero su muerte estaba próxima, y para 1437 ambos confesores habrían fallecido. En este periodo de ocaso de ambos eclesiásticos, comenzó a despuntar quien ocuparía un lugar incomparable en todo el reinado de Juan II no ya sólo en su función de confesor, sino de prelado y hombre de corte: fray Lope de Barrientos.

2.4.3. Fray Lope de Barrientos (OP):

- Carrera eclesiástica y política:

Como hemos dicho, podemos pensar que Alonso de Cusanza se alejó de la Corte en torno a 1430, cuando ya no hay documentación en la que figure en la Corte, si bien todavía en 1431 se intitulaba confesor, y fray Luis no debió de vivir mucho más allá del año 1433. El rey necesitaría tener entonces junto a sí otra persona que atendiese su conciencia. A partir de 1434, como veremos, figuraría como confesor quien ejercería este cargo de manera indiscutida por más de una década y después hasta el momento de la muerte del rey: el dominico fray Lope de Barrientos.

Lope de Barrientos es uno de los personajes más destacados de los años centrales del siglo XV en Castilla. Es una figura a la que la historiografía ya ha prestado gran atención, aunque quizá esté todavía por hacer una biografía acabada de este prelado e intelectual castellano⁸³⁵. Como en el caso de otros grandes confesores como Hernando de Talavera o fray Francisco Jiménez de Cisneros, es un hombre en el que su función de

⁸³⁵ Coincidimos con Rísquez Madrid cuando afirma que falta un estudio que recopile toda la documentación a él referida (RÍSQUEZ, 2010: t. I, 79)

confesor fue esencial pero cuya acción trascendió con mucho los aspectos referidos al Confesionario regio. Por ello, en este trabajo, aunque hagamos un repaso de su vida, necesariamente pasaremos por encima de muchas cuestiones que no atañen a su faceta como confesor. Se trata, en este sentido, de elaborar una biografía desde la perspectiva específica de dicha función. Lo cierto es que en Lope de Barrientos el desempeño de este cargo resulta del todo esencial para entender toda su trayectoria vital en el panorama político y eclesiástico de Castilla, y esto es para nosotros un hecho de primera relevancia en el que esperamos aportar algo en el presente estudio.

La fecha de nacimiento de Lope de Barrientos debe situarse entre los años 1382 y 1395⁸³⁶, en Medina del Campo. Provenía de una familia notable de la villa, en la que cursaría sus primeros estudios de gramática. Pronto sería enviado a Salamanca, donde continuaría el *curriculum* habitual, con estudios de artes y teología. Tomaría el hábito dominico, profesando en el convento de san Andrés, en Medina del Campo. En torno a 1406 sería enviado como profesor a san Esteban de Salamanca⁸³⁷. R. Hernández afirma que en 1415 era catedrático de teología en la Universidad salmantina⁸³⁸. Rísquez Madrid plantea que conociera allí a Juan de Torquemada y Juan de Cervantes⁸³⁹, aunque no hay manera de saberlo.

Lo cierto es que de este periodo de su formación las noticias son escasas. Creemos que el análisis más ajustado lo hizo Nicasio Salvador (con el que coincide Martínez Casado⁸⁴⁰), el cual disiente de la postura de R.

⁸³⁶ SALVADOR, 2005: 178-179

⁸³⁷ CUENCA, 1992: 6

⁸³⁸ HERNÁNDEZ, 1972a: 194

⁸³⁹ RÍSQUEZ, 2010: t. I, 23

⁸⁴⁰ MARTÍNEZ CASADO, 1994: 17. De hecho, llega a decir que “ni siquiera podemos asegurar que haya sido profesor de teología en ese centro de estudios” (p. 18).

Hernández y otros muchos y cree que no fue catedrático en Salamanca, si bien no niega que fuera maestro en teología. Dice pues⁸⁴¹:

A la vista de todos estos datos, se impone como primera conclusión irrefutable que Barrientos ni fue el primer dominico en regentar la cátedra de Prima en la Universidad de Salamanca ni tampoco catedrático de Prima en ningún momento y ni siquiera el primer dominico en ocupar una cátedra de teología. En segundo lugar, aun persistiendo algunas dudas sobre el titular de la cátedra de Vísperas entre fines de 1416 y septiembre de 1421, ningún dato permite asignarla a Barrientos, ni siquiera temporalmente en calidad de sustituto, de modo que cabe asegurar que nunca fue catedrático en la Universidad salmantina.

En efecto, no queda la más mínima mención a ese rango en ninguno de los abundantes documentos coetáneos sobre su persona...

No obstante, como dice el mismo “resulta, con todo, que aun cuando Barrientos no fuera catedrático en la Universidad de Salamanca, gozaba de la titulación necesaria para impartir enseñanza teológica, puesto que en distintas fuentes se le nombra como maestro en teología”⁸⁴². Concluye así que “mi argumentación conduce a pensar que Barrientos enseñó teología en el convento dominico de San Esteban, cuyas conexiones con la Universidad han quedado probadas, aunque la hipótesis no pueda confirmarse ahora documentalmente”⁸⁴³. Tenía en cualquier caso la formación necesaria para ser profesor⁸⁴⁴, con lo que en nada afecta esta cuestión a lo que atañe a la formación cultural de Barrientos.

Su vida en la Corte comenzaría en 1429, cuando debía contar ya unos cuarenta años de edad. En noviembre de ese año Juan II se dirigió a

⁸⁴¹ SALVADOR, 2005: 193-194

⁸⁴² *Ib.*: 194

⁸⁴³ *Ib.*: 195

⁸⁴⁴ RÍSQUEZ, 2010: I, 25

Extremadura para combatir a los infantes de Aragón, y en ese momento nombraría a Lope de Barrientos maestro del príncipe, con el que permanecería en Madrid. Su entrada en la Corte se dio por tanto por su prestigio cultural, y no parece que Juan II lo conociera antes. No obstante, pronto se haría notar y en 1434 aparece ya con el cargo de confesor real⁸⁴⁵. Quizá venía esto de tiempo atrás, cuando ejercía “labores que, tal vez, en los últimos momentos compatibilizase con los de confesor del rey”⁸⁴⁶, cuando las ausencias de Alonso Cusanza hicieran que el rey Juan II buscara sustitutos. Asimismo, le encontramos involucrándose ya en los asuntos de corte. Señala el mismo autor que “las menciones de presencia, sin más, nos pueden hacer sospechar también el intento de participar en la política del reino”⁸⁴⁷. A partir de entonces, Lope de Barrientos sería hombre de confianza de Juan II, lo que llevaría a éste a realizarle consultas “para que le aclarase la visión religiosa de ciertos conceptos dudosos”, y así “el rey sabía que podía contar con su consejo además que sin duda conocía la cultura del prelado dominico”⁸⁴⁸.

Lope de Barrientos se había convertido de este modo en un hombre de confianza del rey, que le encomendaba la educación del futuro Enrique IV, y a quien encomendó el cuidado de su conciencia y de su alma. Dada su formación intelectual y doctrinal, así como la confianza depositada en su buen juicio, hubo de gestionar un asunto que “resulta funesto para la fama de Barrientos”⁸⁴⁹: la expurgación de la biblioteca del marqués de Villena, cuyos libros censurados fueron quemados públicamente el 15 de diciembre

⁸⁴⁵ GARCÍA-MONGE, 2001: 16

⁸⁴⁶ VILLARROEL, 2006: 476

⁸⁴⁷ VILLARROEL, 2006: 480

⁸⁴⁸ *Ib.*: 488

⁸⁴⁹ CUENCA, 1992: 7

de 1434⁸⁵⁰. El propio Lope de Barrientos dejaría claro que tal iniciativa no partió de él, sino del propio rey, aunque si la *Refundición* se debe a su autoría, allí reconocería en que aconsejó la quema de ciertos libros, aunque ciertamente la iniciativa de la expurgación partió del monarca⁸⁵¹. En este sentido, le indicaría más tarde al monarca cómo podía ser más eficaz para preservar la pureza de la fe y la moral custodiar los libros inapropiados y consultarlos para poder preparar una defena más solida de la ortodoxia cristiana, en vez de destruirlos⁸⁵². Por todo ello, María Isabel García-Monge no comparte “la opinión de los que ven en la quema de los libros de Villena un reflejo de prejuicios eclesiásticos, de maniobras políticas, o de miedo popular ante los nigromantes. Fue más bien un síntoma de un cambio cultural. La ciencia oriental de los amigos y maestros de Villena ya no se veía como el «tesoro» de que hablaban tanto Juan de Mena como Santillana, sino que se asociaba cada vez más en la mente popular con las malas artes”⁸⁵³. Esta cuestión ya ha sido analizada en varias publicaciones⁸⁵⁴.

⁸⁵⁰ “E después que fallestiese don Enrique, el Rey mandó traer a su cámara todos los libros que él tenía en la villa de Yniesta; e traydos, mandó al maestro fray Lope de Varrientos, maestro del Príncipe, que los catase sy avía algunas çiençias. E el maestro, como era derecho seruidor del Rey, apartó çerca de çinquenta volumes de libros de malas artes vanas e defendidas, e dió por consejo al Rey que las mandase quemar. E dió el Rey el cargo dello al dicho maestro; e luego lo puso en execución (CARRILLO DE HUETE, 1942: 182). Pérez de Guzmán, al tratar sobre la cuestión del marqués de Villena, dice: “Este Caballero fue muy gran Letrado, e supo muy poco en lo que le cumplía. Y el Rey mandó que le fuesen traídos todos los libros que tenía, los quales mandó que viese Fray Lope de Barrientos, Maestro del Príncipe, e viese si había algunos de malas artes; e Fray Lope los miró e hizo quemar algunos, e los otros quedaron en su poder. El Rey mandó allí hacer honorablemente sus obsequias” (PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a: 519).

⁸⁵¹ “Y depués que él fallestió [Enrique de Villena], el Rey mandó traer a su cámar todos los libros que este don Enrique tenía en Yniesta, e mandó a fray Lope de Barrientos, maestro del Príncipe, que catase si auía algunos dellos de çiençia defendida. E el maestro católos, e falló bien çinquenta lvolumes de libros de malas artes. E dió por consejo al Rey que los mandase quemar. El Rey dió cargo dello al dicho maestro, e él púsolo luego en esecución, e todos ellos fueron quemados” (BARRIENTOS, 1946: 171).

⁸⁵² “Este libro es aquel que después de la muerte de don Enrique, tú commo Rey christianísimo, mandaste a mí, tu siervo e fechora, que lo quemase a bueltas de otros muchos, lo qual yo puse en execución en presençia de algunos tus servidores, en lo qual, así commo en otras muchas, paresçió e paresçe la grant devoción que tu Señoría sienpre ovo a la religión christiana, e puesto que aquesto fue e es de loar” (BARRIENTOS, 1992: 197-198).

⁸⁵³ GARCÍA-MONGE, 2001: 49

⁸⁵⁴ Vid. CUENCA, 1992: 7-16, aquí se halla una excelente valoración de la actitud de Lope de Barrientos y las diversas opiniones de los estudiosos sobre esta cuestión.

Toda esta temática de la adivinación, la magia etc. hubo de preocupar al rey, ya que encomendó a fray Lope dicha expurgación, pero quizás a partir de la misma Barrientos elaboró sus famosos tratados, que respondían a las inquietudes personales del rey, y de los que trataremos más adelante (§ 3.2). En este sentido, creo que no podemos ver en Lope de Barrientos a un individuo que busca inculcar en el rey una cultura represiva para preservar la ortodoxia, sino un servidor que obedece a la iniciativa del rey. De hecho, Lope de Barrientos manifestó al monarca que, más que destruir los libros, convenía conservarlos con el fin de tener información para argumentar contra la heterodoxia⁸⁵⁵. De este modo, una equiparación, por ejemplo, con Isabel I y su confesor fray Tomás de Torquemada sería inapropiada.

Entre 1436 y 1437 se haría cargo de la administración del monasterio de la Peña de Francia, cuestión que trataremos en el apartado referido al espíritu reformador. Desde estas fechas, y hasta 1449, Lope de Barrientos suele aparecer mencionado como confesor real. “Con ello”, escribe O. Villarroel, “pasó a ser uno de los confesores que durante más tiempo actuó como tal, coincidiendo, además, con los años de su ascenso político-ecclesiástico”⁸⁵⁶. En efecto, a partir de 1438 comenzaría una brillante carrera dentro de la jerarquía y en la Corte de Castilla. En febrero de dicho año fue nombrado obispo de Segovia, que había quedado vacante un año antes, en 1437⁸⁵⁷. Para Óscar Villarroel este nombramiento se enmarca claramente

⁸⁵⁵ “Pero por otro respecto en alguna manera es bueno guardar los dichos libros, tanto que estoviesen en guarda e poder de buenas personas fiables, tales que non usasen d’ellos salvo que los guardasen, a fin que en algunt tienpo podría aprovechar a los sabios leer en los tales libros para deffensión de la fe e de la religión christiana, e para confusión de los ydólatras e nigrománticos” (BARRIENTOS, 1992: 198)

⁸⁵⁶ VILLARROEL, 2006: 1072

⁸⁵⁷ EUBEL, 1914: 234.

en su ascenso en la Corte como maestro del príncipe, asesor espiritual y ya probablemente como confesor⁸⁵⁸.

Antonia Rísquez Madrid, que ha trabajado documentación pontificia referida a Lope de Barrientos, interpreta en el mismo sentido su nombramiento, como una “recompensa que el rey Juan II le hace por su lealtad: es un reconocimiento público y oficial de que es un miembro activo políticamente dentro de la corte”, máxime cuando recibe del Papa “una licencia para residir permanentemente junto al rey, y que las visitas a su diócesis las hiciera a través de un procurador”⁸⁵⁹. En efecto, el 22 de agosto de 1438 el Papa hizo diversas concesiones a Lope de Barrientos (visitar la diócesis por procurados, rezar el oficio según el rito dominicano y disponer de sus bienes en favor de los familiares). En el primer párrafo se le menciona como confesor y por esto mismo se le pide dispensa para no visitar la diócesis y permanecer en la Corte⁸⁶⁰.

Su consagración se llevó a cabo en Roa, estando presente toda la Corte, con los reyes, el príncipe y el condestable don Álvaro⁸⁶¹, ya que se habían movilizado hasta allá en el contexto de la guerra contra el rey de Navarra⁸⁶². Ya investido prelado, y manteniendo su función y cargo de

⁸⁵⁸ “Para ello, en esta ocasión decidió solicitar la sede vacante para Lope Barrientos, fraile dominico que hasta entonces era el preceptor del príncipe Enrique, cargo para el que había sido nombrado en 1429. Esto le había dado cercanía al monarca, con el que había tenido contacto y diálogos. Su personalidad religiosa y docta influyó en ello, dado que el propio monarca mientras todavía era maestro del príncipe de Asturias le había pedido consejo en varias ocasiones sobre cuestiones filosóficas. Además, seguramente para entonces ya fuese confesor regio” (VILLARROEL, 2006: 1.000).

⁸⁵⁹ RÍSQUEZ, 2010: 41-42

⁸⁶⁰ *Beatissime pater: Cum devota creatura vestra Lupus [Barrientos], episcopus Segobien., devotissimi e. s. filii Joannis Castellae et Legionis regis illustris confessor et illius primogeniti magister existat. continue ad ejusdem regis nutum praesens in ipsius curia residere necessitur: cupiens nichilominus omnium suorum periculis, si quae immineantur, more pii patris et anumarum pastoris occurrere* (en BELTRÁN DE HEREDIA, 1970: II, 433-434)

⁸⁶¹ “El domingo siguiente se consagró por obispo de Segouia don frey Lope de Barrientos, maestro que era del Príncipe. E fueron presentes a su consagración el Rey e la Reyna, e el Príncipe, e el condestable, e todos los grandes que en la corte estauan. E fué padrino deste avto don Pedro, obispo de Osma, nieto del rrey don Pedro. Este obispo don Lope de Barrientos fué después obispo de Ávila, e después obispo de Cuenca” (BARRIENTOS, 1946: 221)

⁸⁶² *Vid.* CARRILLO DE HUETE, 1946: 253

confesor real, Lope de Barrientos estaba llamado a tener un enorme peso dentro de la Corte, actuando siempre en lo que entendía como servicio al rey Juan II, lo que desde un tiempo temprano le granjearía enemigos. Así, como obispo de Segovia, tendría problemas derivados de la presencia y poder de Juan Pacheco y del príncipe Enrique en la ciudad⁸⁶³, y en agosto de 1438 acompañaría al rey que se dirigía con sus tropas a solventar el levantamiento del almirante y del adelantado Pero Manrique⁸⁶⁴, aunque la *Crónica del Halconero* sitúa el hecho el 21 de febrero de 1439⁸⁶⁵.

En 1439 Lope de Barrientos dejaría de figurar como maestro del príncipe Enrique⁸⁶⁶ (aunque según María Jesús Díez Garretas lo seguiría siendo hasta abril de 1440⁸⁶⁷) tal vez por la edad del mismo o, muy probablemente, por las desavenencias entre ambos, aunque en octubre de ese año fue la persona escogida para ir a notificarle la muerte de su hermana Catalina⁸⁶⁸. Fray Lope siempre estaría situado en la más absoluta fidelidad al rey. Aquel mismo año los nobles consiguieron apartar a don Álvaro de Luna de la compañía de Juan II, pero Barrientos y Gutierre Gómez de Toledo pudieron permanecer junto a él⁸⁶⁹. Precisamente en ese momento es cuando el rey lo introdujo en el Consejo Real⁸⁷⁰ y obtuvo

⁸⁶³ RÍSQUEZ, 2010: t. I, 42

⁸⁶⁴ La lista de los que acompañaron al rey en esa ocasión (el príncipe Enrique, el Condestable, los más importantes prelados y nobles) termina con “Don Lope de Barrientos, Obispo de Segovia, é otros muchos caballeros” (PÉREZ DE GUZMÁN, 1877a: 549).

⁸⁶⁵ BARRIENTOS, 1946: 223

⁸⁶⁶ VILLARROEL: 1.003

⁸⁶⁷ DÍEZ GARRETAS, 1993: 314

⁸⁶⁸ “Martes 27 de octubre de 39 años, estando el Rey don Juan de Castilla en Castronuño, le venieron nuevas cómo era finada la ynfanta doña Catalina, hermana suya, legítima muger del ynfante don Enrrique de Aragón e de Sçeçilia, la qual ynfanta murió de parto. E como el señor Rey sopo el fallesçimiento de ña ynfanta su hermana, mandó a don Lope de Varrientos, obispo de Segobia, e a don Rodrigo de Luna, prior de San Juan, que fuesen de su parte a consolar al ynfante don Enrrique, el qual estaba en Alahejos, aldea de Medina. E fiziéronlo asy, e el ynfante rrespndió que lo tenía en mucha merced al señor Rey, e a ellos lo tenía en gracia. E con esta rrespuesta se voluieron luego a Castronuño, al Rey” (CARRILLO DE HUETE, 1946: 300). De forma más abreviada, Pérez de Guzmán dice lo mismo (*vid.* PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a: 557).

⁸⁶⁹ VILLARROEL, 2006: 1.003

⁸⁷⁰ *Ib.*: 503

diversas facultades como obispo de Segovia⁸⁷¹. Óscar Villarroel, que tiene un amplio conocimiento de los diversos agentes regios del reinado de Juan II, indica que durante el reinado del mismo, hubo diversos eclesiásticos de baja extracción que ascendieron gracias al apoyo del monarca, y cita como ejemplos, precisamente, a dos confesores: Lope de Barrientos y Gonzalo de Illescas⁸⁷². En el caso de Barrientos, éste pertenecería al grupo de clérigos de primera relevancia que supieron mantenerse a lo largo del tiempo⁸⁷³.

El 15 de marzo de 1440 Lope de Barrientos acumulaba ya muchas y relevantes funciones: además de obispo de Segovia y confesor de Juan II era oidor de la Audiencia Real, miembro del Consejo Real⁸⁷⁴ y, si bien había dejado de ser maestro del príncipe, figura como confesor del mismo⁸⁷⁵, así como su canciller mayor el 1 de abril de 1440⁸⁷⁶. Pese a estos nombramientos, Lope de Barrientos, quizá por las desavenencias con el príncipe Enrique o sobre todo su entorno (Pacheco), se retiró a la diócesis de Segovia. Este hecho fue analizado por los cronistas. Pérez de Guzmán escribe que “y asimesmo se despidió del Rey Don Lope de Barrientos, Obispo de Segovia, Maestro que había seydo del Príncipe, para se ir a Turuégano que era cámara suya; é de la partida deste Obispo pesó mucho al Rey, porque era hombre de buen consejo, é quisiera que no se partiera pues que é no era de los que se habían de apartar dél”⁸⁷⁷. Si bien vimos cómo la imagen del confesor alejándose de la corte llegó a ser un tópico para la época de Pedro I, aquí parece que corresponde a la realidad

⁸⁷¹ ASV: Reg. Vat., n° 366, f. 305

⁸⁷² VILLARROEL, 2006: 510

⁸⁷³ VILLARROEL, 2006: 511

⁸⁷⁴ *Vid.* MARTÍNEZ CASADO, 1994: 170-171

⁸⁷⁵ Por esta época Juan II ya se refirió a Barrientos como “mi confesor e confesor del príncipe don Enrique mi fijo” (AGS: MR, leg. 1, fol. 198v)

⁸⁷⁶ *Vid.* VILLARROEL, 2006: 1.184

⁸⁷⁷ PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a: 563

histórica, al igual que la pesadumbre del rey, que debía apreciar con mucho la ayuda de su confesor. Carrillo de Huete es más explícito y crítico con Barrientos:

E así se despedió el obispo de Segobia don fray Lope de Varrientos, maestro del Príncipe, para Turuégano, cámara de los obispos de Segobia; non porque le fuese mandado, mas porque vió e conoçió que estos devates e contiendas non llebauan camino de atajo, saluo de acreçentarse de mal en peor. Por lo qual, contra toda voluntad del Rey, por reposo de su persona e por dar quenta del cargo que tenía, deliberó de rretraerse a su obispado. E de la partida deste obispo se siguió gran deservicio e daño al Rey e al Príncipe, por quanto le tenía muy vien criado e dotrinado. E como el Príncipe era moço, allegó a sy otros moços de su hedad, por consejo e usança de los quales se juntó e soltó a muchas cosas que non eran su seruicio, según que después fué vien visto e conoçido por todos los grandes del rreyno⁸⁷⁸.

Estas líneas nos parecen de sumo interés, pues vienen a reflejar la importancia concedida ya entonces a Barrientos como consejero, confesor y maestro. Ello explica que su retirada de la corte fuese criticada casi como una deslealtad. A partir de esta época, cuando el príncipe empezó a actuar con independencia respecto a su padre, Barrientos sería un intermediario entre ambos⁸⁷⁹. También en este año, el 15 de marzo, se le traspasaron ocho escusados del oficio de oidor que tenía Diego Gómez de Toro, que había muerto, y en ese documento se le reconoce como “obispo de Segovia, oydor de la mi abdiencia e del mi consejo, mi confesor e confesor del príncipe don Enrrique mi fijo”⁸⁸⁰. A estas alturas, lo encontramos como un

⁸⁷⁸ CARRILLO DE HUETE, 1946: 335

⁸⁷⁹ *Vid.* MARTÍNEZ CASADO, 1994: 40-42,

⁸⁸⁰ AGS: ERM, QC, leg. 1, f. 198v.

destacado miembro de la jerarquía, como confesor del príncipe, oidor de la Audiencia y miembro del Consejo Real. Un año más tarde también sería el encargado, junto a Alonso de Cartagena, de negociar en Arévalo con el rey de Navarra cuestiones que atañían a los conflictos entre ambos reinos. Según O. Villarroel “será uno de los pocos asuntos representativos de tal actividad que suponga una mediación específica de los clérigos”⁸⁸¹. Por lo tanto, podemos considerarlo también como emisario o comisionado del rey, de manera que actuaba como representante diplomático.

A este respecto, Lope de Barrientos jugaría un enorme papel en el conflicto con los Infantes de Aragón, con los que no tenía buena relación. Tal es así que, cuando aquéllos entraron en la Corte del rey en abril de 1440, fray Lope se marchó de la misma, quizá por la incompatibilidad con Juan Pacheco, que entraba en la Corte como paje en la Casa de Enrique, en la que Barrientos ostentaba el título de Canciller Mayor⁸⁸². Meses después, Lope de Barrientos regresaría a la Corte dadas las intrigas de los Infantes⁸⁸³. Carrillo de Huete nos refiere que don Álvaro de Luna pidió al rey le enviase emisarios para informarle de la situación. Enviados los embajadores, acordaron todos informar a Lope de Barrientos para conocer su parecer ante los problemas con el rey de Navarra y el infante don Enrique:

E tornaron estos envaxadores a Ávila, dende a dos días, e sobre el rrecaudo que traxieron deste condestable acordó el Rey de enviar llamar a don Lope de Varrientos, obispo de Segobia, que estava en Turuégano, para aver su consejo sobre estos fechos de tan gran rrotura, por quanto era mucho servidor e persona de quien mucho fiaba.

⁸⁸¹ NIETO, 1994: 304

⁸⁸² DÍEZ GARRETAS, 1997: 314

⁸⁸³ RÍSQUEZ, 2010: t. I, 43

E como este obispo ovo la carta del Rey, dende a dos oras partió, e andubo toda la noche, por manera que otro día siguiente llegó a Ávila, do el señor Rey estaua. E luego el señor Rey e otros del su Consejo enformaron al obispo del estado de los fechos, e asy ynformado dixo que le parescía que ante todas cosas el señor Rey devía enviar rrequerir al rrey de Navarra e a los otros cavalleros de su opinión que guarden los capítulos que fueron jurados e votados en Vonilla; e si guardarlos quisieren, que la rrotura sería escusada, e sy non los quisiesen guardar, que el Rey ternía por sy a Dios e a la justiçia e qualesquier males e daños que sobre ello seguisen todo sería a grande culpa e cargo del rrey de Navarra e del ynfante su hermano, e de los otros cavalleros de su sequela. Este consejo paresció vien al Rey, e rogó e mandó al dicho obispo que él mesmo con otros tomase cargo de yr fazer rrequerimiento; lo qual aceptó el obispo en esta manera⁸⁸⁴.

Sería enviado ante los mismos por parte del rey el 7 de enero de 1441 para requerirles que cumpliesen lo acordado en Bonilla⁸⁸⁵. Pese a ser enviado a negociar, Lope de Barrientos era partidario, junto a la mayoría del Consejo, del enfrentamiento armado⁸⁸⁶. Para este momento Antonia Rísquez asegura que “así las cosas, el único colaborador del monarca castellano que puede intentar que el conflicto se solucione es Lope de Barrientos, y en ello empleará sus dotes y astucia políticas y diplomáticas”⁸⁸⁷. Acompañaba al rey en la ocupación de las propiedades del Infante Juan el 12 de mayo de 1441⁸⁸⁸ y en junio aparece como negociador por el rey⁸⁸⁹, pese a lo cual, el 18 de aquel mismo mes aconsejaba el

⁸⁸⁴ CARRILLO DE HUETE, 1946: 365-366.

⁸⁸⁵ *Vid.* PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a: 572-574. Ahí se transcribe el memorial que los embajadores castellanos presentaron.

⁸⁸⁶ VILLARROEL, 2006: 504

⁸⁸⁷ RÍSQUEZ, 2010: I, 44

⁸⁸⁸ *Vid.* CARRILLO DE HUETE: 395 ss.

⁸⁸⁹ “La Reyna y el Príncipe se vinieron aposentar á Santa María de las Dueñas, é como quier que estando las cosas en este estado, se concertaron vistas, por la parte del Rey el Conde de Alva é Don Lope de Barrientos, Obispo de Segovia” (PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a: 584)

enfrentamiento para solucionar el problema⁸⁹⁰. Diez días más tarde se encontraba junto al monarca cuando los infantes de Aragón forzaban la entrada en Medina⁸⁹¹. Un día después, el 29, hubo de abandonar la Corte muy a su pesar por negarse a pactar seguros con el rey de Navarra y el infante de Aragón⁸⁹². Un mes más tarde recibió una carta de amistad junto al conde de Alba y Gutierre de Toledo “como forma de asegurarles las intenciones de los vencedores de Medina”⁸⁹³.

Es en este contexto en el que Lope de Barrientos fue promocionado a la sede de Ávila, efectuándose el traslado el 27 de julio de 1441⁸⁹⁴. El significado de este cambio hay que verlo en el contexto de la negociación con el cardenal Cervantes, que fue nombrado nuevo obispo de Segovia. Carrillo de Huete afirma que Barrientos consiguió el traslado de Segovia a Ávila por la hostilidad del príncipe Enrique, inducido por sus privados⁸⁹⁵. Las crónicas aluden a los enfrentamientos con el príncipe por instigación de Juan Pacheco: “En este tiempo Don lope de Barrientos, Obispo de Segovia, permutó á Segovia por el Obispado de Ávila con el Cardenal Don Pedro de Cervantes, recelando que porque ya entrél y Juan Pachecho había algunas contenciones, que teniendo el Obispado de Segovia siempre rescibiría dél enojos; é porque el Obispado de Ávila tenía más que el Obispado de Segovia”⁸⁹⁶. Así lo ve O. Villarroel:

⁸⁹⁰ Según Carrillo de Huete, se había decidido el enfrentamiento, pero la reina María de Aragón y del príncipe Enrique propusieron una vía de entendimiento, lo cual obstaculizó la vía armada. Lope de Barrientos fue la persona escogida para ir a hablar con ambos (*Vid.* CARRILLO DE HUETE, 1946: 415-416)

⁸⁹¹ *Vid.* PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a: 586

⁸⁹² “Entendiendo el dicho obispo que no le era onesto de las fazer [los seguros], aunque le fué trabajo dexar al Rey en tal tienpo e por tal vía, antes lo quiso sofrir que no fazer seguridades desonestas contra la lealtad que devía a su Rey e señor” (CARRILLO DE HUETE, 1946: 420).

⁸⁹³ VILLARROEL, 2006: 1.185, n. 290

⁸⁹⁴ ASV, Obl. Comm., 66, f. 56v, en VILLARROEL, 2006: 1.185, n. 291

⁸⁹⁵ “En este comedio, don Lope de Varrientos trató permutación e permutó con el cardenal de San Pedro el obispado de Segobia por el obispado de Ávila. E esto fizo porque non le trataba vien el Príncipe, según los seruicios que le avía fecho, por induzimiento de algunos de sus pribados” (CARRILLO DE HUETE, 1946: 433)

⁸⁹⁶ PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a: 609

Hubo otras formas de concesión por parte del pontífice que atañían a los obispos, y que, pese a ser heterogéneas en su forma, coinciden en la preocupación pontificia por asegurar que los colaboradores regios pudiesen ejercer la prelación en sus respectivas sedes sin ningún menoscabo. Así, en 1442, dado el mal trato que recibía Lope Barrientos, y para evitar que se repitiese la situación, el papa optó por aceptar la permuta de obispados con el de Ávila que le habían propuesto, lo que exigió, además, lograr una compensación económica para el cardenal Cervantes, administrador hasta entonces de Ávila, porque la sede segoviana era de menor valor, obteniéndose de la de otro colaborador regio: Osma⁸⁹⁷.

Antonia Rísquez indica así que “sin duda hay que ver este cambio de obispado como una maniobra política tras comprobar las dificultades que encontraba en Segovia, y la traba que suponía el Príncipe y, sobre todo, Juan Pacheco”⁸⁹⁸, opinión que comparte Paloma Cuenca, la cual señala que pese a haber hecho la permutación para alejarse de la corte, “se ve obligado a seguir desempeñando su papel de mediador entre las diversas banerías políticas”⁸⁹⁹. En efecto, en 1442 no figura en el Consejo Real, si bien reaparece entre 1443 y 1445. En esta época queda evidenciado que es uno de los principales valedores del rey. En este tiempo trataría de obtener la libertad del monarca, al mismo tiempo que los infantes le permitirían un frecuente acceso a la persona del rey en la corte⁹⁰⁰, siendo miembro del Consejo Real tal como figura en la documentación junto al cargo de confesor (por ejemplo en un documento del 27 de julio de 1443⁹⁰¹). Cuando se

⁸⁹⁷ VILLARROEL, 2006: 448

⁸⁹⁸ RÍSQUEZ, 2010: t. I, 44

⁸⁹⁹ CUENCA, 1992: 19

⁹⁰⁰ VILLARROEL, 2006: 699

⁹⁰¹ “Sepades quel lunes wue se contaron veynte e nueue dias del mes de jullio primero que paso deste año de la data desta mi carta yo estando en Ramaga, lugar de la villa de Areualo, estando conmigo en el

estableció que el rey no podría tomar decisiones sin contar con la aprobación del infante Juan debió decidirse a trabajar por la liberación del rey. Gracias a este acceso a la persona del rey Lope de Barrientos pudo conseguir su liberación. Fue una pieza clave para organizar la oposición a los infantes de Aragón y la preparación de la fuga⁹⁰². Quizá la libertad con la que se movía pudo deberse a su condición de confesor, que justificaba su aproximación a la persona del rey.

En este tiempo fray Lope sería un importante agente político en Castilla. En enero de 1444 se le concedió la posibilidad de gobernar su diócesis mediante procuradores⁹⁰³, lo cual debió concederse por su importante labor en compañía del rey. En efecto, jugaría en este momento un papel de enorme relevancia al aglutinar a los adictos al rey, de modo que el 10 de marzo de 1444 consiguió la concordia entre el príncipe don Enrique, don Álvaro de Luna, el conde de Haro, el arzobispo de Toledo y otros con el objetivo de liberar al rey⁹⁰⁴. Hecho esto, visitó al rey, a quien informó de los planes para su liberación. La Crónica del Juan II lo relata así:

Hasta aquí ni el Rey ni el Príncipe no habían en uno hablado en secreto, porque el Príncipe era tan mozo, que el Rey no se atrevía a hablar con él, y el Obispo de Ávila se recelaba de hablar con el Rey por la grande sospecha que dél se tenía, e por las grandes guardas que estaban cerca de la persona del Rey, que no consentían que ninguna persona hablase con él sin tercero [...] pero al fin por medianero se concertó quel Rey llamase al Obispo de Ávila, e hablase con él a

dicho lugar la reyna doña Maria [...] e don frey Lope de Barrientos, obispo de Auila mi confesor..." (en ABELLÁN, 1984: 570-571, nº 239)

⁹⁰² Vid. MARTÍNEZ CASADO, 1994: 32-37.

⁹⁰³ ASV: Reg. Vat., nº 378, f. 255

⁹⁰⁴ "Tornando a la concordia que mediante el obispo se trataua entre señor Príncipe e el condestable, voluió Nuño de Arévalo al obispo don Lope de Varrietnos con rrespuesta de la envaxada con que lo avía enviado al condestable, que no envargante que del todo non se saneaban los dichos tres ynconvenientes, pero que por delibrar la persona del Rey su señor a él plazía de confiarse del señor Príncipe, e juntarse e alçase con él, para la persecución de lo suso dicho" (CARRILLO DE HUETE, 1946: 446)

una parte de la cámara, e hízose así. E como el Rey llamó al Obispo, e se apartó a hablar con él, dixo el Obispo: *Señor, esta habla sea corta, é de palabras substanciales*, dixo el Rey: *Obispo, ¿qué os parece de como está?* el Obispo le dixo que le parecía muy mal, pero quel remedio estaba aparejado: *¿el remedio*, dixo el Rey, *qual es?* el Obispo le dixo: *Señor, el Príncipe lo remediará, que está concertado con el Condestable*. El Rey le dixo: *Obispo, ¿esto es cierto?* El Obispo le dixo: *Señor, sí, y vos, Señor, mañana estaos en la cama, diciendo que estais doliente, y el Príncipe verná a veros, y en achaque de catarros, si teneis calentura, tomadle la mano, y él vos hará pleyto omenaje de todo esto que yo digo, e mas vosa dará una cédula de su mano de seguridad para lo cumplir, e Vuestra Alteza dé otra cédula de seguridad para lo acrecentar e honrar e fiar dél*. Y desto el Rey quedó muy alegre, e apartáronse luego. E otro día siguiente, el Rey se estuvo en la cama, diciendo que se sentía mal, y el Príncipe fuélo a ver, e preguntóle cómo se sentía, é juntóse con el Príncipe el Obispo, é Juan Pacheco. E como el Obispo llevaba ordenadas las cédulas, dió al Rey la del Príncipe, é firmó el Rey la otra, é dióla al Príncipe, é tomáronse las manos, é hicieron pleyto omenaje el uno al otro, y el otro al otro de lo guardar é cumplir. Hízose esto tan presto, y tan secreto, que no se pudo sentir de Ruy Diaz, ni de los otros que allí estaban por guardas⁹⁰⁵

Barrientos fue esencial para concertar la alianza en torno al rey y su liberación. Como se aprecia en la crónica, los carceleros trataban de asegurarse de que el rey no estuviera sólo con sus partidarios. De hecho, en el siguiente capítulo, se refiere cómo los carceleros recelaron de la alegría del rey tras la conversación con el Príncipe, y fueron a preguntar a Barrientos de qué habían tratado, el cual eludió decir la verdad refiriendo temas de poca importancia que, según él, se habían tratado en la conversación. Dicha respuesta no convenció en absoluto, y “el Almirante

⁹⁰⁵ PÉREZ DE GUZMÁN: 617, 1887a: 617

dixo al Obispo, que se guardase de otras hablas, porque el Rey de Navarra tenía dél gran sospecha, tanto que a su grado él sería ya empezado”⁹⁰⁶. Quizá se consintiese la proximidad de Barrientos al rey por su condición de confesor, aunque difícilmente podría ejercer dicha función si no se le permitía una plática privada prolongada.

En esta época se daría el cambio de sede de Lope de Barrientos a Cuenca el 7 de marzo de 1445⁹⁰⁷. Al parecer, se le ofreció la sede de Compostela, pero tras una aceptación inicial, renunció a ella en favor de Álvaro Núñez de Isorna, que dejó vacante la de Cuenca, que tomó Barrientos. Fray Lope adujo su avanzada edad para declinar la mitra compostelana, aunque “no es fácil descubrir la verdadera razón de esta renuncia”⁹⁰⁸. Tras la liberación del rey, la única vía de solución de conflicto se vio que era la guerra. El 19 de mayo de 1445 se dio la batalla de Olmedo, en la que Barrientos participó dirigiendo sus propias mesnadas junto al rey. Las coplas *Ay panadera* presentan una actitud beligerante del obispo⁹⁰⁹. Ciertamente, el prelado siempre mostró una actitud de firmeza en defensa de la autoridad regia, aunque esto supusiera el recurso a las armas. No obstante, no nos encontramos ante el talante de otros jerarcas medievales que compaginaban sin escrúpulos su condición de hombres de Dios con la de hombres de armas. Al contrario, hemos visto cómo Lope de Barrientos se encargó de negociar en distintas ocasiones con los infantes de Aragón,

⁹⁰⁶ *Ib.*

⁹⁰⁷ Se dispensa a Lope de Barrientos de su obligación con la sede de Ávila. Se le nombra así obispo de Cuenca en sustitución de Álvaro, que es trasladado a Santiago (ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol., nº 72, f. 8v). Otro documento, fechado en mayo, refleja la elección de Barrientos como resultado de la nueva distribución de los obispados de Santiago, Cuenca y Ávila (ASV: Reg. Vat., nº 377, ff. 56-58). Como vemos, en cierto modo el centro lo ocupa Barrientos, que renunció a Santiago, abandonó Ávila y ocupó la sede de Cuenca.

⁹⁰⁸ MARTÍNEZ CASADO, 1994: 37.

⁹⁰⁹ “En cátedra de madera / vi al obispo Barrientos / con un dardo sin avientos / que a predicarles saliera / e por conclusión pusiera / que el que allí fuese a morir / que le faría subir / al cielo sin escalera” (<http://www.jesusfelipe.es/coplasdeaypanadera.htm>, consultado en julio de 2015)

así como el rey de Navarra. Si después de estas gestiones recomendaba el enfrentamiento sería más bien por considerar inadmisibles las exigencias de los parientes del rey. Después de la batalla de Olmedo, y en los conflictos que después sostendría en la ciudad de Cuenca en defensa de la autoridad regia, solicitaría un perdón pontificio por haber encabezado conflictos armados siendo sacerdote y obispo⁹¹⁰. Todavía en 1471 un guardia a servicio de Lope, Juan Pacheco, solicitaba absolución por participar en los hechos⁹¹¹, lo cual nos da idea de la crudeza de los combates y de lo razonable de los dilemas del obispo. No obstante, en estos conflictos Barrientos hubo de contar con el apoyo de la Santa Sede, ya que, con fecha de 1462, el Papa condenaba con la excomunión a quienes atacasen a la iglesia de Cuenca o al obispo Barrientos⁹¹².

El 4 de octubre de 1445 ya se encontraría, como fecha más tardía posible, en Cuenca⁹¹³, año en el que pediría licencia para testar⁹¹⁴. Como veremos, Lope de Barrientos fue acumulando un importante patrimonio, lo que ha sido visto como una contradicción en un fraile mendicante (incluso se benefició en el conflicto con los infantes de Aragón⁹¹⁵), aunque también es cierto que lo empleó en beneficio de los desfavorecidos y de la Iglesia. En 1446 moriría el arzobispo de Toledo, Gutierre Álvarez de Toledo. Al parecer, Juan II le ofreció a Barrientos (para recompensar su mediación entre él y su hijo el príncipe Enrique) la sede de Toledo, pero don Álvaro de

⁹¹⁰ ASV: nº 365, fol. 495v-496v, transcrito en RÍSQUEZ, 2010: t. I, 51-53

⁹¹¹ ASV, Arm. XXXIX, nº 12, fol. 96v

⁹¹² ASV: Reg. Vat., nº 508, f. 332, en RÍSQUEZ, 2010

⁹¹³ DÍAZ IBÁÑEZ, 2002: 183

⁹¹⁴ ASV: Arm. LIII, nº 13, fol. 53r

⁹¹⁵ En ese año Lope de Barrientos recibió unos juros y alcabalas que tenía un doncel suyo llamado Alonso de Alarcón, que se había pasado al bando del Infante don Juan (AGS: MR, leg. 1, nº 147). Una relación de las recompensas regias por la fidelidad de Barrientos en la batalla de Olmedo puede verse en MARTÍNEZ CASADO, 1994: 39. También puede verse una relación de lo que Lope de Barrientos tenía en los libros del rey en AGS: MR, leg. 1, nº 73.

Luna impidió dicha elección en favor de Alfonso Carrillo⁹¹⁶. La crónica del Condestable, sin embargo, afirma que Barrientos debió su condición episcopal a don Álvaro⁹¹⁷. En este momento, el Papa le encargaría informarse sobre irregularidades acaecidas en la diócesis de Mondoñedo, sobre malversación de fondos de la diócesis⁹¹⁸.

En cuanto a su presencia en las Cortes, Díaz Ibáñez indica que “en 1447 asistiría a las Cortes de Valladolid, más como representante regio que en nombre de su estamento, y en 1453 es probable que también estuviese presente en las celebradas en Burgos”⁹¹⁹. En enero de 1447 se encontraba en la Corte como confesor, oidor y consejero en su sede de Cuenca, ya que tenía nombrado procurador general a Nicolás Martínez de la Campana⁹²⁰. Sin embargo, según refiere Pérez de Guzmán, Lope de Barrientos se encontraba en el primer semestre de aquel año en Cuenca luchando contra Diego Hurtado de Mendoza⁹²¹. Es en este contexto en el que se solicitó la mencionada bula de perdón. Seguiría en la ciudad, mencionado además como confesor del rey y miembro del Consejo (aparte de obispo) en la documentación el 15 de diciembre de 1447⁹²², así como el 13 de enero de 1448⁹²³. También se le menciona como confesor del rey en un documento del 2 de diciembre de ese mismo año⁹²⁴.

⁹¹⁶ Vid. CUENCA, 1992: 21

⁹¹⁷ “E porque non es de dexar de expicar aquí algunos de los perlados, así arçobispos como obispos, que por intercesión de este nuestro Mestre fueron fechos, allende de aquestos debdos suyos que de suso dicho avemos que por su suplicación fueron puestos en tan grandes estados, después de otras muchas dignidades [...] es razonable cosa que los nonbres de algunos de aquellos perlados que al presente a memoria se pueden reducir, e dél avúan sus acostamientos e merçedes, fuesen aquí puestos, e son don Juan de Ríaza, arçobispo que fué de TOledo, don Lope de Barrientos, que fué obispo de Ávila e después de Cuenca...” (*Crónica de don Álvaro de Luna*, 1940: 450)

⁹¹⁸ ASV: Reg. Vat., nº 379, f. 203

⁹¹⁹ DÍAZ IBÁÑEZ, 2002: 186

⁹²⁰ AHP Cuenca, *Clero* 3/1, en VILLARROEL, 2006: 1.187

⁹²¹ Vid. MARTÍNEZ CASADO, 1994: 42-49.

⁹²² AC Cuenca, Secretaría, Libros de Actas, Libro V, f. 15v-16r, en VILLARROEL, 2006: 1.1187

⁹²³ *Ib.*

⁹²⁴ Vid. VILLARROEL, 2006: 1.187

A principios de 1449 habría de defender de nuevo la ciudad de Cuenca contra Diego Hurtado de Mendoza y el infante Alfonso de Aragón⁹²⁵. En ese contexto alcanzó un acuerdo de alianza y confederación con Juan Pacheco el 11 de marzo⁹²⁶. Precisamente un mes después Juan II le pediría presentarse ante el príncipe Enrique para instarle a no entrar en la ciudad de Toledo, convulsionada por la revuelta de Pero Sarmiento, quien le había ofrecido la ciudad al príncipe. En aquel conflicto se dirimió el problema de los conversos. En aquella ocasión se hizo evidente la relevancia de Lope de Barrientos como persona de gran ascendencia sobre Juan II y sobre su hijo⁹²⁷. Así, el deán Francisco de Toledo, converso, habiendo huído de la ciudad, se dirigió a Lope de Barrientos pidiendo su intervención en el conflicto. Según Enrique Cantera “no cabe la menor duda de que el deán toledano buscaba con este escrito forzar la intervención directa en la polémica del obispo conquense, quien gozaba de una privilegiada posición en la corte del rey Juan II, así como de una importante capacidad de influencia del príncipe don Enrique, de quien había sido preceptor”⁹²⁸. En octubre de 1449, el Relator del Consejo Real Fernán Díaz de Toledo escribió a Lope de Barrientos una Instrucción, sabiendo la influencia que tenía.

Lope de Barrientos salió en su defensa con el tratado conocido como *Contra algunos cizañadores*. García-Jalón considera que “nadie se ha ocupado en glosar la trascendencia de esta obrita de Barrientos y el influjo que tuvo en otros escritos posteriores sobre el mismo tema”⁹²⁹. Según Martínez Casado, Lope de Barrientos saldría en su defensa tanto por sus

⁹²⁵ Vid. PÉREZ DE GUZMÁN 1887a: 662-663; CARRILLO DE HUETE, 1946: 513-516

⁹²⁶ Vid. VILLARROEL, 2006: 1.187

⁹²⁷ Vid. MARTÍNEZ CASADO, 1994: 49-54.

⁹²⁸ CANTERA, 1997: 18

⁹²⁹ GARCÍA-JALÓN, 1988: 384

convicciones personales como por ser “descendiente de conversos”⁹³⁰. Un año después acudiría de nuevo a la ciudad junto al príncipe, que pretendía echar a Sarmiento de la ciudad. Finalmente, por consejo de fray Lope, recomendó al rebelde huir de la ciudad, cosa que hizo. Del mismo modo que los defensores de los conversos habían acudido a él, los detractores le hicieron blanco de sus críticas⁹³¹.

Otro texto, el *Dictamen*, es un escrito desantedido en la historiografía pese a “la trascendencia de esta obrita de Barrientos y el influjo que tuvo en otros escritos posteriores sobre el mismo tema”⁹³². En efecto, ejerció una enorme influencia en el *Defensorium* de Alonso de Cartagena y en la Instrucción de Díaz de Montalvo⁹³³.

Lo cierto es que en todo este debate el peso de Lope de Barrientos como confesor debía tener relevancia. Así, el bachiller que se dirigió a Lope de Barrientos, como figura en el manuscrito 1642 de la Biblioteca Real de Madrid dice: “Requerimiento hecho al reverendísimo señor don Lope de Barrientos, obispo de Cuenca, Confesor y Canciller Mayor del ilustrísimo señor nuestro don Enrique, rey de Castilla y León, y consejero de su Majestad, por cierto bachiller, familiar y devoto de su Paternidad”⁹³⁴. Por otro lado, también se le acusó en aquel tiempo de buscar acuerdos con Juan de Silva y otros para acabar con Pacheco y Girón⁹³⁵.

Como vemos, en el problema suscitado en Toledo, las luchas nobiliarias y las tensiones entre el príncipe y su padre el rey, Lope de Barrientos jugó un papel muy destacado. Aún le quedaban importantes

⁹³⁰ MARTÍNEZ CASADO, 1994: 50.

⁹³¹ Vid. CANTERA, 1997: 24

⁹³² GARCÍA-JALÓN, 1988: 384

⁹³³ Vid. *Ib.*: 386-387

⁹³⁴ GARCÍA-JALÓN, 1986: 43

⁹³⁵ Vid. *Crónica de don Álvaro de Luna*, 1940: 250

tareas en los últimos tiempos del reinado de Juan II. Así, se destacó en las Cortes de 1453 junto a Sánchez de Madrigal y Gonzalo de Illescas⁹³⁶, y fue llamado a finales de año por el rey tras la muerte de don Álvaro de Luna⁹³⁷, para gobernar como regente junto al otro confesor del rey, Gonzalo de Illescas. Pérez de Guzmán nos refiere así la gestión de ambos en aquel tiempo y la muerte del rey:

El año de cinquenta y tres acabado, y hechas las cosas ya dichas, comenzando el año de cinquenta y quatro, el rey se vino para Ávila, é desde allí embió llamar a Don Lope de Barrientos Obispo de Cuenca, e a Fray Gonzalo de Illescas, Prior de Guadalupe, con consejo de los quales acordó de governar estos Reynos [...] e todavía la enfermedad se fuese en él acrecentando, donde estuvo hasta seis días de Junio deste dicho año, todas las cosas del Reyno se regían e governaban por los dichos Obispos de Cuenca e Prior de Guadalupe. E como la Reyna estuviese en Valladolid, el Rey determinó de se ir para allá, donde la enfermedad siempre se le fue acrecentando, hasta que dio el ánima a Nuestro Señor, martes, víspera de la Madalena, a veinte días de Julio del dicho año, seyendo en edad de quarenta y nueve años, después de haber recebido con gran devoción todos los Sacramentos, e hacer hecho su testamento con muy fiel y verdadero christiano. Por el qual mandó que su cuerpo fuese depositado en el Monesterio de San Pablo de Valladolid, e de allí fuese llevado a la casa de Miraflores, que es cerca de Burgos, que el Rey Don Enrique su padre edificó, y él la hizo Monesterio de Cartuxos alo qual todo se puso así en obra; e dexó a la Reyna Doña Isabel su muger la cibdad de Soria, e las villas de Arévalo e Madrigal. Y es cierto quél estuvo en determinación de dexar el Reyno al infante Don Alfonso su hijo, salvo porque ovo consideración que según el gran poder que el Príncipe tenía, pusiera gran turbación en estos Reynos; y dexó al Infante Don Alonso la administración del Maestrazgo de Santiago, e a la Infanta Doña Isabel, que depués fue Princesa, e

⁹³⁶ VILLARROEL, 2006: 548

⁹³⁷ DÍAZ IBÁÑEZ, 2002: 185

oy es Reyna, e Señora nuestra, la villa de Cuéllar, e muy gran suma de oro para su dote⁹³⁸.

El mismo cronista parece tener muy claro que Juan II era un hombre pusilánime que necesitó siempre de alguien para dirigirlo en su tarea como rey. Así lo expresa:

Todo el tiempo que reynó se pudo más decir tutorías que regimiento ni administración real: ansí quél tuvo título é nombre real, no digo autos ni obras de Rey, cerca de quarenta y siete años, del día que su padre murió en Toledo, y hasta el día qué murió en Valladolid, que nunca tuvo color ni sabor de Rey, sino siempre regido y gobernado; y aún después de muerto su Condestable, sobre el qual vivió poco más de un año, lo rigió é governó Don Lope de Barrientos, Obispo de Cuenca, é Fray Gonzalo de Illescas, Prior de Guadalupe, y aún algunos hombres baxos y de poco valer⁹³⁹

Pérez de Guzmán manifiesta aquí que los confesores del rey se encargaron de sustituir a la figura del condestable, y gobernaron en nombre de un rey de nula voluntad, aunque puede ser que los llamase para ayudar a Alfonso de Madrigal⁹⁴⁰, de modo que el gobierno del reino no recaía tan sólo en los confesores del rey. Jerónimo Zurita también transmite la noticia de que fray Lope y fray Gonzalo recibirían el encargo de administrar el maestrazgo de Santiago hasta que el infante Alfonso cumpliera catorce años, momento en el que ya podría administrarlo él⁹⁴¹. Paloma Cuenca ve

⁹³⁸ PÉREZ DE GUZMÁN, 1877a: 692.

⁹³⁹ PÉREZ DE GUZMÁN, 1887b: 714

⁹⁴⁰ VILLARROEL, 2006: 509. *Vid.* MARTÍNEZ CASADO, 1994: 54-57.

⁹⁴¹ "Había otorgado el papa Nicolao al rey don Juan de Castilla la administración del maestrazgo de Santiago por siete años y declaró en su testamento por administrador al infante don Alonso su hijo que no tenía un año cumplido, declarando que hasta que fuese de catorce años tuviesen la administración por él don Lope de Barrientos obispo de Cuenca y don fray Gonzalo de Illescas sus confesores, y con ellos Juan de Padilla su camarero mayor" (ZURITA, 2003: lib. XVI, cap. XXVIII)

en esta elección de Barrientos como regente del reino un “justo premio a la fidelidad absoluta de Barrientos para con su rey, además de existir otras razones, como el control tributario que ejercía Barrientos y sus óptimas relaciones con los principales conversos del reino”⁹⁴². En 1454 recibió el cargo de Oidor de la Audiencia, con un sueldo de 30.000 maravedís anuales, al quedar el puesto vacante por fallecimiento del doctor Arias Maldonado⁹⁴³. Ese mismo año, el 17 de noviembre de 1454 redactó su testamento, donde se intitulaba, por ese orden, obispo de Cuenca, canciller del rey, confesor, oidor de la audencia y del consejo⁹⁴⁴.

Juan II falleció el 22 de julio de 1454, y quizá fue asistido por fray Lope y fray Gonzalo, aunque probablemente éste último estuviese más tiempo en compañía del rey. En efecto, en los últimos tiempos de su vida había ejercido como su confesor fray Gonzalo de Illescas, del que luego trataremos (§ 2.4.4). Podemos pensar que Lope de Barrientos, en este sentido, mantendría el título de confesor de manera nominal, al menos casi desde que fuera elegido obispo de Cuenca o, más exactamente, desde que tomó posesión de la sede después de la batalla de Olmedo. Después de esta época, hizo visitas a la corte y quizás pudo seguir ejerciendo su función pastoral al lado del rey. La última mención encontrada como confesor del monarca es de 1448, pero no sería de extrañar que siguiera ostentando el título porque, como veremos, seguíateniéndolo a principios del reinado de Enrique IV y en las noticias que nos han llegado de la regencia de Barrientos e Illescas se le sigue considerando confesor del rey.

Ambos (fray Lope y fray Gonzalo) serían albaceas del rey Juan II en su testamento, en el cual exhortaba al príncipe Enrique a valerse de ambos

⁹⁴² CUENCA, 1992: 22

⁹⁴³ AGS, QC, leg. 4, fol. 6, en DÍEZ GARRETAS, 1993: 315, n. 13

⁹⁴⁴ *vid.* CUENCA, 1996: 305

consejeros y confesores⁹⁴⁵. El futuro Enrique IV prescindiría de fray Gonzalo, pero mantendría un tiempo el título de confesor a su antiguo maestro y canciller, y así seguiría gozando del título (y las raciones) de confesor real. De hecho, el nuevo monarca confirmó todos los oficios, con las raciones y quitaciones anejas, en un albalá datada el 2 de agosto de 1454 en Valladolid. Viendo lo que hemos señalado en el párrafo anterior, me parece muy acertada la valoración que de este hecho hace Díez Garretas⁹⁴⁶:

Pero la confirmación de estos cargos no era más que la continuación de unas relaciones cordiales, aunque pensamos que aparentes, mantenidas entre el maestro y discípulo, pues pasados los primeros años de gobierno comenzó a ponerse de manifiesto todo aquello que se interponía entre ambos: amistades y enemistades, una profunda diferencia de caracteres, y sobre todo, un distinto concepto de poder. Estas diferencias se fueron acentuando cada vez más hasta llegar al enfrentamiento verbal.

En el nuevo reinado, Lope de Barrientos seguiría formando parte del Consejo Real, y las diferencias que se habían manifestado en tiempos de Juan II irían en aumento. Enríquez del Castillo nos las refiere en este fragmento de su crónica, que trata sobre el conflicto entre el rey y Pacheco:

Luego como el Rey supo que los caballeros estaban en Burgos, e lo que andaban ordenando, acordó de se ir a Valladolid con grande poder de gentes, así de sus guardas como de algunos caballeros que lo venían a servir, por estar más cerca

⁹⁴⁵ “E assimismo ruego e mando al dicho príncipe mi fijo [...] especialmente que tenga cerca de sí en su consejo a los dichos obispo de Cuenca e prior don fray Gonçalo d’Illescas mis confesores e de mi consejo que son personas leales e prudentes e provetos e de bueno e sano consejo e temen a Dios e aman mi servicio e del dicho príncipe e la justicia y el bien común e paz e sossiego de mis reinos, e soy bien cierto que siempre dran e bueno e sano e verdadero e fiel consejo, con los quales el comunique e haya su deliberación e acuerdo e consejo en todas cosas” (en CUENCA, 1992: 23).

⁹⁴⁶ DÍEZ GARRETAS, 1993: 315

de ellos. E si como traía sobrado poder, quisiera tener esfuerzo de varón, e osadía de caballero e atrevimiento de Rey, muy livianamente sin peligro ninguno los pudiera destruir; en tal manera que castigando sus yerros, rescibieran el pago de su desvergüenza e maldad, e perpetua memoria de sus graves culpas, e quedaran denostados para siempre con feo apellido de desleales, y él como Rey vencedor e prosperado e con gloriosos renombre entre todas las naciones. Llegado el Rey a Valladolid e notificada su venida a los caballeros, acordaron de le enviar un mensagero con la carta que así tenían ordenada. La qual rescebida e vista por él, hizo tan poco sentimiento, quando si ninguna cosa llevara, ni fuera en derogación de su persona Real; de que todos, así los de su Real Consejo, servidores e criados, como los otros que seguían su partido, fueron no solamente maravillados, más tristes e muy descontentos, viendo quán tibiamente e con quánta flojedad se descuidaba, e ponía a las espadas lo que tan criminalment en la honra le tocaba y en la fama [...] Leyda la carta que así le traxeron de parte de los caballeros, mandó llamar a los de su muy alto Consejo, principalmente a Don Beltrán de la Cueva, Maestre de Santiago, e a Don Pedro Gonzalez de Mendoza, Obispo de Calahorra, e a Don Lope de Barrientos, Obispo de Cuenca, que por mandado del Rey era venido allí, porque avía sido su ayo e su Maestro, e a los otros caballeros e letrados del su Consejo. A los quales convenidos en su Cámara, e mostrada la carta, díxoles que sobre ella quería que le dixesen e aconsejasen lo que hacer se debía. E como el Obispo de Cuenca era entre todos el más antiguo, e de más letras, que en los tiempos del Rey Don Juan su padre, avía cabido en la gobernación del Reyno, todos conformes dixeron, que le pertenecía hablar primero. E así tomada la habla dixo, que su voto era que su Alteza no viniese con ellos a partiduo ninguno, salvo en todo caso dalles la batalla; e que sería sin dubda vencedor por quatro razones: la primera, porque sus enemigos eran traydores, y siempre Dios destruía la trayción; la segunda, porque sus desleales vasallos traían la falsedad como mentirosos, y él la verdad, e la justicia; la tercera, porque él estaba rico, e poderoso e con mucha gente es sus enemigos pobres e desacompañados, aborrecidos de los pueblos e de los suyos menospreciados; la quarta, porque él iba contra ellos como Rey y Señor natural de todos ellos, y ellos venían como vasallos traydores desagradecidos; e que en los tales casos siempre

ayudaba Dios a los Reyes, como ungidos suyos; e por aquello su voto era que todavía les diese la batalla, mediante la qual era muy cierta cosa que sería vencedor, e quedaría poderoso e temido para siempre, e sus deseales enemigos destruidos sin reparo. E como el pelear y el rigor de las armas era muy ageno de su condición de Rey, e cosa muy aborrescida para su voluntad, un poco riguroso se volvió contra el obispo, e díxole: “Los que no aveys de pelear, ni poner las manos en las armas siempre hacéis franqueza de las vidas ajenas. ¿Queríades vos, padre obispo, que a todo trance diese batalla, para que pereziesen las gentes de ambas partes? Bien paresce que no son vuestros hijos los que han de entrar en la pelea, ni vos costaron mucho de criar, Sabed que de otra forma se ha de tomar este negocio, e no como vos devís, y lo votáis”. Entonces el obispo como era osado, respondióle con poca paciencia, e díxole: “Ya he conocido, Señor, e veo que vuestra Alteza no ha gana de reynar pacíficamente, ni quedar como Rey libertado; y pues que no quiere defender su honra, ni vengar sus injurias, no esperéis reynar con gloriosa fama. De tanto vos certifico, que dende agora quedaréis por el más abatido Rey que jamás ovo en España, e arrepentiros heis, Señor, quando no aprovecharé”. Pero ni por estas amonestaciones el Rey dexó de venir a tratos con el Marqués de Villena, pensando de hallar algún medio para paz e sosiego⁹⁴⁷

Este fragmento nos parece muy interesante. Vemos que el rey hizo llamar a Barrientos para dirimir este asunto, por lo que, si bien existían diferencias, el monarca debía valorar su opinión. En cuanto a la postura de Barrientos, le vemos nuevamente en una actitud beligerante que, sin embargo, le debía repugnar pues en otras ocasiones dio muestras de intranquilidad de conciencia por liderar el combate en Cuenca. Volveremos sobre esta cuestión (la actitud ante la violencia por parte de los confesores)

⁹⁴⁷ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, 1878: 138-139

más adelante (§ 5.1). Pero, en cualquier caso, Enrique IV y Barrientos mostraron talantes muy distintos que les llevaron a la incompatibilidad.

Por todo ello, el obispo de Cuenca iría renunciando progresivamente a sus cargos y raciones en la Corte, tratando, eso sí, de que recayeran en personas de su confianza, bien para premiarlas o bien para establecer en la corte personas que pudieran influir en lo que él entendía una manera positiva. En 1458 cesó como canciller, quizá por la enemistad con el marqués de Villena⁹⁴⁸. Su renuncia como confesor se refleja en un documento fechado el 27 de agosto de 1462, en favor de Pedro de Villacastín⁹⁴⁹. No obstante, parece que mantendría el título en la documentación⁹⁵⁰. Con fecha de 15 de marzo de 1468 se conserva otro documento en el que renunció al cargo de oidor de la Audiencia Real, con su quitación y derechos, en favor del bachiller Alfonso González de Toledo⁹⁵¹. En dicho documento se dirige al rey en calidad de “vuestro confesor”. En 1461 había recibido capacidad para testar⁹⁵².

Volviendo a 1462, Lope de Barrientos aún debía de lidiar en Toledo contra Diego Hurtado, que le llevó a lanzar el entredicho sobre la ciudad. El rey pidió que levantara dicha pena, con el fin de festejar apropiadamente el nacimiento de la princesa Juana⁹⁵³, lo cual seguramente fue recibido por el prelado como otra muestra de la poca contundencia del rey frente a sus adversarios. Sin embargo, Lope de Barrientos demostró ser en sumo grado un súbdito leal, pues en torno a 1464 y 1465, en el contexto de la guerra civil entre Enrique IV y los partidarios del infante Alfonso, el obispo defendió

⁹⁴⁸ RÍSQUEZ, 2010: I, 70

⁹⁴⁹ En MARTÍNEZ CASADO, 1994: 286

⁹⁵⁰ GARCÍA-MONGE, 2001: 71

⁹⁵¹ En MARTÍNEZ CASADO, 1994: 293-294

⁹⁵² ASV: Reg. Vat., nº 483, f. 86

⁹⁵³ GARCÍA-MONGE, 2001: 31

la legitimidad de Enrique IV, lo que le supuso el encarcelamiento por Juan Pacheco, “aunque su prisión sólo duraría algunos meses” como bien dice Díaz Ibáñez⁹⁵⁴, ya que el papa ordenó al nuncio que procurase su liberación, junto a los obispos de Santiago y Osma⁹⁵⁵.

La vida de Lope de Barrientos, ya más volcada a los asuntos de su diócesis, se apagó el 29 de mayo de 1469, siendo enterrado en su villa natal de Medina del Campo⁹⁵⁶. Como veremos más adelante, (§ 2.5.2), se ha planteado si pudo ser confesor de la joven infanta Isabel. Siendo posible, dada su importancia en aquel tiempo, no existen evidencias de tal hecho y en cualquier caso no debió dejar impronta en la conciencia de la joven infanta.

- Perfil religioso y cultural.

Lope de Barrientos no fue sólo uno de los personajes más significados de la historia castellana de mediados del s. XV por su trayectoria política en la Corte y, en cierto modo, en la jerarquía. Su relevancia también se debe al hecho de que, junto a ello, es conocido por los diversos escritos que dejó y por su labor reformadora al frente de las diócesis que ocupó y dentro de la orden de Predicadores.

Lope de Barrientos hizo honor, como hemos podido ver, a su condición de académico, condición que le llevaría a ser maestro del príncipe y muy pronto consejero y confesor de Juan II, y de ahí toda la trayectoria vital que hemos visto. José Manuel Nieto Soria ya prestó atención a esta

⁹⁵⁴ AM Cuenca, leg. 197, exp. 3, ff. 20r-22v, en DÍAZ IBÁÑEZ, 1996: 185-186, n. 446. *Vid.* MARTÍNEZ CASADO, 1994: 74-79.

⁹⁵⁵ En BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: III, 125-126, y ASV: Reg. Vat., nº 519, f. 169v

⁹⁵⁶ DÍAZ IBÁÑEZ, 1996: 193

dimensión de la figura del prelado. Esta cuestión, para la comprensión del Confesionario regio, es de gran relevancia. Ya lo hemos podido apreciar en el caso de fray Luis de Valladolid, Álvaro de Córdoba o Pérez de Cusanza: los confesores reales actuaron como agentes regios en la reforma de la Iglesia al mismo tiempo que actuaban por propia iniciativa y recurrían a todo el poder que la cercanía al rey les proporcionaba a tal fin. Así lo expresa José Manuel Nieto Soria⁹⁵⁷:

Ya en su juventud, antes de acceder a la Corte, fue testigo de algunos intentos de reforma promovidos por algunos dominicos que se movían en el entorno regio, sobre todo, bajo la condición de confesores reales. Era el caso de fray Luis de Valladolid o del propio fray Alfonso Pérez de Cusanza, al igual que fray Álvaro de Córdoba. Tal circunstancia debió influir mucho en su ánimo y seguramente estaría presente cuando, años más adelante, también contando con el respaldo regio, fuese responsable de tomar alguna medida en este mismo sentido

Óscar Villarroel considera que Barrientos encabezaría el proceso reformista de la Iglesia castellana y de su colaboración con la monarquía. Así, “de nuevo esta lista está encabeza por Lope de Barrientos quien se demuestra como uno de los colaboradores regios más completos de todo el reinado, así como el más comprometido con los objetivos de la monarquía”⁹⁵⁸. Martínez Casado, por su parte, también prestó atención a esta dimensión reformadora de fray Lope⁹⁵⁹. Sin embargo, este dominico se aleja de estos precedentes por ciertos defectos o contradicciones que mostró en su labor como pastor de almas. El mismo José Manuel Nieto Soria lo indica con gran precisión, señalando como contradicciones un limitado

⁹⁵⁷ NIETO, 1998: 511

⁹⁵⁸ VILLARROEL, 2006: 1.137

⁹⁵⁹ *Vid.* MARTÍNEZ CASADO, 1994: 57-60.

desarrollo de su actividad como visitador, la ostentación de riqueza, el manejo de enormes sumas de dinero más allá de lo que pudiera exigir su misión pastoral (obtuvo por ejemplo un privilegio pontificio para contar con un volumen de rentas de que podía disponer en una cifra de 20.000 florines de oro⁹⁶⁰, y de ahí la necesidad que tuvo de pedir a la Santa Sede la capacidad para testar, pese a ser mendicante), la promoción de familiares y un ejercicio simultáneo e incompatible de la justicia regia y a la eclesiástica⁹⁶¹. Además, llegó a tener hijos naturales siendo obispo de Cuenca⁹⁶².

Las contradicciones en la persona de Lope de Barrientos no dejan de ser “reflejo de aquellas otras a las que estaban sometidas las relaciones Iglesia-Monarquía, de cuya evolución, muchos aspectos de la vida de nuestro personaje, como el aquí estudiado, fueron todo un síntoma”⁹⁶³. Ciertamente, la abnegación e intensidad con la que Lope de Barrientos se dedicó al servicio a la Monarquía hubieron de llevarle a una implicación demasiado estrecha con los aspectos mundanos del poder, y en ese contexto no pudo o no supo sustraerse, a diferencia de lo que harían otros confesores como Jiménez de Cisneros o Hernando de Talavera unas décadas después. Parece que estamos ante un fraile de sinceras convicciones que, en su implicación cada vez más profunda con los hechos de gobierno, se dejó contaminar por cierta ambición personal y costumbres inadecuadas a su condición. Podríamos compararlo con el caso del cardenal Mendoza, ya que ambos eran eclesiásticos de formación y sensibilidad cultural, capacidad organizativa y talante enérgico, mentalidad dinástica y

⁹⁶⁰ NIETO, 1998: 514

⁹⁶¹ *Ib.*: 511-515

⁹⁶² En su testamento se menciona a Pedro de Barrientos, que figura como sobrino, aunque se trataba de su hijo (*vid.* CUENCA, 1996)

⁹⁶³ NIETO, 1998: 516

preocupados por la reforma de la Iglesia a la vez que presentaban fallas en su conducta personal. Sin embargo, entre los dos podríamos establecer la diferencia de que Mendoza, miembro de tan insigne familia, desde el principio presentó dichas contradicciones y no debió de pesarle mucho, mientras que en sus orígenes Lope de Barrientos no presentaba tal perfil y en todo caso nunca hubo de caer en dichas faltas sin que en cierta manera le pesare.

Es este contexto el que parece llevar a Isabel García-Monge a afirmar que “desde el primer momento queda claro que el espacio de actividad de don Lope estará al lado del Rey y no en las sedes episcopales que irá ocupando y que recibe como pago por sus buenos oficios, por lo que obtiene las dispensas de realizar personalmente la visita a su diócesis”⁹⁶⁴. Sin embargo, esta aseveración nos parece demasiado tajante, ya que tampoco nos encontramos a un caso de total absentismo. Aparte de permanecer ciertas temporadas en su diócesis (especialmente en Cuenca), y de que rechazó la mitra compostelana quizá porque lo alejaba de la Corte (lo que significa que sentía cierto escrúpulo para compaginar su labor como obispo con la de miembro de la Corte, ya que de lo contrario podría haberse provisto con una dignidad episcopal de tamaño importancia), Lope de Barrientos, aunque fuera de manera delegada en gran medida, se preocupó por convocar sínodos en sus diócesis, así como supervisar la vida monástica en los mismos. Pasada ya la enorme crisis del pontificado y la cuestión del conciliarismo, era evidente que se requería continuar en la línea de reforma que otros eclesiásticos (muchos de ellos confesores reales) habían comenzado tiempo atrás.

⁹⁶⁴ GARCÍA-MONGE, 2001: 14

La primera ocasión en que Lope de Barrientos puso en práctica sus dotes de reforma eclesiástica fue sin ser obispo y bajo la encomendación directa por parte de Juan II, como administrador en el proceso de fundación y construcción del convento de la Peña de Francia en 1437, noticia en la que se le conoce como “Lope de Medina”⁹⁶⁵. Aunque había recibido el cargo de patrono y administrador de manera vitalicia renunció al poco tiempo en favor de un tal fray Juan de Villalón⁹⁶⁶. Esta encomendación se hizo contraviniendo las disposiciones pontificias⁹⁶⁷. Óscar Villarroel considera, y creemos que con bastante acierto, que Lope de Barrientos actuaba en aquel tiempo como reformador de los dominicos, ya que la Peña de Francia quedaba muy lejos de su jurisdicción episcopal, y señala que “en este caso, es posible que la acción de Barrientos fuese semejante a la que llevó a cabo Álvaro de Córdoba en Scalaceli, una reforma que no llegó a extenderse y que tardaría en incorporarse a la provincia reformada que impulsó Torquemada”⁹⁶⁸. Igualmente, el 26 de noviembre de 1438, hacía uso de sus prerrogativas episcopales (pero indicando igualmente que era “confessor

⁹⁶⁵ El 26 de abril de 1437, el cabildo de Coria, por sede vacante, hizo donación a los dominicos del lugar de la Peña de Francia para la fundación del convento. Parte del documento dice así: “Nos el Deán y Cabildo de la Iglesia de Coria, a vos el provincial y frailes de la Orden los predicadores de la provincia de España, salud e gracias. Sepades que por cuanto en la nuestra Diócesis y Obispado por devoción de la sgentes y milagros grandes que Dios a mostrado a honor de la ermita que llaman de Santa María de Francia, a do muchas gentes concurren e por cuanto nuestro Señor Rey codiciando que la devoción de la Virgen María fuese acrecentada en los pueblos cristianos e Ella fuese mejor servida, afectuosamente nos envio a rogar que vos ficiésemos donación de la dicha ermita, a la dicha Orden de los Predicadores. Por ende, por la presnte, vos damos e traspasamos perpetuamente la dicha hermita de Santa María de Francia, para que fundeis en ella un Monasterio de la Orden de Santo Domingo, con toda las casas e oficinas e todas las otras cosas a ella necesaria, si para lo recibir e fundar vos teneis especial licencia de la Sede Apostólica, la cual dicha donación vos facemos, con todas las posesiones e renta e derechos e otras cosas en cualquiera manera, a la dicha hermita, perteneciente é debidas so esta manera, e vos el dicho Provincial e e Frailes e Orden tengais Casa e Monasterio a Fray López de Medina, maestro en Teología y maestro confesor de nuestro Señor el Príncipe, el cual tenga todavía cargo para que por sí, o por otra persona o personas cuales el escogiere edifiquen el dicho Monasterio e pueda poner e ponga personas que en él estén e estuvieren a días, e para que por sí, o por otros o otros como dicho es, pueda recibir e recobrar cualquier limosnas fechas o por facer a la dicha hermita e casa e Monasterio” (en ORTÍ Y BELMONTE, 1959: 5454-55)

⁹⁶⁶ GARCÍA-MONGE, 2001: 57

⁹⁶⁷ VILLARROEL, 2006: 388

⁹⁶⁸ VILLARROEL: 2006, 1.130

del rrey nuestro señor, maestro e confesor del príncipe don Enrrique su fijo primogénito”) concediendo cuarenta días de indulgencia a quienes ayudasen al hospital de la Magdalena de Cuéllar, en el que autorizaba la construcción de un altar dedicado a san Nicolás⁹⁶⁹.

A fecha de 3 de mayo de 1440 se encuentra recogida la celebración del sínodo de Turégano. Nieto Soria marca la labor reformadora de este obispo en las siguientes líneas: la administración eclesiástica, la instrucción del clero, la reforma de las costumbres de los laicos, la actividad fundacional y la reforma dominica⁹⁷⁰. Aunque no se conservan actas, parece muy probable que Lope de Barrientos convocó algún otro sínodo en la diócesis de Ávila mientras fue su obispo⁹⁷¹.

En 1442 se encargó de la reforma del monasterio de san Pedro de Riomoros, en Segovia. Dicho monasterio era orginariamente benedictino, siendo ocupado por monjas de dicha orden. Dada la decadencia en que había caído, el predecesor en la sede segoviana, Juan Vázquez, lo transfirió a los agustinos anexionándolo a la abadía de Santa María de Párraces. Lope de Barrientos decidió cambiar de nuevo la titularidad del monasterio y lo concedió a los dominicos reformados, lo cual suscitó un pleito que el cardenal Cervantes, nombrado por Eugenio IV juez de la causa, falló a favor de la postura de Barrientos⁹⁷². Desde el punto de vista del confesionario real, hay que hacer notar que en 1463 sería prior de esta comunidad dominica fray Pedro de Villacastín, a quien Barrientos cedió el cargo de confesor real al renunciar al mismo en tiempo de Enrique IV.

⁹⁶⁹ Documento en MARTÍNEZ CASADO, 1994, p. 169.

⁹⁷⁰ NIETO, 1998: 499-500. Las actas de dicho concilio están disponibles en GARCÍA Y GARCÍA, 1993: 381ss. En dichas actas, Barrientos no se intitula confesor, aunque sí miembreo del consejo real y canciller mayor del príncipe Enrique

⁹⁷¹ Vid. GARCÍA Y GARCÍA, 1993: 39

⁹⁷² Vid. BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: II, 501-502, nº 1.019; II, 516-517, nº 1.039; ASV: Reg. Vat., nº 498, f. 123. La confirmación pontifica se halla en ASV: Reg. Vat., nº 504, f. 335

En 1446 Lope de Barrientos celebraría un sínodo en la catedral de Cuenca⁹⁷³, donde se establecía la convocatoria anual del sínodo, si bien la siguiente noticia de la celebración de otro es una década más tarde, en 1457⁹⁷⁴. Nótese que es localizado en su nueva sede de Cuenca, como ya dijimos, en torno a octubre de 1445. En este sentido, podemos considerarlo un hombre preocupado por la reforma de la Iglesia, a la que se pone manos a la obra en el momento en que la política lo dejaba más libre. No obstante, ya hemos visto cómo la ausencia en su diócesis era habitual dadas sus responsabilidades en el gobierno de la Corona, y por ello, a fecha de 5 de enero de 1447, tiene nombrado procurador general a Nicolás Martínez de la Campana⁹⁷⁵. El libro sinodal publicado en Segovia y Ávila es considerado “un catecismo explicado para uso de sus clérigos”⁹⁷⁶

El 20 de abril de 1453 Nicolás V le encomendó, mediante mandato, que visitase la provincia dominicana de Castilla nombrándole juez reformador para poner remedio a los síntomas de relajación que se estaban dando en la observancia⁹⁷⁷. Lope de Barrientos convocó capítulo en Toledo deponiendo al provincial Esteban Soutello, sustituido por Pedro Villaviciosa, lo cual fue confirmado por el papa, que señalaba que lo hacía a sugerencia de Barrientos⁹⁷⁸. De esta forma, “el obispo Barrientos se nos presenta como uno de los dominicos que primero se implicaron en la reforma de su Orden, mostrándose firme partidario de la implantación de las tendencias observantes entre los predicadores”⁹⁷⁹. Un año más tarde, el papa también comisionó para actuar contra quienes predicasen herejías o contra los

⁹⁷³ *Vid.* GARCÍA Y GARCÍA, 2011: 203 ss.

⁹⁷⁴ GARCÍA Y GARCÍA, 2011: 343

⁹⁷⁵ AHP Cuenca, Clero 3/1, en VILLARROEL, 2006: 1.187

⁹⁷⁶ MARTÍNEZ CASADO, 1997: 88

⁹⁷⁷ Documentos sobre esta cuestión en BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: III, 66, 74-76

⁹⁷⁸ ASV: Reg. Vat., nº 428, f. 117; ASV: Reg. Vat., nº 430, f. 231

⁹⁷⁹ DÍAZ IBÁÑEZ, 1996: 191

falsos conversos⁹⁸⁰. Ese mismo año, lo comisionó “para que pudiese llevar a cabo las mismas funciones en los casos en los que oficiales regios hubiesen torturado o dado muerte a coronados”⁹⁸¹. En 1457 celebró otro sínodo en la catedral de Cuenca⁹⁸².

La labor reformadora de Lope de Barrientos también alcanzó lo que se refiere a la caridad con el prójimo. Su labor fue también importante en la atención a los desfavorecidos. Por ejemplo, el 26 de noviembre de 1438 autorizó la edificación de un altar en honor de San Nicolás en el Hospital de la Magdalena de Cuéllar con cuarenta días de indulgencia a quienes ayudasen al hospital⁹⁸³. En Cuenca, a fecha del 22 de diciembre de 1447, determinó junto al cabildo catedralicio instituir un nuevo hospital para pobres⁹⁸⁴, y así el 29 de diciembre de 1447 ordenaba la fundación de un hospital y la creación del arca de la limosna, dando una ordenanza sobre el tesorero y el obrero de la catedral⁹⁸⁵. Éste es un tema que resulta colateral al de la condición de confesor de Lope de Barrientos, pero en la medida en que vemos a los confesores involucrados en asuntos de reforma eclesiásticas, nos parece que hay que señalarlo al menos⁹⁸⁶.

Pero la labor que quizá fue más destacada sea la fundación del hospital de Medina del Campo, que aún hoy se conserva bajo la forma de Museo de la localidad y donde se custodia la famosa estatua en alabastro que representa a Barrientos y que éste encargó para que fuese dispuesta en dicho hospital. Debió de tratarse de un proyecto ambicioso, ya que en

⁹⁸⁰ AGS, Estado-Roma, leg. 847, nº 84, p. 8, en VILLARROEL, 2006: 1.188

⁹⁸¹ *Ib.*: 909

⁹⁸² DÍAZ IBÁÑEZ, 1996: 187

⁹⁸³ BNE, mss/697, 10, fols. 45, en MARTÍNEZ CASADO, 1994: 169

⁹⁸⁴ DÍAZ IBÁÑEZ, 1996: 190

⁹⁸⁵ AC Cuenca, Secretaría, Actas Capitulares, Libro V, f. 22r, en VILLARROEL, 2006: 1.187

⁹⁸⁶ *Vid.* MARTÍNEZ CASADO, 1994: 85 ss.

1454 el rey consintió en la inversión de 20.000 maravedíes a tal fin⁹⁸⁷. El papa, por su parte, le había concedido en 1452 gracias espirituales para los pacientes del hospital, especialmente relacionadas con la confesión *in articulo mortis*⁹⁸⁸.

Nos quedaría tratar sobre los escritos de Lope de Barrientos, pero dado que ello atañe a la dimensión ideológica de la función del confesor real, lo trataremos más adelante (§ 3.2).

2.4.4. Fray Gonzalo de Illescas (OSH):

Si bien no hay indicios de que Lope de Barrientos renunciase al cargo de confesor de Juan II lo cierto es que los asuntos de la Iglesia de Cuenca alejarían de la Corte a este prelado y confesor, por lo que podemos señalar el año de 1449 como la época en la que se redujo el tiempo de presencia fray Lope en la corte. Por ello Juan II buscaría un nuevo clérigo que atendiese su conciencia, y lo halló en la persona de fray Gonzalo de Illescas (OSH), que sería muy probablemente el último de los confesores de este monarca⁹⁸⁹. Como vemos, es la excepción respecto a los demás confesores del rey, pues se trata de un jerónimo y no de un dominico. Luego veremos que Alfonso de Palenzuela, OFM, fue probablemente confesor del rey también en esta época, con lo que en los últimos tiempos de su reinado, el rey buscaría confesores en otras órdenes religiosas.

Para entender la elección de fray Gonzalo hemos de considerar la importancia del monasterio de Guadalupe (a cuya comunidad monástica

⁹⁸⁷ AGS, Escribanía Mayor de Rentas, Mercedes y Privilegios, leg. 23, f. 62r., en VILLARROEL: 1.095. Documentos sobre esta iniciativa en BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: III, 9-10, 54, 65, 107-109

⁹⁸⁸ ASV: Reg. Vat., nº 424, ff. 164-165

⁹⁸⁹ VILLARROEL, 2006: 1.072

pertenecía) en la historia de la monarquía real castellana. Sabemos que Juan II peregrinó al convento en 1435⁹⁹⁰. En aquel tiempo fray Gonzalo debía ser ya un destacado miembro de la comunidad monástica, pues diez años más tarde ocuparía el cargo de prior, pero en aquel momento lo era el célebre fray Pedro de las Cabañuelas, que protagonizó milagro eucarístico immortalizado pro Zurbarán en la sacristía del convento. La reina debió quedar fascinada de su figura y lo escogió como confesor ese mismo año de 1435⁹⁹¹. La recepción se desarrolló con un ceremonial que se ha interpretado en clave propagandística⁹⁹².

Fray Pedro pasó de ser confesor de la reina a colaborador regio, “después de haber tomado parte de las primeras empresas jerónimas en Castilla”⁹⁹³. De esta manera los jerónimos de Guadalupe entraron en el círculo íntimo de la corte. El rey y la reina harían concesiones y mercedes al monasterio por influencia del prior fray Pedro, como se deja entender en

⁹⁹⁰ “El Rey acordó de se partir de Madrid é ir a Guadalupe, e fueron con él el Príncipe Don Enrique su hijo, y el Condestable Don Álvaro de Luna [...] e llegando á la cruz, se puso a pié, e con él todos los Caballeros que con él iban; e desde el Rey llegó cerca de la Iglesia, estaba la procesion esperándole, en la qual habia ciento y veinte Frayles; y entrando en la Iglesia y hecha su oración devotamente ante el Altar mayor, se fué a comer a su cámara, e otro día domingo comió en el refitorio con los Frayles e comieron en su mesa el Príncipe su hijo, y el Prior de Guadalupe, que se llamaba Fray Pedro de Cabañuelas; e otro día fue comer con el Prior a Santa Cecilia, que es una casería de Guadalupe; e allí le fue hecha gran fiesta; e la Reyna llegó allí dos días después; y el Rey y la Reyna tuvieron ende novenas, e pasadas, se partieron para Madrid, e viniéronse para Escalona, donde el Condestable les tenía aparejada gran fiesta, la qual acabada se vinieron á Madrid” (PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a: 519). Este relato es casi idéntico al de BARRIENTOS, 1946: 173

⁹⁹¹ COUSSEMAKER, 1999: 85

⁹⁹² “Un sentido distinto, aunque con objetivos propagandísticos parecidos, tendría la recepción recibida cuando el rey marchó en peregrinación a Guadalupe. El prior Pedro de Cabañuelas salió junto a ciento veinte frailes a recibirle, comiendo luego con él en el refectorio de los monjes. La crónica de Barrientos, posiblemente con un mayor acento propagandístico, lo sitúa después de las grandes tormentas que había vivido el reino, así como al final de una peregrinación del rey y sus allegados que finalizó a pie, apoyándose el rey en una vara verde. El contexto religioso finalizaría con la comida del rey en el convento, el alojamiento en el mismo durante varios días, así como la realización de algunas comidas en el cercano monasterio de Santa Cecilia. La salida de los frailes del observante monasterio jerónimo para recibir al rey de Castilla no dejaba de mostrar la sumisión al mismo de los monjes, así como la especial protección que con ello se le brindaba a la monarquía por parte de la Iglesia. Además, se mostraba una imagen del rey rodeado de religiosidad indudablemente muy beneficiosa” (VILLARROEL, 2006: 617).

⁹⁹³ VILLARROEL, 2006: 1.073

algunos diplomas, en los que el rey señala que hace la concesión tras haber sido informado por aquél, y la reina por el cargo que tenía del mismo⁹⁹⁴.

Gracias a esta influencia sobre los reyes es por lo que fray Pedro pudo jugar un importante papel en la promoción de fray Gonzalo de Illescas al confesionario real. En 1441 sucedería como prior a fray Pedro, ejerciendo tal función hasta 1444⁹⁹⁵. Según Coussemaker, éste último habría preparado su sucesión para que recayese en fray Gonzalo, dándose así una “filiación interesante entre el confesor de la reina y aquél que lo iba a ser de su esposo”⁹⁹⁶. Quizás podamos pensar que por parte de fray Pedro o de la misma reina hubo algún tipo de recomendación para que Juan II lo eligiese como su confesor. No obstante, no sería hasta 1450, o con mayor seguridad 1453, cuando Gonzalo de Illescas figura con dicho cargo. No se puede descartar sin embargo un trato previo entre el rey y Juan II en materia de consejo espiritual, si bien Lope de Barrientos, todavía en 1440, ejercía activamente la función de confesor, lo que explicaría que no fuese llamado todavía a la corte. Creemos que el vacío que Barrientos dejó en torno a 1449 fue llenado por fray Gonzalo hasta la muerte del rey.

En cualquier caso, reunía la condición indispensable para ser confesor: el presbiterado, pues cuando fue nombrado obispo posteriormente se hace notar que ya era sacerdote. El documento pontificio dice que el papa designa para la sede de Córdoba a “Gonzalo de Illescas [...] fraile de la Casa de la Orden de San Jerónimo de Santa María de Guadalupe, diócesis de Toledo, ordenado sacerdote”⁹⁹⁷. En este tiempo como prior de Guadalupe, antes de ser confesor real obtendría gracias

⁹⁹⁴ Vid. AHN: Clero, leg. 1.422, nº 44, 45, 46, 48, 51, 52

⁹⁹⁵ COUSSEMAKER, 1999: 93

⁹⁹⁶ *Ib.*

⁹⁹⁷ *Gundisalvus de Yllescas [...] fratrem domus sancte Marie de Guadalupe ordinis sancti Jeronimi, Toletana diocesis, in sacerdotio constitutum* (ASV, Reg. Lat., nº 492, fol. 39r)

especiales para su convento, debido a su proximidad al primado Gutiérrez Álvarez de Toledo, a quien estaba vinculado como familiar de su Casa y, así, el 18 de enero de 1444 el arzobispo de Toledo concedió cuarenta días de indulgencia a quien asistiese a las ceremonias y procesiones del monasterio y diese una limosna para la fábrica del hospital⁹⁹⁸.

Gonzalo de Illescas volvería a ser prior de Guadalupe, probablemente, entre 1450 y 1453⁹⁹⁹, lo cual es sorprendente ya que no podría estar en su monasterio debido a las responsabilidades adquiridas en la corte. Según la crónica conventual de Guadalupe, sería en este tiempo en el que el rey Juan II lo llamase para ser su penitenciario, así como miembro de su Consejo, lo cual coincide con la cronología que hemos establecido a partir de la biografía de Lope de Barrientos. A partir de entonces, comenzaría a ocupar importantes cargos. En 1453 fue nombrado tutor y administrador del Maestrazgo de Santiago, en nombre del infante Alfonso¹⁰⁰⁰, junto a Barrientos, como ya vimos según la noticia dada por Zurita. En ese mismo año, destacaría como importante personaje en las Cortes de 1453, junto a Sánchez de Madrigal y Lope de Barrientos¹⁰⁰¹, que como hemos visto, pudieron formar una suerte de triunvirato en los últimos tiempos del reinado de Juan II. Sería por entonces miembro del Consejo Real, como hace notar Óscar Villarroel, que cita dos documentos en el que figura su firma junto a la de Alfonso de Madrigal, el 11 de octubre de 1453¹⁰⁰² y el 26 de noviembre del mismo año¹⁰⁰³.

⁹⁹⁸ COUSSEMAKER, 1999: 91, n. 26

⁹⁹⁹ *Ib.*: 93

¹⁰⁰⁰ *Ib.*: 95

¹⁰⁰¹ *Vid. Cortes*, 1866: 674ss., VILLARROEL, 2006: 548

¹⁰⁰² AV Madrid, Secretaría, 2-158-31, en VILLARROEL: 1.290

¹⁰⁰³ *Ib.*

Óscar Villarroel sigue contemplándolo como prior de Guadalupe para enero de 1454, siguiendo en esto la referencia que da Pérez de Guzmán. Por lo tanto, es probable que no abandonase su función al frente del monasterio mientras fue confesor. En esa fecha, dado el empeoramiento de salud del rey, sería llamado por el mismo para llevar el gobierno de la Corona junto a Lope de Barrientos, pasando todos los asuntos del reino por sus manos¹⁰⁰⁴.

Poco le quedaba de vida al monarca. Óscar Villarroel hace notar cómo los eclesiásticos que formaron parte del Consejo Real de Castilla fueron promocionados a sedes episcopales. Tan sólo (indica este autor) tres de los treinta y dos eclesiásticos que pasaron por el consejo no alcanzaron la mitra episcopal en el reinado de Juan II: Juan Alfonso de Cuenca, Fortún Velázquez de Cuéllar y el confesor fray Gonzalo de Illescas¹⁰⁰⁵. Lope de Barrientos, su par en el gobierno y también confesor, era un hombre de larga carrera episcopal como ya hemos podido comprobar. Resulta extraño que el rey no quisiera promocionar a Gonzalo de Illescas. Casi con toda seguridad, el rey estaba preparando para él un nombramiento que no pudo ver culminado. En efecto, el rey murió en julio de 1454 y Gonzalo de Illescas sería nombrado obispo de Córdoba el 16 de agosto. Así lo atestiguan varios documentos pontificios fechados ese día, por los cuales Nicolás V lo designaba como obispo¹⁰⁰⁶, establecía las obligaciones a pagar por su nombramiento¹⁰⁰⁷ (pago que haría efectivo por un enviado a Roma el 13 de septiembre de ese mismo año¹⁰⁰⁸) y detallaba las circunstancias en las que

¹⁰⁰⁴ VILLARROEL, 2006: 509

¹⁰⁰⁵ VILLARROEL, 2006: 494

¹⁰⁰⁶ ASV: Reg. Lat., nº 492, ff. 38v-40r

¹⁰⁰⁷ ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol., nº 72, f. 87v. Aquí se especifica que se le designa obispo de Córdoba después de que haya muerto el anterior obispo, Sancho de Rojas.

¹⁰⁰⁸ ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol., nº 76, f. 121

debía posesionarse de su sede, prestar juramento de fidelidad a la Santa Sede y ser consagrado¹⁰⁰⁹. Seguía siendo prior del monasterio de Guadalupe¹⁰¹⁰.

Podríamos detenernos en este punto de la biografía de Gonzalo de Illescas, ya que, muerto su confesando, el resto de su vida la pasaría como obispo y no como confesor, aunque mantuvo cierta influencia en la corte, y de hecho se ha sugerido si no actuó como confesor de la joven infanta Isabel¹⁰¹¹. Si bien esto no nos parece probable, encontramos otros datos que nos son de sumo interés para el estudio del personaje como confesor real de Juan II. Por un lado, su actitud siempre en conexión con la orden de los jerónimos a la que pertenecía, y en segundo lugar, la biblioteca que tuvo y que es de máximo interés para nosotros en lo que se refiere al estudio de la dirección espiritual (§ 3.2).

En lo que se refiere a su conexión con los jerónimos siendo ya obispo de Córdoba, existen muchas evidencias del peso que tuvo en su propio ministerio episcopal. Esto es importante porque nos lleva a pensar que tal actitud hubo de mantenerla estando en la corte junto a Juan II. Según Sophie Coussemaker “Illescas había quedado vinculado a su familia espiritual. Por otra parte, se aprovechó sin vergüenza de su *privanza* para obtener de Juan II privilegios para su antigua casa”, como la demolición del castillo de Cañamero cerca del monasterio de Guadalupe o la restitución de ciertas rentas del mismo derivadas de las escribanías y portazgos, deshaciendo así ciertas medidas tomadas por Álvaro de Luna en perjuicio del monasterio (a lo que se añadían nuevas rentas, como el pontazgo)¹⁰¹².

¹⁰⁰⁹ ASV: Reg. Lat., nº 492, f. 40r

¹⁰¹⁰ *Nicolaus etc. Dilecto filio Gundisalvo de Yllescas fratri domus sancte Marie de Guadalupe ordinis sancti jeronimi toletana diocesis...* (ASV: Reg. Vat., nº 430, ff. 139v-140r)

¹⁰¹¹ MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 48

¹⁰¹² COUSSEMAKER, 1999: 95-96, n. 46

Por otro lado, en su condición de obispo de Córdoba, obtuvo del papa concesiones a los conventos jerónimos en el ámbito de maestrazgo de Santiago, en 1460¹⁰¹³. Según la autora, Gonzalo de Illescas denotaría un “orgullo aristocrático” desde su posición de cercanía al rey y como obispo de Córdoba, que se dejaría ver en el sarcófago que se hizo labrar en Guadalupe¹⁰¹⁴. Estamos por tanto ante una utilización de la influencia del confesor en favor de su familia religiosa. No cabe pensar, como ocurriría en otros casos, en una promoción regia del confesor dentro de su orden, como estrategia por parte de la monarquía de controlar en mayor medida una determinada familia religiosa. En este caso, la parte beneficiada fue principalmente la de los jerónimos.

A las razones que Coussemaker da para el periodo en que fue confesor del rey de Castilla podemos añadir otras de su época como obispo, que no hacen sino reforzar y hacer más evidente esta visión de fray Gonzalo de Illescas como un jerónimo que aprovecha sus nuevas dignidades en favor de su orden. La ausencia de noticias en compañía de Juan II se suple, en cierta medida, viendo la trayectoria posterior del prelado, que denota una personalidad que, casi con toda seguridad, era la que tenía en su proximidad junto al monarca. I. de Madrid señala en este sentido:

Como prelado se distinguió por su gran caridad y por su celo apostólico y no se olvidó de su antigua condición de monje. Visitaba con frecuencia su monasterio y le hacía grandes limosnas, así como a otros de la Orden. Exteriorizaba su nostalgia por la vida monástica y pidió ser enterrado junto a sus hermanos de hábito¹⁰¹⁵.

¹⁰¹³ ASV: Reg. Vat., nº 476, ff. 313v-315v

¹⁰¹⁴ COUSSEMAKER, 1999: 96

¹⁰¹⁵ MADRID, 1972: 1.192

Podemos decir que coincidimos con I. de Miguel en su visión de Gonzalo de Illescas en lo que se refiere a su afecto por la orden jerónima, pero no tanto en su “celo apostólico” como obispo. No es que no hubiese de tenerlo, pero como hace notar Coussemaker, a diferencia de otros obispos que pertenecían a órdenes mendicantes, no se caracterizó por un celo reformador en su diócesis, quedando de su episcopado escasas noticias, relacionadas además con litigios con el cabildo de la catedral¹⁰¹⁶.

En lo que sí acierta I. de Miguel es en lo que se refiere a su constante vinculación y afecto por la orden de los jerónimos, como ya hemos visto en su periodo de “privanza” con Juan II. La “nostalgia” a la que hace referencia el citado autor se aprecia en un privilegio que se le concedió a los seis meses de ser elegido obispo. El 16 de enero de 1455, Nicolás V concedió licencia para que dos frailes jerónimos viviesen a su lado. Tal permiso sería renovado por Calixto III tres meses después, el 20 de abril del mismo año. Se le concedía tal privilegio “para el consuelo de tu alma y de tu vida contemplativa y para que puedas perseverar más firme en la misma religión [la regla de los jerónimos]”¹⁰¹⁷. En esas circunstancias tanto él como sus compañeros podían gozar de los privilegios espirituales concedidos a los jerónimos de Guadalupe (de quienes había sido prior fray Gonzalo, como hace notar el documento) así como de otros monasterios. Todo esto se concedía sin que fuese contra derecho o las constituciones religiosas.

¹⁰¹⁶ *Il fit ainsi restituer au couvent des privilèges très rentables, notamment les escribanias (les droits versés aux notaires royaux pour l'enregistrement des actes) et les portazgos (les droits commerciaux) de la ville voisine de Rujillo, droits qui rapportaient chaque année au couvent 60.000 mrs. selon ESC a-IV-10, fol. 114-115v. Avant 1453, Alvaro de Luna avait imposé au couvent un <<échange>>, leus cédant un péage sur un pont, ne rapportant que 40.000 mrs. par an, contre les deux rentes de Trujillo. Les moines furent doublement dédommagés, puisqu'ils purent aussi conserver le péage du pont! Illescas obtint également du roi que soit démoli le château visin de Cañamero, qui menaçait la tranquillité du sanctuaire (COUSSEMAKER, 1999: 95-96, n. 41).*

¹⁰¹⁷ *Pro animi tui consolatione et vite conmtemplationi et ut in eadem religione firmitus persistere posses (ASV: Reg. Lat., nº 504, fol. 41v).*

En 1458 se preocuparía por hacer una capilla en Guadalupe. Esta iniciativa no sería bien acogida ni por el cabildo de Córdoba ni por los propios jerónimos. De todos modos, dado el prestigio y buena consideración que seguía teniendo en la Corte, así como por agradecimiento a todas las buenas gestiones hechas a favor de la orden, los conventos jerónimos hicieron una colecta especial para la creación de esta capilla en Guadalupe¹⁰¹⁸. También obtendría privilegios para el convento jerónimo cercano a Córdoba el 28 de marzo de 1459 a costa de de la mesa episcopal¹⁰¹⁹. Pese al descontento de la iglesia cordobesa, el obispo obtendría para ella, de parte de la Santa Sede, gracias benéficas el 9 de junio de 1459¹⁰²⁰.

El 14 de junio de 1465 sería elegido nuevo obispo de Córdoba Pedro de Córdoba y Solier, dado el fallecimiento de Gonzalo de Illescas¹⁰²¹. Antonio García y García fecha su muerte el 8 de octubre de 1464¹⁰²².

2.4.5. Fray Alfonso de Palenzuela (OFM):

Alfonso de Palenzuela es otra de las grandes figuras del confesionario regio de este periodo, si bien su consideración como confesor no está atestiguada por documentos originales. De lo que no cabe duda es de que atendió al rey Juan II como predicador en sus últimos años, en el tiempo en el que Gonzalo de Illescas era su confesor. El autor anónimo de la crónica de la provincia franciscana de Santiago limita su condición de confesor a la

¹⁰¹⁸ COUSSEMAKER, 1999: 96

¹⁰¹⁹ ASV: Reg. Lat., nº 544, ff. 92v-93v

¹⁰²⁰ ASV: Reg. Lat., nº 548A, ff. 266v-267r.

¹⁰²¹ EUBEL, 1914: 136

¹⁰²² GARCÍA Y GARCÍA, 2003: 261

persona de María de Aragón¹⁰²³. Francisco de Cañas Gálvez, en su estudio sobre la Casa de la reina Isabel de Portugal, lo incluye entre sus confesores, junto a Sancho Canales y Martín Yáñez¹⁰²⁴, y López y Barriguín señalan que era confesor de la reina Isabel¹⁰²⁵. No obstante, la mayor parte de su actuación al servicio de la Corona se hizo en época de Enrique IV, y por ello se ha planteado igualmente que fuese confesor del mismo¹⁰²⁶.

Nos parece que hay razones fundadas para pensar que Palenzuela fue confesor de Juan II en sus últimos años, “cargo al que habría llegado por sus dotes teológicas y pastorales, en lo que, además, tuvo que tener una notable importancia su condición de general observante de la orden”, en palabras de Óscar Villarroel, quien continúa señalando que “posiblemente fuese confesor en los últimos años del reinado, coincidiendo, así que el monarca tuviese un confesor franciscano en sus primeros y últimos años de vida. Este último periodo mencionado, sería compartido con el único jerónimo (y primero, como se ha comentado, de los reyes castellanos) que fue confesor: Gonzalo de Illescas”¹⁰²⁷. Sería por tanto, según Villarroel, confesor del rey “en momento indeterminado” así como “confesor, posiblemente de las reinas María e Isabel, de cuyo servicio es posible que pasase al de Juan II, de quien aparece mencionado como predicador”¹⁰²⁸. Nos parece que el panorama que ofrece Villarroel es el acertado, y así Palenzuela, debido a su formación y a su celo religioso (pues pertenecía a la rama observante de los franciscanos) bien pudo ingresar en la corte como

¹⁰²³ CASTRO, 1971: 111. Del mismo modo, el Padre Castro habla del “Padre Fray Alonso de Palenzuela, que fue Confesor de la misma Reyna Doña María, y de la Reyna Doña Isabel segunda muger de el Rey Don Juan el Segundo” (CASTRO, 1722: 102).

¹⁰²⁴ CAÑAS, 2008: 145.

¹⁰²⁵ LÓPEZ, BARRIGUÍN, 2013: 542

¹⁰²⁶ COUSSEMAKER, 1999: 102

¹⁰²⁷ VILLARROEL, 2006: 1.073

¹⁰²⁸ *Ib.*: 1.072

predicador y confesor de las reinas, pasando a confesar al rey junto a Gonzalo de Illescas cuando Barrientos dejara de estar presente en la corte a confesar a Juan II. En efecto, un reciente estudio de Ruiz Vila considera que fue confesor del rey Juan II¹⁰²⁹.

Garibay llegó a extender su función como confesor al reinado de los Reyes Católicos, lo cual recoge Manuel Risco¹⁰³⁰. Podríamos plantearnos ciertamente si llegó a ser confesor de Fernando el Católico. Jerónimo Zurita, cuando trata la guerra de sucesión castellana, señala que el 4 de enero de 1476, habiendo establecido cerco a la ciudad de Zamora, “envió el rey de Castilla al obispo de Terranova su confesor al rey su padre desde Zamora”¹⁰³¹. Por tal nombre se conoce la diócesis de *Civita o Tempio*, sufragánea de Cerdeña y vinculada en esta época a la sede de Ampurias. En este caso, el confesor del entonces príncipe de Aragón Fernando sería Rodrigo de Sesse, franciscano y maestro en Teología según la *Hierarchia Catholica* de Eubel¹⁰³². Ramón Fort, al tratar sobre los obispos españoles de esta sede, indica que “en noviembre de 1468 confería órdenes en Mallorca un Fray Alonso, que se titulaba Frater Alphonsus Episcopus Civitatis Castellae”¹⁰³³. No se dice que fuese el obispo de *Civita o Tempio*, pero estaba presente en el reino de Aragón, y su sede, la de Ciudad Rodrigo, tiene un nombre muy parecido al de Terranova, puesto que ambas se denominan como *civitatis*.

¹⁰²⁹ RUIZ VILA, 2012: 89

¹⁰³⁰ “Tuvo gran fama de profundo teólogo y de predicador elocuente, siendo alabado por todos, y edificaba primero con sus ejemplos que con sus sermones. Por su doctrina y santidad mereció el empleo de predicador de Juan II. Garibay escribe en su manuscrito de los condes de Noreña que fue confesor de los Reyes Católicos. El padre Castro cayó en un solemne anacronismo al escribir en la primera parte de su *Árbol Cronológico* que Alonso de Palenzuela fue confesor de la reina María, mujer del rey Sancho el Bravo, y de la reina Isabel, segunda mujer de Juan II” (Risco, 2010b: 75).

¹⁰³¹ ZURITA, 2003: lib. XIX, cap. XXXIX

¹⁰³² EUBEL, 1914: 129

¹⁰³³ RAMÓN FORT, 1879: 88

Aunque fray Alfonso, para 1476, era ya obispo de Oviedo, nos parece posible que la noticia dada por Zurita pueda haber sido resultado de una confusión de los términos y la cronología, de manera que lo que él identificó como Terranova, *civitatensis*, fuese en realidad Ciudad Rodrigo, y si bien para 1476 era obispo de esta sede Alfonso de Paradinas, se refiriese a su tocayo Alfonso de Palenzuela. Ciertamente, esta hipótesis sólo podría ser cierta si Zurita cometió estos errores, pero dada la trayectoria de Palenzuela, y que ni Alfonso de Paradinas, Rodrigo de Sesse o Antonio de Alcalá (obispo de Ampurias-Tempio de 1457 a 1472, y luego obispo de Ottana, en Italia¹⁰³⁴), hasta donde nosotros sepamos, fueron confesores de Fernando el Católico, la idea de que detrás de la mención del “obispo de Terranova” está Alfonso de Palenzuela, nos parece factible. Sin embargo, por prudencia excluirémos a Alfonso de Palenzuela como confesor tanto de Enrique IV como de los Reyes Católicos, aunque consideraremos el conjunto de su trayectoria biográfica al servicio de estos reyes, pues nos parece que su condición de confesor de Juan II fue lo que le dotó de relevancia en la corte en ese reinado e incluso los posteriores. En este sentido, veremos que su trayectoria política se adecúa totalmente al perfil prosopográfico de los confesores reales que veremos en el próximo capítulo, y que Enrique IV puso en él un grado confianza propio de otros confesores, al igual que harían más tarde Isabel I y Fernando V.

Alfonso de Herrera o de Palenzuela, oriundo de esta localidad, pertenecía a un linaje de la misma, de donde toma el apellido de Herrera¹⁰³⁵. Teodoro Toni afirma que “fue profesor de teología en el convento de San Francisco, de Salamanca, donde tuvo por discípulo a

¹⁰³⁴ Vid. <http://www.catholic-hierarchy.org/diocese/dteam.html>, consultado en julio de 2015

¹⁰³⁵ Risco, 2010b: 74-75

Rodrigo Sánchez de Arévalo”¹⁰³⁶, el cual le llamó en una carta “reverendo padre y mi padre queridísimo”¹⁰³⁷. Alfonso de Palenzuela también se destacaría por ser uno de los pioneros en la reforma de la observancia de la orden franciscana. Sus dotes de predicación y su celo observante fueron puestos de relieve por el cronista anónimo de la crónica de la provincia franciscana de Santiago¹⁰³⁸.

Su celo religioso, unido a su preparación intelectual y sus dotes oratorias, le llevarían a la corte de Juan II. Así, Manuel Risco indica que “tuvo gran fama de profundo teólogo y de predicador elocuente, siendo alabado por todos, y edificaba primero con sus ejemplos que con sus sermones. Por su doctrina y santidad mereció el empleo de predicador de Juan II”¹⁰³⁹. Luego, este autor hace mención a su condición de confesor a la que antes nos hemos detenido. Lo cierto es que a partir de ese momento, comenzaría una brillante carrera que haría de él “uno de los personajes eclesiásticos y políticos más relevantes, ya no sólo de este reinado, sino también de los correspondientes a Enrique IV y los Reyes Católicos”¹⁰⁴⁰.

No obstante, su labor como hombre de Iglesia venía de antes y está relacionada con la mencionada reforma franciscana. En 1441 se dio la separación de las regiones franciscanas, entre cuyos responsables se encuentra Alonso de Palenzuela¹⁰⁴¹. Para el año 1447, dice Toni, “De todas maneras él [Sánchez de Arévalo] estudió en Salamanca Teología y tuvo de profesor en ella a fray Alonso de Palenzuela, que en 1447 fue Guardián del convento de San Francisco el Grande y luego compañero de Arévalo en

¹⁰³⁶ CASTRO, 1974: 63

¹⁰³⁷ RUIZ VILA, 2009: 482

¹⁰³⁸ CASTRO, 1974: 63, n. 39

¹⁰³⁹ RISCO, 2010: 75

¹⁰⁴⁰ NIETO, 1994: 145

¹⁰⁴¹ WADDING, 1932c: a. 1447, VI, 30. Isabella Iannuzzi lo incluye entre los franciscanos del convento de Salamanca “partidarios del cambio” (IANNUZZI, 2009a: 334).

difíciles comisiones regias y pontificias y, finalmente, consejero y predicador real y Obispo de Ciudad Rodrigo y de Oviedo”¹⁰⁴². Al parecer, en esta época, y antes de 1450, era o había sido morador del convento de San Francisco de Salamanca¹⁰⁴³.

En 1450 aparece como general (¿provincial?) de la orden de San Francisco y Confesor y predicador real¹⁰⁴⁴, aunque su cargo quizá fuese, con propiedad, el de visitador de la provincia de Santiago, cargo que se le encomendó en la congregación general de Barcelona en 1451, que hubo de desempeñar hasta el capítulo general celebrado en Perusa en 1453¹⁰⁴⁵. Siguiendo probablemente a Risco¹⁰⁴⁶, Atanasio López ofrece una cronología completa sobre su actividad como provincial de los franciscanos¹⁰⁴⁷.

Muerto Juan II, Alonso de Palenzuela se destacaría como uno de los principales emisarios del rey. Aparte del desempeño del cargo de embajador, Alonso de Palenzuela llegaría a ser obispo, como ya hemos indicado, de Ciudad Rodrigo y de Oviedo. Fue elegido obispo de la primera

¹⁰⁴² TONI, 1935: 45

¹⁰⁴³ RISCO, 2010b: 75

¹⁰⁴⁴ VILLARROEL, 2006: 1.332. En efecto, A. López refiere: “El mismo P. Castro escribe lo siguiente: «Año de 1450 se celebró Capitulo Provincial en San Francisco de Benavente, en que, habiendo acabado el trienio de su oficio el sobredicho Padre Santa María, fué electo en Vicario Provincial de la Observancia el M. R. P. Fr. Alonso de Palenzuela, Maestro en Sagrada Teología, varon doctísimo y elocuentísimo predicador. Fue Predicador del Rey Don Juan el segundo, electo Obispo de Ciudad-Rodrigo, y consagróse en Oviedo, donde despues de haber regido aquella iglesia algunos años murió en opinión de Santo, y gran sentimiento de sus ovejas. Tradujo las obras de San Juan Crisóstomo sobre San Mateo en lengua castellana, por mandado del rey Don Juan, y hizo varios comentarios sobre la Sagrada Escritura»” (LÓPEZ, 1929a: 64)

¹⁰⁴⁵ CASTRO, 1974: 63.

¹⁰⁴⁶ RISCO, 2010b: 75

¹⁰⁴⁷ Dice así que “governó la Provincia [de Santiago] seis años, y en ellos tuvo Congregación en el convento de la Coruña, año de 1452; y otra el de Mayorga, año de 1453, en que hizo varias leyes para la conservación de la regular observancia y gobierno de los conventos. Reformáronse en su tiempo el de San Francisco de Santiago, año de 1455, en que hizo varias leyes para la conservación de la regular observancia y gobierno de los conventos. Reformáronse en su tiempo el de San Francisco de Santiago, año de 1450, y el de Villalpando, año de 1454, con favor del Ilustrísimo Señor Don Rodrigo de Fonseca, Arzobispo de Santiago, y del Excelentísimo Señor Conde de Aro, Señor de Villalpando, hoy Condestable de Castilla”, y termina diciendo que “en el año de 1456 no pudo Fr. Alfonso de Palenzuela asistir al Capitulo celebrado en Zamora, bajo la presidencia del Vicario General de la Familia Cismontana, Fr. Juan Duilfdeber, por tenerlo consigo ocupado, en arduos negocios de su servicio, D. Juan II de Castilla” (LÓPEZ, 1929a: 64-65).

de estas sedes el 22 de agosto de 1460¹⁰⁴⁸. Según Castro, su amistad con Sánchez de Arévalo (que para aquel entonces se había asentado permanentemente en Roma) hubo de pesar en su elección¹⁰⁴⁹. Efectivamente, el célebre eclesiástico escribió a su antiguo maestro una epístola, hoy perdida, titulada *Libellus ejusdem episcopi ad episcopum civitatensis, congratulans de promotione ad episcopatum* en la que además de felicitarlo por su nombramiento le expone los peligros y las exigencias a los que se tendría que enfrentar en su nuevo ministerio, el mismo día en que Arévalo era trasladado a Palencia¹⁰⁵⁰. Como obispo de Ciudad Rodrigo, nos dice Valera, se mantuvo neutral en las disensiones internas del reino durante este reinado¹⁰⁵¹. Sería obispo hasta 1469, cuando fue elegido, el 20 de octubre, para la sede de Oviedo¹⁰⁵² (permitiéndosele, siendo aún obispo de Ciudad Rodrigo, administrar la sede de Oviedo y percibir sus frutos hasta que fuese ocupada¹⁰⁵³), en la que permanecería hasta su muerte. En este caso “no dejaría de influir en este nombramiento su íntimo amigo Arévalo, que ahora gozaba de gran prestigio en Roma”¹⁰⁵⁴.

De su labor como obispo de esta sede no se conserva nada en el archivo de su catedral, y por lo demás se han conservado algunos datos que no guardan relación con su posible condición de confesor. Sí es importante, de todos modos, considerar su actuación como obispo en lo que se refiere a los acontecimientos políticos de Castilla. En 1465, por la sentencia compromisaria pronunciada por cinco jueces designados por Enrique IV “fue determinado que en el Consejo real hubiese personas temerosas de

¹⁰⁴⁸ EUBEL, 1914: 129

¹⁰⁴⁹ CASTRO, 1974: 66

¹⁰⁵⁰ TRAME, 1958: 101. La carta está publicada en RUIZ VILA, 2009

¹⁰⁵¹ VALERA, 1878: 34

¹⁰⁵² HÜNTEMANN 1929b: 794

¹⁰⁵³ *Ib.*: 798

¹⁰⁵⁴ CASTRO, 1974: 66

Dios y doctas, con consejo de las cuales se administrase justicia”, y nombraron cuatro prelados, que eran los obispos de Cartagena, Segovia, Córdoba y Palenzuela, como obispo de Ciudad Rodrigo¹⁰⁵⁵.

Alfonso de Palenzuela actuaría en el reinado de Enrique IV como fiel servidor del monarca, de lo que habla su actividad diplomática que luego trataremos. No obstante, tampoco tenemos noticias de una defensa férrea del rey, ya en el asunto de la farsa de Ávila se mostró bastante neutral¹⁰⁵⁶. Sobre lo que sí tenemos más datos, es de su inclinación hacia la princesa Isabel, y así en 1473 la misma encargó a Palenzuela que defendiera su causa ante Sixto IV, instándole a no escuchar a sus contrarios. El Papa envió la carta *Gratissimo animo*, el 19 de julio de 1474, para tranquilizarla, diciendo que había escuchado lo que en su nombre le había expresado el obispo de Oviedo¹⁰⁵⁷. Sobre este punto, Manuel Castro señala: “no sabemos cuál era el título que ostentaba en Roma el año 1474 el P. Palenzuela, si de embajador del rey que cumple encargos de la princesa, o enviado de ésta al papa. De todas maneras, en Roma estaba aún en julio de 1475, cuando Isabel ya era reina de Castilla, y actúa en su nombre y representación, defendiendo los derechos de la nueva soberana de Castilla”¹⁰⁵⁸. En efecto, Luis Suárez indica que en Roma se organizó una audiencia solemne el 21 de julio de 1475, bien preparada para el triunfo castellano, de tal modo que

¹⁰⁵⁵ LÓPEZ, 1929A: 65-66

¹⁰⁵⁶ CASTRO, 1974: 66

¹⁰⁵⁷ El 19 de julio de 1474, el Papa se dirigía de esta manera a Isabel la Católica: *Sixtus Papa Ills. Carissima in Christo filia nostra, salutem et apostolicam benedictionem. Gratissimo animo accepimus que venerabilis frater Alfonsus episcopus Ovetensis nomine tue serenitatis [...] diligenter exposuit. Inter cetera petiit precipue ne ad ullius instantiam in controversia de successionem illorum regnorum Castelle et Legionis quicqua vellemus decernere aut statuere, te inaudita, ne quid de jure tuo in illis per nos tibi demi videretur. Qua in re et respondimus nos sempre in visceribus caritatis te gessisse et deinceps pari benivolentia complexuros, ac quemadmodum hactenus omnia tua nobis commendata fuere, ita post hac quantum cum Deo poterimus commodorum et dignitatis tue rationem habituros. Itaque filia carissima in tua ac progenitroum tuorum erga nos et Sedem apostolicam solita devotione persiste* (en SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1965: 288-289).

¹⁰⁵⁸ CASTRO, 1974: 67

tras una moderada protesta de los emisarios portugueses, Alonso de Palenzuela hizo la réplica y tras ello “Sixto IV dio a Fernando e Isabel título de Reyes de Castilla”¹⁰⁵⁹. Nieto Soria opina que fue enviado a Roma con el fin de defender los intereses de Isabel¹⁰⁶⁰. Como indica Manuel de Castro, “seguramente que debido a estas gestiones del P. Palenzuela se debe la bula de Sixto I, *Quoniam in hiis*, Roma, 14-XII-1474, aparecida dos días después de la muerte de Enrique IV, ocurrida en Madrid, y al día siguiente de ser proclamada reina de Castilla la princesa Isabel”¹⁰⁶¹. En 1480 y 1481 los Reyes Católicos confirmaron los diez mil maravedíes que le concediera Enrique IV a Alonso de Palenzuela de por vida, interviniendo en ello fray Hernando de Talavera¹⁰⁶².

El 26 de enero de 1482 Sixto IV concedió a Palenzuela la facultad de poder hacer testamento, pese a ser religioso franciscano¹⁰⁶³, pudiendo liquidar deudas y pagar a sus servidores y su funeral¹⁰⁶⁴. Falleció el 17 de abril de 1485¹⁰⁶⁵. Vigil lo incluyó como uno de los obispos que más contribuyó a la construcción de la catedral de Oviedo. Le atribuye el crucero de la misma entre 1470 y 1485 y afirma que fue enterrado en el centro del coro¹⁰⁶⁶.

¹⁰⁵⁹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1996: 217.

¹⁰⁶⁰ NIETO, 1994: 58

¹⁰⁶¹ CASTRO, 1974: 68

¹⁰⁶² AGS:MR, leg. 91, nº 46,

¹⁰⁶³ CASTRO, 1974: 68

¹⁰⁶⁴ HÜNTEMANN, 1949: 775

¹⁰⁶⁵ EUBEL, 1914: 209

¹⁰⁶⁶ VIGIL, 1887: 4.

- *La actividad diplomática de Alonso de Palenzuela.*

Como antes hemos indicado, Alfonso de Palenzuela desarrolló una muy relevante actividad diplomática al servicio de Enrique IV y de Isabel I. Ochoa Brun le califica de “uno de los baluartes de la diplomacia de Enrique IV”¹⁰⁶⁷, y Óscar Villarroel, que ha trabajado en profundidad la actividad diplomática de los eclesiásticos castellanos de este periodo afirma que “durante el reinado de Enrique IV la relevancia de los prelados en las embajadas se ve desproporcionada por la presencia de Alfonso de Palenzuela. Sin lugar a dudas fue el principal colaborador regio en este sentido”¹⁰⁶⁸. Al igual que en el caso de fray Fernando de Illescas, no debemos hacer un análisis exhaustivo de su labor como embajador, pero sí ofrecer un panorama de su actividad, Si bien en el caso de Palenzuela no parece probable que fuese confesor de Enrique IV.

Su papel como emisario comenzó en torno a 1456. Como indica Nieto Soria, “en 1456 se incorporan a la Curia como procuradores de Enrique IV dos personajes clave en las relaciones entre el Papado y el rey castellano por aquellos años, por cuya mediación se van a canalizar buena parte de las demandas regias ante la Santa Sede: Rodrigo Sánchez de Arévalo y Fray Alfonso de Palenzuela”¹⁰⁶⁹. El primero en hacerlo sería Sánchez de Arévalo, en calidad de *consiliarum et oratorem* del rey¹⁰⁷⁰. Unos meses más tarde se incorporó Palenzuela, llamado a partir de entonces a ser un importante embajador. Calixto III, como indica Nieto Soria, hubo de tomarle gran estima “si se tiene en cuenta que lo nombraría nuncio suyo en Castilla a fin

¹⁰⁶⁷ OCHOA, 1990: 278.

¹⁰⁶⁸ VILLARROEL, 2010: 816

¹⁰⁶⁹ NIETO, 1994: 53

¹⁰⁷⁰ Reg. Ibérico, doc. 1403 y ASV. Reg. Vat., vol. 457, fol. 104 (10-I-1456), en NIETO, 1994: 53

de recaudar una décima, compensándolo con el título de capellán pontificio en reconocimiento a sus servicios”¹⁰⁷¹. En efecto, ese año Calixto III nombró a fray Alfonso Nuncio Pontificio en los reinos de España, en virtud de un breve que transcribe Wadding¹⁰⁷². Sus atribuciones eran bastante amplias, ya que el Papa, en un documento, se refiere a él como nuncio y colector apostólico, concediéndole además la capacidad de conceder privilegios propios del penitenciario apostólico (elección de confesor y facultades del mismo, uso de altar portátil, dispensas para matrimonio entre parientes...) en la jurisdicción del arzobispado de Santiago¹⁰⁷³. Ciertamente, “sabemos que a comienzos del año siguiente [1457] gozaba de gran prestigio no solamente entre los castellanos que estaban en Roma, por sus buenas artes, y por ser consejero y predicador real, sino también en la curia romana, donde aparece en calidad de capellán pontificio”¹⁰⁷⁴. La carta pontificia lleva fecha de 20 de febrero de 1457. Le otorgaba como tal grandes poderes y le eximía de normas propias de su condición religiosa¹⁰⁷⁵. En dicho documento el papa elogia a fray Alfonso, y lo nombra capellán, dejando ver en cierto modo que con ello busca facilitar la relación con Enrique IV¹⁰⁷⁶, como si fray Alfonso tuviese ascendencia sobre el monarca. Este hecho nos

¹⁰⁷¹ NIETO, 1994: 53

¹⁰⁷² Vid. WADDING, 1932e: 27, a. 1457, XLII

¹⁰⁷³ *Calixtus III etc. venerabili fratri Alfonso Episcopo civitatensi salutem etc. Cum te dudum in Castelle et legionis Regnis fructuum et propectuum camere apostolice debitorum collectorem generalem et Nuntium nostrum constituerimus...* (ASV: Reg. Vat., nº 442, f. 97r)

¹⁰⁷⁴ CASTRO, 1974: 63

¹⁰⁷⁵ Vid. en HÜNTEMANN, 1929b: 133-134, nº 254

¹⁰⁷⁶ *Cum personam tuam, quam multiplicum virtutum meritis Altissimus decoravit, pro plurimis arduis negotiis pertractandis nos et Sedem apostolicam concernetibus, praesentibus et futuris, utilem ac commodam et pernecessariam cognoscamus, et praesertim cum pro facto subsidii colligendi in regnis et dominiis carissimi in Christo filii nostri Henrici Castellae et Legionis regis illustris, et aliis in Hispaniae magnis peragendis negotiis, nostrum et dictae Sedis nuncium ad praesens, Deo auctore, destinamus et transmittimus; volentes ut tanto efficacius illis intendere valeas, quanto ab omnibus obstaculis et impedimentis liberior fueris, ac cupientes eamdem tuam honorare personam, te ac socium eiusdem ordinis, quem toties quoties elegeris, in nostros et apostolicae Sedis speciales et immediatos filios et sub singulari nostra protectione recipimus, teque nostrum et Sedis eiusdem capellanum facimus et constituimus, et tenore praesentium ordinamus et in talem harum recipimus* (HÜNTEMANN, 1929b: nº 133, nº 254)

hace pensar que fray Alfonso, si bien no gozó del título de confesor del rey, mantenía con éste una estrecha relación que podía reunir en parte las características de tal. Recordemos que algo similar (el nombramiento de capellán pontificio y diversas gracias al embajador castellano) había ocurrido con fray Fernando de Illescas, y en aquel punto llegamos a la conclusión de que en dichas gracias pontificias hubo de pesar el hecho de que aquel franciscano tenía notable influencia sobre el rey como confesor suyo que era.

Quizás el papa designó a Palenzuela como nuncio para recoger ciertos subsidios, pero quizá también para clarificar en algo el difícil panorama político que se daba en Castilla, con las disputas entre las Coronas y la llegada de Juana de Portugal a la corte castellana en el contexto de las luchas entre facciones que caracterizaron el reinado de Enrique¹⁰⁷⁷. A partir de 1456 se dio una “consecución por el monarca castellano de un buen número de favores pontificios”, como la confirmación en el disfrute de todos los derechos espirituales y temporales propios de los maestros de Santiago¹⁰⁷⁸, y podemos pensar que estos éxitos de la diplomacia castellana se debieron precisamente a Alfonso de Palenzuela y su discípulo Sánchez de Arévalo, que a partir de entonces comenzaría una carrera brillante en la curia pontificia¹⁰⁷⁹.

De hecho, Rodrigo Sánchez de Arévalo se quedó en Roma, donde fue nombrado nuevo obispo de Oviedo. En esta ocasión Alfonso de Palenzuela demostró su sincero celo como pastor, ya que al enterarse de la noticia, y de que su antiguo discípulo y compañero tardaba en posesionarse de su

¹⁰⁷⁷ Vid. CASTRO, 1974: 64

¹⁰⁷⁸ NIETO, 1994: 54

¹⁰⁷⁹ De ese año de 1456, se conserva una carta de paso concedida por la Santa Sede a Palenzuela, con fecha de 3 de mayo (en HÜNTEMANN 1929b: 88, nº 160).

sede (de hecho, es bien sabido que fue un obispo absentista) escribió una dura carta al mismo, que lamentablemente no se ha conservado pero que conocemos por la respuesta que Rodrigo Sánchez de Arévalo escribió para justificarse, y que tendremos en cuenta para el análisis cultural del a figura del confesor.

No obstante, hay indicios de que Sánchez de Arévalo regresó a la Península, y ello explicaría que Enrique IV lo enviase acompañando a Alfonso de Palenzuela en una nueva legación a Italia, donde Calixto III había muerto y fue elegido Pío II. El objetivo era asegurar la continuidad de las nuevas relaciones¹⁰⁸⁰. Esta noticia nos viene dada por Valera:

[Enrique IV] hobo nueva de cómo el papa Calixto III era muerto, y era criado en su lugar Pío II; al cual el rey don Enrique envió un fraile, maestro en santa teología, gran predicador y de la orden de san Francisco, observante, llamado Fr. Alfonso de Palenzuela, a le dar la obediencia. El cual después fue obispo de Ciudad Rodrigo, y comoquiera que muchos de los freiles de su orden refutaban dél por haber tomado obispado, él dio de sí tan buena cuenta y vivió tan limpiamente, haciendo enteramente su oficio, confesando sus súbditos y predicándoles continuamente de tal manera, que sirvió mucho a Dios en recibir la dicha dignidad de obispado. Y después hobo el obispado de Oviedo, donde no menos sirvió a Dios que en el primero¹⁰⁸¹.

Por lo tanto, Palenzuela dio muestras de ser un obispo comprometido con su ministerio antes que con los intereses el mundo, y de ahí la carta que escribier a Arévalo reprochándole el no acudir a su diócesis. Ambos emisarios se encontraban en Roma en 1458. Sus gestiones no hubieron de tener el éxito deseado, ya que el 6 de mayo de 1458 el Papa rechazó las

¹⁰⁸⁰ NIETO, 1994: 54

¹⁰⁸¹ En CASTRO, 1974: 64

peticiones del rey de Castilla por ir contra su conciencia¹⁰⁸². El resto del año lo debieron pasar en Roma, y a principios de 1459 salieron a Siena “en calidad de legados de Enrique IV, y en su nombre, rendir al nuevo pontífice [Pío II] el pleito homenaje de príncipe católico”, aprovechando para pedir al papa que pusiese coto a las censuras eclesiásticas sobre los oficiales reales que entraban en sagrado para apresar a los criminales¹⁰⁸³. El 27 de febrero de 1459 Pío II escribió al rey de Castilla notificando que recibió a sus consiliarios y representantes, el obispo de Oviedo y fray Alfonso de Palenzuela (OFM)¹⁰⁸⁴, quienes desempeñaron de manera óptima su encargo. Le animó a la perseverancia en la victoria por las armas contra los mahometanos¹⁰⁸⁵. Sobre esta noticia tenemos otro documento fechado el 3 de abril en el Archivo General de Simancas¹⁰⁸⁶. Por lo tanto, y siguiendo a Trame, los emisarios castellanos habían regresado para esa fecha, probablemente con la confirmación de las concesiones hechas por Calixto III y Nicolás V y el permiso de nombrar a los maestros de las órdenes militares en Castilla¹⁰⁸⁷. No obstante, dada la cronología, es posible que las cartas pontificias fuesen llevadas por otros emisarios y que Palenzuela y Sánchez de Arévalo se hubiesen quedado en Italia, o en todo caso hubieran regresado con gran celeridad¹⁰⁸⁸.

Lo cierto es que ambos embajadores estaban en Italia para el congreso de Mantua que Pío II había convocado para organizar la cruzada contra los turcos y dio inicio el 26 de septiembre de 1459. Se conservan las

¹⁰⁸² En HÜNTEMANN, 1929b: 228

¹⁰⁸³ CASTRO, 1974: 65

¹⁰⁸⁴ *Vid.* TRAME, 1958: 98

¹⁰⁸⁵ En HÜNTEMANN, 1929b: 305

¹⁰⁸⁶ AGS, Patronato Real, 60-175, en BELTRÁN DE HEREDIA, 1970: III, 95-96

¹⁰⁸⁷ TRAME, 1958: 98-99

¹⁰⁸⁸ *Ib.*: 99

credenciales de ambos emisarios para aquella ocasión¹⁰⁸⁹. Enrique IV tenía intención de enviar al obispo de León, Pedro Cabeza de Vaca, pero éste había enfermado y murió¹⁰⁹⁰. Quizá no llegaron para la apertura, pues Sánchez Arévalo se excusó por el retraso, dando las razones de ello¹⁰⁹¹. Al parecer, Palenzuela había de pronunciar un discurso pero, por indisposición, hubo de hacerlo Arévalo, que no lo tenía preparado¹⁰⁹². Si en ocasiones anteriores Pío II había elogiado a estos emisarios, en esta ocasión le pareció una representación diplomática muy mediocre, especialmente en lo que se refiere a Alfonso de Palenzuela, del cual dice que era *monachus quidam Ordinis Minorum, ex Iudaeis ad Christianam religionem conversus*, constituyendo, junto al obispo de Oviedo *indigna tanto principe legatio*¹⁰⁹³.

Como sabemos, la iniciativa de Pío II terminó en fracaso, y quizá ello es lo que le lleva a referirse con tanta acritud a los embajadores españoles. Lo cierto es que, como ya hemos visto, fue nombrado obispo de Ciudad Rodrigo en 1460. De hecho, los pagos a la Santa Sede los hizo delegando en Juan de Ayllón y Rodrigo López, canónigos de Toledo el 18 de agosto de 1460¹⁰⁹⁴.

En 1467 Castilla e Inglaterra concertaron una alianza, y el embajador designado a tal efecto fue Alfonso de Palenzuela, siendo nombrado el 30 de marzo¹⁰⁹⁵. El 6 de julio de 1467 firmaba en Westminster el tratado¹⁰⁹⁶, que

¹⁰⁸⁹ Vid. CASTRO, 1974: 66

¹⁰⁹⁰ TRAME, 1958: 100

¹⁰⁹¹ Vid. TRAME, 1958: 100. Para el 21 de noviembre Los dos embajadores deben de haber llegado a Mantua (CASTRO, 1974: 65)

¹⁰⁹² CASTRO, 1974: 66

¹⁰⁹³ Pío II, 2007: vol. 2, 164-166 (Liber III, XXXVIII, I).

¹⁰⁹⁴ ASV: Cam. Ap., Obl. et Solt., nº 76, f. 211

¹⁰⁹⁵ Vid. CASTRO, 1974: 66.

¹⁰⁹⁶ Enrique IV se refiere a él en dicho tratado como *Alfonsus Civitatis Episcopus, Consiliarius noster, Procurator & Nuncius noster* (RYMER, 1739-1741: vol. V, pars II, p. 146). En la copia del tratado que se conserva en el Archivo General de Simancas se puede leer una anotación que reza “poder que el mismo Rrey don Enrique para ello dio al obispo de Ciudad Rodrigo que se llamava fray A[lfonso] de Palençuela” (AGS: PTR, lg. 52, nº 16, f. 2v)

sería ratificado en 1475 por Fernando el Católico, quien mencionaba expresamente en dicha ocasión a fray Alfonso¹⁰⁹⁷. Lucas Wadding, por otro lado, no sólo refiere que Palenzuela fuese emisario ante el rey de Inglaterra, sino también ante Luis XI de Francia¹⁰⁹⁸. Es posible que permaneciera mucho tiempo en su viaje, pues el 11 de noviembre de 1468 estaba en Mallorca interviniendo en la concesión de unas órdenes sagradas¹⁰⁹⁹, cuestión por la que hemos llegado a concluir que la noticia de Jerónimo Zurita sobre el obispo de Terranova y confesor de Fernando el Católico podía aludir a Palenzuela. Su presencia en Mallorca pueda deberse a la ruta tomada en su regreso de Inglaterra¹¹⁰⁰. En 1461 actuó en una embajada al rey de Portugal, tratando con él ciertos asuntos, así como con el obispo de Mondoñedo, embajada en la que se llama a sí mismo “de vuestra Alteza humilde fechora e siervo. fratr Alphonsus Episcopus Civitatis”¹¹⁰¹.

En el caso de sus embajadas ante la Santa Sede, vimos que su primera legación hubo de ser considerada tan eficaz que se le encomendaron otras sucesivas. Lo mismo puede decirse en el caso de Inglaterra, ya que en 1471 pudo ser enviado de nuevo allí¹¹⁰².

Después de las misiones diplomáticas ante la Santa Sede e Inglaterra, habría un tercer periodo de actividad diplomática del ya entonces obispo de Oviedo, que sería de nuevo ante la Santa Sede, donde actuaría a favor de Isabel y Fernando, aún en vida del rey Enrique. Con anterioridad, había

¹⁰⁹⁷ *Rex omnibus, ad quos, &c. Salutem. Sciatis quod, Cum, Venerabilis Pater, Alfonsus Civitatis Episcopus, olim in Regnum nostrum Angliae, ab Illustris memoriae Domino Henrico Rege Castelle & Legionis...* (en RYMER, 1739-1741: vol. V, patrs III, p. 60).

¹⁰⁹⁸ WADDING, 1932e: 508

¹⁰⁹⁹ VILLANUEVA, 1852: 84

¹¹⁰⁰ LÓPEZ, 1929a: 66

¹¹⁰¹ AGS: EST, leg. 1.1.2, nº 151, f. 1r.

¹¹⁰² VILLARROEL, 2010: 794. Villarroel indica no obstante que cierta legación es dudosa, pero que igualmente “es interesante y posible, dado que en esos mismos momentos los príncipes Isabel y Fernando sí negociaban con Inglaterra, con quien habrían conseguido, por medio de Juan Ramírez de Lucena, una alianza junto a los duques de Borgoña” (VILLARROEL, 2010: 804).

sido enviado a Portugal con la pretensión matrimonial de la princesa Isabel¹¹⁰³. Es posible que, como buen servidor del mismo, su presencia fuese oficialmente en nombre del monarca, si bien su simpatía hacia Isabel está fuera de toda duda, como ya hemos visto. En 1474 se daría su intervención con la que abríamos la cuestión de la representación diplomática¹¹⁰⁴. Por último, de ser acertada la hipótesis de que sería el obispo de “Terranova” al que se refiere Jerónimo Zurita, en calidad de embajador y confesor de Fernando el Católico, trataría de buscar, inútilmente, la concordia y la paz con Navarra en mayo de 1476¹¹⁰⁵, aunque llegó obtener una concordia poco después, en septiembre¹¹⁰⁶.

2.5. EL EPÍLOGO DEL MEDIEVO: ENRIQUE IV Y LOS REYES CATÓLICOS.

2.5.1. Enrique IV:

Frente al reinado de su abuelo Enrique III y de su padre Juan II, de los confesores de Enrique IV sabemos relativamente poco. Si Juan II hubo de acceder al trono de Castilla a una edad que podemos juzgar como demasiado temprana algo diferente ocurre con Enrique IV, que ya como Príncipe de Asturias tuvo un papel relevante en los últimos años del reinado de su padre. Ya hemos tenido que hacer mención de él dada la interacción de alguno de los confesores reales de su padre con el mismo, especialmente

¹¹⁰³ NIETO, 1994: 305

¹¹⁰⁴ *Vid.* MESSEGUER, 1970: 289

¹¹⁰⁵ “Estaba la princesa doña Leonor de Navarra en Olit a 18 del mes de mayo; y entre tanto que el obispo de Terranova confesor del rey de Castilla iba de los unos a los otros, ellos continuaban la guerra y hacían sus correrías” (ZURITA, 2003: lib. XIX, cap. XLIX)

¹¹⁰⁶ “La ciudad de Tudela y las villas de la parcialidad del condestable Pierres de Peralta, firmaron el compromiso y las otras de la parte del conde de Lerín. Y para esto fue a Navarra el obispo de Terranova confesor del rey de Castilla; y entonces se dio orden de pagar al conde de Lería la dote de la condesa doña Leonor de Aragón su mujer, hermana del rey de Castilla” (ZURITA, 2003: lib. XIX, cap. LVI)

Lope de Barrientos, que fue maestro del príncipe Enrique y confesor suyo, al menos nominalmente, hasta 1462. También Alfonso de Palenzuela, por lo que se ha sugerido, pudo actuar en algún momento como su confesor.

Hemos de comenzar por aquellos confesores que, o bien por serlo de manera ocasional, o bien por no disponer apenas dato alguno sobre ellos, no son susceptibles de ser estudiados biográficamente con el fin de tener un conocimiento de su papel como confesores en la corte. El primer nombre que tenemos para el futuro Enrique IV es el de fray Antón de San Martín, que es mencionado como confesor en 1444¹¹⁰⁷, y del que no hemos encontrado más datos. El siguiente personaje en ser identificado como confesor de Enrique IV viene también de los estudios de Luis Alonso Getino, y ya hicimos referencia al mismo al tratar sobre Álvaro de Córdoba: fray Rodrigo de Valencia, que, según el historiador dominico, sería confesor del príncipe Enrique en los últimos años como tal y los primeros como rey¹¹⁰⁸. Este dominico acompañaría a Álvaro de Córdoba en la labor que éste emprendió y que ya hemos descrito¹¹⁰⁹. Así, Ortega afirma que lo acompañó en sus viajes de predicación¹¹¹⁰, antes incluso de emprender la labor fundacional. Ortiz de Zúñiga afirma que fundó el convento de Portaceli en Sevilla en 1450 y que fue confesor de Enrique III (sic) cuando éste acudía a la ciudad, muriendo ya muy anciano en 1465. También indica que dicho convento recibió muchas ayudas de los reyes así como de la nobleza. Parece ser la mención a Enrique *el Doliente* un error del cronista, y hemos de entender que se refería a Enrique IV, aunque lo mencione también en el

¹¹⁰⁷ VILLARROEL, 2006: 1.073

¹¹⁰⁸ ALONSO, 1916: 409-410

¹¹⁰⁹ *Vid.* HUERGA, 1966: 356

¹¹¹⁰ ORTEGA, 2004: 40

texto¹¹¹¹. La cronología, en cualquier caso, nos hace descartar relación con el rey Enrique III y, dada la mención que de él también hace Luis Alonso como confesor de Enrique IV¹¹¹², hemos de considerarlo como confesor de este rey cuando el monarca acudía a la ciudad de Sevilla. Quizá fuese el fray Juan de Valencia al que se refiere Ramírez de Arellano y Gutiérrez, del cual señala que era el prior del convento de Scalaceli cuando el beato Álvaro murió, y al cual hizo confesión general¹¹¹³. Ciertamente, el vínculo entre la reforma del beato Álvaro y el convento sevillano del que era prior fray Rodrigo es clara, no sólo por la similitud de los nombres, sino por el hecho de que, al parecer, quien fundó el convento sevillano fue en realidad el beato Álvaro hacia 1440¹¹¹⁴.

El 10 de noviembre de 1452 figura como canónigo de Segovia, capellán y confesor del príncipe Enrique un tal Alfonso Vázquez Peleas, cuando el príncipe quería para él arcedianato de Calatrava frente a la resistencia del Papa que quería entregarlo a otro. Juan II lo haría oidor en la Audiencia como gesto de afabilidad hacia su hijo¹¹¹⁵. La siguiente noticia del mismo es tres años después, de 1455, cuando se le identifica como “electo de Mondoñedo, abad de Párraces del consejo del Rey nuestro Señor”¹¹¹⁶, aunque el término “electo” es transcrito como “clérigo” por

¹¹¹¹ El capítulo dedicado al año 1450 comienza del siguiente modo: “Tuvo principio este año por la Religión de santo Domingo su convento de santo Domingo de Portaceli, extra muros de esta ciudad, entre los Caños de Carmona, y la huerta del Rey, donde s edice que había antes una ermita de Santo Domingo; fue su fundador Fray Rodrigo de Valencia, Religioso muy antiguo y grave, que fue Confesor del rey don Henrique III las veces que venía a Sevilla; gobernólo Prior primero por espacio de quince años, hasta el de 1465 en que pasó de esta vida en edad ancianísima” (ORTIZ DE ZÚÑIGA, 1795b: 439).

¹¹¹² ALONSO, 1916: 409

¹¹¹³ RAMÍREZ, 1976: 530

¹¹¹⁴ Huerga refiere una súplica dirigida a Eugenio IV que dice así: *Olim frater Alvarus de Zamora, OP., in sacra theologia magister, apud civitatem Hispalensem quandam domum cum capella seu oratorio sub vocabulo sancti Dominici de Portacoeli fundavit et aedificavit, in qua ipse una cum socio seu sociis moram saepe trahebat* (en HUERGA, 1972: 620)

¹¹¹⁵ VILLARROEL, 2006: 515

¹¹¹⁶ AGS: ERM, QC, leg. 1, fol. 361r

Gómez Izquierdo¹¹¹⁷. De acuerdo con esta noticia sobre su elección como obispo de Mondoñedo, habría de ser Alfonso Vázquez de Acuña, elegido el 11 de diciembre de 1454, y que sería trasladado a Jaén el 22 de abril de 1457¹¹¹⁸. Esto se confirma porque figura otro pago similar a Alfonso Vázquez Peleas de 1454, en cuyo margen figura una nota fechada en 1457 donde se detalla que el pago se hace por mandado del rey en un documento fechado el 8 de septiembre de 1457 para que “libren al dicho don Alfonso obispo de Jaén” los libramientos por su cargo en el Consejo Real¹¹¹⁹. Por otro lado, la crónica de Diego de Valera señala que “el día de Pasqua de cinquesma [de 1455] el Rey se veló con la Reyna su esposa e velolos D. Alfonso eleto confirmado de la Iglesia de Mondoñedo, que después fue Obispo de Jaén, e díxoles la misa baxa en la cama”¹¹²⁰. Otro dato que nos da la misma crónica que nos confirma que Alfonso Vázquez Peleas es Vázquez de Acuña, obispo de Mondoñedo y Jaén, es que Valera lo denomina “Don Alonso Pelaez, obispo de Jaén” y que se contaba entre los obispos que seguían al rey en las divisiones internas del reino, junto, precisamente, Lope de Barrientos, aunque éste lo hacía “contra toda su voluntad”¹¹²¹.

Por lo tanto, Alfonso Vázquez Peleas es Alfonso Vázquez de Acuña, también llamado Peláez. Sería así obispo de Mondoñedo¹¹²² y Jaén. Dado que las menciones a su condición de confesor cesan tras su elección como obispo de Jaén, hemos de pensar que dejó de ser confesor del rey al trasladarse a la nueva sede. Su papel en la velación de los reyes en sus

¹¹¹⁷ GÓMEZ IZQUIERDO, 1968: 25.

¹¹¹⁸ EUBEL, 1914: 159, 193

¹¹¹⁹ AGS: ERM, QC, leg. 2, fol. 184r

¹¹²⁰ VALERA, 1878: 8

¹¹²¹ *Ib.*: 34

¹¹²² De su etapa como obispo mindoniense no hay mucho que reseñar. Una actualización de los datos puede encontrarse en CAL, 2003: 222-223

nupcias parece que se explica por su condición de confesor real, con lo que es posible que en aquel entonces siguiese siendo confesor real. Así, podemos establecer que en torno a los años 1452 y 1457 desarrolló su función como confesor. Se trata de uno de los pocos confesores pertenecientes a un linaje¹¹²³. Podemos pensar que en su designación como obispo de Jaén influyese ser el sobrino del anterior titular de la sede, Gonzalo de Zúñiga. No obstante, la designación como obispo de Mondoñedo, así como su inclusión en el Consejo y Audiencia Reales (ya que tenía formación jurídica) se debieron a su fidelidad al príncipe Enrique, que lo promocionaría a dichos cargos. En efecto, Flórez indica que siempre se mantuvo como fiel servidor del rey tanto en su breve pontificado en Mondoñedo como en Jaén¹¹²⁴. Ciertamente, las crónicas nos muestran cómo el prelado gienense, junto a Lucas de Ibranzo fueron los valedores del poder real en aquella área de Andalucía, si bien el adelantado y el obispo tuvieron relaciones tirantes entre sí¹¹²⁵.

Cambiando de personaje, también se conserva en el Archivo General de Simancas un documento por el que se identifica un tal fray Francisco, del convento de san Antonio de Segovia, como confesor del rey¹¹²⁶. Ciertamente en el documento, escrito por el propio fray Francisco y dirigido al rey, el fraile se refiere a sí mismo como “confessor thesorero y secretario”. Lo transcribimos a continuación:

¹¹²³ “Los padres de este señor fueron Gonzalo Vázquez de Acuña, y Aldonza de Portugal y Zúñiga, por cuyas líneas estaba el hijo emparentado con casas de la primera nobleza, y por la madre era sobrino del santo obispo de Jaén Gonzalo de Zúñiga, hijo de los señores de Béjar, a quien sucedió en la mitra. Se dedicó a la jurisprudencia, y sobresaliendo en letras llegó a ser oidor del consejo real del rey Enrique IV que le honró siempre como merecía por lo mucho que se distinguió el prelado en la fidelidad del monarca, cuando se hallaba más abandonado” (FLÓREZ, 2005b: 202).

¹¹²⁴ FLÓREZ, 2005b: 202-203

¹¹²⁵ *Vid.* JIMENA 1652: 410 ss. En esta obra se ofrecen numerosos documentos para conocer el episcopado de Vázquez de Acuña, aunque no se han encontrado referencias a su condición de confesor, con lo que deducimos que el nombramiento supuso su cese como confesor del monarca, como arriba se ha dicho.

¹¹²⁶ Así figura en el catálogo interno del archivo sobre la sección de Estado-Castilla, hecha por José Luis Rodríguez de Diego.

[Christus]

muy alto Rrey

Vuestra Señoría escribió a mi mayoral rrogando que me mandase que no me absentase desta tierra por fin de mandar dar rrazón delos cargos passados, lo qual yo tiempo ha que desseo pero oygo dezir que esto ha de ser por manera de dar cuenta y esto sy así fuesse yo avía mucha tristeza conoçiendo que no sería siervo de Dios en buen enxemplo al vulgo cuyo non fuy encargado por vuestra señoría en el tal fecho para aún dar cuenta como salvador mas commo confessor thesorero y secretario non solo delas joyas que yo tomé asaz tiempo de aquella señora más que emperatriz que aya santa gloria sin aucto e syn peso e entregué a vuestro provecho mas de su ánima e conçiencia de vuestra alteza fuy balança commo aministrador delos sacramentos ala dicha gloriosa Rreyna pero muy esclaresido rrey e señor así por cumplir el mandamiento de mi mayor commo pensar fazer a lo que me dizen yo tengo presta la escriptura que pertenesçe alos descargos dela dicha ánima así para den bien commo por menudo y extensso con sus cartas de pago e lo al que a todo ello pertenesçe.

Por ende muy alto señor vuestra señoría vea lo que manda suplicándole que no me mande andar [...] por mi flaqueza y enfermedat mas en este vuestro monasterio de sant antonio pues ya esto aquí de moranza lo que me mandasen e porque los libros están en esta cibdat e el que los aministra e aquí fagan de mí todo lo que vuestra señoría tena por bien, a la qual el alto e soberano Rrey prospere y conserve en caminos de paz amen.

Indigno orador de vuestra alta señoría fray Francisco¹¹²⁷.

Aunque en el catálogo figure como confesor del rey, la carta parece mostrar más bien que se trataba del confesor de una reina, y nos parece

¹¹²⁷ AGS: EST, leg. 1.1.2, nº 30, f. 1r.

que era María de Aragón, madre del rey Enrique. Así, el monarca le pediría cuentas de su gestión como confesor y sobre todo tesorero, de lo que el anciano fraile se lamenta. No nos parece por tanto confesor del rey. Al faltar la data, no podemos plantear con más exactitud quien pudiera ser.

Otro personaje del que tenemos una evidencia documental sólida es fray Pedro de Villacastín. Al tratar sobre Lope de Barrientos, vimos cómo éste renunció, en 1462, al cargo de confesor a cambio de que se transfiriera dicha función y sueldos al dicho fray Pedro. También hicimos mención al mismo al tratar de la obra reformadora de Barrientos con el monasterio de san Pedro de Riomoros. Pedro de Villacastín, tal como figura en un documento fechado el 15 de febrero de 1463, es presentado como “buena persona” y “honesto”, y se dice que es el hombre indicado para el cargo en tanto que es “buen letrado” y “prior del monesterio de Sant Pedro de la Oseruança cerca de Riomoros, de la orden de los predicadores”¹¹²⁸. El rey ordenaba pagar en dicho documento los 40 maravedís diarios por el cargo de confesor real a Pedro de Villacastín, retirándoselos a Lope de Barrientos, que había renunciado al cargo de confesor a condición del nombramiento de Pedro de Villacastín como tal. El albalá lo presenta el propio Villacastín, y figura como confesor del rey¹¹²⁹.

Se trata por tanto de un confesor impuesto, y no parece que el rey lo acogiese favorablemente. En el mismo documento, en una nota al margen se lee “no se han de librar estos marauedís desta rraçión al dicho frey Pedro por estos libros este año de sesenta e seys nin de aquí adelante, segund se pasaron a los libros del mayordomo e contador de la casa, por virtud de vna carta del rrey nuestro señor, que está su traslado al comiuenço deste

¹¹²⁸ AGS: QC, leg. 4, f. 455, en NOGALES, 2008: 60

¹¹²⁹ AGS: ERM, QC, leg. 4, fols. 455-456, en MARTÍNEZ CASADO, 1994: 286

libro”¹¹³⁰, de lo cual podemos deducir que, para el año 1466, fray Pedro de Villacastín había dejado de ser en cualquier caso confesor del rey y por ello Enrique IV le retiraba la ración. Cabe pensar que Lope de Barrientos quiso designar a alguien de su entera confianza para estar cerca del monarca, quizá como un medio de control sobre el rey o por el deseo de que no fuesen otros (como el marqués de Villena, por ejemplo) quienes pusiesen en el cargo un confesor que él considerara inadecuado.

En cualquier caso, hay dos confesores de los que tenemos más datos y que tuvieron cierta relevancia en la Castilla bajomedieval por diversas razones: fray Alonso de Espina y fray Alfonso de Palenzuela, ambos franciscanos. Sobre Palenzuela ya hemos tratado en el reinado de Juan II, y hemos llegado a la conclusión de que pudo ser confesor de Enrique IV e incluso Fernando V, aunque la posibilidad es remota. De lo que no cabe duda es que fray Alonso de Espina fue confesor del rey Enrique. Este franciscano observante es bien conocido por ser autor del *Fortalitium fidei*. Además de las menciones explícitas que se hacen a su condición de confesor real, se le ha identificado con otro supuesto confesor de Enrique IV, Alonso del Pino, como lo llaman antiguos cronistas de la orden franciscana¹¹³¹. La figura de Alonso de Espina es sumamente interesante y trascendente para lo que se refiere al problema converso y los orígenes de la expulsión de los judíos de España y la implantación de la Inquisición. Esta cuestión ha sido bastante tratada, y debemos pasarla por alto en sus pormenores. Lo único que aquí conviene resaltar sobre ello es el hecho de que, como confesor de Enrique IV, hubo de instarle a tomar medidas en

¹¹³⁰ *Ib.*

¹¹³¹ *Vid.* LÓPEZ, 1929A: 68

contra de la comunidad judía castellana¹¹³², por lo que Vidal le llama “fanático franciscano observante”¹¹³³.

Sobre sus primeros años de vida nada sabemos. La primera noticia sobre él se remonta a 1452, y es dada por Lucas Wadding, en referencia a la ejecución de don Álvaro de Luna, al que el franciscano atendió espiritualmente en sus últimos momentos¹¹³⁴, cuestión que también tocaremos más adelante (§ 4). Wadding señala igualmente que fue regente del estudio teológico de Salamanca. Ello ha llevado, según critica Alisa Meyuhas, a que muchos historiadores hayan pensado que fue rector de Salamanca, pero en realidad lo único que se puede interpretar con propiedad del texto de Lucas Wadding es que fue el regente de los estudios teológicos del convento franciscano¹¹³⁵. También se ha planteado si era de origen converso, pero el hecho de que en sus escritos antijudíos no aduzca fuentes rabínicas de ningún tipo hace pensar que no lo era¹¹³⁶.

Otro hecho que le dio notoriedad fue el encargo que recibió de recibir a don Álvaro de Luna cuando éste se dirigía a Valladolid y notificarle la para él funesta noticia de su condena a muerte. Alonso de Espina no se limitó a esto, y acompañó al condestable desde ese momento hasta su ejecución,

¹¹³² Así, José María Monsalvo señala que “la biografía y actividad pública de de Alonso de Espina se vinculan estrechamente a acontecimientos e influencias muy importantes en el destino final de las relaciones entre judíos y cristianos en Castilla; influjo en ambientes cortesanos como confesor de Enrique IV, representante y portavoz de los franciscanos castellanos en numerosas delegaciones y gestiones político-religiosas; importancia en el caldeamiento de la opinión pública” (MONSALVO, 1999: 1.061, n. 3).

¹¹³³ VIDAL, 2012: 58

¹¹³⁴ *Hoc tempore floruerunt in regno Castellae in Hispania: fr. Alphonsus de Spina, vir doctu et pius, qui Alvarum de Luna, summa apud ipsos Reges auctoritate, magnis Principibus superiorem, demum ipsa fortunae varietate admirandum, in morte, dum memorabili per omnes aetates supplicio anno sequenti MCCCCLIII afficeretur, religiose consolatus est. Eum laudat Stephanus Garibayus, et Joannes Mariana: Edidit, inquit hic, Fortalitium fidei, splendido titulo, voce barbara, eruditum opus, et divinarum rerum cognitione praestanti. In registro Generalis Angeli de Perusio invenio eum hoc tempore Regentem fuisse studii Theologici in Conventu Salamantino. Barcinone in Catalonia Ludovicus Tremius sacrae Theologiae celebris professor, cui quaedam hoc anno indulget Pontifex privilegia...* (WADDING, 1932d: a. 1452, XXXI, 168).

¹¹³⁵ MEYUHAS, 1996: 226

¹¹³⁶ NETANYAHU, 1997: 52

escuchándole en confesión. De este modo, Meyuhas Ginio acierya al decir que *Alonso de Espina was appointed his confessor in the convicted's last hours*¹¹³⁷. Las noticias sobre este hecho son varias e interesantes, y aunque no se trata del caso de una muerte regia, sí tenemos constancia de que los hechos que rodean a la misma intervino un confesor real, por lo que la analizaremos más adelante (§ 4).

Para el año 1455 Fidel Fita indica que Enrique IV concedió a Alonso de Espina el palacio real para convertirlo en convento, pero López rebate que “hasta ahora no hemos encontrado documentos fehacientes acerca de la intervención que tuvo Fr. Alonso de Espina en la fundación del convento de San Antonio de Segovia”¹¹³⁸. Lo que sí nos refiere Diego de Valera es que el rey arbitró entre los franciscanos observantes y conventuales en Segovia, estando presente el confesor del rey fray Alonso de Espina¹¹³⁹. En 1456, al parecer, residió en el convento de Valladolid (según se deja ver en su *Fortalitium*) y al parecer asistió a la muerte de san Pedro Regalado en el convento de la Aguilera, como refiere Lucas Wadding¹¹⁴⁰. En 1457 encargaría a Alonso de Espina a predicar en Sevilla la cruzada, mientras el rey estaba en Andalucía preparando la ofensiva contra Granada, y también

¹¹³⁷ MEYUHAS, 1996: 224

¹¹³⁸ LÓPEZ, 1929a: 71

¹¹³⁹ “En este tiempo hobo grande ayuntamiento en Segovia de frailes de San Francisco, los unos oservantes y loe otros claustrales, y los osorvantes decían que los claustrales no guardaban la Orden de San Francisco, y que suplicaban al Rey que los diese el Monesterio que allí estaba; sobre lo qual hobo muy grandes alteraciones; é ayudó mucho á los oservantes el Maestro Fray Alonso del Espina, que era hombre muy letrado y gran predicador, y era oservante y Confesor del Rey, y con todo eso los claustrales daban por sí tantas razones que no se pudo bien determinar quales tuviesen mayor razón” (VALERA, 1878: 5).

¹¹⁴⁰ “[San Pedro Regalado] Regressus ad Coenobium Tribulanum, unde exivit, paulisper haesit ultima daturus documenta, deinde ad Aquilerium perrexit, assumpto socio fratre Alphonso Spina, viro docto, auctore libri, qui inscribitur, *Fortalitium fidei*, quod eruditum opus et divinarum rerum cognitione illustre vocant scriptores Hispani. Regalatus porro sub quadragesimae intium imminetis mortis praescius, ibi haesit ultimum emissurus spiritum, ubi religiosioris Instituti sumpsit exordium; et tamquam itineri accintus omnia prudenter disponebat, tum morti necessaria, tum regimini opportuna” (WADDING, 1932d: a. 1456, CLIX, 514).

por aquel entonces obligó al clérigo Alfonso de Béjar a retractarse, precisamente, de su doctrina sobre el sacramento de la Penitencia¹¹⁴¹.

En el año de 1459 predicó en Medina del Campo y en Segovia, como él mismo afirma en el *Fortalitium*, y continuó escribiendo esta obra, que concluyó en 1462 según Atanasio López¹¹⁴². No obstante, en estudios más recientes se han ofrecido cronologías distintas¹¹⁴³. Sea como fuere, el arco temporal en el que Alonso de Espina concluyó una obra tan significativa en lo que se refiere a la hostilidad hacia los judíos coincide con sus gestiones, en calidad de confesor, para instar al rey a implantar la Inquisición en Castilla. Así, el 10 de agosto de 1461 Espina encabezaba un grupo de franciscanos observantes que se dirigieron por carta a Alonso de Oropesa, cabeza de los jerónimos en Castilla, pidiéndole su apoyo para la creación del mencionado tribunal¹¹⁴⁴, carta en la que se declara confesor del rey¹¹⁴⁵. Este hecho es muy significativo, así como el receptor del mensaje, ya que se ha dicho de Alonso de Oropesa pudo llegar a ser confesor de Enrique IV. Ello entra dentro de lo posible, aunque no hay datos, lo cual puede indicar que no llegó a serlo, pues dada su notoriedad hubiese sido difícil que alguien no lo mencionara¹¹⁴⁶. Lo que sí parece es que Alonso de Oropesa debió ser un importante contrapeso a la influencia de Espina sobre Enrique IV, aunque Netanyahu ve que el testimonio de este jerónimo ha sido muy

¹¹⁴¹ LÓPEZ, 1929a: 72

¹¹⁴² *Ib.*

¹¹⁴³ Haim Beinart afirma que fue entre 1458 y 1459 cuando redactó el *Fortalitium Fidei*, Yitzhak Baer afirma que fue en 1460 en la que Alfonso de Espina redactó el *Fortalitium Fidei*, pero Haim Beinart cree que es la fecha simplemente de publicación y Benzion Netanyahu indica el año 1464 (*Vid.* MEYUHAS, 1996: 225)

¹¹⁴⁴ MEYUHAS, 1996: 229

¹¹⁴⁵ CASTRO, 1972: 861

¹¹⁴⁶ No obstante, fue un personaje importante en el reinado de Enrique IV, por otro lado, como prior de santa Catalina de Oropesa, pudo tener importancia en los primeros años del que sería el gran confesor de Isabel I, fray Hernando de Talavera (*vid.* IANNUZZI, 2009a: 72, y 314ss.)

desconsiderado¹¹⁴⁷. Alonso de Espina seguiría insistiendo al rey sobre este punto en 1463, donde es localizado en la villa de Madrid junto al monarca.

Por mucho que fuese confesor, lo cierto es que la realidad de la historia es que no pudo conseguir del monarca la instauración de la Inquisición. No obstante, puede que el entorno converso y judío del rey percibiera la influencia del franciscano y lo peligroso que por tanto éste era. Así, en el proceso inquisitorial que años después se incoó contra la familia Arias Dávila, distintos testigos declararon que se conspiró contra Alonso de Espina para envenenarlo. Alisa Meyuhas ha señalado que este proceso buscaba infamar a la familia Arias Dávila y “no es una fuente completamente fiable”¹¹⁴⁸. Esta autora de hecho hace algunas matizaciones al papel concedido a Alonso de Espina en la instauración de la Inquisición, si bien Monsalvo lo contempla como “quizá creador primero del plan que culminó en la instauración de la Inquisición”¹¹⁴⁹.

Es muy posible que fray Alonso asistiese a la junta de teólogos de 1479, convocada por el arzobispo Carrillo para examinar los escritos de Pedro de Osma. Pese a las reticencias de Menéndez Pelayo, Atanasio López señala que el confesor de Enrique IV sí es el mismo fray Alonso de la Junta de Alcalá, e incluso el que pudo actuar como inquisidor en 1487 en Barcelona¹¹⁵⁰. Lo cierto es que en la sentencia dada en el proceso contra Pedro de Osma se menciona a “fray Alonso de Espina de la Orden de los Predicadores maestro en theología”¹¹⁵¹.

Por otro lado, hemos encontrado referencias documentales que nos hacen pensar que aún estaba vivo en 1495. Sabemos de un Alfonso de

¹¹⁴⁷ NETANYAHU, 2001: 330.

¹¹⁴⁸ MEYUHAS, 1996: 228

¹¹⁴⁹ *Vid.* MONSALVO, 1999: 1.061, n. 3

¹¹⁵⁰ *Vid.* LÓPEZ, 1929a: 73.

¹¹⁵¹ Transcrito en CUERVO, 1916: 944

Espina, franciscano, nombrado en 2 de diciembre de 1491 obispo de Termópilas, *in partibus infidelium*¹¹⁵². Se le adjudicaban 200 florines de oro anuales sobre la cámara de los frutos de la sede de Palencia, de la que era obispo *fratrem nostrum Alfonsum modernum*¹¹⁵³, nombre con el que se aludiría a Alonso de Burgos. Luego sigue estableciendo las condiciones para garantizar el pago en el pontificado de Alfonso y de sus sucesores en Palencia. Veía así recompensada su labor con la designación como obispo. Pero esta titularidad, aunque honorífica, debió facultarle para actuar con autoridad dentro de la diócesis de Palencia, y así el 5 de marzo de 1492 el Papa le encargaba (*Alexander etc. Venerabili fratri Alfonso episcopo Termopolensis in civitate palentinensis commoranti*) informarse de un litigio surgido en torno al cobro de una herencia entre Inés de Osorio y Fernando Sánchez Manion abad secular de la Colegiata de san Antonio, en Medina del Campo¹¹⁵⁴. El asunto no debía ser baladí, ya que es bien conocida la aportación económica que hizo Inés de Osorio en la obra constructiva de la catedral de Palencia que estaba llevando a cabo Alonso de Burgos¹¹⁵⁵, y quizá los bienes de aquella herencia sirvieran para cubrir los enormes gastos a los que se enfrentó este otro prelado y confesor real, del que trataremos más adelante.

El siguiente obispo que figura en la lista de Eubel es ya de 1508, el abad Juan, que accede “certo modo”¹¹⁵⁶, con lo que es imposible saber si sucedió directamente a Alfonso. De ser así, Alonso de Espina moriría como muy tarde hacia 1508. Creemos en efecto que el obispo de Termópilas llamado Alfonso es fray Alonso de Espina. Así es reconocido por Lucas

¹¹⁵² EUBEL, 1914: 250.

¹¹⁵³ ASV: Reg. Lat., nº 913, f. 53v-54r. Documento transcrito en CENCI, 1990: 864, nº 2.378

¹¹⁵⁴ ASV: Reg. Lat., nº 946, ff. 188-189.

¹¹⁵⁵ *Vid.* MARTÍNEZ, 1988: 50.

¹¹⁵⁶ EUBEL, 1923: 312

Wadding¹¹⁵⁷. Atanasio López lo localiza en Palencia, en 1495¹¹⁵⁸, donde consta que fue enterrado, en el convento franciscano¹¹⁵⁹. Este autor también señala que hubo de morir poco después de 1495, pero en 1499, como refiere Fernández de Madrid en su *Silva Palentina*, estaba presente en Palencia el obispo de “Trípolo”, recibiendo licencia y poder para ejercer los actos de pontifical a la muerte del obispo Alonso de Burgos¹¹⁶⁰, a la sazón confesor de Isabel I, como luego veremos. En efecto, el 18 de noviembre de aquel año, como figura en la documentación catedralicia de Palencia, se daba poder al “Obispo de Ternópoli”, fray Alonso de Espina, para que pudiera realizar todos los actos pontificales, y celebrar órdenes generales con el salario que se solía dar al obispo, sin cobrar nada a los ordenados, salvo las candelas y blancas que se suelen ofrecer¹¹⁶¹. Asimismo, requería al cabildo con dos bulas y su proceso (como refería también Alonso de Madrid) para que le fuesen entregados 200 ducados que tenía de privilegio sobre los frutos de la mesa episcopal de Palencia concedidas por Inocencio VIII en 1491. El cabildo respondió que eso correspondía al que lleva los frutos de la Mesa y que ellos harían lo que procedía en derecho¹¹⁶². Por lo tanto, hemos de establecer la muerte de Alonso de Espina en algún momento indeterminado entre 1499 y 1508.

Por lo tanto, podemos concluir que Alonso de Espina aún vivía en los albores del siglo XVI, con lo que las noticias dadas sobre la junta de Alcalá

¹¹⁵⁷ *Episcopos reperio hoc anno Minoritas. Alphonsum de Spina (auctorem conjicio Fortalitii fidei, de quo saepe alias) assumptum ad Ecclesiam Thermopylensem sub Arhiepiscop. Atheniensi, per obitum Joannis, IV Nonas Decembris* (WADDING, 1932e: a. 1491, LXIX, 603).

¹¹⁵⁸ “En el año de 1495 mandó hacer Fr. Alonso de Espina, en la iglesia del convento de San Francisco de Palencia, un altar dedicado a la Concepción de Nuestra Señora, en el cual se leía esta inscripción...” (LÓPEZ, 1929a: 74).

¹¹⁵⁹ LÓPEZ, 1929a: 74

¹¹⁶⁰ FERNÁNDEZ DE MADRID, 1976: 366, n. 20

¹¹⁶¹ AC Palencia: A. Cap., libro 34, fol. 84v

¹¹⁶² *Ib.*, fol. 85r

y su labor como inquisidor son posibles. Cabe pensar que sea otro personaje el que actuó como inquisidor en Barcelona, al ser un ámbito tan alejado de aquél en el que Alonso de Espina se desenvolvió habitualmente, pero tampoco cabe descartarlo. Lo cierto es que vivió para ver instaurado el tribunal que había procurado traer a Castilla en tiempos de su penitente el rey Enrique. Más plausible parece su presencia en la Junta de Alcalá, dada ya su fama y notoriedad en el reino en lo que se refiere a su defensa de la ortodoxia. De hecho, hemos visto cómo había obligado a retractarse en Valladolid a Alfonso de Béjar sobre puntos heterodoxos de su doctrina sobre la Penitencia. Precisamente, y como es bien sabido, las tesis de Pedro Martínez de Osma tocaban esta misma temática, y por ello es posible que se le incluyese en dicha junta¹¹⁶³.

- *Fernando de Torres*.

Fernando de Torres fue identificado como confesor de Enrique IV por Diego Ortiz de Zúñiga, que señala fue prior del convento de santa María de las Cuevas, de la Cartuja¹¹⁶⁴. En efecto, figura como prior de la Cartuja en Sevilla el 15 de noviembre de 1443 en un documento en el que entra en confederación con el conde de Niebla, Per Afán de Ribera, Pedro de Guzmán, y Juan Fernández de Mendoza para defenderse mutuamente y entre todos a la autoridad real¹¹⁶⁵. Por otro lado, Ruiz Vila ha hecho un estudio y edición de un interesante documento relacionado con este personaje. Se trata de la carta que le escribió Rodrigo Sánchez de Arévalo.

¹¹⁶³ Como bien señala Iannuzzi, “otro tema candente de la cristiandad era la confesión” (IANNUZZI, 2009a: 88) y de hecho Talavera también estuvo en aquella Junta.

¹¹⁶⁴ ORTIZ DE ZÚÑIGA, 1795b: 323

¹¹⁶⁵ AM Sevilla, Actas Capitulares, 1443, nov-dic., f. 28r, en VILLARROEL, 2006: 1.375

Éste envió al cartujo una epístola en la que trata precisamente de su papel en la corte en compañía del rey. Entre el 30 de enero de 1456 y el 22 de abril de 1457 fue deán de Sevilla según Richard Trame¹¹⁶⁶ y fue entonces cuando pudo conocer a Sánchez de Arévalo. El investigador norteamericano escribe lo siguiente al respecto:

*During his brief tenure of the deanship of Seville Arévalo may have resided in that city long enough to make the acquaintance of Fernando de Torres, prior of the Carthusians there. This monk later wrote to him in Rome seeking counsel about the propriety of a religious residing at court and acting as an adviser of the king. Arévalo's answer indicates that he had known the Carthusian for some time*¹¹⁶⁷.

Ruiz Vila sitúa en 1456 la designación del cartujo como confesor del rey Enrique, esto es, en el tiempo en el que coincidió con Sánchez de Arévalo. De Fernando de Torres sabemos, por diversas fuentes que recopila José Manuel Ruiz Vila¹¹⁶⁸, que era un hombre de origen alto (de una familia inserta en la corte) y abandonó la orden jerónima para ingresar en los cartujos, yendo al monasterio de santa María de las Cuevas de Sevilla, donde ingresó en torno a 1427 y del que fue prior de 1442 a 1467, fecha en la que falleció. Tuvo también importancia en la fundación del Hospital del Cardenal Cervantes y de la Cartuja de Jerez de la Frontera, si bien no pudo conseguir nuevas fundaciones en Portugal, para lo cual mantuvo contactos con Alfonso V. Su relación con la corte la resume de este modo Ruiz Vila:

Su actividad política [...] fue especialmente intensa, de donde se entiende que Arévalo le apremiara para que interviniera en el delicado momento por el que

¹¹⁶⁶ TRAME, 1958: 90

¹¹⁶⁷ TRAME, 1958: 88

¹¹⁶⁸ RUIZ VILA, 2012: 88-89

estaba pasando la Corona de Castilla. Así, por ejemplo, durante el reinado de Juan II de Castilla, el monarca le encomentó la mediación entre las ciudades de Sevilla y Carmona, encargo que llevó a buen puerto, mientras que, antes de alcanzar el priorato, la primera esposa de Juan II, doña María de Aragón, le pidió que colaborara para devolver a la fe católica a unos religiosos apóstatas en el Reino de Granada. Más adelante, en 1456, fue nombrado confesor de Enrique IV, sucesor II, y, entre otros episodios, tuvo que mediar entre el monarca castellano y el mismísimo pontífice, el sienés Eneas Silvio Piccolomini, papa Pío II¹¹⁶⁹.

Si en 1443 lo encontramos tomando parte en los bandos nobiliarios, su actitud pudo cambiar en el reinado de Enrique IV. En torno a 1460, en el contexto de los conflictos de Enrique IV con el rey de Aragón y con la Liga de Tudela¹¹⁷⁰, R. Trame escribe:

Sometime during this period it seems, Arévalo addressed a letter to Fernando de Torres, prior of the charterhouse of Seville. In it he bitterly deplored the current factions, leagues, covenants, and resistance to his king. He prayed that God would not punish Spain or its innocent inhabitants, since the irresponsible ambition (p. 112) of a few men had created these distressing conditions [ver aquí nota 18: Salamanca Cod. 2-c-4-181, fols. 43v-44r]. He counseled Fernando on the propriety and moral rectitude of his participation in affairs of the court, as he had been requested to do by the prior. He dwelt on the dangers to the religious vocation inherent in a prolonged absence from the cloister and preoccupation with worldly affairs. Fernando's services to the court had come to the attention of the pope, who had praised the good influence he exercised on the king. Although in the ordinary course of events the place of a religious was in his

¹¹⁶⁹ *Ib.*

¹¹⁷⁰ Arévalo is designated in the Salamanca codex as Apostolic Referendary and orator of the king of Castile at Rome. The letter certainly was written before the end of 1465, more probably between 1461-1463, when the circumstances best fit its contents and because it appears among other works dedicated to Pius II (TRAME, 1958: 111, n. 17)

*monastery away from distractions and vanities, still when experienced and wise counsel would profit the commonwealth, a religious did not sin by offering suh. Fernando's wisdom, prudence, and frank honesty fitted him well for his praiseworthy efforts to guide the king in the practice of Christian virtue*¹¹⁷¹.

En este sentido, es bien posible que, si tomó parte en contra de Juan II en 1443, fue porque en realidad era confesor del príncipe don Enrique, y de ahí que encontremos una relación más evidente con éste y no con Juan II. El tono de la carta de Sánchez de Arévalo sugiere que así era en efecto, y Ruiz Vila señala que “en 1456 fue nombrado confesor de Enrique IV”¹¹⁷².

- *Fray Juan de Mazuela*.

Las crónicas nos refieren cómo un tal Juan de Mazuela, o Pedro Mazuelo¹¹⁷³ fraile jerónimo del monasterio del Paso en Madrid, fue requerido para atender al rey en su lecho de muerte. Sophie Coussemaker parece incluirlo como confesor quizá por este hecho. Ciertamente, resulta insuficiente la mera atención a un rey en su lecho de muerte para considerar a dicho clérigo como confesor del mismo (recordemos los lejanos casos de Gelmírez o Jiménez de Rada, § 1.2.1). Ahora bien, podemos intuir el hecho de que se le hiciera llamar del convento para atender al rey se deba a que, en ocasiones precedentes, Juan de Mazuela había atendido espiritualmente al monarca y por ello mismo es el elegido para confesarlo en un momento tan delicado como el de morir. La crónica indica que dicho fraile había sido prior, no que fuese en aquel momento, con lo que aquéllos

¹¹⁷¹ TRAME, 1958, 111-112

¹¹⁷² RUIZ VILA, 2012: 89

¹¹⁷³ Los pasajes de las crónicas se tratan con más detenimiento en § 4

que rodeaban al rey pensaron concretamente en Mazuela no por su posición en el convento en aquel momento, sino por otras razones, quizá porque previamente ya había atendido al rey.

Sophie Coussemaker relaciona algunos aspectos de su biografía con el posible desempeño del cargo de confesor real. Ciertamente, es muy probable que hubiese hecho acto de presencia en la Corte, por mediación de Alonso de Oropesa, que le hizo trasladar a Madrid, en 1468, para hacerse cargo del monasterio jerónimo de la villa¹¹⁷⁴. Cabe imaginar que ello se debió a su buena labor como prior del convento de Valparaíso entre 1466 y 1468¹¹⁷⁵. Según el cronista de este convento, la buena fama de Mazuela lo había precedido en la Corte¹¹⁷⁶. Coussemaker dice lo siguiente al respecto: *Il n'est donc pas impossible qu'il l'ait aussi introduit auprès du roi, dont il était un conseiller occasionnel, mais écouté. La réputation de Mazuela venait, en partie, de ses talents de directeur de conscience, dans les milieux aristocratiques*¹¹⁷⁷. La crónica de Francisco de Jaén, en la transcripción de Coussemaker, dice así:

*La maturité et la droiture de son coeur transparaissaient dans ses paroles; et il faisait naître dans les coeurs de ceux qui l'écoutaient dévotion et révérence. C'est pour cette raison que les chevaliers et les dames le tenaient en si haute estime, que ce soit à la cour ou dans tout autre lieu où il allait, car partout sa vie était un exemple admirable [...]. Grâce à ces vertus, il savait de façon merveilleuse obliger des chevaliers qu'opposaient des discordes à faire la paix entre eux, comme il le fit des nombreuses fois dans notre région*¹¹⁷⁸.

¹¹⁷⁴ COUSSEMAKER, 1999: 92

¹¹⁷⁵ *Ib.*: 94

¹¹⁷⁶ *Ib.*: 92

¹¹⁷⁷ *Ib.*

¹¹⁷⁸ En *Ib.*

Es por ello que David Nogales dice que “Juan Morales, confesor de Juan II, se encargaría de mediar en los conflictos nobiliarios, de una forma similar al papel que hubo de tener Mazuelo durante el reinado de Enrique IV”¹¹⁷⁹. En 1472 Mazuela dialogó con los condes de Tendilla y con los herederos de Juana Enríquez, madre de Fernando el Católico y un año antes aparecía como uno de los confirmadores del nuevo general¹¹⁸⁰. En 1474, como habíamos dicho, ayudó a Enrique IV a bien morir. Aquí su acción puede considerarse polémica, y un ejemplo de cómo el ejercicio del sacramento de la Confesión podía ser empleado con fines espúeos, cuestión que trataremos más adelante (§ 4). En definitiva, Mazuela parece que, en un tiempo que no se puede determinar (entre 1468 y 1474), fue confesor del rey Enrique y por ello acudió a su lecho de muerte para confesarlo.

Muerto Enrique IV, Juan de Mazuelo fue nombrado visitador de los monasterios de Castilla en compañía de Fernando de Talavera así como procurador general de la orden (en la época del fallecimiento de Enrique IV) ante los Reyes Católicos¹¹⁸¹. Entre 1474 y 1477, año de su muerte, fue prior en el monasterio sevillano de Buenavista, habiéndosele propuesto para regir el convento de la Sisle en Toledo, marcado por el conflicto entre cristianos viejos y nuevos¹¹⁸².

No sabemos más de los confesores del rey Enrique. Es difícil interpretar estos silencios. Quizá se deba a que Enrique IV nunca quiso confiar funciones a sus confesores más allá de la estrictamente ministerial, y que tan siquiera se les diera un peso en la corte o en la Capilla Real. Otra

¹¹⁷⁹ NOGALES, 2008: 75

¹¹⁸⁰ COUSSEMAKER, 1999: 93

¹¹⁸¹ *Ib.*: 94

¹¹⁸² *Ib.*

hipótesis es el enorme peso que sobre el rey tuvieron sus privados y las principales familias del reino, que pudieron controlar el acceso a la persona del rey. Asimismo, sin entrar en la polémica que siempre sobrevuela el reinado de Enrique IV, puede que su carácter le hiciera acudir a diversos sacerdotes según las circunstancias y no contar con un firme confesor a su lado.

2.5.2. Los Reyes Católicos: Actualización bibliográfica y documental.

Leandro Martínez Peñas incluyó en su trabajo los confesores de los Reyes Católicos, sobre los que hizo una exposición clara en lo que se refiere a su actividad como confesores de dichos monarcas y en los rasgos más generales de su biografía. Hay que decir que, con ello, no se agota el estudio de este periodo. Al contrario, cabría hacer investigaciones más profundas en la biografía particular de determinados confesores, o un estudio de los confesores en su conjunto en conexión con todo el proceso de génesis del Estado Moderno durante este reinado y el pensamiento político y moral de aquellas décadas. Un ejemplo de estudio particular es el de Isabella Iannuzzi para el caso de Hernando de Talavera. Dichos estudios son tan amplios que en el presente trabajo no es posible llevarlo a cabo. En la presente investigación nos limitaremos a incorporar los confesores de Isabel I como parte de la dinastía de los Trastámara, y dado que Leandro Martínez Peñas hizo algo similar para su historia del confesor real en la Edad Moderna, como novedad incorporaremos los estudios que, desde 2007 (año de publicación de dicho trabajo), se han llevado a cabo sobre los diversos confesores (con la excepción de Hernando de Talavera, que comenzarán en 2009 dada la publicación de Iannuzzi), así como los datos de fuentes

primarias que hemos podido hallar durante nuestro trabajo de investigación.

Hay que reconocer que, a duras penas, hemos encontrado nuevos datos sobre los confesores de Isabel I en calidad de tales. Por otro lado, los trabajos que se han publicado desde 2007 no ofrecen novedades relevantes. Ahora bien, dada la enorme importancia de este periodo, y el papel jugado por determinados confesores, debemos hacer un repaso a los confesores de Isabel I, y en los apartados sucesivos de la presente tesis tenerlos en cuenta en lo que a la dimensión ideológica y la prosopografía se refiere.

La complejidad a la que nos hemos enfrentado para establecer una cronología de la sucesión de los confesores reales en la época Trastámara la encontramos de nuevo en este periodo, en el que faltan igualmente “datos suficientes para efectuar una cronología exacta”¹¹⁸³. A veces se puede establecer una fecha objetiva de fin o de comienzo del ejercicio del cargo de confesor, pero en otras en ningún caso. Es difícil indicar cuándo un confesor dejó de serlo, aunque se siga intitulado como tal, del mismo modo que el hecho de que no figure tal función en la documentación no basta necesariamente para señalar lo contrario. Además de la difícil ordenación cronológica, Leandro Martínez Peñas indica como características del cargo de confesor real en este periodo otros que son comunes a los tiempos precedentes: indefinición del cargo de confesor¹¹⁸⁴, el carácter instrumental del mismo (al servicio de la política regia, y no a la

¹¹⁸³ MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 45. Dice poco más adelante que “la historiografía moderna se ha hecho eco de esta falta de datos fehacientes, y del intento de dar fechas seguras donde sólo se pueden dar suposiciones más o menos fundadas han surgido dispares marcos temporales para el confesonario regio” (p. 46).

¹¹⁸⁴ *Ib.*: 46.

inversa)¹¹⁸⁵, importancia “determinada por la capacidad personal más que por el poder del cargo”¹¹⁸⁶ (lo cual ya había sido señalado para el caso del reinado de Juan II por Óscar Villarroel).

Martínez Peñas señala otra característica que sí sería particular de este periodo, como es el carácter dual de este reinado, en la medida en que tanto Isabel I como Fernando V serían reyes de pleno derecho. No obstante, dado que nuestra cronología se ciñe al reinado de Isabel I como última reina de la Casa castellana de los Trastámara, excluiríamos de nuestro trabajo a los confesores de Fernando. Esta distinción no sirve de mucho, ya que los confesores castellanos del rey guardaron relación con la reina Isabel también en calidad de confesores. Hay que precisar, por otro lado, que se aprecia con nitidez la distinción que el mismo soberano debió hacer de sus confesores en cuanto rey de Castilla y en cuanto rey de Aragón. Así, podemos señalar que sólo Diego de Deza y Tomás de Matienzo fueron los confesores castellanos propios del rey, y como veremos, quizá también de la reina Isabel I. Recordemos de nuevo la posibilidad de que Alonso de Palenzuela fuese confesor del rey, aunque no lo incluiremos en la nómina. Por último, aunque contemplemos este reinado en el contexto de la Casa bajomedieval de los Trastámara, y no de su relación con el confesionario regio de la modernidad, es preciso entender aquí que dicho reinado presenta una nueva etapa respecto a los reinados precedentes. Iannuzzi, al tratar del caso de Hernando de Talavera, lo señala del siguiente modo:

¹¹⁸⁵ “Mientras estuvieron en el trono los Reyes Católicos, el confesor influía, y muchísimo en algunos casos, en la política real, pero no dejaba de ser un mero instrumento y apoyo de ella, salvo en el caso de Cisneros, que con cierta frecuencia se desmarcaba de los deseos de los reyes para actuar conforme a su propio criterio e ideas” (*ib.*: 47).

¹¹⁸⁶ *ib.*

La trayectoria de Talavera ilustra un importante momento de transición en la forma de percibir y desarrollar la labor de confesor real y, más en general, en el papel que tenía la conciencia de una reina, directamente relacionada con las conciencias de sus súbditos. Con ello no queremos negar que anteriormente la relevancia e influencia de los confesores no fuera grande y patente (sobre todo en relación a la personalidad de quien la ejercía), sino subrayar que a partir de los primeros años setenta ese “oficio”, de forma imperceptible pero significativa, experimentó una sensible mutación en el ejercicio de la confesión, transformándose en un cargo socio-político clave¹¹⁸⁷.

Un periodo que ha atraído la atención de los historiadores pero que es bastante desconocido es el de la infancia de Isabel y su periodo como princesa. Martínez Peñas planteó si Gonzalo de Illescas, o incluso Barrientos, pudieron atenderla, lo cual es posible por influjo de su padre (y de su madre, pues fray Gonzalo se encargaría del cuidado de la reina viuda), aunque no podemos llegar a saberlo¹¹⁸⁸. Por lo demás, se han propuesto varios nombres de personajes que pudieron atender espiritualmente a la princesa en un periodo tan importante como el de su formación. Leandro Martínez Peñas menciona a fray Llorente de Arévalo, como confesor cuando Isabel era una niña, así como fray Martín de Córdoba¹¹⁸⁹. C. Palomo indica otros dos que también incluye el anterior autor: fray Juan de Carrasco y fray Mateo de Jerez¹¹⁹⁰, ambos dominicos. Martínez Peñas, basándose en

¹¹⁸⁷ IANNUZZI, 2009b: 79.

¹¹⁸⁸ “Resulta muy difícil determinar cómo se llevó a cabo la selección de los oficiales que se integran en la Casa y Corte de la princesa. Aunque en teoría ella tenía amplia libertad para seleccionarlos, cabe pensar que, al menos durante los primeros tiempos de su principado, Isabel tuvo escasa capacidad de maniobra, pues debió de estar muy mediatizada por el grupo de nobles que había controlado la efímera de su hermano” (RÁBADE, 2008: 895).

¹¹⁸⁹ *Vid.* MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 51. Si bien fray Llorente pudo ser confesor, fray Martín en realidad pareció limitarse a su función de maestro, aunque ya en dicho cargo debió de ejercer gran influencia sobre la conciencia de la joven infanta, hecho por el cual su *jardín de las doncellas* ha despertado gran interés. La publicación más reciente sobre esta cuestión sea quizá NORIEGA, 2013. También merece la pena consultar ALVAR, 2004: 173ss.

¹¹⁹⁰ PALOMO, 1972: 600

Luis Alonso Getino, establece la cronología de ambos confesores en torno a 1468-1469, cuando era princesa y antes de contraer matrimonio con Fernando¹¹⁹¹. Esta cronología parece, a falta de más datos, la más exacta. No obstante, la influencia de estos personajes se prolongó en el tiempo. En el Archivo General de Simancas son varias las referencias halladas sobre fray Mateo de Jerez, que seguía siendo mencionado como confesor incluso en un periodo posterior a 1492, ya que aparece como confesor de la hija de los Reyes Católicos, la “reina e princesa” de Portugal¹¹⁹². Creemos que fray Mateo acompañó a la princesa Isabel a Portugal en calidad de confesor y siguió acompañándola hasta su muerte, ya que aparece como prior de Jerez tras el fallecimiento de la misma y no en el periodo en que la princesa vivía en Portugal y luego regresó a Castilla¹¹⁹³. Después, en 1499, recibía raciones para su mantenimiento, aunque no se le menciona como confesor¹¹⁹⁴.

Además de estos personajes mencionados, destaca en la juventud de la reina Isabel otro confesor cuya relevancia se prolongaría hasta casi el resto de los días de la reina: Alonso de Burgos. Este dominico, no cabe duda, fue confesor del Infante Alfonso como se puede apreciar en la

¹¹⁹¹ MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 52

¹¹⁹² AGS: CSR, leg. 1 nº 101, f. 1r. En este documento, en efecto, se le llama “confesor de la dicha reina”. El documento se refiere al pago de deudas al personal de la difunta princesa, y está fechado en agosto de 1498. No cabe duda de que se trata del mismo fray Mateo, ya que en otro documento (AGS: CSR, leg. 1 nº 142, f. 1r), con fecha de 20 de noviembre de 1500, la reina manda a Martín de Salinas, tesorero, el pago de una merced “a Marina Pérez, madre de frey Matheo prior de Xerez”. En otro documento en el que Martín de Salinas recoge otro pago al mismo Mateo, donde se recoge el acuse de recibo de dicha cantidad por fray Mateo: “yo el presentado fray Matheo de Xerez prior del monesterio de sancto Domingo de Xerez confesor dela Reyna e prinçesa nuestra señora que santa gloria haya, conozco que rreçebi delos maravedís de Salinas catorze mill y sieteçientos y sesenta maravedís que yo uve de aver de la rraçion que yo tengo en la despensa del príncipe nuestro señor en los meses de mayo e junio e jullio e agosto deste año de noventa e nueve años [...] Frey matheo de Xerez, prior” (AGS: CSR, leg. 1, nº 171, f. 1r).

¹¹⁹³ En 1493, la reina encarga a Martín de Salinas el libramiento de 79.000 maravedís al prior de Jerez, que entonces era fray Pablo de Vega, para el pago de trigo a los vecinos que lo habían prestado a Cristóbal Colón para su viaje (AGS: CSR, leg. 3, nº 239). Por lo tanto, o fray Mateo seguía en el convento sin ser prior o, lo más plausible, había acompañado a la princesa Isabel.

¹¹⁹⁴ “al prior de Xerez çinco e veynte maravedís cada día para su mantenimiento” (AGS: CSR, leg. 42, nº 2, f. 33r). No cabe duda de que es él, ya que un año antes, en 1498 declaraba en qué había gastado las sumas recibidas por medio el tesorero Martín de Salinas (“yo fray mateo prior del monesterio de Xerez otorgo e conosco que Rreçibí...”, AGS: CSR, leg. 47, nº 219, f. 1r).

documentación de Simancas. Con el tiempo lo sería igualmente de Isabel I. Quizás fue en este tiempo, o tras la muerte del hermano de la princesa, cuando atendiese a la misma en calidad de confesor y consejero.

Alonso de Burgos, al igual que otros confesores que vamos a mencionar, es una de las grandes figuras de la Iglesia castellana en el tránsito del Medievo a la Modernidad. Un estudio acabado de su figura daría fácilmente para una memoria de doctorado *per se*. De hecho, todo lo que aquí podamos decir resulta superfluo desde el momento en que ya están trabajando sobre esta figura el Prof. Jorge Díaz Ibañez y Diana Olivares Martín, estudios en los que se contempla la condición de confesor real de este personaje. Quiero expresar aquí mi agradecimiento a ambos investigadores por su atención para conmigo y facilitarme, con una generosidad no siempre habitual en el mundo académico, datos obtenidos de su investigación y las fuentes halladas. En sus trabajos podemos encontrar una relación exhaustiva de los estudios y las fuentes con que contamos para conocer la vida de este personaje, así como los aspectos históricos más relevantes del mismo. Leandro Martínez Peñas le dedicó también un espacio considerable¹¹⁹⁵.

Alonso de Burgos, al igual que otros confesores, habría de ser célebre antes de su acceso al confesonario regio. Nacido en torno a 1415, marcharía después de una primera formación y vida eclesiástica de Burgos a Valladolid, donde perfeccionaría su formación “ejerciéndolo aquí y en su propia comunidad el oficio de lector en teología”¹¹⁹⁶. En 1449 aparece como prior de Burgos, “disfrutando en aquel entonces fama de elocuente orador”¹¹⁹⁷. En un momento difícil de establecer, se ha indicado que fue

¹¹⁹⁵ MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 57-65

¹¹⁹⁶ HERNÁNDEZ, 1972b: 295

¹¹⁹⁷ *Ib.*

prior igualmente de san Pablo de Valladolid, lo que le haría entrar en contacto con la Corte. En un documento pontificio fechado en 1475 se le llama *predicator professorem magistro in Theologia*¹¹⁹⁸, pero su condición de confesor está atestiguada ya antes. En un documento fechado a 2 de noviembre de 1465, el príncipe Alfonso, Alfonso XII para sus partidarios, concedía a Diego de Santander y Constanza (ambos hermanos de fray Alonso) una gracia de seis excusados a petición de fray Alonso de Burgos, su confesor¹¹⁹⁹.

Volviendo a la figura de Alonso de Burgos como confesor de Isabel I, es difícil establecer cuándo comenzó a serlo. Probablemente lo fue, como hemos indicado, en el periodo de ascenso al trono. Al parecer, fue encargado de pronunciar un sermón tres días después de la celebración del matrimonio entre Isabel y Fernando, en una época en la que, por diversas evidencias documentales, podría ser confesor en ese momento o en torno a 1473¹²⁰⁰. En junio de 1472 se le menciona en un documento en el que la princesa Isabel nombraba capellán mayor de su capilla a Arturo de Borbón, que era “protonotario, consejero e maestro” del duque de Borgoña, “nuestro muy caro e muy amado primo”¹²⁰¹ y acudía a Castilla como embajador¹²⁰². En dicho documento se señala no obstante que “también fue Rresçibido por su alvalá” en abril de 1473 fray Alonso de Burgos “por capellán mayor [...] el qual será del Consejo por el mismo alvalá”¹²⁰³, titulación que recibía también en un documento pontificio del año anterior (10 de febrero de 1472) por el que se le concedía facultad par testar y se le

¹¹⁹⁸ ASV: Reg. Lat., nº 774, f. 225v.

¹¹⁹⁹ TORRES FONTES, 1985: 120.

¹²⁰⁰ Vid. PARRILLA, 2014: 19

¹²⁰¹ AGS: CSR, leg. 11, nº 2, f. 1r.

¹²⁰² *Ib.*, f. 3r.

¹²⁰³ *Ib.*

daban las dispensas necesarias para obtener la absolución de todas las culpas en el momento de morir¹²⁰⁴. Además de ello fue capellán mayor de la princesa, y quizás esta función precedió a la de confesor. En este sentido, la relación entre la Capilla Real y el Confesionario que ya se apreciaba en tiempos de Alfonso X y antes (§ 1.2), perduró en cierto modo hasta fines de la historia del confesor real de la Castilla medieval.

De todos modos, hay un hecho significativo en lo que se refiere a la distinción neta entre el cargo de confesor y capellán. En un documento del archivo capitular de Palencia, fechado el 5 de febrero de 1490, Alonso se refería a sí mismo, todavía en ese año, como “Don Alonso de Burgos por la gracia de Dios y de la santa yglesia de Roma obispo de Palencia conde de Pernía capellán mayor del rrey e rreyna nuestros sennores e su confesor y del su consejo”¹²⁰⁵, pero lo cierto es que debió de dejar de serlo tiempo atrás, y así en 1498, los Reyes Católicos se dirigían hacia él meramente como “obispo de Palencia conde de Pernía nuestro capellán mayor e del nuestro consejo”¹²⁰⁶. Se trata de la inclusión de este documento de Alonso de Burgos en un documento elaborado por Pedro de Vega, capellán de la reina, que en ningún momento se refiere a Alonso de Burgos como confesor de los reyes, si bien sí con el resto de titulación (obispo de Palencia, conde de Pernía, del Consejo Real, capellán mayor de los reyes). ¿Quizá el título de “capellán mayor” incluía la condición de confesor? No lo parece desde el momento en que ambas figuras estaban claramente diferenciadas casi

¹²⁰⁴ *Sixtus episcopus Servus Servorum Dei. Venerabili frater Alfonso episcopo Cordubensis. Salutem et apostolicam benedictionem [...] tu hoc salubri meditatione pre meditando diem tue peregrinationis extremum dispositione testamentaria desideras prevenire, hinc est quod nos te ab omnibus et singulis excommunicationis suspensionis et Interdicti aliisque ecclesiasticis sententiis censuris et penis a iure [...] inclinasti tibi qui ut asseris charissimi in Christo filii mei fernandi castelle legionis et aragonum regis ac Charissime in Christo filie meae Helisabet eorumdem regnorum regine Illustrissima consiliarius et ipsius regine etiam capellanus major* (AHN: Clero, papeles, leg. 7.852)

¹²⁰⁵ AC Palencia: A. Cap., Arm. II, leg. 4, doc. 8 -nº 214 del conjunto del archivo-, fol. 1r.

¹²⁰⁶ AC Palencia: Arm. III, leg. 6, nº 2 (nº 459 del conjunto del Archivo)

desde principios del siglo XIV o antes y por el hecho de que Alonso de Burgos se molestaba en incluir los dos términos.

Por ello, la afirmación de Martínez Peñas sobre la falta de diferenciación entre ambos cargos no nos parece apropiada¹²⁰⁷. Del mismo modo, se conserva un documento en la catedral de Palencia, fechado el 20 de octubre de 1499 y redactado en Valladolid, sobre la donación de dos millones de maravedíes a la catedral. Alonso de Burgos figura como “obispo de palencia conde de pernia capellan mayor e del consejo de sus altezas”¹²⁰⁸. Como vemos, el prelado insistía en considerarse confesor, mientras que la documentación emanada de la cancillería real no le concedía ese tratamiento. Este hecho parece significativo del valor del título, y que había de estar asociado al desempeño del cargo, a la compañía de los reyes o al menos a la voluntad de los mismos.

Pese a estos saltos en el tiempo, sigamos el hilo cronológico. Hemos establecido que Alonso de Burgos fue confesor de Alfonso y quizás en el mismo periodo, o sobre todo después de la muerte del joven príncipe, de su hermana Isabel. Quizá su labor como confesor y consejero se diera en el tiempo de acceso al trono, tiempo tan convulso y difícil, en el que una personalidad tan enérgica como la de Alonso de Burgos pudo ser de enorme ayuda. Así, indica H. Hernández “su prestigio hizo que se recurriera a él en las turbulencias de los primeros años del reinado de Isabel la Católica, siendo su actuación tan certera que mereció de la reina ser nombrado

¹²⁰⁷ El autor señala, para Alonso de Burgos y Diego de Nava esa indefinición entre su condición de capellanes y de confesores y que “el problema está en que carecemos de datos para afirmar si realmente eran confesores y gozaban de esta consideración o simplemente eran capellanos con los que los reyes confesaban ocasionalmente, debido a las ausencias del confesor regular o a simple deseo de los soberanos” (MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 46). No obstante, en el caso de Alonso de Burgos su condición de confesor parece bastante asentada. Sí coincidimos con que la acepción en plural (“confesor de los reyes”) sí es un elemento de indefinición (pp. 46-47)

¹²⁰⁸ AC Palencia, Arm. I, leg. 1, doc. 9

confesor suyo y su capellán mayor”¹²⁰⁹. Alonso Fernández de Madrid, siguiendo en ello a Vielva y Revilla, indica que la reina lo nombró para tales cargos agradecida por sus consejos ya que “contribuyó en gran manera a que las Castillas la recibieran por reina”¹²¹⁰. Al igual que sus predecesores en los reinados anteriores, no tardaría en llegar los nombramientos episcopales, como recompensa y como estrategia de una reina que requería hombres de fidelidad en la jerarquía castellana.

El 30 de abril de 1477 fue nombrado obispo de Córdoba¹²¹¹ y cinco años más tarde, el 8 de julio de 1482, de Cuenca¹²¹², en la que celebró un sínodo en octubre de 1484, en el que se intitulaba “Don Alonso de Burgos, por la gracia de Dios e de la santa yglesia de Roma obispo de Cuenca, maestro en santa theología, capellán mayor e confesor del rey e de la reyna, nuestros señores, e del su Consejo”¹²¹³. Pero la diócesis en la que parece que ejerció su ministerio episcopal de manera más comprometida fue la de Palencia, para la que fue designado el 26 de agosto de 1485¹²¹⁴.

Un estudio en profundidad de este personaje daría para decenas de páginas. En su labor como obispo, la futura publicación de Jorge Díaz Ibáñez, gran especialista en el episcopado castellano, dará buena cuenta de ello. En su labor como reformador, también debo remitirme a los estudios, publicados y por publicar, de Diana Olivares cuya investigación sobre el Colegio de San Gregorio de Valladolid supone el estudio más completo y actualizado sobre el mismo, y que se enmarca en el proceso de reforma

¹²⁰⁹ HERNÁNDEZ, 1972b: 295

¹²¹⁰ FERNÁNDEZ DE MADRID, 1976: 365, n. 20

¹²¹¹ ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol., nº 83, f. 48. Dicho nombramiento está también recogido en BREMOND, RIPOLL, 1731: 641.

¹²¹² ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol., nº 83, f. 79. El mencionado Jorge Díaz Ibáñez, ya ofreció abundantes datos sobre el episcopado conquense de Alonso de Burgos en DÍAZ IBÁÑEZ 1996.

¹²¹³ En GARCÍA Y GARCÍA, 2011: 362

¹²¹⁴ AC Palencia: A. Cap., lib. 32, suelto nº 1; ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol., nº 83, f. 97.

eclesiástica de aquella época. En efecto, Alonso de Burgos “para remediar la ignorancia del clero, fuente de otros muchos males, ideó la fundación del colegio de San Gregorio, de Valladolid, en 1487, dotándolo exuberantemente”¹²¹⁵. Un personaje próximo en el tiempo, Alonso Fernández de Madrid, hacía notar esta iniciativa del prelado palentino, así como la reforma de san Pablo de Valladolid¹²¹⁶. En efecto, con esta iniciativa, contribuyó a hacer de Valladolid, en palabras de Joaquín Yarza, “el segundo centro universitario de la Corona de Castilla”¹²¹⁷. Estas obras, así como las hechas en la catedral de Palencia, supusieron una cantidad de dinero que nos hablan de un prelado que, pese a ser mendicante, manejó enormes sumas.

Volviendo a la cuestión de la reforma, hay un documento fechado el 14 de marzo de 1488 al cabildo a la honestidad y la reforma de los beneficiados¹²¹⁸. En este sentido, indica H. Hernández que “su labor en la sede palentina fue la de un gran reformador eclesiástico, que recuerda las figuras de Deza y Cisneros”¹²¹⁹. Este juicio es interesante, ya que se equipara la labor reformadora de estos tres personajes, que fueron todos confesores reales, igual que otros que ya hemos visto anteriormente. En cuanto a su labor propiamente episcopal, también dio muestras de su actividad reformadora convocando dos sínodos, en 1486 y 1490¹²²⁰.

En 1477, como hemos visto, Alonso de Burgos fue nombrado obispo de Córdoba, y este hecho pudo significar el fin de su tarea como confesor, o al menos la necesidad de que la reina contara con otros confesores en su

¹²¹⁵ HERNÁNDEZ, 1972b: 295

¹²¹⁶ FERNÁNDEZ DE MADRID, 1976: 342

¹²¹⁷ YARZA, 2008, p. 271.

¹²¹⁸ AC Palencia: A. Cap., lib. 36, fol. 202

¹²¹⁹ HERNÁNDEZ, 1972b: 295

¹²²⁰ *Vid.* GARCÍA Y GARCÍA, 1997: 441-442

cercanía. Conológicamente, de hecho, identificamos en el periodo que abarca entre 1477 y 1480 varios confesores. En torno a 1478 se ha señalado como confesor a fray Tomás de Torquemada (aunque en dicha noticia figura como confesor del rey y no de la reina¹²²¹), si bien se ha apuntado que la relación con la reina venía de tiempo atrás, en 1469¹²²². Tal como figura en los registros vaticanos era prior del monasterio de Santa Cruz de Segovia y maestro en teología, en un documento en el que parece que se le consideraba, en cierto modo, mediador entre los reyes y la Santa Sede en torno al problema de la sede de Salamanca con Diego Meléndez de Valdés¹²²³. Quizá el momento en el que Torquemada tuvo más ascendencia sobre la reina fuese en torno a 1482, en la época de la instauración del Santo Oficio (que, según Lea, se debió a la influencia de Torquemada sobre los reyes¹²²⁴) y su designación como Inquisidor General. Así lo resume Fournès:

Il s'agirait selon la critique, unanime sur ce point, de frère Thomas de Torquemada qui, comme je l'ai précédemment dit, se chargea de superviser la

¹²²¹ “El Rey e la Reyna, considerando la mala e perversa calidad de aquel error, e queriéndolo con grand estudio e diligencia remediar, embiáronlo a notificar al Sumo Pontífice, el qual dio su bula, por la qual mandó, que oviese Inquisidores en todos los Reynos e señorios del Rey e de la Reyna, los quales inquiriesen de la fe, e castigasen los culpados del pecado de la herética pravidad; e dio el cargo principal desta inquisición a un Religioso de vida honesta, que tenía gran zelo de la fe, que se llamaba Fray Tomás de Torquemada, Confesor del Rey, e Prior del monesterio de Santa Cruz de Segovia, de la Orden de Santo Domingo” (PULGAR, 1878: 331, cap. LXXVII).

¹²²² YARZA, 2008: 268.

¹²²³ *Thome de Turre Cremata Priori domus sancte Crucis extra muros Segobiensis ordinis predicatorum Sacre Theologie professori* (ASV: Arm. XXXIX, nº 21, f. 464v). En el resto del documento hace referencia a las legaciones pontificias enviadas por este asunto en 1489 y 1490, para que transmitiese a la reina las informaciones que dichos mensajeros llevaban en sus cartas. Da la sensación de que se estaba solventando el problema. Como es bien sabido, en 1491 Meléndez de Valdés dejaría la sede de Salamanca. Otro confesor, Hernando de Talavera, estaba presente en el conflicto aunque no activamente, ya que al parecer los Reyes Católicos habían pensado en él para hacerlo obispo de Salamanca cuando Meléndez Valdés hizo su jugada (RÁBADE, 2008: 908).

¹²²⁴ LEA: 1896, II, 456. Próxima a esta opinión se encuentra Sonia Caballero, quien señala que “las crónicas le presentan como un hombre austero, de fuerte personalidad y preocupado, prácticamente obsesionado, por el problema de la heterodoxia religiosa. Su carácter le llevaría a «dirigir» las decisiones de los Reyes en esta materia. De hecho, él mismo exigió a los monarcas una prohibición para que los judíos no ejercieran oficios públicos y no les fueran cedidas rentas reales” (CABALLERO, 2009: 20)

construction du couvent en tant que testateur du premier donateur et confesseur de la reine Isabelle. Il était devenu Grand Inquisiteur d'abord de Castille en août 1482, puis d'Aragon, Catalogne et Valence en octobre de la même année. À l'époque de la réalisation du tableau, 1490, il était l'un des personnages les plus puissants des deux royaumes, renforçant le pouvoir de coercition des tribunaux sous sa juridiction, veillant à la pureté des mœurs et des pratiques religieuses et appelant de ses vœux l'expulsion des juifs de la Péninsule. Il fut en butte à une opposition parfois violente, je pense notamment à l'action de frère Hernando de Talavera soutenu par un secteur important de la noblesse qui ne voyait pas d'un bon œil s'installer un climat de suspicion générale. Quelques années après, refusant l'archiépiscopat de Séville puis de Tolède que lui proposaient les Rois Catholiques, Torquemada se retira au couvent SaintThomas d'Ávila, où il mourut en 1498. Frère Thomas de Torquemada apparaît alors comme une présence discrète certes mais singulièrement évocatrice et déterminante, notamment en ce qui concerne les choix politiques, et religieux des monarques¹²²⁵

No cabe duda de que Torquemada sería uno de los dominicos de mayor relevancia del reinado, si bien la cada vez más frecuente relación entre Isabel y fray Hernando de Talavera, junto a la de confesores franciscanos (con lo que Alonso de Burgos y Torquemada serían los últimos dominicos en confesar a la reina) o incluso su hermano en la orden fray Diego de Deza (confesor del rey) hubo de significar su desplazamiento.

La reina, en este arco temporal, debió mantener la relación con su antiguo confesor, ya que de 1490 se conserva una carta en la que Isabel I se disculpaba al prior de Santa Cruz de Segovia (que era probablemente Torquemada) por no haberle escrito debido a un problema en la vista y de fiebres¹²²⁶. Otra evidencia documental nos permite identificarlo como

¹²²⁵ FOURNÈS, 2007: § 12

¹²²⁶ AGS: EST, nº 169

confesor de la reina un año antes, en 1489. Así, los Reyes Católicos dispusieron el reparto de los bienes de dos hombres condenados a la hoguera por la Inquisición en Segovia que, como dice el documento, radicaba en los dominicos del convento de la Santa Cruz¹²²⁷. Después de la enumeración de los bienes y a lo que se destinan, los reyes manifestaban el deseo de hacer una limosna al convento, cuyo prior, en aquel año de 1489, y a fecha de 28 de febrero, era el confesor real y miembro del Consejo fray Tomás de Torquemada:

Por ende por fazer bien limosna e merçed a vos los onestos e devotos rreligiosos e el monesterio frayres e convento de Santa Cruz dela dicha çibdad de Segovia e por que nos lo suplicó e pidió por merçed asý el devoto padre fray Thomas de Torquemada prior del dicho monesterio nuestro confesor e del nuestro consejo e ynquisidor apstotólico prinçipal e general contra los culpantes en el dicho delito de la erética pravedad en todos nuestros rreynos e señoríos¹²²⁸.

Quizás su sustitución por Diego de Deza en 1496 como Inquisidor (que deshizo así el protagonismo de Torquemada al frente de dicho tribunal¹²²⁹), tenga que ver con su pérdida de total influencia la no ser ya confesor de los reyes, muriendo en 1498¹²³⁰.

¹²²⁷ "Don Fernando e doña Ysabel por la gracia de Dios etc. Por quanto nos somos ynformados que en el ofiço de la santa ynquisición que se faze e exerçia en la muy noble çibdad de Segovia e su obispado contra los culpantes en el crimen e delito dela erejía e apostasía por los devotos padres ynquisidores de aquella, fueron fallados culpantes en el dicho delito e crimen García Gonçalez Gualdras e Iohan de Cuéllar vezinos dela dicha çibdad, en los quales fue executada la justizia porque fueron rrelaxados e entregados justa e anonimamente a nuestra justiçia rreal e ansý quemados públicamente por sus grandes delitos e eçesos e perinansia dellos contra nuestra santa fe cathólica e en consequençia este que la delos dichos delitos, e todos sus bienes ansý muebles commo rrayzes fueron aplicados ala nuestra cámara" (AGS: MR, leg. 27, nº 16, f. 339v).

¹²²⁸ AGS: MR, leg. 27, nº 16, f. 340v.

¹²²⁹ FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, 2004: 62

¹²³⁰ Para este año, el antiguo martirologio de la orden de Predicadores señala la muerte de Torquemada y hace la siguiente semblanza donde se señala su faceta como confesor y consejero real: *Sexto decimo Calendas Octobis obiit R.dus in Christo Pater ac felicitis recordationis vir frater Thomas de Turrecremata, Prior Sanctae Crucis, haereticae pravitatis gen. Inquisitor, Regiarumque Maiestatum Consiliarius et*

Volviendo a la precaria cronología que podemos establecer, desde pronto los franciscanos aparecieron en escena. En torno a 1477 identificamos a fray Diego de Nava, que según Manuel Castro (pese a que los cronistas franciscanos omiten el hecho) afirma que fue confesor de la reina¹²³¹. A 2 de octubre de 1486 se conserva un documento pontificio por el que se nombra a *Didaco de Nava* como obispo de Ampurias, agustino y capellán del rey Fernando¹²³². David Nogales hace notar que éste es otro caso, junto al de Alonso de Burgos, en el que se combina el cargo de capellán y confesor¹²³³. Por otro lado, hemos establecido la fecha de 1477 como aproximada (y *ante quem*) para considerar el ejercicio de dicha función, ya que en ese año, el 8 de julio, el papa, bajo la recomendación de la reina, concedió a fray Diego licencia para aceptar cualquier beneficio eclesiástico, señalándose que era capellán y comensal de Isabel la Católica, además de tener el título de bachiller¹²³⁴. Ello podía deberse a la gratitud que la reina tenía a Nava por su atención como confesor. Según Martínez Peñas, la cronología que se establece entre la boda de los Reyes Católicos y 1475 (cuando entraría en escena fray Hernando) “encajaría con el hecho de que durante esos años Isabel y Fernando pasaron bastante tiempo en Segovia y los territorios circundantes, de donde era originario el religioso”¹²³⁵. Otro nombre que Martínez Peñas menciona, pero no

Confesor, anno 1498. Hic Rdus. Pater erexit a primis fundamentis conventum nostrum Sti. Thomae Abulensis, et Conventum Segoviensem ex toto reedificavit, ubi viginti et duobus annis praefuit Prior Stae. Crucis sic, ut Hispaniae agens, Romae in electione Alexandri VI quamplures habuerit Cardinales pontificem acclamantes; combussitque haereticorum plus quam sex millia, et reconciliavit ultra centum millia eorum. Fuit vir fidei zelo clarissimus, vita et religione exornatissimus: miraculis fertur clarere, maxime odore mirifico, Praedicatorum decus Ordinis. Iacet sub lapide medium tenens Capituli Abulensis (en CUERVO, 1916: 959-960).

¹²³¹ CASTRO, 1974: 70.

¹²³² De él se dice que era *S. Sepulcri Dominici ordinis S. Augustini professori, in sacerdotio constituto, in theologia bachalario, de nobili genere procreato et capellano Fernandi regis Castelle et Legionis* (CENCI, 1989: 240, nº 524).

¹²³³ NOGALES, 2008: 78

¹²³⁴ CASTRO, 1974: 70

¹²³⁵ MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 54.

convencido de su categoría de confesor, es el franciscano Juan de Becerra¹²³⁶.

En este periodo se identifica otro confesor de los Hermanos Menores, fray Juan de Tolosa, que pudo desempeñar el cargo en torno a 1477 y 1480, y así Leandro Martínez cree que en torno a 1479 podría situársele como confesor de Isabel I y de Beatriz de Silva y que dicha función finalizaría en 1480, aunque la reina y el franciscano se conocieran desde principios de la década de los 70¹²³⁷. Éste fue un importante miembro de la Orden de los Menores, en la medida en que contribuyó a la reforma de la misma. Su labor como reformador y fundador de conventos de la Observancia se desarrollaría bajo el amparo de la reina¹²³⁸. Pero, en palabras de Manuel Castro, “en torno al año 1480, el P. Tolosa debió de cesar en el cargo de confesor de la reina no por fallecimiento, sino porque otras ocupaciones le impidieron continuar desempeñándolo; le sucedió en este oficio el jerónimo P. Fernando de Talavera hasta ser nombrado, en 1492, arzobispo de Granada”¹²³⁹. En dicho año de 1492, precisamente, encontramos la mención a Juan de Tolosa como provincial de la Observancia en un conflicto con los jerónimos en unos hechos acaecidos en su tiempo como vicario, entre 1485 y 1488¹²⁴⁰. En 1488 ejercería el segunda provincialato en Castilla, cuando se celebró el capítulo en Guadalajara, donde nombraría a fray Francisco Jiménez de Cisneros guardián del convento del Castañar¹²⁴¹. Vemos así la vinculación entre estos dos confesores cuando Cisneros ni

¹²³⁶ *Ib.*

¹²³⁷ *Ib.*: 55.

¹²³⁸ CASTRO, 1974: 78-80

¹²³⁹ *Ib.*: 80

¹²⁴⁰ *Vid.* CENCI, 1990: 907-908, nº 2.511

¹²⁴¹ CASTRO, 1974: 80

debía sospechar su futuro como tal. Fray Juan de Tolosa asumiría por tercera vez el provincialato en Castilla, entre 1496 y 1499¹²⁴².

En estos tres provincialatos llevó a cabo una importante labor de reforma. En este sentido, Cisneros y Tolosa participaban del mismo espíritu y en la misma empresa. Tras ejercer como provincial, ocuparía el importante cargo de guardián del convento de san Juan de los Reyes de Toledo, y así figuran algunas libranzas a él hechas, en condición de tal, en 1502-1504¹²⁴³.

Fray Diego de Monroy (o Bernardino de Monroy), OFM, era provincial de los franciscanos en 1478. Precisamente su mención como confesor de Isabel I viene relacionada con esta noticia. Manuel Castro, siguiendo (y corrigiendo) al P. Castro, lo considera confesor de la reina. Según el cronista Matías Alonso, cuando se erigió la provincia franciscana de Santoyo, en Medina del Campo, la reina ofreció al ministro general su palacio para celebrar el capítulo, a lo que aquél accedió, estando además presente y sufragando los gastos¹²⁴⁴. En dicho capítulo se dio la elección como provincial para la nueva región en la persona de su confesor, fray Diego de Monroy, asistiendo la propia reina a la procesión de acción de gracias celebrada tras la celebración del capítulo. Así lo refiere Matías Alonso en su crónica:

El año siguiente de mil quatrocientos y setenta y ocho llegó a España la Bula del Papa Sixto IV, para la erección en Provincia la Custodia del Venerable Santoyo. Hallábase en estos Reynos de España, por aquel tiempo el Reverendíssimo Padre Fray Francisco de Sansón, Ministro General de la Religion Seráphica. Diósele la noticia de este Breve; y luego, sin la más leve demora (para

¹²⁴² *Ib.*:81

¹²⁴³ AGS: EMR, leg. 1.1, n^{os} 208 y 229

¹²⁴⁴ CASTRO, 1974: 71

dar la posesión) mandó convocar a Capítulo en el Convento de nuestro Padre San Francisco de Villa de Medina de el Campo. Estaba en esta Villa de asiento la Reyna Chatolica Doña Isabel (de quien era Confessor el Custodio actual, el Reverendo Padre Fray Diego Bernardino de Monroy). Llegó el Reverendissimo General a la Villa de Medina; y aviendo besado la mano a la Reyna, supo que sería de su Real agrado, que en su presencia, y Palacio se celebrasse el Capítulo; cuyo gasto hizo con Regia Magnificencia. Passaron a la elección de primer Vicario Provincial de la Provincia de el Venerable Santoyo, la que se hizo en la persona de el Custodio actual, y Reverendo Padre Fray Diego Bernardino de Monroy. Fue esta elección para la Reyna Cathólica de singular complacencia, y no menos gusto para el General, y los demás Electores; porque era el sujeto, en virtud, y letras, de los célebres que reconoció su Siglo.

En hazimiento de gracias se hizo despues Processión. Salió ésta dese Palacio al Convento, assistiendo a ella la Reyna, y a la función, como tan devota de los Hijos de el Patriarcha Seráphico. Era el General Doctíssimo, como se verá después; y le pareció, que para función tan Regia, ninguno era digno de ocupar el Púlpito aquel día, sino solo su persona. Assí lo executó, excediéndose a sí mismo, en los justos elogios de tan Cathólica Reyna. Reparando en todas las circunstancias, y tiempo de la erección en Provincia de la Custodia de el Venerable Santoyo; me persuaden con vehemencia, a que fueron disposiciones de el Cielo, y pronóstico feliz, de que esta Provincia gozaría después el título glorioso de Provincia Santa de la Concepción¹²⁴⁵

Fray Diego gobernaría la provincia hasta 1480¹²⁴⁶, año en el que la reina apoyaría a su confesor (o exconfesor) en la reforma del convento de santa Clara en Tordesillas, cuya priora era reacia¹²⁴⁷. Manuel Castro corrobora esta versión en otras fuentes, como Daza y Wadding, pero matiza con bastante acierto que la reina no pudo acudir al capítulo de 1478 en

¹²⁴⁵ ALONSO, 1734: 273-274

¹²⁴⁶ *Ib.*: 283

¹²⁴⁷ CASTRO, 1974: 72

Medina del Campo, ya que en aquel año se encontraba en Andalucía¹²⁴⁸. Tampoco se encontraba la reina previamente en dicha localidad, si seguimos el itinerario de Rodríguez de la Lama¹²⁴⁹. Por ello, no parece que la reina interviniese en la elección de su confesor de manera tan directa, aunque no hemos de descartar una intervención de la misma en el proceso.

Quizá fue después de este periodo en el que la reina tuvo como confesor a un personaje que ha pasado a la historia por ser una pieza clave en la empresa expedicionaria de Colón que culminó con el hallazgo de América: fray Juan Pérez. Como es sabido, fray Juan Pérez se encontraba en el convento de la Rábida cuando llegó a la localidad Cristóbal Colón, en 1484¹²⁵⁰. Manuel Castro lamenta que no sean muchas las noticias conservadas sobre este fraile, aunque “sabemos que en su juventud fue contador real y, una vez ingresado franciscano, confesor de la reina doña Isabel”¹²⁵¹. Lo que no parece estar fuera de toda duda es la enorme importancia jugada por los confesores de los Reyes Católicos en el descubrimiento de América, a lo cual ya se ha prestado una atención específica. Fray Juan Pérez, sin duda, pudo cruzar toda Andalucía y hacerse recibir por los reyes en virtud de su cercanía a la reina por haber sido su confesor, y su defensa del proyecto colombino hubo de ser un importante argumento a favor para que la reina tomase en serio a Cristóbal Colón. Pero no fue el único confesor que intervino en las cuestiones. Así, fray Mateo de Jerez colaboró en la organización de la intendencia de los viajes a América

¹²⁴⁸ *Vid. Ib.*: 71

¹²⁴⁹ RODRÍGUEZ DE LA LAMA, 1952: 165-166

¹²⁵⁰ CASTRO, 1974: 90-91

¹²⁵¹ *Ib.*: 91.

desde su cercana posición de Jerez, y el papel de Diego de Deza y Hernando de Talavera (reacio a la empresa) fue también muy significativa¹²⁵².

Antes de tratar de los grandes confesores del reinado (Talavera, Cisneros), hemos de mencionar una noticia documental que ha llegado hasta hoy sobre un tal maestro Gómez, confesor de la reina, en un documento de 1480, sin que sepamos nada más de él. En el documento, fechado a 20 de marzo de 1480 en Toledo¹²⁵³, se señala que ya estaba difunto, y de hecho trata sobre la percepción de ciertos bienes del dicho confesor por parte de unos criados suyos. Otro documento, fechado poco antes (febrero de 1480), nos da algo más de información. Se trata de un emplazamiento y requerimiento de Juan de Mendoza, doncel de los Reyes y sobrino del maestro Gómez, contra dichos criados¹²⁵⁴. Por lo tanto, es posible que dicho confesor, que parece era sacerdote secular, pudiese pertenecer al linaje de los Mendoza. De ser así, ello refuerza el papel de esta casa nobiliaria en aquel tiempo, también en lo que a la provisión de confesores se refiere. No olvidemos que Cisneros fue introducido a la reina por el cardenal Mendoza.

El siguiente confesor que irrumpió en el escenario de la corte castellana es fray Hernando de Talavera. Resulta ocioso decir que estamos ante una de las principales figuras de la Iglesia española de finales del Medievo y principios de la Modernidad. Su sólo estudio daría lugar para tesis doctorales en los diversos campos de su actuación (aspectos culturales, episcopado, actuación en la fiscalidad...). De hecho, para el ámbito que aquí nos ocupa existe un trabajo que recoge todos los aspectos

¹²⁵² De Diego de Deza diría Colón “que fué causa que sus Altezas moviesen las Indias” (citado en ALDEA, 1995: 30)

¹²⁵³ Se encuentra en el fondo del Registro del Sello de Corte del Archivo General de Simancas, con signatura RGS,LEG,148003,256.

¹²⁵⁴ Está en el mismo fondo del Registro de Sello de Corte, con signatura RGS,LEG,148002,109

relacionados con su faceta de confesor, y es el libro de Isabella Iannuzzi¹²⁵⁵, por lo cual ya podemos decir que la opinión de Quintín Aldea sobre el estado de la historiografía sobre Talavera está desfasada¹²⁵⁶. Para Iannuzzi, Talavera supone un cambio que expresa del siguiente modo:

Con Talavera cambia la forma de actuar como confesor, pero sobre todo, la consideración del penitente, principalmente cuando este último ejerce un cargo de poder. La conciencia del rey se transforma en un importante lugar de trabajo, donde no sólo hay que ayudar al penitente a purificarse, sino también hay que asesorar y guiar su conciencia para que encuentre la forma más ética y moralmente correcta de mandar, de conseguir el bienestar de la población. El confesor, con Talavera, convierte la conciencia privada del monarca en espacio público: lugar para encontrar soluciones adecuadas a las necesidades públicas de sus súbditos¹²⁵⁷.

Como hemos visto, Isabel I comenzó contando con confesores de la Orden de Predicadores. Muy a pesar de los historiadores y de los dominicos que del siglo XVII en adelante se esforzaron por hacer creer que los dominicos tuvieron reservada la función de confesar a los reyes, la última reina de la Casa de Trastámara pronto se inclinó hacia los franciscanos. Después de éstos, apareció en escena este jerónimo, en torno a 1475 o 1476, que por entonces era prior del monasterio del Prado de Valladolid, donde ya habría alcanzado notoriedad como confesor de miembros de la nobleza castellana¹²⁵⁸, siendo “probablemente el más representativo y

¹²⁵⁵ IANNUZZI, 2009a. Por otro lado, como panorama bibliográfico de este personaje, es recomendable FRADEJAS, 1998.

¹²⁵⁶ “Talavera [...] ha quedado siempre en una discreta penumbra historiográfica y es poco conocido aun en los ambientes cultos” (ALDEA, 1995: 32).

¹²⁵⁷ IANNUZZI, 2009b: 80

¹²⁵⁸ Así lo dice la introducción de su escrito *De cómo se ha de ordenar el tiempo para que sea bien expendido* que escribió para la condesa de Benavente, de la que era confesor: “Avisación a la virtuosa e muy noble señora doña María Pacheco, condesa de Benavente, de cómo se debe cada día ordenar e

carismático de todos los eclesiásticos que estuvieron al servicio de los Reyes Católicos”¹²⁵⁹. En su reciente estudio, Carmen Parrilla ilustra muy bien el hecho de que, en torno a 1475 y 1476 ya era confesor de los reyes, puesto que Isabel pasaba largas temporadas en Valladolid (momento en el que debió de comenzar a frecuentar al prior de el Prado) y al hecho de que, antes de ir a enfrentarse con Alfonso de Portugal, el rey Fernando dictó testamento el 12 de junio de 1475, siendo una pieza autógrafa de fray Hernando en la que se la disposición testamentaria se encarga “al licenciado fray Hernando de Talavera nuestro confesor y al doctor micer Alfonso de la Cavallería nuestro vasallo”¹²⁶⁰.

Talavera, como es bien sabido, era un hombre de formación universitaria, llegando a impartir teología moral en Salamanca, con lo que estamos ante un eclesiástico de una sólida formación cultural. Biersack ha interpretado su abandono del ámbito universitario e ingreso en la orden eremítica de los jerónimos como un acto de descontento hacia la simple ciencia, que no podría satisfacer por sí sola el ansia de Dios¹²⁶¹. Según Martínez Medina, frente a la idea tradicional de que la reina acudiera al prior jerónimo por propia iniciativa, pudo propiciar el encuentro entre Isabel I y fray Hernando algún personaje de la corte, como Fernán Álvarez de Toledo, o el propio Alonso de Oropesa¹²⁶², que desde época de Enrique IV estaba tan cercano al ámbito regio. También se ha señalado que fray

ocupar para que expienda bien su tiempo. Fecha a su instancia y petición por el licenciado fray Hernando de Talavera. Indigno prior entonces del monasterio de santa María de Prado y su confesor, y después obispo de Ávila, y aún después primero arzobispo de Granada” (TALAVERA, 1911b: 94).

¹²⁵⁹ RÁBADE OBRADÓ, 2008: 907.

¹²⁶⁰ PARRILLA, 2014: 21

¹²⁶¹ “En 1466 dejó la universidad y entró en la Orden Jerónima, una decisión en la que, sin duda, jugó un papel importante su descontento con la ciencia como camino para conocer a Dios. ¿Creía, como los seguidores de la teología negativa, que el hombre solamente puede conocer a Dios por medio de la mística?” (BIERSACK, 2010: 147). Se ha planteado también la influencia de Alonso de Oropesa sobre él para la toma de semejante decisión (PARRILLA, 2014: 15)

¹²⁶² MARTÍNEZ MEDINA, 2011: 27

Hernando pudo empezar a ejercer cierta influencia sobre los reyes antes de ser confesor, en la convulsa época del matrimonio secreto, en 1469, y hasta 1477 aproximadamente¹²⁶³.

Quizás la reina siguió siendo atendida por algunos de los clérigos que hemos visto antes y otros hasta 1485, cuando Talavera dejó de ser prior de Valladolid. Durante su dicho periodo parece que puso como condición para ejercer el cargo de confesor poder compaginar esta función con su vida monástica y no tener que trasladarse por ello a la corte¹²⁶⁴. Así, mientras la reina no estuviese en compañía del jerónimo, pudo ser atendida por algunos de los clérigos de la capilla real o de la Corte, lo que puede explicar la existencia de los confesores que hasta ahora hemos visto durante todos esos años.

El perfil de Talavera es el de otros tantos confesores precedentes, un hombre de orígenes humildes, de sólida cultura y ánimo reformador. De hecho, ya lo hemos mencionado al hablar de fray Juan de Mazuelo, confesor de Enrique IV (§ 2.5.1.), en su labor de visitador de los conventos de Castilla. Muy pronto, antes de alcanzar la dignidad episcopal, ya actuaría como servidor político de los Reyes Católicos. En la medida en que es relevante en el conjunto de los confesores reales la actividad diplomática, hemos de señalar, por ejemplo, cómo en 1480 fue enviado por los monarcas a Portugal para cerciorarse del ingreso de Juana de Castilla en el convento de santa Clara de Coimbra, figurando como confesor del rey y de la reina¹²⁶⁵.

¹²⁶³ PARRILLA, 2014: 16

¹²⁶⁴ CODET, 2012: 3

¹²⁶⁵ PULGAR, 1878: 348. A fecha del 22 de junio de 1487 se conserva una bula papal para que la profesa Juana, nieta de Alfonso V de Portugal (e hija de Enrique IV de Castilla) se abstuviera de intitularse reina de Castilla. A tal fin, se recogía un documento fechado en 1480 donde se decía que los reyes de Castilla enviaban a sus emisarios para certificar el ingreso de Juana en el convento, uno de los cuales era precisamente *fr. Fernandus S. Hieronymi confessor illustrissimorum, potentissimorum, clarissimorum regis et reginae Castellae, Aragoniae, etc.* (vid. CENCI, 1989: 332, nº 809). Así lo recoge también ZURITA, 2003: lib. XX, cap. XXXVIII.

En cualquier caso, aunque fuera de manera progresiva, fray Hernando de Talavera iría adquiriendo relevancia en su función de confesor y consejero de la reina, condición que Hernando de Pulgar reitera en su crónica, llamándolo o bien Hernando de Talavera o Hernando de Oropesa¹²⁶⁶. Siendo confesor del rey Fernando durante algún tiempo (Vidal se limita a indicar que “también asesoró al rey Fernando”¹²⁶⁷, aunque el mencionado testamento de 1475 lo llama claramente confesor), Leandro Martínez Peñas plantea que el rey prescindiría de su atención muy pronto, quizá por la poca afinidad personal entre ambos, nacida del fuerte carácter del jerónimo que censuraría la conducta de Fernando, poco cristiana en algunos aspectos¹²⁶⁸. No obstante, en 1480 un documento pontificio lo identificaba como *fr. Fernandus S. Hieronymi confessor illustrissimorum, potentissimorum, clarissimorum regis et reginae Castellae, Aragoniae*¹²⁶⁹ y 1492 encontramos un documento en el que los Reyes Católicos (“El Rrey e la Rreyna”) mandan hacer unas libranzas al “Reeverendísimo in Christo padre obispo de Ávila nuestro confesor e del nuestro consejo”¹²⁷⁰.

En cualquier caso, los Reyes Católicos encontraron en Talavera un importante colaborador, lo cual le llevaría a ser promocionado a la sede de Ávila en 1485, siendo nombrado por el Papa el 29 de agosto¹²⁷¹. A partir de esta fecha, y hasta su nombramiento como obispo de Granada en 1492, podemos situar los años principales de Talavera como confesor de la reina. Ya hemos mencionado otros confesores que quizá durante esta época pudieron asistir a la reina (Torquemada por ejemplo). Ahora bien, fray

¹²⁶⁶ Vid. PULGAR, 1878: 333, 409

¹²⁶⁷ VIDAL, 2012: 52

¹²⁶⁸ MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 102

¹²⁶⁹ CENCI, 1989: 332, nº 809

¹²⁷⁰ AGS: MR, leg. 110, nº 7, f. 4r.

¹²⁷¹ ASV: Reg. Lat., nº 854, f. 2

Hernando ostentaba el título de “confesor mayor” y todo parece indicar que los demás desempeñaban un papel subsidiario. Talavera trataría de estar junto a la reina para atenderla espiritualmente, pero incluso cuando estaban distanciados Isabel I buscaba el consejo de su confesor por vía epistolar. Se han conservado una serie de cartas de finales de 1492 y principios de 1493.

Dichas cartas (que emplearemos para conocer los contenidos del discurso moral y penitencial) se sitúan en los últimos tiempos de fray Hernando como confesor de la reina, ya que su designación como arzobispo de Granada supondría el fin de su actividad como confesor (el Papa envió el palio el 11 de abril de 1493¹²⁷² tras la visita *ad limina*, delegada en Juan Sánchez de Carrión, escolástico de Ávila¹²⁷³). Aunque la reina trató de manetener a Talavera como su confesor¹²⁷⁴, el compromiso que éste adquirió en la organización de la nueva diócesis (donde pudo llevar a cabo, entre otras cosas, una primera labor sinodal¹²⁷⁵), así como la evangelización y apostolado de los moriscos, harían imposible la compatibilidad de su ministerio como arzobispo y el de confesor real¹²⁷⁶, lo cual ya había sucedido más veces en la historia de los confesores de los Trastamara.

¹²⁷² ASV: Reg. Lat., nº 946, f. 105v-106r. El papa encarga a los obispos de Málaga y Jaén imponer el palio a Talavera o designar alguien en su nombre para ello. Indicaba igualmente que enviaba una bula en la que se recoge el juramento de fidelidad que Hernando de Talavera hizo al Papa *de verbo ad verbum*, aunque debían de tomarle juramento de nuevo, y mandaba el palio a través de Juan Sánchez de Carrión. Otro documento del mismo tenor se encuentra en ASV: Reg. Lat., nº 952, f. 320v y ASV: Reg. Lat., nº 952, f. 321r. Dos de estos documentos están incluidos en el apéndice documental de MARTÍNEZ MEDINA; BIRSACK, 2011

¹²⁷³ ASV: Cam. Ap., Div. Cam., nº 50, f. 101r. Hay otra referencia en el folio 86r, estableciéndose que no se estorbe a la nueva diócesis de Granada con las obligaciones en la primera visita *ad limina*. Debía de establecerse esto al tratarse, en la práctica, de una sede recién establecida.

¹²⁷⁴ Así, siendo ya arzobispo de Granada, los reyes se referían a Talavera como “arçobispo de Granada nuestro confesor e del nuestro consejo [...] este presente año de xciiiº [1494]” (AGS: MR, leg. 110, nº 7, f. 7).

¹²⁷⁵ Vid. GARCÍA Y GARCÍA, 2014: 556ss.

¹²⁷⁶ Ya en 1496, la reina se refería a Hernando de Talavera, simplemente, como “padre arçobispo de Granada” (AGS: MR, leg. 110, nº 7, f. 8).

La reina acudiría entonces al cardenal Mendoza, de quien se ha señalado que fue igualmente consejero espiritual de la reina, sin la mención rotunda de confesor. Ciertamente, no podemos ver en Mendoza un confesor. A la luz de la dinámica del confesionario regio en la dinastía de los Trastámara, Isabel I hubo de confiar sin duda en su juicio, pero las contradicciones de su vida y el hecho de no ser un simple sacerdote, libre del espíritu del mundo, no podían hacer de él un candidato para ser confesor de la reina. Sin embargo, fue gracias a su mediación como Isabel I conocería al otro gran confesor del reinado, y que igualmente llegaría, a partir de su condición de confesor real, a jugar un papel destacado en la historia de Castilla y de España: fray Francisco Jiménez de Cisneros¹²⁷⁷.

Hemos de reconocer que, para la presente tesis, no hemos podido aportar novedad alguna sobre la enorme figura de Cisneros, salvo en todo caso algunas menciones documentales que citamos aquí o en otros puntos del trabajo. Se trata sin duda de una de las grandes figuras del periodo y, dada la atención que ya ha recibido, no parece necesario argumentar dicho punto. Ciertamente, la de Cisneros es una figura que merece todavía amplios y profundos estudios, y dentro del panorama historiográfico es el confesor real que, desde la publicación de Leandro Martínez Peñas, ha recibido más atención. Podemos considerarlo una figura equiparable a la de Talavera en su condición de confesor al que los reyes encomendaron tareas de gran relevancia, si bien entre ambos personajes había diferencias¹²⁷⁸.

¹²⁷⁷ “Pese a su marcha a Granada, Talavera no dejó de colaborar con los Reyes Católicos, aunque su ausencia de la corte significará el declinar de su estrella, al tiempo que junto a los reyes empezaba a brillar con luz propia un nuevo confesor, fray Francisco Jiménez de Cisneros” (RÁBADE, 2008: 909).

¹²⁷⁸ Vidal señala cómo, en el caso de la evangelización de los moriscos “ambos obispos, Talavera y Cisneros, estaban de acuerdo sobre el objetivo: la conversión; pero discrepaban en lo que se refería a la táctica” (VIDAL, 2012: 72).

Si bien Cisneros, como arzobispo de Toledo y regente de Castilla, superó con mucho su mera faceta de confesor¹²⁷⁹, es el exponente de cómo el ejercicio de un cargo aparentemente tan anecdótico podría suponer la promoción de un eclesiástico a funciones de enorme trascendencia en el reino. Por otro lado, ya en su función de confesor se le atribuye una gran influencia en las decisiones regias¹²⁸⁰. En esto, siguió el mismo proceso que había seguido, por ejemplo, Lope de Barrientos. Pero, a diferencia del mismo, mostró un espíritu mucho más firme en lo que se refiere a la reforma de la Iglesia y a no dejarse embargar por el vértigo del poder en su condición de eclesiástico, con una energía que mantuvo hasta su muerte. José Martínez Millán, sin negar la fama de Cisneros como hombre íntegro desapegado al poder que ejerció plantea segundas intenciones en la postura del propio Cisneros. Según él, es posible interpretar su ingreso en la orden de los Hermanos Menores no como una mera conversión:

Al comenzar la década de 1480, Cisneros podía sentirse satisfecho de haber logrado una posición social desahogada económicamente y con una influencia respetable no solo en su comarca, sino cerca de la alta sociedad. De hecho, Juan de Vallejo señala que, en esta fecha, había establecido casa con amplia servidumbre. No obstante, en 1484, Ximénez de Cisneros rompía con su pasado y, sorprendentemente, se hacía fraile de la observancia franciscana. Aunque los biógrafos de Cisneros no se explican las causas de tan revolucionaria actitud, no resulta ocioso recordar que la reina Isabel -que acababa de asentarse en el trono- y la corte que le rodeaba seguían esta corriente espiritual; de hecho, el nuevo

¹²⁷⁹ Sobre su labor en la diócesis toledana, una reciente publicación es GARCÍA ORO; PORTELA, 2012

¹²⁸⁰ "En 1492 fue elegido confesor de Isabel la Católica, en sustitución de fray Hernando de Talavera, situación desde la cual, inteligentemente, aprovechando el secreto de confesión (característico de este sacramento), pudo orientar en la sombra no pocos aspectos de la política desplegada por la reina. Ciertamente es que Cisneros supo ganarse el apoyo de la Reina para sus causas particulares, pero no es menos cierto que la relación entre Cisneros e Isabel nunca llegó a alcanzar el grado de afecto sincero que la reina había profesado por fray Hernando de Talavera" (GONZÁLEZ ZYMLA, 2007: 26)

fraile, que profesó en el convento de la Salceda, siempre estuvo informado de los sucesos y movimientos cortesanos. Es más, mirada la vida de Cisneros en su conjunto, el retiro del eximio cardenal en la Observancia resulta muy breve (apenas seis o siete años) y le sirvió más de trampolín político que de separación total con el mundo. La elección de una vida espiritual tan radical, que coincidía con la de la reina Isabel, y la amistad con la familia Mendoza, vinculados a la reina, propiciaron que, el 2 de junio de 1492, fuera nombrado confesor de la reina sustituyendo a fray Hernando de Talavera, que había sido elegido como primer arzobispo de Granada. Poco tiempo después era nombrado arzobispo de Toledo¹²⁸¹

Sin embargo, según Joseph Pérez, “lo que se produce en el otoño de 1484 es una auténtica conversión, en el sentido religioso que se suele dar a la palabra”¹²⁸². Podemos decir que, en su vida como arzobispo, hizo público y notorio el carácter que debió tener en su labor como director de la conciencia de la reina. Sin embargo, es en realidad poco lo que sabemos de la vida de Cisneros como confesor, como se ha lamentado Joseph Pérez¹²⁸³. Su labor como reformador ha recibido atención recientemente¹²⁸⁴, tanto en lo que se refiere a la orden franciscana y, *a fortiori*, el conjunto de la Iglesia de Castilla, como a su iniciativa cultural (relacionada con la anterior) de la

¹²⁸¹ MARTÍNEZ MILLÁN, 2011: 86

¹²⁸² PÉREZ, 2014: 31

¹²⁸³ “En 1492, la reina Isabel le elige como confesor. Se podría pensar que, a partir de este momento, va a ser fácil seguir sus huellas, ya que el confesor del monarca es un personaje oficial que debería acompañar a la corte en todas sus andanzas. Pues nada de eso: son poquísimos los datos que se poseen sobre aquellos años. Solo a partir de 1495, cuando Cisneros es nombrado arzobispo de Toledo, empezamos a tener datos concretos y documentales” (PÉREZ, 2014: 22)

¹²⁸⁴ En un aspecto tan concreto como la publicación del *De vita spirituali* de san Vicente Ferrer, Taryn Chubb señala el empeño en la reforma de la Iglesia que estaba detrás de dicha iniciativa. Así, *one of the goals that Vicente Ferrer and Cardinal Cisneros shared was that of reforming Christians, beginning with the mendicant orders and spreading outward to other religious communities and lay people* (CHUBB, 2012: 97). Por otro lado, como parte de una reforma que arrancaba de tiempo atrás, *vid.* MIURA, 2014. En este trabajo, el autor opina que a Cisneros no le movía tan sólo el celo reformador sino, de manera más ambiciosa, controlar dicho proceso, antes incluso que los buenos frutos de las iniciativas reformadoras.

universidad complutense¹²⁸⁵, sobre la que se han hecho diversas publicaciones con motivo del quinto centenario de la Biblia Políglota. Como ya hemos dicho, no podemos añadir gran cosa, tan sólo contemplar la figura de Cisneros dentro del grupo de los confesores reales de la Casa de Trastámara, en este apartado y los sucesivos.

En principio, habríamos de terminar con Cisneros, pero hay otros personajes que quizás ejercieron el cargo de confesor. Nos referimos a los dos confesores castellanos de Fernando el Católico: fray Diego de Deza y fray Tomás de Matienzo, ambos dominicos. Deza es al igual que algunos de los anteriores un confesor cuya personalidad sobrepasa la mera función sacramental y se convierte en otra de las grandes figuras del panorama eclesiástico y político de fines del Medievo y principios de la Modernidad y del que también cabe hacer amplias investigaciones.

Si lo traemos a colación es por la posibilidad de que confesase a la reina en los últimos años de su vida, al menos de manera esporádica. Al igual que en el caso de Alonso de Burgos, Tomás de Torquemada y Hernando de Talavera, hemos encontrado una mención de Deza como “confesor del rrey e rreyna nuestros señores e del su consejo maestre del príncipe delas españas nuestro señor”, en un documento fechado el 2 de agosto de 1497¹²⁸⁶. No obstante, por este ejemplo y otros, parece que,

¹²⁸⁵ Sobre la fundación de la universidad de Alcalá, respondía al deseo de reforma eclesiástica que también impulsó Alonso de Burgos o Diego de Deza o Diego Hurtado de Mendoza, y de hecho el papa comparaba la empresa cisneriana con la de este último (ASV: Reg. Lat., nº 1.049, ff. 98v-99r). En esta carta dirigida al abad secular de la colegiata de los santos Justo y Pastor de Alcalá de Henares, el Papa le informaba de las concesiones hechas al arzobispo de Toledo en lo que se refiere a la provisión de capellanías y cátedras, tal como se había hecho en Salamanca *per bone memorie Didacum Archiepiscopum Ispalensis*. En otro documento sobre el mismo asunto, dirigido a Cisneros, alababa la iniciativa señalando la importancia de extirpar el mal de la ignorancia, volviendo a compararlo al caso salmantino y también a los de Valladolid (donde fray Luis de Valladolid y Alonso de Burgos habían impulsado los estudios), Plasencia y Bolonia (ASV: Reg. Lat., nº 1.049, ff. 100r-102r). Sobre la Universidad de Alcalá y el papel de Cisneros y los Reyes Católicos, en el contexto de la reforma eclesiástica y espiritual de aquel tiempo, *vid.* RUBIAL, 2001: 355 ss.

¹²⁸⁶ El documento es una concordia entre Diego de Deza y el capítulo de la catedral, donde se hace referencia hacia él como “el muy Rreverendo in Christo padre e señor don frey Diego de Deça por la gracia de Dios e dela santa yglesia de Roma obispo de Salamanca confesor del rrey e rreyna nuestros señores e

cuando un documento regio se refería al confesor de uno de los reyes, se referían a él por el determinante “nuestro”. Creemos que ello no significaba por sí mismo que fuese confesor realmente de ambos, tan sólo de uno de los dos. Esto ya fue señalado por Leandro Martínez Peñas, y por otro lado lo vemos en diversos documentos que estamos citando de Deza, Alonso de Burgos, Tomás de Torquemada o Hernando de Talavera. Sin embargo, en el archivo capitular de Salamanca se conserva un documento en el que el obispo Diego de Deza avisa al cabildo que su regreso a la sede se retrasaría por la enfermedad de la reina, que data probablemente de 1497, aunque puede ser algo anterior¹²⁸⁷. Este documento, fechado de manera indeterminada entre 1497 y 1499, coincide con la época de mayor ascendencia de Deza, el cual llegaría a ser testamentario de la reina junto a Cisneros, que para 1497 además de confesor era arzobispo de Toledo. Esta responsabilidad debía obligarle a ausentarse de la Corte. Quizá por estos indicios podríamos suponer que Deza pudo actuar como confesor de la reina en los últimos años de la misma, pero lo cierto es que no tenemos certeza de ello, y la referencia de Deza como “confesor nuestro”, como hemos dicho, no basta por sí sola.

Por otro lado, un año antes, en 1496, el protagonismo de Torquemada se deshizo al nombrarse inquisidores a todos los miembros del Consejo del tribunal del santo Oficio, dándose la sustitución de éste por Deza¹²⁸⁸. Quizá, como decimos, en 1497 pudiera tener gran presencia en la corte, especialmente por su condición de maestro del príncipe Juan que

del su consejo maestre del príncipe delas españas nuestro señor” (AC Salamanca, caja 14, leg. 2, nº 16, f. 3v).

¹²⁸⁷ AC Salamanca, caja 40, leg. 1, nº 43-12, f. 1r.

¹²⁸⁸ FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, 2004: 62. En este sentido, hallamos a Diego de Deza en su doble condición de confesor de los reyes (en plural, con la problemática que ello supone y ya hemos indicado) e inquisidor acudiendo al monasterio de Guadalupe (AHN: Clero, leg. 1.428, leg. nº 6g)

moriría en aquel año, ascendencia sobre los reyes que pudo suponer su promoción al obispado de Jaén el 14 de febrero de 1498¹²⁸⁹ y en 1500 obispo de Palencia, sustituyendo al difunto y antiguo confesor Alonso de Burgos¹²⁹⁰, celebrando ese mismo año un importante sínodo¹²⁹¹. A propósito de este hecho, Fernández de Madrid en su *Silva Palentina* se refiere a Deza como “maestro que fue del príncipe Don Joan y confesor de los Reyes Católicos”¹²⁹², como también haría más tarde Ortiz de Zúñiga¹²⁹³. Igualmente, fue junto a Cisneros aparece asistiendo a los últimos momentos de la reina y firmando como testamentario, habiendo sido elegido arzobispo de Sevilla en octubre de 1504¹²⁹⁴, poco antes de morir la reina. Aunque ya queda fuera de la época de nuestro estudio, en su ministerio como obispo hispalense llevó a cabo importantes labores en la reforma de la Iglesia (que ya había demostrado previamente¹²⁹⁵), de tal modo que su colegio de santo Tomás puede equipararse al de san Gregorio en Valladolid¹²⁹⁶, fundación como vimos de Alonso de Burgos.

Por lo tanto, podemos decir que el último confesor de la reina fue Cisneros, aunque también es posible que el documento refleje que Deza era confesor en una época en la que el franciscano no pudiera estar siempre cerca de la reina, dadas sus obligaciones como arzobispo de Toledo¹²⁹⁷,

¹²⁸⁹ ASV: Reg. Lat., nº 1.014, ff. 201v.-205v. El documento está fechado en 1497, pero se trata de un error, ya que por la datación por año de pontificado corresponde a 1498, como señala Eubel (EUBEL, 1914: 159).

¹²⁹⁰ EUBEL, 1914: 210

¹²⁹¹ Las actas están disponibles en GARCÍA Y GARCÍA, 1997: 442 ss.

¹²⁹² FERNÁNDEZ DE MADRID, 1976: 366. Al llegar a Palencia, juró los estatutos y todos aquellos que los predecesores del dicho obispo juraron según costumbre; y “cantando el *Te Deum laudamus* en procesión” fueron al coro y le asignaron la silla episcopal (AC Palencia. Ac Cap., lib. 34, f. 94r).

¹²⁹³ ORTIZ DE ZÚÑIGA, 1796a: 195, 201

¹²⁹⁴ EUBEL, 1923: 211

¹²⁹⁵ Un ejemplo es el sínodo de Salamanca del 9-18 de julio de 1497, transcrito en GARCÍA Y GARCÍA, 1987: 348ss.

¹²⁹⁶ ALONSO, 1916: 415. Documentos sobre este colegio se encuentran en AHN: Clero, 1.593-2

¹²⁹⁷ Por ejemplo, en la continuación a la crónica de Hernando de Pulgar, se cuenta que en 1495 la reina, ante una coyuntura difícil, quiso saber el parecer de su confesor, que andaba lejos de ella: “Y puesta en esta congoxa y perplejidad la Reyna mandó á algunos de su Consejo que todas estas cosas de su parte

cuestión que ha hecho notar recientemente Joseph Pérez¹²⁹⁸. Pero lo cierto es que el continuador Galíndez de Carvajal hace ver a Deza como confesor del rey nada más¹²⁹⁹. En cualquier caso, hemos de tenerlo en cuenta Diego en la prosopografía y en el análisis cultural de la figura del confesor, dadas estas evidencias.

Una novedad que sí podemos añadir al presente estudio es el caso de fray Tomás de Matienzo. Siempre se ha considerado a este dominico como confesor de Fernando el Católico, pero en un documento redactado a instancias de la comunidad conventual de san Pablo de Valladolid, encabezada por su prior fray García de Loaysa (que andando el tiempo sería confesor de Carlos I), dicha comunidad reclamaba, en mayo de 1516, los bienes de “fray Tomás de Matienço, defunto que Dios aya, confesor que fue del Rrey don Fernando nuestro señor de gloriosa memoria”¹³⁰⁰. No se hace mención a Isabel I, pero, poco más abajo, se da a entender que pudo ser confesor de la reina, ya que se pedían las cantidades adeudadas “librados al dicho fray Tomás de Matienço asy por los descargos dela dicha señora Rreyna doña Ysabel como dela rraçión e quitaçión con quel dicho fray Tomás de Matienço tenía e llevaba dela Rreyna nuestra señora por su confesor”¹³⁰¹. Esta referencia documental parece más sólida que las vagas referencias de otros sacerdotes que figuran como confesores *del rey y de la*

dijesen al Arzobispo de Toledo, su confesor y consiliario, hombre de buena vida y loable fama” (continuación de PULGAR, 1878: 521).

¹²⁹⁸ “Uno tiene la impresión de que la reina se confesaba de cuando en cuando o de que tenía dos confesores: uno -Cisneros- que consultaba en contadas ocasiones y otro para los pecados de la vida cotidiana” (PÉREZ, 2014: 33)

¹²⁹⁹ GALÍNDEZ DE CARVAJAL, 1878: 547

¹³⁰⁰ AGS: CSR, leg. 7, nº 156, f. 1r. No está claro si fray Tomás murió antes que Fernando el Católico. La crónica de este rey nos dice que, poco antes de morir, el monarca recibió la atención de Martín de Matienzo (vid. § 4). Pudiera ser que el cronista se equivocó o que fuera otro dominico y fray Tomás hubiese muerto antes. Sin embargo, también pudiera ser que fuese él quien atendiese al rey en su lecho de muerte, acaecida en enero de 1516, y le siguiese poco después, antes de mayo, mes en el que fecha el documento. Esta posibilidad nos parece la más probable.

¹³⁰¹ AGS: CSR, leg. 7, nº 156, f. 1r.

reina. Por tanto, creemos que, al menos nominalmente, fray Tomás fue tenido por confesor de la reina Isabel, probablemente en los últimos tiempos de su vida. Luis Alonso recoge los siguientes datos y anécdotas: “fue el último confesor de Fernando el Católico y, a la vez, testamentario suyo. Reinaba entre ellos tan grande intimidad, que siendo el P. Matienzo Prior de Santa Cruz de Segovia, pasó el Rey en su compañía diez y nueve días, viviendo en el convento. Eran tantas las obras que costeaban en él los Reyes, que en una ocasión trataron de estorbarlas, y dijo la Reina: «No seáis bobos, que no ha de haber otros Reyes que os quieran tanto»”¹³⁰². Ciertamente, parece ser que ayudó al rey a bien morir, aunque la crónica de Fernando el Católico se refiere a un tal Martín de Matienzo (esto se tratará en § 4). Sobre la asistencia de los reyes a Matienzo como prior, parece confirmarse la anécdota recogida por Alonso Getino en el hecho de que la reina Isabel destinó a Matienzo, com prior de Santa Cruz de Segovia, 20.000 maravedís de sus limosnas¹³⁰³.

¹³⁰² ALONSO, 1916: 415.

¹³⁰³ ANDRÉS, 2010: 80

TERCERA PARTE:

EL DISCURSO MORAL Y PENITENCIAL DE LA RELACIÓN REY-CONFESOR.

Hasta el momento hemos analizado la figura del confesor real en Castilla desde una perspectiva fundamentalmente política. Resulta evidente a estas alturas que los confesores reales actuaron como importantes agentes al servicio de la Corona, dentro del grupo de los que se conocen como *clérigos del rey*. En la mayoría de los casos, como hemos podido ver, los confesores reales no tenían relevancia alguna en el ámbito de la Casa Real o del gobierno del reino hasta que llegaron a ocupar precisamente el puesto de confesor real. En esto coinciden con el caso de la Corona de Francia¹³⁰⁴, lo cual parece un hecho significativo. Podemos concluir sin titubeos que por norma general la relevancia político-eclesiástica de estos individuos nació en casi todos los casos del desempeño del cargo de confesor.

¿Pero qué significa realmente ser confesor? o mejor dicho, ¿qué es lo que singulariza a estos individuos con respecto a los demás clérigos del rey? Hemos llegado a establecer que el confesor es aquél sacerdote (en la práctica comunmente un fraile mendicante) que es designado de manera formal o informal, pero de manera más o menos evidente, como director espiritual del rey, con el que mantiene una relación de consejo espiritual y moral y administra a su vez el sacramento de la Penitencia, como centro o núcleo de dicha función. A partir de este núcleo definitorio, los confesores comenzaron a ejercer otras funciones, que ya hemos ido viendo y valoraremos globalmente a partir de ahora.

¹³⁰⁴ MINOIS, 1988: 11

Por lo tanto, aún no nos hemos aproximado a lo que realmente caracteriza e identifica a los confesores y los diferencia de otros eclesiásticos u oficiales reales que sirvieron a los reyes en el gobierno de la Iglesia o del reino, como es el cuidado de la conciencia privada del rey y de su salud espiritual. Debemos por tanto tratar de ver si podemos llegar a saber algo sobre la función del confesor en calidad de consejero espiritual y penitenciario del rey, y cabe preguntarse a su vez si el resto de las funciones ejercidas al servicio de los reyes (episcopados, embajadas, regencias...) fueron mera consecuencia de dicha función (pero sin más relación con la misma que el haber sido causa de ella) o si por el contrario existen vínculos entre ambas facetas. Dependiendo de la respuesta a la que lleguemos, nuestra valoración sobre la figura del confesor real podrá ser muy distinta.

Lo que queda demostrado, como hemos dicho arriba, es que el hecho de ser confesor real conllevó en muchas ocasiones el inicio de un *cursus honorum*: después de ejercer el cargo de confesor, se sucedieron los demás tipos de nombramientos, con lo que cabe concluir que el ejercicio de dicho cargo fue causa del desempeño de las demás funciones político-eclesiásticas. Los confesores fueron individuos que no se destacaron por su pertenencia a un linaje o por otras circunstancias político-sociales. El acceso a la persona del rey vino dado por su capacidad de atender las necesidades espirituales del monarca, lo cual dependía sólo y exclusivamente de su valía personal. Dicha valía se había demostrado en el desempeño de diversas funciones dentro de las órdenes religiosas y en tareas de tipo académico e intelectual (profesorado, predicación...). Ello explica que en la medida de lo posible los reyes eligieran libremente a sus confesores, ya que buscarían alguien a quien apreciaran y en quien confiaran para cuestiones tan

delicadas y trascendentes, como son la salvación eterna de su alma y el consejo moral e incluso político en unas circunstancias donde la toma de decisiones no era siempre fácil.

Podríamos decir (aunque no está formulado así en las fuentes) que dicha relación había de basarse necesariamente en la *fides*, que tanto puede significar *confianza* (del rey depositada en su confesor) como *fidelidad* (en el sentido de la *fidelitas*, del confesor hacia el monarca), a lo que podríamos añadir la noción de *confidencia* o discreción, tan importante en el caso del confesor real, que debía guardar los secretos más profundos del rey. Podemos intuir que esta *fides*, junto a la preparación intelectual de los confesores reales, fue lo que determinó la mayor parte de las veces que los reyes encomendaran a sus confesores diversas misiones que hemos ido viendo. Tendremos ocasión de analizar la imagen ideal del confesor proyectada desde la monarquía y de contrastarla con la realidad histórica que hemos visto en el segundo apartado.

El desempeño de diversas tareas al servicio de la Corona, así como la dimensión política de la dirección espiritual se entiende desde el momento en que el poder político en el Medievo radicaba fundamentalmente en la persona del rey y en ésta se mezclaban la faceta privada con la pública, casi de modo intrínseco. Redundante resulta aquí mencionar el estudio de Kanctorowicz, aunque éste, como ya indicara José Manuel Nieto, apenas se detenga, como tampoco lo hace Marc Bloch, en el caso de la monarquía castellano-leonesa¹³⁰⁵. Asimismo, hablamos de una época en la que la sociedad occidental se definía como *Christianitas* o *Cristiandad*, con lo que los asuntos políticos tenían una dimensión religiosa inherente. Esto fue

¹³⁰⁵ NIETO, 1988b: 49

destacado para el caso del confesor real en Castilla por Óscar Villarroel¹³⁰⁶ y David Nogales¹³⁰⁷.

En este contexto, la figura del confesor como director de la conciencia del rey cristiano podía tener una relevancia enorme en el hecho de gobernar. Minois indica cómo en la Edad Moderna, con el proceso de secularización, la trascendencia del confesor real iría decayendo¹³⁰⁸, aunque no deja de contradecirse al señalar, poco después, la posible influencia de los confesores de Luis XIV en la expulsión de los hugonotes de Francia¹³⁰⁹. Por ello ha sido recurrente en la literatura y en los estudios historiográficos la mención al poder que los confesores pudieron ejercer sobre las decisiones regias en materia de política. Pero el grado de interés por esta faceta es casi proporcional al desconocimiento que tenemos de la misma. Por ello, Prosperi señala que la historiografía ha caído habitualmente en el error de no valorar la importancia de la confesión y de la conciencia en la historia del Occidente cristiano, *per la difficoltà di fare storia delle coscienze*¹³¹⁰.

¹³⁰⁶ “En esta línea, no cabe duda que se puede afirmar que, en una sociedad donde la fuerza de la moral religiosa católica era cierta y notable, la presencia de una persona de la cercanía e intimidad de un confesor podía ser fuente de una cierta influencia política, que les llevase a ser algo más que consejeros morales, pasando a desempeñar una posición intermedia entre el consejero real y el confesor y penitenciario regio. Si la moral cristiana tenía un notable peso en la vida y en las decisiones a tomar, qué duda cabe que el hecho de que el confesor tratase de moralizar al rey y de dirigirle hacia una actuación más acorde con los ideales de vida cristianos podía llevar al rey a una actuación u otra. Por extensión, esa confianza y esa fuente de consejo que suponían los consejeros podía llegar a convertirse en una relación más cotidiana, y que los reyes se apoyasen en sus confesores, como un consejero más, a la hora de tomar ciertas decisiones” (VILLARROEL, 2006: 1.070).

¹³⁰⁷ “Con una naturaleza mixta de carácter político-religioso y constituyente de una función específica aparece todo lo relativo al consejo o parecer dado por el confesor al rey. En este sentido, el papel del confesor iba más allá del cuidado de la moral y alma regia y abarcaba su papel como consejero, fruto de la indiferenciación ocasional entre las esferas política y religiosa. Sin duda, el valor concedido al consejo del confesor real era importante. De hecho, la acción de dar consejo es referida en las Partidas como una de las misiones principales del capellán mayor en su dimensión de confesor” (NOGALES, 2008: 72)

¹³⁰⁸ MINOIS, 1988: 84

¹³⁰⁹ *Ib.*: 88-89

¹³¹⁰ PROSPERI, 1996: 213

3.1. EL DISCURSO MORAL Y PENITENCIAL DEL CONFESOR REAL: PLANTEAMIENTO:

El estudio del confesor real como consejero privado del rey parece condenado a dos extremos igualmente negativos en su resultado: la especulación o el absoluto silencio. George Minois era de esta segunda opinión, movido sin duda por un deseo de rigor en el estudio de la figura del confesor en la Corona de Francia, dada según él la ausencia de documentos al respecto que hace imposible el trabajo del historiador¹³¹¹. Ya vimos por otro lado cómo el estudio más completo al respecto, el de Xavier de la Selle, nada dice sobre esta relación y se limita al estudio prosopográfico en su sentido más cuantitativo y político. En el lado opuesto, los estudios más antiguos atribuyen a veces a los confesores de los reyes decisiones para cuya demostración falta una base documental fiable.

En el presente estudio queremos defender una tercera vía, que pueda agotar las posibilidades del conocimiento de la figura del confesor real en lo que le es más propio: director espiritual y consejero. En primer lugar, hemos de saber diferenciar entre el fuero interno y el fuero externo de la conciencia. En este sentido, hemos de ser conscientes de que el confesor sería, antes de nada, el ministro de Dios encargado de la salud espiritual del rey en cuanto que cristiano. Este aspecto es totalmente desconocido y, por otro lado, no sólo nos resultaría ilícito tratar de indagar en él, sino imposible (por cuanto está totalmente salvaguardado por el Sigilo Sacramental) , así como irrelevante, en tanto se refiere a la vida más particular del monarca cuyo conocimiento satisfaría en todo caso una curiosidad malsana.

¹³¹¹ MINOIS, 1988: 10

Es evidente, con todo, que las preocupaciones morales del rey, en cuanto en éste radicaba el poder y en cuanto los asuntos religiosos formaban parte intrínseca de muchas cuestiones de orden público, tenían incidencia en el hecho de gobierno, y es precisamente esto lo que explica la importancia de los confesores en los asuntos de la Corona. También nos parece que esto es evidente, como dijimos, por todas las misiones encomendadas a los mismos tras haber demostrado su fidelidad y su buen juicio en calidad de consejeros, más allá de su estricta función de penitenciaros particulares. Hay que decir que en las propias fuentes hallamos esta diferenciación entre lo que se refiere a los asuntos del fuero interno y los del fuero externo, aunque estén, como es natural, conectados. Así, el *Manipulus Curatorum* (obra que estaba en posesión de fray Gonzalo de Illescas, como luego veremos) distingue entre confesión consiliativa y confesión sacramental:

Ex his ergo potest pater: cui sit sacramentalis confessio facienda. Et dico sacramentalis confessio ad excludendo confessionem consiliativam sive directivam, qui scilicet peccator confitetur alicui peccatum suum, ut sibi super eo consulat, et eum dirigat, non ut eum absolvat. Quia talis confessio potest fieri cuicumque bono viro qui eum potest iuvare et consulere vel orando vel instruendo. Secundum loquendo de confessione sacramentalis que fit propter absolutionem dico, quod ex dictis patent due conclusiones. Prima est, quid confessio sacramentalis est facienda sacerdoti et non alii, id est quod non debet nec potest fieri nisi habenti claves, et iste est solus sacerdos. Et rario est: quia absolutio sit virtute clavium. Ita quod nullus potest absolvere in foro penitentie, nisi habeat claves¹³¹²

¹³¹² MONTE ROQUERIO 1479: 142

Aunque no aparece el término “fuero” (empleado no obstante en otras fuentes de la misma época¹³¹³), podemos ver aquí la distinción de la que venimos hablando. Cabe pensar que los confesores reales (muchos de los cuales acabarían en el Consejo Real como veremos, § 5.2.3), atenderían al rey en estos dos niveles, y de ahí su relevancia no estrictamente espiritual sino también política. Así, *la divisione dei due fori nella tradizione del cristianesimo medievale aveva elaborato da tempo i criteri opportuni per evitare sovrapposizioni*¹³¹⁴. Toda esta problemática es un elemento esencial para identificar la figura del confesor (recordemos la importancia del modelo de penitencia para poder hablar de su existencia, § 1.2.1), desde la configuración en los siglos XII y XIII y el “poder jurídico” que recibe el sacerdote en el *forum internum* de la conciencia, “como lo llaman los canonistas”¹³¹⁵. En definitiva, los confesores y los monarcas debieron ser conscientes de estos dos niveles en los que el confesor podía actuar, y para nosotros esto es muy relevante, ya que podemos indagar en todo aquello se mueve en la acción del fuero externo, que también concernía al confesor real. Así, aunque el confesor debía en primer lugar referirse al fuero interno¹³¹⁶, su labor también implicaría necesariamente esa dimensión pública de la conducta y conciencia del rey¹³¹⁷.

¹³¹³ Véase el caso del *Confessionale* de Pedro Díaz de la Costana: *Undecima conditio est quod confessio sit secreta, id est, facta in foro consciencie qui forus dicitur secretus, non in foro contentioso, ordine iudiciario qui publicus dicitur* (BNE: Inc/364, p. 38).

¹³¹⁴ PROSPERI, 1996: 476.

¹³¹⁵ RUSCONI, 1981: 81.

¹³¹⁶ “El *fuero penitencial* se distingue por el hecho de que no juzga el acto exterior sino en función de los móviles, de la intención y de las circunstancias, porque la sentencia pronunciada es en verdad un *juicio de las almas* que se sitúa en el plano espiritual: hay o no hay pecado, y la fórmula generalmente empleada en la exposición *imputatur ei* muestra que se trata esencialmente de una cuestión de responsabilidad íntima y personal” (MICHAUD-QUANTIN, 1962: 37-38).

¹³¹⁷ “El fuero penitencial al lado del fuero jurídico [*judiciaire*], fuero interno al lado del fuero externo en términos más modernos, son para ellos [los moralistas medievales] sistemas paralelos y análogos el uno al otro” (MICHAUD-QUANTIN 1962: 107). Prosperi, por su parte, señala que *se la scienza politica annetteva grande importanza alla conoscenza dei vizi e delle debolezze umane come base per la costruzione di un potere, il governo pastorale degli ecclesiastici tridentini mirava anch'esso a fondarsi su di una conoscenza*

Por otro lado, no debemos caer en el error de identificar el fuero interno como “asuntos privados” y fuero externo con “asuntos públicos”, puesto que este último, aunque atañe a la conducta externa del rey como gobernante, parte de las inquietudes y exigencias morales de su persona. Es por esto que los asuntos del fuero externo no eran siempre cuestiones públicas. Muy al contrario, aunque se referían a la conducta del rey y tenían una implicación directa en el ejercicio del poder, eran en muchos casos cuestiones que los reyes deseaban mantener en secreto. Sabida es la importancia dada a la *poridad* del rey, el mantener en silencio los secretos, dudas e intenciones del monarca, aunque con el tiempo pudiesen hacerse públicos. Hablaremos de ello más adelante (§ 5.2.1).

En conclusión, lo que podemos investigar sobre la relación personal rey-confesor es todo lo referido a las inquietudes morales, políticas y religiosas en el hecho de gobernar, y donde el confesor hubo de ser un consejero de gran importancia, como revelan por ejemplo las cartas de fray Hernando de Talavera a Isabel I¹³¹⁸, o los textos de Lope de Barrientos escritos para Juan II. Como cara opuesta de la misma moneda, también podemos aproximarnos al ideal del confesor, esto es, a la imagen teórica que los reyes buscaban en los individuos concretos que los atendieron. Sobre la imagen del rey trataremos en el apartado 5.1 y sobre la imagen del confesor (y su reflejo histórico y práctico en la prosopografía) en el 5.2.

Todos estos contenidos (imagen del rey, imagen del confesor y el universo ideológico que los engloba) podemos reunirlos en lo que hemos dado en llamar “discurso moral y penitencial”. Por tal entendemos la

ravvicinata delle stesse materie (PROSPERI, 1996: 476). Para ahondar en estas cuestiones *vid.* PROSPERI, 2000, así como VIDAL, 2012: 54

¹³¹⁸ Un estudio que analizó esta relación epistolar desde una perspectiva política, antes de que lo hiciera Iannuzzi, es WEISSBERGER, 1998

ideología que los confesores trataron de transmitir a los reyes en su ministerio pastoral en todo lo que se refiere a la correcta conducta del rey como fiel cristiano que, además, estaba encargado por Dios de regir un reino. A su vez, dicho discurso, en un sentido dialógico y no unidireccional, debe recoger, en la medida de lo posible, la recepción y comprensión que los reyes hicieron de dichos mensajes, lo que incluye las exigencias que los propios monarcas plantearon a los confesores en el desempeño de su función.

En este sentido, el presente trabajo podría suponer una contribución a los estudios sobre los fundamentos ideológicos del poder real en Castilla, que, por lo general, han adoptado la perspectiva de la propaganda y la legitimación. Así, se ha estudiado el pensamiento político bajomedieval amparado por la monarquía como un proyecto de fortalecimiento del poder del rey frente a la comunidad política del reino. Por el contrario, el *discurso penitencial* hubo de seguir un sentido opuesto: los confesores hubieron de exhortar a los reyes a ser buenos gobernantes, y les ofrecerían ideas concretas sobre la monarquía y el ejercicio del poder, en un sentido espiritual y moral. De ser asumido por parte de los monarcas, esto les obligaría a conformar su propia identidad como reyes, cambiarse a sí mismos antes que al reino. Hay que decir que este enfoque ya lo propuso Frank Tang:

*For, since most authors of mirrors were clerics, it could not be held against them that they were worried about their masters' souls. Morals and salvation belonged to their expertise; they were on safe grounds. As writers they engaged in an activity that could be compared to that of the members of their order who acted as royal confessors*¹³¹⁹

¹³¹⁹ TANG, 2007: 120

Este enfoque, lejos de ser antagónico a los que se han adoptado desde la perspectiva de la propaganda, es complementario al mismo, y nos puede hablar de hasta qué punto los monarcas pudieron asumir personalmente la imagen que ellos, o sus colaboradores, proyectaban sobre la comunidad política del reino para legitimar su poder. Nieto Soria ya aludió a esta idea:

La responsabilidad de mando que tiene el rey le impone un autocontrol sobre los propios vicios, que acaso no podría ser exigido de forma tan estricta si careciera de la preeminencia de poseer. Es así que el estudio de las virtudes y su posterior puesta en práctica debe encontrarse entre sus ocupaciones preferentes. La ausencia de virtud en el rey convierte en inútiles tanto al juez como a la ley, originando confusión y ruina en el pueblo que rige, pues, tal como dijera el Doctor Alonso Ortiz: “la salud espiritual del Rey es medicina para el pueblo”¹³²⁰.

Así, José Manuel Nieto dedicó atención a la imagen del rey como vicario de Dios, aspecto en el que incidieron muchos autores medievales y de lo que se derivaba “la obligatoriedad de obediencia que los súbditos contraen hacia él como consecuencia de su carácter de vicario divino”¹³²¹. Ahora bien, precisa el mismo autor casi a continuación que “el vicariato regio también impone ciertos condicionamientos al rey, obligándole a una *imitatio Dei* que conlleva el ejercicio de ciertas funciones y de ciertas virtudes. El rey, en cuanto que vicario de Dios y en cuanto que imagen e imitación suya debe ser un juez, un defensor y un ejecutor de la justicia”¹³²². Esto se aprecia claramente en el caso de fray Hernando de Talavera en su

¹³²⁰ NIETO, 1988a: 85.

¹³²¹ *Ib.*: 57

¹³²² *Ib.*

condición de confesor real. Así, el jerónimo consideraba a reyes y príncipes como vicarios de Dios¹³²³ y dedicó a la reina un tratado titulado *loores de san Juan Evangelista* que comenzaba del siguiente modo:

Bien veo yo que es de hazer muchas gracias a nuestro Señor que, como a su vicaria y grand comissaria, vos da espíritu de devoción con que por esta vía gostés quán suave es esse mesmo Señor. Lo qual es mucho menester para bien executar sus vezes y conplir su comission. Ca de otra guisa ligeramente discreparía vuestra voluntad de la suya. Y por esso, quando encomendó su grey a sant Pedro, quiso saber o, porque mejor diga, dar a entdender, que tenía este gusto y fervor, preguntándole tres vezes primero si le amava más que todos. Tanbién es mucho de agradecer a vuestro libre alvedrío, que así corresponde a aquel don. Ca en edad tan prona a los plazer y gozos mundanos, y en tiempo de tantas tenpestads y cargada de continuo de tantos linages de ocupaciones y cuidados, quiere y dessea -siquiera por algunos momentos- leer cosas spirituales que le alunbren e inflamen a conoscer y hazer su voluntad y mandamientos. Hija, sin dubda, de padre excelente y muy noble que en aquesto más que en otra cisa recreava y passava tiempo.

Y veo otrosí que todos vuestros humildes y devotos capellanes y oradores, e yo el menor en méritos mas non en afectión, y en obligatión, deven y devemos servir y ayudar a vuestra magestad, cada uno por su manera con devotas lecciones y que, por consiguiente, no deve recibir dilación ni mucho menos excusación este su devoto querer y mandado¹³²⁴.

Dado que no podemos conocer la relación particular de cada confesor con los distintos reyes de la Casa de Trastámara, y que se trata de analizar el ideario moral del conjunto de dichos confesores, es importante

¹³²³ “Esto mesmo han de hazer los buenos príncipes y reyes, prelados y governadores, que siempre han de mirar que son comissarios y vicarios de Dios, nuestro Señor, y que no han de exceder de su querer y voluntad nin los términos de su mandado y comission, mas aquélla han de procurar sienpre de saber para la hazer y executar” (TALAVERA, 2014: 112)

¹³²⁴ *Ib.*: 139

precisar los límites de conocimiento del discurso penitencial. Éste ha de ser, por todo lo dicho, un modelo teórico y aproximativo a lo que pudo ser el diálogo entre el rey y el confesor y la ideología de éstos últimos, que les serviría para llevar a cabo su tarea pastoral. Decimos que es un modelo porque no responde a la realidad concreta de cada confesor. Por el contrario, partiendo de las fuentes fragmentarias que nos han llegado, podemos hacer una valoración general, una síntesis al modo en que se hace una prosopografía en el ámbito del *curriculum vitae* político-eclesiástico, que puede presentar muchas excepciones y variedades en los casos particulares. Es por otro lado un modelo teórico en la medida en que apenas nos quedan evidencias históricas como para establecer una relación directa entre los escritos de los confesores, lo que trataron oralmente con el rey y la actuación de éste último bajo el influjo de los consejos de su penitenciario. Se trata así de analizar un discurso en el mero campo de la teoría, sin poder establecer su relación directa con la *praxis*, aunque exista una correlación que evidencie una influencia de un modo u otro. Por ello mismo es un modelo aproximativo: no podemos conocer ni demostrar nada en lo que se refiere a qué trataron rey y confesor, tan sólo hacer una valoración lo más ajustada posible a la realidad histórica que el empleo de las fuentes de las que disponemos nos permita y aproximarnos a dicha relación lo más que podamos sin caer en la mera suposición o especulación que ya hicieran autores precedentes sobre la influencia del confesor real.

Ciertamente, Murray indica cómo en la pastoral de la confesión durante la Edad Media “los libros sólo podrían jugar una parte limitada”¹³²⁵, y que lo importante era el libre discernimiento del confesor y su mensaje

¹³²⁵ MURRAY, 1998: 65. Señala este autor cómo incluso se expresó que el sacerdote que tuviese una duda seria a la hora de dilucidar alguna cuestión moral en la confesión, debía posponer ésta hasta resolverla por medio de la consulta posterior.

oral al penitente. Por otro lado, Nieto Soria ya hizo notar que dichas obras eran muy teóricas¹³²⁶. Así, los propios confesores reales supieron marcar los límites de sus escritos en lo que se refiere a la tarea de la dirección de conciencia. Por ejemplo, Lope de Barrientos, que escribió sus tres tratados sobre la adivinación, los sueños y el azar, respondiendo a las inquietudes de Juan II en estas materias, le indicó no obstante que ante determinadas circunstancias sería necesario recurrir a la “palabra viva” de aquél que conociese la ortodoxia moral en dichas cuestiones¹³²⁷. De similar opinión parece haber sido Hernando de Talavera, que aunque se comunicó con la reina Isabel por carta para tratar cuestiones de moral, no obstante señaló cómo era mejor hacerlo de palabra, dando a la palabra escrita la única ventaja de su perdurabilidad¹³²⁸. En este sentido, Guido de Monte Roquerio, entre las condiciones básicas de la confesión, establecía que no se podía confesar por medio de un emisario o una carta¹³²⁹. También, en su *Breve manera de confesar*, Talavera se negaba a señalar cualquier pecado como mortal dada la gravedad que ello suponía, y que no podría sino

¹³²⁶ Señalaba cómo confesores, predicadores y capellanes reales *de plus, certains ont écrit des oeuvres destinées à offrir une image très idéalisée de la personne royale* (NIETO, 1992: 299)

¹³²⁷ “Por ende, Rey Christianíssimo, este capítulo deve estar sienpre pronto en tu memoria, por el qual bien entendido podrás aceptor o desechar las cosas advenideras quando te fueren fabladas a tu Señoría; la qual si en algunas cosas de las contenidas en este tractado dubdare, preguntándolas a sabio perfecto soy cierto que te las fará entender por palabra biva, ca por seer la materia de tan alta especulación non puede por escriptura seer más declarad. E señaladamente dixé que se deve preguntar a sabio perfecto, ca non seyendo tal podría seer, por non lo entender, que en su declaración o reprehendiese lo que es de loar o lo declarase en tal seso que non fiziese al propósito” (BARRIENTOS, 2001: 80).

¹³²⁸ “Aunque nuestro glorioso padre sant Hieronimo dize que la habla tiene más fuerça que la escriptura y es assí verdad que imprime y mueve más y aún más lo que se vee que lo que se oye, pero para que la habla passa y la scriptura permanece y dura pensé presentar a vuestra alteza por escripto mi pobre parecer dela orden y manera que podría tener en el despacho de los negocios para que su muy excellente alma biviessse leda y descansada y su serenissima consciencia descargada y su Rreal persona aliviada y expedida para tomas las rrecreaciones y passatiempos necesarios a la vida humana y aun mas libremente vacar alas arduas ocupaciones” (AGS: EST, leg. 1.2.1, nº 81, f. 1r). Dicho documento puede hallarse también en SALVÁ; PANDO, 1860: 566 ss.

¹³²⁹ *Sexta condicio est quod sit nuda, quia non debet confiteri per nuncium vel per epistolam, sed viva voce et ore proprio presentialiter* (MONTE ROQUERIO, 1479: 154).

establecerse en cada caso concreto¹³³⁰. Una autora como Cécile Codet, que da gran importancia al estudio de los escritos talaverianos para analizar la faceta de confesor de fray Hernando, reconoce al mismo tiempo que “sin embargo, la presencia de dichos libros no debe engañarnos en cuanto a la influencia real de las palabras del confesor sobre el comportamiento de su penitente, influencia sin duda muy variable y a veces muy tenue”¹³³¹.

No obstante, el simple hecho de que los confesores recogieran por escrito (por su propia iniciativa o a petición de los reyes) todas estas cuestiones, directamente relacionadas con su función de confesor, nos parece lo suficientemente relevante como para dar a estos escritos la categoría de fuentes de conocimiento de la relación privada rey-confesor. Si bien no con el grado de concreción que sería deseable, estas fuentes reflejan las ideas que los confesores manifestaron en privado a los reyes. Alfredo Alvar Ezquerro, por ejemplo, al tratar sobre la educación de la princesa Isabel, asume este hecho con gran naturalidad¹³³². También lo hace Julien Véronèse para el caso de Laurent Pignon, confesor de Felipe el Bueno de Borgoña¹³³³. En el presente trabajo opinamos de manera similar, ya que, como hemos indicado arriba, si los confesores dieron muestras de ser hombres coherentes en su conducta respecto a la fe que profesaban,

¹³³⁰ TALAVERA, 1911a: 3. Contrasta esta actitud de Talavera con un confesor real y canonista del siglo XIII, Raimundo de Peñafort, que, según Soto Rábanos (2006: 440, n. 100) “afirma que no se debe ser pronto a estimar como mortales cualesquiera pecados; que debe constar por *escritura cierta* que lo son; opinión que influye sin duda en los autores posteriores”. Igualmente, indica cómo Peñafort era de la opinión de que había que revelar en confesión los pecados veniales, frente a la opinión de otros canonistas que no lo veían necesario (p. 443). Esta distinción entre pecado mortal y venial conoce un momento decisivo en el IV Concilio de Letrán (*vid.* DELUMEAU, 1983: 218), que, como ya vimos, fue un momento de inflexión en la historia del sacramento de la penitencia y en consecuencia del nacimiento de la figura del confesor real.

¹³³¹ CODET, 2012: 3

¹³³² Refiriéndose a fray Martín de Córdoba y su *Jardín de las doncellas* y su labor como maestro de los infantes Isabel y Alfonso, dice: “Parto del principio de que cuanto él dijera de viva voz sería idéntico a los pensamientos dejados por escrito. Por ello, el sermoneo al que fueran sometidos los niños tiene su reflejo en esta obra” (ALVAR, 2004: 181)

¹³³³ *Si les efforts didactiques du théologien sont récompensés, l'élan de Laurent Pignon répond moins à une stratégie carriériste qu'à des inquiétudes sincères concernant la chrétienté* (VÉRONÈSE, 2010: 334).

entonces hubieron de ser igualmente coherentes a la hora de aplicar los principios éticos transmitidos en sus escritos.

Por otro lado, aunque el discurso moral y penitencial sea un modelo teórico y aproximativo (al no recoger las posibles diferencias entre unos confesores y otros), el hecho de que todos los confesores pertenecieran a las mismas grandes familias religiosas, se formaran en los mismo centros, en una época en la que, podemos decir, ha existido una mayor unidad religiosa y de pensamiento en la historia de la Cristiandad occidental, nos lleva a pensar que, aun con diferencias que puedan existir entre las distintas familias religiosas, los individuos o las generaciones, las concepciones morales y políticas tendían a estar muy homogeneizadas, al menos entre los eclesiásticos que se situaban en la ortodoxia católica, donde se sitúan sin género de duda los confesores de los reyes Trastámara. En este sentido, en ninguna caso pretendemos averiguar o demostrar la responsabilidad de los confesores reales en las decisiones concretas de los reyes, sino la ética referencial que hubieron de inculcarles y que explica las ideas y prácticas existentes en torno al ejercicio del poder real en clave cristiana. Esto puede equipararse al proyecto de Maria Giuseppina Muzzarelli sobre la importancia de la confesión en la conformación de las concepciones morales no sólo de los individuos, sino también de la sociedad medieval¹³³⁴.

Pero, además de la aceptación de la premisa de que los escritos de los confesores reflejan lo que verdaderamente pensaban y manifestaban a los reyes, podemos ver indicios textuales que pueden demostrar tanto la correlación de los escritos de los confesores con lo que manifestaban a los reyes en privado como la correlación de los manuales de confesión que los

¹³³⁴ Para la exposición teórica y metodológica que luego desarrolla en todo su trabajo, *vid.* MUZZARELLI, 1994: 9-11.

confesores poseían (y que analizaremos a continuación) con dichos contenidos. Así, Lope de Barrientos comenzaba su *Tractado de Caso y Fortuna* señalando que escribía la obra para satisfacer las inquietudes que el rey, de manera verbal, le había manifestado a su confesor:

Rey christianísimo, príncipe de grant poder: En el tienpo que la tu húmill fechora e servidor, indigno y inútil obispo de Cuenca, rresidía en la dotrina e criança del tu muy ínclito y amado fijo, y después en tu serviçio en el tu alto consejo, le fue preguntado por tu señoría algunas vezes qué cosa era fortuna, a lo qual él te ovo rrespondido por palabra lo que a esta demanda se rrequería. Y por la memoria de los onbres ser lábile, y asimesmo por los grandes y arduos fechos en que tu alteza está implicado, paresçe seer que te vino en olvido la dicha rrespuesta, tanto que de nuevo tu señoría tornó a preguntar y querer saber la absolución se contienen algunas razones las quales sería difíçile de rretener luengo tienpo, de lo qual rrecresçería la olvidança pasada y el retorno a preguntar, y asimesmo podría acaesçer non fallar toda ora nin en todo lugar personas que sepan rresponder y dar rrazón bastante para entender la dicha dubda, y por quanto agora nuevamente, de un mes a esta parte, con un servidor de tu señoría me enbiaste mandar que te enbiase alguna cosa de escriptura agradable,[...] Y puesto que algunos de los poetas modernos te ayan algunt tanto informado en estas materias, podría ser non lo saber ellos, y por consiguiente non lo poder declarar perfectamente por non aver leído nin oído la alta materia filosofal en los libros originales donde estas materias están fundadas por prinçipios naturales, y puesto que las leyesen , non aviendo perfecto conosçimiento de los dichos prinçipios non podrían satisfazer de rrazón a tu alteza por las rrazones antedichas, y asimesmo porque quando te ocurrieren las dichas dubdas non te sea más nesçesario preguntar salvo estudiarlo por ti mesmo y enseñarlo a los que son çerca de tu magestad, porque de ti se pueda dezir aquello que se dezía

del rey Salomón [...] Por tanto, la tu húmill fechura deliberó ordenar un breve tractado para çertificación de la dicha demanda¹³³⁵.

La obra resultó de tanta satisfacción para el rey que éste le encargó otra similar, el *Tratado del dormir*, como en esta misma obra Barrientos declara¹³³⁶. Paloma Cuenca, para el caso del *Tratado de la divinança*, destaca el valor de esta obra en el contexto de la literatura áulica de la corte de Juan II precisamente por el hecho de haber sido escrita a petición expresa del monarca¹³³⁷. Por otro lado, fijémonos en el caso de fray Hernando de Talavera. Aunque no tenemos constancia de que hubiese leído el *Confessionale* de Pedro Díaz de la Costana (sí da la sensación de que había consultado abundantes manuales¹³³⁸), creemos que pudo conocerlo, no sólo porque su autor fuese académico en Salamanca y participara en la famosa junta de Alcalá que juzgó la doctrina de Pedro de Osma¹³³⁹ (con lo que Hernando de Talavera y él debieron conocerse), sino por la coincidencia

¹³³⁵ BARRIENTOS, 2006: 36-37

¹³³⁶ “Rey christianíssimo, príncipe de grant poder: después que la tu omill fechura, yndigno e inútil obispo de Cuenca, te enbió copilado el Tractado de la fortuna, le enbiaste mandar que copilase otro tractado de los sueños e de los agüeros, qué cosa son e quáles son sus causas, para declaración de las quales cosas es conveniente e cunplidero a saber: qué cosa es dormir e despertar, e así mesmo qué cosa és adevinança e profeçia, por quanto por estas quatro maneras fingen e presumen los onbres querer saber las cosas advenideras. E por ende, cunpliendo tu real mandamiento, puse luego en obra de ordenar e copilar sobre la dicha razón el siguiente tractado” (BARRIENTOS, 2001: 1)

¹³³⁷ “El tratado ha de funcionar como un manual para el rey Juan II, quien le pide a Barrientos que lo escriba. Por tanto, aunque el texto aparece como un testimonio más de entre los que conocemos del siglo XV, su finalidad concreta le hace destacar por la incidencia que pudo tener en la corte castellana” (CUENCA, 1992: 39).

¹³³⁸ “Queriendo dar alguna breve forma de confesar, porque son prolijas y por eso menos provechosas las que hasta hoy son escriptas, porque comúnmente proceden por los diez mandamientos y siete pecados mortales, catorce obras de misericordia y cinco sentidos corporales y siete dones del Espíritu Santo, y tres virtudes teologales y cuatro cardinales, acorde mediante la gracia y ayuda de Nuestro Señor, impretada por los ruegos de su bendita Madre, reducir todos los pecados a los diez mandamientos” (TALAVERA, 1911a: 3).

¹³³⁹ Vid. FITA, 1892. Sobre la presencia de Talavera en la junta de Alcalá, transcribe fray Justo Cuervo el documento final que publicó el arzob2ispo Carrillo: “Visto como a nuestro llamamiento fueron e on congregadas muchas e notables personas en çiencia e conçiencia para examen del dicho negocio [...]e fray Fernando de Talavera de la Orden de Sant Jerónimo prior de Santa María del Prado licenciado en theología” (en CUERVO, 1916: 944). En otra parte del mismo documento, se menciona también como asistente a la asamblea a “Pedro Dias de la Costana licenciado en theología canónigo de Burgos lettor de theología en el estudio de Salamanca” (p. 945)

de algunas ideas en los escritos de ambos. Por ejemplo, fray Hernando recurre a la regla mnemotécnica de la SALIGIA¹³⁴⁰ para recordar los siete pecados capitales (*superbia, avaratia, luxuria, ira, gula, invidia, accidia*)¹³⁴¹, y esta misma regla está presente en el *Confessionale* de Díaz de la Costana¹³⁴². Es cierto era un recurso conocido en la literatura penitencial en general¹³⁴³, pero hay otra semejanza llamativa. Díaz de la Costana habla de un ángel bueno y un ángel malo que acompañan a todo hombre: *Sed notandum est pro dictis et dicendis, illud quod dicit magister sententiarium III, II, DI, XI, ubi dicit quod queque anima habet angelum bonum ad sui custodiam delegatum, et maulum ad exercitium. Et sic bonus angelus assignatur cuicunque ad exercitium bonorum, malus vero ad exercitium malorum*¹³⁴⁴. Esta misma idea es referida por Talavera en una epístola a Fernando el Católico:

Las cosas subidas y apretadas de suio abaxan y afloxan mas las bajas y floxas nunca se suben ni aprietan sin gran fuerça ni piense V.A. que esto le será grave de hazer si quisiere poner la voluntad en ello porque, aunque otros estorbadores ay, aviso que nunca falta un angel bueno, grande y no pequeño y a vos es agora nuevamente añadido al que primero bos era dado para que gué alumbre y esfuerce vuestra serenisisima persona en todo lo bueno y de verdad fuere y también es de creer que proveera luego Lucifer de otro demonio tentador que procure todo mal y estorve os todo bien, pero es cierto que puede mas el angel bueno para ayudar que el malo para estorbar¹³⁴⁵

¹³⁴⁰ Vid. TALAVERA, 1911a

¹³⁴¹ Vid. *Ib.*

¹³⁴² vid. BNE: Inc/364, p. 69.

¹³⁴³ Así figura en el anónimo conocido como *Confessiones Generales* (MICHAUD-QUANTIN, 1962: 88), e igualmente a ella se refiere Soto Rábanos (2006: 417).

¹³⁴⁴ BNE: Inc/364, p. 60.

¹³⁴⁵ En IANNUZZI, 2009a: 150. Algo similar I diría a la reina en la *Colación* que escribió *ad usum reginae*: “Llama obras de tiniebras a los pecados, porque ciegan y escurecescen al ánima y porque aborrece ser

Aunque Talavera pudo tomar de las *Sentencias* esta misma idea (como cita Díaz de la Costana) no parece aventurado plantear que utilizase esta obra. De ser así, no sólo resulta un hecho interesante por cuanto nos permite reconocer una nueva fuente de la ideología talaveriana, sino que además tiene enorme valor para nosotros en la medida en que muestra cómo los contenidos de los manuales de confesores fueron en la dirección espiritual particular del rey, ya que estamos hablando de una epístola donde el confesor emite un discurso individualizado hacia el monarca. De ser así, podemos imaginar cómo otros confesores pudieron recurrir a las obras penitenciales que poseían en su labor de dirección espiritual de los monarcas. Por último, en lo que se refiere a la conexión de los manuales de confesión con la labor de los confesores reales, ya el mismo Gómez Redondo, comentando el *Arte de bien morir* de Rodrigo Fernández de Santaella lo puso en relación con la labor del confesor real¹³⁴⁶.

visto el que mal haze. Y porque procura que se hagan el príncipe de las tinieblas, Satanás, y porque llevan al hombre a las tinieblas del infierno. Y, por el contrario, las obras buenas y virtuosas se llaman armas de luz, porque esclarecen la ánima y porque se publican sin vergüenza y porque se hacen con ayuda, instigación y consejo de la luz, que es nuestro Señor, y de los ángeles de luz. Y finalmente porque llevan al hombre a la luz perdurable” (TALAVERA, 2014: 105)

¹³⁴⁶ “De ahí la apariencia de formulario que presentan estos epígrafes, pensados tanto para que puedan ser usados por un confesor real, como meditados por quien quiere aprender a “bien morir” y necesita, por tanto, escuchar las exhortaciones (parte iii^a) de quien puede disponerlo a alcanzar rectamente ese fin” (GÓMEZ REDONDO, 2012b: 1216)

- *La historiografía sobre la confesión como instrumento de control y las fuentes del discurso moral y penitencial del confesor real en Castilla.*

Hemos tratado de definir el discurso moral y penitencial que revelaría las ideas manifestadas por los confesores y los reyes en su relación privada. Ahora bien, hemos de evaluar, por otro lado, el alcance o repercusión de dichas ideas en el hecho de gobernar. En efecto, en ocasiones se ha atribuido a los confesores reales una capacidad de influencia y manipulación sobre los monarcas que nos deben hacer pensar en qué términos se estableció la relación entre ambos, ya que en la conducta externa los confesores casi nunca mostraron un poder confrontado al poder real. En un sentido opuesto, podríamos pensar que los confesores se limitaron tan solo a las cuestiones estrictamente espirituales y privadas del rey, callando en todo lo referido a la toma de decisiones políticas. Dichas interpretaciones dependen, en buena medida, de la postura historiográfica desde la que hagamos el estudio.

La noción de discurso entraña la de poder¹³⁴⁷, y podemos decir que las ideas morales, religiosas y políticas de los confesores bien pudieron influir en el hecho de gobierno¹³⁴⁸. A este respecto, desde un momento temprano de nuestra investigación, planteamos la posibilidad de aplicar el

¹³⁴⁷ El propio Delumeau, que tiene una visión “benévola” de la confesión, constata que la religión en Occidente ha sido en muchas ocasiones fuente de ansiedad, y así *on peut dire, en jugeant les choses à partir de la notion de “pouvoir”, que la dramatisation du péché et de ses conséquences renforce l’autorité cléricale. Le confesseur devint un personnage irremplaçable* (DELUMEAU, 1983: 9). Vid. SAUQUILLO, 2001: 91-96, 104ss. Sobre la relación entre discurso y poder, desde una perspectiva estructuralista, puede vid. Verón, 1980, DIJK, 2009

¹³⁴⁸ Para el caso de Hernando de Talavera, Isabella Iannuzzi parece establecer esta conexión: “El pasado cultural y formativo de Talavera permite interpretar y conectar la historia de los «hechos» con la historia de las ideas, y por ideas me refiero a las teorías y proyectos teórico-políticos que a lo largo del siglo XV teorizaron nuevas formas de gobernar, de rezar y sobre todo de organizar a la sociedad, tanto en sentido estrictamente religioso, como socio-económico. Una parte de la élite eclesiástica se propuso como puente para encontrar salidas y nuevas estrategias de gobierno en el ámbito religioso y social no sólo para sobrepasar los eventos, sino guiarlos” (IANNUZZI, 2009b: 75)

concepto y metodología aneja del “poder pastoral” propuesto por Michel Foucault al caso de los confesores reales de Castilla. En este sentido, hemos tratado de vincular las ideas del filósofo francés con la amplia historiografía sobre la dimensión social del sacramento de la Penitencia en la Edad Media. Hemos de considerar las diversas posturas en este campo, para poder establecer el alcance del discurso moral y penitencial en la monarquía castellana y ver en qué medida estos conceptos, ajenos al pensamiento medieval, pueden llevarnos a un conocimiento real sobre la faceta de los confesores reales como consejeros morales y espirituales de los monarcas de la Castilla Trastámara. Hay que precisar que aquí se trata de evaluar las condiciones de posibilidad del poder del confesor en cuando director espiritual, no tanto su influencia política concreta, que se ha visto en la trayectoria biográfica (§ 2). Así, podremos hacer un análisis más profundo de los textos, que llevaremos a cabo más adelante (§ 4 y § 5).

Podemos decir que la historiografía oscila entre los que han visto en el desarrollo de la doctrina de la penitencia y de la praxis pastoral de la misma un poderoso instrumento de control y coacción sobre las sociedades del Occidente medieval y los que no han visto sino la consecuencia lógica de la necesidad de atender espiritual y moralmente a los fieles. Aplicando esto al caso de la Monarquía, como ya hemos dicho, cabría plantearse si el ejercicio de la Penitencia pudo ser empleado por los confesores como un modo de manipulación sobre la conciencia y la conducta de los reyes. Esta sospecha ha estado siempre presente en una cierta “leyenda negra”, como bien indicó Óscar Villarroel y que ya se planteó incluso en el Medievo¹³⁴⁹. La

¹³⁴⁹ “¿Fue la confesión un instrumento político? Giulia Barone ha citado el ejemplo del capítulo provincial de los dominicos en Roma en 1324, donde se pide a los monjes utilizar la confesión para sostener el combate de la Iglesia de Roma contra sus enemigos (en este caso Luis de Baviera y sus aliados). Haría falta estudiar también la influencia política de los monjes sobre ciertos príncipes” (LITTLE, 1981: 97)

cuestión de si la confesión fue empleada como un instrumento ominoso de coacción ha hecho correr ríos de tinta y ha supuesto, como ha indicado Murray, cierto “divorcio” en la historiografía¹³⁵⁰.

Un primer grupo de historiadores se ha manifestado claramente a favor de la tesis de la confesión como instrumento ideado para el control de la sociedad. Henry Charles Lea o Tentler son autores clásicos de esta corriente y a quienes se ha recurrido en estudios posteriores. También destaca en este sentido Michel Foucault. El filósofo francés (que recurría al estudio histórico como parte esencial de su investigación antropológica y filosófica) acuñó el concepto de “poder pastoral” como un poder generado en el cristianismo en su trabajo “El sujeto y el poder”¹³⁵¹. Según él, el cristianismo tiene la particularidad de haberse organizado como Iglesia, es decir, como una institución tangible más allá del cuerpo místico. Ello ha supuesto la creación de la figura del pastor, el hombre que renuncia al mundo para consagrar su vida a su tarea como pastor de las almas. A partir de ahí, Foucault propuso ciertos puntos de definición del poder pastoral y la metodología a seguir para el análisis del poder. Pero antes de describir dichos puntos, que nos serán de gran utilidad para estructurar los contenidos del discurso moral y penitencial, hemos de atender al resto de posturas para poder establecer qué es lo que realmente tomamos de estos conceptos.

Después de M. Foucault, cabe mencionar estudios como los de Prosperio, en nuestro país, González Polvillo que han seguido esta línea¹³⁵².

¹³⁵⁰ MURRAY, 1998: 63.

¹³⁵¹ FOUCAULT, 1982. Versión digital, traducida por Santiago Cassarale y Angélica Vitales, en <<http://www.campogrupal.com/poder.html>>; artículo original publicado en *Critical Inquiry*, vol. 8, nº 4, verano/1982, pp. 777-795. Aquí utilizaremos la traducción española pero la paginación original

¹³⁵² Según este autor, la Iglesia ya trató de controlar la monarquía en Francia desde la época merovingia, y así “tal aventura se repitió, después, con el resto de las monarquías occidentales, creando, antes o después, la figura del Confesor real y el Consejo de Conciencia. A pesar de todas las sutilezas escolásticas

Adriano Prosperi¹³⁵³ resulta de gran interés por la calidad de su estudio (amplio dominio de las fuentes y bibliografía, profundidad de análisis) aunque su trabajo se inscribe en el ámbito de la Edad Moderna, que por sus características (Reforma y Contrarreforma, existencia de la Inquisición, etc.) difiere en aspectos esenciales de la época y ámbito que aquí vamos a tratar (donde muchos de esos elementos tienen su origen pero aún no estaban plenamente desarrollados y arraigados). Similar problema nos encontramos con González Polvillo, que trabaja sobre la misma época. El interés que suscita no obstante es el dominio que tiene de la literatura penitencial en España.

El segundo grupo de historiadores al que nos referíamos antes es el de aquellos que, trabajando sobre las mismas fuentes, y con objetivos similares, han visto en la confesión, más que una desnuda intención de control social un sacramento que se demostró imprescindible a los cristianos para poder vivir conforme a su fe y a las exigencias morales que ésta entraña. Podríamos decir que estos autores son partidarios de la visión de la ética humana como un código de conducta que aparentemente implica restricciones al comportamiento humano pero que en realidad se encamina a la verdadera libertad, la libertad moral de escoger lo que es correcto. La construcción del sujeto de Foucault se traduciría en esta otra postura a la idea del “conócete a ti mismo” del pensamiento griego, que emplea el

y tridentinas, está meridianamente claro que el confesonario real y su correspondiente dirección de conciencia, fueron consideradas por la cúpula eclesiástica, con los obispos como ejes, como el puesto clave no sólo para garantizarse la absoluta sumisión del rey, sino, lo que de facto era más importante, la percepción cortesana de este hecho y el total protagonismo, sin fisuras, de la orden religiosa que disponía del confesonario de la familia real y, según épocas, también de las de las Noblezas decisivas. Se comprenderá, entonces, que para un historiador de la Confesión y sus laberintos impuestos, se declare ésta como la garantía personal de la obediencia necesaria de la identidad cristiana y, obviamente,, de la soteriológica, de cada fiel, uno por uno (*singulativim*) y de su rey, por cómoda definición. Claro está que, antes ha tenido que ser cimentada en el sistema total eclesiástico de la interpretación del mundo, incluida la vida, técnicamente, con una densa maquinaria de obediencia fidelizada a partir del bautismo interminable” (GONZÁLEZ POLVILLO, 2010: 11)

¹³⁵³ PROSPERI, 1969

principal autor de esta corriente, Jean Delumeau. Ese *nosce te ipsum* podría equipararse a la “hermeneútica de uno mismo”¹³⁵⁴ de Foucault, reflejando la valoración divergente de ambas tendencias ante una misma realidad. Así, la confesión habría ido definiéndose a lo largo del Medievo para poder ajustarse a las necesidades del pueblo fiel y como un medio de instrucción y sanación, más que de dominio. Prosperi habla de esta historiografía como apología¹³⁵⁵. También podemos mencionar los trabajos que, dentro del propio ámbito de la Iglesia, se han hecho y que citaremos en los próximos párrafos. No falta en estos estudios una intencionalidad crítica, de revisar el transcurso de la Confesión a lo largo de los siglos para evaluar los aciertos y desaciertos en la pastoral católica. Ciertamente, esta visión ofrece una visión radicalmente positiva de la confesión y todo lo que implica.

Según estos autores la Iglesia, habiendo recibido la misión de convertir y salvar a los hombres, ejerce los poderes de enseñar, santificar y regir (*munera docendi, santificandi y regendi*)¹³⁵⁶. Pero nos encontramos con que la palabra “poder” (implícita en el poder pastoral del que habla Foucault) no se ajusta bien al término *munus* empleado desde el Magisterio de la Iglesia, término que viene a ser interpretado simplemente como *tarea* o *función*. Entramos más en el campo del servicio que del poder. De esta manera, quien ejerciese los *munera* de forma honesta, se sentiría ante todo como un servidor, al modo del *servus servorum Dei* gregoriano. Ahora bien,

¹³⁵⁴ SAUQUILLO, 2001: 169. Por otro lado, ante la postura de Delumeau, González Polvillo dice: “me parece evidente que al clero cristiano católico, tal asunto psicofilosófico le resultaba irrelevante y que, en cambio, le parecía de una eficacia sustancial la claridad percibida de las reglas de hierro de la autoridad y la obediencia” (GONZÁLEZ POLVILLO, 2010: 12).

¹³⁵⁵ PROSPERI, 1996: XV. Según el autor *questa tradizione storiografica è nata ai tempo del positivismo, dello storicismo e – per il mondo cattolico- del modernismo: per garantire la sua ortodossia, ha dovuto esorcizzare l’idea stessa della evoluzione storica, del cambiamento [...] Nessun cambiamento o “riforma”, diceva Pastor, solo restaurazione dell’antico [...] ma solo nell’ordine della disciplina ecclesiastica e dei costumi, non nella dottrina della fede* (pp. XV-XVI)

¹³⁵⁶ MARQUES, 1975: 159.

es indudable que el mismo san Gregorio empleó el poder en su tarea de servicio. Se trata de poder al fin y al cabo, pero en sus orígenes y objetivos se alejaría mucho de lo que se suele considerar. La *potestas* en este caso viene a ser la autoridad delegada de Dios para llevar a cabo ese servicio, que es servicio en la medida en que no se dirige hacia el cumplimiento de los intereses particulares del individuo (voluntad de poder) sino a la prosecución de la misión redentora de la Iglesia. Ello tiene consecuencias distintas tanto en los medios como en los resultados. Por ello, un autor de este ámbito como Emilio Sauras no deja de traducir los mencionados *munera* como “poderes”¹³⁵⁷, y es por ello también que en su estudio sobre el poder de la Iglesia y la función pastoral José A. Marques indique que “a esta luz es fácil concluir que en principio, al menos ninguna de esas funciones (*munera* sacramentales) puede calificarse de potestad”¹³⁵⁸. Pero, en aparente contradicción, dice en el mismo lugar:

En lo que atañe a los tres *munera* (*docendi, sanctificandi y regendi*), podemos decir que los tres *munera* no se ejercen con poder. La organización eclesial tiene que ordenar las diversas funciones públicas del Pueblo de Dios. Por eso, en relación a las funciones calificables como *munus sanctificandi*, se limita a regular su ejercicio en orden al bien común del Pueblo de Dios. En relación con el *munus docendi* y la función de magisterio, ordena su ejercicio –que no se da con poder, sino con autoridad– e impone como obligatorios los resultados de su ejercicio al decidir de las controversias doctrinales y el juicio de conformidad evangélica respecto de las actividades y de la espiritualidad de los fieles y de las instituciones, en cuanto tienen una dimensión social¹³⁵⁹.

¹³⁵⁷ SAURAS, 1975: p. 30.

¹³⁵⁸ MARQUES, 1975: 159.

¹³⁵⁹ *Ib.*

Aparentemente, Sauras y Marques se contradicen al emplear el primer de los términos “poder” y “potestad” frente al segundo. Sin embargo, da la sensación de que hablan de lo mismo, y la puntualización de Marques sobre que el *munus* “no se da con poder, sino con autoridad”, quizás explique la aparente contradicción entre autores que, en el fondo, adoptan una misma actitud y tienen una misma consideración ante la autoridad eclesial, su autoridad pastoral y la confesión. Podemos extraer de todo este debate, en conclusión, que hay una concepción del poder pastoral como una responsabilidad que se ejerce con autoridad y de manera efectiva, pero que en su fundamento y espíritu se rige por el espíritu de servicio, y no en la voluntad de dominio.

Siguiendo a Delumeau, pensamos de esta manera que la confesión católica se rigió y rige por el principio de la moral y la verdad como liberadoras del ser humano (como intención al menos), siguiendo la vieja máxima del “conócete a ti mismo”. Ello no excluye el hecho de que haya habido usos o una comprensión de la religión en Occidente de tipo opresor. De hecho, el propio Delumeau constata este hecho, y aunque tenga la noción sobre la confesión que hemos visto, sostiene a la vez que en Occidente ha existido una enorme culpabilización de la conciencia y ello ha generado abundantes actitudes de este tipo en la propia historia de la Iglesia¹³⁶⁰. Efectivamente, si la ética algo nos muestra (aunque siempre haya quien no esté de acuerdo) es que el respeto hacia la misma (una supuesta

¹³⁶⁰ Tal es así, que su obra *Le péché et la peur* (1983) trata de reconstruir la historia de la culpabilización en occidente, que iría paralela al hecho liberador de la fe y la ética cristiana. Creemos que distingue ambas tendencias de una manera magistra en las siguientes palabras: *une telle image de Dieu a effectivement existé... pendant des siècles. D'où la nécessité de distinguer entre crainte filiale et révérentielle de Dieu et peur de Dieu. Mon livre ne traitera que de cette dernière et ne remet pas en cause les sentences judéo-chrétiennes les plus authentiques: "Heureux celui qui craint le Seigneur" (Ps. 128); "La miséricorde de Dieu s'étend sur ceux qui le craignent" (Magnificat). En revanche, les pages qu'on va lire montreront la dérive qui s'est produite de la crainte de Dieu à la peur de Dieu* (DELUMEAU, 1983: 11).

limitación a la libertad) garantiza la libertad misma del ser humano y su plena realización personal y social. Esta idea se ha trasladado al Sacramento más directamente referido a la conducta moral, la Confesión, y así lo muestra Blanco en su estudio sobre el confesionario¹³⁶¹, citando las disposiciones sinodales y manejando la literatura penitencial (la misma que González Polvillo emplea para mantener la postura opuesta). Dice así el autor:

Reconocer que la acusación de los pecados hecha al sacerdote –y la consiguiente expiación que se deberá cumplir- es un acto salvífico, un acto que une al hombre a Dios y lo salva de su miseria y finitud, requiere fe: en Dios que salva en Cristo se sirve en su obra de salvación. La confesión de los pecados –y cualquier otra acción sacramental- resulta incomprensible al hombre si éste la mira sin fe sobrenatural. Sin esa luz, el hombre tratará de buscar explicaciones a su alcance, dando así origen a teorías que nada tienen que ver a lo que este sacramento es: es el caso, por ejemplo, de quienes hablan de la confesión sacramental como un elemento de control y poder social por parte de la Iglesia¹³⁶².

En el presente estudio no se trata de hacer una valoración de cuál postura sería más acertada, lo cual supera con mucho nuestros objetivos y nuestras capacidades, pero sí tratar de tener una comprensión de qué es la confesión y cómo se ha entendido el ejercicio del poder del confesor para poder comprender cómo los confesores reales concibieron el ejercicio de su propio cargo. Sobre Foucault, es preciso indicar que insertaba su interés en la Penitencia dentro del proceso de construcción de los sujetos en la

¹³⁶¹ Para este autor, “la evolución de la praxis penitencial a lo largo de la historia no ha consistido en añadir nuevos elementos a los ya conocidos, sino en comprender y apreciar con mayor exactitud y profundidad el valor y la función de cada uno de esos elementos” (BLANCO, 2000: 44).

¹³⁶² *Ib.*: 97.

cultura occidental¹³⁶³. Esto es esencial, y Foucault se preocupó de indicar cómo su interés estaba más en la construcción de los sujetos que en la cuestión del análisis del poder o de la sexualidad. Éstos eran campos de interés para él en cuanto se refieren a la construcción de los sujetos¹³⁶⁴. Por lo tanto, el tema de fondo sería la antropología. Podemos decir que tras la muerte de Dios proclamada por Nietzsche se sitúa la muerte del hombre proclamada por el mismo Foucault, esto es, la muerte de la idea de que hay una naturaleza humana. Conforme a su concepto de filosofía como “ontología del tiempo presente”¹³⁶⁵ más que búsqueda de la verdad o del sentido y razón de las cosas, Foucault parece plantear que más allá de su constitución fisiológica, no existe una naturaleza humana desligada de la cultura, de los discursos culturales¹³⁶⁶. De este modo, el sujeto cristiano sería el resultado de dos procesos complementarios del interrogatorio institucional (*institutional interrogation*) y el control de la renuncia individual y la confesión (*avowal*)¹³⁶⁷.

¹³⁶³ Para Foucault y quienes toman partido de su postura “la confesión creó un elaborado discurso del secreto [*secrecy*] que se extendió más allá de la confidencialidad del Confesionario para construir nuestra comprensión del sujeto humano y la subjetividad” (LOCHRIE, 1999: 14). Sobre esta cuestión, para el caso del cristianismo de la Reforma protestante, *vid.* GONZÁLEZ MONTERO 2007. Este trabajo es muy interesante por cuanto muestra una aplicación de los principios del poder pastoral de Foucault (y Max Weber) a la sociedad de la Reforma, que prescindió de la confesión sacramental tal como existe en la Iglesia católica. En el caso de la sociedad secularizada de hoy, y como la noción de poder pastoral se podría haber prolongado hasta hoy, *vid.* SERRANO, 1989.

¹³⁶⁴ Foucault “comprende la escritura a la manera de los «ejercicios espirituales» de los antiguos o como un proceso social subjetivo en construcción de sí mismo de sí mismo [...] y, a través de su escritura, va encontrando su lugar crítico en un mundo exterior que con sus estructuras de poder le desazona y no comprende. En su análisis, hay una creación y defensa exterior amenazante, como ocurría en los estoicos y los epicúreos” (SAUQUILLO, 2001: 13).

¹³⁶⁵ *Ib.*: 32.

¹³⁶⁶ “El pensamiento de Michel Foucault parte de la crisis del papel fundamentador de la filosofía. Un cambio de rumbo definitivo vendría dado por la crítica de Nietzsche a la filosofía cartesiana. La filosofía dejó de ser proyecto fundador del pensamiento y actividad reflexiva sobre la totalidad para afrontar una tarea parcial. Nietzsche y Foucault conciben la filosofía como un diagnóstico del subsuelo de nuestro presente” (SAUQUILLO, 2001: 17). Poco más adelante señala el autor: “tras la crítica kantiana, el sujeto enunciativo de la verdad queda fijado al espacio medidor de su finitud. La tarea de la filosofía no consiste en enunciar la esencia última de las cosas, en alumbrar el conocimiento, sino en indagar las condiciones de posibilidad en que se produjo el saber” (*Ib.*: 18).

¹³⁶⁷ LOCHRIE, 1999: 19.

Creo que este posicionamiento (que es el que claramente adquiere González Polvillo) es lo que explica que se analice la confesión como un instrumento de disciplinamiento y control. Estos autores pueden ser incluidos en la corriente conocida como “filosofías de la sospecha”¹³⁶⁸, que ven en los discursos segundas intenciones y condicionamientos de los que los propios emisores del discurso no serían conscientes. Frente a visión tan enrevesada (que lleva precisamente a las críticas a Foucault como un autor contradictorio consigo mismo¹³⁶⁹), el otro grupo de historiadores de la Penitencia al que aludíamos en la historiografía, muchos de los cuales se mueven en el campo eclesiástico o al menos se adhieren a la tradición cristiana, se posicionan consecuentemente a una visión antropológica distinta, que parte de la noción de una naturaleza moral y espiritual del ser humano. Acorde con ello, existe una ley natural y por tanto una ética a seguir que no nace del deseo arbitrario del poder. Se les puede criticar falta de imparcialidad y estar determinados por sus propias creencias, pero podemos señalar (aparte de que cualquier otro autor, desde posturas diversas, incurre en lo mismo) muestran una racionalidad crítica ante ello, una distinción entre fe y moral y cómo se han vivido en el devenir histórico de la sociedad. Por último, y lo que nos parece aquí lo más relevante, se insertan en una tradición en la que hay que situar a los propios confesores reales.

En efecto, hay que decir que los confesores reales, aun con la distancia de los siglos, debían tener una concepción similar ya que, pese al transcurso del tiempo, estamos hablando de la misma fe y de la filosofía que ella entraña. Por otro lado, los confesores reales de los Trastámara,

¹³⁶⁸ *Vid.* SAUQUILLO, 2001: 23 ss.

¹³⁶⁹ LOCHRIE 1999: 23.

como ya hemos dicho anteriormente, eran hombres de principios religiosos similares, miembros de las mismas familias religiosas, en una época de gran unidad cultural, con lo que esta homogeneidad de pensamiento, pese a diferencias puntuales, nos parece real¹³⁷⁰. Los confesores reales dieron muestras de ser fieles servidores regios y ciñieron su misión de pastores a los aspectos más estrictamente espirituales, aunque como es natural, éstos tuvieran implicaciones morales en los hechos de gobierno¹³⁷¹. Un texto que nos parece elocuente al respecto es la carta de Rodrigo Sánchez de Arévalo a Alfonso de Palenzuela, en la que da respuesta a una misiva previa del confesor, y refiere el contenido de la misma en el siguiente pasaje:

Por lo demás, devosísimo padre, añades en esta misma epístola que, debido a los méritos que aseguras poseo, deseas que llegue a lo más alto, afirmación que, creo firmemente, es fruto de lo mucho que me aprecias. La mayor parte de las veces el ánimo de nuestros amigos se equivoca por lo que respecta a sus seres queridos y desean que destaquen por sus virtudes quienes se unieron por un vínculo de amistad. Sin embargo, al expresar este deseo tuyo, añadiste al momento: “Deseo que vayas acercándote a la cúspide más alta sólo si debes suceder a Pedro, no a Constantino”. Con estas palabras me advertías con contundencia que debía cultivar la humildad de Pedro y huir de toda la ostentación de este mundo y del abuso del poder temporal¹³⁷².

¹³⁷⁰ El mismo Delumeau indica, en lo que se refiere a los manuales de confesores que *les frontières sont floues à l'époque. En réalité, tous ces ouvrages latins sortent d'un milieu homogène: celui des moines mendiants pour qui l'Europe est encore terre de mission* (DELUMEAU, 1983: 223).

¹³⁷¹ Por ejemplo, Hernando de Talavera escribió a la reina aconsejándole cómo ordenar los despachos de los negocios, y así el confesor escribía que “pues hablando con la humildad y reverencia debida a vuestra Real magestad me parece que para lo susodicho aprovecharía quatro cosas ...” (AGS: EST, leg. 1.2.1, nº 81, f. 1r). En este sentido, Prosperi señala que en la época de Lutero y de Trento no cabe el riesgo de valorar en exceso la importancia de la conciencia y de la confesión, sino que el riesgo viene más bien de lo contrario (PROSPERI, 1969: 213).

¹³⁷² RUIZ VILA, 2009: 479. Poco después, escribe: “Estando así las cosas, de buen grado ratifico tu consejo. Que me conceda Él, que es quien puede, ser abundante en gracia, hacer que me aleje de todo esto con un ímpetu tan grande como el empeño con el que deseas tú que se aleje de mí” (p. 481).

Estas palabras de Alfonso de Palenzuela que Sánchez de Arévalo cita hubieron de ser escritas en una misiva privada, por lo que hemos de creer, en principio, en la sinceridad de sus ideas. Vemos por tanto que Palenzuela, aun siendo un clérigo y prelado de intensa actividad política, distinguía el servicio político del espiritual, abmoninando de que un eclesiástico tuviese el deseo de ejercer el poder temporal. Por lo tanto, apreciamos el testimonio de un posible confesor (recordemos las dudas sobre Palenzuela, § 2.4.6) que discernía entre el ámbito temporal y el espiritual, y de ahí se deriva la noción de los *munera* que arriba hemos visto.

En cuanto a la visión de un control agobiante, la misma literatura penitencial insiste en la necesidad de aconsejar más que de castigar, como destaca Murray recurriendo a Antonio Díaz de Escobar (autor presente en las bibliotecas de los reyes y de sus confesores¹³⁷³): *prudens in instruendo, pius in puniendo*¹³⁷⁴. Creemos que ante la ejemplariedad de vida que por lo general los confesores reales manifestaron, así como ante la radical diferenciación entre su faceta de directores espirituales y agentes de gobierno (que nos obliga a analizar cada una de las esferas por separado, aunque estén a su vez en relación), nos lleva a plantear que no hubo un uso explícito e intencionado del confesionario real para manipular la conciencia regia, sino establecer las condiciones éticas y espirituales necesarias para el correcto ejercicio del poder real, ante el cual los confesores actuaron, en la

¹³⁷³ Gómez Redondo señala, en el caso de Isabel I, que la reina conocería dicha obra, y refiere sus contenidos al ámbito regio: “De este modo, se recomienda escoger un confesor que actúe como el «perfecto médico», que sea capaz de sanar las diversas enfermedades del alma, para una vez encontrado no apartarse de él; si alguien tuvo presente esta recomendación fue la propia reina” (GÓMEZ REDONDO, 2012b: 1.225)

¹³⁷⁴ MURRAY, 1998: 67. Igualmente, Alfonso de Palenzuela recoge en el homiliario de san Juan Crisóstomo la exhortación vigésimo novena que se titula “que la amonestación deve ser piadosa” (Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4: f. 18r).

esfera pública, con gran sumisión por lo general¹³⁷⁵. No obstante, esto no significa que no se ejerciera una influencia real, un poder. Prosperi parece apuntar este difícil equilibrio al concluir que *si è visto come la confessione avesse rivelato nei dibattiti tridentini la sua duplice natura: strumento di potere e di consolazione, canale di formazione e di informazione*¹³⁷⁶.

En definitiva, en el presente trabajo nos adherimos a una visión menos “suspica” (que, por otro lado, se suele quedar en valoraciones generales) y asumimos que los confesores reales concibieron su tarea tal como desde la misma Iglesia se postula. Si más allá de ello hay unas implicaciones de construcción del sujeto desde discursos del poder del que ni los propios agentes pueden ser conscientes, es otro debate en el que no vamos a entrar. No obstante, este posicionamiento no busca desacreditar una parte de la historiografía que ha desarrollado un trabajo de enorme provecho e interés. Al contrario, incorporaremos las valoraciones, conceptos y resultados de estudios como los de Prosperi, Foucault y otros, aunque defendamos que la hermenéutica de los textos debe hacerse desde una lectura sencilla de los mismos, que responde a la concepción cristiana que los generó¹³⁷⁷. En realidad, no dejamos de encontrarnos ante la difícil situación de trabajar sobre una época con conceptos que no le son propios

¹³⁷⁵ En este sentido Véronèse indicó algo similar en el caso del confesor de Felipe el Bueno de Borgoña, Laurent Pignon, que con sus escritos *son intenton n'est pas tant de guider le prince dans les aspects les plus concrets de sa politique, que de lui soumettre un travail de vulgarisation extrêmement ambitieux concernant les fondements ontologiques et cosmologiques de l'ordre social et politique dont il est le garant dans ses États* (VÉRONÈSE, 2010: 334)

¹³⁷⁶ PROSPERI, 1996: 468.

¹³⁷⁷ Un trabajo que trata sobre los conceptos de “mentira”, “falsificación”, “verdad”, “escritura”, “textos” asociados a los escritos medievales y su hermenéutica es MOSTERT, 2008. Se trata de un estado de la cuestión. Aunque no hayamos llegado a poder establecer una hermenéutica con este trabajo y otros remitimos aquí a los mismos como parte de la presente investigación y para su conocimiento como aportación al tema. Aquí, creemos que el posicionamiento más apropiado, como arriba se ha dicho, es el de una lectura sencilla de los textos aun teniendo en consideración estos trabajos, que nos permiten no incurrir en el error de no leer de manera crítica los documentos.

pero que pueden ayudar enormemente a su conocimiento, como ya indicara Nieto Soria¹³⁷⁸.

La consecuencia de este posicionamiento es que no podemos ver en el discurso moral y penitencial una estrategia de disciplinamiento, sino simplemente las bases morales sobre las que ejercer el poder real. Nos limitaremos así a describir ciertas ideas y valorarlas en el contexto histórico, viendo en qué medida se reflejaron en la realidad de la relación de los confesores con los reyes a los que atendían. Hemos de decir que hay estudios que adoptan una perspectiva distinta sobre un objeto parecido. Me gustaría destacar, para el caso de la Edad Moderna, la aportación de Iván Sánchez Llanes, a quien quiero además manifestar mi gratitud por toda la atención y los consejos que me ha dado, aunque quizá no encuentre el presente estudio apropiado en su enfoque e incluso en su fundamentación teórica y rigor.

3.2. LOS TEXTOS PARA RECONSTRUIR EL DISCURSO MORAL Y PENITENCIAL:

En el apartado anterior hemos formulado qué entendemos por poder pastoral y cómo nos puede permitir comprender la labor de los confesores reales como directores de la conciencia del rey. Por otro lado, hemos abordado el alcance de dicha labor como directores de conciencia,

¹³⁷⁸ En su estudio sobre los fundamentos ideológicos del poder real en Castilla escribía: “En este estudio de lo que fue la concepción del poder real en Castilla durante los siglos bajomedievales han estado continuamente presentes, en forma de datos, diversos elementos encuadrables en distintas regiones del intelecto humano. El análisis de tal encuadramiento se hace imprescindible, en cuanto que ello permite sopesar toda una serie de mecanismos conceptuales que constituyen el auténtico esqueleto de las imágenes aquí estudiadas. Si tales mecanismos de análisis fueron extraños a la conciencia de los hombres de la época, su consideración se nos impone a los que, muchos siglos después, tratamos de acercarnos a aquellas realidades, en cuanto que ofrece la posibilidad de hacer racionalmente comprensible una creación intelectual fragmentaria, lejana y que se nos presenta, cuando menos, como parcialmente ajena” (NIETO, 1988b: 35)

concluyendo que la hermenéutica de los textos se fundamenta en una comprensión cristiana del mundo y de la moral que los propios confesores tenían. No se trata de establecer si ello supone un elemento de control y dominio ulterior, sino de establecer que hubieron de creer en las ideas que sus textos contenían, y que transmitieron sin hacer segundas intenciones.

Pasamos ahora a tratar sobre las fuentes con las que contamos para reconstruir el discurso moral y penitencial. Como ya hicimos notar en la introducción historiográfica (§ 1.1), una importante aportación al estudio de la figura del confesor real fue la que hizo David Nogales en lo que se refiere a la atención prestada la “creación de una ética regia”, que es precisamente uno de los puntos principales del *discurso moral y penitencial*. En este sentido, nuestro trabajo se ofrece como una continuación de lo que esbozó Nogales en un estudio que no se centraba en esta figura. Hay que decir, no obstante, que la presente investigación va a ser más restrictiva en el empleo de las fuentes. En efecto, David Nogales recurrió al estudio de los espejos de príncipes y otros géneros literarios para desarrollar los contenidos de la ética y el pecado en el ámbito de la realeza, lo cual es de sumo provecho. En nuestro caso, para tratar de aproximarnos a los contenidos manejados por los confesores, hemos excluido todos aquellos textos que no guardan una relación directa con los mismos, o con los monarcas en cuanto personas preocupadas por su propia salud espiritual.

Si bien los documentos regios son más heterogéneos, y no podemos recurrir a ellos de manera sistemática dada su amplitud (por lo que los iremos citando oportunamente cuando desarrollemos los contenidos del discurso penitencial, § 4 y § 5), sí podemos abordar aquí los escritos que redactaron o manifestaron los confesores, así como la literatura penitencial castellana. Creemos que con ello hacemos una aportación a la

historiografía, ya que los documentos reales son mejor conocidos que los escritos de los confesores (algunos de ellos aún sin editar) así como los manuales de confesores, que todavía constituyen un campo de investigación en el que se ha comenzado a trabajar pero en el que queda mucho por hacer.

No obstante, no todo lo que escribieron los confesores o las obras que consultaron son de relevancia para nosotros. Para poder discernir qué fuentes son las oportunas, hemos establecido el criterio de la literatura penitencial: en la medida en que este género tiene como objetivo la realización de una buena confesión, las obras que los confesores consultaron o escribieron que guarden relación con este tipo de género son las que nos interesan primordialmente.

Las fuentes que nos han llegado, por otro lado, son heteogéneas y fragmentarias. Podemos dividir las obras escritas por los confesores y en las que consultaron, de lo que tenemos evidencia en los testamentos y otros indicios.

- *Los escritos elaborados por los confesores reales.*

En cuanto a las obras escritas por los confesores, vamos a apoyarnos en aquéllas que manifiesten una relación directa con su condición de tales. Son bastantes escritos (si no en número, si a veces en extensión) que vamos a exponer siguiendo el criterio cronológico (de Pedro I en adelante). El primero escrito a reseñar son las *Glosas castellanas al Regimiento de Príncipes de Egidio Romano* que hizo fray Juan García de Castrogeriz para el futuro Pedro I, franciscano al que ya hicimos mención (§ 2.1.1). El obispo Bernabé de Osma, encargado de la educación del joven, y (como señala Ana

Arranz) “de mutuo acuerdo con la reina doña María encargaría al confesor de ésta, fray Juan García de Castrogeriz, la traducción de la obra de Egidio Romano *De Regimine Principum*”¹³⁷⁹. Se daba así lugar a las célebres *Glosas al Regimiento de Príncipes de Egidio Romano*. La atribución a fray Juan García se encuentra en el Manuscrito 1800 de la Biblioteca Nacional¹³⁸⁰. Se trata de uno de los principales espejos de príncipes castellanos de la Baja Edad Media, y de toda Europa¹³⁸¹. Tiene además el valor de que fray Juan García de Castrogeriz no se limitó a traducir la obra (aun con interpolaciones), sino que además la glosó, lo cual, como es lógico, ha sido muy valorado¹³⁸². Según el editor, Juan Beneyto, en la figura de Egidio Romano:

Al lado del hombre político, sobrevive el teólogo en versión popular que le hace adoctrinador y le coloca en el camino de ser guía a los Grandes, dentro de la línea de los “Espejos” y los “Castigos” [...] De esa misma raíz arrancan las preocupaciones por que el rey consiga ser sabio. Buena parte del libro está enderezada a conseguir que el príncipe entre en el templo de la sabiduría. A ello se une la tesis esencial de la primacía de lo humano y de la vida civil del hombre.

¹³⁷⁹ ARRANZ, 1993: 18

¹³⁸⁰ “Este libro que es llamado e dicho del rregimiento delos príncipes e sennores que han de rregir fue trasladado de latín en lenguaje. Et copilolo, ffrey iohan garçia de Castro xerez, De la orden de los freyres menores Confesor dela rreyna de castilla, por el noble Infante don pedro, primero fijo heredero del noble sennor don alfonso rrey de castilla [...] A petiçion e Rruego del obispo de osma don bernabé” (BNE, Mss 1800, f. 1r)

¹³⁸¹ “En general se puede decir que el *De regimini* es el libro sobre materia política más divulgado en toda la Europa de la Baja Edad Media. Su influjo marca un largo período y se prolonga extensamente” (BENEYTO, 2005: XX). De unao opinión similar es Jeremiah Hackett que, con anterioridad al *Príncipe* de Maquiavelo, señala el *De Regimine Principum*, junto al *Secretum secretorum* de Roger Bacon, como los principales obras escritas en la Baja Edad Media para la educación de los príncipes (HACKETT, 2006: 108)

¹³⁸² “El hecho es que Castrojeriz no se limitó a realizar una mera traducción sino que fue más allá: comentó el texto añadiendo gran cantidad de autoridades, completó el pensamiento del Estagirita que en el tratado se expone, confrontó el pensamiento aristotélico con el de los Teólogos y lo corrigió ahí donde discrepaba con el de éstos. Todo ello, en suma, para lograr no sólo la asimilación del pensamiento aristotélico a uno cristiano, sino también su síntesis, un proceso que se venía dando en las Universidades francesas desde el siglo anterior, pero que sólo a mediados del siglo XIV, con esta obra de Castrojeriz, alcanzó en Castilla su concretización” (BIZZARRI, 2002: 130).

No es de extrañar así que en la obra de Egidio sorprenda al lector una alta aportación de doctrinas, libre de trabas anecdóticas y de citas de las autoridades (precisamente esto contrastó en ciertos ambientes, y las versiones romanecadas -buen ejemplo la atribuida a Fray Juan García de Castrogeriz- incluyen estos elementos, tan vivamente ligados al escolasticismo popular de la época)¹³⁸³.

El siguiente confesor, ya en época de Juan II, es fray Luis de Valladolid, el cual nos ha dejado pequeños escritos que ya mencionamos (§ 2.4.1, el discurso en Constanza, el *chronicon* y la descripción de la biblioteca del convento dominico de París). Frente a la parquedad de los escritos de fray Luis, destaca la bibliografía de fray Lope de Barrientos. En esto, el confesor y prelado vuelve a ser una de las grandes figuras de la Castilla del siglo XV, como corresponde por otro lado a un hombre que provenía del ámbito universitario y entró en la corte precisamente en condición de maestro del príncipe Enrique. Los escritos de Lope de Barrientos tienen para nuestro trabajo un enorme valor. Aparte de constituir “uno de los primeros intentos exitosos de plasmar en castellano el técnico lenguaje filosófico”¹³⁸⁴ son, en el caso de los tres tratados sobre el sueño, el azar y la adivinación, directa manifestación de las inquietudes morales del rey Juan II (como ya hemos visto a principios del presente apartado), lo que motivó su misma redacción. Además de estas obras, Barrientos escribió los textos sobre la polémica en torno a judíos y conversos que ya comentamos en su momento (§ 2.4.3) y que no emplearemos en adelante. Por otro lado, escribió una obra de aspiración enciclopédica conocida como la *Clavis Sapientiae* aunque esta obra no estaba destinada al rey sino que se pensó como una

¹³⁸³ BENEYTO, 2005: XXI.

¹³⁸⁴ MARTÍNEZ CASADO, 1997: 87

obra de consulta para los estudiantes¹³⁸⁵. Es su obra más extensa y ambiciosa según Martínez Casado¹³⁸⁶, y ha sido magníficamente estudiada por Antonia Rísquez Madrid¹³⁸⁷, pero al igual que los escritos sobre el problema judío, apenas nos ofrece una información directamente relevante sobre la dirección espiritual del rey.

Son por tanto los tres tratados sobre sueño, azar y adivinación los que tienen para nosotros una especial significación, en la medida en que fueron escritos para orientar al rey en materia doctrinal y moral, con lo que reflejan la dimensión de Lope de Barrientos como confesor y director de conciencia del rey. Martínez Casado sitúa la redacción de los tres tratados entre 1445 y 1454¹³⁸⁸, y gozan ya de buenas ediciones y un profundo estudio en cada caso, a los cuales nos remitimos¹³⁸⁹. Se trata de obras de una unidad interna, ya que versan, como ya hemos dicho varias veces, sobre los

¹³⁸⁵ *Incipit liber qui Clauis Sapientie intitulatur de terminorum seu uocabulorum significatione ac eorundem conuenientia et differentia et sufficientia, scilicet, dialectice artis ac etiam naturalis et moralis philosophie, necnon metaphysice ac theologicæ facultatis. Compilatus per inutilem seruum Christi Lupum de Barrientos Dei et apostolice sedis gratia Episcopum Conchensem, sacre theologie professorem Ordinis Predicatorum ad sui et multorum utilitatem* (BARRIENTOS, 2010: 265). Es significativo que Barrientos no se presente como confesor del rey, precisamente porque la obra no estaba destinada al ámbito áulico.

¹³⁸⁶ MARTÍNEZ CASADO, 1997: 88

¹³⁸⁷ Vid. RÍSQUEZ, 2010; BARRIENTOS, 2010

¹³⁸⁸ MARTÍNEZ CASADO, 1997: 90. "El prólogo al *De caso e fortuna*, aunque no lo dice expresamente, sugiere que el autor no se encuentra en la corte cuando escribe, pues da muchos datos que podrían resultar fuera de lugar, si el encargo y el envío del original se hubieran hecho cara a cara. Ninguno de los otros dos libros permite precisar más. También nos dicen los crónicas que el nacimiento de los hijos de su segundo matrimonio, Isabel y Alfonso, llevó a Juan II a consultar y a recibir informes de numerosos astrólogos. Es posible que en esos años, coincidiendo con el retiro de Lope a Cuenca y con el proliferar de los augurios, se decidiera el rey a pedir por escrito a Lope de Barrientos su explicación, a la vez que le daba muestras de un señalado aprecio. En 1454 no parece que pudiera ya Lope dedicarse a la tarea de escribir, pues tenía cargo del gobierno del reino e incluso asumió tareas de reformador de los relisigiosos" (MARTÍNEZ CASADO, 1994: 125).

¹³⁸⁹ CUENCA 1992, GARCÍA-MONGE 2001, GODINAS 2006

sueños¹³⁹⁰, la adivinación¹³⁹¹ y el azar¹³⁹². Su sentido unitario se aprecia en el hecho de que “existe una profunda cohesión en el contenido entre las tres obras, desarrollado en forma de una progresión en la que unos asuntos llevan y anticipan los otros, y en la que, en cada tratado, tanto se anuncia lo siguiente como se recapitula sobre lo anterior”¹³⁹³. Da la sensación que trata sobre todas las materias por las que Enrique de Villena se hizo famoso y sobre lo que precisamente Lope de Barrientos fue encargado por el rey de dilucidar en la famosa quema de la cual hicimos mención (§ 2.4.3).

De fray Alfonso de Palenzuela nos ha llegado la traducción que hizo para el rey Juan II de la homilías al Evangelio de san Mateo, por san Juan Crisóstomo, como señala Wadding, a petición del rey Juan II (*rogante Rege Joanne*)¹³⁹⁴. Sabemos que Alfonso de Palenzuela lo tradujo para el rey Juan II por el ejemplar manuscrito conservado en la Biblioteca Lázaro Galdiano, cuyo prólogo fue transcrito por Inés Ramos y que me ofreció para el presente trabajo, a la cual agradezco este gesto¹³⁹⁵. En nuestra opinión, parece bastante evidente que estas homilías se tradujeron al castellano desde la traducción latina que había hecho Jorge de Trebisonda. Este humanista, de hecho, pudo tener conexiones personales con el propio Palenzuela, ya que residía en la Corte Pontificia¹³⁹⁶ y consta la relación que tuvo con el discípulo de Palenzuela Rodrigo Sánchez de Arévalo, que fue su

¹³⁹⁰ BARRIENTOS, 2001, la obra comienza del siguiente modo: “*Tractado del dormir e despertar, e del soñar, e de las adevinanças e agüeros e profeçia*, copilado por mandamiento del christianísimo Rey don Juan el Segundo de Castilla e de León, por la su humill fechora inútil Obispo de Cuenca, su confesor e maestro del serenísimo príncipe don Enrique, su amado fijo” (p. 1). García-Monge (2001), en el estudio preliminar de la obra que ella misma editó, señala cómo “el estudio se desplaza hacia la preocupación religiosa” (p. 10).

¹³⁹¹ BARRIENTOS, 1992

¹³⁹² BARRIENTOS, 2006

¹³⁹³ GARCÍA-MONGE, 2001: 68.

¹³⁹⁴ WADDING, 1932e: 192

¹³⁹⁵ Se trata del manuscrito 770 de la Biblioteca Lázaro Galdiano.

¹³⁹⁶ El en el que el Papa concedía a Lope de Barrientos gracias para el hospital de Medina del Campo, fechado en el año 1451, figura el nombre del escribano, que es G[eorgius] *Trapezuntius* (ASV: Reg. Lat., nº 469, f. 262r).

alcaide, pues el Papa decretó su ingreso en prisión por su actitud proclive hacia el sultán otomano¹³⁹⁷. Esta obra figura entre las pertenencias de Isabel I.

San Juan Crisóstomo es un autor muy apropiado a la cuestión de la Penitencia. En una época, como hemos visto, donde la penitencia era tan restrictiva, se sabe que dijo “cada vez que pequéis, venid a mí, y os curaré”¹³⁹⁸. Nos parece que es fiel reflejo de la función de Alfonso de Palenzuela como predicador de la Corte. La obra presente evidentes interpolaciones de fray Alfonso como traductor¹³⁹⁹. Sobre el estilo de fray Alfonso, escribía su discípulo Sánchez e Arévalo lo siguiente:

Me he alegrado muchísimo después de leer pausadamente tu carta. En efecto, brilla por tan gran elegancia y belleza de su estilo así como por su verbo fácil, al tiempo que por la rotundidad de sus asertos, que no sólo interpretas maravillosamente el papel del mejor y más elocuente orador sino que también al tiempo haces las veces y el trabajo del más inteligente y perspicaz sabio, aspectos que cuando se conjugan a la vez, dan como resultado un discurso bien provisto, trabajado y rico. Pues, aunque el propio discurso sea claro, si se asienta en la fuerza contenida de sus términos, si, además, su sabiduría tiene un sólido fundamento, si ha sido meditado e igualmente es claro y lleno de erudición, ese discurso ha de ser alabado¹⁴⁰⁰

Este carácter sencillo del discurso es importante, pues revela que el objetivo último es ayudar al interlocutor a entender y asimilar el discurso

¹³⁹⁷ Sobre este personaje, *vid.* ORTALLI, 2004 (donde precisamente se examinan las ideas de Europa y Cristiandad de Trebisonda y Pío II, ideas que al sabio griego le conducirían a prisión).

¹³⁹⁸ VACANT, MANGENOT, AMANN 1911: col. 845.

¹³⁹⁹ Por ejemplo, nada más empezar en el manuscrito de la biblioteca Menéndez Pelayo (Santander) al tratar en la homilía xxvi sobre el pasaje del centurión, leemos: “Entrando nuestro Señor en cafarnao vino a el centurio, esto un granfe ombre...” (Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4: f. 2r) explicación del término que no hallamos en el original de Trebisonda.

¹⁴⁰⁰ RUIZ VILA, 2009: 469.

moral y penitencial y ponerlo en práctica. Esto mismo hay sido señalado, recientemente, para el caso de fray Hernando de Talavera¹⁴⁰¹. En efecto, el jerónimo, según Biersack, “entendía la predicación como la labor más importante del sacerdote, por lo que concedió a la retórica el puesto más elevado dentro del sistema de las *artes liberales*”¹⁴⁰². El estilo de estos confesores, que apreciamos en sus escritos, revelan su función como directores de conciencia preocupados primeramente por la correcta comprensión del mensaje espiritual y moral por parte de sus regios confesandos más que por el aire de erudición o la retórica.

Por último, hemos de mencionar los escritos de fray Hernando de Talavera que para el presente estudio hemos manejado. Al tratar de esto confesor, así como de los demás en época de los Reyes Católicos, dijimos que se trataba de una época en parte estudiada pero que merecía a su vez un estudio propio. Esto se puede aplicar al caso de la faceta literaria de fray Hernando. No obstante, este aspecto tiene un sólido estudio en la obra de Isabella Iannuzzi. En el presente trabajo, sobre la base de este libro y otras publicaciones, vamos a emplear algunos de los muchos escritos talaverianos para el conocimiento del discurso moral y penitencial. Nos hemos centrado en la relación epistolar con los Reyes Católicos, los tratados publicados por Miguel Mir (*Breve forma de confesar* y *De cómo se ha de ordenar el tiempo para que sea bien expendido*) y dos obras recién

¹⁴⁰¹ “Como eclesiástico, profesó un estilo religioso moderno, pre-erasmista lo han definido algunos historiadores, que otorgaba gran valor a la formación del clero y a la pastoral. Supo emplear la persuasión por medio de la palabra y del escrito con sencillez y claridad, poniendo así la doctrina cristiana al alcance de muchos, aunque algunos criticaron la llaneza de sus sermones, muy lejana de la retórica excesiva que usaban otros predicadores de su tiempo. Entendió que la imprenta era un medio nuevo y formidable para la comunicación de doctrina y lo empleó para perpetuar escritos que habían nacido al calor de situaciones concretas pero que tenían un valor duradero” (LADERO, 2013: 417)

¹⁴⁰² BIRSACK, 2011: 148

editadas por Carmen Parrilla (la *Colación muy provechosa* y el *Tratado de loores de San Juan Evangelista*¹⁴⁰³).

- *Las obras consultadas por los confesores: los libros de los testamentos y la literatura penitencial.*

Los escritos arriba descritos revelan diversas fuentes secundarias que los confesores emplearon para redactar los textos. Dichas fuentes son tan amplias y diversas que su lectura nos llevaría a plantear unos contenidos excesivamente generales. Sin embargo, hay un grupo de obras que se refieren directamente a la labor de los confesores y que éstos consultaron: la literatura penitencial. Ya hemos visto que fray Hernando de Talavera escribió una obrita de este tipo, y que presumiblemente consultó el *Confessionale* de Pedro Díaz de la Costana. Recordemos que por ésta y otras razones hemos incluido los manuales de confesores de la Baja Edad Media castellana en nuestro estudio, por cuanto nos parece que sus contenidos reflejan las ideas que los confesores de los reyes debieron manejar.

Pero, además de estos libros, han llegado hasta nosotros tres testamentos de confesores en los que figura su biblioteca personal. Se trata de los testamentos de Juan Rodríguez de Villalón, de Gonzalo de Illescas y de Hernando de Talavera. En las listas de los libros que estos hombres legaban, encontramos numerosas obras que pudieron servir para el desempeño de su labor como confesores de reyes, y, por tanto, para la elaboración del *discurso moral y penitencial*. El más llamativo, para nuestro

¹⁴⁰³ Vid. PARRILLA, 2014; TALAVERA, 2014, Estas obras, aunque no se refieren directamente a la confesión, fueron preparadas, como se expresa en el propio libro *ad usum reginae*, para el uso de la reina, de modo que tienen muchos contenidos sobre las implicaciones morales y espirituales del ejercicio del poder real, lo cual es muy relevante.

caso, es el de fray Gonzalo de Illescas, en el que se refleja una biblioteca que fue estudiada hace ya tiempo¹⁴⁰⁴. En efecto, se trata de una biblioteca muy centrada en las cuestiones de moral y derecho, muy apropiada para un confesor real. La biblioteca de fray Hernando presente un perfil mucho más variado, propio de un hombre menos eremítico que fray Gonzalo y más vinculado al humanismo de su tiempo, biblioteca estudiada por Isabella Iannuzzi¹⁴⁰⁵. Por último, en el caso de fray Juan de Villalón, la muestra es más exigua, aunque interesante.

Comenzando por el testamento más antiguo, el de fray Juan Rodríguez de Villalón, tan sólo figuran dos obras de tipo penitencial, aunque ambas de enorme importancia: “vn libro que yo tengo de Martín Pérez”¹⁴⁰⁶ y “vna summa remondina”¹⁴⁰⁷. Tenía por tanto el *Libro de las confesiones* de Martín Pérez y la *Summa de Paenitentia* de san Raimundo de Peñafort. Ambas obras las comentaremos más abajo, pues figuran también en el testamento de fray Gonzalo de Illescas.

Fray Gonzalo recibió facultad para testar en 1459¹⁴⁰⁸. El testamento de fray Lope de Barrientos es muy descriptivo en cuanto a las propiedades del prelado y todo lo referido a sus exequias, pero nada dice de su biblioteca personal, que hubo de ser considerable. Caso distinto es el del sucesor de éste en el puesto de confesor real, fray Gonzalo. Si bien no dejó escrito alguno en materia de moral y dirección espiritual, se conserva en el Archivo Capitular de Sevilla su testamento¹⁴⁰⁹, en el que se da una larga lista de libros que poseía en propiedad o prestados. Es, como hemos dicho, una

¹⁴⁰⁴ GARCÍA Y GARCÍA 2003a

¹⁴⁰⁵ IANNUZZI, 2009: 99-130

¹⁴⁰⁶ SUÁREZ GONZÁLEZ, 2013: 95

¹⁴⁰⁷ *Ib.*: 96

¹⁴⁰⁸ ASV: Reg. Vat., nº 471, f. 286

¹⁴⁰⁹ Fondo Gestoso, t. XIX, fols. 144-152

valiosa fuente de información para saber qué obras consultaba y nos da información sobre cuáles eran las fuentes literarias y doctrinales de las que bebía este confesor, con las que se formaría como director espiritual, para luego poner en práctica tal formación en el confesionario del rey. María Jesús Framiñán ya mencionó el hecho de que en este testamento figuraban manuales de confesores.

Varios son los investigadores que se han acercado a esta biblioteca. Destacamos el trabajo de Antonio García y García, que trató de identificar las obras que se mencionan en el testamento y que a veces se citan con un título vago¹⁴¹⁰. El patrimonio bibliográfico de Gonzalo de Illescas, en parte prestado, constaba de volúmenes (algunos de ellos contenían varias obras en sí, siendo de este modo misceláneos) y lo dividió en tres lotes según el destinatario a quien legaba los libros (en algunos casos, más que una donación, era una devolución de las obras prestadas).

Al monasterio de Santa María de Guadalupe dejó el primero de estos lotes. Algunos de estos libros, como señala el propio Gonzalo de Illescas *pertenescen al dicho monesterio de sancta María de Guadalupe*¹⁴¹¹. Los tendría en préstamo y hacía devolución de los mismos a la que había sido su casa y por la que había hecho tanto. Podemos agrupar los libros por su temática (la numeración de cada título corresponde a la que hizo Antonio García y García, siguiendo el orden de aparición en el testamento):

- Libros de Derecho: Encontramos un *Decreto* de Graciano (nº 1), las *Decretales* de Gregorio IX (nº 2), el *Liber Sextus* de Bonifacio VIII (nº 3), las *Decretales* de Clemente V (nº 4), la *Peregrina* de Bonifacio Pérez García (nº

¹⁴¹⁰ GARCÍA Y GARCÍA, 2003: 261-269. Posteriormente a este trabajo, se ha hecho mención al hecho de que esta biblioteca tuviera un surtido fondo de manuales de confesores (FRAMIÑÁN, 2005: 255, n. 30)

¹⁴¹¹ GARCÍA Y GARCÍA, 2003: 262

5) y el *Setenario* de Alfonso X (nº 12). En el testamento figuran unas *çiertas Conclusiones del doctor Pedro de Palude çerca de las confesiones* (título quinto del volumen número 10 de la lista). Por el título podríamos pensar en una obra de literatura penitencial. Podría ser en efecto una obra perdida de Pierre de la Palude, pero Antonio García y García sugiere que pudiera tratarse de la obra *Circa confessos fratribus de superiorum licentia generali sine curatorum*¹⁴¹².

- Obras de moral: Encontramos una. Una *summa abreviada De viciis et virtutibus* (nº 8). Es un título muy genérico que impide saber a qué obra concreta corresponde. No se puede incluir en la categoría de obras referidas al Sacramento de la Penitencia, aunque guarda cierta relación al ser de materia ética, para discernimiento moral. Para el caso de la biblioteca de fray Hernando de Talavera (donde figura una obra con este título tan genérico), Miguel Ángel Ladero plantea como probable la obra de Guillermo Peraldo¹⁴¹³, y quizá pudiera tratarse, concretamente, de esta obra.

- Indulgencias y privilegios pontificios: Encontramos dos. Unas *indulgencias otorgadas al prior e frayles e servidores, donados e familiares del monesterio de Guadalupe* (título 4 de un volumen misceláneo, número 10 de la lista) y un *librete pequenno en que esta la forma de las absoluciones e suma de algunas graçias otorgadas al monasterio de Guadalupe* (nº 11).

- Textos referidos a los casos de excomunión y modo de absolverlo: Hay un *Extracto de las Decretales* de Gregorio IX (primer título del volumen misceláneo que ocupa el número 9 de la lista), dos textos del Concilio legatino de Valladolid de 1321 referido a las excomuniones (título segundo del mencionado volumen número 9 y volumen número 13), tres títulos

¹⁴¹² Vid. HEDDE, AMANN, 1935: 2.036

¹⁴¹³ LADERO, 2013: 419

(insertos en el volumen número 10 de la lista, en noveno, décimo y undécimo dentro del mismo) del canonista Juan Alfonso de Benvente sobre los casos de excomunión y otro título (número 12 del mismo volumen 10), más en concreto, sobre los casos de excomunión que pueden absolver los obispos. Hay también otro tratado pontificio sobre los casos reservados a la Santa Sede.

- Manuales de confesión y tratados penitenciales: Se encuentran ocho títulos. Dos ejemplares de la *Summa confessorum* de Juan de Friburgo (números 6 y 7), el *Lumen Confessorum* de André Dias de Escobar (tercer título del volumen misceláneo número 9 de la lista), una *suma romana para instruction e informação de los confesores* (primer título del volumen misceláneo número 10 de la lista), *otro tractado breve De ornatu mulierum et quando et qualiter potest in ipso iudicari de mortali* (título 3 del mismo volumen número 10). un tratado *de las restituciones* de Antonio de Butrio, que Antonio García y García no acierta a identificar entre las obras de este autor (por lo que sería una obra perdida), y una *Determinação sobre las alcavalas quando sea pecado non las pagar, el qual fizo el maestrescuela de Salamanca, Anton Ruys*, primera y única referencia a una obra de Antón Ruiz de Segovia; otro tratado de la penitencia de Juan Alfonso de Benavente. y un *tractado breve çerca de la restitución e satisfacción de las cosas çiertas e inçiertas e a quien e commo se deven restituyr*.

Especifica que algunos de ellos los tomó estando como monje en Guadalupe, y otros siendo ya obispo de Córdoba¹⁴¹⁴, esto es, después de haber sido confesor real. Aunque sólo es una suposición, es muy probable que los manuales de confesores fuesen los libros que, cómo el dice, *en el tiempo que eramos profeso de la dicha casa [de Guadalupe], nos ovimos e*

¹⁴¹⁴ GARCÍA Y GARCÍA, 2003: 262

*adquirimos algunos dellos*¹⁴¹⁵, ya que pudo haberlos tomado en el tiempo de ser confesor del rey para desempeñar tal misión, así como las obras referidas a excomuniones e interdictos, si bien éstas, junto a las obras de tipo jurídico, pudieron ser tomadas en el periodo de obispo de Córdoba, al ser más necesarias en aquel tiempo, máxime con los litigios que hubo de mantener en la diócesis.

A continuación Gonzalo de Illescas enumeraba las obras que destinaba al convento jerónimo de Valparaíso, cerca de Córdoba. Ya hemos visto cómo, siendo obispo de esta diócesis, consiguió del papa privilegios para este monasterio. Su afecto hacia el mismo le llevaría a dejar libros que, a diferencia del primer grupo, serían de su plena propiedad. Todos los libros que allí se mandaron son de contenido jurídico, veintiséis en total, destacando especialmente los comentaristas de grandes códigos jurídicos. No vamos a enumerarlos, en este caso dada su extensión. A estos títulos se añade (número 40 de la lista) una *Exposición de la regla de sant Agostin*. Tiene bastante sentido que se enviase este libro al convento de Valparaíso, que, como señala un documento pontificio (por el que Gonzalo de Illescas consiguió beneficios precisamente para este monasterio), se regía *sub regula sancti Augustini*¹⁴¹⁶. No hay obra de tipo penitencial en este lote de veintisiete obras.

Por último, el tercer grupo de libros del testamento de Gonzalo de Illescas se legó al monasterio de Santa María de Dueñas. La lista es la siguiente:

¹⁴¹⁵ *Ib.*

¹⁴¹⁶ ASV, Reg. Lat. 544, fol. 92v

- Derecho canónico: encontramos tres obras (número 41, 44 y 46.3 del testamento: un comentario a las decretales, una tabla del *Decreto*, y las constituciones del Concilio legatino de Valladolid de 1228).

- Libros de espiritualidad monástica: En el volumen misceláneo número 46, en segundo lugar, se encuentra *otro Tractado Petri de Luna De horis reçitandis*, que se repite en el volumen misceláneo número 47, en el tercer título del mismo.

- Obras de moral: y un tratado *De decem preceptis* (que para Antonio García y García puede tratarse de las *Collationes de decem preceptis* de San Buenaventura). Ambas obras, como vemos, no dejan de estar muy relacionadas con la literatura penitencial, ya que servirían para discernir la gravedad moral de los actos.

- Manuales de confesión: Gonzalo de Illescas poseía el primer y segundo libro del *Libro de las Confesiones* de Martín Pérez (números 42 y 43 de la lista), así como el *Sacramental* de Clemente Sánchez, arcediano de Valderas (número 45). Por último (primer título del volumen misceláneo 46) también poseía el famoso *Manipulus curatorum* de Guido de Monteroquerio. Hay una *De peccatis mortalibus et venialibus*.

De esta manera, la agrupación de las obras por su temática queda del siguiente modo (página siguiente):

	Monasterio de Guadalupe	Monasterio de Valparaíso	Convento de Santa María de Dueñas	Total
Obras jurídicas	7	26	3	36
Manuales de confesor y obras afines	8	0	5	13
Sobre excomunión	8	0	0	8
Sobre vida monástica (indulgencias, reglas, espiritualidad)	2	1	2	5
Moral	1	0	1	2

Como vemos, no es una biblioteca nada despreciable en la que se hallan 64 títulos contenidos en 47 volúmenes. Se trata de la biblioteca de un prelado de gran inquietud sobre las materias jurídica y moral. No obstante, está lejos de la categoría intelectual de otros prelados de su época. Por ejemplo, si vemos todas las obras que cita o están detrás de los textos de Lope de Barrientos, la biblioteca de Gonzalo de Illescas presenta una variedad temática bastante pobre. Es natural que así sea, pues frente al profesor universitario que era Lope de Barrientos (así como tutor del príncipe), Gonzalo de Illescas no sería más que un monje eremita. Como hemos dicho, la biblioteca de fray Hernando es bastante más variada, y muestra una cultura mucho más amplia del confesor de Isabel I.

Pero hay algo muy significativo para nuestro estudio en lo que se refiere a la biblioteca de Gonzalo de Illescas: parece que estamos ante una biblioteca especializada para un confesor y pastor de almas. En efecto,

después de las obras de tipo jurídico¹⁴¹⁷, el siguiente grupo en proporción es precisamente el referido a la literatura de confesión. Por otro lado, el grupo referido a la materia de excomunión, así como el de moral, están muy relacionados también con el ministerio de penitenciario. Por lo tanto, es evidente que Gonzalo de Illescas, en cuanto confesor real, era un hombre preparado *ad hoc*. Quizá los manuales que tomó del convento de Guadalupe, así como los que legó al convento de Santa María de Dueñas y que eran de su propiedad, los adquiriera en la época en que atendió espiritualmente a Juan II, entre 1450 y 1454.

Además del valor cuantitativo de los manuales de confesor, los títulos que poseía Gonzalo de Illescas son de enorme importancia en la historia de este género literario. Por comenzar con alguna de las obras, vemos de esta manera que contaba con el *Manipulus curatorum* de Guido de Monterroquero, sacerdote secular de una parroquia de Teruel que hizo esta obra para ayudar a sus hermanos sacerdotes en el cuidado pastoral¹⁴¹⁸. Sería una obra pobre en lo que se refiere a especulación teológica dado su clara intencionalidad práctica¹⁴¹⁹, en la que prima el carácter teológico sobre el canónico, a caballo entre las sumas y los manuales de confesión¹⁴²⁰. La obra de Monte Roquerio conoció una gran expansión, llegando a Francia o Inglaterra. Ello se explica por el talento del autor y por estar escrita en latín.

Otra obra, de enorme importancia para nosotros, es *El libro de las confesiones* de Martín Pérez. A diferencia de la anterior, no conoció dicha

¹⁴¹⁷ Hay que decir que incluso en este campo, la cuestión del discernimiento moral es un tema prioritario, ya que muchas de las decretales pontificias no son sino pronunciamientos sobre cuestiones de moral que pueden plantear algún problema, y que tuvieron no poca importancia en la literatura penitencial. Ver MICHAUD-QUANTIN, 1926: 52.

¹⁴¹⁸ LEA, 1896: I, 309

¹⁴¹⁹ MICHAUD-QUANTIN, 1926: 11.

¹⁴²⁰ Vid. SOTO RÁBANOS, 2006: 419-420.

popularidad fuera de la península, entre otras razones por el hecho de estar escrita en castellano, pero dentro del ámbito de Castilla fue uno de los manuales de confesores más célebres de la Baja Edad Media, y al igual que el *Manipulus curatorum* tenía una clara intencionalidad didáctica, para servir de herramienta a los sacerdotes en su función de confesores. De cara a su empleo como fuente histórica, tiene una importante cualidad, y es que “no se trata de una simple metodología de la penitencia, sino que el autor [...] pasa revista a todas las situaciones sociales existentes en su época”¹⁴²¹, en la que se incluye a los reyes y príncipes. Es significativo que tanto Gonzalo de Illescas como Juan Rodríguez de Villalón poseyeran esta obra, tan prolija en informaciones, también en lo que se refiere al modo de confesar a reyes y poderosos.

De su autor, Martín Pérez, apenas sabemos nada, más allá de que tenía formación cultural, sin poder aseverar con ello que contase con estudios superiores, aunque se le relaciona con el entorno de la Universidad de Salamanca, dada la buena acogida que allí tuvo su obra¹⁴²². La cronología del *Libro de las confesiones* puede datarse entre 1312 y 1317, en base a las propias referencia internas que han estudiado Antonio García y García, Bernardo Alonso y Francisco Castelar¹⁴²³, que muestran los códices existentes así como las referencias a la presencia de esta obra en distintas bibliotecas bajomedievales, entre ellas la de fray Gonzalo¹⁴²⁴. También hacen mención a los manuscritos existentes en Portugal. Precisamente en

¹⁴²¹ HERNANDO, 1980: 1. Así lo refiere igualmente Soto Rábanos (2006: 418), que menciona el caso concreto de los pecados de los “estados señalados”.

¹⁴²² GARCÍA Y GARCÍA, ALONSO, CASTELAR, 2002: IX

¹⁴²³ *Ib.*: XIII

¹⁴²⁴ *Ib.*: XVI-XVII

este ámbito existe una conexión entre el *Libro de las confesiones* y el entorno regio¹⁴²⁵.

Por último, hay que indicar que esta obra conoció una abreviación que se ha dado en llamar *Confesionario*, hecha anónimamente con la clara intención de hacer una edición más manejable que el extenso original¹⁴²⁶, y que ha sido editada recientemente por Hélène Thieulin-Pardo. Dicha obra se generó probablemente en el entorno de los franciscanos observantes en época de la reina Isabel I, por lo que en cuanto a su enfoque y espiritualidad está próxima al poder real de aquel momento.

Anterior en el tiempo, vemos que Gonzalo de Illescas contaba con dos obras clave de la literatura penitencial medieval: la *summa de Paenitentia* de Raimundo de Peñafort (que también poseía Juan R. de Villalón) y, como obra que surgió inspirándose en esta y ampliando sus contenidos y metodología, la *Summa confessorum* de Juan de Friburgo. La primera de ellas es una “ayuda pastoral para los confesores”¹⁴²⁷, escrita por el célebre san Raimundo de Peñafort, figura de gran interés para nuestro caso por el hecho de que también actuó como confesor de Jaime I de Aragón, así como penitenciario pontificio. Ministro de la Orden de Predicadores, desde un temprano momento en el ejercicio de tal ministerio manifestó el deseo de ofrecer a sus hermanos una obra que les ayudase para ejercer apropiadamente el ministerio penitencial, y así publicó la *summa de Paenitentia* entre 1220 y 1221 que completó con la *suma de Matrimonio* después de 1234¹⁴²⁸. Esta obra, en cierto modo, fue fuente de inspiración de otras posteriores (en la que podríamos incluir el *Libro de las*

¹⁴²⁵ Vid. *Ib.*: XVII-XX

¹⁴²⁶ *Ib.*: XX

¹⁴²⁷ RIBES MONTANÉ, 1979: 66

¹⁴²⁸ MICHAUD-QUANTIN, 1926: 34

confesiones, en el que se cita numerosas veces). Según Michaud-Quantin, san Raimundo de Peñafort “fundó el género literario de las *Summae confessorum* propiamente dichas, tratados de moral reglamentada que permite al sacerdote tener un juicio exacto sobre los actos de aquél a quien recibe, facilitándole la confesión en el confesionario, y en consecuencia conminándole a la satisfacción conveniente, así como prescribir los remedios que lo evitaran en el futuro”¹⁴²⁹.

El dominico Juan de Friburgo (posible discípulo de santo Tomás) comenzó por glosar e indexar la obra de san Raimundo “de la que quería facilitar y multiplicar el uso”¹⁴³⁰, comenzando a escribir su propio manual hacia 1290¹⁴³¹. También Delumeau indica cómo la obra de san Raimundo *bientôt enriché de glosses par un autre Dominicain, connut un succès considérable*¹⁴³². Además de figurar en el testamento de fray Gonzalo de Illescas, es posible que en su *Chronicon*, fray Luis de Valladolid, al describir la composición de la biblioteca del convento dominico de París, mencione esta obra bajo la denominación de “Juan *el Teutónico*”¹⁴³³, con lo cual es muy posible que fray Luis consultase esta obra y pudiese aplicar sus principios en su labor como confesor de Juan II.

Otra obra mencionada en el testamento de Gonzalo de Illescas, y que ya se mencionó en relación con el ámbito de la corte de Isabel I, es el *Lumen confessorum* del portugués Andrés Díaz de Escobar, el cual escribió dos tratados, el *Lumen confessorum* y el *Modus Confitendi*, pensada para que

¹⁴²⁹ *Ib.*: 40.

¹⁴³⁰ *Ib.*: 44. De hecho, la edición que hemos manejado de la *Summa de Paenitentia* de san Raimundo es la de 1715, publicada en Aviñón con las glosas e índices elaborados por Juan de Friburgo, que nos ha facilitado enormemente el manejo de la obra.

¹⁴³¹ *Vid. Ib.*: 49-50

¹⁴³² DELUMEAU, 1983: 222.

¹⁴³³ *Frater Iohannes Theutonicus fecit summam confessorum valde notabilem et utilem ecclesie* (VALLADOLID, 1932: 805).

los propios laicos prepararan una buena confesión¹⁴³⁴. La obra que figura en el testamento de fray Gonzalo es la preparada para los sacerdotes, la *Lumen Confessorum*. No resulta fácil dar con ella, ya que recibe igualmente el título *Modus confitendi* y es fácil confundirla con la otra obra. Ciertamente, el *Modus confitendi* es un magnífico ejemplo de examen de conciencia general en el que no hay atención a “las obligaciones profesionales particulares”¹⁴³⁵. El *Lumen* ofrece al confesor una enseñanza más apropiada para el ejercicio de sus funciones¹⁴³⁶. Ambos manuales se caracterizan por su brevedad y sentido práctico, ya que “André Dias quiere elaborar una forma de confesión, breve y práctica, que sirva de guía al confesor”¹⁴³⁷. Este autor sería, en la Edad Moderna, uno de los más editados¹⁴³⁸.

Por otro lado, a las obras mencionadas cabe señalar otros tres manuales importantes en relación a fray Hernando de Talavera. Isabella Iannuzzi indicó cómo “Talavera fue un atento lector de Antonino de Florencia, de Angelo da Chivasso, de frailes de las órdenes mendicantes que con sus manuales para confesores describían y detectaban los mecanismos para llegar al control de la conciencia”¹⁴³⁹, autores a los que se podría añadir Bartolomé Ánglico¹⁴⁴⁰.

Comenzando por la *Summa Theologica* de san Antonino de Florencia, hay que decir que la figura de este obispo florentino, así como todo su

¹⁴³⁴ Hay una edición crítica de gran calidad: ESCOBAR, 2004.

¹⁴³⁵ MICHAUD-QUANTIN, 1926: 71.

¹⁴³⁶ “Exposición de la jurisdicción penitencial y relación con la doctrina sacramental, resumen del examen de conciencia del *Modus*, directrices sobre la conminación de la satisfacción y rechazo eventual de la absolución así como la necesidad de preguntar al penitente” (*Ib.*: 71-72).

¹⁴³⁷ SOTO RÁBANOS, 2006: 424.

¹⁴³⁸ GONZÁLEZ POLVILLO, 2009: 71

¹⁴³⁹ IANNUZZI, 2009b: 77

¹⁴⁴⁰ Aparte de las mismas, señala el *De proprietatibus rerum* de Bartolomé Ánglico, aunque indica que “mayor atención merecen, sin embargo, dos obras escritas por los dos autores más leídos de la mitad del siglo XV: el fraile menor Angelo da Chivasso [...] y el dominico Antonino Pierozzi, más conocido como san Antonino” (IANNUZZI, 2009a: 121).

pensamiento, sobrepasan con mucho los límites del presente trabajo, pero tiene el gran valor, según parece, de que san Antonino escribe siempre como un pastor y moralista¹⁴⁴¹. Por ello, su presencia en la biblioteca de fray Hernando de Talavera es de gran relevancia, además de ser un autor conocido en Castilla, ya que su obra se tradujo e imprimió en época temprana¹⁴⁴². En relación con la confesión y la casuística moral necesaria para hacerla apropiadamente, tenemos su obra conocida como *Confessionale "Defecerunt"*, y asimismo la *Summa Theologica*, que en italiano recibió el elocuente título *Specchio di coscienza*¹⁴⁴³. El *Confessionale* es según Michaud-Quantin el tratado más importante de los escritos por san Antonino en lo que la historia de la literatura penitencial se refiere¹⁴⁴⁴ y, como bien indica, san Antonino se preocupa por considerar los pecados según el *status* y condición del penitente. Así, encontramos un apartado dedicado a los príncipes y señores, que constituye para el presente estudio una de las principales fuentes para reconstruir la imagen penitencial del rey.

El gusto de fray Hernando de Talavera por los tratados morales más novedosos no se muestra sólo en el caso de san Antonino, sino también en la *Summa Angelica* del beato Angelo da Chivasso. Siguiendo el ejemplo de otros manuales, la obra sigue una exposición alfabética y es reseñable la

¹⁴⁴¹ "La obra penitencial de san Antonino, particularmente su *Confessionale*, parece el más acabado de los manuales de confesión dejados por la Edad Media: libre de toda erudición puer, se apoya sin embargo sobre una doctrina profunda y segura de sí misma que ha permitido al autor definir con exactitud las indicaciones de las que tendría necesidad el confesor [...] El cuestionario es remarcable por el conocimiento que muestra de la psicología del penitente y de las condiciones en las que se insertan su vida y su actividad" (MICAUD-QUANTIN, 1962: 74). Este autor plantea que san Antonino, en caso de no haberse dedicado al ministerio pastoral sino a la vida académica, habría podido pasar perfectamente por uno de los padres de la teología moral.

¹⁴⁴² Vid. GONZÁLEZ POLVILLO, 2009: 51.

¹⁴⁴³ MICAUD-QUANTIN, 1962: 73.

¹⁴⁴⁴ *Ib.*: 74.

mención de que el punto de vista de los juristas no siempre ha de concordar con la *veritas conscientialis*¹⁴⁴⁵.

Por último, hay otras dos obras relacionadas con fray Hernando que podemos emplear aunque no se mencionen en su biblioteca. En primer lugar, ya hemos mencionado anteriormente el *Confessionale* de Pedro Díaz de la Costana y cómo pudo ser consultado por Talavera, máxime cuando ambos autores debieron conocerse. En segundo lugar, hay otro célebre manual en Castilla que es la *Suma de confesión* de Alfonso Fernández de Madrigal *el Tostado*. Biersack lo considera como una de las fuentes del pensamiento de fray Hernando de Talavera¹⁴⁴⁶, y por otro lado la vinculación al confesionario regio se refuerza con el hecho de que entre los libros de Isabel I figura una *Suma de Confesión* que Framiñán identifica con la de Madrigal¹⁴⁴⁷, con lo que resulta para nuestro estudio otra obra de interés.

3.3. CONCLUSIÓN Y DIVISIÓN DE LAS PARTES DEL DISCURSO:

En conclusión, creemos que la relación privada rey-confesor, en cuanto se refiere al fuero externo de la conciencia y a los principios ideológicos sobre la que se sustentaba, es susceptible de ser conocida, y ello se puede hacer a través de las fuentes indirectas que arriba hemos señalado, y que a nuestro parecer reflejan aquello que los confesores, muy probablemente, manifestaron a los reyes, siendo como eran hombres de sinceras convicciones y coherencia de vida, en una actitud de sincera

¹⁴⁴⁵ *Ib.*: 100. Este autor muestra la proximidad al pensamiento de san Antonino y el rechazo a una casuística excesiva y judicializada.

¹⁴⁴⁶ BIRSACK, 2011: 173

¹⁴⁴⁷ FRAMIÑÁN, 2005: 261, n. 42.

preocupación espiritual y lejos de un deseo de coacción y dominio ejercido a través de la concepción del sacramento de la Penitencia como una refinada maquinaria de poder.

Todo este universo ideológico, religioso y moral se puede hacer inteligible a través de la noción de *discurso moral y penitencial*, que refleja el ideario ético y moral de la monarquía cristiana que los confesores tratarían de inculcar a los reyes y que éstos, de un modo o de otro, asumirían. A su vez, dicho discurso debe reflejar lo que los reyes esperaban de sus confesores, ideal que habremos de contrastar con la realidad de la prosopografía para ver en qué medida se adecuaron a dichas expectativas.

Como hemos dicho, Michel Foucault ha sido uno de los autores más destacados en los debates sobre la incidencia de la ética cristiana y en concreto de la Penitencia en la cultura occidental. Aunque ya hemos dejado claro que no compartimos el fondo filosófico de dicho autor, valoramos su aportación y su gran capacidad de observación y análisis. En este sentido, nos parece que su idea de “poder patoral” puede incorporarse a este estudio al menos en lo que se refiere a la atención de los diversos aspectos que tendría dicho poder. Ello nos sirve para estructurar los contenidos del *discurso moral y penitencial* siguiendo los cinco puntos que Foucault proponía¹⁴⁴⁸:

- 1) “Es una forma de poder que tiene como último objetivo la salvación individual en el otro mundo”. Así, la salvación se plantea como el destino último del cristiano en esta vida, y ello condiciona todo lo demás. Dado que la salvación depende de la conducta, así como de la purificación espiritual obtenida mediante los sacramentos

¹⁴⁴⁸ FOUCAULT, 1982: 783

(en especial, los llamados de sanación, como son la confesión y la unción de los enfermos), la figura del confesor real, presumiblemente, hubo de jugar un papel esencial en la salvación del alma del rey, a lo que dedicaremos el próximo apartado (§ 4).

2) “El poder pastoral no es meramente una forma de poder que guía, sino que debe ser preparado para sacrificarse a sí mismo por la vida y la salvación de la carne. Es más, este poder es diferente al poder real que demanda un sacrificio de sus sujetos para salvar el trono”. Antes hemos aludido a las dos perspectivas desde la que analizar las ideas ético-políticas en la Castilla bajomedieval, señalando que el enfoque de estudio más habitual ha sido el de la propaganda política, pero correlativo al mismo estaría la postura adoptada por los confesores hacia los reyes, tratando de inculcar en ellos, como convicción íntima, dichas ideas. Nos parece que en este punto del poder pastoral Foucault señala exactamente lo mismo. Frente a la formulación de ideas políticas para legitimar el poder y demandar así el “sacrificio de los sujetos” al “poder real”, el poder pastoral implica el “autosacrificio”, la necesidad de negarse a uno mismo en sus inclinaciones para adecuar su conducta a las exigencias morales de la fe cristiana, lo cual está ya señalado en el mismo Evangelio. Precisamente, garantizar esto en el caso del rey sería tarea de su confesor. Los confesores, así, contribuirían a la creación de una imagen del poder regio desde una perspectiva moral y penitencial. De este modo, aunque no podamos saber qué trataron en concreto rey y confesor, podemos llegar a saber cuáles eran los presupuestos éticos y morales sobre los que los confesores darían sus consejos a

los monarcas. Esta creación de una imagen penitencial del rey será analizada en § 5.1.

3) “Es una forma de poder que no atiende solamente a la comunidad en su globalidad, sino a cada individuo en particular durante su vida entera”. Por tanto, la presencia del confesor cerca del rey habría de ser un elemento esencial. Si bien hubo confesores que ostentaron el título de manera honorífica, éste era un cargo en el que el desempeño real de la función era condición necesaria. Aquí entramos en el campo no ya de lo que el confesor transmitiría al rey, sino de las expectativas de éste mismo respecto al penitenciaro del que tenía necesidad, lo cual analizaremos en § 5.2.1

4) “Finalmente esta forma de poder no puede ser ejercida sin el conocimiento de las mentes humanas, sin explorar sus almas, sin hacerles revelar sus más íntimos secretos. Esto implica un conocimiento de la conciencia y la habilidad para dirigirla”. Este último punto se refiere a las cualidades que el pastor requiere para ejercer el poder pastoral, que pasa por el conocimiento de las almas y de la moral para conducir por la vía correcta a los reyes. Por ello, éstos se preocuparon siempre de elegir clérigos dignos y capacitados para el desempeño de la función de confesor, de la que se derivaría, además, el ejercicio de otros cargos en los que podemos apreciar una relación con el primigenio de confesor. Como veremos, en las Partidas de Alfonso X se especifican las cualidades que los confesores reales debían reunir. El objetivo, por tanto, es ver cuál era el ideal de confesor real y contrastar este mismo con la realidad que la

prosopografía nos revela, para ver en qué medida los confesores reales cumplieron con lo que los reyes esperaban de ellos. Ello será el objeto de § 5.2.2 y § 5.2.3

CUARTA PARTE:

LA DIMENSIÓN TRASCENDENTE DE LA ACTIVIDAD DEL CONFESOR: LA SALVACIÓN ETERNA DEL REY.

El primer punto de definición del poder pastoral establece el objetivo del mismo y su razón de ser: la salvación eterna¹⁴⁴⁹. El planteamiento de Foucault es acorde, en última instancia, a la visión cristiana de la existencia, por la cual el objetivo último de la vida es la salvación, y ello hace que la ética cristiana se mueva por este objetivo último, desde el momento en que la felicidad plena del ser humano se alcanza en la bienaventuranza eterna. Por ello, la ética cristiana se orienta a este destino último, que constituye de este modo “el objetivo último de la existencia”¹⁴⁵⁰.

Es por ello que Étienne Gilson señaló que el cristianismo generó “filosofías de la libertad”¹⁴⁵¹, ya que la felicidad cristiana se entiende como salvación, esto es, como aceptar el amor de Dios que se le ofrece al hombre. Dado que el amor requiere de libertad para darse, la conducta humana resulta decisiva en la elección del propio destino: o bien la salvación, o bien la condenación, que Bartolomé de Talayero definía en su *Tratado de la Confesión* (escrito bajo el auspicio del Justicia de Aragón) como “ser privados de la visión y presencia de Dios”¹⁴⁵². Por ello, en la fe cristiana, la

¹⁴⁴⁹ “Es una forma de poder que tiene como último objetivo la salvación individual en el otro mundo” (FOUCAULT, 1982: 783)

¹⁴⁵⁰ FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, 2013: 54

¹⁴⁵¹ GILSON, 1976: 12. Así, Alfonso Fernández de Madrigal comenzaba su *Confesional* de la siguiente manera: “Crió Dios el hombre a su semejança e di le entendimiento para lo entender e voluntad para lo amar, e assí mesmo para que con el entendimiento supuesse lo bueno e lo malo conocer, e para que con la voluntad pudiesse qualquier destas cosas amar e escoger” (BNE: Inc/391, p. 2v).

¹⁴⁵² *Tratado de la Confesión*, de Bartolomé Talayero (s. XV): BNE: Mss 10571, f. 21v. Sobre este tratado, vid. SOTO RÁBANOS, 2006: 430-431. Biersack, para el caso de fray Hernando de Talavera, señala que “hay una congruencia importante en el pensamiento religioso de Talavera y de los Alumbrados toledanos: ambos partieron, como punto clave de su fe, del amor de Dios. El verdadero bien del hombre consiste en amar a Dios y ser encendido -por Cristo- continuamente en su amor” (BIERSACK, 2010: 141). Dicha contemplación de Dios sólo puede darse, en plenitud, tras la muerte.

felicidad última y definitiva es la salvación espiritual, antes que la corporal¹⁴⁵³.

De tal modo, el cristiano puede moverse en su conducta moral por motivos diversos al igual que el resto de los hombres, si bien el objetivo último hará plantear un nuevo enfoque de la existencia y de la moral. Vemos la aplicación de estos presupuestos generales al caso de la realeza en la *Glosa castellana al Regimiento de Príncipes* que elaborara fray Juan García de Castrogeriz (§ 2.1.1) para Pedro I de Castilla: “Ca tal reyno assí governado sin sabiduria no podría mucho durar. Por la qual cosa conviene mucho a todo rey e a todo príncipe de saber este libro, por que pueda mucho durar en su reynado. E después de sus días por el buen governamiento ganar el reyno del cielo do siempre ha de beuir”¹⁴⁵⁴. En esta línea, Alfonso de Palenzuela indicaría la misma idea de que el reino celestial es con mucho más deseable que el terrenal¹⁴⁵⁵. Igualmente, fray Hernando de Talavera parece dar el pésame al rey Fernando tras su coronación como rey de Castilla¹⁴⁵⁶.

El hecho de que Laurent Pignon, confesor de Felipe el Bueno de Borgoña, transmitiese ideas similares, nos parece una confirmación de

¹⁴⁵³ Pedro Díaz de la Costana lo señalaba claramente: *Et si mala est mors corporalis et timenda, sed peior est mors spiritualis, et pessima est mors eterna, igitur fortissime est timenda. Et sicut mors corporalis est separatio anime a corpore, ita mors spiritualis est separatio ipsius dei ab ipsa anima* (BNE: Inc/364, p. 62)

¹⁴⁵⁴ GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 20

¹⁴⁵⁵ “E aun tú si el tu fijo oviesse ydo aser emperador o rey en aqueste caduco reyno e mortal non querriás el averse de tornar de allí porque lo viesses e agora commo sea ydo a mayores reynos e mejores non puedes fuyr la absençia de un pequeó tiempo” (Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4: f. 27r)

¹⁴⁵⁶ “Muy alto y muy Poderoso y cathólico Rey con la umilldad y acatamiento que debo después de dar a V.A. en dios nuestro señor la salud berdadera diré que os no daré io el para bien desta tan gran promoción como se acostumbra en semejantes cossas, sino avisar suplicar y aconsejar que no se alegre porque tiene ya V.A. a las cuestas la carga que esperan a ca en verdad más es de temer y de llorar que no de querer y alegrar. Pues es çierto que la administración de qualquier dignidad eclesiástica o seglar y mucho más la Real es muy peligrosa para el anima y aun muy penosa para el cuerpo si bien sea de administrar y muy estrecha la cuenta que al cavo se da de dar della. Bien es posible que espere por ello grande gloria en el cielo si lo hizo como devia y de lo menos bien hecho obo gran arrepentimiento y satisfiço como pudo. Agora mire Vuestra Real prudencia que es eso de vicario el mio, que asi lo suelen decir, que en mi conciencia que derrame lagrimas ante nuesoor señor de mucha compasión beiendo la carga que se vos acrecienta” (en IANNUZZI, 2009a: 148)

estas ideas¹⁴⁵⁷. Ello es muestra de la concreción en el caso regio del principio general cristiano. A modo de ejemplo, el *Confesionario* de Martín Pérez recomienda al confesor a que, si el penitente es reacio a confesarse, “propongale el espanto del dia del juyzio e de los tormentos del infierno”¹⁴⁵⁸. Desde otro punto de vista, Angelo da Chivasso habla del *horror futurae vitae* que se da entre los pecadores que incurren en la lujuria, por cuanto buscan la satisfacción corporal en esta vida en detrimento de la venidera¹⁴⁵⁹. De esta expresión de “horror a la vida futura” se deduce que no aspirar a la salvación es síntoma de una vida inmoral. Andrés de Escobar, por otro lado, señala la falta de consideración de las postrimerías como una falta pecaminosa, donde el miedo al infierno o la aspiración al cielo se relacionan intrínsecamente con la mala o buena conducta respectivamente¹⁴⁶⁰.

Así pues, el rey debe de gobernar con sabiduría, saber gobernar para durar en su reinado, esto es, para tener éxito en el ámbito político. Pero a ello añade, como vemos, el objetivo último de la salvación. Vemos así que el monarca cristiano se enfrenta al hecho de que el ejercicio del poder real adquiere una dimensión ética que trasciende los límites de esta vida, cuya

¹⁴⁵⁷ Véronèse resume las ideas del mencionado confesor, indicando que desde el punto de vista natural, el gobierno del príncipe valdría de por sí *mais en contexte chrétien, la vie ne se borue pas au gouvernement de la “vie corporelle”, et le jugement suprême est celui de l’âme. Une puissance spirituelle est donc indispensable pour “parvenir a glorieuse fin et eschiver [...] maleureuse paine et dampnacion”. Cette autorité a pour particularité d’avoir été instituée directement par le Christ, qui en a investi saint Pierre et ses successeurs à la tête de l’Église romane [...] La supériorité du pouvoir spirituel étant fondée en son commencement comme en son fin, rois et princes, comme l’ensemble de la communauté du reste, clerics et laïcs, hommes et femmes, sont tenus de se soumettre à l’autorité du souverain pontife* (VÉRONÈSE, 2010: 340).

¹⁴⁵⁸ THIEULIN-PARDO, 2012b: § 20.

¹⁴⁵⁹ CHIVASSO, 1569: 302v.

¹⁴⁶⁰ “En décimo lugar he pecado porque no me preocupé de los siete dones del Espíritu Santo. En mí no hay sabiduría para contemplar las cosas divinas. En mí no hay inteligencia para considerar el fin de mi vida, las penas del infierno y el día del juicio. En mí no hay consejo para elegir el bien y reprobado el mal. En mí no hay ciencia para conocerme a mí mismo y a mis hechos. En mí no hay fortaleza para resistir a las tentaciones, tribulaciones y malos pensamientos. En mí no hay piedad para compadecerme de los pobres y afligidos de corazón y de obra. En mí no hay temor de Dios para huir del mal y buscar la salvación de mi alma. De cualquier modo que yo haya pecado en estos dones confieso mi culpa” (ESCOBAR, 2004: 105-106).

evaluación definitiva se da ante el tribunal divino. Esto podemos apreciarlo en el testamento de la reina Isabel I:

Al qual sancto apostol e euangelista [san Juan] yo tengo por mi abogado speçial en esta presente vida e así lo espero tener en la hora de mi muerte e en aquel muy terrible juizio e estrecha examinaçión, e más terrible contra los poderosos, quando mi ánima será presentada ante la silla e trono real del juez soberano muy justo e muy igual, que según nuestros mereçimientos a todos nos ha de juzgar [...] por que así como es çierto que avemos de morir, así nos es ynçierto cuándo ni dónde moriremos, por manera que devemos bivar e así estar aparejados como si en cada hora oviésemos de morir¹⁴⁶¹.

Naturalmente se trata de un documento oficial, que en no pocas ocasiones se aprovechó para ofrecer una imagen teórica del poder regio, en clave de propaganda y legitimación. Nieto Soria señaló cómo “resulta comprensible que ciertos testamentos reales conviertan alguna de sus partes en meditadas glosas de este principio teológico-político”¹⁴⁶². No obstante, podemos pensar en la sinceridad de las palabras de la reina si las comparamos con la confianza manifestada a su confesor fray Hernando de Talavera en la carta que le envió tras el atentado sufrido por su esposo en Barcelona a finales de 1492¹⁴⁶³. Esta carta comienza del siguiente modo:

¹⁴⁶¹ *Testamento*, 1969: 25

¹⁴⁶² NIETO, 1988: 53

¹⁴⁶³ Quintín Aldea recoge el testimonio de Palafox sobre la impresión que causó en él estas cartas, dadas su sinceridad: “Palafox quedó fuertemente impresionado precisamente por la exquisita finura espiritual que se transparenta en las cartas de conciencia que la Reina escribió a su confesor: «Yo confieso que cuando las leí, habrá como seis años, hice concepto de que eran tan parecidos estos dos naturales entendimientos y espíritus de la Señora Reina y Santa Teresa, que me pareción que si la Santa hubiera sido Reina, fuera otra Católica doña Isabel; y si esta esclarecida Princesa fuese Religiosa, que bien lo fué en las virtudes, fuera otra Santa Teresa. Y, habiendo vuelto ahora a leerlas por si me he engañado, me he confirmado en el mismo dictamen»” (ALDEA, 1995: 31).

Muy reverendo y devoto padre. Pues veemos que los reyes pueden morir de qualquier desastre como los otros, razón es de aparejar a bien morir. Y dígoles así porque aunque yo esto nunca dudé, antes como cosa muy sin duda la pensava muchas vezes, y la grandeza y prosperidad me lo hacía mas pensar y temer; hay muy gran diferencia de creerlo y pensarlo a gustarlo. Y aunque el Rey mi señor se vio cerca, y yo la gusté más beces y más gravemente que si de otra causa yo muriera, ni puede mi alma tanto sentir al salir del cuerpo. No se puede dezir ni encarecer lo que sentía: y por si esto antes que otra vez guste la muerte, que plega a Dios nunca sea por tal causa, querría que fuese en otra disposición que estava agora, en especial en la paga de las deudas¹⁴⁶⁴.

Esta carta es sumamente elocuente en lo que se refiere a la preocupación personal de la reina por la salvación. La soberana manifestaba así cómo había tenido siempre presente, como una consideración teórica, el hecho de que los reyes han de morir al igual que todas las demás personas (algo, por otro lado, propio de la sensibilidad macabra bajomedieval, que también se dio en el ámbito regio¹⁴⁶⁵). Sin embargo, frente al hecho real de la muerte, la reina dio muestra de recapacitar y darse cuenta de la necesidad de prepararse a bien morir, quizá influenciada por las propias ideas de Talavera que, tiempo atrás, le había manifestado sobre la responsabilidad del poder real y las consecuencias en la vida futura¹⁴⁶⁶. Ello habría de hacerse, por lo que leemos, por dos vías.

¹⁴⁶⁴ En CLEMENCÍN, 1821: 354

¹⁴⁶⁵ Por ejemplo, hubo representaciones macabras en la fiesta de coronación de Fernando de Antequera en 1414 y así Herrero y Falcón señalan que “la inserción de esta danza de la muerte en la celebración de 1414 permite observar [...] cómo lo macabro podía trivializarse y devenir entretenimiento. El factor sorpresa había desaparecido y las gentes eran capaces de integrar lo macabro, convertido en género, en su cotidianeidad y en sus fiestas” (HERRERO; FALCÓN, 2006: 158). No obstante, la inclusión de esta danza en un ceremonial regio parece remitir a la advertencia de lo pasajero de la vida y a la necesidad de no engañarse y pensar en el futuro eterno para bien regir en el presente.

¹⁴⁶⁶ “Ca como sean virreyes del Rey de los reyes, puestos para regir y gobernar los reinos y pueblos, en manera que conoscan y sirvan a Dios y merescan ser trasladados en moradores y cibdadanos de los cielos, siempre deven pensar más que ningunos onbres cómo harán su voluntad y, contemplando, procupara la lumbre y vigor que han nescessaria para lo bien executar. Por lo qual, les mandó Dios que toviessen sienpre

Por un lado, de una manera inmediata, a través del *ars moriendi*, que Gómez Redondo refiere precisamente a la reina. Este autor ha señalado cómo en la literatura bajomedieval castellana el *ars moriendi* se insertó en la literatura penitencial, de manera que la confesión se constituye como “instrumento eficaz para recibir una buena muerte”¹⁴⁶⁷, y dicha idea se recoge de hecho en el documento por el que Fernando *el Católico* daba noticia a su yerno Enrique VIII de la muerte de Isabel I¹⁴⁶⁸. Esto está en consonancia con la constante vinculación entre el momento de morir y la celebración del sacramento en la Edad Media, a lo que el caso castellano no era ajeno¹⁴⁶⁹. Vemos en la carta cómo Isabel I se preocupó sinceramente por la salvación del alma del regicida Juan de Canyamares.

Pero la preparación a bien morir, según la reina Isabel, pasa por la materialización de lo que señalaba el *Regimiento de Príncipes*: el monarca

el libro de su sancta Ley a la su mano derecha y que cada dúa y, a menudo, estudiassen y leyessen en ella. Y deven otrosí pensar la grand corona de piedra muy preciosa que les está aparejada si bien hizieren su oficio, por que non cansen de ligero con el grand cargo que les es inpuesto. Y pensar otrosí la grand pena que avrán en el infierno si fueren negligentes y si, olvidados de su cargo, se dieren a deleites y plazer” (TALAVERA, 2014: 107-108)

¹⁴⁶⁷ GÓMEZ REDONDO, 2012a: § 3. Así, sobre el *Arte de bien morir*, Gómez Redondo resume que “el devoto debe asumir - con San Agustín y San Bernardo- la idea de que siempre es peor la muerte del alma que la del cuerpo y anticiparse, en consecuencia a las trampas con que el diablo va a pretender apoderarse de ella en el supremo lance de la expiración; tal es la línea que procede del segundo capítulo de la versión larga y que aquí queda advertida como orientación adoctrinadora fundamental” (GÓMEZ REDONDO, 2012b: 1.208).

¹⁴⁶⁸ Fernando V daba así la noticia: “ha plazido a nostro Señor llamar parasi ala Serenissima Reyna Doña Isabel, nostra muy Cara & muy Amada Muger, y ahun que su Muerte es para Nos el mayor trabajo que en esta vida Nos podía venir, porque perdimos la Meyor y mas Excelente Muger que nunca Rey tuvo, y, por mia parte, & dolor della Nos atraviesa las entrañas, y no dudamos que vos, como Hermano, a qui en Ella tanto quiso, y Nos tanto amamos, sentireys la perdida desa real persona y nostro trabajo”. A continuación, le indica precisamente cómo consuela saber que está en la gloria dada la santidad de su vida y, de manera más concreta, la de su muerte: “Pero por otra parte, viendo que Ella Murio tan Santa y Catholicamente como bivio, de que de esperar que nostro Señor la tiene en su GLoria, que es mejor y más perpetuo Reyno, que los que aqua tenía, esto Nos da mucha Consolación, y pues a nostro Señor assí le plugo, conformamo Nos con su Voluntad, y damosle Gracias por todo lo que faze, como es razón” (en RYMER, 1739-1741: vol. V, pars IV, p. 216, hemos adaptado el texto ya que algunas partes de la transcripción parecían erratas).

¹⁴⁶⁹ “Más aún, aunque un estudio apropiado de los manuales de confesores se espera todavía, la preocupación por la confesión y la muerte en la literatura española bajomedieval es lo suficientemente evidente para que, al menos a este respecto, la península no sea un caso aparte” (MACKAY, MCKENDRICK 1979: 72-73). Señalan los autores cómo en las *Cantigas* de Alfonso X la confesión siempre aparece en el contexto de la muerte, donde es presentada “como un importante *mecanismo de salvación*” (p. 76)

debe gobernar con sabiduría, que le lleve a actuar con justicia y de este modo no sólo tener prosperidad en su reinado sino alcanzar la salvación. Esta consideración llevaba a la reina a sentir mayor urgencia en resolver el problema de las deudas de la Corona, y por ello encarga a fray Hernando resolver las cuentas adeudadas que tiene la misma¹⁴⁷⁰. Frente a esta actitud reaccionaría poco después Maquiavelo que criticaba al *cristianesimo come religione sospettata di “enervare” e disarmare gli animi, di rendere gli uomini imbelli e preoccupati solo della salvezza dell’anima*¹⁴⁷¹.

Vemos con el ejemplo de la reina Isabel que la salvación del monarca dependía en buena medida de su conducta como soberano (a lo que podemos añadir su conducta como fiel cristiano más, para el cual, el alma muere cuando se separa de la gracia¹⁴⁷²) y la recepción cristiana de la muerte. En cuanto al primer aspecto, la salvación se erige como argumento último para el ejercicio del buen gobierno para el cumplimiento del ideario moral de la Monarquía, de lo que los confesores tuvieron mucho que decir¹⁴⁷³. Esta cuestión atañe al próximo apartado y ahí lo trataremos (§

¹⁴⁷⁰ “por eso os ruego y encargo mucho por nuestro señor, si cosa aveys de hazer por mí, a bueltas de quantas y quan grandes las haveys hecho por mí, que querays ocuparos en sacar todas mis deudas, ansí de empréstidos, como de servicios y daños de las guerras passadas, y de los juros viejos que se tomaron quando princesa, y de la casa de moneda de Ávila, y de todas las cosas que a vos pareciere que ay que restituir y satisfacer en qualquier manera que sea en cargo; y me lo embyeis en un memorial, porque me será el mayor descanso del mundo tenerlo; y viéndolo y sabiéndolo, más trabajaré por pagarlo: y esto os ruego que hagays por mi y muy presto entanto que quereys que dure este destierro” (en CLEMENCÍN, 1821: 354).

¹⁴⁷¹ PROSPERI, 1996: XIX

¹⁴⁷² *Sicut enim corpus moritur cum separatur ab anima, ita moritur anima in esse spirituali cum separatur a gratia* (BNE: Inc/364, p. 7)

¹⁴⁷³ Siguiendo con el caso de Isabel I y fray Hernando, incluso el aprovechamiento del tiempo tenía las miras de la salvación: “Fray Hernando se muestra como hombre de su época, con plena conciencia de la dimensión temporal y, a la vez, expresa los criterios propios del pensamiento eclesiástico medieval, que valoraba el tiempo y lo medía bien pese a lo que a veces se ha afirmado, pero lo hacía para unas finalidades específicas, las religiosas, desde los aspectos litúrgicos hasta los de la práctica y el perfeccionamiento morales, porque el *contemptus mundi* no implicaba para muchos eclesiásticos alejamiento e insensibilidad sino aprecio en sus justos términos religiosos del valor que tenía lo mundano, entro de la mentalidad de la época que era ajena a toda interpretación evolutiva o historicista de la realidad social: un valor relativamente escaso en sí mismo, dada su contingencia y transitoriedad, pero inmenso e irreplicable para cada persona, siempre en relación con Dios y con el prójimo, como vehículo para caminar hacia un perfeccionamiento que culminaría, por la gracia divina, en la vida plena y perdurable, de modo que el

5.1), pero hagamos notar cómo la idea de salvación tiene gran importancia en ello. De esta manera, no es de extrañar que Foucault exponga como primer punto del poder pastoral el hecho de la salvación. Si el confesor ejerció un poder efectivo sobre la conciencia regia fue basándose sin duda en este argumento.

Ahora debemos centrarnos en la cuestión del *ars moriendi* regio. La muerte juega en la vida humana (más allá del hecho de suponer su final) gran importancia desde dos perspectivas. Desde la perspectiva natural, la muerte actúa como límite de finitud, lo que lleva al ser humano a problematizar su existencia, a interrogarse sobre su sentido y qué hacer con el tiempo limitado con el que cuenta. Desde la perspectiva sobrenatural, la muerte se presenta como un momento crítico para alcanzar la salvación o salvarse de la condenación, según se vea a tenor de la vida observada por una persona. Por ello, sería tarea de los confesores reales preparar al bien morir, y así encontramos referencias de la insistencia en confesar a los reyes aun cuando éstos se resistían, como en el caso de Juan de Mazuela con Enrique IV, que luego veremos, o el de Tomás de Matienzo con Fernando V¹⁴⁷⁴. A este respecto, Enrique IV y Fernando V mostrarían una resistencia a

tiempo ser debía valorar y emplear siempre en esta vida «esperando la del cielo» (LADERO, 2009: 269-270)

¹⁴⁷⁴ Aunque excede el ámbito cronológico que abarcamos, es un caso interesante para ver cómo podía el confesor tener un papel decisivo en la preparación del rey a bien morir. Así, la crónica de Hernando del Pulgar, relata la muerte del rey del siguiente modo: “Estando el Rey en Madrigalejo, antes que falleciese, le fué dado á entender que estaba muy cercano á la muerte, lo cual con gran dificultad lo pudo creer, porque á la verdad le tentó mucho el enemigo con incredulidad que le ponía de no morir tan presto, pero que ni confesase ni recibiese los Sacramentos, á lo cual dio causa que estando el Rey en Plasencia, uno del Consejo que venía de la Beata del Barco de Ávila, le dijo que la Beata le hacía saber de parte de Dios que no había de morir hasta que ganase á Jerusalén, y por esto no quería ver ni llamar á Fr. Martín de Matienzo, del orden de predicadores su confesor, puesto que algunas veces el confesor lo procuró, pero el Rey lo echaba de sí diciendo que venía mas con fin de negociar memoriales, que no entender en el descargo de su conciencia; pero al fin algunas buenas personas así criados como otros que deseaban la salvación de su ánima, le aportaron é revocaron de aquel mal propósito, y el Espíritu Santo inspiró en él é hizo una tarde llamar al dicho su confesor, con el cual se confesó como católico cristiano, y después recibió á su tiempo los Sacramentos, y de la Confesión resultó que mandó el Rey llamar al licenciado Zapata é al Doctor Carbajal” (Pulgar, 1878: 563). Aunque del Pulgar lo llama Martín, creemos que es una mera errata, ya que en un documento muy cercano a la muerte del rey acaecida en enero de 1516 se menciona a, que

la confesión en los umbrales de la muerte que quizá habían mostrado a lo largo de su vida (aunque no podemos saber qué hay de verdad o qué de propaganda negativa en la narración de su muerte). Así, Alfonso de Palenzuela ya habría advertido al rey Juan II sobre la necesidad de no vivir en pecado esperando poder confesar al final de la vida, así como tampoco desesperar en el último momento, en la llamada exhortación número 26 de su homiliario (“que non conviene alos estantes en peccado confessarse fasta la fin nin desesperar alos que cayeron”¹⁴⁷⁵).

La muerte regia ha sido objeto de estudios previos a éste, de manera que podemos presentar la presente investigación (centrada desde la especificidad del punto de vista del análisis del confesor real) como un aportación a la misma. Partiendo de dichos estudios podemos contemplar la muerte regia en dos niveles. Por un lado, la “muerte real”, es decir, la manera en que los monarcas sintieron su propia muerte y su conducta ante ello. Esto responde, sobre todo, a la perspectiva sobrenatural de la muerte, la que tiene que ver directamente con la relación. Por otro lado, es muy

hemos localizado en los documentos de Simancas. La beata a la que se refiere el documento bien podría ser la que firma como “beata Victoria” (delegadamente, pues no sabía escribir como dice el documento), fechado en 1506, por el que el rey le otorgaba una limosna (AGS: CSR, leg. 6, nº 169, f. 1v).

¹⁴⁷⁵ “Pues non confíen mucho aquéllos que están más caen a menudo. Pues finge o imagina algund governador por millares aver sin peligro renegado e que este atal despues que las grandes tempestades, tormentas orribles e bravas ondas por arte sutil oviesse escapado commo en la entrada del puerto se sollegasse o sumiesse apenas aver escapado desnudo que coraçón terna este atal al mar en navegaciones e trabajos. De aquesta manera que nunca quiera salvo si fuere de coraçón no vençido mirar aquella ribera o nave alguna o puerto, yo pienso que non mas antes escondiendo a sí mesmo apartado de toda esperança de navegar más quan pobre o mendigo passar la vida que alos primeros peligros o trabajos tornar. Mas no fue aquel semejante a este mas somido poco menos con grand peligro después de muchos trabajos non desesperó más commo de cabo la nave tornada alo alto del mar osó alçar las velas al viento e commo de cabo usabdo de clavo e ancoras sofriendo muchos trabajos ayuntó otras vezes mayores pecunias. E assí emprestar por nunca caher a Dios pertensesçe. Es maravilla e de que loores es digno aquel que de la caída se alça e sin miedo acaba cosas mucho mayores. Cierta mente non estan pocas cosas aquellas que en desesperaçión encarçelar le ovieran podido. Primera mente la non usada grandeza delos peccados e dende porque non passó en essa entrada dela vida e juventud la qual fuese criar peccados mas en la vejez constituyendo perseverar en ellos. Ca el governador que nuevamente entró en la mar e le avino peligro non se duele egual mente de aquel que después de muchos espaçios de años tornando a su casa cargado de grand riqueza lançado a los golfos vee peresçer todas las cosas” (Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4: f. 7r).

importante tener en cuenta que la muerte del rey no fue un mero hecho personal que afectaba simplemente al individuo. Por el contrario, era seguida atentamente por los súbditos, y la manera en que los reyes morían o afrontaban la muerte podía ser interpretada por la comunidad política en relación a diversos hechos del reinado, y no sólo a desde la simple óptica de la salvación futura. Asimismo, la propaganda política empleó la muerte del rey como un medio de ensalzar o denigrar a los monarcas. Todo ello podríamos llamarlo la “muerte imaginada”, que responde sobre todo a la perspectiva natural de la que antes hablábamos: la muerte actúa en este sentido como “sinceradora” del ser humano. Si éste muere reiterando sus convicciones o su posicionamiento existencial su muerte supone un fuerte argumento para su causa o, al menos, para su fama. Si, por el contrario, muere ignominiosamente o retractándose de lo que podía haber sido su labor de reinado en vida, tal muerte no hace sino mancillar su memoria y desacreditar su causa. Todo ello fue utilizado en el caso de la muerte de los reyes de Castilla, y ha sido de hecho objeto de interés por la historiografía. Así, Emilio Mitre indica que “la muerte es el fin de una vida gloriosa en la que los aciertos políticos pesan más que los fracasos, salvo algunas excepciones. La muerte del rey está rodeada de todos —o casi todos— los preparativos que distinguen la muerte de un cristiano que deja este mundo con todas las bendiciones de la Iglesia. y la muerte del soberano, a la postre, es llorada por todos sus súbditos”¹⁴⁷⁶.

La muerte del rey, en consecuencia, se convierte según este autor en una auténtica arma de propaganda política. “Muerte real” y “muerte imaginada” son muy difíciles de separar por parte del historiador. Parece una tarea importante, ya que aspiramos a conocer con mayor exactitud la

¹⁴⁷⁶ MITRE, 1998: 169

verdad en la Historia. Sin embargo, no deja de ser una verdad (aunque de otro nivel) cómo la comunidad política contempló la muerte del monarca (sean o no ciertos todos los datos). Por otro lado, no podemos escapar al hecho de que toda fuente escrita está mediatizada por unos intereses o inclinaciones, con lo que no podemos tener plena certeza de lo que las fuentes nos dicen, a no ser que les concedamos cierta credibilidad o hagamos un ejercicio de contraste de las mismas.

Tanto en la “muerte real” como en la “muerte imaginada” de los reyes de Castilla el confesor fue un personaje de enorme importancia. Esto no es de extrañar, ya que en el *ars moriendi* la presencia de los confesores que administrasen tanto el sacramento de la Penitencia como de la Extrema Unción resultaba esencial para preparar al fiel con todas las garantías para salvar su alma. En todo caso, la ausencia del confesor pudo justificar otro tipo de prácticas, pero siempre en virtud de la imposibilidad de la asistencia del sacerdote. A lo largo del trabajo hemos mencionado a los confesores reales que asistieron a los reyes en peligro de muerte o en su momento definitivo. Hubieron de tener una importancia vital para sus monarcas en esos momentos. Pero, además, en lo que se refiere a la “muerte imaginada”, los gestos y palabras de los confesores, así como la reacción de los reyes, fueron observadas y recogidas con el fin de elaborar una propaganda o bien como datos para interpretar el significado de la muerte regia.

Si hay un rey de Castilla del que la Iglesia haya declarado solemnemente que es santo, esto es, que alcanzó con mérito la gloria de la salvación, es Fernando III. La *Primera Crónica General de España* ofrece un relato conmovedor de su muerte desde el punto de vista de la devoción. Curiosamente, en la edición de Ramón Menéndez Pidal no se menciona el

auxilio de ningún clérigo al rey, aunque naturalmente se da por hecho que hubo de ser atendido por el simple hecho de recibir los sacramentos:

Conplido et dicho todo esto que el sancto et bienauenturado rey don Fernando et a saluamiento de su alma et a cumplimiento de los sacramentos de sancta eglesia fizo, et de todas las otras cosas que dichas son, diz la estoria aun del, que pues que su Saluador, que es el cuerpo de Dios, uvo recebido, et aorada la cruz, et ouo tirado de si los pannos reales, commo dixiemos - que fue llegada la ora en que su Saluador enbiaua por el- et el, deque la ora entendio que era llegada e vio la sancta conpanna quel estaua atendiendo, alegrose mucho; et dando ende grandes graçias et grandes loores a nuestro Sennor Jhesu Cristo, demandando la candela que todo cristiano deve tener en mano al su finamiento, et dierongela; et ante que la tomase, tendio las manos contra el çielo, et alço los oios contra el su Criador, et dixo: “Sennor, disteme regno que non auia, et onrra et poder mas que yo non meresçi; disteme uida, esta non durable, quanto fue tu plazer. Sennor, gracias te do, et rendote et entregote el regno, que me diste, con aquel aprouechamiento que yo y pude fazer; et ofrezcote la mi alma”. Et demandando perdon al pueblo et a quantos y estauan, que sy del, por alguna mengua que en el ouiera, querella alguna auien, quel perdonasen. Et todos, llorando mucho de los oios, recordieron que rogauan a Dios quel perdonase, ca dellos perdonado yua. Desi tomo la candela con amas las manos, et alçola contra el çielo, et dixo: “Sennor, desnudo sali del vientre de mi madre que era la tierra, et desnuyo me ofresco a ella. Et, Sennor, reçibe la mi alma entre conpanna de lo tus sieruos”. Et baxo las manos con la candela, et adorola en creencia de Sancti Spiritu. Et mando a toda la clerizia rezae la ledania et cantar *Te Deum laudamus* en alta boz. Desi, muy sinplemiente et muy paso, enclino los oios et dio et [sic] espiritu a Dios. Et la su alma sea heredada con los sus santos fieles en la gloria de su sancto reyno durable; amen” ¹⁴⁷⁷

¹⁴⁷⁷ MENÉNDEZ-PIDAL, 1977: cap. 1.113, 773

Luis Alonso Getino cita la misma crónica (en una edición previa a la de Menéndez Pidal sin duda) en la que sí se menciona expresamente el auxilio de Ramón, arzobispo de Sevilla¹⁴⁷⁸. Así lo indica Enrique Costa y Belda¹⁴⁷⁹. Aquí sigue siendo difícil discernir dónde comienza y dónde termina la condición de confesor con respecto a la de obispo en lo que se refiere a la muerte regia. Recordemos los casos de Gelmírez respecto a Raimundo de Borgoña y de Jiménez de Rada respecto a Alfonso VIII, como ya vimos en el primer apartado (§ 1.2.1). Ello no entraña de por sí que fuesen confesores. Sí parece el caso de Raimundo de Losana, aunque la muerte de Fernando III parece darse según el antiguo molde penitencial previo a la existencia de los confesores y evidencia que la figura de los mismos no tenía todavía un papel importante. De hecho, hay similitudes entre las expresiones empleadas en la muerte de Fernando III y la de Ranimiro II¹⁴⁸⁰. Podemos pensar pues que en el hecho de que Raimundo de Losana confesase a Fernando III en vísperas de su muerte pudo tener más peso su condición de obispo, aunque Ortiz de Zúñiga señalaba también, en ese acontecimiento, su condición de “obispo de Segovia” y “su confesor”¹⁴⁸¹, y ciertamente, de entre los demás obispos, fue él el escogido.

¹⁴⁷⁸ “E quando el rey vio que la dolencia crecía en pocos días e entendió que la hora del finar se le llegaba e que venía la vida duradera en el cielo, fizo venir a don Remondo e otros obispos e arçobispos que ý eran e toda la crelecía, e quel traxesen el cuerpo de Dios e la cruz en que está la significación de nuestro señor Jesu Cristo. [...] culpándose de sus pecados e pidiendo a Dios perdón, creyendo e otorgando todas las creencias verdaderas de santa yglesia, rescibió el cuerpo de Dios de mano del dicho don *Remondo*, arçobispo de Sevilla” (en ALONSO, 1916: 396).

¹⁴⁷⁹ COSTA Y BELDA, 1978: 172

¹⁴⁸⁰ La *Crónica de Sampiro* nos dice que Ranimiro II, cuando se encontraba enfermo, *ad Legionem reversus ab omnibus Episcopis, Abbatibus valde exhortatus confessionem accepit, & vespere Apparitionis Domini ipse se ex proprio morbo Reg no abstulit, & dixit: Nudus egressus sum ex utero matris meae, nudus revertar illuc. Dominus sit adjutor meus, non timebo quid faciat mihi homo* (FLÓREZ, 2004, 13: 526-527). En la *Historia Silense* el relato es del siguiente modo: *Et tunc Ovetum ire disposuit, et illic graviter aegrotavit. Ad Legionem reversus, accepit confessionem ab Episcopis, et Abbatibus, valde eos exhortatus; et vespere Apparitionis Domini ipse se ex proprio Regno abstulit, et dixit: Nudus egressus sum de utero matris meae, nudus revertar illuc* (FLÓREZ, 2005, 17: 286).

¹⁴⁸¹ ORTIZ DE ZÚÑIGA, 1795a: 88.

Manuel González Jiménez sí parece valorar la condición de Raimundo de Losana como confesor del rey cuando pronunció el sermón fúnebre¹⁴⁸².

Asistimos con ello a un momento de transición, en una época en la que el *ars moriendi* no estaba tan definido ni conformado a la religiosidad bajomedieval. El confesor no tenía aún el papel de asistente en el momento de la muerte. De la misma manera nada se dice en el momento de la muerte del rey Alfonso X, salvo “rescibió el cuerpo de Dios muy devotamente, e a poca de ora dio el alma a Dios”¹⁴⁸³. Ya se introduce la confesión en la muerte de su hijo Sancho¹⁴⁸⁴.

Pero vemos que ya hay un cambio en época de Fernando IV, en la que aparecen las primeras menciones explícitas a los confesores reales. Su sobrenombre de *el emplazado* le viene, como es bien sabido, de las circunstancias de su muerte. En este caso, la ausencia de confesión fue interpretada como un castigo divino por los hechos injustos de su gobierno (la condena de los Carvajales que le emplazaron al juicio divino). Sabido es que la muerte inesperada en el Medievo era bien temida dado el miedo a morir en pecado mortal. El mismo *Confesionario* de Martín Pérez aconseja al confesor a instar al fiel a confesarse al menos una vez al año, e igualmente “póngale temor de la muerte subitánea”¹⁴⁸⁵.

Partimos del hecho de que la crónica de Fernando IV fue escrita dentro del entorno molinista que condenó su figura como la de un rey

¹⁴⁸² “Llegada la hora del entierro, la multitud concentrada en la catedral escuchó conmovida el sermón predicado por don Remondo, obispo de Segovia, su confesor y su consejero, en el que hizo el elogio fúnebre del monarca difunto. Y entre otras cosas debió, sin duda, señalar como algo maravilloso, que durante su reinado no hubo en España ni en su reino *anno malo nin fuerte*, es decir, año de carestía o de hambre” (GONZÁLEZ JIMÉNEZ, 2004: 44).

¹⁴⁸³ *Crónica del rey don Alfonso*, 1875: 66 (cap. 77)

¹⁴⁸⁴ “Aquejando muy fuerte la dolencia al Rey, fizose llevar en andas en cuellos de omes á la cibdad de Toledo, e desque y fue, a cabo do un mes, veyendo que non podía escapar de la muerte, confesose e tomó el cuerpo de Nuestro Senor, e fisose ungir, e rescibió todos los sacramentos de Santa Iglesia como rey muy católico. E martes, veinte e cinco días del mes de Abril, después de la media noche pasada, dio el alma á Nuestro Señor Jesu Cristo” (*Crónica del rey don Sancho*: 89-90 -cap. XIII-).

¹⁴⁸⁵ THIEULIN-PARDO, 2012b: 23.

sometido al control de sus malos privados y que no ejerció su poder con autoridad y soberanía en favor del reino. Por ello, su inesperada muerte durante el sueño fue vista como un castigo divino por la ejecución sin verdadero juicio de los Carvajales. Como indicaría Diego Rodríguez de Almela en su *Valerio de las Estorias escolásticas e de España* “este Rey no tuvo la manera que convenia á execucción de justicia, y por tanto acabó como dicho es”¹⁴⁸⁶. Esta leyenda, transmitida interesadamente por Galíndez de Carvajal, pudo ser, al parecer, del gusto de la reina Isabel como advertencia contra el mal gobierno¹⁴⁸⁷. Una muerte de esta índole, sin poder confesar, se mostraría casi como un castigo divino, como sucedió a otros personajes de aquella época implicados como él en el asunto de los templarios¹⁴⁸⁸.

Más evidente se expuso esta idea en el caso del caballero Lorenzo Yáñez, que aconsejaba mal al Fernando IV. La crónica narra cierto relato en el que la ausencia confesión tiene ese sentido aleccionador. Dios quiso mostrar un gran milagro con Lorenzo Yáñez de Liria, que aconsejaba mal al rey. Así, “dióle un dolor á este caballero que luego perdió la fabla é el entendimiento, que nin pudo confesar nin comulgar, é así murió. E todos los que eran con el Rey lo tomaron por muy grand miraglo, salvo aquellos que querían mal á la Reina, commo quier que lo entendían que era así, mas non dejaron por eso de la buscar mal quanto podían”¹⁴⁸⁹. En definitiva, la muerte repentina del rey, sin poder confesar, fue vista como un castigo

¹⁴⁸⁶ En STEFANO, 1988: 887. Este autor señala cómo la historia de Fernando IV y su muerte fue de interés moral para la reina Isabel (*vid.* pp. 911-913).

¹⁴⁸⁷ STEFANO, 1988: 912

¹⁴⁸⁸ Como a otros muchos personajes importantes de su época, relacionados también con el espinoso asunto de los templarios, como es el caso de Felipe IV de Francia o del papa Clemente V, una leyenda muy arraigada atribuyó su muerte al emplazamiento ante el tribunal de Dios que le hicieron treinta días antes los hermanos Carvajales [...] Por este motivo se le conoce con el injusto sobrenombre de «El Emplazado» (GONZÁLEZ MÍNGUEZ, 1995: 247).

¹⁴⁸⁹ *Crónica del rey don Fernando*, 1875: 119 (cap. VIII)

divino, bien de manera sincera o como parte de la propaganda molinista. Así, la ausencia del confesor (aunque en romances muy posteriores se diga lo contrario¹⁴⁹⁰) en este caso (cuando tenemos ya constancia de la existencia de confesores para este rey, como ya vimos, § 1.2.2), lejos de indicar la escasa importancia del mismo, nos parece que es todo lo contrario.

Alfonso XI, no fue precisamente ejemplar en lo que se refiere a la moral matrimonial, manteniendo una clara bigamia con Leonor de Guzmán, con la que llegaría a tener diez vástagos frente a los dos hijos que tuvo de su esposa María de Portugal. Sin embargo, la imagen que se nos da en su crónica es la de un rey devoto y temeroso de su salvación, lo que hace que lleve consigo a su confesor en campaña¹⁴⁹¹. Aunque curiosamente en el momento de su muerte no se menciona la intervención del confesor, murió en “viernes de la semana sancta, que dicen de indulgencias, que fue a veinte et siete días de Marzo en la semana sancta antes de Pascua”¹⁴⁹². También se preocuparía por la salud espiritual de sus hombres que en campaña¹⁴⁹³.

La bigamia Alfonso XI traería consigo enormes consecuencias para la historia del reino de Castilla, con un cambio dinástico tras una guerra entre los hijos del monarca. La muerte de ambos es narrada por Pedro López de Ayala con valoraciones divergentes. La trágica muerte de Pedro I se

¹⁴⁹⁰ De finales del siglo XV se conservan estos versos: “Dende veinticinco días / el rey estava muy malo, / y dende los veinte y siete / ya estava confesado, / y aun a los veinte y ocho / el Señor le avían dado, / y dende los veinte y nueve / la unción le avían dado” (en STEFANO, 1988: 913).

¹⁴⁹¹ “Otro día lunes veinte et ocho días andados del mes de Octubre, este muy noble Rey Don Alfonso de Castiella et de León levantóse ante que amanesciese. Et como quiera que ante que allí llegase avía confesado, et traía consigo siempre el su confesor pero en aquella mañana confesó: et don Gil Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas después Cardenal de España, dixole la Misa, et comulgólo: et el Rey rescibió el cuerpo de Dios con grand devoción, et muy humildosamente, como fiel et verdadero Christiano: et todos los mas do aquella hueste fecieron aquello mismo” (*Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, 1875: 325 -cap. 251-).

¹⁴⁹² *Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, 1875: 390 (cap. 338).

¹⁴⁹³ “mantenían muy bien Christiandad non tomando ninguna cosa de mala parte, et guardándose mucho do pecar, et confesando mucho amenudo, et haciendo la emienda que podían de sus pecados, et cada Domingo comulgaban” (*Crónica del rey don Alfonso el Onceno*, 1875: 306 -cap. 206-).

presenta como lógica consecuencia de un reinado tiránico. Frente a ello, la muerte de Enrique II es muy distinta. Vemos al final de su vida la importancia dada al confesor real. De este modo, la crónica refiere cómo el rey se vio morir y pidió la asistencia de su confesor:

El Rey Don Enrique, después que el Rey de Navarra partió de Sancto Domingo, non se sintió bien, ca ovo una dolencia, e súbito fue muy afincado della e a los diez días, al alva del día, demandó que le dicesen Misa. E por quanto tan aína non venía su Confesor, que era de la Orden de los Predicadores, el Rey se comenzó a quejar, e decir así: “Señor, pídate por merced que veas la mi voluntad, que yo te quería ver antes que saliese deste mundo.” E en tanto vino su confesor, e díxole Misa, e oleóle. E después el Rey asentose en la cama vestido de una vestidura de oro, e un manto de oro cubierto enforrado en peñas veras. E estaba acostado a unos cabezales, e dixo así, estando presentes [...] E como quier que quando yo era Conde avía confesor de la Orden de Sant Francisco, empero despues que Dios me fizo merced e fui Rey, siempre ove confesor de loe Predicadores”. E estonce el Obispo de Sigüenza tombó un escapulario de un su confesor que allí estaba e vistiógelo. E el Rey hablando en estas cosas, a poco de espacio dió el alma á Dios, e finó a cabo de doce días que se sintiera de la dolencia. E fue la su muerte muy plañida de todos los suyos¹⁴⁹⁴.

Vemos cómo, dado el retraso del confesor el rey “se comenzó a quejar”, ya que el monarca quería prepararse bien para obtener la salvación. Luego se da la declaración sobre la importancia de los dominicos en el confesionario regio, que recordaremos más adelante (§ 5.2.2). Ello tiene un claro sentido propagandístico. La muerte de Enrique II es más

¹⁴⁹⁴ LÓPEZ DE AYALA, 1875: 37

detallada, algo lógico, ya que en las crónicas los detalles son más abundantes cuando el cronista está cercano en el tiempo¹⁴⁹⁵.

Si la muerte de Enrique II fue previsible, y se dio con todo el ceremonial requerido, la de su hijo Juan I fue todo lo contrario, con la trágica caída de su caballo la mañana del 9 de octubre de 1390. Ello explica la consternación que causó la muerte de Juan I, como señala Jean-Pierre Jardin, el cual dedicó un interesante trabajo al que aquí nos remitimos¹⁴⁹⁶, en el que se muestra cómo la memoria de la muerte del rey Juan I se solapó en ocasiones con la de Fernando IV, en la medida en que ambos compartieron una muerte repentina sin confesar, y que para finales del siglo XV, como en el caso del rey *emplazado*, generó leyendas de la muerte de Juan I muy alejadas de los hechos reales, pero que interpretaban su muerte como un castigo divino¹⁴⁹⁷. Así, Jardin concluye:

Todos estos relatos, todas estas tradiciones legendarias, parecen relacionarse con una idea esencial: la muerte inesperada del monarca no puede ser natural. Volvemos a encontrar el que una “muerte repentina” no puede ser sino castigo de alguna maldad. En la Edad Media, el buen cristiano, y más aún si es representante de Dios en la tierra, como el rey de Castilla, muere en su lecho, confesado y consolado por un ministro de la religión. El arquetipo de la buena muerte, lo encontramos en las crónicas en el relato de la muerte del “santo rey” Fernando III¹⁴⁹⁸

¹⁴⁹⁵ MITRE, 1998: 168

¹⁴⁹⁶ JARDIN, 2000.

¹⁴⁹⁷ *Vid.* JARDIN 2000: 232-233 (donde se transcribe parte de una crónica del XV en la que se recoge la leyenda del capellán del arzobispo de Toledo que fue avisado por el diablo de que iba a encontrarse con el rey y éste no quiso atender la advertencia) 239 (donde, en la refundición de la crónica del despensero de la reina, elaborada probablemente por un converso, se interpreta su muerte como un castigo de Dios hacia un rey que maltrató a los judíos, así como por la usurpación del trono en detrimento del duque de Lancáster y su esposa Constanza).

¹⁴⁹⁸ JARDIN, 2000: 239.

No obstante, hubo también lecturas positivas de la vida y reinado de Juan I, en la que su muerte no se convierte en un argumento contra él, como el testimonio del despensero de la reina Leonor de Aragón¹⁴⁹⁹, o del propio Papa. La Crónica de Enrique III refiere así el mensaje consolatorio del Pontífice al nuevo rey:

Despues que las dichas cartas quel Obispo de Sant Ponce traxo fueron presentadas al Rey e a los de su Consejo, el dicho Obispo fabló con el Rey, presentes los Señores é Perlados e Caballeros é Procuradores del Consejo, e dixo: que el papa, después que sopiera la muerte arrebatosa é mancillada del Rey Don Juan, fuera asaz triste é desconsolado, lo uno por el Rey Don Juan ser uno de los mayores Príncipes de la Christiandad, e Rey de Castilla e de Leon, el qual es siempre en defendimiento de la Fe Católica, ca él sostiene la guerra e la enemistad de los Moros e Paganos [...]Otrosí que pesara al Papa, e oviera grand tristeza de la muerte del Rey Don Juan, por quanto él sabía muy bien e era informado cómo en su persona era muy noble Príncipe, e muy católico, e de buenas costumbres, manso e piadosoé de buen regimiento; e esperaba que si la voluntad de Dios fuera de le alongar la vida, siempre tuviera sus Regnos bien gobernados, e el servicio de Dios e de la Sancta Iglesia de Roma siempre ensalzado. Otrosí que le pesara de su muerte por quanto la Iglesia e el Papa e eran muy obligados e muy tenudos, así como aquél que en la grand division e cisma, que por los pecados de los Christianos era en la Iglesia de Dios, tuviera la parte verdadera de la Iglesia, e determinara en ella con muy grand solemnidad, e non sin grand trabajo e despensas fechas para ello. Otrosí que le pesara de la su muerte por ser tan arrebatada, de un caso tan sin pensar e tan triste: e que todas estas cosas avían razones derechas porque oviese a tomar enojo de la su muerte tan temprana, e en tal edad, que aún non avía más de treinta e dos años,

¹⁴⁹⁹ “E deste noble rey don Juan, su marido desta santa reyna, la su vondad dél non fue tan sabida nin tan conoçida fasta que, por pecados de los sus reynos, acaesçió la ocasión de que ouo de morir. Et después que él finó, fueron sabidas las sus obras justas e nobles e buenas que él fazía, lo que de antes en su vida non eran tan sabidas nin tan conocidas” (en JARDIN, 2000: 238).

e dexara al Rey su fijo tan niño [...] Pero que tanto era consolado, que él avía confianza en la piedad de Dios, pues la vida del rey Don Juan fue siempre buena, e él quito de pecados, e con muchas buenas costumbres, que la su alma sería en buen logar: demás que el Papa sopiera e fuera informado que un día antes de la rebatada muerte el Rey se confesara con un su Confesor, e aquel día que moriera oyerá primero Misa con muy grand devoción: por las quales cosas él creía que Dios le oviera piedad, e la su alma sería en paz¹⁵⁰⁰.

Además de esta lectura positiva, existe otra por la cual la muerte del rey no sería un castigo al mismo, sino al pueblo, como se dio en el caso de otros reyes¹⁵⁰¹.

La muerte de Enrique III, óbito apacible de un rey, fue tomada por el confesor del nieto de éste, Alonso de Espina, para hacerse eco de la sospecha de que había sido envenenado por su médico, don Mayr¹⁵⁰², empleando así la muerte de tan insigne rey para ofrecer una imagen aún más proterva de los hebreos. Emilio Mitre dedicó un amplio estudio a la muerte de Enrique *el Doliente* y, en este sentido, nos remitimos a su trabajo para un conocimiento profundo de todas las implicaciones al respecto. Nuestra aportación puede ser, en todo caso, el enfoque concreto sobre la figura del confesor y la valoración global de la Casa de Trastámara. A este monarca se le atribuyó precisamente una ley promulgada en 1400 por la que todo aquél que muriese sin confesar y comulgar de manera deliberada,

¹⁵⁰⁰ *Crónica del rey don Enrique tercero*, 1877: 171-172, a. I, cap. XII

¹⁵⁰¹ Esta cuestión ya se aleja del eje de nuestro desarrollo, como es el papel del confesor y la confesión en la muerte del rey. No obstante podemos señalar aquí cómo la muerte de Alfonso VI se adornó con hechos sobrenaturales que auguraban los malos tiempos por venir después de tan magnífico reinado (vid. JIMÉNEZ DE RADA, 1989: 263, lib. VI, cap. XXXIII) o la propia muerte del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, sobre la cual, Juan del Enzina, parece mostrar que fue un castigo divino a un reino que gozaba de gran prosperidad, privándole de quien había de ensalzarlo. En el caso de Juan I, a propósito del cual hacemos esta reflexión, Alfonso Álvarez de Villasandino, en sus versos laudatorios al difunto rey, indica cómo fue un monarca de suerte adversa y pese a ello de gran altura y esfuerzo, y que “cabalgó un domingo por nuestro pecado/ Y en Alcalá estando (oíd los nascidos,/ Que son los secretos de Dios escondidos)/ Cayó del caballo: murió arrebatado” (*Adiciones a la Crónica de Juan I*: 159).

¹⁵⁰² Vid. MONSALVO, 1999: 1.076, n. 47

habiendo tenido ocasión de hacerlo y no muriese repentinamente, perdiera la mitad de los bienes que legase, y dicha cantidad pasara al tesoro regio¹⁵⁰³. Sin embargo, en otro trabajo, Emilio Mitre señala cómo “la indigencia narrativa de la que fue víctima Enrique III es pareja a la penuria de salud que le persiguió durante buena parte de su vida”, de modo que “esta circunstancia influirá en la construcción de una vida edificante a cargo de la narrativa posterior a su temprana muerte”¹⁵⁰⁴.

La muerte del rey Juan II no despertó gran comentario, si bien Pérez de Guzmán ofrece tintes negativos de un rey pusilánime y falto de medida en el comer¹⁵⁰⁵. Fray Luis de Valladolid, en su *Chronicon*, hizo una serie de reflexiones sobre la muerte, y recogió oraciones, que pudo transmitir al rey, aunque lo que es seguro es que no pudo atender al monarca en el momento de su muerte, lo que no excluye que Juan II pusiese en práctica alguna de sus recomendaciones, como el rezo de la oración dedicada a Santa María para ese momento¹⁵⁰⁶.

¹⁵⁰³ Así se afirma en un documento vaticano, titulado *Compendio o vero Sumario delle leggi, overo constitutioni appartenenti alla professione et giudicio Ecclesiastico per li Regni di Spagna* (ASV: A.A., Arm. I-XVIII, nº 4155, f. 1r).

¹⁵⁰⁴ MITRE, 2004: 11

¹⁵⁰⁵ “E si después de muerto el Condestable algún vigor e voluntad se mostró en él, no fue salvo en cobdicia de allegar tesoros, a la qual él se daba con todo deseo, mas no de regir sus Reynos, ni restaurar ni reparar los males y daños en ellos venidos en quarenta y siete años que tuvo nombre e título de Rey. Y estando en Valladolid adolesció de quartana doble, que le duró grandes días, é según se dice regíase muy mal, ca era muy comedor e mal regido; e como quier que fue libre de la quartana, quedó mal dispuesto de la persona, e continuando su mal regimiento, ovo primero algunos accidentes muy fuertes, e murió en Valladolid” (PÉREZ DE GUZMÁN, 1887b: 714)

¹⁵⁰⁶ *Propter gravamen et tormentum quo torquebatur spiritus tuus et or tuum beatissima Virgo immaculata Dei genitrix Maria, iuxta crucem quando filium tuum Dominum nostrum Iesum Christum pre doloribus voce magna clamantem te matrem dulcissimam Iohanni commendantem et in manu Patris commendato spiritu eum deficientem attendebas succurrere benignissima succurre michi misero peccatori in hora deffinitionis mee cum lingua te nequiverit amplius invocare, oculi mei lumine privantur, aures surdesunt et obscurantur omnesque sensus et vires anime mee deficiunt, memor esto piisima mater misericordie tunc quod nunc fundam preces ad aures tue pietatis et succurre michi indigno servo tuo in hora ultime indigencie et extreme necessitatis, atque filio tuo salvatori nostro benedicto commenda spiritum meum, per quem a terroribus eruar et ad celestia patrie requiem, ipso teque duce merear pervenire. Amen* (VALLADOLID, 1932: 808)

Más datos tenemos, curiosamente, de la muerte de don Álvaro de Luna. Si bien no se trata de un rey, ya vimos que lo atendió en sus últimas horas un confesor real, fray Alonso de Espina (§ 2.5.1). Por ello merece la pena detenerse en su muerte, recogida en diversas fuentes. Fray Alonso fue el encargado de salir al encuentro de Álvaro de Luna en Tudela del Duero para avisarle de lo que le esperaba¹⁵⁰⁷. La crónica de don Álvaro de Luna también nos da noticia de su intervención:

E viníese derechamente el Diego López a Valladolid, e allí toma la gente que entendió que era menester para traer en buena guarda al Maestre, e váse a Portillo, e dexa primeramente concertado en Valladolid en el monesterio de Sant Francisco de aquella villa, que un grand famoso letrado e maestro en Teología que por estonce allí era, llamado maestre Alfonso Espina, parta el día siguiente camino de Portillo, e que al pasar el río de Duero se faga, desimulando, encontradizo con el Maestre, que lo conosçía bien, e dende que se torne con él a Valladolid; e de un fablar en otro se aparte el religioso con el Maestre fablar con él alguna cosa, diziendo que ge la quería dezir en secreto, e que allí descubra e notifique de cómo lo lieban a le dar la muerte, ca los que avían ido por él non le avían dicho, nin le avían de dezir otra cosa, segúnd que estaba acordado entre ellos, salvo que el Rey lo mandaba pasar a Valladolid¹⁵⁰⁸.

Las palabras de la crónica, en claro sentido penitencial, se pueden leer en el artículo sobre los confesores de Castilla de Atanasio López¹⁵⁰⁹. La Crónica citada dice expresamente que estaba en el de San Francisco de Valladolid, aunque no se sabe si estaba allí de paso o de familia¹⁵¹⁰. Fray Alonso de Quiriales, fraile del monasterio de Santa María de Valdeiglesias y

¹⁵⁰⁷ Vid. PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a, 683.

¹⁵⁰⁸ *Crónica de don Álvaro de Luna*, 1940: 429

¹⁵⁰⁹ LÓPEZ, 1929a: 69

¹⁵¹⁰ *Ib.*: 70

testigo en los días de la ejecución del condestable, dejó testimonio de que Alonso de Espina asisitó a don Álvaro:

E yo después de comer partí, e llegué a Valladolid e entré por la puerta del Campo, e luego en la plaça allé a fray Alonso de Urueña, que estava en la dicha villa [...] E díjome catad allí el maestre, el qual estava el cuerpo tronco en un cadafalso [...] E díjomo cómo habían sido confessores del dicho Maestre, el Maestro Alonso Espina, e el Guardián [...] Y otro dia en la mañana fuymos a San Francisco; e el guardián nos dijo, en como el Maestro Alonso Espina le havía confessado de secreto esa noche. Pero de las fablas que fueron después entre todos tres, el Guardián dijo a el señor Mestre que descargase su conciencia. E el Maestre le respondió, que no podía, que estava todo turbado e que no era en sus seso. El guardián le replicó que se acordase que le habían dicho que tenía muchos cargos de Iglesias y de Monasterios. Él respondió que tenía cargo de las Iglesias de [...] e que toda su conciencia (assí de lo memorado como de lo olvidado) encargaría al Rey nuestro señor. E después de aquí partimos del dicho Monasterio, e fuymos a missa a San Quirce. E después de missa fuymos a comer al Estudio del dicho fray Alonso, e sus compañeros e yo. E después de comer fuymos por el pregón del dicho Maestre a casa de un scrivano, junto de Santa María, e diéronnoslo e decía assí...¹⁵¹¹

Este fragmento es interesante, por cuanto se da la distinción entre la confesión sacramental (secreta, que es la que administra Alonso de Espina) y el diálogo que entre confesor y confitente puede darse fuera del sacramento. Recordemos la distinción entre el fuero interno y el fuero externo a la que ya aludimos (§ 3.1) y que aquí se aprecia nítidamente. Por otro lado, vemos que ante la pasividad del condestable, el fraile que acompaña a fray Alonso le recuerda las iglesias de las que tiene cargo, que

¹⁵¹¹ En FORONDA Y AQUILERA, 1902: 178-179.

es la cuestión que preocupa al relator de dicha historia. Por ello, vemos que en estos momentos se podía tratar de obtener algún beneficio dado el estado de ánimo del reo, aunque no fuese el objetivo primordial, que sería la salvación del alma de aquél que tenía cuestiones todavía pendientes de resolver. Algo similar veremos en el caso de Enrique IV poco más abajo.

Pérez de Guzmán relata las últimas horas del condestable y la intervención de Alonso de Espina del siguiente modo:

E como quier quel Maestre sospechó que por daño de su persona le mandaba el Rey llevar, pero con buen esfuerzo disimulolo, e así lo sacó Diego Destúñiga del castillo de Portillo muy bien acompañado de gente de armas y de pie. E yendo así su camino, cerca de la villa de Tudela salieron al camino ciertos Frayles del Abrojo, los quales eran el Maestro Fray Alonso de Espina e otro compañero suyo, y llegaron a hablar con el Maestre, e como le saludaron, luego el Maestre tomó gran sospecha a qué venían, e desque se apartaron con él, dixéronle que mirase bien que este mundo daba el gualardón a los que le servían, e que creían quél había servido al mundo, e por eso el mundo le daba el gualardón; pero que mirase bien que este mundo era sueño, e que muchos Santos pro servicio de Nuestro Señor habían seydo martirizados, y que creyese que Nuestro Señor le quería dar este martyrio por salvación de su ánima. E hablando con él destas cosas santas y devotas, llegaron a Valladolid [...] E de la casa de Alosno Pérez esa noche le pasaron a la casa de Alonso Destúñiga, donde toda la noche estuvieron con él aquellos Frayles, consolándole e diciéndole que muriese como christiano, esperando que Dios habría piedad de su ánima. E otro día muy en amanesciendo, oyó misa muy devotamente, e rescibió el cuerpo de Nuestro Señor [...] E después que esto fue hecho cavalgó en una mula [...] E así lo llevaron por la cal de Francos, e por la Costanilla, hasta que llegaron a la plaza donde estaba hecho un cadahalso alto de madera, e todavía los Frayles iban juntos con él, esforzándole que muriese con Dios [...] e desque subió encima, vido un tapete tendido, e una cruz delante, e ciertas antorchas encendidas, e un garavato de fierro fincado en un

madero, e luego fincó las rodillas e adoró la cruz, e después levantóse en pie, y paseóse dos veces por el cadahalso [...] e todavía los Frayles estaban juntos con él, diciéndole que no se acordase de su gran eestado e señorío, e que muriese como buen christiano. Él les respondió que así lo hacía, e que fuesen ciertos que en la fe parecía a los Santos Mártires¹⁵¹²

Como vemos, fray Alonso pareció dar sinceras muestras de preocupación por la salvación del alma de don Álvaro. Aunque pueden ser resultado de la imaginación del cronista, es posible también que las palabras “dixéronle que mirase bien que este mundo daba el gualardón [...]que Nuestro Señor le quería dar este martyrio por salvación de su ánima” arriba citadas fuesen pronunciadas por fray Alfonso, con lo que tenemos otro testimonio del discurso moral y penitencial en lo que se refiere al primer punto del poder pastoral formulado por Foucault. Es llamativa la idea de que la vida es sueño, en un sentido quizá calderoniano, y cómo los bienes de este mundo son necedad frente al galardón eterno. Hay así un discurso de relativización del poder terrenal frente a la idea de la salvación, que tanto fray Alonso y otros confesores hubieron de transmitir a los reyes. Lejos de vanalizar el ejercicio del poder real, los confesores tratarían de esta manera de defender la idea del buen ejercicio del poder real en su causa final, como es hacer el bien a la comunidad política y el premio eterno recibido por Dios por tal motivo. Alonso de Espina, en cierta forma, conlosaría al prepotente don Álvaro indicándole que la aparente desgracia no era más que la pérdida de lo que le podía llevar a la perdición del alma, y que estaba en momento de reconciliar su alma con Dios. Así, el confesor se convierte en un personaje irreemplazable en el

¹⁵¹² PÉREZ DE GUZMÁN, 1887a: 683

ars moriendi de los poderosos. Fray Alonso, como vemos en la crónica, siguió acompañando al condestable hasta el cadalso “diciéndole que no se acordase de su gran eestado e señorío, e que muriese como buen christiano”.

La respuesta de don Álvaro a estas admoniciones sería “que así lo hacía, e que fuesen ciertos que en la fe parecía a los Santos Mártires”. En las fuentes que hemos leído hasta ahora, apenas se ve la actitud de don Álvaro, los confesores parecen tener la iniciativa para ayudarle a bien morir. Hemos visto incluso en el relato de Alfonso de Quiriales que el propio don Álvaro reconoció “que no era en sus seso”, quizá impresionado todavía con la idea de que su muerte era inminente e inexorable. La crónica de don Álvaro de Luna, por el contrario, exalta su figura por la serenidad que presenta ante la muerte. Vuelve a parecer la mención a fray Alonso de Espina:

Lo qual todo puesto así en efecto, el religioso se apartó de entre los otros con el bienaventurado Maestre a le fablar; e anteponiendo en su fablar algunas cosas a manera de arenga, segúnd que por çierto el religioso lo sabía bien fazer, ca era grand predicador, finalmente él le notifica por las mejores e más consolatorias palabras que puede, cómo le lievan a le dar muerte, exortándole que como católico e fiel cristiano se esfuerçe en la santa e verdadera Fe de Jesu-Christo, e manifieste sus pecados, e aya arrepentimiento dellos, e los confiese con la mayor contricçión que podrá. El bienaventurado Maestre, oydo lo que el venerable religioso le ovo fablado, él ge lo agradesció muy mucho, e dió un grand suspiro, alçando los ojos al çielo, e non dixo otra cosa salbo:

-¡Bendito seas tú, Señor, que riges e gobiernas el mundo! E consiguientemente rogó con mucha afición al religioso que no lo dexase ni se partiesse dél fasta el paso de la muerte, de lo qual el honesto religioso lo fizo seguro, e con esto él fué muy contento e consolado. E allí por el camino donde

yban, yba el Maestre escodriñando su conçiencia, e començó de fablar con el maestro Alfonso Espina en penitençia , e de le confesar e manifestar sus pecados, en tanto quanto por entonce duró el caminar, que serían casi dos leguas de camino, las quales andovieron mucho a paso, e de grand bagar, fablando todavía en su confesión, e mostrando el bienaventurado Maestre grand contrición de sus errores. E después que ya eran çerca de la villa, casi a la entrada della, dexando a la hora de más fablar en el sacramento de la confesión, non se parten de acerca dél quel venerable religioso, e otro conpañero suyo, e liévalo Diego López de Estúñiga a aposentar a unas casa [...] e ruega el mismo Diego López a los religiosos que non se paran dél, mas que queden por aquella noche en su conpañía, lo qual ellos otorgaron de grado, e así lo fizieron.

E por çierto fué muy poco el su dormir de todos tres en toda ella, ordenando todavía el bienaventurado Maestre su alma, e descargando su conçiencia, ordenando otrosí su testamento¹⁵¹³

La noticia de que don Álvaro no quiso que se apartara de su conpañía fray Alonso nos parece cierta dada su reiteración, y muestra la valoración dada al confesor en un momento tan decisivo. Llama por otro lado la atención la mención de que fray Alonso sabía hablar muy bien, dada su condición de buen predicador, que como vemos aplicó al caso concreto de la confesión, y de este modo podemos pensar que confesores como fray Luis de Valladolid o fray Alonso de Palenzuela hubieron de poner en práctica en la confesión su capacidad retórica que comprobamos en los textos que nos han llegado. Volviendo al relato, vemos que don Álvaro “escudriñó” su conciencia y en el secreto de la confesión hubo de sincerarse por completo con el confesor, de lo que éste como es lógico nada refirió. Otro aspecto llamativo es la manera en que se llevó a cabo la confesión, caminando hasta Valladolid. Quizá los reyes no sólo se confesaban en el espacio de la Capilla

¹⁵¹³ *Crónica de don Álvaro de Luna*, 1940: 429-430

Real, sino que en los habituales y largos desplazamientos que debían hacer pudieron recurrir a este modo de limpiar su conciencia y buscar el consejo de su confesor, si éste los acompañaba. Por otro lado, llama la atención la larga duración de la confesión del condestable. Quizá don Álvaro, como hombre principal del reino, hubo de relatar a fray Alonso todas sus faltas no como mero cristiano, sino también como alto noble principal del reino, aspecto que analizaremos en el próximo apartado al tratar de la imagen moral del rey (§ 5.1).

En partes sucesivas del relato de la crónica de don Álvaro se refiere que cuando Diego López de Estúñiga fue a conducirlo hasta el cadalso, don Álvaro estaba hablando “con su confesor”¹⁵¹⁴ fray Alonso, el cual, junto al otro franciscano, lo acompañó hasta el lugar de la ejecución. En definitiva, los relatos la muerte de don Álvaro muestran la importancia del confesor en los últimos momentos de un poderoso, así como la actitud concreta de fray Alonso de Espina.

Alonso de Espina, aun siendo confesor de Enrique IV y sobrevivirle, no fue quien lo atendió en su lecho de muerto. Como sabemos fue el jerónimo fray Juan de Mazuela, que pensamos era confesor del rey ya antes de este momento, como en su momento dijimos (§ 2.5.1). Se han conservado dos versiones de su muerte que ofrecen imágenes contrapuestas. Por un lado, tenemos una imagen negativa que nos ofrecen Diego de Valera y la crónica anónima del rey. Una de las dos copia a la otra, pues los textos son casi idénticos salvo por algunas diferencias. Aquí copiamos la versión de la Crónica Anónima:

¹⁵¹⁴ *Ib.*: 431

E asy buuelto en su palacio con pocos de los a el mas llegados, estovo echado en su cama fallecido de todas sus fuerças, e como quiera que conosçiese ser çercano a su fin ninguna mençion fizo de se confesar ni de resçebir los catholicos sacramentos, ni tan poco de fazer testamento o codeçillo que es general costumbre de todos en tal tienpo fazer. E los que ende estavan apartavanse diziendo unos a otros que remedio se podria dar en tan gran presura, e como el fisico fuese preguntado con gran ynstancia dixese que le paresçia de aquella enfermedad, respondio que muy pocas oras al rey quedavan de vida, e luego unos fueron llamar al cardenal otros al marques otros al conde de Benavente otros a un devoto religioso llamado frey Juan de Maçuela que avia seydo prior en el monesterio de Santa Maria del Paso, el qual a muy gran priesa vino e conosçio el rey estar en el fin de sus dias, al qual amonesto dulce e sabiamente que recorriese a curar de su anima como ese fuese el mayor remedio que tenia e lo que mas le cunplie, lo qual oydo por el rey enmudesçio.

Estando en la cama mal vestido, no a la forma que los enfermos suelesn estar, teniendo calçados borzeguis e mostrava el resollo apresurado começadosele ya turbar la lengua, e como alguno de los que alli estavan le preguntase a quien dexava por heredera destos reynos o a su hermana o a su fija sospechosa respondio que Juan Gonçales su capellan sabia en esto su entençion, e como aquel religioso persuadido por el cardenal le requiriese que abiertamente dixese qual de las dos prinçesas dexava por heredera destos reynos ninguna cosa respondio.

Entonçe el devoto religioso le dixo: señor gravemente errays a Dios e mucho hofendeys a vuestros subditos en no declarar la verdad, que ya señor vos sabes e a todos es notorio que çerca de los Toros de Guisando en presençia de muchos de los grandes destos reynos en publico declarastes el adulterio de la reyna doña Juana e confesastes doña Juana su fija que ante de entonçe prinçesa mandastes llamar no ser fija vuestra mas conçevida de otro varon, lo qual bien se verifica por dos razones allende de vuestra confision, primera por vuestra notoria ynpotençia en el ayuntamiento de las mugeres, segunda por la disuluçion e conosçida ynfamia de la reyna doña Juana, vuestra muger, si tal se puede dezir. E alli en aquel general ayuntamiento jurastes e mandastes a todos jurar por

legítima sucesora heredera destos reynos e seorios a la señora princesa doña Ysabel vuestra hermana, e por tal en vuestra presencia por todos le fue besada la mano, e por eso señor vos requiero no querays callar la verdad como entre todos vuestros pecados este serie el mas detestable e mas enorme, como de todos los aviendo dellos verdadero arrepentimiento e deste nunca, pues por vuestro callar dexays llama encendida en que vuetros reynos ardan, e dareys lugar a los malos para perseverar en su acostumbrada tirania.

Oydas estas cosas por el rey ninguna cosa respondio, mas començo rebolverse en la cama e torçiendo la boca e los ojos, moviendo los braços a una parte e a otra començo de tremer, como ya su muerte fuese çercana. E luego fue mandado poner el altar pensando provocarlo a devoçion e ni por eso mostro señal de catholico ni menos arrepentimiento de sus culpas e pecados, e asi dende a poco espacio espiro poco ante que amanesçiese, en doze dias de dizienbre del año de Nuestro Redemptor de mill e quatrocientos e setenta e quatro años. Fue llevado su cuerpo a santa Maria del Paso sin ponpa alguna de las que se acostunbran fazer en el fallesçimiento de los grandes príncipes, e alli estovo depositado fasta que fue llevado a santa Maria de Guadalupe, donde oy esta sepultado çerca de la serenissima reyna doña Maria, su madre¹⁵¹⁵.

Frente a esta imagen, tenermos la del capellán del rey Diego Enríquez del Castillo:

Tornóse el Rey á Madrid con mas plascer que salud por la deliberacion del Marqués de Villena, deseando reposar para remediar su persona, que estaba flaca é muy debilitada de andar por los campos en tiempo de tanta frialdad, en el mes de Octubre é Noviembre. donde, creyendo descansar, cargó en él tan apoderadamente el mal de sus cámaras é gómito, que luego pareció ser mortal sin remedio alguno, en tanto grado que luego los físicos pronosticaron ser muy cercano su fin. Pero todavia acordaron de lo purgar un Domingo por la mañana,

¹⁵¹⁵ SÁNCHEZ-PARRA, 1991: 476-477.

é purgó livianamente, con que pareció en alguna manera sentirse mas aliviado, hasta que ovo comido, é dormió por espacio de una hora y media muy sosegadamente. E luego que despertó dióle un tan grand dolor de costado, y atn agudo que ningun reposo ni sosiego le dexaba tener; en tanto grado, que siempre le fué creciendo, ´nunca menguando, é duróle aquel dolor por espacio de diez horas. Estonces dixerón los físicos á los Señores que allí estaban, que eran el Cardenal y el Condestable y el Conde de Benavente y el marqués de villena con otros del Consejo, é muchos criados, é servidores suyos, que le suplicaban que le hiciesen luego confesar é ordenar su ánima, por quanto no tenia mas de tres horas de vida. Oydo aquesto, mandaron llamar á Fray Pedro Mazuelo, Prior de Sanct Gerónymo del Paso, con quien el Rey se confesó por espacio de una hora grande. E acabada la penitencia, el Religioso le dixo que mirase como disponia su ánima, é donde se mandaba enterrar, y el Rey respondió sosegadamente, que dexaba por sus Testamentarios y Albaceas al Cardenal de España, y al Duque de Arevalo, y al Marqués de Villena é al Conde de Benavente, é les encargaba sus consciencias; é mandaba que su cuerpo fuese llevado á Sancta María de Guadalupe, é lo enterrasen debaxo de la sepultura de la Reyna su madre doña María. E asimesmo mandaba que de sus joyas é tesoros fuesen pagados é satisfechos sus criados é servidores de lo que les era en cargo. Dicho aquesto, con muy poca pena espiró á las dos horas de la noche, que se contaron once días del mes de Diciembre, año del Nascimiento de nuestro Salvador Jesu-Christo, de mil é quatrocientos é setenta é quatro años [...] Quedó tan deshecho en las carnes, que no fué menester embalsamallo. Fué depositado por estones en el Monesterio de Sant Gerónymo del paso que él hizo, donde le fueron fechas señaladas obsequias segun que á Rey pertenescian¹⁵¹⁶.

Lo que interesa en la muerte de este rey es el papel que se le concede al confesor como influencia en las últimas voluntades regias. Hay otros casos que así nos lo indican, como el de Martín I, cuyo confesor hubo de

¹⁵¹⁶ ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, 1878: 221, cap. CLXVIII.

huir tras su muerte por temor a las iras del conde de Urgel¹⁵¹⁷. Ya vimos que en el caso de don Álvaro de Luna se le recordó la cuestión de una iglesia sobre las que tenía cargo y que Alonso de Quiriales quería recuperar para su comunidad. De todos modos, no podemos conocer con exactitud la realidad de la muerte del rey. Sobre que Mazuela intentara inclinar la voluntad regia a reconocer a Isabel como heredera de Castilla no podemos saber si es real o fruto de la propaganda isabelina posterior.

Por último, ya hemos visto algo la relación de la reina Isabel con la muerte y el papel que el confesor habría de jugar en la misma, con las cartas de Hernando de Talavera y en su testamento, que dio motivo para el magnífico cuadro de Eduardo Rosales. Antes de su propia muerte, hemos visto que la reina pudo, en palabras suyas, “prepararse a bien morir” tomando la advertencia de su experiencia personal con el atentado a su marido. También hubo de ser para ella un hecho de profundas conmociones la muerte de su hijo Juan.

En conclusión, vemos cómo el confesor real, en calidad de juez y médico espiritual (imágenes que analizaremos en § 5.2.1), jugó un papel relevante a nivel simbólico, político y espiritual en la muerte regia.

En relación con todo ello, los confesores no se limitaron a auxiliar a sus regios penitentes en el momento de su tránsito a la otra vida. Los reyes les confiaron además en muchos casos el cumplimiento de sus póstumas voluntades. Dictar testamento era un hecho de conciencia relacionado con la salvación¹⁵¹⁸ y por ello quizá la inclusión del confesor, tanto por ser una

¹⁵¹⁷ “En el momento de expiar el Rey Martín cundió en Valdoncella el terror entre todos los odiados por el Conde de Urgell. El Gobernador de Aragón, Gil Ruiz de Lihori [...] se sintió muy en peligro; con pretexto de dormir la siesta se retiró a su alcoba y, disfrazado de fraile, huyó con el confesor del Rey” (MENÉNDEZ PIDAL, 1964: XLIV).

¹⁵¹⁸ Por ejemplo, Pedro I decía en el preámbulo de su testamento (en el cual figura como testamentario frat Juan de Balbás, aunque no con el término de “confesor”): “En el nombre de Dios [...] seyendo sano del cuerpo, e en mi cumplida memoria, e temiendo la muert, de la qual ome del mundo non puede

persona de total confianza para el cumplimiento del testamento (aunque Fernando de Illescas y Juan Enríquez, como vimos, se eximieron de sus obligaciones como albaceas del difunto Enrique III, quizá porque nada podían hacer frente al poder de los regentes), como por el hecho de que la testación era un acto moral en buena medida, al hacer una justicia póstuma de la que un hombre como el confesor podía ser garante no sólo en lo que se refiere a su ejecución sino en la justicia de la misma.

Numéricamente, éstos son los datos de los confesores de los que sabemos que fueron albaceas testamentarios:

Tabla nº 1: Número de confesores que fueron albaceas testamentarios

Castilla (Borgoña)	Castilla (Trastámara)	Castilla (Reyes Católicos)	Aragón (Casa de Aragón)	Aragón (Trastámara)	Portugal	Navarra	Francia
3	3	3	2	2	0	2	9
Sobre un total de 14	Sobre total un de 25	Sobre un total de 13	Sobre un total de 23	Sobre un total de 17	Sobre un total de 28	Sobre un total de 10	Sobre un total de 25

escapar, e cobdiando por la mi alma en la más llana carrera que pude fallar por la llegar a la merced de Dios, por ende otorgo este mío Testamento, e ésta mi manda, en que ordeno fecho de mi cuerpo, e de mi alma, por mi alma salvar, e por facer heredero de mis Regnos” (LÓPEZ DE AYALA 1875: 593). Dejar todo bien arreglado era así una obligación del rey, para resarcir las deudas y dejar la paz y orden en el reino. Igualmente, Alfonso Pérez de Cusanza recibió el 28 de junio de 1425 capacidad para testar por una gracia del papa Martín V, el cual le señalaba: *concedimus facultatem [...] quod in eorumdem ecclesiasticorum dispositione bonorum iuxta quantitatem residui erga ecclesias a quibus eadem percepisti te liberalem exhibeas prout consciencia tibi dictauerit et anime tue saluti videris* (ASV: Reg. Lat., nº 251, f. 15r).

Gráfico nº 1: número de confesores que fueron albaceas testamentarios

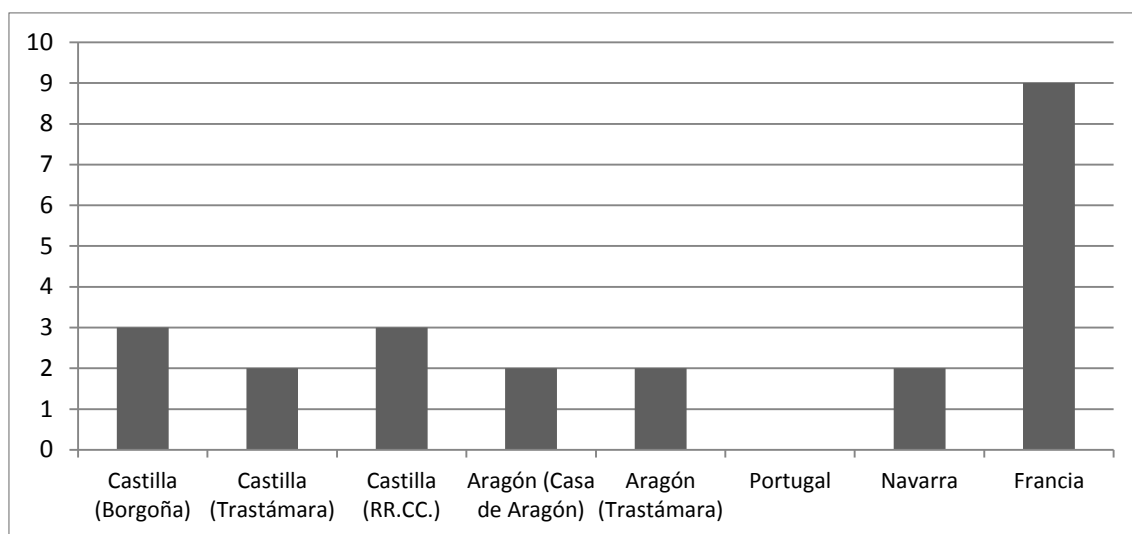


Gráfico nº 2: Número de confesores que fueron albaceas testamentarios respecto al resto de confesores reales

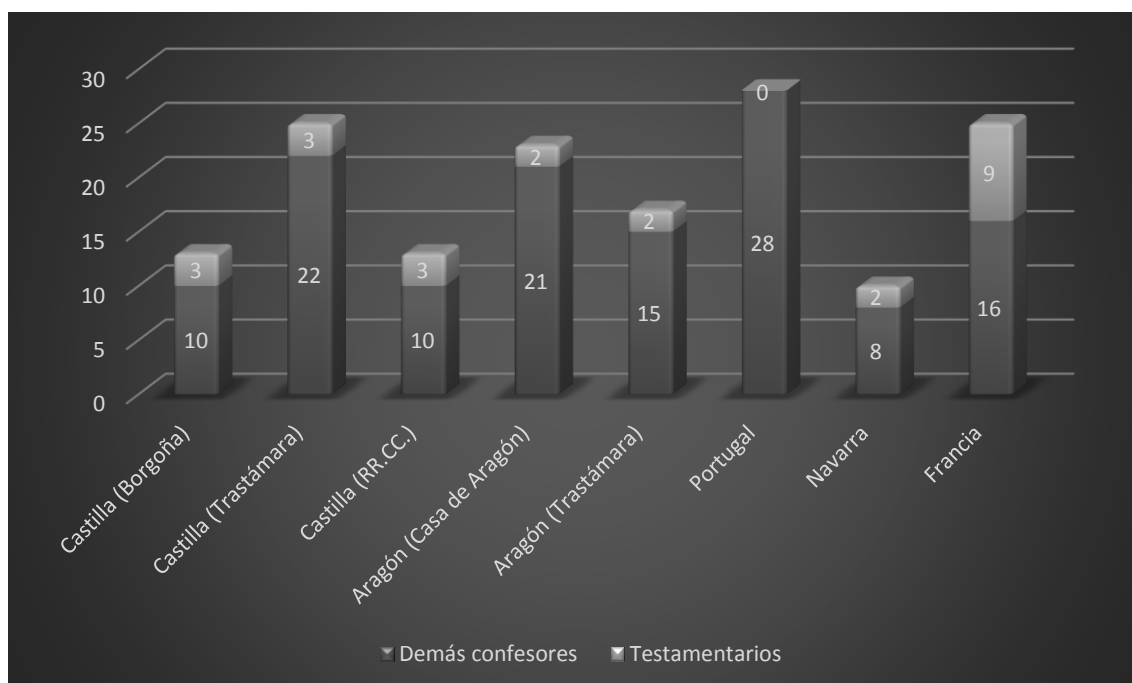
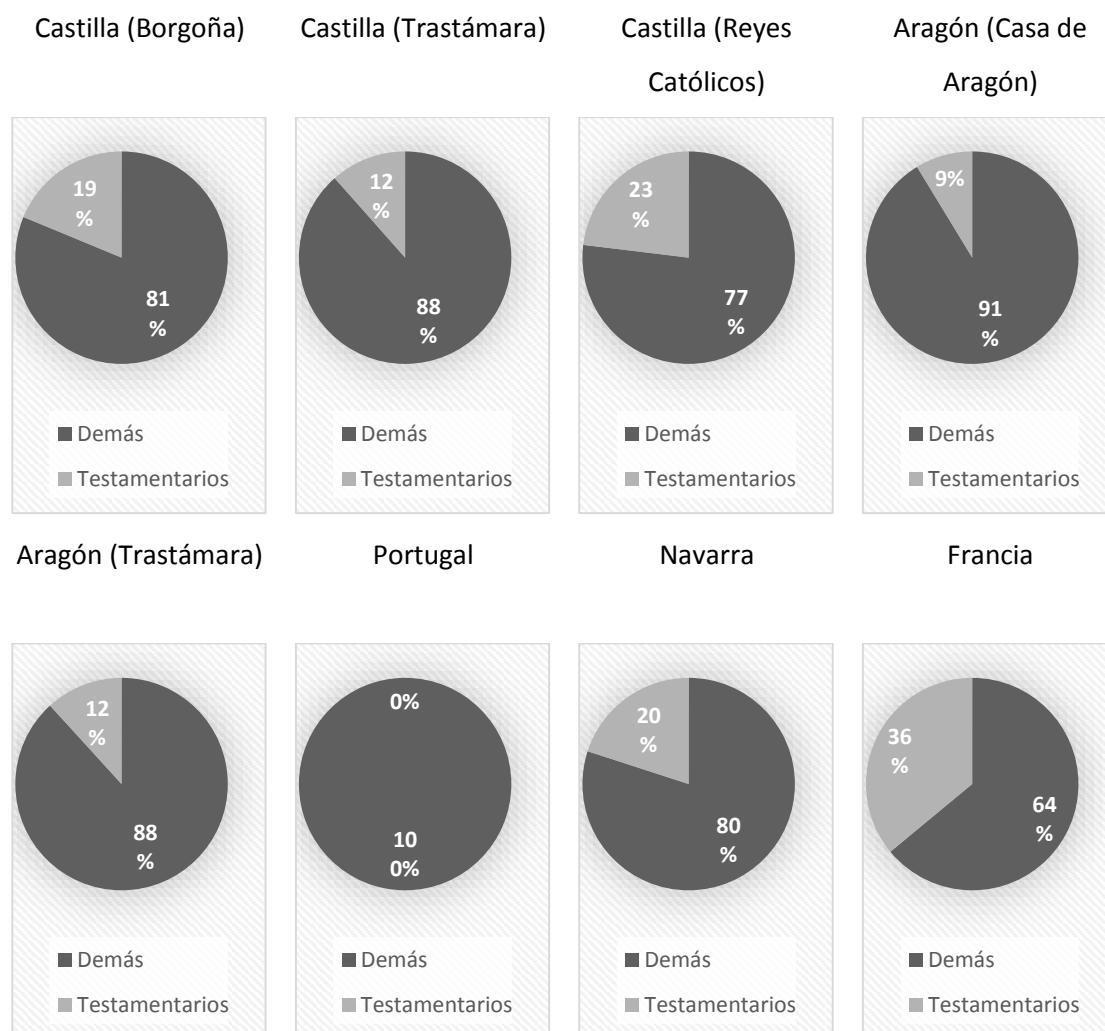


Gráfico nº 3: Porcentaje de confesores que fueron albaceas testamentarios sobre el total



Sólo tres confesores de los Trastámara fueron testamentarios: Fernando de Illescas (de Juan I y Enrique III), Juan Enríquez (de Enrique III) y Lope de Barrientos (de Juan II), seis si contamos el periodo de los Reyes Católicos. Como se puede apreciar, el caso de la Corona de Francia contrasta con el de los confesores peninsulares, tanto por el número como proporción de confesores a los que los reyes incluyeron como testamentarios. Casi en el otro extremo (después de Portugal, caso en el

que más bien no hay estudios al respecto, con lo que presumiblemente en el futuro se puede mostrar un número elevado de confesores testamentarios) está la Castilla de los Trastámara junto a la Corona de Aragón bajo la misma dinastía, por lo que los confesores castellanos no se caracterizaron por cumplir las voluntades póstumas de los reyes, que se encargaron a otros. Los dos testamentarios son Fernando de Illescas y Juan Enríquez respecto a Enrique III, quien dispuso en su testamento lo siguiente:

Otrosí, por quanto yo encomendé al Obispo de Mallorca, que suplicase á nuestro Señor el Papa por ciertas provisiones y traslaciones de ciertos Obispados , los quales quería que él hiciese por la forma que ge lo yo embié á suplicar, especialmente por Fray Juan Enriquez, Ministro Provincial, mi Confesor y del mi Consejo, é por Fray Alonso Pérez, Maestro en Teología, de la Orden de los Predicadores, ordeno y mando que los dichos Tutores supliquen afincadamente al dicho Señor Papa que las quiera hacer, é que no contradiga en cosa alguna de todo lo sobredicho, por quanto son personas buenas, y de quien yo tengo cargo

[...] Otrosí, ordeno é mando que den vistuario á todos los de la casa del dicho Príncipe, quando fuere Rey, así á los que agora son de la mi casa, que entonce serán de la suya, según que lo yo acostumbré de dar; é si algunas dudas remanescieren sobre lo contenido en este mi testamento, ó sobre alguna cosa ó parte dello, mando que lo declaren los dichos Obispo é Ministro y Confesor, que son informados de mi voluntad; y la declaración ó declaraciones que ellos hicieren en ello , mando que valan y sean firmes , así como si en este mi testamento expresamente fuesen contenidas ; pero que las dichas declaraciones no se entiendan á los capítulos que hablan de los dichos Tutores y Regidores, ca quiero é ordeno que estén y se guarden en la forma en ellos contenida¹⁵¹⁹.

¹⁵¹⁹ Adiciones a la *Crónica del rey don Enrique tercero*, 1877: 269.

El rey confió en su confesor Juan Enríquez, y en su antiguo confesor Fernando de Illescas (aunque en este texto no se le menciona, habiendo sido testamentario de Juan I de manera efectiva y en calidad de confesor) el cumplimiento de lo arriba prescrito. Como hemos dicho antes, ambos acabaron eximiéndose de dicha responsabilidad, con lo que el papel de los confesores reales en la Casa de Trastámara es casi nulo. Caso distinto es el de los Reyes Católicos. En el caso de Isabel I, Diego de Deza fue encargado, entre otros testamentarios, de hacerse cargo del pago de nóminas a las servidoras de la difunta reina, si bien el documento es dirigido a Ochoa de Landa de parte de Fernando el Católico¹⁵²⁰. Al no figurar un testamentario como Cisneros, podemos pensar que en realidad el encargo a Deza se hizo no en virtud de la confianza de la reina hacia él, sino la confianza del propio Fernando, su confesando, aunque recordemos las sospechas de si llegó a ser confesor de la reina. Sin embargo, sí hay otro documento en el que Fernando el Católico encarga a Ochoa de Landa “que los muy Reverendos in Christo padres arzobispos de Toledo e de Sevilla testamentarios dela serenísima Rreyna” reciban 300.900 maravedíes para la celebración de las 17.300 misas de las 20.000 que la reina había encargado en su testamento en ayuda de su alma¹⁵²¹. Se dice en el documento, en efecto, que Cisneros y Deza, o aquéllos que ellos designen, reciban el dinero para administrarlo.

¹⁵²⁰ Así, el documento está firmado por Diego de Deza (“*D[idacus] Electus Hispalen[sis]*”) -AGS: CSR, leg. 3, nº 44, f. 1r-)

¹⁵²¹ AGS: CSR, leg. 4, nº 348, f. 1r. Así, hay documentos que reflejan la ejecución por parte de Deza y Cisneros del reparto de dicha limosna, como la concesión, por parte de Deza, a fray Gregorio de Salamanca, prior de Santi Lfonso de Toro de 119.000 maravedis para la celebración de 7.000 misas (AGS: CSR, leg. 5, nº 302, f. 1r). En el verso, el mencionado fray Gregorio acusa el recibo del dinero, señalando que le ha sido dado por los dos arzobispos. Subsidiariamente, fray Juan de Tolosa, como Provincial de los franciscanos también destinaría la limosna pedía a Ochoa de Landa la concesión de cinco mil maravedíes por trescientas misas de las que encargara Isabel al monasterio de Nuestra Señora de Aránzazu (AGS: CSR, leg. 5, nº 304, f. 1r; AGS: CSR, leg. 9, nº 304). La concesión a Juan de Tolosa estaría mediatizada por la autoridad de Cisneros y Deza, ya que Fernando el Católico le encargaba a Ochoa de Landa que pagase a ellos “o qualquier dellos vos enviare mandar por sus nóminas o çedulas firmadas de sus nombres [...] para

Pese a esta escasez de confesores en calidad de testamentarios, hay otros datos que pueden incorporarse para mostrar la importancia que tuvieron como cumplidores de las últimas voluntades de los reyes. Por ejemplo, notemos que fueron tres los confesores que fueron llamados a gobernar el reino: Lope de Barrientos y Gonzalo de Illescas en los últimos tiempos de Juan II y Francisco Jiménez de Cisneros tras la muerte de Fernando *el Católico*. Ciertamente, este último caso no es del todo apropiado para nuestra consideración, ya que no fue llamado a regir el reino por designio de Isabel I y tras su muerte. Así, su condición de regente quizá se debió más a su categoría como arzobispo de Toledo, si bien, como vimos, alcanzó tal dignidad debido a su función como confesor real. En el caso de Juan II, por el contrario, es totalmente significativo que sus confesores (uno de los cuales fue nombrado cumplidor de su testamento) fuesen los encargados de hacerse con las riendas del reino, aunque por poco tiempo. Sin duda, Juan II confiaba en estos dos individuos que muy probablemente le asistieron a bien morir (al menos Gonzalo de Illescas) y que le conocían bien. El rey creía saber que, tras su muerte, los asuntos de la Corona quedaban en buenas manos. Igualmente, en tiempos de Alfonso XI, el obispo de Lugo (que era el confesor de Fernando IV fray Juan Hernández) figuraba en las Cortes de Palencia de 1313¹⁵²² tras la muerte de

[...] los monesterios que a ellos les paresçiere venynte mill misas que su Señoría [la reina Isabel] por una clausula de su testamento mandó” (AGS: CSR, leg. 5, nº 305, fol. 1r).

¹⁵²² “En el nonbre de Dios amen. Sepan quantos este quaderno vieren commo yo inffante don Johan ffijo del muy noble Rey don Alffonso e sennor de Vizcaya estando en villa Moriel venieron amí caualleros e ommes buenos personeros delos conçeios delos rregnos de Castiella e de Leon e delas Estremaduras e del rregno de Gallizia e delas Asturias e ffueron ajuntados enla çibdat de Palençia acortes por cartas de nuestro sennor el Rey don Alffonso e delas rreynas e delos inffantes e rricos ommes e delas hermandades de Castiella e de León que sse ajuntaron enla dicha çibdat para fazer tutor para guarda de nuestro sennor el Rey don Alffonso ffijo del Rey don Ffernando [...] e dixieron me en commo ellos sseyendo ajuntados [...] me elegieron por tuturo del Rey don Alffonso mio ssobrino e por guarda delo ssos rregnos e la qual eleccïon otorgaron e la Reyna donna Costança e el inffante don Ffelipe e don Gonçalo obispo de Orens e don ffrey Johan obispo de Lugo por ssi e por otros obispos, cuyo poder ellos auian” (*Cortes*, 1861: 221-222).

Fernando IV, como uno de los garantes de las voluntades póstumas de un rey que, como vimos, murió inesperadamente y sin poder prepararse. Esta idea de un testamento regio en el que se busca la estabilidad política lo encontramos en el caso de Enrique III¹⁵²³, que como vimos dispuso un confesor para su hijo. Igualmente, aunque también excede en algo el periodo de nuestra investigación, da la sensación de que Fernando el Católico dispuso que su confesor Tomás de Matienzo lo fuera de su hija Juana I, como medio de mayor control sobre ella¹⁵²⁴ (aunque fray Tomás no sobreviviría mucho al rey). Esto se podría decir también, en cierto modo, de fray Juan de Ávila cuyas cartas, dirigidas a Carlos I, se conservan en Simancas y nos permiten apreciar cómo era una persona que cuidaba de la reina e informaba a su hijo sobre el estado de la misma¹⁵²⁵.

Por último, hemos de recordar aquí los confesores que los reyes legaron a sus hijos, como Raimundo de Losana (Fernando III a Alfonso X), Fernando de Illescas (Juan I a Enrique III) Alfonso de Alcocer (Enrique III a Juan II) o Lope de Barrientos (Juan II a Enrique IV). En estos casos, nos parece que los reyes quisieron que alguien en quien confiaban de veras

¹⁵²³ En dicho testamento, según Luis Suárez, se tomaron “curiosas precauciones para equilibrar influencias y salvar el trono a su hijo Juan [...] El testamento es muy importante como muestra del concepto que Enrique III tenía de su gobierno y también de las dificultades que el establecimiento de la futura regencia había de soslayar” (SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1964: 29). No obstante, el autor ignora entre los agentes que cuidarían del joven rey a su confesor, mencionando tan solo a los regentes, custodios y maestro (Pablo de Santa María), aunque sí menciona a los otros confesores del rey aun en calidad de diplomáticos: fray Juan Enríquez y fray Fernando de Illescas “como consejeros y como diplomáticos”.

¹⁵²⁴ En un documento el rey, de un modo que podemos llamar paternalista, dispone el pago a Tomás de Matienzo de las raciones de su cargo como confesor: “El Rrey. Ochoa de Landa, yo vos mando que de qualesquier maravedís de vuestro cargo dela Sereníssima Rreina e prinçesa mi muy cara e muy amada hija dedes e paguedes a fray Tomás de Matienço su confesor quarenta ducados de oro e noventa delos maravedís que oviere de aver de su Rraçión e quitaçión [...] en la çibdad de Burgos a diez días del mes de junio de quinientos e ocho años” (AGS: CSR, leg. 14, nº 4, f. 1r).

¹⁵²⁵ Las cartas conservadas son ocho (AGS: EST, ; leg. 5, nº 313; y leg. 8, nºs 52, 55, 75, 124, 133, 143 y 192). Todas ellas terminan con la firma “ffrey Juan de Ávila, confessor” (salvo la del legajo 5, aunque, como en el resto, se califica como capellán). En dichas cartas (fechadas de enero a octubre, pero sin especificar el año) fray Juan reivindica ante la que llama “sacra çesárea e muy cathólica majestad” de Carlos V que ha sido, por muchos años, un fiel servidor de la reina y de la infanta, actuando como capellán y confesor. En algunas pide alguna merced, en otras informa sobre la situación de la reina y en otras se queja de lo que él entiende algunas injusticias que se cometen contra él.

velasen por la rectitud de sus herederos y les asistieran con sus sabios consejos, lo cual es especialmente relevante en el caso de Juan II, que era un menor de edad cuando su padre murió.

QUINTA PARTE:

IMÁGENES E IDEALES DE LA RELACIÓN REY-CONFESOR.

5.1. LA IMAGEN PENITENCIAL DEL REY.

En el apartado III hemos establecido la noción del discurso penitencial y las bases del ejercicio del poder pastoral del confesor. Señalamos en su momento cómo los confesores, investidos de la autoridad sacerdotal, hubieron de actuar en el campo de la conciencia privada del rey como médicos y jueces espirituales. De esta manera, recordamos, no sólo hubieron de contribuir a la configuración ideológica de la Monarquía ofreciendo ideas útiles a la causa regia, sino que, en sentido inverso, esas mismas ideas hubieron de ser propuestas al rey para que éste las asumiese como propias.

El segundo punto de definición del poder pastoral de Michel Foucault habla del sacrificio de sí mismo. Con ello, el autor francés trata de expresar la idea de que el cristianismo establece la necesidad de renunciar a muchas de las propias inclinaciones en aras de la salvación eterna. Esta cuestión nos parece de suma complejidad y no vamos a entrar a valorarla. Tan sólo tomamos un principio con el que sí que estamos de acuerdo: la moral o ética, sobre todo la de signo cristiano, exige adecuar la propia conducta conforme a una serie de valores, y, por tanto, supone un límite a la voluntad de poder o la tendencia incontrolada de las pasiones. Como señaló José Manuel Nieto, el rey, investido del poder real por la gracia de Dios, estaba obligado por ello mismo a una *imitatio Dei*, a conformar su conducta, lo que podemos decir se dio en la práctica en reyes como Juan I, Enrique III o Isabel

¹⁵²⁶. Es en este punto donde la función de confesor real, a nuestro entender, adquirió su razón de ser así como su particularidad.

La literatura penitencial prestó mucha atención al estado del penitente para discernir el grado de responsabilidad moral¹⁵²⁷. No es lo mismo un mismo pecado cometido por un laico que por un clérigo, por un hombre casado que soltero, etc. Hay “circunstancias agravantes”¹⁵²⁸. A este respecto, no es lo mismo pecar teniendo una autoridad civil que no teniéndola, y por ello los reyes debían cuidarse del pecado, ya que sus faltas podían tener consecuencias más graves en la vida del reino que la de un humilde súbdito, tanto por la gravedad de sus decisiones para el conjunto de la comunidad política como por la responsabilidad que podía tener en la conducta general del pueblo como referente que era¹⁵²⁹. Por ello, fray Juan García de Castrogeriz señalaba que si el rey había sido malo sería el primero en sufrir las penas del infierno, y del mismo modo Isabel I indicaba en su testamento cómo el juicio divino era más riguroso con los poderosos. En esta misma línea, Lope de Barrientos le había indicado a Juan II que le escribía el *Tractado de Caso e fortuna* “por cunplir tu soberano mandamiento y perpetuar por escriptura el tu alto y muy noble deseo de

¹⁵²⁶ Vid. RUBIAL, 2001: 355.

¹⁵²⁷ Alfonso de Palenzuela manifestaría a Juan II en su *homiliario*: “Ca los pecados cometidos non son en todos de agraviar egualmente, ca la escriptura dize: «los poderosos poderosa mente serán atormentados». E el que conosció la voluntad de su señor e non la faze será ferido de grandes açotes” (Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4: f. 7v).

¹⁵²⁸ LOCHRIE, 1999: 33.

¹⁵²⁹ “La ejemplariedad y al mismo tiempo el ejercicio de la autoridad, es decir la sugestión moral y la imposición material se fundieron íntimamente en el acto de imperar. Pero siempre fue por delante el modelo. Esto lo expresó con gran acierto Juan de Lucena, autor de la *Vita Beata* impresa en Zamora en 1483, en su *Epístola exhortatoria a las letras*, cuando dice: «Lo que los Reyes facen, bueno o malo, todos ensayamos de lo facer. ¿Jugaba el Rey? [Enrique IV]. Eramos todos tahures. ¿Estudia la Reina? [Isabel la Católica]. Somos agora estudiantes»” (ALDEA, 1995: 31). Igualmente, en las Partidas (II, título V, ley IV) leemos: “Los reyes [...] son como espejo en que los homes veen su semejanza de apostura” (en RUBIO MORENO, 1991: 255). De hecho, en la literatura alfonsí, se llegaría a plantear que el pecado del rey podía tener graves consecuencias en el reino. Partiendo de la influencia bíblica y de Paulo Orosio (justicia divina inmanente, solidaridad moral y espiritual del grupo en la primera fuente y agustinismo político en la segunda) se ven estos elementos en la *Estoria de España* (vid. GRACIA, 2000).

querer saber, en lo qual se muestra la tu rreal condiçión porque la los rreyes y príncipes pertenesçe saber más altas cosas y más nobles a otra persona alguna”¹⁵³⁰.

Ante esta necesidad de discernir lo que es buen gobernar, encontramos en algunos de los manuales apartados específicos a los pecados de príncipes y señores. Ello responde a la característica de la literatura penitencial de distinguir “casos de conciencia” y la agrupación en casos específicos que se componen como una lista de problemas jurídico-morales¹⁵³¹. Algunos de estos manuales, ya lo vimos (§ 3.2), formaban parte de las bibliotecas de los confesores reales. En efecto, los confesores reales hubieron de ayudar al rey a conformar su conducta respecto a las exigencias morales derivadas del mismo. El rey debía saber las particularidades morales de su oficio, esto es, el de reinar¹⁵³². La pregunta que ahora nos podemos plantear es qué conductas determinadas estaban llamados a seguir los monarcas, así como de qué manera podemos saberlo. Para ello, como ya expusimos, contamos con las diversas fuentes que hemos descrito anteriormente y el marco teórico del discurso moral y penitencial (§ 3), que ya hemos empezado a exponer en relación con la salvación del alma regia (§ 4).

Dada la heterogeneidad de los contenidos vamos a tratar de sistematizar la imagen penitencial del rey (parte nuclear del discurso penitencial) conforme a las ideas manifestadas en las fuentes penitenciales por antonomasia: los manuales de confesores. En algunos de estos textos

¹⁵³⁰ BARRIENTOS, 2006: 37. Como indica Soto Rábanos (2006: 444): “la apariencia, el escándalo, el matiz de exteriorización, que se da en los pecados *externos*, resulta ser una circunstancia agravante objetiva, que se tiene en cuenta para la estimación moral y, en consecuencia penal, del acto pecaminoso. En cierto modo se puede hablar de una *socialización* del pecado, de una *juridización*, de una *desteologización*”.

¹⁵³¹ MICHAUD-QUANTIN, 1962: 52.

¹⁵³² La ignorancia de las verdades morales en el desempeño de un oficio eran condenadas como falta muy grave por Hernando de Talaver (TALAVERA, 1911a: 5-6).

se hallan apartados específicos sobre la moralidad de los príncipes y señores. En concreto, dedican un espacio propio el *Libro de las Confesiones* de Martín Pérez (así como su *Confesionario*¹⁵³³) y el *Confessionale* de san Antonino de Florencia (manejado por Hernando de Talavera), aspecto que ya ha sido valorado desde el punto de vista historiográfico¹⁵³⁴. Ambos libros, además, se sitúan cronológicamente en el principio y en el final del periodo que es objeto de nuestro estudio, con lo que en cierto modo abarcan toda la época. Las diferencias, de hecho, no son sólo cronológicas, y así ambas obras responden, podríamos decir, a coordenadas culturales diversas. Así, el *Libro de las Confesiones* de Martín Pérez bebe de fuentes nítidamente medievales y agustinianas¹⁵³⁵. Recordemos la diferencia entre la biblioteca de Gonzalo de Illescas, nutrida con libros de derecho, manuales de confesores y obras morales de la tradición plenomedieval (entre las que se incluía precisamente el *Libro de las confesiones*) y la biblioteca de fray Hernando de Talavera, el cual “es un excelente ejemplo de cómo tradición y novedad influyeron en la creación de la nueva monarquía” que se reflejaría en su biblioteca¹⁵³⁶. En esta biblioteca estaba, como ya dijimos, la obra de san Antonino, redactada en el contexto de la Italia prerrenacentista.

Basándonos en estas obras, podemos ver los puntos esenciales de la imagen penitencial del rey. En ellos, podemos agrupar las concepciones

¹⁵³³ THIEULIN-PARDO, 2012b: § 66-67.

¹⁵³⁴ “Un cierto número de ellos [los manuales de confesores], yo diría que los más atractivos para el lector contemporáneo, contienen un examen de pecados según estados y condiciones de vida, esto es, pasan revista, ateniéndose o no a un orden jerárquico, al estamento clerical [...] al estamento seglar con poder temporal (emperador, reyes y señores)” (FRAMIÑÁN, 2005: 251).

¹⁵³⁵ “El autor del *Libro de las confesiones* se muestra fiel seguidor de la síntesis buenaventuriana. Lo que le caracteriza es la concepción de una *societas* determinada junto con una filosofía de la historia que presenta a aquélla como la culminación del desarrollo espiritual del hombre. Su tipo de sociedad se halla impregnada profundamente por unas ideas teológicas y religiosas sin solución de continuidad con el agustinismo” (HERNANDO, 1981: 94).

¹⁵³⁶ IANNUZZI, 2009: 99

morales en los siguientes temas: la legitimidad del poder regio, la exacción fiscal, la responsabilidad del rey cristianísimo y la guerra. Éstos serían los campos donde la moralidad del rey tenía tintes particulares respecto al otros fieles cristianos, por su condición de gobernante. También podemos decir que en todos estos temas abarcan todos los campos de acción de la vida del rey. La legitimidad nos remite al derecho de acceso al trono. Es una cuestión interesante para nuestro caso, y que el periodo abarcado empieza y termina con dos conflictos sucesorios (Pedro/Enrique II, Enrique IV/ Isabel I). Pero, como veremos, la legitimidad no se refiere exclusivamente al derecho sucesorio, sino a la legitimidad de ejercicio, en la que la moralidad y rectitud de vida personal del rey esta implicada. En este sentido, la vida moral del rey no habría de diferir de la del resto de los cristianos pero, dado que se trata del monarca, el ejercicio correcto del poder no pasa sólo por la rectitud y piedad personal del rey (base no obstante para cualquier acción ulterior), sino también por el desempeño apropiado de las tareas como monarca¹⁵³⁷. Repetimos por tanto que, conforme a lo que nos refieren las fuentes para el discurso moral y penitencial, se refieren a la exacción fiscal (el derecho de reclamar tributos y contribuciones para poder administrar el reino), el cuidado religioso de la comunidad política y la defensa mediante la guerra.

- *La legitimidad del poder: origen y ejercicio.*

Nieto Soria mostró cómo la Corona de Castilla, lejos de basarse en una mera legitimidad de tipo militar, la fundamentó también con elementos

¹⁵³⁷ "Siendo el rey cristiano, debe gobernar en cristiano, y su confesor está ahí para recordárselo. ¿Cómo podría abstenerse de "hacer política"? El rey debe ajustar todos actos conforme a su fe, tanto los actos de su vida privada como los de su vida pública" (MINOIS, 1988: 13)

sacralizadores y una ideología política¹⁵³⁸. En este sentido, desde el momento en que los aspectos morales desempeñaron un papel en la legitimidad política de los reyes, estos aspectos forman parte del discurso moral y penitencial. Concretando ya en los posibles pecados específicos de los reyes, Martín Pérez dedica a esta cuestión el epígrafe 123 de la segunda parte del *Libro de las Confesiones*, y comienza señalando que “a los reyes a los príncipes e los cavalleros e a los señores qualesquier que tengan señorío tenporal sobre los omes, demandaras tu, confesor, si ovo el reynado e el señorío por engaño o por fuerça o en otra manera, qualquier que sea, sin derecho, o otra villa o castillo o casa o hereditat”¹⁵³⁹. La primera idea se refiere por tanto a la legitimidad de origen del poder real, que éste no haya sido tomado por la fuerza o por vía ilícita. En el *Confessionale* de san Antonino de Florencia es también la primera pregunta que se ha de hacer a un príncipe o señor¹⁵⁴⁰.

Es llamativo en este punto el contraste con la realidad. Así, encontramos confesores colaborando en el ascenso al poder de Enrique de Trastámara y de la princesa Isabel, la cual estaba cuando menos bajo lo que Ana Isabel Carrasco ha denominado la “sombra de la ilegitimidad”¹⁵⁴¹. No obstante, en este punto es importante indicar que, de acuerdo a la doctrina contenida en las fuentes que manejamos, podrían considerarse a sus contrarios (Pedro I en el primer caso y Enrique IV y su decisión de dejar el trono a su hija Juana en el segundo) como monarcas desacreditados por vía no del origen, sino del comportamiento impropio de un monarca, ya que no

¹⁵³⁸ Vid. NIETO, 1992: 9ss.

¹⁵³⁹ PÉREZ, 2002: 416.

¹⁵⁴⁰ “¿Ganastes alguna dignidad o regimiento o señorío de alguna villa o castillo por fuerça o por engaño contra derecho, no haviendo a ello justo título? Si assí hovo alguna delas cosas susodichas pecó mortalmente, y mientra lo tiene siempre está en pecado mortal. Pero si después ganó alo tal justo título, puédelo tener y poseer con buena consciencia” (FLORENCIA, 1499: f. 61v).

¹⁵⁴¹ Vid. CARRASCO, 2006

habrían cumplido con las exigencias morales a las que aludíamos en el principio de este apartado. Hablamos por tanto no sólo de la legitimidad de origen sino también de la de ejercicio, que puede desacreditar a un rey y por tanto legitimar a su contrincante. Por ello, comentando la carta de fray Hernando al joven Fernando el Católico, Biersack habla del concepto de “la nobleza por virtud” que el jerónimo trataría de transmitir al rey¹⁵⁴².

Es interesante consultar a este respecto las *Glosas castellanas al Regimiento de Príncipes*. Si confrontamos los contenidos de esta obra con la imagen de Pedro I veremos que hay una casi constante antítesis entre ambas. Ciertamente, la imagen que de este rey nos ha llegado fue construida en época de los Trastámara de manera interesada. No obstante, aun en este caso veríamos un recurso al ideal moral del *Regimiento* y otros textos para crear una imagen inmoral del rey que utilizar en su contra. Fijémonos por ejemplo en la muerte del monarca. Hemos de considerar que la muerte del rey tuvo un valor propagandístico de gran importancia, por cuanto se tendió a considerar (o hacer ver) que el modo de morir era consecuencia de la vida que se había llevado.

Acorde con la fama de Pedro I, éste tuvo una pésima muerte. Pedro López de Ayala introduce en su crónica una noticia sobre una profecía del mago Merlín, de la que Pedro I pidió una interpretación a un sabio granadino. Dicha interpretación ponía de manifiesto que el rey, llevado de su codicia, así como de su falta de amor a los súbditos, acabaría abandonado de todos y muriendo en un lugar recóndito. No se puede demostrar en ningún caso que López de Ayala tuviera como referencia el *Regimiento de Príncipes* para elaborar este discurso, pero sí podemos pensar, al menos, que el discurso moral contenido en el mismo se aplicó

¹⁵⁴² BIRSACK, 2011: 161

exactamente para deslegitimar precisamente al príncipe para el cual Juan García de Castrogeriz había traducido la obra¹⁵⁴³.

Lo cierto es que quizá en tal sistema de valores Enrique II habría estado autorizado a levantarse contra su hermano. De hecho, en el *Confessionale*, san Antonino matiza en su pregunta sobre el origen legítimo “si assí hovo alguna delas cosas susodichas pecó mortalmente, y mientras lo tiene siempre está en pecado mortal. Pero si después ganó alo tal justo título, puédelo tener y posseer con buena consciencia”¹⁵⁴⁴. Quizá esa adquisición del derecho, en el caso del rey, fuese el correcto ejercicio del poder real frente al ejercicio tiránico de un rey indigno, y así Castrogeriz indica cómo el rey debe ser sabio “lo primero porque no lleven falso nombre, ca el nombre de rey es nombre de governador, e cierto es que los que no son sabios ni pueden gobernar a sí ni a los otros”¹⁵⁴⁵. Se expone así la idea de la famosa máxima isidoriana del *Rex eris, si recte facias: si non facias, non eris*¹⁵⁴⁶, que García de Castrogeriz menciona explícitamente en otro punto de su obra¹⁵⁴⁷. En el caso de la reina Isabel I esta cuestión ha sido ampliamente tratada y podemos decir que ha constituido un interesante debate historiográfico al que aquí nos remitimos¹⁵⁴⁸.

Por lo tanto, es necesario ser un buen monarca para mantener la legitimidad. Ello está en la entraña de lo que José Manuel Nieto ha llamado

¹⁵⁴³ Vid. LÓPEZ DE AYALA, 1875: 586-588. El relato de López de Ayala se puede contrastar con las ideas contenidas, por ejemplo, en las páginas 35, 53, 790 y 817 del *Regimiento de Príncipes* de fray Juan García de Castrogeriz. En tales apartados y otros se habla precisamente de cómo la inmoralidad, la codicia y el ejercicio despótico del poder puede llevar al monarca a perder el amor de sus súbditos y a la perdición ya en esta vida o en la futura, que es la idea de fondo del relato de Pedro López de Ayala, que recoge la profecía del mago Merlín aplicada al rey Pedro I.

¹⁵⁴⁴ FLORENCIA: 1499, f. 61v.

¹⁵⁴⁵ GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 96.

¹⁵⁴⁶ Isidorus Hispalensis, *Etymologiarum sive Originum liber IX*, III, en <http://www.thelatinlibrary.com/isidore/9.shtml>, consultado por última vez el 10 de febrero de 2015.

¹⁵⁴⁷ GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 790

¹⁵⁴⁸ Por ejemplo: Vid. CARRASCO, 2006, SUÁREZ FERNÁNDEZ, 2002

la imagen del rey virtuosísimo¹⁵⁴⁹. Dicha imagen plantea que el rey debe ser un gobernante excelso en las virtudes, máxime en una época en que la imagen del rey es antes ética que política, habiendo de esperar hasta Maquiavelo para ver el sentido opuesto¹⁵⁵⁰. Ya hicimos notar cómo el *discurso moral y penitencial* tenía como fin adecuar la conducta del rey a las exigencias éticas de su cargo, y de cuyo cumplimiento se derivaba la legitimación o deslegitimación del monarca.

Por lo tanto, el rey debe atender en primer lugar a su propia conducta, que a título individual no difiere de la de ningún otro cristiano y por tanto se le puede aplicar el discurso moral contenido en cualquier obra de tipo moral o penitencial. De no ser así, cae en el riesgo de convertirse en *rex inutilis*¹⁵⁵¹. Es por ello que el rey, como cabeza del reino, debe prestar especial atención a su conducta¹⁵⁵². Ello es acorde al principio, manifestado en muchos manuales, de que se ha de atender a la condición del confesando, para poder evaluar el grado de responsabilidad de sus actos¹⁵⁵³.

Se puede concluir, como leemos en el *Regimiento*, que “bien así la sabiduría de gobernar a los otros nasce de la sabiduría de gobernar a sí mismo. E [...] es muy con razón que cada uno aprenda primero de reglar a sí mismo e después aprenda de reglar e gobernar a los otros”¹⁵⁵⁴. Por ello, el confesor real hubo de ser un personaje importante en la Corte, en la

¹⁵⁴⁹ Vid. NIETO, 1988a: ; también DACOSTA, 2006: 105 ss.

¹⁵⁵⁰ NIETO, 1988a: 84.

¹⁵⁵¹ *Ib.*: 185-196. En estas páginas el autor compara la teoría sobre esta cuestión (entre los autores mencionados se encuentra Castrogeriz) y el empleo de estas ideas en los conflictos dinásticos de Castilla.

¹⁵⁵² “E así como la cabeza es mejor que todos los otros miembros, porque los guía e les da governamiento, así el rey deve ser mejor que todos los otros omnes” (GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 28-29).

¹⁵⁵³ Por ejemplo, tal idea se contiene en *Tratado de confesión* de Bartolomé Talayero, de finales del siglo XV y mandado redactar por el Justicia de Aragón, esto es, un personaje relevante en lo que se refiere al ejercicio de la autoridad en el reino (BNE: Mss 10571, f. 3r).

¹⁵⁵⁴ GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 18

medida en que habría de velar por que esto se cumpliera. Hernando de Talavera, por ejemplo, después de la coronación de Fernando *el Católico* como rey de Castilla, le manifestó: “mire V. Real señoría que agora y de aquí adelante cada día a de ser otro principe y muy más cumplido en toda excelencia de eroicas virtudes y de Real nobleza”¹⁵⁵⁵. Es muy probable que Talavera fuese confesor de Fernando por esa época, aunque no tardaría mucho en dejar de serlo, quizás por la poca simpatía Fernando le deparaba al ser amonestado con tanta franqueza¹⁵⁵⁶.

Por último, aunque es una referencia bastante escueta, el confesor debía de tener importancia en los momentos previos a la coronación, como nos muestra la crónica de Juan II, del cual se dice que, antes de su coronación: “estuvo tres dias en su cámara, que no se mostró á ninguna persona, salvo á los Continuos que le servían. En este tiempo el Rey se confesó, é recebió el Cuerpo de Nuestro Señor, é se bañó, porque asi es costumbre que los Reyes lo hagan ante de ser ungidos, porque asi vayan limpios sus cuerpos á rescebir la Sancta Unción, como sus ánimas”¹⁵⁵⁷.

- *La exacción fiscal.*

Un importante apartado de los manuales, referido a príncipes y señores, es la cuestión fiscal. Así, Martín Pérez recomienda al confesor: “demanda si echó pechos desaforados sin razón e sin derecho”¹⁵⁵⁸. A partir de ahí, se detiene en la casuística sobre cuándo es legítimo pedir impuestos y cuándo no. San Antonino introduce una pregunta similar: “¿Levastes

¹⁵⁵⁵ IANNUZZI, 2009a: 148.

¹⁵⁵⁶ *Vid.* MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 102.

¹⁵⁵⁷ PÉREZ DE GUZMÁN 1877a: 359, a. VIII, cap. III.

¹⁵⁵⁸ PÉREZ, 2002: 416.

pechos o tributos o cosechas de vuestros pueblos no justamente? Rapina y robo es”¹⁵⁵⁹. Martín Pérez indica que los reyes, en ningún caso, pueden recurrir a rentas desaforadas o imposiciones ilegítimas por muy honorable que sea la finalidad (elevar templos, ayudar a la Iglesia, mantener las necesarias huestes, etc.¹⁵⁶⁰). Aquí no se aplica sino el principio general de que no se debe robar o admitir un dinero procedente de una actividad ilícita. El criterio último debería ser la obtención de los legítimos ingresos para ejercer el poder en provecho del pueblo súbdito. Fray Hernando de Talavera escribió a la reina que “ca los han de amar no como señores a siervos, por su propio interesse; mas como padres a hijos, por el bien propio dellos”¹⁵⁶¹. Aunque el contexto en el que escribió estas palabras no se refería a los asuntos fiscales o económicos, es llamativo que emplee el término *interesse*, de claro origen financiero¹⁵⁶², cuya casuística Talavera debía conocer bien por el análisis que de él hacían los manuales de confesores que él poseía y por las propias funciones que recibió de los reyes en esta materia. Por ello, nos parece que Talavera ya entendía el *interesse*, en buena medida, como un beneficio inapropiado fruto de la avaricia, y eso precisamente es lo que intentaría impedir como confesor de los reyes.

El rey o señor, eso sí, está legitimado a pedir ayudas al reino en caso de urgencia¹⁵⁶³, aunque para poder llegar a este punto se deben haber respetado otros previamente:

¹⁵⁵⁹ FLORENCIA, 1499: f. 64r.

¹⁵⁶⁰ Vid. PÉREZ, 2002: 416-418.

¹⁵⁶¹ TALAVERA, 2014: 114

¹⁵⁶² Como es sabido, en la Edad Media se denominaba “interés” (*interesse*) a la cantidad estipulada en un contrato de préstamo que el prestatario debía abonar junto con la cantidad prestada si ésta era devuelta fuera del plazo convenido y de ahí se había derivado un perjuicio para el acreedor. Por ello, a modo de compensación por daños y perjuicios, se podía exigir el pago de dicho interés. Ahora bien, esta cláusula de los contratos fue progresivamente utilizada para la obtención de un beneficio usurario, y de ahí que haya venido a significar el término “interés”, actualmente, lo que entonces se entendía por “usura”. Vid. HERNANDO, 2000: 67-68.

¹⁵⁶³ “Enpero dizen los derechos que pueden los señores pedir a sus vasallos algunas ayudas con mesura e con caridat quando fueren en gran nesçesitat, que quiere dezir quando fueren en grand priesa que lo non

Esto de estas ayudas pedir e dar, se entiende quando los señores espienden bien sus rentas e los pechos que son de fuero e de derecho, ca non quando los señores espienden mal las sus rentas en juegos e en vanidades e en despensas grandes, a demasías de vestiduras e de cavalgaduras e de gentes e de huestes e de otras grandías, a que non pueden cunplir la sus rentas, nin devían aun en tales cosas ser espendidas nin en otras que de suso son dichas¹⁵⁶⁴

El rey debe administrar sabiamente los recursos por tanto, y no ampararse en la necesidad para cubrir con exacciones extraordinarias lo que antes despilfarró. Sigue aquí Martín Pérez (que dice recoger la doctrina de los doctores) diciendo que los señores temporales podrían pedir estas ayudas extraordinarias en cuatro casos: cuando el enemigo invadiese por sorpresa el reino y amenazase la soberanía de parte de su territorio o plaza; cuando el rey, con la aprobación de la Iglesia o con el consejo de los buenos de la tierra, marcha a la guerra contra los enemigos de la fe y no tiene suficiente para mantener la hueste o, en tercer lugar, si el rey es tomado preso en estos casos anteriores y no tiene con qué pagar rescate. El cuarto caso se aplica a los señores que quieren ir ante el rey para pedir justicia o privilegios para sus tierras, en cuyo caso puede pedir ayuda a los moradores de las mismas.

Todo ello debe hacerse, como indica Martín Pérez, “siempre con mesura e con caridat”, atendiendo a las circunstancias (liquidez del señor, necesidad de la tierra en esas empresas, necesidad y urgencia de las mismas...). En caso de no respetarse tales condiciones, “non es serviçio, mas

pudieren escusar, e ellos devenlo fazer si pudieren e tovieren en buena manera de que fazer tales ayudas” (PÉREZ, 2002: 418).

¹⁵⁶⁴ PÉREZ, 2002: 418.

es robo, e el uso malo”¹⁵⁶⁵. Para otros usos, como el mantenimiento de la Casa, festejos, ceremonias, etc., se ha de recurrir a las rentas ordinarias y propias a tal fin. Sobre la base de estos principios, Alonso de Espina, confesor de Enrique IV, reprendió al rey por no destinar los ingresos concedidos por el Papa de la bula de Cruzada para luchas contra los musulmanes¹⁵⁶⁶. Otro aspecto relacionado con ello es la cuestión de las limosnas. Como es sabido, en el cristianismo ayuno, oración y limosna son puntales de la ascética y modos de honrar y agradar a Dios. Por ello, la limosna regia hubo de ser una cuestión importante en la relación con el confesor, aunque existiese la figura de los limosneros. Sobre este punto trataremos más adelante (§ 5.2.3), pero podemos reiterar ahora que la concesión de limosnas, por cuanto comportaba un acto ético de auxilio a los desfavorecidos y un medio de expiar culpas y ganar la salvación hubo de ser parte del contenido del *discurso moral y penitencial*. Por ejemplo, en el *Libro del limosnero* de Pedro de Toledo, se recogen referencias que nos hacen pensar que Talavera e Isabel I acordarían las limosnas en sus conversaciones¹⁵⁶⁷. Del mismo modo, Juan II, en febrero de 1431, intercedía en favor de “vos don frey Alonso de Cusanca maestro en santa teología obispo de León mi confesor” y mandaba a los jueces y alcaldes de León que no molestasen con cobros al hospital de San Lázaro, ya que este centro vivía de las limosnas¹⁵⁶⁸. Parece como si la iniciativa procediese del rey, pero no

¹⁵⁶⁵ *Ib.*: 419.

¹⁵⁶⁶ NOGALES, 2008: 73.

¹⁵⁶⁷ A modo de ejemplo: “Otro sí reçebí en Ponferrada del señor obispo de Auila, por mandado de Su Alteza, çiento e çinquenta castellanos para repartir por los criados e ofiçiales de casa, que montan todos quatroçientos e diez castellanos, que suman çiento e nouenta e ocho mil e ochoçientos e çinquenta mrs” (TOLEDO, 1989: f. 14v., p. 86); “otrosí reçebí del obispo de Auila por mandado de la Reyna nuestra señora en el Real de Málaga, mil doblas castellananas, que montan trezientas e sesente e çinco mil mrs., para repartir entre algunos caualleros e escuderos heridos e otros omes enfermos e neçesitados” (*Ib.*: 87) ; “dí a Tordesillas, que escriue y lumina el misal de su Alteza, para en cuenta de lo escripto e iluminado, veinte mil mrs.. En Córdoua díxolo el obispo de Auila por mandado de Su Alteza” (*Ib.*: 102).

¹⁵⁶⁸ AC León, nº 9.240, carpeta/caja 117/307, nº 3.481 de ALONSO ALONSO, 1995: 241-242.

nos parece aventurado pensar que dicha decisión fuese sugerida por el obispo y confesor.

Por ello, fray Juan García de Castrojeriz, dio gran valor al cuidado de la Casa Real, como bien apreció Bizzarri, que analiza desde una perspectiva económica¹⁵⁶⁹. Partiendo de la condena de la ambición del dinero en general, el franciscano concreta en el caso de los monarcas que:

No conviene a los reyes ni a los príncipes ni a otros ningunos de desear riquezas ni posesiones sin manera e sin mesura, mas deven tantas desear quantas les complan para governamiento convenible de sus reynos o de sus casas [...] Bien así, si el governador de la casa quiere governar naturalmente e no quiere facer contra natura, no deve desear posesiones e riquezas sin mesura¹⁵⁷⁰.

En caso de que un rey o señor hubiesen incurrido en el pecado de imponer cargas tributarias ilícitas, dentro del marco de la praxis penitencial, se le debería exigir la restitución de los bienes¹⁵⁷¹. Esta cuestión fue especialmente sentida por Isabel la Católica, la cual recordemos manifestó a Hernando de Talavera su preocupación por saldar sus deudas, como una tarea que podía comprometer la propia salvación de su alma, en el contexto precisamente del empleo de los ingresos fiscales para fines no propios de los mismos¹⁵⁷². Como ya dijimos (§ 3), es posible que Talavera conociese el

¹⁵⁶⁹ “Por tanto, el gobierno de la casa es una forma menor del gobierno del reino, de ahí que para el rey sea tan importante su manejo” (BIZZARRI, 2002: 131). Este trabajo versa precisamente sobre el surgimiento del pensamiento económico en Castilla.

¹⁵⁷⁰ GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 586.

¹⁵⁷¹ En caso de no poder devolver lo cobrado injustamente, habría de compensarse eximiendo de algún impuesto lícito por algún tiempo: “e si non pudieren fazer restitucion entera a los vasallos, quitenles algund pecho aforado o algunas premias de las que han sobre ellos, por algund tiempo, o faganles otras ayudas, en guisa que finquen ellos pagados, o, si ellos mas quisieren o vinieren plazenteros, fagan puente o iglesia o ospital o rediman captivos o fagan monesterio o mantengan pobres por las almas desos mismos a quien lo tomaron” (PÉREZ, 2002: 419).

¹⁵⁷² Pablo Ortego ha señalado que, pese a las ideas sobre la legitimidad de los cobros y su uso, la monarquía hubo de plegarse a las necesidades reales, y tan sólo en el codicilo del testamento de la reina ésta “volverá a plantear sus dudas en relación con la legitimidad del cobro ordinario de una renta cuyo

Confessionale de Pedro Díaz de la Costana, el cual señala que el rey o príncipe que cobra injustamente es un ladrón¹⁵⁷³. No lo sería, podemos concluir, en caso de respetar la casuística que más arriba hemos analizado, y que hubo de ser objeto de interés de los reyes y sus confesores, más allá del caso de Isabel I y fray Hernando.

- *El amparo de la fe y la moral del reino.*

Dentro de las imágenes moralizadoras, José Manuel Nieto sitúa en primer lugar, junto a la del rey virtuoso, la del rey cristianísimo, que partía de Alfonso VIII y Fernando III, monarcas en torno a los cuales “se construyó todo un mito del rey cristiano y virtuoso, que ejercería gran influencia en la definición de un ideal moral de monarca para todo el conjunto de los reyes castellanos bajomedievales”¹⁵⁷⁴. La imagen del rey cristianísimo tendría sus ejes en torno a la guerra con el infiel, la piedad personal y la protección y atención a la Iglesia¹⁵⁷⁵.

Por lo tanto, el rey debía cuidar su condición de soberano cristiano. Ello pasaba por cumplir con los deberes de piedad y corrección personal, en lo que coincidiría con cualquier otra persona. Ahora bien, dada la dimensión pública de la persona del rey, en la que radica el poder, su comportamiento redunda en su entorno, y por ello una cuestión a la que se dio importancia fue el cuidado de la Casa y la corte. Acorde a la lógica aristotélica vigente

cometido hacía ya mucho tiempo que había dejado de ser la financiación de la guerra contra el Islam para pasar a satisfacer, además de muchos de los gastos ordinarios del Reino, la demandada de mercedes de la sociedad política en forma de «situado» y «salvado» de por vida o en «juro de heredad» sobre la renta, lo cual, en el fondo, le confería un marcado carácter pacificador y garante de la estabilidad política y social del Reino” (ORTEGO, 2013: 51).

¹⁵⁷³ Al hablar del séptimo mandamiento, se dice: *Unde Job XXVIII vim fecerunt depredantes inter quos computant mali principes et tiranni gubernatores bona subditorum iniuste rapientes* (BNE: Inc/364, p. 49).

¹⁵⁷⁴ NIETO, 1988a: 78.

¹⁵⁷⁵ *Ib.*: 80.

en el pensamiento medieval, podríamos decir que la vida del hombre se desarrollaría en círculos concéntricos: el cuidado de sí (la ética), el de su casa (la economía) y el de la comunidad (la política). Éste es el esquema que Egidio Romano siguió en su *De Regimine Principum* y fray Juan García de Castrogeriz mantuvo. En la práctica, un hombre como Cisneros, ya en calidad de arzobispo, en palabras de Alvar Gómez de Castro, “se atuvo a un criterio selectivo moral” en la formación de su Casa¹⁵⁷⁶.

El rey, ya lo hemos visto, se debía preocupar de gobernarse a sí mismo para gobernar después a sus súbditos del reino. Pero entre ambos niveles se interponía además otro, el de la Casa y la corte, cuyo cuidado era esencial para el éxito de la tarea de gobernar, y de ahí que en las *Glosas al Regimiento de Príncipes* leamos que “no comple al omme para ser bueno complidamente que sepa gobernar a sí mismo, si no sopiere gobernar a su casa o a su companna. E mayormente al rey o tal omme que haya de gobernar grandes compannas”¹⁵⁷⁷. De este modo, los manuales de confesores insisten en el buen ordenamiento del entorno cortesano¹⁵⁷⁸. Martín Pérez escribió por ejemplo:

Demanda si espendio lo que avia en vanidades alguna vegada, asi commo en canes o en juglares o en lisongeros o en mugeres del siglo o en paños a demasia o en malas conpañas, ca todo lo perdio e de todo dara cuenta a Dios si aquí non faze penitençia, e si buena la quisiere fazer, mejore en los pobres lo que espendio en vanidades. Si tovo en casa gente baldia que non oviese mester para bien, o si les dio suelta para mal fazer, ca si les non dio la mantenencia, consentia que la

¹⁵⁷⁶ En MARTÍNEZ MILLÁN, 2011: 89

¹⁵⁷⁷ GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 329.

¹⁵⁷⁸ Para ahondar en cuestiones referidas a la sociedad cortesana se pueden consultar los trabajos de Álvaro Fernández de Córdova “Sociedad cortesana y entorno regio” (en *Medievalismo*, 13-14 -2004-, 49-78) y *La corte de Isabel I: ritos y ceremonias de una reina (1474-1504)*, Dykinson, 2002., así como GARCÍA, 2000, en el que se dedica un apartado a la regulación jurídica, aspecto que se puede relacionar con la reflexión moral.

tomasen e buscasen tomando lo ageno. O si tovo castillo o villa o casa fuerte, e consintio que los sus omes o otros qualesquier robasen e furtasen e se acogiesen alli con ganados e con pan o con vino o con paños o otras cosas, o si espendio alli lo mal ganado e sopolo el señor e non lo quiso castigar e fazer enmendar. E en todas estas cosas el señor es tenido en quantos daños fizieren sus omes o se fizieron o se encubrieron en sus castillos o en sus casas en atrevimiento del su defendimiento. Desto fallaras suso do fabla de los partiçoneros e defensores de los robadores. Demanda, mas, si resçibio en su casa o en su conpañia omes malfechores que meresçen muerte, o si los defendio a la justiçia o si los embargo en alguna manera, ca de aquí suele venir grand osadia a los malos para fazer mal, robos, furtos, fuerças e otros males, que seran demandados a los que los fazen e, todos enteros, al señor que los non vedo nin los castigo, antes los defendio en el mal, si los non castiga e dellos no fazen enmienda a Dios nin a los querellosos antes que desta vida salgan¹⁵⁷⁹.

San Antonino de Florencia dedica también espacio a estas mismas cuestiones, y leemos:

¿Fazeys gastos superfluos y demasiados en las cosas que a vos y a vuestra casa pertenescen? Assí como en ropas de vestir en ornamento y aparato de casa, en escuderos servidores cavallos y arreos, en canes y aves de caça, en edificios y obras, en convites demasiados y en otras pomrpas semejantes. a para que podays fazer y sostener las superfluydades en las cosas susodichas, y en otros semejantes ordenays los pueblos fasta sacar la sangre, faziendo y consumiendo muchas cosas no jsutas y malas, delo qual dareys estrecha cuenta a dios¹⁵⁸⁰.

Del texto de Martín Pérez podemos decir, en primer lugar, que se exhorta al príncipe o señor a evitar en su compañía gente de mala vida

¹⁵⁷⁹ PÉREZ, 2002: 419-420.

¹⁵⁸⁰ FLORENCIA, 1499: f. 65v.

(*malfechores*, tahures, lisonjeros, prostitutas, histriones...), que pongan en peligro su propia moralidad o, en todo caso, que hagan mal allá donde se encuentren. Este último aspecto es interesante, sobre todo si consideramos que los reyes castellanos tenían una Corte itinerante. Así, ambos manuales de confesión, como vemos, además de criticar el excesivo lujo (que podía destinarse a los pobres) advierten contra el abuso que en el entorno cortesano podía hacerse de los súbditos. En efecto, la Corte había de trasladarse con bastante frecuencia, lo que exigía de las localidades castellanas el aposentamiento de la Corte, momento muy propicio para que la compañía del rey abusase de la población local. Por otro lado, una de las actividades predilectas del rey era la caza, lo cual podía dañar a los habitantes de la zona debido a que, por ejemplo, el rey y sus acompañantes pasaran sin cuidado por sembrados y viñas, o tomasen de lo que no era suyo¹⁵⁸¹. De este modo, en los manuales encontramos la idea de Fernán Pérez de Guzmán de cómo el rey es el responsable último de la buena o mala conducta de sus súbditos¹⁵⁸². Fray Hernando concluye su *Breve forma de confesar* con las siguientes palabras: “Cerca de todo lo susodicho es de

¹⁵⁸¹ “Demanda si andudo a caça o en otra manera corriendo e fizo daño o astrago en mieses o en viñas ajenas con los pies de los cavallos. Si consintio a las sus gentes tomar leña o paja, pan, vino, carne, ropa o otras fuerças fazer en las posadas, tambien de los sus vasallos commo de los otros. Si les consintio tomar fructa de las huertas o de las viñas, o segar mieses ajenas o tomar espigas o façes de las eras. Si les consintio fazer alguna fuerça o agravamientos a los labradores. Destas cosas todas faga suma segund su alvedrio bueno e derecho, e pague gelo alli do el e los sus omes fizieron el daño, si puede ser, si non faga commo te fue dicho en la primera parte deste libro en el capitulo de la cobdiçia e en el capitulo de las restituçiones” (PÉREZ, 2002: 420). El señor, además de no incurrir en estos pecados, debía castigar y controlar a quien pudiera ejercerlos: “mas es tenido de costreñir aquel que faze tal mal que faga la emienda, pues en su poder e en su mandar esta. E si se non quiere castigar, develo echar de si o fazer justiçia del, si poder ha de la fazer, si non non enbargue al merino del rey si fazer quisiere justiçia en los su omes merescientes della” (*Ib.*).

¹⁵⁸² “Fernán Pérez de Guzmán pone la fe del monarca como algo que está por encima, en cuanto a su valoración, de lo diligente que éste pueda ser en la gobernación y regimiento de su reino. Tan elevada consideracion de este aspecto, en gran medida, procede de que se cree el mal rey hace malos caballeros y, por tanto, malos súbditos; mientras que el buen rey, creyente y modelo de cristiano, eleva la calidad moral y religiosa de sus caballeros y súbditos que, en su reinado, «el buen cauallero es mejor el malo no tanto». No en vano, para algún poeta de la época, estos monarcas serán “restauradores» y «esclarecedores» de la fe y, por ello, modelo de cristianísimos reyes” (NIETO, 1988a: 82-83).

saber, que no solamente peca el que principalmente quebranta estos mandamientos, más el que lo consiente, aprueba, encubre y en cualquier manera favorece, no lo estorvando, si buenamente puede, e especialmente si a su oficio pertenesce corregir y estorvar los pecados”¹⁵⁸³. Esto sería aplicable tanto al confesor como al propio rey.

Aparte del perjuicio ocasionado por el señor y su casa en los habitantes del lugar, hemos dicho antes que el príncipe debía evitar las malas compañías no ya sólo por el mal que éstas podían hacer a su alrededor, sino el peligro de inducir al príncipe al mal. En los textos arriba citados se llama la atención contra el excesivo lujo. Ello se puede relacionar con el hecho de que no es cristiano el gasto en vanidades superfluas cuando hay gente que pasan necesidad. Esa idea está muy presente en los manuales de confesores. Por ejemplo, al criticar el pecado de gula, no sólo se atiende a la gula por cantidad (comer en enormes cantidades) sino de calidad, esto es, comer alimentos muy elaborados y costosos con los que bien se podría auxiliar a los pobres¹⁵⁸⁴. En este sentido, los reyes tendrían en la Corte limosneros a los que encomendaron la administración de limosnas como parte de sus deberes como soberanos cristianos. De hecho, esta función estaba en conexión con la del confesor real, y aboraremos su vínculo más adelante (§ 5.2.3). Aquí lo que cabe señalar es que el confesor pudo ejercer mucha influencia en velar por la moralidad de la Casa y Corte. Sin embargo, no hemos podido encontrar una definición del estatus y las competencias del confesor, dada la escasez de fuentes y reglamentaciones en la Corona de Castilla, incluso para el reinado de los Reyes Católicos¹⁵⁸⁵.

¹⁵⁸³ TALAVERA, 1911a: 31.

¹⁵⁸⁴ Vid. BIZZARRI, SÁINZ DE LA MAZA, 1993: 50.

¹⁵⁸⁵ Antonio de la Torre indica así que no se conoce para la reina Isabel I nada similar al *Libro de la Cámara real* de Gonzalo Fernández de Oviedo (TORRE, 1954: 7)

Por otro lado, en los textos citados se critica también el ocio indebido y pecaminoso:

Demanda si jugo a los dados e a las tablas, ca grand daño viene a la tierra si el señor es jugador. si fizo juegos, asi commo torneos locos, do se suelen a las vegadas tomar las cosas ajenas e, so manera de juego, abuelvese a robo e destruyense algunas mieses e huertas e viñas e arboles, casas e otros males que se fazen, los quales seran demandado todos al señor que lo mando o lo consiente e a los que lo fazen, si emienda non fazen de todo. Demanda, otrosi, si fizo juegos de gineta o de toros correr o de bestias bravas o otras vanidades en las fiestas o en los domingos, mayormente si fizieron mientras las misas o las Horas de Dios se dezian o mientras que predicavan, ca fizo a las gentes perder el serviçio de Dios e yr a las vanidades e al mal fazer¹⁵⁸⁶.

Se sientan así los criterios para discernir el ocio lícito del ilícito, y de este modo, en los textos anteriores, vimos cómo se critica el juego o la presencia de “mujeres del siglo”, síntomas de unas aficiones claramente inmorales. En este último texto, por otro lado, se condenan el juego y también otras actividades que pueden convertirse en nocivas, como los “torneos locos” en los que se haga daño a las personas o las propiedades, y en los que se ponga en riesgo la propia vida o la de los mismos animales (caballos, toros...). Por último, vemos que se advierte contra la dedicación de los días sagrados a estos festejos profanos. El *Confessionale* de san Antonino incluye estas condenas, añadiendo que, con ellas, el príncipe peca además de escándalo¹⁵⁸⁷ y si no lo hace con el fin lícito de que los caballeros

¹⁵⁸⁶ PÉREZ, 2002: 423-424.

¹⁵⁸⁷ “¿Mandastes fazer torneos o desafios o justas o lidiar toros o otros juegos peligrosos alos cuerpos y alas animas? assí como representaciones y actos torpes y luxuriosos. Si algunas destas cosas mando fazer o consintió, pudiendo las refrenar sin gran escandalo, pecó moralmente” (FLORENCIA, 1499: f. 64v.).

se entrenen para estar a punto en una guerra contra los infiles¹⁵⁸⁸, puesto que en su mano estaría el impedirlos. Talavera, en su *Breve forma de confesar* escribió que “Item, pecan los que se deleitan en ver cosas vanas y especialmente juegos defendidos, como son torneos, justas peligrosas, correr toros y bailes y danzas y cosas semejantes en que ligeramente pueden ser provocados a algún pecado, y aun porque es dar favor a los que lo hacen son devidamente”¹⁵⁸⁹. Estos principios los aplicó en la dirección espiritual de la reina con motivo de los festejos que los Reyes Católicos celebraron para conmemorar la paz alcanzada con Francia en 1493. Así, leemos:

Dulce es la miel, mas dice el sabio que daña y aun amarga demasiadamente tomada. No reprehendo las dádivas y mercedes, aunque también aquellas para ser buenas y meritorias deben ser moderadas; no las honrras de cenar y hacer collación a vuestra mesa y con vuestras altezas, no la alegría de los exercicios militares, no el gasto de las ropas y nuevas vestiduras, aunque no carezca de culpa lo que en ello ovo demasiado. Mas lo que a mi ver offendió a Dios *multiphariam multisque modis*, fue las danzas, especialmente de quien no debia danzar, las cuales por maravilla se pueden hacer sin que en ellas intervengan pecados; y mas la licencia de mezclar los caballeros franceses con las damas castellanas en la cena, y que cada uno llevase a la que quisiese de rienda. ¡O nephas et non fas! O licentia tan illecita! O mezcla y soltura no cathólica ni honesta, mas gentílica y dissoluta! O quan edificados irán llos franceses de la

¹⁵⁸⁸ En el caso de Antonino de Florencia se peca mortalmente si entra uno a lidiar con los toros, así como el que “la manda fazer assí como justar lidiar toros y cosas semejantes, peca mortalmente, salvo si lo faze por exercitar y ensayar y alos otros para pelear contra los enemigos de la santa fe catholica” (FLORENCIA, 1499: ff. 35v-36r). Otra síntesis de los argumentos en contra de la celebración de torneos (ocasión de pecados como la ira, la lujuria -por la presencia de damas-, la vanidad; el riesgo que entraña para la propia vida; el riesgo que entraña para los animales) se puede encontrar en la *Summa Confessorum* de Juan de Friburgo (FRIBURGO, 1519: f. 55). Allí se matiza, no obstante, que es lícito celebrar dichos eventos a modo de entrenamiento, para que los caballeros estén preparados, por ejemplo, de cara a la guerra contra los enemigos de la fe.

¹⁵⁸⁹ TALAVERA, 1911a: 28.

honestidad y gravedad castellana! [...] Lleven doctrina los franceses para procurar que se use en su reino; lleven doctrina de como jugamos con las bestias; lleven doctrina de como sin provecho ninguno del alma ni de cuerpo, de honrra ni de hacienda, se ponen allí los onbres a peligro; lleven muestra de nuestra crueza que assí se embraveze y se deleita en hacer mal y agarrochar y matar tan crudamente a quien no le tiene culpa; lleven testimonio de como traspasan los castellanos los decretos de los padres santos que defendieron contender o pelear con las bestias en la arena. O que diría si todo lo cupiese la carta! Pero baste lo dicho, porque creo yo bien que se hizo y hace todo con cansantio de espíritu. Mas esto no callaré, que la mesma circunstancia del cansantio agrava el pecado. Perdón lleva la embriaguez que se causó de mucha sed y el fruto que se cometió con gran menester y aun el homicidio cometido con demasiada ira: mas lo que se excede sin apetito y sin deleite, que excusation tiene? Perdónelo todo nuestro Señor, amen, no dé la pena que merece amen, amen; y a mi perdone no lo que excedo en decir esto, mas lo que fallezco en nnolo decir assí conplido como debo¹⁵⁹⁰

Claramente, Talavera critica a la reina por el escándalo que se pudo dar al mostrar a los franceses liviandad de costumbres con la celebración de los toros y sobre todo permitiendo que las damas castellanas danzaran con ellos, lo cual se asemeja al contenido del homiliario traducido por Alfonso de Palenzuela¹⁵⁹¹. La reina hubo de justificarse¹⁵⁹².

¹⁵⁹⁰ En CLEMENCÍN, 1821: 363-366

¹⁵⁹¹ "Oyd estas cosas las vírgines e aun las casadas que en las bodas delos otros non avedes vergüença de ensuziar e afear el linaje común delas mugeres en dançar e en baylar. Oyd estas cosas los varones que siguides los magníficos combites llenos de toda embriaguez. Oyd digo e aved espanto del tormnto del diablo que así afogó del todo la pompa delos combites a aquel mezquino que segund dize sant Marchos avía jurado de buena mente qualquier cosa que aquella moça de mandasse de dargela fasta la meytad de su reyno [...] Ca Dios non dio a los pieas para estas baylas, mas para que casta mente andemos non para que sin vergüença a semejança delos camellos baylemos. Ca non solamente las fembras más aun los camellos torpe mente baylan, mas porque en los coros delos ángeles presentes estamos. E si el cuerpo se faze feo baylando sin vergüença, quanto más el ánima es de creer ser enjuzgada. En aquestas baylas falta el diablo, en aquesas los ombres delos ministros delos demonios son engañados" (Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4: f. 97v).

¹⁵⁹² "Dezís que danzó quien no debía: pienso si dixerón allá que danze yo, y no fue, ni pasó por pensamiento, ni puede ser cosa más olvidada de mí. Los trajes nuevos no hubo ni en mí ni en mis damas,

En cuanto a las vestimentas, si bien vemos que fray Hernando de Talavera criticó de la reina el lujo en el vestir, no obstante la rica vestimenta tendría hasta cierto punto la categoría de obligatoria en el entorno regio, como manifestación del poder¹⁵⁹³. Fray Hernando, en este caso a Fernando *el Católico*, le manifestó que debía ser “muy mas humilde dentro el coraçon y en el pensamiento y muy más autoriçado y mas ponposo en todas las obras de fuera”¹⁵⁹⁴, y ciertamente san Antonino, a este respecto, critica las vanidades en el vestir pero precisa que en el caso de los poderosos éstos deben llevar la indumentaria acorde a su estatus¹⁵⁹⁵. El *Confesionario* de Martín Pérez parece ir más lejos, y en los pecados contra la honra y la dignidad señala que “deue aun preguntar el confesor al penitente esso mesmo si non guarrdo su honrra e dignidad ansi como criatura rrazonable la deue guardar e si non guardo su estado si en alguno le puso dios de bienes de natura o de fortuna”¹⁵⁹⁶. De este modo, el lujo por vanidad se considera

ni aun vestidos nuebos, que todo lo que yo allí vestí, abía vestido desde que estamos en aragón, y aquello mesmo me abían visto los otros franceses, solo un bestido hize de seda y con tres marcos de oro el más llano que pude: ésta fue toda mi fiesta de las fiestas. el llevar las dames de rienda, hasa que vi vuestra cara, nunca supe quién las llebó, ni agora sé, sino quien se azertó por ay, como suelen cada vez que salen. el cenar los franceses a las mesas es cosa muy usada, y que ellos muy de contino usan (que no llevaran de acá exemplo dello) y que acá cade vez que los principales comen con los Reyes, comen los otros en las mesas de la sala de damas y caballeros, que assí son siempre, que allí nunca son de damas solas [...] Los vestidos de los hombres que fueron muy costosos, no lo mandé, mas estórbelo quanto pude y amonesté que no hiciese. De los toros sentí lo que vos dezís, aunque no alcanze tanto; más luego allí propuse con toda determinazió de nunca veerlos en toda mi vida, ni ser en que se corran: y no digo defenderlos por questo no era para mí a solas. Todo esto he dicho, porque sabiendo vos la verdad de lo que pasó, podays determinar lo que es malo, para qe se dexe si en otras fiestas nos veemos; que mi voluntad no solamente está cansada en las demasías, más en todas fiestas por muy justas que ellas sean, como ya os escrebí en la carta larga que nucna e embiado ni oso embiar hasta saber de todo si abeys de venir, quando Dios quisiere que vamos a castilla” (En CLEMENCÍN, 1821: 374-377).

¹⁵⁹³ Un trabajo muy recomendable para este aspecto de la vestimenta en la Corte de Isabel I es MARINO, 2013, donde se aprecia el uso del lujo como herramienta política que justificaría los aparentes excesos que los confesores podrían disculpar en el ámbito de la corte.

¹⁵⁹⁴ En IANNUZZI, 2009a: 148

¹⁵⁹⁵ *Vid.* FLORENCIA, 1499: f. 126.

¹⁵⁹⁶ THIEULIN-PARDO, 2012b: § 52

pecado¹⁵⁹⁷ (y podía darse en las clases altas si se extralimitaban¹⁵⁹⁸) pero en el caso de la realeza la manifestación del poder se debe hacer a través de cierta ostentación, aunque sea con medida, tal como plantea fray Juan García de Castrogeriz en un capítulo dedicado a tal cuestión¹⁵⁹⁹. Por ello, por ejemplo, la muerte de Enrique II, engalanado con oro y perlas, no es referida en la crónica de Pedro López de Ayala (§4) como un aspecto negativo, aunque su nieto Enrique III se hiciese enterrar con el sayal franciscano, denotando con su abuelo una ruptura no ya sólo en la elección de sus confesores entre los franciscanos y no los dominicos, sino también en su actitud externa.

Vistos los aspectos referidos a la moral privada y al entorno cortesano, el rey había de procurar una sabia y justa conducta en lo que se refiere a la vida del reino. En el ámbito de la fe, ya hemos dicho que la imagen del rey cristianísimo incluía la buena relación con la Iglesia, y así Nieto Soria indica:

La imagen del rey cristianísimo imponía al monarca una cierta actitud en sus relaciones con la Iglesia. Protegerla y salvaguardarla debían ser sus principales objetivos en este terreno. Esta protección y salvaguarda, también debían ir

¹⁵⁹⁷ “Conviene saber que qualquier varón que trae vestiduras allende de su estado que sean preciosas por parecer o por mover alas mugeres a que los amen peca” (BNE: Inc/391, p. 15).

¹⁵⁹⁸ De hecho, el tratado que Talavera escribió sobre el vestir en 1477 fue en apoyo a los religiosos de la ciudad de Valladolid que penaron ciertas vanidades con la excomunión, lo cual causó revuelo en la ciudad y fue motivo de la redacción del tratado (DE CASTRO, 2001: 12). En el trabajo de Tera Castro se edita el mencionado tratado, donde se aprecian las ideas de Talavera que también se reflejan en el texto principal.

¹⁵⁹⁹ Tercera parte del segundo libro (*Del governamiento de los siervos e de la otra Compannia*), capítulo XVII (*En que demuestra cómo los reyes e los príncipes deven proveer de vestiduras convenibles a sus compannas*): “Mas aqui conviene de notar que el rey de la tierra deve, en quanto pudiere, parescer al rey del Cielo en su governamiento e en todas las cosas que ha de facer e de proveer, ca es una imagen en la tierra puesta, que representa la majestad de Dios. e por ende deve en todo representar la manera de Jesucristo en vestir e aparejar bien sus compannas. Do conviene de saber que Jesucristo, por se conformar a los buenos reyes de la tierra quiso en la fiesta de su nascencia vestir sus compannas como suelen facer los reyes; devéis saber, que los vistió de quatro maneras [...] e a los sus consejeros e a los sus sabios dio pannos mezclados o pannos de a mitad; onde a los caballeros e a los nobles dio escarlatas bermejas, que les diesen alegría en los corazones e los esforzasen en las batallas” (GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 635-636).

acompañadas por la sumisión regia a los mandamientos de la Iglesia. En la práctica, y siempre dependiendo de la coyuntura política concreta, la protección regia a la Iglesia del reino acabó traducéndose en intervención, quedando la sumisión en un plano muy secundario, teniendo un carácter más retórico que práctico y efectivo¹⁶⁰⁰.

Este análisis es sumamente acertado, y en concreto para la cuestión de los confesores reales. La actitud de rey cristiano pasó en buena medida por la protección de la Iglesia que, en muchos casos, supuso el control de diversos los ámbitos de la misma. Teóricamente, los manuales insisten en que los príncipes deberían obedecer a los eclesiásticos, y así Martín Pérez indica cómo el confesor debería preguntar a su regio penitente “si fue desobediente a sus prelados, si non tovo las buenas amonestaciones de los prelados o las sentençias dellos”¹⁶⁰¹, algo muy parecido a lo que dice san Antonino¹⁶⁰², y que fray Hernando le recomendaría a Fernando *el Católico*¹⁶⁰³. Del mismo modo, san Antonino se preocupó por establecer que al señor o príncipe habría de preguntarle sobre la excomunión:

¿Estovistes alguna vez en missa o en las horas en tiempo de entredicho o estando descomulgado? pecó mortalmente. Y entiéndese si lo sabía.

¿Fue puesto entredicho en algun pueblo, por algún mal que fiziessedes seyendo vos causa dello? Allende de ser pecado moral es en gran juyzio de su anima, por el gran daño que se sigue a los bivos y defunto por carescer del officio divinal, mayormente del sacramento del altar, y delas otras cosas defendidas en el tal caso¹⁶⁰⁴.

¹⁶⁰⁰ NIETO, 1988a: 83.

¹⁶⁰¹ PÉREZ, 2002: 424.

¹⁶⁰² “¿Haveys seydo desobediente los perlados de la yglesia o alos otros varones mayores, menospreciando sus amonestaciones y correcciones? pecado mortal es” (FLORENCIA, 1499: f. 62r).

¹⁶⁰³ “muy mas deboto y mas obediente a nuestro Señor y a la santa yglesia y a los ministros y cossas della” (en IANNUZZI, 2009a: 148).

¹⁶⁰⁴ FLORENCIA, 1499: f. 62r.

En la Castilla bajomedieval no encontramos casos de reyes excomulgados. De hecho, algunos de sus confesores recibieron el privilegio de celebrar en altar móvil y en zonas de entredicho, así como los propios monarcas, lo que es interpretado por Óscar Villarroel como una concesión pontificia al absolutismo regio (*vid.* § 5.2.1). No serían los reyes los únicos en recibir dichos privilegios, y así Fernando de Antequera y su esposa Leonor recibirían el 22 de agosto de 1395 facultad de oír misa en condiciones especiales¹⁶⁰⁵.

San Antonino sigue con preguntas relativas al tratamiento a los clérigos. Entre ellas podemos destacar la cuestión sobre la intervención del rey en las elecciones de cargos eclesiásticos¹⁶⁰⁶. También se pregunta lo siguiente:

¿Soys patrón de alguna yglesia o pertenesce a vos la administracion della? Si fuere patron, demándeles estas dos interrogaciones que se siguen.

¿Posistes en ella servidores eclesiásticos no ydóneos, no pertenescentes o que tenían barraganas o embuelstos en otras graves pecados, o mandastes o consentistes fazer esto? Mortalmente pecó

¿Recebiges algún dinero o precio porque rogarredes al papa o al obispo que diesse algún beneficio que havía vacado a aquel por quien rogavades? Allende de ser pecado mortal, es simonía, y es tenudo a restituyr lo que assí levó. Y ahunque no reciba algún precio, si rogó por el que sabía que no era digno pecó mortalmente, y es simoniaco¹⁶⁰⁷.

¹⁶⁰⁵ ASV: Reg. Avin., nº 281, f. 160.

¹⁶⁰⁶ “¿Embargastes o estovastes la elección de alguno por fuerza o porque no elegían a quien vos queriades o agraviastes or esto a algún monesterio o colegio? Allende de ser pecado mortal, es descomulgado de sentencia mayor” (FLORENCIA, 1499: f. 62r).

¹⁶⁰⁷ *Ib.*: ff. 63r-63v.

Esta cuestión es de enorme interés, porque en el caso de Castilla puede aplicarse a lo que llegaría a ser con propiedad el patronato regio, y al menos en la época que tratamos el derecho de los reyes a presentar obispos. Esto afectó directamente a los confesores reales ya que muchos de ellos fueron promocionados al episcopado por los reyes como hemos visto en cada caso particular y volveremos a tratar en su conjunto más adelante (§ 5.2.3). Aquí podemos señalar que se aprecia en este hecho el deseo de recompensarlos y situar hombres fieles a su persona en la jerarquía, pero que a la vez habían dado muestras de ser dignos para este ministerio. Con ello se daba cumplimiento a lo que se establece en los manuales de confesores. No es aventurado pensar que los confesores hubieron de señalar a los reyes que tenían gran responsabilidad al promocionar dignos sacerdotes al episcopado, lo cual llevaría a los mismos monarcas a pensar en aquellos que les daban precisamente los criterios morales para dichas elecciones. Ello no significa que los confesores señalasen los individuos que el rey debía designar o se señalasen a sí mismos, aunque por ejemplo Lope de Barrientos hubo de ambicionar la sede de Toledo, que quizá no consiguió por la influencia de don Álvaro de Luna. En el lado opuesto de esta actitud se situaría Cisneros, el cual reaccionaría airadamente al conocer su nombramiento como primado.

Siguiendo con la actitud del rey respecto a la Iglesia en sus dominios, san Antonino plantea “¿Quebrantastes la libertad de alguna yglesia tomando o sacando los que havían fuydo a ella?”¹⁶⁰⁸. En este sentido, hay que señalar cómo en la Castilla bajomedieval el derecho de asilo en las iglesias fue un caballo de batalla entre monarquía e Iglesia, y en este punto un confesor como Lope de Barrientos, fiel colaborador del rey por lo

¹⁶⁰⁸ *Ib.*: f. 63r.

general, se opuso al mismo al defender la inmunidad de los recintos sagrados frente a la autoridad real¹⁶⁰⁹, si bien Alonso de Palenzuela expuso en nombre de Enrique IV dicho problema al Papa (§ 2.4.5). Asistimos aquí a un conflicto monarquía-Iglesia, donde es difícil valorar la actitud de los confesores de los reyes. Hay un caso que nos puede ilustrar sobre la importancia que el confesor podría tener en compañía del rey en este punto. El 30 de enero de 1490 el Papa escribió a fray Hernando de Talavera, exponiéndole que la reina había arrestado a unos monjes del monasterio de Párreces sin contar con las autoridades eclesiásticas, lo cual no lo consideraba apropiado. Por ello mandaba a fray Hernando que instara a la reina enmendar la acción y restituyese a los monjes, encomendándole actuar en nombre del propio papa, concediéndole con los poderes eclesiásticos necesarios para hacer cumplir dicha disposición¹⁶¹⁰. Nos parece que la designación de Talavera responde al hecho de que era el confesor de la reina, ya que el asunto correspondía a la diócesis de Segovia y jurisdiccionalmente no era asunto suyo.

Dadas las formulaciones teóricas, cabe pensar que los confesores no debían aprobar la violación del derecho a sagrado, aunque se darían cuenta de los abusos de dicho derecho, y de ahí que Palenzuela gestionase el problema ante la instancia última, el Papa. Quizá las peticiones regias

¹⁶⁰⁹ VILLARROEL, 2006: 898.

¹⁶¹⁰ *Venerabili fratrem Salutem Etc. Intelleximus nuper fuisse arrestatos certos fratres Monasterii de Parazes Segobiensis Diocesis De mandato Regie Maiestatis sine eius consilii ad instantiam Prioris et conventus dicti Monasterii nescitur tamen qua de causa quod arrestum cum cedat in non parvum praedictum dilecti filii nostri Ra[phaeli] Sancti Georgii diaconi cardenalis dicti Monasterii commendatarii, sine cuius consensu id fieri non convenit, neque debet. Volumus ac tue fraternitati mandamus: praefatam Regiam Maistatem hortaris nostro nomine ut dictum mandatum: si quod manduit quod tamen non credimus ob eris modestiam et ad res ecclesiasticas pium respectum revocet: et restitui in prestinum [...] Dantes nihilominus [...] facultatem relaxandi dicti sequestrum ac mandandi sub penis et censuris ecclesiasticis, ys penos quos dicti fructis sunt sequestrati, ut illos restituant et consignent. Procuratoribus dicti cardenalis commendatarii. Quem facimus per sua prudentia et laudabilis consuetudine provisurum siquid eidem Monasterii desit, quod ad suam curam et provisorum pertineat. Datum ut supra [Roma, 30 de enero de 1490, año VI] (ASV: Arm. XXXIX, nº 21, ff. 181v-182r).*

expuestas por fray Alonso al Papa Pío II y que éste rechazó fuesen precisamente sobre este asunto. Ciertamente, los confesores hubieron de instar a los reyes a respetar la libertad e integridad de la Iglesia, al mismo tiempo que reconocían el papel de protectores de la misma a los monarcas. Así, el sínodo de León del 12 de junio de 1426 que organizó Alfonso de Cusanza (y en el que se refiere a sí mismo como “nos, don frey Alfonso de Cusança, por la graçia de Dios e de la santa yglesia de Roma obispo de León e confesor de nuestro sennor el rey”¹⁶¹¹) comienza con el siguiente preámbulo, que muy probablemente fue compuesto por el mismo obispo y confesor:

Bien saben los reyes e príncipes e poderosos sennores tenporales que, si quieren ser por Dios guardados e ayudados en el tenporal poderío, deven guardar con justiçia al poderío espiritual en conservaçión de la fee christian e firmeza de la justiçia, a quien son obligados, desiendo el Sabio “Amat justiçia, vos que jugades la tierra”. E commoquier que a ellos es cometida defensiõ e tuyçión e protección de las yglesias e de las personas eclesiásticas e de sus bienes, a los quales Dios demandará rasón dello, que les dio poderío en lo tenporal, enpero, en los tienpos de agora, proh dolor, por nuestros pecados, aquellos que devían guardar, defender, anparar las yglesias e personas eclesiásticas e sus bienes, aquellos las persiguen, devastan e destruyen¹⁶¹².

Por último, José Manuel Nieto, como hemos visto, destacó la condición del rey cristianísimo en su lucha contra los enemigos de a fe. Dejando para después la cuestión de la guerra, podemos tocar aquí la cuestión de la persecución de la herejía, y así san Antonino hace preguntar al confesor: “¿Consentistes en vuestros lugares y pueblos algunos herejes o

¹⁶¹¹ En GARCÍA Y GARCÍA, 1984: 306

¹⁶¹² En *Ib.*: 303-304

scismáticos o defendistes a los tales? Allende de ser pecado mortal, es descomulgado”¹⁶¹³. Dos siglos atrás, san Raimundo de Peñafort (confesor de Jaime II de Aragón) señalaba como una de las causas por las que un rey podía ser depuesto es por ser hereje o fautor de herejía¹⁶¹⁴. En este sentido, hay que decir que los reyes no siguieron las recomendaciones de los manuales de confesores, que recomendaban no conceder a los judíos cargos y oficios aunque, muy significativamente, no condenan estas prácticas como pecado¹⁶¹⁵. En efecto, vemos que los reyes tuvieron a su servicio muchos hebreos. A esto se añadiría el problema converso, en el cual apreciamos actitudes tan dispares como la de Lope de Barrientos y Hernando de Talavera frente a las de Alonso de Espina o Tomás de Torquemada. Lo cierto es que la defensa de la ortodoxia que formulan los manuales de confesores llevarían a la fundamentación ideológica de la creación de la Inquisición. Los confesores de Francia, por ejemplo, ya estaban vinculados a este tribunal mucho antes, así como los portugueses. Como señaló Prosperi, la confesión era fue defendida en Trento como la principal arma contra la herejía¹⁶¹⁶.

Desde el momento en que la Inquisición se estableció en Castilla, vemos la enorme importancia que tuvieron los confesores reales en la misma. Ello se explica por la confianza que los monarcas depositaron en ellos para los asuntos de la salud moral. Así, de la salud individual del alma regia y del ámbito cortesano, podemos decir que, como extensión al cuerpo político, la Inquisición se encargaría de la salud espiritual del reino, y acorde

¹⁶¹³ FLORENCIA, 1499: f. 63v.

¹⁶¹⁴ RIBES MONTANÉ, 1979: 98.

¹⁶¹⁵ “¿Distes algún officio de algún lugar a algún judío? Si lo dio, quítelo dél, ca es defendido por el derecho” (FLORENCIA, 1499: f. 64r). Nótese cómo aquí san Antonino no define como pecado dar oficios a los judíos, aunque lo desapruebe. San Raimundo de Peñafort y Juan de Friburgo ya lo habían hecho tiempo atrás (*vid.* PEÑAFORT 1715: 46-47, FRIBURGO, 1519: f. 10v ss.)

¹⁶¹⁶ PROSPERI, 1996: 468.

a este esquema el encargado de la salud moral del rey pasaría, por encargo del mismo, a velar por la salud moral del reino. Ello es acorde a la vinculación que se dio entre la confesión y la Inquisición en la Edad Moderna, y que fue tan profundamente estudiada por Prosperi y Antonio González Polvillo. Antes de la Inquisición, vimos cómo Barrientos jugó un papel central en la expurgación de la biblioteca de don Enrique de Villena. Sus escritos parecen estar en íntima conexión con este hecho y las inquietudes espirituales de Juan II como ya dijimos. Así, el *Tractado de caso y fortuna* termina del siguiente modo: *Deo gratias, ad cuius gloriam et honorem volui dicere que breviter sensi circa presentem materuam, presupposita debita correctione. Fide catholica semper salva*¹⁶¹⁷. En este sentido, Barrientos pediría al rey no decidiese en materias de fe u ortodoxia cristiana hasta consultar a la persona apropiada (que habría de ser, quizá, el confesor)¹⁶¹⁸. Igualmente, otros confesores hubieron de velar por la ortodoxia en Castilla, como fray Francisco de Soria (aunque era confesor de Juan II de Aragón, si bien actuaba en solar castellano¹⁶¹⁹) o, desde un punto

¹⁶¹⁷ BARRIENTOS, 2006: 67. Final similar tiene el *Tratado del Dormir* (BARRIENTOS, 2001: 80-81), García-Monge, a este respecto, indicaba: “En las materias que Barrientos analiza está claro que el Rey, y en general las personas en las que se concentra el poder, necesitan un cierto criterio. No se trata de una mera curiosidad intelectual: los asuntos relativos a la adivinación del futuro por diversas vías tocan muy de cerca, por una parte, la ortodoxia (a la que el clero espera el Rey salvaguarde), y por otra, pueden afectar al propio Juan II si se muestra accesible a este tipo de dialéctica (a la cual sí tío, Enrique de Villena, sin ir más lejos, resultaba tan proclive)” (GARCÍA-MONGE, 2001: 94).

¹⁶¹⁸ “Por tanto, dexando esto para en otro lugar por quanto esto basta agora para nuestro intento, humillmente suplico a tu Alteza que non des fe nin lugar a tales cosas fasta ser fecho el dicho examen por persona que lo sepa fazer, commo dicho es, e después de fecho el tal examen, si fuere fallado las tales visiones ser milagorsas, estonçe es de dar toda fe e favor segunt fuere el caso. Ca ante del tal examen cosa desonesta e vergoñosa es dar fe e pone devoción en las tales cosas, si por ventura emanen de las operaciones de la fantasí por la manera susodicha” (BARRIENTOS, 2001: 66)

¹⁶¹⁹ Fray Francisco fue encargado del famoso asunto de los herejes de Durango, así lo señala Wadding: *Incidit hoc tempore in errores et turpitudinem Fratricellorum frater Alphonsus Mella, Joannis Mellae Episcopi Zamorensis et S.R.E. Cardinalis germanus frater: quae dum Durangi in Cantabria seminat, mittitur a Joanne Rege, ut comprehendat, frater Franciscus a Soria vir doctissimus, et piissimo Regi gratissimus, quem saepe laudant historiae Hispaniae, et consiliarium adhibuisse Regem in arduis negotiis Comitissabuli Alvari de Luna commemorant. Fugit Alphonsus Granatam, ubi male periit. De infectis ea persuasionem, quaestiones tormentis habitae sunt, plerique vivi combust. Porro Franciscus summo opere commendatur ab illius aetatis scriptoribus, maxime a Ferdinando Perez de Guzman, qui Joannis Regis scripsit historiam; appellat enim virum doctrina insignem et vita cimmendabilem, et vere po[p. 194]tuisse*

de vista ideológico, Alonso de Espina con su *Fortalitium Fidei*¹⁶²⁰. Esto ya fue percibido por la historiografía más antigua, y así Jerónimo Zurita, al tratar sobre Torquemada, toca la cuestión de la defensa de la fe católica en el contexto de la dinastía de los Trastámara¹⁶²¹.

- *La promulgación de leyes y el cumplimiento de justicia.*

Nieto Soria indica cómo, de acuerdo con la ideología regia castellana medieval, Dios pone el poder en manos del monarca¹⁶²², lo cual implica la importante cuestión de la facultad de promulgar leyes y en la ejecución de la justicia, y así el príncipe debe ser, en palabras de Hernando de Talavera, “muy mas solícito en la execucion de la Justicia çivil y criminal”¹⁶²³, para lo cual los manuales dedican espacio en el apartado dedicado a jueces y alcaldes¹⁶²⁴. En el concilio de Turégano de 1440 (y poco después, casi de manera idéntica, en el de Cuenca de 1446), Lope de Barrientos indicaba en

canonizari propter multa, quae patravit sub mortem miracula. Ea jussit diligenter examinari Joannes Rex in Monasterio sanctae Clarae de Carrion, ubi sanctissime vitam absolvit (WADDING, 1932c: 193-194)

¹⁶²⁰ Esta obra resulta una pieza interesantísima en la historia de los orígenes de la Inquisición y la expulsión de los judíos de España, así como en la historia del antijudaísmo y antisemitismo en Castilla y en el conjunto de Europa, ya que conoció gran expansión. No hemos empleado esta obra para el *discurso moral y penitencial* ya que su alcance es más amplio y se refiere al conjunto de la *societas christiana* y su actitud respecto al pueblo de Israel. No obstante, hemos prestado atención a esta obra en la medida en que Alonso de Espina intentó influir en el rey en calidad de confesor sobre la actitud respecto a los judíos. Es de suponer que todo lo que en esta obra escribió hubo de transmitirlo, de una manera u otra, al rey Enrique IV, aunque no con la suficiente eficacia como para ver cumplidos los *desiderata* que allí se contienen. Un magnífico resumen sobre la cuestión hebrea en este libro se puede ver en MEYUHAS, 1998. Por otro lado, la obra no se limita a tratar sobre los hebreos, sino que se refiere también a la relación con musulmanes y con el mundo de la brujería y los demonios.

¹⁶²¹ Vid. ZURITA, 2003: lib. XV, cap. XLIX

¹⁶²² “En estas mismas manifestaciones literarias se suele poner de manifiesto la consecuencia del carácter instrumental que debe tener para el rey su origen divino. Si el rey es puesto por Dios, es Dios mismo quien pone en manos del monarca el instrumento para que ejerza su ministerio; tal instrumento es el poder real, que también tiene un origen directamente divino. El propio origen de este poder impondrá condiciones de uso, así como los fines para los que haya de aplicarse” (NIETO, 1988a:53).

¹⁶²³ En IANNUZZI, 2009a: 148.

¹⁶²⁴ Martín Pérez, al hablar de la condición de juez del rey, remite a este otro apartado: “Después demanda de la justicia, así como fallaras yuso en el título de los alcaldes” (PÉREZ, 2002: 424) y san Antonino ordena los temas en su *Confessionale* del siguiente modo: pecados de los príncipes, la guerra y pecados de los jueces eclesiásticos y seglares.

el preámbulo cómo los hombres, dada su inclinación al pecado, deben ser regidos. Aunque esto lo aplica al caso de la Iglesia y la necesidad de que los obispos convoquen sínodos con el fin de guiar adecuadamente a los fieles, dichas palabras bien pudo aplicarlas al caso de la realeza en su labor como confesor¹⁶²⁵.

Famosa es la máxima *quod principi placuit legis habet vigorem*¹⁶²⁶. Según ella, podría parecer que lo que el rey dispusiese sería justo *per se*, y en Castilla no faltó la pretensión de situar al rey por encima de la ley¹⁶²⁷. Pero lo que encontramos en el ámbito penitencial es una supeditación de la ley positiva a la ley divina, como plantea san Raimundo de Peñafort¹⁶²⁸, cuya obra estaba en manos de Juan Rodríguez de Villalón y de Gonzalo de Illescas (§ 3.2) y que, dada su celebridad, sería conocida de otros muchos. Igualmente, san Antonino introduce la pregunta “¿Fezistes algunas leyes o malas ordinações que no podiades ni deviades? pecó mortalmente y si puede deve las quitar”¹⁶²⁹. Fray Juan García de Castrogeriz señala al respecto que la ley debe tener como principal intención evitar las

¹⁶²⁵ El proemio del concilio de Turégano comienza del siguiente modo: “Por quanto segund la diversidad de los cuerpos de los omes, naturalmente son diverss las voluntades dellos, e desde que el primero Adán pecó por soberbia, todo ome es ynclinado, dexada la justiçia, ante al amla que al bien, por lo qual naçen cada día discordias e malquerençias e otos muchos males entre los omes, por tanto es mucho neçesario que sean corregidos por la justiçia” (en GARCÍA Y GARCÍA, 1993: 385). El de Cuenca, muy parecido, está disponible en GARCÍA Y GARCÍA, 2011: 206

¹⁶²⁶ Justiniano, *Institutiones*, Liber I, titulus II, en 1.2.6, en <http://www.thelatinlibrary.com/>, consultado por última vez el 12 de febrero de 2015.

¹⁶²⁷ Jerry Craddock, en su trabajo “¿Debe obedecer el rey sus propias leyes?” la evolución de la ideología alfonsina sobre la relación entre el rey y la ley, y cómo en las redacciones más tardías del reinado de Alfonso X éste trató de mostrar un absolutismo regio mediante la independencia del rey frente a la ley. Esta investigación se encuentra en CRADDOCK, 2008: 17-28. Una síntesis sobre la imagen del rey legislador puede verse en NIETO, 1988a: 156-159.

¹⁶²⁸ A la hora de tratar la cuestión de la usura, san Raimundo plantea: “¿Qué decir de las leyes que permiten que se exijan usuras, acaso no se mantienen? Digo brevemente que no, es más, todas se han derogado” (PEÑAFORT, 1715: 337). Las razones que da después se fundamentan en el hecho de que el emperador o el príncipe no puede promulgar leyes que contradigan la ley natural o divina, en definitiva, que no puede imponer una ley injusta.

¹⁶²⁹ FLORENCIA, 1499: f. 64v.

tendencias inmorales de los súbditos¹⁶³⁰, y está condicionada a la moral como plantea Martín Pérez:

E si es tal señor que pueda fazer leyes, commo enperador o rey, si fizo alguna ley mala e tortijera, que fuese a daño de los guardadores, ca, segund dize sant Eysidro en el derecho, “toda ley debe ser honesta e que tenga en si derecho, que se pueda guardar segund natura e segund costumbres buenas de la tierra, convenible a tiempo e a lugar, nesçesaria, que faga mester, aprovechable a todos en comun, non por pro de algunos o de algunas apartadamente, e que sea manifesta, quiere dezir clara, que non aya en si obscuridad por que non se pare lazo por ella a los que han a usar de la ley¹⁶³¹

Del mismo modo, Pedro Díaz de la Costana condena a los reyes que emitieran leyes inicuas con el objetivo de cobrar impuestos desaforados o a actuar en beneficio propio, lo que se relaciona con la cuestión de la exacción fiscal¹⁶³². En definitiva, los confesores pudieron ayudar a los reyes en esta tarea, como se puede apreciar en el hecho de que algunos fueron oidores de la Real Audiencia o se encargaron de algunos pleitos de la Iglesia o la Corona en Castilla. Pero, antes de ello, hemos de suponer que los confesores informaron a los reyes sobre todo el fundamento ético de las leyes que hemos visto aquí arriba. En este sentido, los confesores también instarían a los reyes a ser monarcas instruidos y de buen juicio para actuar

¹⁶³⁰ “La principal intención del rey o del que face la ley deve ser en refrenar las cobdicias de los omnes e no en igualar las posesiones, según que decía Felleas [...] ca todos los que ponen leyes más deven tener mientes a refrenar las pasiones e las cobdicias de los omnes que poner leyes en las posesiones e en las riquezas, ca toda enfermedad ha más menester remedio en la raíz donde nasce que en las ramas que nascen della. E cierto es que todos los males e los pecados de los omnes nascen de las cobdicias e de las pasiones, que quieren seguir los omnes, ca la cobdicia es comienzo de todos los males. E por ende los que ponen leyes más deven poner remedio en refrenar las cobdicias e las pasiones que en mesurar las posesiones” (GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 741-742).

¹⁶³¹ PÉREZ, 2002: 425.

¹⁶³² *Item principes leges iniquas condentes et ad propriam utilitatem concernentes furtum committunt* (BNE: Inc/364, p. 49).

con justicia, como expone Lope de Barrientos en el prólogo al *Tratado de la divinança*, aunque se refiera a la cuestión de las artes mágicas¹⁶³³.

- *La guerra*.

Otro aspecto relacionado con los reyes y señores es, como parece lógico, el de la guerra. Desde el punto de vista cristiano, lo que hay que buscar es la paz, como señala Alfonso de Palenzuela¹⁶³⁴ o también mostraría Fernando de Torres¹⁶³⁵. Hay una equiparación entre el poder de las leyes en tiempo de paz y el de las armas en tiempo de guerra¹⁶³⁶, de modo que el rey se erige como protector del reino. Ahora bien, la guerra nunca sería algo deseable, máxime entre reyes cristianos, como indicó Hernando de Talavera a la reina Isabel:

Mucha razón tiene vuestra alteza de se gozar, y de querer que todos vuestros súbditos y naturales nos gozemos desta restitución de vuestros condados hecha con tanta liberalidad y con tanta demostración de excelente virtud tu mui buena voluntad [...] Escusase la guerra que por justa que sea, especialmente contra cristianos, tiene daños sin cuento, quedaes libres para dotar vuestros reinos, de conplido regimiento o para ganar otros al Rei y Señor de todos los reinos, que pierde, a manera de hablar, todo lo que le offende, y gana todo lo que le sirve, y

¹⁶³³ “por lo qual tu Señoría de nuevo me enbió mandar que d’ello te copilase otro tractado, en lo qual [...] se muestra bien tu virtuosa condición e real deseo en querer saber lo que a todo rey e príncipe pertenesé saber, ca, non lo sabiendo, non podrías por ty juzgar e determinar en los tales casos de arte mágica, quando ante tu Alteza fuesen denunciados. E por esta causa todos los príncipes e perlados devern saber todas las espeçes e maneras de la arte mágica, porque non les acaesca lo que soy çierto que a otros acaesçió: condepnar los inoçentes e absolver los reos” (BARRIENTOS, 1992: 167).

¹⁶³⁴ La exhortación 22 del homiliario se titula “de guardar la paz y buscar la con diligencia” (Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4: ff. 22r-24v).

¹⁶³⁵ “Por lo demás lamentáis muy amargamente en esta misma carta las revueltas ocurridas en nuestra España” (RUIZ VILA, 2012: 116)

¹⁶³⁶ “Así como la cibdad se deve govarnar en tiempo de paz por buenas leyes e por buenas costumbres antiguas e aprobadas, que han fuerza de leyes, así en tiempo de guerra se deve defender por armas. Onde tales son las armas en el tiempo de la guerra para govarnar la cibdad, como las leyes en el tiempo de la paz” (GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 757).

quiere que lo uno y lo otro venga por manos de hombres, malos lo primero y lo segundo de buenos. [...] gánase que resultará dende paz al amigo y aliado y mucha tranquilidad, y por consiguiente a toda la cristiandad. Son tantos y tales los beneficios y bienes que resultan desta restitución, que pienso que yerra mi torpe pluma en ponerles nombre ni cuento, mayormente para quien lo siente todo mui mucho mejor sin comparación. Assí con mucha razón es de haber gozo y alegría, y de dar o hacer muchas gratias a nuestro Señor, dador de todos los bienes, de cuya poderosa mano es venido este tan grande y tan honrado que él confirme y lleve adelante. Amen¹⁶³⁷.

Dicho principio fue recogido, aunque pueda considerarse que de manera protocolaria, en el propio tratado de paz que fray Hernando celebraba¹⁶³⁸. Por ello san Antonino pregunta al hipotético príncipe o señor:

¿Fezistes o mandastes fazer guerra no justamente o ayudastes a alguno en la tal guerra no justa ni derecha? A todos los males y daños que dela tal guerra se siguen, es obligado el que la faze o el que ayuda al que la faze, si de cierto sabe y conosce ser no justa la tal guerra, pero si es dubda si la tal guerra sea justa o no, escusado es, si empero el tal es cavallero súbdito o vasallo del señor, que faze la tal guerra¹⁶³⁹.

Alfonso Fernández de Madrigal establece como pecado la guerra entre dos individuos o dos reinos si no hay una razón de justicia¹⁶⁴⁰, al igual

¹⁶³⁷ En CLEMENCÍN, 1821: 359-361.

¹⁶³⁸ “Nos don Fernando y doña Ysabel [...] Si con todos los príncipes christianos es nuestro desseo tener buena paz amor y conformidat insiguiendo la sanctissima doctrina de aquel redemptor de natura humana que dixo a sus discípulos *pacem meam do vobis pacem meam relinquo vobis* mucho más con el muy alto e muy poderoso príncipe don Carlos por la gracia de dios Rey de Francia nuestro muy caro e muy amado primo sabiendo que lo mismo él quiere y dessea...” (AGS: K-1638, nº 27, f. 1r).

¹⁶³⁹ FLORENCIA, 1499: ff. 63v.

¹⁶⁴⁰ Para el *Tostado* El séptimo género de pecado de ira “es quando se faze guerra sin razón, agora sea entre dos personas o entre reyno e reyno o tierra e tierra con voluntad de robar, o de ferir e matar o destruyr possessions a fierro e a fuego, o en qualquier otra manera. Si esta guerra fuere iusta de parte de alguno delos guerreantes este no pecara, empero esto será porque este se defiende del otro que contra

que San Antonino, quien dedica luego algo de espacio a valorar las condiciones que hacen justa una guerra: que sea declarada por la autoridad del rey para la protección del reino, que los enemigos sean culpables del hecho por el que se inicia la guerra y que no haya mala intención¹⁶⁴¹ (deseo de venganza, saña, etc.). Martín Pérez indica también cómo la guerra puede declararse si con ello se puede alcanzar la paz¹⁶⁴². Así, el sacerdote puede llegar al punto de instar a la guerra en este sentido, aunque no participar en ella¹⁶⁴³. Por ello, Lope de Barrientos pudo instar a los reyes a la vía armada sin reparo moral a la vez que su conciencia no quedó tranquila tras los sucesos en Cuenca. Ello se puede explicar a la luz de estos textos, ya que en Cuenca Barrientos hubo de tomar las riendas en defensa de la ciudad. Ello no le justificaría en el recurso de la violencia. Juan de Friburgo en su *questio* sobre los obispos con poder temporal sobre una ciudad (*quid si episcopus in villa vel in castro iurisdictionem habeat temporalem*) indica que el obispo debe poner un juez civil, pues no podría imponer penas de sangre siendo sacerdote¹⁶⁴⁴. En definitiva, Barrientos pudo extralimitarse pero obligado por circunstancias de extrema necesidad, por lo que pidió el perdón pontificio¹⁶⁴⁵. No obstante, fray Hernando establecía que “peca el clérigo que pelea, aunque la pelea sea justa, salvo en su defensa, no

razón le mueve la guerra, o porque él demanda por guerra las injurias o daños a él fechos, los quales en otra manera haver no podría” (BNE: Inc/391, pp. 21v-22r).

¹⁶⁴¹ Martín Pérez señala los elementos necesarios para que haya buena intención: “caridat de los christianos por que bivan en paz e en amor de justiçia, por que las maldades de los omes sean abaxadas e las bondades sean ensalçadas; por que casa uno aya lo suyo; otrosi, por obediencia, que la entencion sea por obedesçer a aquel que es su señor del que lidia i faze guerra o por cuyo mandado se faze e se puede fazer lid, segund veras despues. Estas tres cosas dichas fazen buena e sana entencion. La quinta cosa es abtoridat de la Iglesia, de enperador o de rey o de príncipe” (PÉREZ, 2002: 421).

¹⁶⁴² “La terçera, sana razon que por la guerra e por la lid venga paz, la qual paz digamos <que> otramente non se pudiera ganar, ca non es buena la lid quando la paz sin ella se puede ganar mejor” (*Ib.*).

¹⁶⁴³ *Vid.* PEÑAFORT, 1715: 223-224.

¹⁶⁴⁴ FRIBURGO, 1519: f. 54r.

¹⁶⁴⁵ Dicha bula (ASV: Reg. Vat., nº 365, fol. 495v-496v), está transcrita en RÍSQUEZ, 2010: I, 51-53. Señala Rísquez Madrid que el documento está fechado en 1446 pero hace referencia a acontecimientos de 1447, algo que sucede “como en la mayoría de la documentación vaticana” (p. 53).

podiendo al hacer”¹⁶⁴⁶. Contempla la posibilidad del combate en caso de que no haya otra alternativa, y en este sentido Barrientos estuvo justificado de hacer lo que hizo. El confesor tendría claro que el rey debe recurrir a la violencia para hacer valer su legítimo poder frente a los traidores. Como vimos, así se lo manifestó a Enrique IV, señalando que como rey estaba ungido, una idea que estaría arraigada en la monarquía castellana aunque no tuviera un ceremonial propio¹⁶⁴⁷.

En este punto de la guerra, se denosta la ira como un vicio negativo en el rey, si bien existe una ira regia que el rey puede manifestar para aplicar la justicia frente a las traiciones o desórdenes morales¹⁶⁴⁸. Sería la aplicación al caso de la realeza de lo que Pedro Díaz de la Costana llama *ira per zelum*¹⁶⁴⁹. Incluso, “castigar” (en sentido de corregir o amonestar, aunque parece incluir la noción coactiva) entraría dentro de la tercera obra de misericordia espiritual¹⁶⁵⁰. Por ello, fray Hernando de Talavea escribiría a la reina señalándole que los reyes han de amar a los súbditos: “mas como padres a hijos, por el bien propio dellos. Del qual amor ha de nacer toda

¹⁶⁴⁶ TALAVERA, 1911a: 26.

¹⁶⁴⁷ Vid. NIETO, 1988a: 62

¹⁶⁴⁸ Vid. GARCÍA DE CASTROGERIZ, 2005: 267-270. También menciona esa ira lícita Bartolomé Talayero en su *Tratado de la confesión* (BNE: Mss 10571, f. 58v), y el *Libro de confesión de Medina de Pomar*. Vid. BIZZARRI, SÁINZ DE LA MAZA, 1993: 48. Para ahondar en la cuestión de la ira regia se puede consultar: GRASSOTTI, 1965; DACOSTA, 2006.

¹⁶⁴⁹ *Ira quidem per zelum, procedit a virtute, ut cum aliquis irascitur a se vel ab alio de peccatis commissis, vel de bonis dimissis, et talis ira non est peccatum, sed est potius meritum* (BNE: Inc/364, p. 75).

¹⁶⁵⁰ “La tercera obra de misericordia espiritual es castigar, e entiendese este castigar en dos maneras. Conviene saber por palabar o por fecho, los perlados e señores temporales han de castigar de fecho a los que pecan, e son obligados alo fazer así dando les pensa, e esto han misericordia dellos e les fazen que no sean malos o no se tornen peores, e son obligados a esto fazer, ca los perlados e juezes que saben los pecados delos subditos sino los castigan pecan mortalmente, e si los castigan han ante Dios grande galardón; eso memos el padre a los hijos. E qualquier que tiene poderío sobre otro para le castigar o dar le pena deve lo castigar porque no se daga malo, e si no lo faze lieva grande cargo sobre sí” (BNE: Inc/391, pp. 59v-60r). Luego habla del castigo verbal, que precisamente correspondería a los eclesiásticos que tienen cuidado de almas. Igualmente, Talayero, al tratar sobre el pecado de la ira, puntualiza lo siguiente: “Síguese el sexto peccado que es yra, el qual tiene por obieto el inmoderado apetito dela vindicat. Es verdat que dos maneras tenemos de yra. Una es que se dize yra por zelo y es quando recebimos enoio de la offensa que es algun mal hombre comete enta Dios o ental próximo. Lo qual stá en razón no tomemos en nenguna paciencia. Mas con ánimo rívido nos movamos a deffender el tal offendido. Ysta yra hemos por claro es muy conueniente e meritoria” (BNE: Mss 10571: f. 58r-58v).

correction y castigo civil o criminal que en los delinquentes se ha de hazer y executar [...] esta animosidad y saña han de tener los príncipes, que han de ser zelosos y del zelo de Dios comidos, contra los perversos y viciosos y aun contra los covardes y temerosos, pero non tamaña que les turbe el juizio ni los ojos”¹⁶⁵¹.

De hecho, la falta de rigor en ejecución de la justicia, máxime si se hace por obtener algún beneficio, es condenado¹⁶⁵². Ahora bien, la justicia no ha de confundirse con la brutalidad¹⁶⁵³. Ya en la II Partida se trata esta cuestión pormenorizadamente, señalando la ira como un vicio, aun cuando se distingue de la saña y la malquerencia¹⁶⁵⁴, y se propone la misericordia en el ámbito regio¹⁶⁵⁵. Ante este panorama, es lógico por ejemplo que la imagen de Pedro I oscilara entre la noción de *cruel* y *justiciero*, que promovieran sus detractores y sus partidarios respectivamente. También podemos entender las supuestas contradicciones de Lope de Barrientos a las que antes aludíamos.

Creemos que, con estos ejemplos, se aprecia en la relación entre la actitud concreta del confesor real y los contenidos del *discurso moral* y *penitencial* que venimos desarrollando. Vemos así una tensión entre la

¹⁶⁵¹ TALAVERA, 2014: 114-115

¹⁶⁵² “¿Perdonastes a alguno la muerte corporal que merecía según justicia por dineros o presentes que vos diessen? pecó mortalmente” (FLORENCIA, 1499: f. 65r).

¹⁶⁵³ “¿Haveys seydo mucho vindicativo, matando o cortando manos o pies o açotando cruelmente con aborrescimiento y vengança o mandastes o consentistes o procurastes fazer las tales cosas? Ahun que las tales cosas sean fechas según via de justicia por las circunstancias susodichas que ende se allegan son pecados mortales. Ca esto faze lo que dize san gregorio que un alguazil mayor dela yglesia de roma que llamavan pedro fue levado a los tormentos del infierno, porque quando le era mandado fazer alguna justicia más se movía ala fazer por desseo de crueldad que por cumplir lo que le era mandado o por guardar la justicia” (FLORENCIA, 1499: f. 64v).

¹⁶⁵⁴ BIGLIERI 2001: 7. En este trabajo, el autor se detiene en el tratamiento que se hace de Alfonso VI en la literatura alfonsí, y cómo se trata de ocultar el vicio de la ira frente a las virtudes principales de este monarca (fortitudo, sapientia, pietas, aunque es adornado con otras en el relato de la *Estoria de Espanna*). En la *Estoria de Espanna*, igualmente, se presente su saña y porfía como defectos

¹⁶⁵⁵ Partida VII, título XXXIII, ley III: “Misericordia es propiamente quando el rey se mueve por piedat de sí mismo á perdon ar á alguno la pena que debie haber doliéndose dél veyendol cuitado ó malandante, ó por piedat que ha de sus fijos ó de su compaña” (en RUBIO MORENO, 1991: 200-201)

búsqueda de la paz y el recurso a las armas para hacer valer los derechos de la Corona. Podemos ver en el caso de Juan I una actitud de este tipo, en el caso de la guerra de Portugal¹⁶⁵⁶. Como hemos visto, fray Fernando de Illescas fue su más célebre confesor, y en este sentido pudo ser un contrapeso a una actitud belicista, ya que como embajador buscaría siempre el acuerdo al conflicto. De ahí, creemos la importancia de los confesores como agentes diplomático, que trataremos más adelante (§ 5.2.3).

Acorde a la visión del rey cristianísimo, un aspecto importante es la guerra contra los infieles¹⁶⁵⁷. El mismo Talavera, hombre de un talante pacífico y conciliador, en el *Oficio de la toma de Granada*, recientemente estudiado por Martínez Medina, señalaría a Dios como agente y causa principal de la conquista de dicho reino¹⁶⁵⁸. En este sentido, el rey se puede movilizar contra los enemigos de la fe, tanto herejes como no cristianos, y puede recibir la ayuda espiritual de la Iglesia¹⁶⁵⁹. No obstante, el mero hecho de luchar contra no cristianos no justifica la guerra. La guerra declarada sin razón y rompiendo las treguas con los musulmanes constituye un pecado:

¿Mandastes entrar a tierra de moros en tiempo de paz o de tregua? Si lo mandó o consintió o dio lugar a ello, assí a los suyos como a otros que entrassen por su tierra, allende de pecar mortalmente es obligado a todos los daños que dende se siguen y a bolver el moro o moros si los sacaron a su tierra, y a sacar el christiano

¹⁶⁵⁶ Vid. SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1977: 195, 225, 255 ss.

¹⁶⁵⁷ NIETO, 1988a: 80-81.

¹⁶⁵⁸ Vid. MARTÍNEZ MEDINA, 2011b: 121ss.

¹⁶⁵⁹ “El buen alcalde o el buen merino puede fazer guerra o lid contra los malos que fazen mal e despues ençierranse en las fortalezas de los castillo, e puedenles dar guerra fasta que se cunpla la justia que merescen. E en esta manera suele la Iglesia enviar a los reyes <a> cruzada sobre algund rey o sobre tierra que le non quiere obedesçer a la santa Iglesia, asi commo sobre hereges. E en esta manera suelen los reyes mover lid o guerra contra los moros que se dan guerra a los christianos e quieren abatir la fe de Jesuchristo” (PÉREZ, 2002: 422).

o christianos si los levaron en prendas. Y si en las tales entradas acaesce morir algún moro, luego los moros se trabajan por matar otro christiano por el mas si pueden. Y quien mata a este christiano si no el que dio lugar a la primera entrada¹⁶⁶⁰.

Lo cierto es que los confesores, en la práctica, actuaron al servicio del rey en las campañas militares contra los musulmanes. Diego de Deza fue un eficaz recaudador de las décimas concedidas por la Santa Sede para la guerra en África en 1495¹⁶⁶¹, así como Alonso de Espina lo había sido con Enrique IV (y a quien criticó, como ya hemos dicho, por no destinar esos fondos al fin por los que se habían cobrado). Igualmente, el confesor del Infante Fernando de Antequera, había jugado un papel importante acompañándolo en la guerra contra los musulmanes¹⁶⁶².

5.2. LA IMAGEN DEL CONFESOR: TEORÍA Y REALIDAD

Hemos analizado la imagen que los confesores pudieron transmitir a los reyes sobre la propia naturaleza y sentido de su poder, el modo de ejercerlo, así como las cualidades del buen gobernante, todo lo cual se engloba en el segundo punto del poder pastoral y que, con el horizonte de

¹⁶⁶⁰ FLORENCIA, 1499: ff. 63v-64v.

¹⁶⁶¹ La bula de Alejandro VI, concedida a los Reyes Católicos se recoge en un documento en el que se especifica que el encargado de la recaudación es Diego de Deza junto al obispo de Córdoba, en aquel entonces Íñigo Manríquez de Lara (AC Salamanca, caja 40, leg. 1, nº 52). Otro documento de la catedral de Palencia, emitido y firmado por los propios reyes ("Por el rrey e la rreyna alos venerables deán e cabilldo dela yglesia de palencia" -f. 1v-) pide la colaboración de la iglesia palentina en la recaudación que estaban llevando a cabo "los rreverendos in Christo padres obispos de Ávila e de Salamanca, del nuestro Consejo" (AC Palencia: Arm. XIII, leg. 1, nº 18 (nº 2.515 del conjunto del Archivo))

¹⁶⁶² Fray Pedro acompañó al regente Fernando. Como indica Santiago González a propósito de este caso, "las campañas son un buen lugar para reconciliarse con Dios y alabarle, cualquier empresa debe encomendarse a su protección en sus inicios, en su desarrollo y en su conclusión" (GONZÁLEZ SÁNCHEZ, 2010: 506, *vid.* p. 506 ss, *vid. Crónica de Juan II de Castilla*, 1982: 130). Ya lo vimos en el caso de Alfonso XI y otros reyes, ya que la confesión era un aspecto importante en una situación donde la muerte era probable y requería de la purificación espiritual para obtener la salvación.

la salvación de fondo, constituye el contenido del *discurso moral y penitencial* en cuanto a las ideas que, presumiblemente, los confesores transmitieron a los reyes en la dirección espiritual. Pero, como hemos indicado anteriormente, el discurso moral y penitencial tiene un sentido dialógico, acorde a la consideración de la confesión como un ejercicio escolástico, en el que se pone en práctica el método dialéctico aunque sea de manera muy simplificada¹⁶⁶³. En este sentido, hemos abordado el ideal penitencial del rey en Castilla, y ahora corresponder analizar la imagen del confesor, tanto teórica como práctica (a través de la prosopografía), para evaluar qué esperaban los reyes de sus confesores y en qué medida y de qué manera cumplieron éstos dichas expectativas.

A ello se refieren los dos últimos puntos de definición del poder pastoral de Foucault: la atención personalizada y particularizada y el conocimiento de las mentes humanas, que requiere preparación y habilidad:

3. Es una forma de poder que no atiende solamente a la comunidad en su globalidad, sino a cada individuo en particular durante su vida entera.
4. Finalmente esta forma de poder no puede ser ejercida sin el conocimiento de las mentes humanas, sin explorar sus almas, sin hacerles revelar sus más íntimos secretos. Esto implica un conocimiento de la conciencia y la habilidad para dirigirla¹⁶⁶⁴

El texto más explícito de lo que los reyes de Castilla esperaban de sus confesores se contiene en la *Partidas* de Alfonso X. Ya hicimos mención al mismo (§ 1.2.2). Se trata de la tercera ley del noveno título de la segunda

¹⁶⁶³ LITTLE, 1981: 98.

¹⁶⁶⁴ FOUCAULT, 1982: 783

Partida, que se titula “cuál debe ser el capellán del rey”. Tal como ya dijimos, el término “capellán” debe entenderse en el sentido de confesor, como ya indicaron Óscar Villarroel y David Nogales. Lo interesante de esta ley no es sólo su contenido (que describe perfectamente el ideal del confesor real, y que compensa la casi nula existencia de disposiciones regias sobre esta figura en la Castilla medieval), sino también el contexto, ya que se inserta dentro del apartado referido a los oficiales de la Casa del rey. Alfonso X distingue entre los oficiales “que sirven en casa del rey, e los otros de fuera”¹⁶⁶⁵, y así debe el “rey tener oficiales que le sirviesen en estas tres maneras: los unos en las cosas de poridad, e los otros de guarda, e mantenimiento, e gobierno de su cuerpo; e los otros, a las cosas que pertenecen a honra, e a guardamiento, e amparanza de su tierra”¹⁶⁶⁶. El capellán del rey se encontraría en el primer grupo, el de la poridad (como corresponde a los oficiales que se equiparan al cerebro en el cuerpo, esto es, a los que ayudan al rey en el discernimiento y la toma de decisiones). Pues bien, Alfonso X expone, en este orden, los oficiales de la poridad: el capellán, el canciller y los consejeros. Aunque pueda ser un orden meramente honorífico (en el que se da prioridad a la Iglesia), revela, al menos de manera oficiosa, la importancia concedida al confesor del rey. Recordemos la relación que existía entre el capellán/confesor y el canciller desde tiempos de Gelmírez hasta la época de Alfonso X, perdurando esto en la intitulación honorífica de los arzobispos de Compostela (§ 1.2.1; 1.2.2.)

Sabida cosa es que el hombre ha en sí dos naturalezas: la una es espiritual, que es el ánima; la otra, temporal, que es cuerpo del hombre. E bien así como el cuerpo del hombre ha menester de ayudarse de las cosas temporales para

¹⁶⁶⁵ ALFONSO X, 2004: 213

¹⁶⁶⁶ *Ib.*

mantenerse bien, así el ánima ha menester de se ayudar de las espirituales, pues sin ellas no podría alcanzar cumplidamente aquel bien para que Dios la crió. E por esto, como quiera que el capellán mayor del rey ha de ser de los más honrados e mejores perlados de su tierra, que por honra de él, e de su corte, deben usar de su oficio en las grandes fiestas, o cuando él mandare, según entendiere que les conviene; con todo eso el capellán que anda con él cotidianamente, e le dice las horas cada día, debe ser hombre muy letrado, y de buen seso, e leal, e de buena vida, e sabidor de uso de iglesia. E letrado ha menester que sea para que entienda bien las horas, e las escrituras, e las haga entender al rey, e le sepa dar consejo de su ánima cuando se le confesare. E otrosí, debe ser de buen seso e leal, porque entienda bien como le debe tener poridad de lo que él le dijere en su confesión, e que le sepa apercibir de las cosas de que se debe guardar, pues él es tenido de se confesar más que otro, e de recibir los sacramentos de santa Iglesia, e por esta razón es su feligrés. Pues así como los otros lo son, de aquellos de quien los reciben por razón de moranza, otrosí lo es el rey de su capellán pues que de el recibe pro, por doquier que vaya. E de buena vida ha menester que sea, pues aquel que ha de hacer tan santa e tan noble cosa como consagrar el cuerpo de nuestro señor Jesucristo, e de haber en guarda el ánima del rey, e de los de su casa, puedan tomar de él buen consejo buen ejemplo, e lo que ha de castigar en los otros, que no lo haya en sí. Pues según dijo nuestro señor Jesucristo, no está bien al que quiere grande atravesada en el suyo. E sin todo eso debe ser sabidor del uso de la Iglesia como de suso dijimos, de guisa que las horas que dijere al rey, e a los otros que le ayudaren, que las diga bien e apuestamente, según conviene, pues cuando así son dichas con mejor corazón, e mayor devoción las oyen los hombres, más que no hacen si yerran en el son o en las palabras. Otrosí decimos que el rey debe amar, e honrar a su capellán, haciéndolo bien e honra, como a hombre que es su confesor, e medianero entre Dios, e él; e tiene oficio de guardarlo, más que otro de su casa, en aquellas poridades en que el rey más debe ser guardado. De donde el capellán que en esto errase, sin la pena que le yace cuando a su orden, hace

traición contra el rey por la que debe haber tal pena como merece capellán traidor¹⁶⁶⁷.

Óscar Villarroel ya citó íntegramente este texto, y ciertamente la ley recoge todos los elementos que, por ejemplo, desarrolló David Nogales (quien también tuvo esta ley muy en cuenta). Por ello, vamos a analizar cada una de las ideas que sobre el confesor real se exponen en dicha ley y contrastar el ideal que en ella se proponen con la realidad de la prosopografía.

5.2.1. *E bien así como el cuerpo del hombre ha menester de ayudarse de las cosas temporales para mantenerse bien, así el ánima ha menester de se ayudar de las espirituales: El confesor como juez y médico del alma.*

El preámbulo de esta ley de Alfonso X contiene en sí los elementos que ya hemos desarrollado hasta el momento. Se compara la salud del cuerpo con la del alma, y del mismo modo que se requiere de un médico para cuidar de la dimensión corporal¹⁶⁶⁸, el rey necesitaría de una figura similar que garantizase la limpieza espiritual “pues sin ellas no podría alcanzar cumplidamente aquel bien para que Dios la crió”. Ese bien, podemos entender, es la salvación (cuya problemática ya hemos analizado, § 4), y para ello el rey tendría que preparar su alma y comportarse apropiadamente, aspectos que ya hemos desarrollado en los puntos justamente anteriores. Ahora, de lo que trata, es de prestar atención a ese “médico espiritual” que, como el médico corporal requiere de unos

¹⁶⁶⁷ *Ib.*

¹⁶⁶⁸ Así, el *Confesionario* de Martín Pérez establece, entre las condiciones de la confesión, “es de saber que el confessor se deue auer açerca del penitente commo fisico spiritual e el penitente se deue auer commo enfermo spiritual” (THIEULIN-PARDO, 2012b: § 19).

conocimientos y cualidades que le permitan sanar al rey. Por ello, Alfonso Fernández de Madrigal denostaba que se buscaran confesores “simples” que no supieran dar buena medicina espiritual al dar suaves penitencias¹⁶⁶⁹.

La figura del médico al que aluden las *Partidas* es muy recurrente en la literatura cristiana, y así el sacerdote es expuesto como médico espiritual en el Decreto de Graciano¹⁶⁷⁰. Esta semejanza ya se plantea en el IV Concilio de Letrán, inspirado en el *Liber poenitentialis* de Alano de Lille¹⁶⁷¹, o ya a finales del periodo que contemplamos en nuestro trabajo en san Antonino de Florencia, que consideraba su obra sobre la confesión *Medicina dell'anima*¹⁶⁷². Del mismo modo “el sacerdote es urgido a usar la discreción y precaución a la manera del médico, cuyo deseo es sanar, no tanto atemorizar”¹⁶⁷³, en contra de la imagen ofrecida por cierta historiografía a la que hemos aludido. De ahí, en nuestra opinión, la alta valoración y estima de los reyes por sus confesores, con los que mantenían una relación de amistad más que de poder.

No obstante, es cierto que, junto a la imagen del médico, se da, de manera correlativa, la de imagen del *juez espiritual*. También es correlativo a ambas imágenes la de “medianero” entre Dios y el rey, como dice el texto de las *Partidas*, y que es un elemento esencial que se asentó rápidamente en la historia del sacramento¹⁶⁷⁴. Así, el *Confesionario* de Martín Pérez

¹⁶⁶⁹ “deue el peccador buscar el confessor mejor e más discreto que el pudiere que sepa conoscer la grandeza o graveza de los pecados e poner melezina al peccador. En esto yerran algunos buscando confesores simples; los quales le pongan pequeñas penitencias, qunque en algunas coas sean obligados a restituyr e buscan esso mesmo asi favorables, e los que esto fazen pecan e no les aprovecha la confesión” (BNE: Inc/391, p. 4v)

¹⁶⁷⁰ “Sicut peritior medicus querendus est cure corporali, ita discretior sacerdos cure animarum” (en MURRAY, 1998: 70)

¹⁶⁷¹ BÉRIOU 1983: 81.

¹⁶⁷² MICHAUD-QUANTIN 1962: 73.

¹⁶⁷³ LOCHRIE 1999: 26

¹⁶⁷⁴ TEETAERT, 1926: 16.

muestra al confesor como un juez benévolo entre el pecador y Dios¹⁶⁷⁵. Otro aspecto importante de esto es el hecho de que el confesor, en el caso del rey, jugaría un importante papel para mantener la ortodoxia en la fe y en la vida espiritual del monarca, al decirle, tanto oralmente como por escrito, qué es lo aceptable desde el punto de vista moral y espiritual en el ejercicio del poder real. Así, este hecho (el de la sujeción a la Iglesia) es lo que distinguiría por ejemplo la actitud de Hernando de Talavera de la de los alumbrados, compartiendo el confesor con ellos el deseo de la unión mística con Dios¹⁶⁷⁶.

Ello quizá marca también el límite del poder pastoral, de modo que el confesor sólo podría ejercer una autoridad sobre el rey en lo que se refiere a su *salus* espiritual. Así, es en este punto donde quizá encontremos la cuestión que pueda solventar en parte los debates entre las dos corrientes historiográficas sobre la penitencia a la que aludíamos anteriormente. El confesor actuó como juez del alma regia, y por tanto estaba investido de una gran autoridad frente al monarca, pero sólo y exclusivamente en lo que se referiría a esta cuestión. Desde la época de san Raimundo de Peñafort los canonistas pusieron a punto la definición del sacramento de la confesión como *judicium animarum in foro poenitentiali*¹⁶⁷⁷. Debe hacerlo siendo consciente de que hace las veces de Dios, con la responsabilidad que ello entraña¹⁶⁷⁸.

En este punto, podemos decir que el confesor, que en todo lo demás era un servidor del monarca, sí debía tener autoridad efectiva sobre el

¹⁶⁷⁵ “Amonestale otro si que non aya verguenna de le confessar todos sus pecados con sus çircunstancias. Ca tanbien es el ombre pecador e que el sera juez piadoso entre el e el sennor” (THIEULIN-PARDO, 2012b: § 20)

¹⁶⁷⁶ Vid. BIRSACK, 2010: 142-145

¹⁶⁷⁷ RUSCONI, 1981: 84.

¹⁶⁷⁸ LOCHRIE 1999: 29.

mismo. Es conocida la anécdota de fray Hernando de Talavera obligando a la reina a confesarse de rodillas, mientras el permanece sentado. Es imposible saber si esto es una invención de los hagiógrafos del confesor, pero lo cierto es que la noticia ya se daba por cierta en la Edad Moderna¹⁶⁷⁹ y la literatura bajomedieval exhortaba a esta actitud de superioridad¹⁶⁸⁰. Ya en la Castilla del siglo XIV el *Libro de las Confesiones* de Martín Pérez abundaba en la consideración del confesor como “juez espiritual”¹⁶⁸¹, y describe el modo de confesar precisamente como el que Talavera ordenó hacerlo a la reina¹⁶⁸². Desde esta perspectiva, Soto Rábanos señala que “me parece muy acertada la reflexión de Jean Delumeau sobre que, desde la perspectiva del poder, la dramatización del pecado y de sus consecuencias reforzó la autoridad del clero, llegando a ser el confesor un personaje irremplazable”¹⁶⁸³. El confesor era por tanto el médico y juez que sanaba a los monarcas y el único que podría garantizarles las condiciones necesarias para vivir conforme a la imagen que hemos ya visto (§ 5.1) y alcanzar la salvación (§ 4).

¹⁶⁷⁹ “Siendo Confessor de la Reyna Catolica Don Fray Hernando de Talauera, del Orden de San Gerónimo, primero Arçobispo de Granada, introduxo, que el Confessor de los Reyes, quando les oyesse de confesión, fuesse sentado, obervándose antes estar entrambos de rodillas, arrimado a un banco raso” (MÉNDEZ DE SILVA, 1656: 123)

¹⁶⁸⁰ Karma Lochrie transcribe un sermón inglés extraído del *Speculum sacerdotale* en el que dice: “no lo hagas [la confesión] a la manera de la gente ignorante que se sienta cerca del sacerdote como si fuera su maestro o igual, sino que sientate a sus pies como uno que viene a pedir perdón a Dios de la condenación eterna” (en LOCHRIE, 1999: 30). El *Confesionario* de Martín Pérez establece algo similar, aunque permite que el penitente se pueda sentar a los pies del confesor, pero nunca a su altura (THIEULIN-PARDO, 2012b: § 19). Alfonso Fernández de Madrigal habla igualmente de la absolución del pecador que se levanta “delos pies del confessor” (BNE: Inc/391, p. 4r) y, poco después, al tratar de cómo debe acudir el pecador a la penitencia señala que “después de todas estas cosas fechas el peccador deve yr a los pies del confessor escogiendo el mas provechoso e discreto confessor” (BNE: Inc/391, p. 7r). También lo establece así el manual de Talayero, proveniente del ámbito aragonés (BNE: Mss 10571: f. 31).

¹⁶⁸¹ PÉREZ, 2002: 10

¹⁶⁸² “En el comieço de la confesion faz que finque las rodillas en tierra e diga asi [...] E desi mandale que se asiente a tus pies, si fuere ome, commo quisiere, si fuere muger, en quisa que non veas tu su cara nin ella la tuya, si pudiere ser” (PÉREZ, 2002: 46).

¹⁶⁸³ SOTO RÁBANOS, 2006: 417

De este modo, si el confesor real actuó siempre como fiel colaborador y servidor del rey en materia política, en el ámbito del *discurso penitencial* podemos decir que los papeles se invertían. Naturalmente, actuaba en el ámbito espiritual, y por tanto no podemos extraer de ahí que ejerciera una influencia directa en la toma de decisiones regias. Así, si bien pudo haber una influencia en los hechos de gobierno, la autoridad del confesor debe limitarse en principio a los asuntos del fuero interno. Pero es igualmente cierto que, dadas las características del poder y de la relación entre la esfera espiritual y la temporal de aquella época, ello pudo influir en los acontecimientos y procesos que afectaban a la monarquía castellano-leonesa. El confesor estaría llamado a interpelar al rey en su conducta. Quizá el celo en su ministerio llevó a la enemistad de Fernando *el Católico* hacia Hernando de Talavera. Ya señalaba Martín Pérez que el pecador no ama de la corrección:

Ca oye denostar todo lo que ama, e oye alabar todo lo que desama, mayormente si tiene los pecados usados e tiene muchos compañeros e de grand abtoridat, asi como letrados o clerigos o religiosos o prelados, asi que en tanto mas atrevidamente tiene vando de los pecados e mas sin temor se levanta contra la verdat, quanto mayor amor tiene con pecar e quanto tiene mas compañeros del su deseo e quanto son de mayor abtoridat¹⁶⁸⁴.

El confesor debía por tanto ser firme en este punto y saber corregir, lo cual entra dentro la tercera obra de misericordia espiritual según *el Tostado*¹⁶⁸⁵. En efecto, Palenzuela recoge la exhortación de san Juan

¹⁶⁸⁴ PÉREZ, 2002: 5

¹⁶⁸⁵ Alfonso Fernández de Madrigal considera el “castigo” como una obra de misericordia. Así, habría un castigo corporal hacia aquellos que pecan (por parte del padre hacia los hijos, los reyes hacia los súbditos, etc.) y el castigo verbal, que sería advertir y reprender al que obra mal. Lo describe así: “Otra manera de castigar es por palabra quando alguno reprende a otro gravemente de palabra porque se quite de alfún

Crisóstomo: “Pues semejable mente otrosí fagamos quando coregir o emendar algunos quisiéremos suframos por algund tiempo en él todos los otros males porque de uon solo alcançaremos por este mesmo camino andaremos a emendar en él lo otro”¹⁶⁸⁶. La lisonja o la adulación es definida por Angelo da Chivasso como *peccatum ex sermone vanae laudis alicui exhibito intentione conplacendi*¹⁶⁸⁷, que por otro lado no limita a la lisonja tal como hoy la entendemos. Lo extiende de este modo al hecho de minimizar, justificar o exculpar un pecado. Martín Pérez, por su parte, señala lo siguientes sobre los lisonjeros:

Los lisonjeros que alaban a los señores o a los otros el mal e les meten viento de sobervia e de osadia e de vanagloria en los coraçones, otrosi los detrayentes [...] estos estan muchas vegadas delante los señores o delante los otros alabandoles el mal que fazen o en otra manera lisonjandolos e profaçando e diziendo mal de algunos, en quia que los oydores muevense a las vegadas a fazer mal, matar o ferir o robar o vedar bien fazer e merçed Por ende, dizen los doctores que si por dichos de tales lisonjeros o dezidores que dezimos detraedores, alguno o algunos se mueven a matar o a ferir o a furtar o a robar algund otro mal fazer que otramente non fizieran, ellos son tenidos por too el daño o robo e furto que por las sus lisonjas o por los sus dezires fueron fechos, maguer non oviesen ende algo. E si por ellos non se fizo mas de quanto era de fazer, non son tenidos mas de por quanto ende llevaron, aquello tornen e de aquello fagan emienda¹⁶⁸⁸.

peccado en que está, e cada uno es obligado a castigar a qualquier que estoviere en pecado mortal reprehendiendo le si entiende que su castigo será recebido o aprovechara e fructificara alguna cosa. Ca en otra manera deve callar, e esto es verdad salvo en los que lo tienen e han de tener por oficio, assí como los perlados e curas de animas e los predicadores, ca estos se deven poner a castigar a todos los peccadores manifestos, o dexten el officio o la dignidad” (BNE: Inc/391, p. 60r).

¹⁶⁸⁶ Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4: f. 23v.

¹⁶⁸⁷ CHIVASSO, 1569: 16v

¹⁶⁸⁸ PÉREZ, 2002: 114

Por todo ello, el predicador (aplicable al confesor) no debe temer causar cierto escándalo al denunciar ante “señores e otros omes” los pecados que ve, “ca si en un tienpo non les plugo, puedenseles mudar los coraçones, asi commo las horas del dia se mudan, e asi podra venir en alguna hora la graçia de Dios e entonçe fara fruto en ellos o en algunos dellos”¹⁶⁸⁹. Por ello Frank Tang indicaba que estos clérigos hubieron de ser lo suficientemente locos como para hablar en tales términos a los reyes¹⁶⁹⁰. El confesor, en definitiva, no tenía excusa moral para doblegarse a los antojos o pasiones del rey, y tenía obligación grave de amonestarlo en materia moral, ya que estaría obligado a defender la verdad, estando la adulación vinculada a la mentira¹⁶⁹¹. Ciertamente, la adulación ante un pecado mortal constituiría consecuentemente otro pecado mortal¹⁶⁹² y así el sacerdote que adulase debería ser degradado¹⁶⁹³. Del mismo modo, los reyes deberían buscar confesores no basándose en el criterio de que éstos les adulasen. Así, en el caso de la murmuración, Talavera denostaría no sólo al que murmurase sino también al que recibiese las murmuraciones sin hacer nada contra ello¹⁶⁹⁴, lo cual puede aplicarse a este caso.

El tercer punto del poder pastoral, como hemos dicho, se refiere a la necesidad de una atención particularizada y a lo largo de toda la vida. Los reyes dieron muestras, en este sentido, de necesitar de la presencia constante de los confesores a su lado. Por ejemplo, cuando Juan II ejecutó a don Álvaro de Luna, mandó una circular por el reino dando razón de ello,

¹⁶⁸⁹ *Ib.*: 215-216

¹⁶⁹⁰ Según el autor, algunos de los tratadistas mendicantes que criticaron las inmoralidades regias fueron *brave enough, or, if you prefer, mad enough, to denounce the crimes committed by the lords and rulers of their days, implicitly or explicitly, even those committed by the king himself* (TANG, 2007: 121)

¹⁶⁹¹ *Vid. De mendacio et adulatione* (PEÑAFORT, 1715: 137ss)

¹⁶⁹² CHIVASSO, 1569: 17r.

¹⁶⁹³ *Clericis adulatio prohibetur, et si exercent adulationem degradandi sunt* (CHIVASSO, 1569: 17r)

¹⁶⁹⁴ LADERO, 2013: 423

y entre otras cosas, indicaba que había sentenciado a muerte al condestable porque éste había actuado en su “apartando y alejando de mi corte a las personas científicas de quien yo me podía bien servir... y otrosí a los devotos y buenos religiosos con los que yo me confesaba, no dándoles lugar que residiesen ni estuviesen en mi corte ni cerca de mí”¹⁶⁹⁵ y que, junto a otros personajes de la corte, pudiese advertirle de los hechos del mal gobierno. a los con. Ciertamente, los reyes manifestaron siempre preocupación por disponer cerca de sus confesores. Isabel I así se lo mostraba a fray Hernando. El *Tratado de la confesión* de Juan Martínez de Almazán comienza con una reflexión general sobre la caída de la humanidad en el pecado, el perdón por el bautismo y la necesidad de seguir recibiendo el perdón divino tras las sucesivas caídas de la vida¹⁶⁹⁶. Fray Alfonso de Palenzuela transmitiría a los reyes, presumiblemente, estas ideas que se contienen en el homiliario que tradujo¹⁶⁹⁷. En definitiva, el confesor era un oficial de la corte que debía acompañar al rey, ya que la necesidad regia y su función lo exigía.

Por otro lado, los reyes acudieron a la Santa Sede para garantizar la permanencia de sus confesores cerca de sí. Como vemos, la idea de la atención particularizada y durante toda la vida de la que hablaba Michel

¹⁶⁹⁵ En MARTÍN, 2003: 59

¹⁶⁹⁶ UCM: Mss. 148, f. 100v. Sobre esta obra *vid.* SOTO RÁBANOS 1998: 343-376. Esta idea estaba presente desde la doctrina más remota de la Iglesia sobre la Penitencia (*vid.* ROUILLARD, 2009: 25). El propio Talavera, en su *Católica Impugnación*, como resume magníficamente Isabella Iannuzzi, defendió que “por medio de profecías se fijan dos momentos centrales, el bautismo y la confesión. A través de ellas el ser humano puede entrar en Cristo, en una comunidad de valores, doctrina y personas que le permitirá primeramente purificarse, para tener la capacidad de alcanzar una plenitud de espíritu que le dé la posibilidad de enfrentarse en el juicio universal de Dios” (IANNUZZI, 2009: 349).

¹⁶⁹⁷ “Ca non somos mas estables que David el qual por pequeña negligencia en la podredura del peccado fue encarcelado, empero levanto ayna e amonestado emendo a sí mesmo” (Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4, f. 6r). Aunque sea casualidad, la mención del rey David, para el ámbito áulico, resulta bastante oportuna.

Foucault tiene su reflejo directo en este hecho. Por ejemplo, Enrique II y su esposa figuran en los Registros vaticanos a tal efecto¹⁶⁹⁸.

Juan II recurriría igualmente a la Santa Sede, en este caso para pedir que Alonso de Cusanza (cuyo antecesor en la sede leonesa, Juan Rodríguez de Villalón, había obtenido gracias penitenciales¹⁶⁹⁹), su confesor y obispo de León, recibiese una dispensa para poder residir en la Corte y atender espiritualmente al rey. El Papa respondió favorablemente y emitió la bula en la que autorizaba a Cusanza, pese a la prohibición a los prelados de no ausentarse de su sede más de seis meses (aun con la excusa de asistir a la corte) a poder acompañar al rey dispensándole de dicha norma¹⁷⁰⁰. Ello muestra hasta qué punto no daba lo mismo al monarca confesarse con uno u otro clérigo, sino que buscaba la persona por la que sintiera más confianza, a la que además tenía encomendadas diversas tareas

¹⁶⁹⁸ Juana Manuel, el 24 de febrero de 1371, obtuvo gracias pontificias para su confesor y capellán: *Carissime in Christo filie Joanne Castelle et legionis Regine illustri salutem. etc. [...] ut confessor tuus et singuli Capellani Capelle tue seculares vel religiosi in sacerdotio constituti familiarum tuorum [...] confessiones audire et pro commissis eis debitam absolutionem impendere et iungere penitentiam salutarem [...] Datum Avinionensi VI kalendas maii Anno Primo* (ASV: Reg. Avin., n° 174, f. 377v). Ese mismo año, el 9 de junio, volvería a recibir, junto a su esposo, de más gracias a tal efecto. Así, en una concesión pontificia a un tal Berengario, de Barcelona, en la que le concedía *ut confessor tuus que duces eligendum omium peccatorum tuorum de quibus corde contritus et ore confessus existens semel tantum in morte articulo plenam remissionem* (ASV: Reg. Avin., n 180, 251v) extendía dichas gracias a una lista de personas que, presumiblemente, también la habían solicitado, entre las que se encontraban *Carissimo in Christo filio henrico Regi et Carissime in Christo filie Johanne Regine Castelle et legionis illustribus* (f. 253v).

¹⁶⁹⁹ Por este documento, fechado en Roma a 28 de noviembre de 1423, el penitenciario apostólico concedía al obispo de León y sus vicarios la gracia de poder absolver a los sacerdotes de las irregularidades en las que pudiesen caer por diversos pecados (AC León, n° 6.330, n° 3.420 de ÁLVAREZ ÁLVAREZ, 1995: 196).

¹⁷⁰⁰ *Martinus etc. Venerabili fratri Alfonso Episcopo legionensis Salutem etc. [...] tibi favorabiliter concedamus per que Carissimo in Christo filii nostri Johannis Castelle et legionis Regis Illustris confessor existis [...] per quamdam constitutionem nostram volumus et ordinavimus quod quilibet Archiepiscopus et Episcopus infra suam Civitatem vel diocesis Abbas vero et cuius libet Monasterii ac Religiosi loci Prelatus in huiusmodi suo Monasterio suis loco resideret nec abeiret ad secularium principum vel dominorum Curias nisi ex officio sue cui preesset dignitati [...] cognosceret se suspensum Abbas vero et alter prelatus Monachus sive religiosi loci cuiuslibet similiter suspensus esset qui discreta a suo conventum bona non habens sive licentia predictam se per huiusmodi Sex mensui spatium quovis Anno ab huiusmodi suo Monasterio sive loco duceret [...] te in hac parte specialis prerogativa favoris praefati Regis ac tuis in hac parte supplicationibus inclinatis tibi [...] ac in Curia predicti Regis seu alibi ubicumque de ipsius Regis ordinatione residere aut moram [...] et licite valeas autem apostolica de speciali gratia [...] Datum Genezani Penestrenis diocesis Sextodecimo kalendas Septembris Anno Nono* (ASV: Reg. Lat., n° 260, f. 130).

eclesiásticas y políticas. En este sentido, el nombramiento de Alonso de Cusanza como obispo no supuso el cese como confesor, a diferencia de otros casos. Según Salonen, las cartas pontificias otorgadas a los reyes se hicieron en virtud del carácter itinerante de la corte, que justificaba dichos privilegios por cuanto el rey no podía tener un centro parroquial de referencia¹⁷⁰¹. Fray Hernando de Talavera, como hemos visto, fue reemplazado tras ser nombrado arzobispo de Granada, pero sólo después de que la reina comprobase que Talavera no podía compaginar su ministerio episcopal con el del confesionario regio. De esta cuestión, y otras relacionadas con los cargos eclesiásticos, vamos a tratar en el siguiente apartado. Luis Suárez recoge igualmente las concesiones pontificias a Juan I para ser dispensado de la abstinencia por su confesor¹⁷⁰² así como de elegirse uno¹⁷⁰³, ambas fechadas el 13 de abril de 1386. Un mes más tarde, el rey recibiría la gracia pontificia para que sus médicos pudieran practicar anatomía¹⁷⁰⁴, con lo que el rey se garantizaba en cierta manera todos los proivilegios posibles para su salud espiritual y corporal, obteniendo gracias para sus médicos y para sus confesore, que como hemos visto respondían a la imagen del médico de cuerpo y alma.

También se ha planteado que tales concesiones pontificias fuesen concesiones al poder absoluto del rey. Así, Juan II obtendría privilegio del Papa para oír misa en cualquier lugar, aun en entredicho, lo que se aplicaría a su Capilla. Con ello se mostraría la superioridad del rey sobre cualquier

¹⁷⁰¹ *The history of the confession letter is such that these letters were first only granted by the papal curia to royal or high noble persons who had to travel a lot because of their position and could thus not confess their sins to their local priests* (SALONEN, 2001: 203). Alfonso Fernández de Madrigal, entre las razones por las que un fiel podía confesar con otro sacerdote que no fuese su párroco, incluye “quando alguno peca en la perrochia o lugar de otro cura, ca entonce se puede confessar con aquel ageno cura” (BNE: Inc/391, p. 62r)

¹⁷⁰² En SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 165, doc. 15.

¹⁷⁰³ *Ib.*: 166, doc. 16

¹⁷⁰⁴ *Ib.*: 166-167, doc. 17

autoridad del reino, “llegando en el mismo reinado de Juan II a presentar tintes verdaderamente absolutistas”¹⁷⁰⁵. Dichas concesiones arrancaban de lejos, pues fray Diego López de Ribadeneyra obtuvo privilegios de este tipo¹⁷⁰⁶. No obstante, hay que señalar que el *Libro de las confesiones*, que no hace sino recoger la legislación canónica de la Iglesia, señala que en tiempo de entredicho se pueden administrar sacramentos a:

Sanos e enfermos, salvo a los descomulgados, a que non la daran, salvo al tienpo de la muerte; otrosi, aquellos por cuya culpa o engaño el entredicho fue puesto, e aquellos que les dan ayuda de fecho o de palabra en aquel pecado, a estos todos non daran penitencia, menos que fagan emienda o dieren recabdo della commo manda el derecho. Comunión, a los enfermos solos que teman de la muerte [...] Puedese fazer otrosi predicacion cada que fiziere mester en la iglesia o fuera, en tanto que non fagan otro ofiçio que sea contra el entredicho¹⁷⁰⁷

Por ello los confesores ya tenían de por sí bastante libertad de acción aún en entredicho, si bien las concesiones pontificias darían plena libertad (aunque no dejaban de estar sujetas a la definición del entredicho que se haga en el momento particular¹⁷⁰⁸). Ciertamente, se puede señalar que estas funciones de celebrar misa o el hecho de llevar altar portátil no corresponden al confesor sino al capellán, pero según Salonen este tipo de concesiones referidas a la celebración de la misa *are handled together with confession matters, for these two issues were quite often combined in*

¹⁷⁰⁵ VILLARROEL, 2006: 1.042

¹⁷⁰⁶ *Item quatenus fratri Didaco Lupi, ordinis minorum, magistro in theologia, regenti cathedram theologicam hora primae in dicto studio, altare portatile et quod possit in locis interdictis, excommunicatis et interdictis exclusis, celebrare et facere celebrare ac audire divina, ac indulgentiam plenariam omnium peccatorum suorum semel tantum in mortis articulo concedere dignemini, cum non obstan. ut in forma* (en BELTRÁN DE HEREDIA, 1966: I 434). El el cuarto miembro de la universidad en ser citado, lo cual acredita su importancia dentro del claustro.

¹⁷⁰⁷ PÉREZ, 2002: 264.

¹⁷⁰⁸ *Ib.*: 265.

*supplications made to the Penitentiary, and the supplications are sometimes registered under the same title*¹⁷⁰⁹. De todos modos, encontramos que los confesores debían de jugar un importante papel en la oración por los reyes. Pensemos así en la capilla que mandó contruir en Luego fray Pedro López de Aguiar, en el testamento de Lope de Barrientos¹⁷¹⁰ o en los pagos que se hicieron a fray Mateo de Jerez por las misas ofrecidas, en 1499¹⁷¹¹. Igualmente, fray Hernando de Talavera debió jugar un importante papel en la liturgia de la Capilla Real¹⁷¹².

En principio, vemos que estas concesiones hacen alusión a un solo confesor (la facultad de elegir un confesor, etc.), pero Juan II, cuando justificó la decapitación de don Álvaro de Luna, señala, como hemos visto, que había alejado a los “confesores” de sí. Puede que se refiera a una actitud prolongada de don Álvaro que sistemáticamente alejase a los confesores que se sucedían pero, más probablemente, se refiera al hecho de que el rey contaba, a la vez, con varios confesores. Esto ha sido planteado por David Nogales, al indicar que algunos confesores eran designados con el término “confesor mayor”, como se refiere Juan I en su testamento a fray Fernando de Illescas¹⁷¹³. En realidad, esta cuestión parece haberse resuelto en el presente estudio, aunque sin datos del todo fiables. Al tratar de los confesores de la minoría de edad del rey Juan II (§ 2.4.1), indicamos que hasta cuatro confesores (Juan de Morales y fray Luis de

¹⁷⁰⁹ SALONEN, 2001: 206

¹⁷¹⁰ En su testamento, dispuso que se celebraran misas y oraciones tanto por su predecesor en el obispado de Segovia como por los reyes (*vid.* CUENCA, 1996)

¹⁷¹¹ *Vid.* AGS: CSR, leg. 1, nº 98, f. 2r.

¹⁷¹² Dos recientes estudios parecen mostrarlo. Chiyo Ishikawa ha planteado la influencia de fray Hernando en la iconografía sacra en la Corte de Isabel I (ISHIKAWA, 2008), y Jesús Folgado parece haber demostrado que una obra incunable titulada *Memoria de Nuestra Redención*, atribuida a un tal Sancho Pérez Machuca es obra en realidad de Talavera (*vid.* FOLGADO, 2014). En esta obra fray Hernando trataría sobre la Eucaristía y su importancia en la vida del cristiano, siendo una obra escrita para provecho de los reyes.

¹⁷¹³ *Crónica del rey don Enrique tercero*, 1877: 188

Valladolid con total certeza, y Juan Rodríguez de Villalón y Álvaro de Luna con probabilidad, en el periodo de 1415-1422) asistieron al rey, de manera que los habituales viajes de unos y otros no fueron problema para el monarca ya que contaría siempre con alguno (o algunos) de ellos para ser atendido. Igualmente, entre 1423 y 1434 aproximadamente Alonso de Cusanza y Luis de Valladolid compartieron el cargo, y al final de su vida Gonzalo de Illescas, Alonso de Palenzuela y Lope de Barrientos.

En el caso de Enrique III e Isabel I parece presentarse un panorama similar (ver § 2.3, § 2.5.2 o la cronología en las conclusiones del estudio). En el caso de Enrique IV de Castilla, lo que el itinerario de Juan Torres Fontes evidenció es que el monarca tenía predilección por Segovia y Madrid¹⁷¹⁴. Aunque no hay manera de demostrarlo, considerando que Alonso de Espina fue prior en san Antonio de Segovia y Juan de Mazuela de santa María del Paso en Madrid, es posible que el rey los tuviese por confesores durante un buen espacio de tiempo en su reinado, en la medida en que frecuentó ambas localidades. Guido de Monte Roquerio señala que los nobles y caballeros que por su condición llevan una vida itinerante, deben tener por confesor al párroco de la localidad donde se halle su residencia principal¹⁷¹⁵. De ser esta hipótesis sobre los confesores de Enrique IV, el cargo de prior de un convento y confesor no serían incompatibles (como sabemos del caso de fray Hernando de Talavera) y explicaría la existencia de varios confesores por esta vía también.

En este punto cabe preguntarse cuándo se confesaban los reyes y con qué regularidad. Dadas las fuentes existentes, es imposible saberlo. En este sentido, hemos visto cómo la confesión era requerida ante la proximidad

¹⁷¹⁴ *Vid.* TORRES FONTES, 1953.

¹⁷¹⁵ MONTE ROQUERIO, 1479: 146.

de la muerte, bien porque el rey se encontraba moribundo, o bien en circunstancias donde la muerte era posible, como antes de la batalla. En su vida cotidiana, los reyes podrían acudir a su confesor siempre que quisieran. Recordemos cómo en el caso de Juan I, un día antes de su inesperada muerte, había confesado. Quizá en un rey que daba muestras de tanta piedad la confesión fuese relativamente frecuente, lo cual daría al confesor un cierto poder sobre el regio penitente, como se ha señalado para el caso general de la sociedad del Medievo¹⁷¹⁶. Ésta debía darse especialmente asociada a la Sagrada Comunión (para cuya recepción la confesión se hacía necesaria¹⁷¹⁷), la cual debía recibirse en las principales fiestas religiosas, sobre todo en Pascua de Resurrección. Como ya vimos, la confesión era obligatoria tan sólo una vez al año, aspecto del que no dispensaba siquiera las bulas de confesor¹⁷¹⁸.

De este modo, un rey que viviese bajo mínimos podía recibir la confesión en tales ocasiones o incluso menos, en todo caso la ocasión anual que desde 1215 se había establecido. En aquel concilio, se estableció la comunión pascual hecha de manos del “propio sacerdote”¹⁷¹⁹. Así, una referencia que sí nos ha quedado es el papel del confesor en Pascua. Ello es concorde al desarrollo, sobre todo desde finales del siglo XI, de un transcurso de la penitencia colectiva en una fecha tan señalada del calendario litúrgico hacia la confesión individual¹⁷²⁰, que ya antes, en torno

¹⁷¹⁶ DELUMEAU, 1983: 221.

¹⁷¹⁷ *Nullus recipiat corpus Christi nisi prius fuerit debite confessus. Nullus recipiat corpus Christi nisi prius fecerit satisfactionem si potest. Nullus recipiat corpus Christi nisi prius fecerit penitentiam aut opus misericordie* (ESCOBAR, 1513: 24)

¹⁷¹⁸ SALONEN, 2001: 2003

¹⁷¹⁹ MICHAUD-QUANTIN, 1926: 8. En palabras de Soto Rábanos “la confesión oral representa el rendimiento anual de cuentas partiendo de la condición natural pecadora del hombre, es decir, de un rendimiento fatal y necesariamente negativo, al que sólo puede poner remedio el sacramento de la confesión” (SOTO RÁBANOS, 2006: 416).

¹⁷²⁰ RUSCONI, 1981: 68

al 800, se consideraba obligatoria en la Galia¹⁷²¹. Tampoco se puede descartar que los reyes se confesaran sin que fueran a comulgar después, ya que tener el alma limpia de pecado debía ser considerada una medida importante frente a una muerte repentina, algo muy necesario en determinadas circunstancias, como la previa a la batalla. En el caso de los Reyes Católicos, o de Isabel I para ser más precisos, es de suponer su confesión y comunión varias veces al año a instancias de Talavera. Fernández de Madrid, al hablar de la actividad evangelizadora de Talavera escribía:

Y para en prueba del provecho que se hacía, es harto grande ver que en las fiestas de Navidad, Epifanía, Cincuesma, Corpus Christi, Asunción de Nuestra Señora, Todos los Santos y otras principales del año, había tanta priesa en los monesterios y iglesias de Granada y su arzobispado a confesar y comulgar los legos, cuanta suele haber en otras partes el día de Pascua de Resurrección; lo cual, aun después el Arzobispo, quedó hartos años por loable costumbre en los que al principio se hallaron en Granada¹⁷²²

Lo que aplicaba al caso del pueblo en general, es de suponer que lo puso en práctica en la Corte. Como vemos, los reyes de Castilla, como otros tantos monarcas y demás fieles se procuraron dispensas y permisos para tener cerca confesores que además tuvieran importantes atribuciones penitenciales.

¹⁷²¹ TEETAERT, 1926: 19

¹⁷²² En FOLGADO, 2014: 30-31

5.2.2. De los más honrados e mejores perlados de su tierra: perfil eclesiástico del confesor real.

El cuarto punto del poder pastoral se refiere a la necesidad de preparación y habilidad del pastor para atender la conciencia de los fieles. Ello tiene mucho que ver con toda la casuística moral que hemos visto a la hora de desarrollar la imagen penitencial del rey, pero también tiene que ver con la preparación externa de los pastores, es decir, sus habilidades no ya sólo en lo que se refiere a su preparación teológica y pastoral sino a su preparación en general, que en el caso de los confesores reales les permitió saltar de la simple dirección espiritual al ejercicio de otras funciones eclesiásticas. Como hemos visto, por lo general los confesores fueron hombres de humildes orígenes, aunque algunos de ellos mostraron una clara mentalidad nobiliaria (Lope de Barrientos¹⁷²³, Alonso de Burgos, fray Juan Enríquez)

Al principio de este capítulo planteábamos cómo la prosopografía debía atender a la filiación religiosa de los confesores reales y a los cargos desempeñados por ellos. En este apartado vamos a analizar los resultados prosopográficos que nos muestren el perfil religioso de los confesores de los reyes de la Casa de Trastámara. Alfonso X incidía en que el capellán

¹⁷²³ Muestra de ello es su labor en su localidad natal de Medina del Campo, en la que su linaje era el séptimo en el regimiento de la villa (MARTÍNEZ CASADO, 1994: 14) y donde hizo labrar un sepulcro que describe Martínez Casado del siguiente modo (1994: 88): “En la capilla se hace construir en enterramientos suntuoso, con una cripta cubierta de artesanado mudéjar, excavada debajo de su retrato de alabastro, en el que aparece luciendo todos sus ornamentos y títulos. Viste lujosamente de pontifical, lleva sobre el pecho su escudo de armas y los dedos enguantados y cubiertos de anillos, cada uno de ellos, sin duda, representativo de algún título o beneficio. Da la impresión de estar exponiendo su curriculum o palmarés, como queriendo asegurarse una fama duradera”. De hecho, el mismo autor trata sobre la formación del mayorazgo de Lope de Barrientos (que obtuvo de Juan II en 1440) a continuación (pp. 91 ss.).

mayor debía ser “de los más honrados y mejores perlados de su tierra”, cualidad que, intrínsecamente, se aplica al capellán-confesor.

- *La filiación religiosa de los confesores.*

En primer lugar, ha quedado bien claro que, en su mayor parte, los confesores reales pertenecieron a órdenes mendicantes. Los mendicantes tenían la doble tarea de la predicación y la confesión¹⁷²⁴, y ello explica a nuestro parecer que tuviesen la hegemonía en el desempeño del cargo, dado que su carisma era precisamente ése y eran los mejor preparados para aquellas tareas. De hecho, hemos tratado de la cuestión de las dispensas pontificias para que los reyes pudieran tener confesor propio, pero lo cierto es que los mendicantes tenían gracias especiales *per se*. Alfonso Fernández de Madrigal, entre los casos en los que el penitente puede confesar con sacerdote que no sea su párroco, incluye “quanto alos frayles de sant Francisco e de sancto Domingo, ca con estos nos podemos confessar quando quisieremos no demandando licencia a nuestro cura porque estos tienen priuilegio especial para ello”¹⁷²⁵. Así, la reina Juana I confirmaría en 1524 un privilegio a los dominicos, a los que se refiere en términos muy elogiosos, y resaltando en ello la doble labor de los mismos como confesores y predicadores¹⁷²⁶. Por otro lado, hemos de considerar que la diferencia no sólo es marcada entre clero secular y regular, sino entre los propios mendicantes. Como bien señalaba Gilson¹⁷²⁷, la elección por una

¹⁷²⁴ BÉRIOU, 1983: 82

¹⁷²⁵ BNE: Inc/391, p. 62r. Guido de Monte Roquerio se hace eco de esta cuestión, y detalla los casos en los que un fiel puede tener confesor particular, lo cual se daba en el caso de los reyes: *vid.* MONTE ROQUERIO, 1479: 144.

¹⁷²⁶ AHN: Clero, leg. 1.002, nº 39

¹⁷²⁷ *Vid.* GILSON, 1976

orden u otra suponía, en el campo de la filosofía, a corrientes filosóficas diversas, lo cual influiría en el hecho de la dirección espiritual de los reyes¹⁷²⁸.

Ya hemos visto en la historiografía previa al presente estudio que la preeminencia de los mendicantes en el confesionario real de Castilla era bien conocida. Por otro lado, los estudios más antiguos insistían en la hegemonía de los dominicos en dicha función, de lo que se han hecho eco los trabajos más recientes que, sin embargo, han arrojado ciertas dudas sobre este punto, aunque Martínez Peñas señalara que los dominicos “estuvieron vinculados, prácticamente desde su creación, al confesionario de los reyes, tanto en Castilla como en Aragón”¹⁷²⁹. Esta cuestión es importante ya que se puede interpretar desde el punto de vista del poder, de la influencia de una determinada familia religiosa dentro de la corte¹⁷³⁰. Si extrapolamos los resultados obtenidos para la Casa de Francia (que ha sido bien estudiada), habríamos de pensar que los dominicos ejercieron la función de confesor de manera privilegiada, lo cual tendría bastante sentido desde el momento en el que el primer rey de la Casa de Trastámara,

¹⁷²⁸ Aunque no se trata de un confesor, pensemos que en el caso del agustino fray Martín de Córdoba se aprecia una marcada influencia del agustinismo y la visión del mundo conforma al *De Civitate Dei*. Así lo señala Noriega: “Las influencias agustinianas se hacen notar a la hora de exponer la ética femenina en la que sitúa la castidad en el centro de los apetitos concupiscibles e irracionales. Esta afirmación no contradice algunos síntomas de evolución, ya que este autor desea la santidad de vida, no exclusivamente en mujeres enclaustradas sino en la mujer «moderna», responsable en sus tareas y sus funciones en el mundo, en el reino o en su casa. En el seno de dicha tradición representa la mejor línea pro-femenina de su siglo y del siguiente” (NORIEGA, 2013: 399-400). Así, concluye que “El libro de fray Martín, situado dentro de la tradición agustiniana, muestra la alargada sombra de la Ciudad de Dios, canalizada por medio de Egidio Romano. A través del *Jardín de las Nobles Doncellas*, dicha influencia llega nada más ni nada menos que a Isabel la Católica, con la importancia que ello supone en la organización de la España Moderna y de la organización del encuentro con la realidad americana” (p. 402). Aunque no fuese agustino, Talavera también se inspiraría en la visión de la Ciudad de Dios para su pensamiento político (*vid.* MARTÍNEZ MEDINA, 2011b: p. 102ss)

¹⁷²⁹ MARTÍNEZ PEÑAS, 2007: 37

¹⁷³⁰ “La presencia de religiosos y obispos en la corte como confesores de reyes y príncipes es, además, un medio adecuado para buscar asegurar no sólo la devoción de éstos sino también la protección de las iglesias y de los eclesiásticos y facilitar el uso de esa influencia en otros campos” (FERNÁNDEZ DE CORDOVA, 2004: 53)

siguiendo la tradición de la monarquía castellana, dispusiera en su lecho de muerte que los dominicos fuesen los confesores de los reyes castellanos, tal como ya hemos mencionado varias veces¹⁷³¹.

Este estado de la cuestión debe ser contrastado con los datos prosopográficos, que presentan el siguiente panorama:

Tabla nº 2: Filiación religiosa de los confesores reales

	Castilla (Borgoña)	Castilla (Trastámara)	Castilla (Reyes Católicos)	Aragón (Casa de Aragón)	Aragón (Trastámara)	Portugal	Navarra	Francia
OP	7	9	6	6	9	3	1	14
OFM	4	9	5	16	8	21	3	0
OSH	0	2	1	0	0	0	0	0
OSA	1	0	0	0	0	0	4	0
O Cart.	0	1	0	0	0	0	0	0
O Carm.	0	0	0	0	0	0	1	0
O Cist.	0	0	0	1	0	0	0	0
Secular	0	2	1	0	0	0	0	11
Desconocido	2	2	0	0	0	4	1	0
	Sobre un total de 14	Sobre total un de 25	Sobre un total de 13	Sobre un total de 23	Sobre un total de 17	Sobre un total de 28	Sobre un total de 10	Sobre un total de 25

¹⁷³¹ En su lecho de muerte, según López de Ayala, mandaría decir a su hijo Juan, entre otras cosas: “E como quier que quando yo era Conde avía confesor de la Orden de Sant Francisco, empero despues que Dios me fizo merced e fui Rey, siempre ove confesor de loe Predicadores” (LÓPEZ DE AYALA, 1875: 37), dando así a entender que los reyes de Castilla confesasen con los dominicos.

Gráfico nº 4: número de confesores según su filiación religiosa

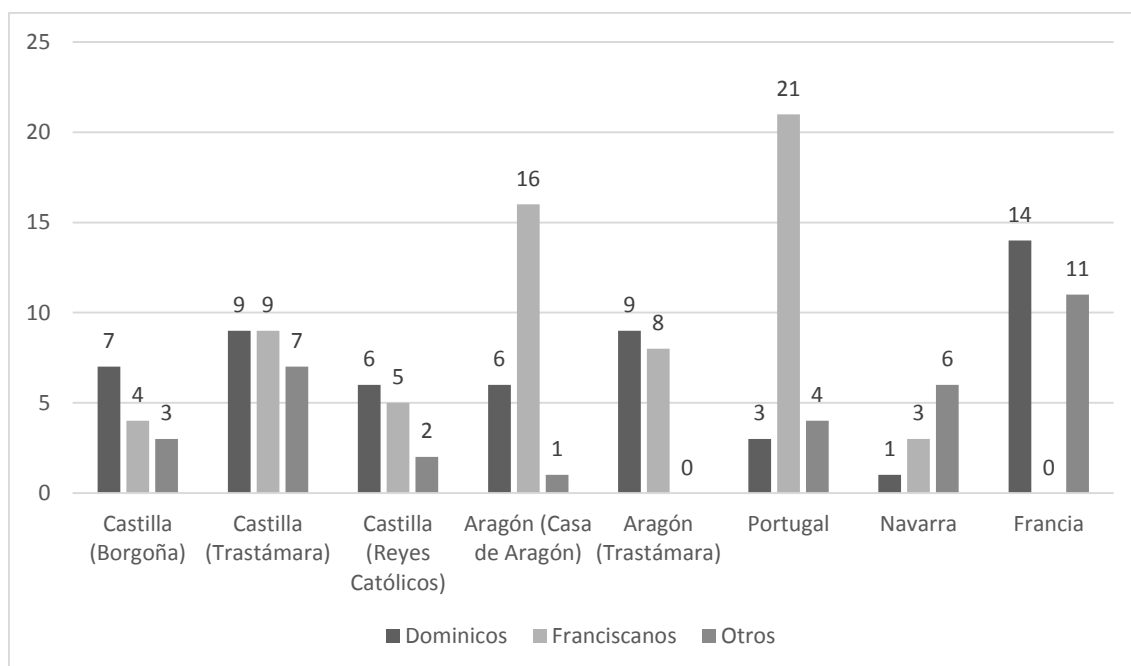
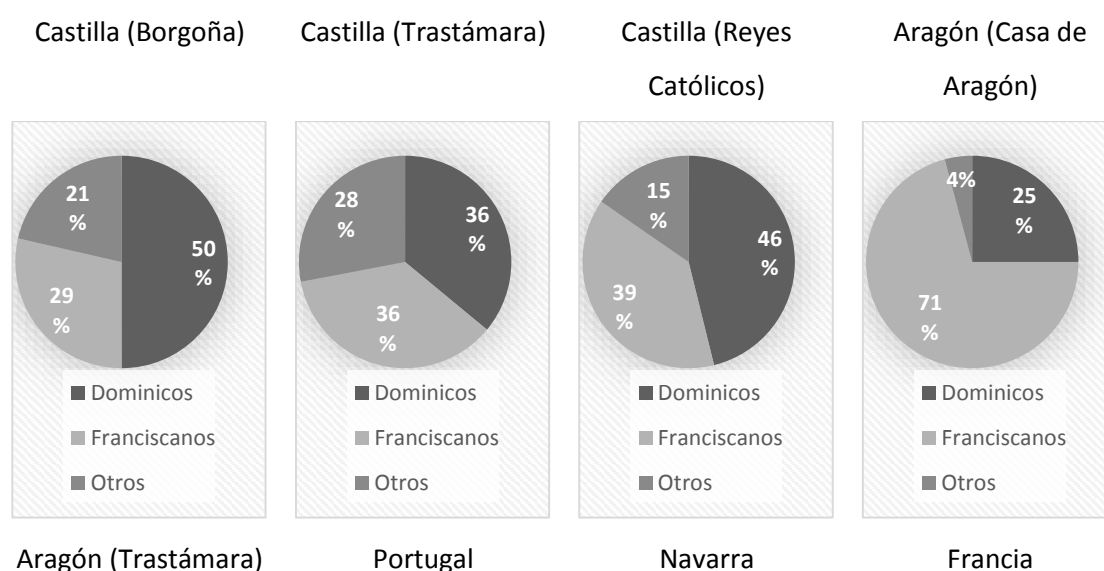
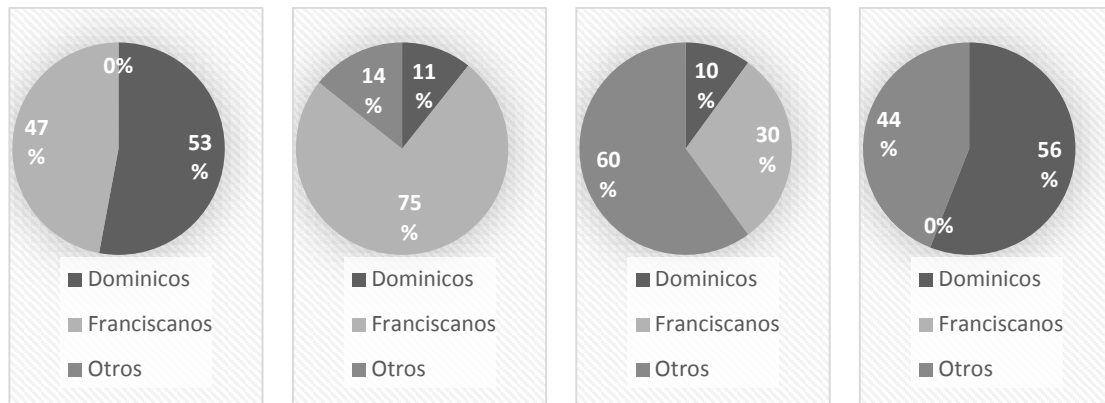


Gráfico nº 5: Porcentaje de confesores según su filiación religiosa





El primer dato que debemos resaltar es que, lejos de la preeminencia de los dominicos, en la época de los Trastámara hay una representación numéricamente similar de los hermanos predicadores y los menores (nueve en cada caso) seguida por poco de otros grupos religiosos (siete). En este último grupo, la proporción es de dos desconocidos (fray Juan Vélez, confesor de Juan I, y fray Antón de San Martín, confesor del príncipe Enrique en 1444, que presumiblemente serían o bien dominicos o bien franciscanos, con lo que en realidad el número de confesores que no pertenecían a ninguna de estas dos órdenes sería realmente aun menor), dos jerónimos (fray Gonzalo de Illescas con Juan II y fray Juan de Mazuela con Enrique IV), dos seculares (Pedro de Belorado con Juan I y Alfonso Vázquez de Acuña con Enrique IV) y un cartujo (Fernando de Torres, con Enrique IV). Aun descartando a los dos frailes de cuya filiación religiosa no tenemos datos, la proporción de cinco confesores que no son ni dominicos ni franciscanos es muy significativa. Por lo tanto, se desmiente que el confesionario real, en época Trastámara, fuese coto cerrado de dominicos y franciscanos, y especialmente de dominicos, que constituyen poco más de un tercio del total.

En esta estadística no hemos incluido a la reina Isabel I, que junto con su esposo Fernando V forma el grupo propio de los Reyes Católicos. En este

grupo, como vemos, son más los dominicos, aunque seguidos por los franciscanos por poco. De hecho, si excluimos a Fernando el Católico (que como rey de Castilla contó con dos confesores dominicos -Diego de Deza y Tomás de Matienzo-, y como rey de Aragón con otros cinco dominicos y un franciscano), la reina Isabel contó con cinco confesores dominicos (incluyendo a Matienzo, del cual vimos que llegó a ser confesor de la reina), cinco franciscanos, un jerónimo y otro, el maestro Gómez, del que nada sabemos, y que podríamos considerar como sacerdote secular, aunque se trata de una simple suposición. Por lo tanto, predominan los Hermanos Menores como confesores de la reina. De hecho, los confesores dominicos, lo fueron en la juventud de la reina y en los primeros años del reinado, donde además compartieron el cargo con los franciscanos como ya pudimos ver. Así, la reina dio muestra de cierta predilección de los franciscanos, lo cual se manifiesta en otros ámbitos, como los de las limosnas¹⁷³² o en ciertas disposiciones testamentarias¹⁷³³. No obstante, la vinculación con confesores dominicos pudo suponer ayudas a la Orden de los Predicadores¹⁷³⁴. Por último, hemos de indicar que los números tampoco indican por sí mucho, porque aunque sólo se registre un jerónimo como confesor de la reina Isabel, éste es Hernando de Talavera, que casi eclipsó a los demás confesores en este reinado.

¹⁷³² En un documento en el que Fernando el Católico mandaba repartir limosnas a diversos conventos de Castilla para la recuperación de la salud de la reina, se aprecia cómo muchos de éstos pertenecían a la primera o segunda orden franciscanas (AGS: EST, leg. 1.2.2., nº 465).

¹⁷³³ Isabel I encargó 20.000 misas en auxilio de su alma, para lo que dispuso 390.000 maravedíes para limosnas a los monasterios donde se celebraran dichas misas. Aparte de que Deza y Cisneros fueron los encargados de gestionar dicha limosna, parece que la reina deseó que los monasterios donde se celebraran dichas misas fuesen mayoritariamente franciscanos, y así se repartieron en las custodias y provincias franciscanas de Castilla, a este efecto, una buena proporción de dicha suma (el desglose de dichas cantidades se recoge en AGS: CSR, leg. 5, nº 306).

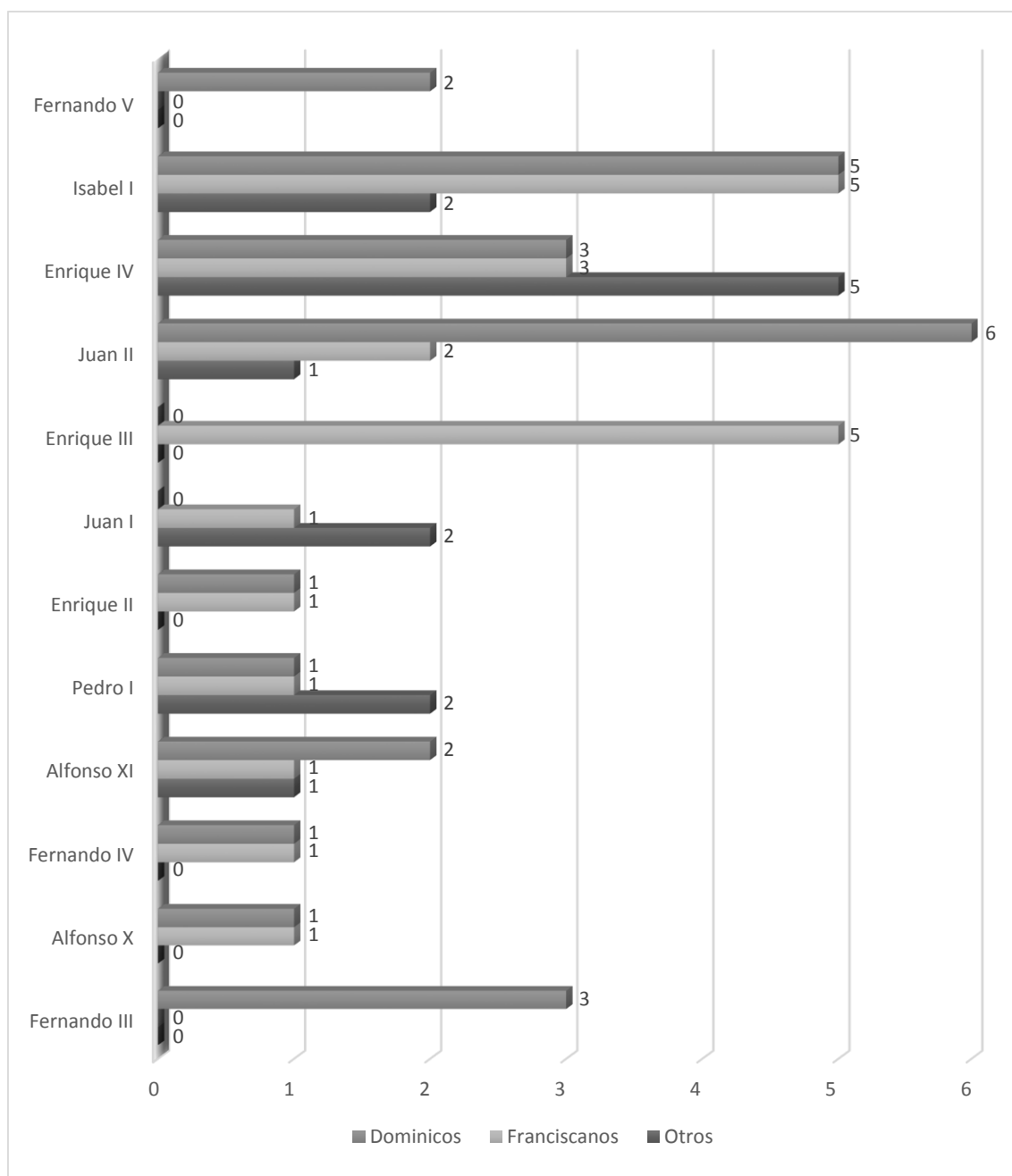
¹⁷³⁴ Ya mencionamos un documento de 1489 en el que Tomás de Torquemada es mencionado como inquisidor y confesor, y en agradecimiento a su labor, y no queriendo él ser remunerado, sugirió a los reyes una limosna al convento de Santa Cruz de Segovia. Todavía en 1493 los Reyes Católicos concedían limosnas cuantiosas al monasterio (30.000 maravedíes - AGS: MR, leg. 27, nº 16, f. 53r).

Por lo tanto, la orden de Hermanos Predicadores, aun teniendo gran importancia como confesores, estuvieron lejos de ejercer esta función de manera casi exclusiva, al contrario de lo que ocurría en Francia (en la que, no obstante, hay un nutrido grupo de confesores seculares, que constituye el 44% del total, si bien todos los demás son dominicos). No obstante, hemos señalado que Juan II y Fernando V tuvieron predilección por los dominicos. Del mismo modo, en la época de la Casa de Borgoña los dominicos son también mayoría, en claro contraste con la Casa de Aragón, donde los franciscanos (a falta de un estudio concreto que pueda variar los datos) tuvieron una clara preponderancia, roborada por el privilegio de Martín I. No obstante, al igual que el caso de Enrique II (cuyos hijo y nieto tuvieron predilección por los franciscanos pese a su disposición), los reyes aragoneses de la Casa de Trastámara casi invirtieron la proporción, y encontramos muchos más dominicos. El origen castellano de esta dinastía puede ser la razón. No obstante, no podemos llegar a apreciar mayores razones en la elección de una orden u otra, ni tampoco una pugna abierta entre franciscanos y dominicos como ocurrió en otros lugares de Europa, como el ducado de Borgoña por ejemplo¹⁷³⁵.

Por lo tanto, vemos tanto en Castilla como en Aragón disposiciones regias que vinculan el confesionario real con una familia religiosa determinada, pero que en ningún caso consiguen su cumplimiento. Cabe pensar que los reyes, aunque en última instancia escogieron sus confesores por libre deseo. Por ello, debemos ver la proporción de los confesores según su filiación religiosa en cada reinado (siguiente página):

¹⁷³⁵ Vid. VANDERJAGT, 1985

Gráfico nº 6: Confesores según su filiación religiosa en cada reinado



Podemos apreciar que la proporción varía notablemente de un reinado a otro. Esto nos habla de las preferencias personales de cada monarca, y así Fernando III mostró gran predilección por los Predicadores, en un reinado en el que, no casualmente, se favoreció especialmente a esta

orden¹⁷³⁶. En el sentido opuesto encontramos a Enrique III, que sólo contó con confesores franciscanos. En el caso de este rey (que nació curiosamente el día de san Francisco¹⁷³⁷) no parece haber dudas de que el primer criterio que empleó para elegir confesor fuese precisamente su condición de franciscano, antes que la propia valía personal, que hubo de ser naturalmente el segundo criterio que siguió. En su testamento dejó establecido que fray Alfonso de Alcocer, OFM, fuese el confesor de su hijo, puntualizando que él siempre había contado con confesores franciscanos¹⁷³⁸. De hecho, Wadding, después de mencionar los confesores franciscanos del rey, transcribía un documento en el que el rey manifestaba su devoción (y voluntad de protección) por la mencionada familia religiosa¹⁷³⁹. En los demás reinados las proporciones son más difíciles de interpretar. Da la sensación de que, aunque los distintos reyes tuviesen preferencia por una orden u otra (su espiritualidad y carisma, el afecto sentimental...) la elección dependió más del valor personal de cada individuo. Por ejemplo, si valorásemos la estadística de los confesores de Isabel I simplemente en un sentido numérico, no daríamos la debida

¹⁷³⁶ MARTÍN PRIETO, 2007: 53. No obstante, es cierto que los franciscanos fueron igualmente promocionados, y dieron siempre muestra de una defensa de la monarquía que les valió el aprecio no sólo en tiempo de Alfonso X, sino ya con Fernando III, que contó con colaboradores franciscanos, tal como señala Dacosta, que pone entre otros ejemplos el del confesor del príncipe Alfonso, Pedro Gallego (*vid.* DACOSTA, 2006: 102-103).

¹⁷³⁷ PÉREZ DE GUZMÁN, 1887b: 698

¹⁷³⁸ "Otrosí, por quando yo he tenido diversos Confesores de la Orden de San Francisco, mando y ordeno que Fray Alonso de Alcocer, que es agora mi Confesor, sea Confesor del dicho Príncipe mi hijo, desque Dios quiera que sea Rey" (adiciones a la *Crónica del rey don Enrique tercero*, 1877: 268):

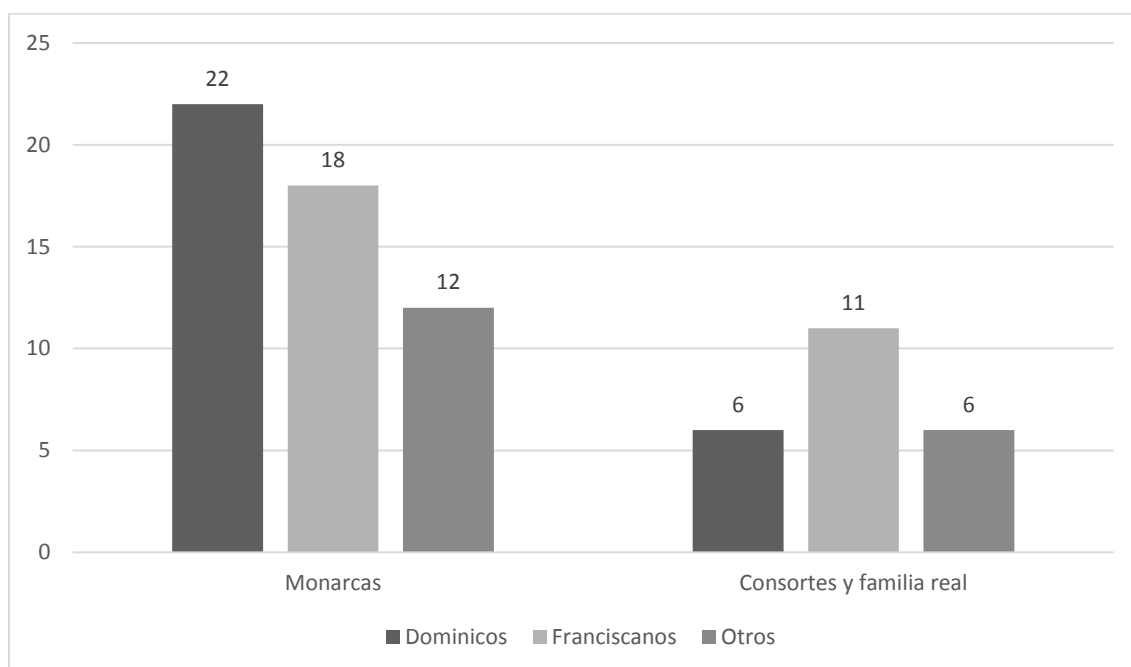
¹⁷³⁹ *Volumus notum fieri vobis, quoniam propter devotionem, quam erga beatum Franciscum, et ejus Ordinis Fratres ab infantia gerimus, speciali volumus praedictos Fratres protectione defendere, et gratia sublimiori communire: quare domos omnes sancti Francisci, Fratres, familias et bona, quae juste tenent et possident in Regnis nostris, recipimus sub nostra protectione specili, praesentis scripti auctoritate mandantes, et firmiter inhibentes sub poena indignationis nostrae, quatenus nullus sit, qui praenominatos Fratres, domos cum bonis, quae possident, ausu temerario contra hujus nostrae proectionis tenorem, impedire, offendere, seu molestare praesumat, imo praedictos Fratres cum domibus suis habeant pro nostrae Majestatis reverentia favorabiliter commendatos. Ad hujus autem protectionis gratiae memoriam, stabilitatem et firmitatem, praesens scriptum fieri fecimus nostri culminis sigillo munitum. Datum in irbe Toletana die VIII Septembris, anno Domini MCCCXLCV* (en WADDING, 1932a: 173).

importancia a los jerónimos, cuando Hernando de Talavera fue el principal y más importante confesor del reinado como antes hemos dicho. En el caso de Juan II, parece que éste acogió como confesores a los dominicos que la reina Catalina le impuso y siguió con esta tendencia hasta finales de su reinado, cuando quizá por influencia de la reina María (que tuvo por confesores al jerónimo fray Pedro de las Cabañuelas, prior de Gonzalo de Illescas, y al franciscano Alonso de Palenzuela), escogió un confesor jerónimo y otro franciscano.

Ahora bien, el caso de Juan II nos lleva a plantear que hubo factores en la elección de confesor más allá del aprecio personal a determinadas familias religiosas o a los individuos. Juan II contó con confesores dominicos la mayor parte de su reinado, tal como hemos dicho. Heredó, como le correspondía como hijo de Enrique III, un confesor franciscano, Alfonso de Alcocer, que Catalina de Lancáster pronto desplazó en beneficio de los mencionados dominicos. Igualmente, la reina Isabel tuvo como confesores a los dominicos especialmente cuando era princesa, y aun así en los primeros años de su reinado, cuando los Predicadores seguían teniendo influencia sobre ella, los franciscanos estaban muy presentes. Quizá ello se deba a la influencia de su difunto padre y su inclinación hacia los Predicadores.

Por lo tanto, el entorno de la persona del rey pudo influir mucho en la *ratio* de los confesores según la familia religiosa a la que pertenecían. Por ello, nos parece importante ofrecer el siguiente gráfico:

Gráfico nº 7: Confesores según su filiación religiosa, entre los monarcas de Castilla y los demás miembros de la familia real (consortes, infantes y demás familiares)



Aunque los datos puedan ser muy provisionales, a falta de estudios específicos sobre los confesores de la familia real, ver en globalidad el número de confesores reales en Castilla ayuda a una valoración más ajustada. Ciertamente, en términos absolutos, los confesores dominicos son mayoría entre los soberanos, y quizá la idea que transmite López de Ayala de que Enrique II se escogió confesores dominicos cuando llegó al trono por ser la orden tradicional de la casa real de Castilla tenga su fundamento. No obstante es muy significativo el número de franciscanos, y más llamativo es su proporción en la familia real. Como vemos, imperan los Hermanos Menores. Quizá por influencia del entorno del monarca éstos también adoptaron confesores franciscanos, que gozarían de gran aprecio en la corte. Ello explicaría el elevado número de confesores de esta orden

junto a los dominicos en Castilla, cuando teóricamente la orden designada para confesar al rey era la de los dominicos.

Podríamos concluir que, ciertamente, los reyes de Castilla eligieron preferentemente a los dominicos, quizá por ese factor de legitimación que refiere López de Ayala, pero debido a las influencias del entorno familiar se eligieran confesores entre otras órdenes. Por ejemplo, Alfonso X, como hemos visto, contó con fray Pedro Gallego como confesor (antes de ser rey, momento en el cual heredaría el confesor dominico de su padre, Raimundo de Losana). Quizá ello se deba a la influencia de su esposa doña Violante, a la que se atribuye “un especial protagonismo en el despliegue de la protección dispensada por la corona a los franciscanos”¹⁷⁴⁰. Ciertamente, esta reina contó con confesores de esta orden. Sophie Coussemaker, para el caso de los jerónimos, señala que la elección de confesores de esta orden respondió a las cualidades personales en cada caso y a la influencia del entorno que rodeaba al rey¹⁷⁴¹, lo cual se ha verificado en el presente estudio.

En relación con su condición de miembros de las órdenes religiosas, habíamos ya señalado que, si bien los confesores reales, desde el punto de vista político, no tenían trayectoria previa a su condición de confesores del rey, en muchos casos ya se habían destacado en el ámbito académico e intelectual (ver § 5.2.3) y en el desempeño de responsabilidades dentro de las órdenes a las que pertenecían o, en el caso de los sacerdotes seculares,

¹⁷⁴⁰ MARTÍN PRIETO, 2007: 54.

¹⁷⁴¹ *D'autre part, deux facteurs se conjuguent pour expliquer le choix de certains hiéronymites comme confesseurs par les souverains castillans. Pour les uns, les rois ont choisi des hommes qu'ils avaient remarqués pour leurs qualités personnelles, dans des monastères qu'ils avaient l'habitude de fréquenter et qu'ils protégeaient en tant que patrons. Pour d'autres, ce sont les recommandations personnelles de grands de la cour qui les ont introduit dans la familiarité du souverain. Puis cette privanza a produit un "effet-retour": la confiance dont les honorait le souverain a incité d'autres grands à se confier à eux, et aussi à protéger et enrichir les monastères de l'ordre* (COUSSEMAKER, 1999: 101).

en diversos cargos diocesanos o de otra índole. En conjunto, los datos referidos a este campo son los siguientes:

Tabla nº 3: Número de confesores según las funciones ejercidas dentro de sus respectivas órdenes religiosas.

	Castilla (Borgoña)	Castilla (Trastámara)	Castilla (Reyes Católicos)	Aragón (Casa de Aragón)	Aragón (Trastámara)	Portugal	Navarra	Francia
Provincial, custodio	3	7	4	6	0	1	0	0
Prior, abad, guardián	3	11	9	5	0	0	3	4
Otros cargos (capellanías, canonicatos, etc.)	2	7	4	4	3	0	2	14
	Sobre un total de 14	Sobre total un de 25	Sobre un total de 13	Sobre un total de 23	Sobre un total de 17	Sobre un total de 28	Sobre un total de 10	Sobre un total de 25

Gráfico nº 8: número de confesores según las funciones ejercidas dentro de sus respectivas órdenes religiosas.

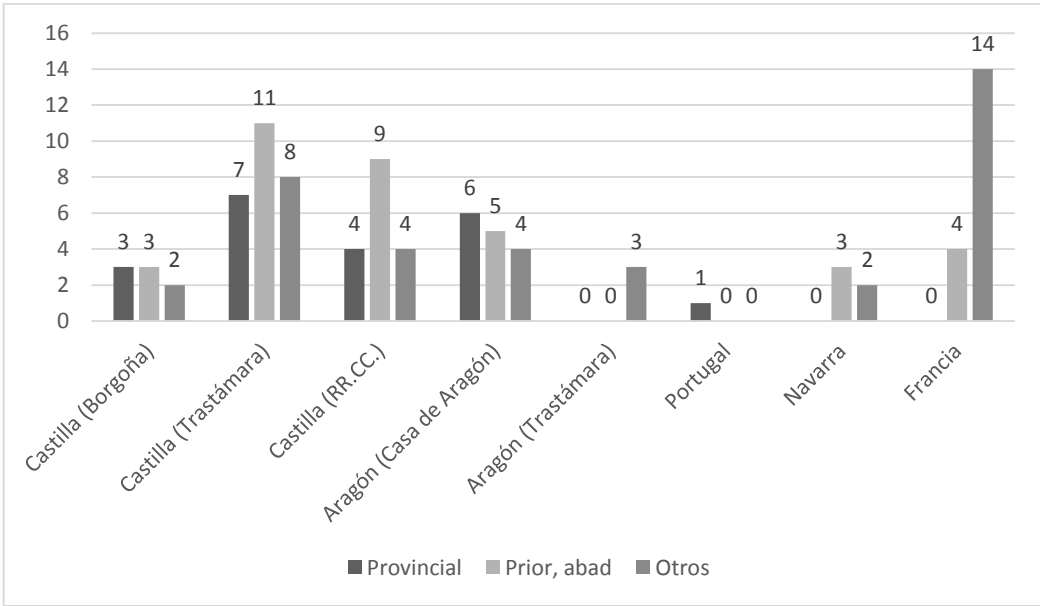
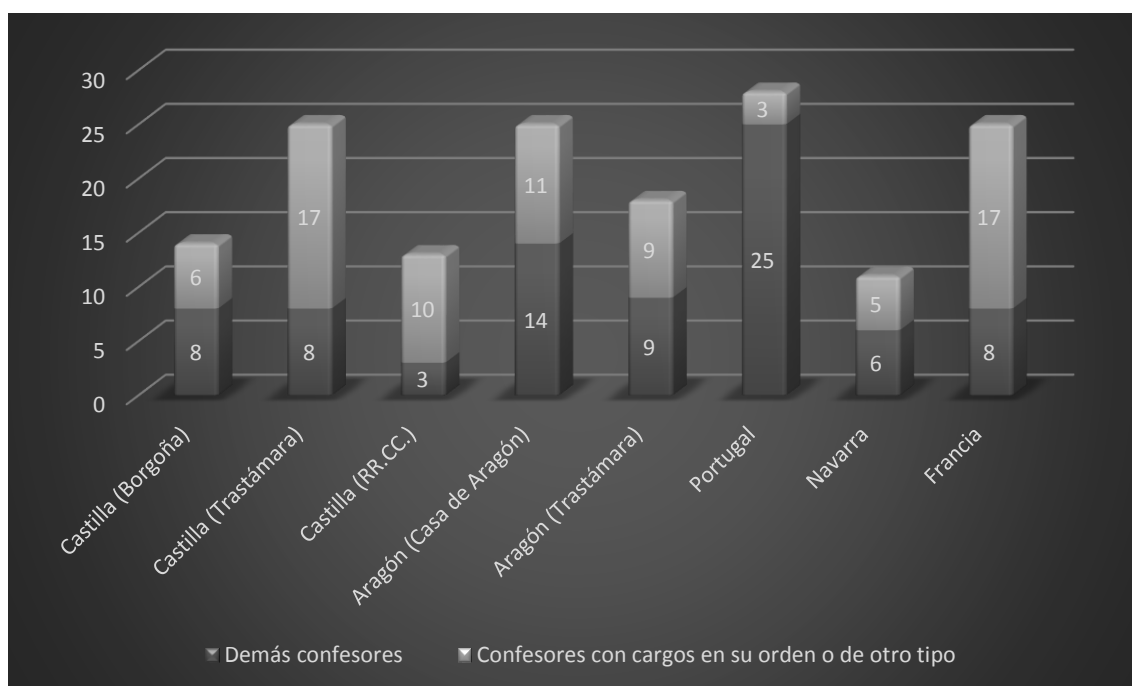


Gráfico nº 9: Número de confesores que ejercieron una o varias funciones dentro de sus órdenes religiosas respecto al resto de confesores reales



Como vemos el caso de la Castilla bajomedieval, junto a la Corona de Francia, revela que los confesores habían alcanzado gran notoriedad dentro de sus órdenes antes de ser confesores del rey o mientras lo fueron en la mayor parte de los casos, ya que dichas responsabilidades fueron asumidas generalmente antes de ser llamados por los monarcas a la corte. Ello nos lleva a la conclusión de que, si no se hicieron notorios ante los reyes por su pertenencia a un linaje o por la introducción en la corte por medio de algún personaje influyente, lo fueron por sus méritos dentro de la orden, que acreditaban su valía.

- *El episcopado:*

Ahora bien, las funciones eclesiásticas de los confesores no se limitaron al ámbito de su filiación religiosa. Como hemos ido viendo, los confesores, en no pocos casos, alcanzaron una mitra episcopal o varias, y algunas de gran importancia. Como veremos más adelante, los confesores reales actuaron como servidores del rey en materia de gobierno, mediante el desempeño de diversas funciones de tipo político. Pero ya en su propia condición de eclesiásticos, la labor que llevaron a cabo fue, en parte, de tipo político, bien por ser consejeros del rey o bien porque los asuntos eclesiásticos se mezclaban con los seculares, y esto era patente en el caso del episcopado. Si bien, como veremos, la génesis del Estado moderno se dio mediante la asunción por parte del gobierno secular de modelos organizativos y de discursos ideológicos de origen eclesiástico, se dio igualmente una “estatalización de la Iglesia”, que se convertía así en un campo más del Estado¹⁷⁴². Ello es correlativo a lo que se conoce en la historiografía como “configuración eclesiástica de la realeza”, consistente en la “consideración de la monarquía como institución política con objetivos, en lo referente a sus relaciones con la iglesia del reino, claramente definidos, constituyendo componentes de su acción política; a la vez que con ello se hará alusión a la influencia que lo eclesiástico tuvo en la caracterización del poder real”¹⁷⁴³.

A este respecto, no sería extraño que los eclesiásticos castellanos buscaran complacer antes al rey que al Papa¹⁷⁴⁴. Igualmente, en palabras de Ana Arranz:

¹⁷⁴² NIETO, 1992: 298

¹⁷⁴³ NIETO, 1990: 133

¹⁷⁴⁴ ARRANZ, 1993: 36

Los monarcas castellanos, como el resto de los príncipes europeos, siempre fueron conscientes de la trascendencia y repercusión en su reino de cada una de las elecciones episcopales que se producía. La necesidad de disponer de unos obispos fieles, así como la idea de que el gobierno de la Iglesia de su reino en concreto no debía ser ajeno al ejercicio de su poder influyeron decisivamente en los monarcas a la hora de ejercer el control sobre aquéllas¹⁷⁴⁵.

El número de confesores identificados como obispos son:

Tabla nº 4: Número de confesores que fueron elegidos obispos

Castilla (Borgoña)	Castilla (Trastámara)	Castilla (Reyes Católicos)	Aragón (Casa de Aragón)	Aragón (Trastámara)	Portugal	Navarra	Francia
5	10	4	11	3	6	4	11
Sobre un total de	Sobre total un de	Sobre un total de	Sobre un total de	Sobre un total de	Sobre un total de	Sobre un total de	Sobre un total de 25
14	25	13	23	17	28	10	

¹⁷⁴⁵ ARRANZ, 2001: 425

Gráfico nº 10: número de confesores que fueron elegidos obispos

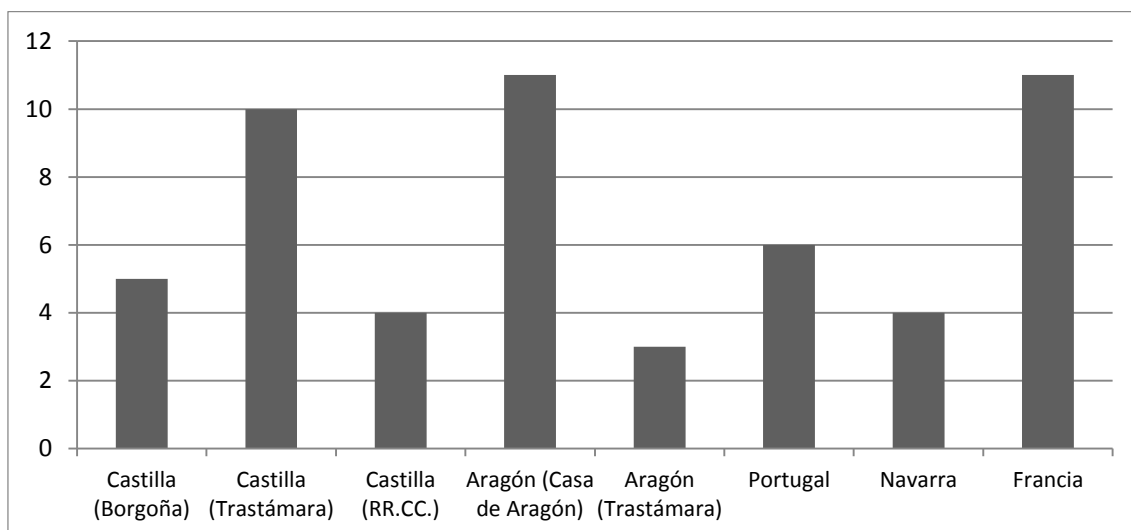


Gráfico nº 11: Número de confesores que fueron elegidos obispos respecto al resto de confesores reales

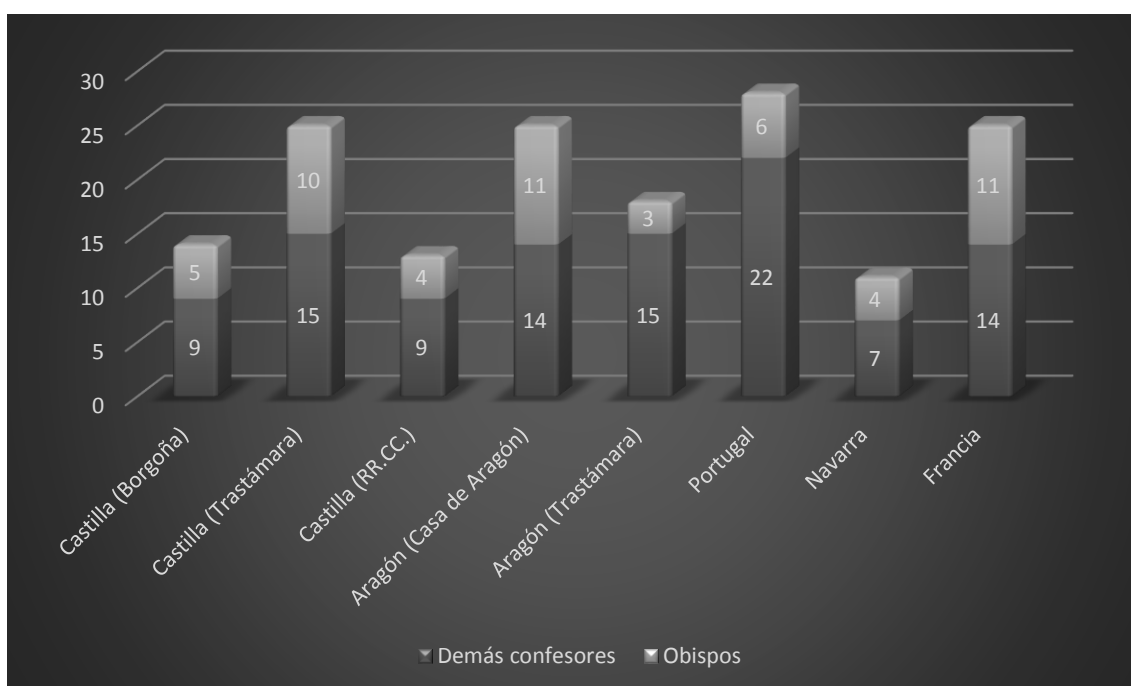
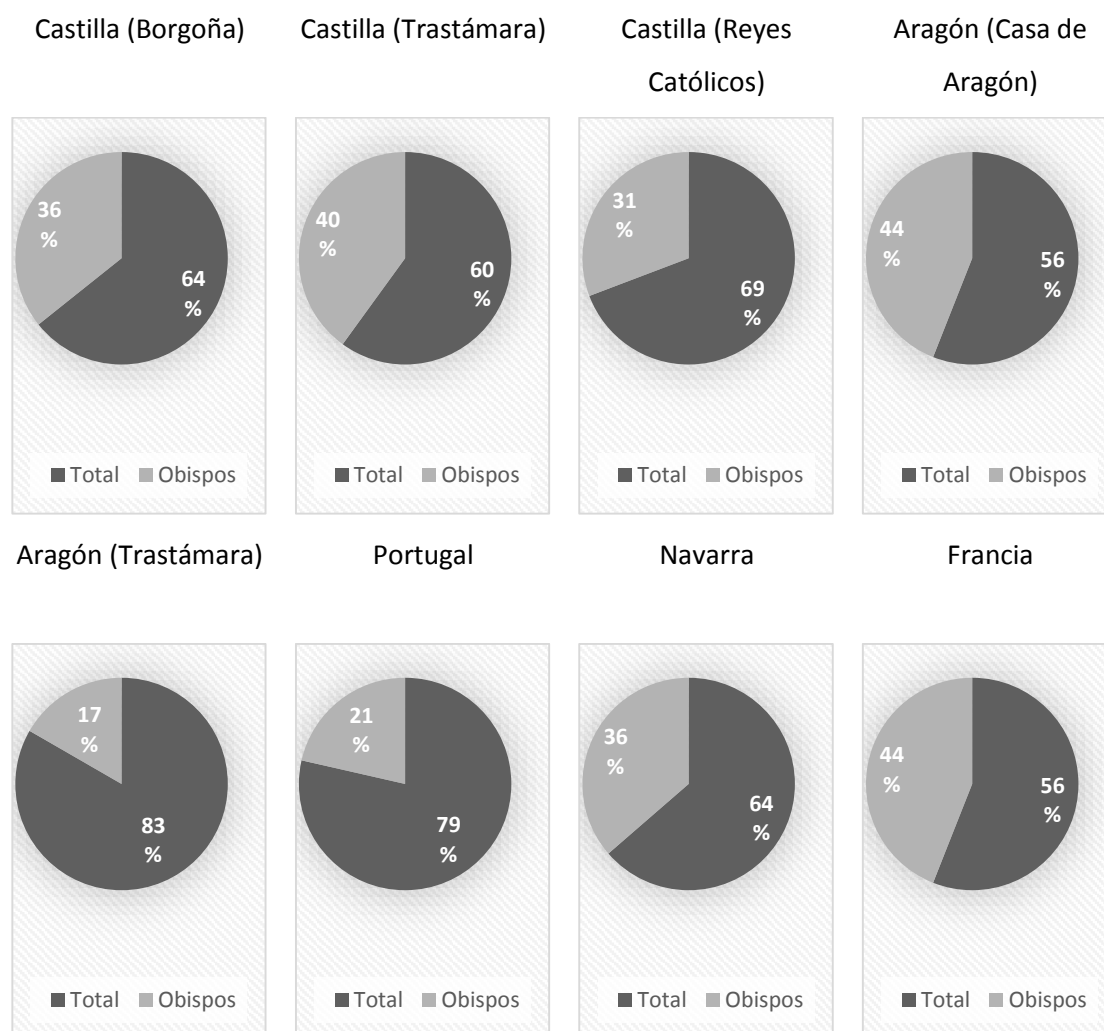


Gráfico nº 12: Porcentaje de confesores que fueron elegidos obispos sobre el total



Podemos apreciar que en el caso de la Castilla Trastámara, junto al de la Corona de Aragón (siglos XIII y XIV) y Francia, la proporción de confesores que llegaron a obispos se acerca por poco a la mitad. Y decimos confesores que llegaron a obispos porque, en Castilla, todos estos prelados fueron promocionados a sus sedes después de haber sido confesores. La única posible excepción es la de Alfonso Pérez de Cusanza, que quizá fue designado confesor en el tiempo en que era ya obispo de Orense, aunque

tampoco se puede descartar que lo fuera antes. De todos modos, hay que entender que su presencia en la corte venía de tiempos de Enrique III (que siguió una política firme de reservar el disfrute de beneficios eclesiásticos a los naturales del reino¹⁷⁴⁶), el cual pidió para él un nombramiento episcopal, que se cumplió en 1420 con su promoción a la sede auriense. No obstante, su designación como obispo de León (que vimos fue por mediación directa del rey ante el papa, frente a la voluntad del cabildo), sucediendo así a otro confesor (fray Juan R. de Villalón), sí puede atribuirse al aprecio que el rey le tenía como confesor.

Este ejemplo ilustra lo que ocurrió en todos los casos: los confesores fueron elegidos obispos por voluntad regia, en el lento proceso hacia el patronato regio. Así, ya en tiempos de la casa de Borgoña, Alfonso X trata la cuestión de la elección episcopal en diversos epígrafes de la Partida Primera. Ayuso destaca, en lo que se refiere al privilegio de presentación de los reyes de España, la ley 18 del título V de la primera *Partida*, donde se argumenta a favor del derecho de presentar al rey el elegido tres razones: los reyes han liberado antiguas sedes del dominio islámico, fundaron nuevas diócesis y porque las dotaron apropiadamente¹⁷⁴⁷. De hecho, según el parecer de Ana Rodríguez López el documento pontificio que reconoce el patronato real de manera más clara es precisamente la bula de elección pontificia de Pedro Gallego, confesor del príncipe Alfonso¹⁷⁴⁸. A finales del periodo que contemplamos, dichos principios se recogen en la elección de

¹⁷⁴⁶ ARRANZ, 2001: 458-459

¹⁷⁴⁷ AYUSO, 1903: 470. *Vid.* ALFONSO X, 2004: 39.

¹⁷⁴⁸ “La provisión de la sede de Cartagena, declarada exebta en 1250 para acabar con las disputas a causa de su adscripción metropolitana entre Toledo y Tarragona, fue obra del infante Alfonso, quien designó como primer obispo a su confesor, el franciscano Pedro Gallego. En la respuesta de Inocencio IV al confirmar dicha elección se resume la postura pontificia ante el ejercicio del derecho regio en las sedes restauradas: como conquistador del reino y puesto que la designación del obispo se había realizado *desiderium cordis tui*, correspondía al infante dorar a la iglesia de Cartagena con las rentas convenientes” (RODRÍGUEZ LÓPEZ, 1988: 35)

fray Hernando de Talavera como arzobispo de Granada, y así Alejandro VI, el 23 de enero de 1492, reconocía el privilegio concedido a los Reyes Católicos de proponer el obispo en virtud de la recuperación de las sedes *a manibus perfidorum Sarracenorum* e indicaba que por la petición regia se habían enviado cartas apostólicas constituyendo Granada como sede arzobispal *Regis et Regine praedictorum ad id expresse accedente consensu*¹⁷⁴⁹. El derecho de patronato, eso sí, no podía ser arbitrario, y así Juan de Friburgo establece la condición de que los reyes debían nombrar un clérigo digno para el puesto¹⁷⁵⁰, lo cual en el caso de los confesores, dada sus muestras de valía y coherencia de vida, no era un problema. La elección de los confesores se debía por tanto al deseo de recompensar a quienes los reyes tenían tanto afecto y les estarían agradecidos por el auxilio espiritual prestado. Tenían así la certeza de que los confesores cuidarían bien de las diócesis que se les encomendaba, lo cual se aprecia en la labor reformadora que llevaron a cabo en las mismas que luego trataremos.

No obstante, el episcopado medieval tenía una clara dimensión política¹⁷⁵¹, y jugó un papel importante en la designación de los confesores. José Manuel Nieto señala una cuestión sobre la que queríamos detenernos aquí

¹⁷⁴⁹ ASV: Reg. Lat., nº 952, f. 318v-319r. Se da a entender que por su consejo es por lo que se elige a Hernando de Talavera, aunque el texto se mantiene en el formulismo de que se ha hecho después de una gran deliberación

¹⁷⁵⁰ FRIBURGO, 1519: f. 9r

¹⁷⁵¹ “La intervención de prelados en distintas actividades de carácter político es, como sabemos, un fenómeno habitual en la Corona castellano-leonesa medieval, siguiendo la pauta general del Occidente europeo y fue costumbre de los reyes medievales designar miembros del episcopado para ese tipo de cargos. Esta vinculación de prelados a la política tuvo sus orígenes en el mantenimiento de estrechas relaciones personales con los monarcas, bien por ser confesores reales, bien por pertenecer a familias nobles ligadas al servicio de los soberanos, o bien por tratarse de eclesiásticos especialmente capacitados para el ejercicio de diferentes actividades político-administrativas gracias a su preparación intelectual” (GONZÁLEZ DE FAUVE, LAS HERAS, FORTEZA, 2001: 239-240)

En términos generales da la impresión que la actuación política de los eclesiásticos en las situaciones conflictivas internas del reino se efectuó a través de una toma de posición conjunta de toda la iglesia castellana en rarísimas ocasiones, no representando la situación predominante. Las tomas de postura fueron habitualmente resultado de afinidades e intereses personales. Es así que los fenómenos de división política suelen comportar también, casi siempre, una división interna de la iglesia castellana, a pesar de que pueda existir en su seno una postura considerada oficialista que, generalmente, viene impuesta desde Roma, pero que suele carecer de fuerza suficiente como para vincular a sus postulados al conjunto de la iglesia castellana. Esto hace que el análisis de cuestiones de esta índole resulte particularmente complejo, como consecuencia de que es preciso atender a diferentes frentes de análisis: el personal, el institucional y el pontificio¹⁷⁵².

La fidelidad del episcopado a la monarquía dependía por tanto, en gran medida, en la voluntad personal de cada obispo de apoyar al rey. Por ello, la elección de un confesor para una determinada sede garantizaba en principio la fidelidad de esta “porción” de la Iglesia castellana al rey, ya que los lazos que unían al rey y a su confesor (o antiguo confesor) eran de lealtad, afinidad y amistad. No hemos encontrado, en todas las trayectorias biográficas que hemos visto en el segundo apartado de este trabajo, casos de confesores-obispos que se volvieran contra la autoridad regia. En todo caso, pudo darse el distanciamiento y la neutralidad de dichos obispos en los conflictos internos de Castilla, pero tampoco es la situación predominante. Por ello, los reyes garantizaban el buen desarrollo espiritual de las diócesis nombrando a sus confesores para las mismas al mismo tiempo que el poder político que ellas entrañaban quedaban garantizados para la causa real. A modo de ejemplo, Lope de Barrientos fue el que, como

¹⁷⁵² NIETO, 1990: 141

obispo de Cuenca, lideró la lucha contra los adversarios del rey y, el 8 de diciembre de 1450, consiguió que el cabildo jurase solemnemente “colaborar activamente en guardar para el rey la ciudad y su tierra siempre que sea preciso, y no consentir que entren en ella hombres poderosos, aunque sean de estirpe real”¹⁷⁵³.

Por último, podemos encontrar otro motivo para la designación como obispo de un confesor. Hemos visto que en algunos casos los confesores dejaron de serlo por las nuevas responsabilidades contraídas como obispos, pero en otros muchos casos ello no impidió que siguieran siendo confesores (Cusanza, Barrientos, Talavera -como obispo de Ávila-, etc.). A este respecto, cabe plantear una hipótesis adicional sobre las razones que llevaban a los reyes a proveer a sus confesores de una mitra: los reyes podían conseguir el nombramiento de su confesor como obispo para ampliar las atribuciones penitenciales del mismo.

En efecto, hay materias reservadas ante las cuales un sacerdote ordinario no puede dar la absolución¹⁷⁵⁴. Para salvar este problema, los reyes consiguieron prerrogativas especiales para sus confesores. Pero, junto con ello, el nombramiento como obispo podría permitir al confesor absolver de las materias que sólo los obispos podían perdonar directamente. El *Libro de las confesiones*, por ejemplo, detalla qué pecados deben absolverse sólo por el obispo. Además, los privilegios concedidos a

¹⁷⁵³ MARTÍNEZ CASADO, 1994: 54. En este apartado el autor habla de otras medidas que muestran cómo Lope de Barrientos fue esencial en garantizar la lealtad de la ciudad e iglesia de Cuenca con diversas medidas que fue tomando en el tiempo de su regencia.

¹⁷⁵⁴ Sobre el confesor ordinario, se dice en el *Confesionario* de Martín Pérez: “Si fallare que cay o en alguno o en algunos casos de ex comunion mayor enbialo a absolver al que tiene poder de lo absolver ante de la confission si esta çerca. Et si el pecador esta en tienpo de tal espaçio que pueda o que quiera si non oya primero el confessor la confession de los otros pecados e non le absuelva mas digale que se vaya a absolver de la ex comunion e venga a el e absolver lo ha de los otros pecados” (THIEULIN-PARDO, 2012b: § 14). Más adelante: “Estonçe dile aquellos pecados de que no le puedes absolv er e enbialo al obispo o al papa cuy o v ieres que es la absolucion o a los penitenciarios” (§ 111).

los confesores reales sólo eran aplicables en muchos casos en peligro de muerte, con lo que el perdón de una falta del rey, en caso de que éste hubiese incurrido en la misma, quedaría diferida si no se encontraba en peligro de morir. En el caso del rey, esto podía entrañar un claro riesgo contra la discreción requerida. Como veremos en breve, la poridad del rey, la salvaguarda de sus secretos, era considerado un tema de enorme trascendencia. Por ello, cuantas menos trabas existieran entre el rey y su confesor para la absolución de los pecados, mucho mejor, y el nombramiento como obispo del confesor que, pese a ello, permanecía en compañía del rey, podía contribuir a ello.

Hay que decir que, en principio, los confesores que habían recibido la dignidad episcopal sólo habrían de permanecer en la Corte por el servicio que deberían prestar al rey como confesores o en otros encargos, como por ejemplo el Consejo Real. De cara a la ejemplariedad de vida, habrían de cuidarse de la denuncia establecida en el *Libro de las Confesiones* donde se indica al confesor de un obispo:

Demanda si desanparo la su iglesia algund tienpo sin razon. Su iglesia digo obispado o arçedianadgo o arçipretadgo; sin razon digo por la cobdiçia o por la vanagloria o por deleyte de la carne, ca el su cuydado ha de ser orar e leer e predicar, proveer a las biudas e a los huerfanos e a los pobres, e son muchos por el mundo que despreçian este cuydado, asi commo algunos que se van morar a la corte por muchos años por subir a mayores dignidades e mayores estados, otrosi van a casa de los reyes por ser privados e mas honrados, otros desanparan [...] Enpero, dile tu al que se confesare, que de todas ha de da cuenta a Dios, ca asi lo dize Dios por el profeta “yo requerire las ovejas de manos de los pastores”, e asi lo dize el derecho otrosi¹⁷⁵⁵.

¹⁷⁵⁵ PÉREZ, 2002: 325.

Según Yarza, para algunos dominicos del entorno de los Reyes Católicos éstos trataban de garantizarles un *cursus honorum* “que comenzaba en una silla episcopal modesta y acababa en las más importantes como Burgos, Sevilla y Toledo. Residían poco en su sede, realizaban escasa labor pastoral y viajaban harto de acuerdo con las necesidades de los monarcas. Entre ellos no faltaron nunca los padres predicadores”¹⁷⁵⁶. Sin embargo, esto sólo es cierto para el caso de los Reyes Católicos y la Casa de Borgoña. Entre Enrique II y Enrique IV los confesores reales llegaron a ocupar sedes de cierta importancia, pero no encontramos en ningún caso arzobispos de Sevilla, Toledo o Compostela (aunque Barrientos pudo acceder a dicha sede, pero sólo después de que se le denegara la de Toledo), y sí muchas más periféricas (Badajoz, Ciudad Rodrigo, Oviedo, Cádiz, Jaén...). Nos parece que esto responde al hecho de que las sedes más destacadas, dado el poder que entrañaban, quedaron reservadas a eclesiásticos más comprometidos dinásticamente o políticamente, frente a los confesores. Sólo cuando la monarquía recuperó autoridad en el reinado de Isabel I, encontramos confesores elegidos para las sedes más destacadas.

Los confesores reales, en principio, no hubieron de ver su designación como un medio de alcanzar fama o riquezas, sino que asumieron en primer lugar sus responsabilidades espirituales. Alfonso de Palenzuela, por ejemplo, reprochó a su discípulo Sánchez de Arévalo el no personarse en la sede de Oviedo, de la que había sido elegido obispo, como el mismo Sánchez de Arévalo refiere en una carta dirigida a su maestro:

¹⁷⁵⁶ YARZA, 2008: 270

En primer lugar, me felicitas efusivamente por la concesión, ojalá tan digna de mí como agradable a ati, del obispado de la iglesia de Oviedo y pones de manifiesto con aelgres y entrañables palabras el entusiasmo que has tenido por mi ascenso. Pero nada más expresar la magnitud de este entusiasmos tuyo, inmediatamente te diriges a mí con palabras de este tenor y me dices: “Date cuenta, mi querido padre, de que has sometido tu cuello a un yugo enorme y pesado, igual que si repitieras las palabras de Jerónimo: *Me alegre por el ascenso, temo por la caída*, soy feliz por el honor, me aflige ese honor, me alegre por el obispado, tengo miedo del pecado”¹⁷⁵⁷.

En otras partes de esta epístola, además, Sánchez de Arévalo refiere las felicitaciones de Palenzuela por no haber ambicionado el nombramiento episcopal, sino recibirlo pasivamente¹⁷⁵⁸, así como las críticas por delegar sus funciones en otros¹⁷⁵⁹. Esta delegación la habían hecho o la harían otros confesores como Barrientos, Talavera (el cual lo haría contra su voluntad y por deseo de la reina¹⁷⁶⁰) o el propio Palenzuela, si bien éste consideraría que estaba justificado por la intensa labor diplomática que desempeñó al servicio de los reyes

¹⁷⁵⁷ Vid. RUIZ VILA, 2009: 470.

¹⁷⁵⁸ “Me dices: «Tú no has buscado de ninguna manera este obispado pues te lo han ofrecido sin que tú lo supieras, mientras estabas dedicado a tus escritos y tus estudios»” (en RUIZ VILA, 2009: 471).

¹⁷⁵⁹ “Pero quizás me podrás decir: «Mientras pasas revista a los peligros del cargo que has asumido, tít, según veo claramente, te ves envuelto en ese mismo peligro cuando te disculpas por no cumplir tu tarea como pastor. Por eso te ves obligado a recurrir a interinos, los cuales, si has leído mi epístola, te advertí que debías evitar. Sin embargo, te confieso, puesto que lo sospechaba, que ésta era tu intención» [...] Me aconsejas entonces, padre, que me ocupe de mis ovejas por mí mismo y no se las encargue a los interinos que no se preocupan por mis ovejas. Añades, además, que se le encargó a Moisés, en medio de inmensas alabanzas, que condujera las ovejas de su suegro Jetró más allá del desierto donde pudieran pacer seguras y tranquilas. Fueron estas palabras tuyas, mi queridísimo padre, dignas sólo de tu virtud y tu sabiduría, y no las voy a negar. Sé muy bien que se debe apacentar a las ovejas en presencia de sus pastores” (RUIZ VILA, 2009: 474).

¹⁷⁶⁰ “Sin embargo, su afán reformador encontró varios obstáculos, y el primero de ellos fue la voluntad de la reina quien, mientras animaba a todos los prelados a que residieran en su diócesis, se lo impidió a su confesor, obligándole a que nombrase a un vicario para que pudiera quedarse en la corte” (CODET, 2012: 3).

- *El reformismo eclesiástico.*

En numerosas ocasiones hemos mencionado que los confesores llevaron a cabo labores de reforma. A su vez la monarquía impulsaría la reforma, como atestigua un documento pontificio que da noticia a los Reyes Católicos de haber recibido al franciscano observante Francisco Benítez y cómo escuchó todo lo referente a aquel asunto que el embajador le expuso¹⁷⁶¹. Previamente, el troncado rey Alfonso XII, publicó un documento en el que amparaba la reforma de la orden dominica, y en dicha iniciativa, muy probablemente, hubo de intervenir su confesor Alfonso de Burgos¹⁷⁶². Incluso muchos de los textos penitenciales que utilizamos aquí para el *discurso penitencial* responden en cierto modo a las iniciativas reformadoras auspiciadas por la monarquía, especialmente en tiempos del molinismo y de la época de Isabel I¹⁷⁶³. De hecho, en opinión de Quintín Aldea, “a tres grandes figuras estimamos que se debe principalmente la restauración religiosa de Castilla”, las cuales serían Isabel I, Hernando de Talavera y Francismo Jiménez de Cisneros¹⁷⁶⁴. Por ello, podemos decir que los reyes se apoyaron en sus confesores, ente otros eclesiásticos, para la reforma. Quintín Aldea señala también, de manera muy acertada, que “en aquel Renacimiento espiritual no se partía de cero. Ya hacia 1470 estaba prácticamente asentada en España y sobre todo en Castilla la reforma de

¹⁷⁶¹ *Audivimus eum benigne contemplatione vestra et circa negotium hoc eam provisionem fecimus que pro nunc expediens et accomodata visa fuit. Si quid postea supererit faciendum animo libentissimo faciemus* (ASV: Arm. XXXIX, nº 18, f. 203r).

¹⁷⁶² AHN: Clero, leg. 7.7874

¹⁷⁶³ *Vid.* GÓMEZ REDONDO, 2012a: § 2-3. A este respecto: “Lo que nos importa aquí es insistir en el destacado papel que jugó la actuación de Isabel en la vida religiosa de Castilla durante su reinado” (RUBIAL, 2001: 354), más adelante señala que “gracias a la actuación de ella y de sus colaboradores pudieron desarrollarse tanto la reforma institucional de los eclesiásticos como la recepción del anhelo de perfección evangélica de los movimientos de renovación cristiana surgidos en Europa” (p. 355).

¹⁷⁶⁴ ALDEA, 1995: 30. Poco más adelante, menciona también la importancia de Deza.

las Órdenes religiosas”¹⁷⁶⁵. En dicha reforma habían participado los confesores cuya vida hemos expuesto en el apartado segundo. Podemos concluir por tanto que tanto los monarcas como los confesores tuvieron iniciativas reformadoras y se apoyaron mutuamente en dicho empeño.

Por reforma o reformismo entendemos aquí todas las iniciativas institucionales a tal fin, tales como la reforma de las órdenes (la rama observante), la labor de fundación o visita de monasterios, conventos o eremitorios, y la celebración de sínodos diocesanos y reforma de los cabildos. Sobre estos criterios, las cifras de confesores que dieron muestras positivas de reforma son:

Tabla nº 5: Número de confesores reformistas

Castilla (Borgoña)	Castilla (Trastámara)	Castilla (Reyes Católicos)	Aragón (Casa de Aragón)	Aragón (Trastámara)	Portugal	Navarra	Francia
2	13	6	4	4	1	0	0
Sobre un total de 14	Sobre total un de 25	Sobre un total de 13	Sobre un total de 23	Sobre un total de 17	Sobre un total de 28	Sobre un total de 10	Sobre un total de 25

¹⁷⁶⁵ *Ib.*: 32. Sobre la reforma de la Iglesia en Castilla, donde hay casi una constante presencia de los confesores (que mencionamos en este apartado) *vid.* ALDEA, 1995: 32-35.

Gráfico nº 13: número de confesores reformistas

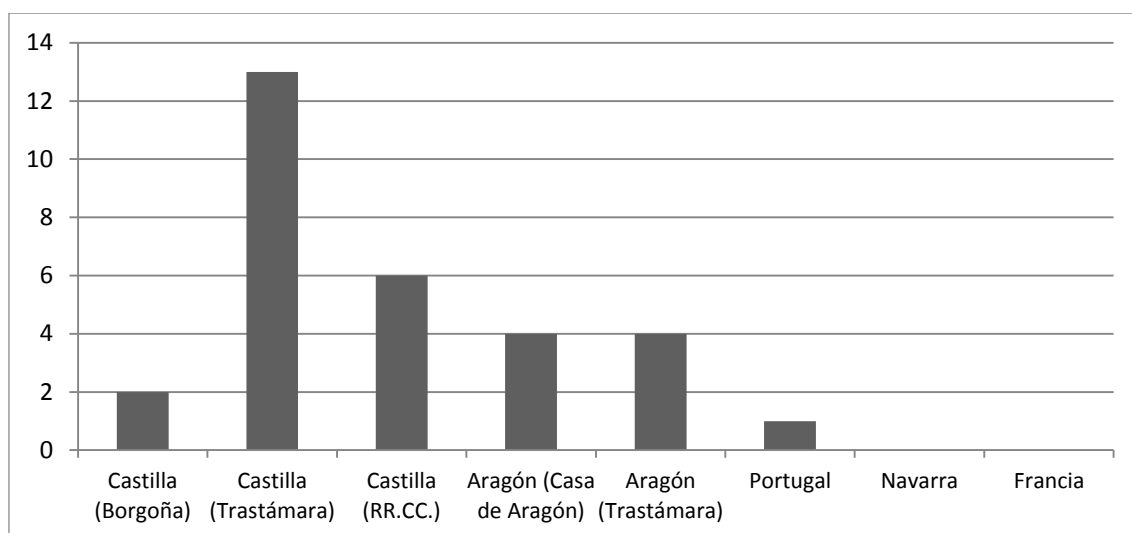


Gráfico nº 14: Número de confesores reformistas respecto al resto de confesores reales

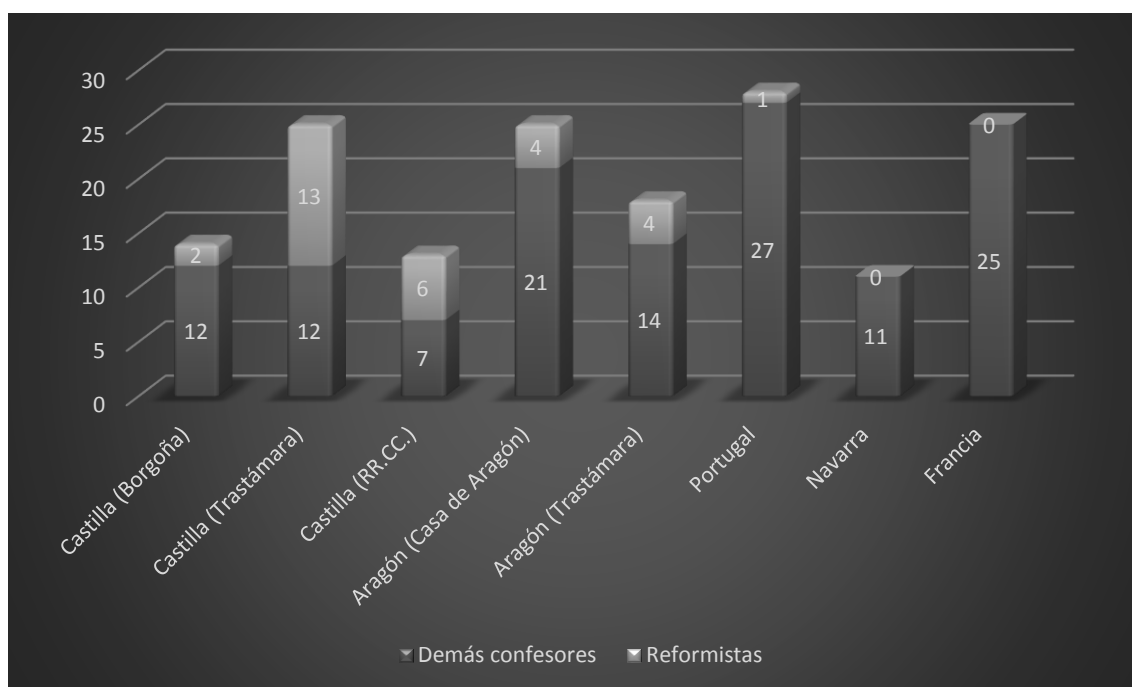
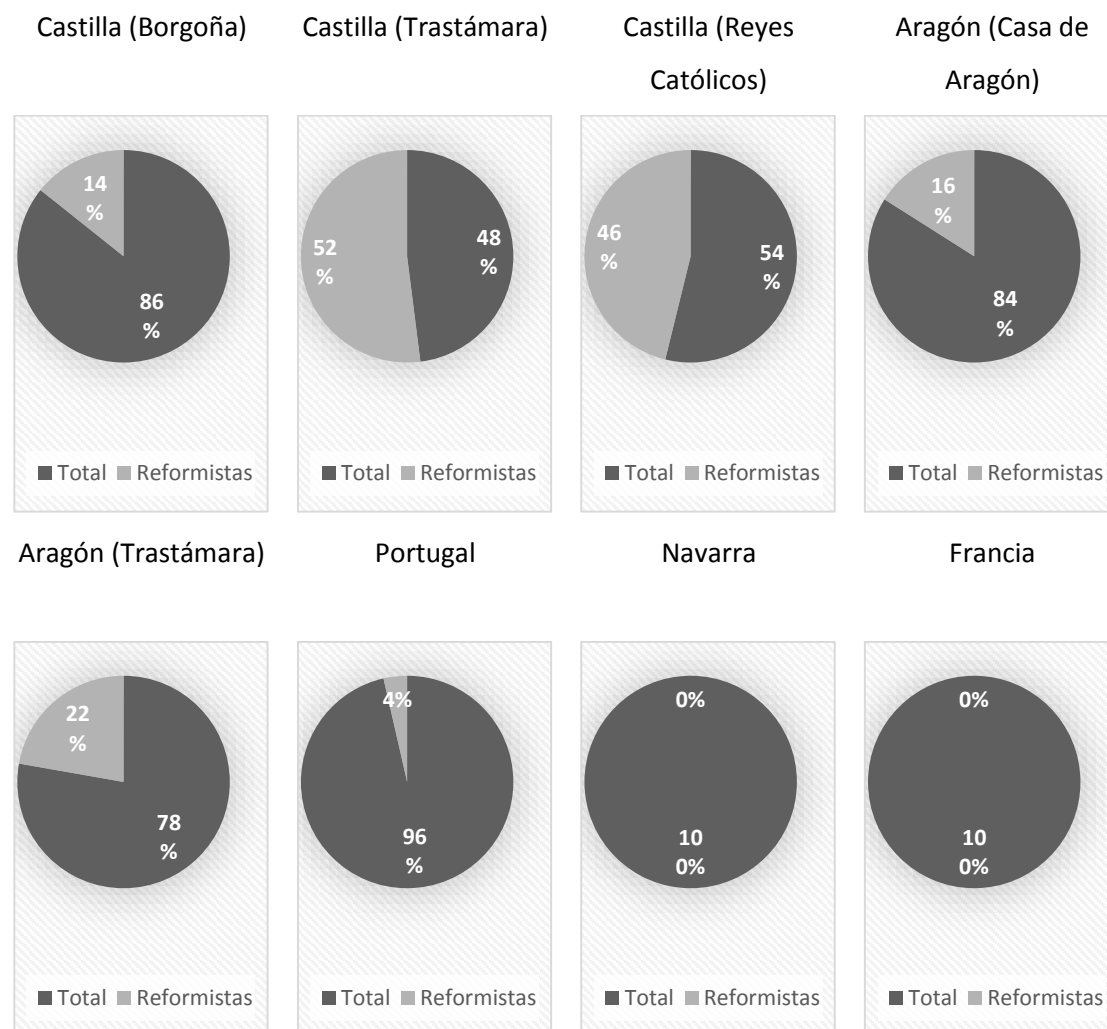


Gráfico nº 15: Porcentaje de confesores reformistas sobre el total



Por las cifras y gráficos podemos apreciar que el número más elevado de confesores que responden al perfil reformista se da en la Corona castellano-leonesa durante la dinastía Trastámara y el reinado de los Reyes Católicos con una amplia diferencia. Este contraste se deba quizás a la falta de estudios de los otros ámbitos más que al hecho de que los confesores de las otras coronas no prestaran interés a la reforma. Por ello, este dato debe ser acogido con prudencia. Lo que nos aparece patente en todo caso es que,

ya focalizados en el caso de Castilla, el vínculo entre los confesores y la reforma, que ya fuera apuntado por autores como Aldea, Villarroel o Nogales, queda confirmado en el presente estudio.

Algunos confesores, aun siendo nombrado obispos, dieron muestras de su espíritu monástico o eremítico que enlazaría con un modo de vida más evangélico, como el caso de Gonzalo de Illescas que ya vimos, cuando pidió una dispensa a Roma para vivir acompañado de frailes de su orden con el fin de vivir según la regla monástica de los jerónimos pese a ser obispo de Córdoba (§ 2.4.4). Algo exactamente similar haría Cisneros, que era, en palabras de Rubial, “uno de los principales promotores de esta revolución cultural”, refiriéndose a la reforma y la *devotio moderna*¹⁷⁶⁶. Así, Juan de la Torre recoge la petición del mismo a la Santa Sede, que fue presentada por la reina Isabel a través de sus procuradores en la Ciudad Eterna¹⁷⁶⁷.

Los reyes colaborarían en la fundación y reforma de los monasterios y conventos, como ya hemos visto, ya desde la época de la Casa de Borgoña¹⁷⁶⁸. En tiempo de los Trastámara ya hemos visto cómo fray Luis de

¹⁷⁶⁶ RUBIAL, 2001: 355.

¹⁷⁶⁷ “La Reyna. Reverendos Obispos de Badajos y de Astorga, de mi Consejo y mis procuradores en Corte de Roma. La muy Illustre Princessa de Portugal, mi muy cara y muy amada fija, me suplicó que ganasse de Nuestro muy Santo Padre vn breue para fray Franmcisco Ximénez, de la Orden de Sant Francisco de la Obseruancia, en que le sean otorgadas por su Sanctidat las facultades y cosasa contenidas en vn memorial que aquí va. Por ende, yo vos encargo supliqueys de mi parte a su Sanctuidat le plega otorgar al dicho religioso el susodicho breue, que creo que su Sanctidat no porna difficultat en lo otorgar; y vos pareciere que para el descargo de la conciencia del dicho religiosos y para dar razón a sus superiores bastara que su Sanctidat sigue la suplicación de lo susodicho, sin sacar breue dello, fagase assí, y embiatmela; pero, si vierdes que es necessario el breue, fazetlo sacar y embiatmelo lo más presto que pudierdes. De barcelona, a xi de Março de lxxxiii años” (En TORRE, 1940: 48). Para ver el documento en el que Cisneros pedía tales gracias: TORRE, 1940: 48-49.

¹⁷⁶⁸ Doña Violante, como es sabido, fundó el monasterio de Allariz, en el cual tuvo gran importancia su confesor, fray García Blandes, así lo refiere Wadding: *Clarissis Allarizii, Hispanice Allariz, dioecesis Auriae inter Gallecos, quarum Conuentum non nisi anno MCCXCII ait Gonzaga extruxisse Violantem Castellae Reginam Alphonsi Regis relictam, cum hoc ipso Nicolaus eis concesserit regulam, ac Monasterium jam esse fundatum a praedicta Regina, eamque desiderasse ejusdem Instituti cum illius loci Clarissis fieri [...] In altero Ecclesiae Sacellorum requiescit beatus Pater Garcias Blandes, praefatae Reginae, et Sanctimonialum Confessarius, et sancti Jacobi Provinciae Minister, Ejus meritis plura in dies beneficia Deus*

Valladolid y fray Álvaro de Córdoba dieron importantes pasos que, si bien no se notaron apenas, dieron sus frutos a finales del siglo XV¹⁷⁶⁹. También confesores de la familia real tendrían una importante labor en este sentido, como fray Francisco de Soria¹⁷⁷⁰ o fray Sancho Canales¹⁷⁷¹, que según Wadding, fue nombrado por el Santo Padre visitador de las clarisas en Castilla a petición de la reina¹⁷⁷². Igualmente, fray Alonso de Espina, al

fidelibus, praesertim ipsis Monialibus, quarum ad ipsum devotio incredibilis est, impartitur. Alias plura ejusdem gesta narrabimus (WADDING, 1931b: 277-278).

¹⁷⁶⁹ Ya hemos visto su papel en la fundación del estudio de Valladolid. I. Iannuzzi señala que la etapa conciliar (1416-1455) fue una época sumamente dinámica, en la cual surgieron en Castilla dos facultades de teología (la de Salamanca y la fundada por fray Luis en Valladolid) de las que surgirían los protagonistas de la “tercera generación” en el conflicto del conciliarismo y la reforma de la Iglesia (IANNUZZI, 2009: 24)

¹⁷⁷⁰ Vid. HÜNTEMANN, 1929a: 40-41, nº 66. En dicho documento, a 1 de junio de 1432, el Papa Clemente VII renovaba las concesiones hechas por Benedicto XIII en el régimen del convento de santa Clara de Tordesillas, así como de otros, que se habían concedido bajo la reforma del visitador fray Francisco de Soria. También se le nombró visitador del monasterio de clarisas de la observancia en Salamanca, así como para otros conventos de la misma rama franciscana, en 1441 (ASV: Reg. Vat., nº 365, f. 308). Lo curioso es que este documento sigue a otro del mismo tenor destinado a Sancho Canales, otro confesor real.

¹⁷⁷¹ Fray Sancho, confesor de María de Portugal, tendría gran importancia en la reforma eclesiástica, por ejemplo en la reforma de la universidad de Salamanca en 1441 (IANNUZZI, 2009a: 334). Documentos que nos refieren su labor como visitador están en HÜNTEMANN, 1929a: 372 (sobre su labor de mediación en un problema en el convento de santa Clara de Valladolid, en el que es denominado *ordinis fratrum Minorum professoris, praefati monasterii visitoris auctoritate apostolica deputati*); HÜNTEMANN, 1929a: 508-509 (donde se aprecia un relevante papel en la fundación del convento de santa Clara de Amusco); HÜNTEMANN, 1929a: 582 (en el que se establece la reducción de capellanías en dieciséis conventos *in Castellae et legionis regnis consistentium sub regulari observantia viventium ac visitatione, reformatione et correctione dilecti filii Sancii de Canales, fratris ordinis Minorum, eiusque successorum pro tempore degentium visitorum*); HÜNTEMANN, 1929a: 8419 (donde se ensalza la labor de este fraile: *Cum itaque, sicut exhibita Nobis nuper pro parte vestra petitio continebat, si vos, quae in dicto monasterio [de Benavente] quam plures, etiam in numero generosae, spretis mundi oblectamentis sub clausura et iugi observantia castimoniae exemplariter vivitis, visitationi, correctioni, punitioni et reformationi dilecti filii Sancii de Canales, ordinis fratrum Minorum professoris*); HÜNTEMANN, 1929a: 849-850 (documento en el que el Papa elogia a fray Sancho y le encomienda la reforma de los monasterios franciscanos que se hallan bajo el dominio del príncipe don Enrique, futuro Enrique IV), HÜNTEMANN, 1929a: 880 (en el que se nombra visitador de las clarisas de Amusco a fray Frutos de Cuéllar, sustituyendo a un tal Sancho Canales, como dice el documento: *quondam Sancius de Canales, ordinis fratrum Minorum regularis observantiae profesor, qui tunc, cum in humanis ageret, monasterii eiusdem S. Clarae, de Oterdesillas, ordinis S. Clarae et dioecesis praedicatorum, aliorumque nonnullorum monasteriorum monialum illarum partium visitor erat, etiam dicti vestri monasterii de Amusco visitor existeret illiusque similiter curam gereret, prout in dicti praedecessoris litteris [...] continetur*)

¹⁷⁷² *Visitatorem et Custodem domorum omnium ejusdem regularis Instituti in Castellae et Legionis regionibus, petente Maria Regina, deputavit Pontifex fratrem Sancium de Canales* (WADDING, 1932a: 157). Igualmente hace referencia a su labor como visitador del convento de santa Clara de Benavente (WADDING, 1932d: 218). Igualmente, en el tomo XIII de los *Annales Minorum*, repite la misma idea de que fue nombrado por iniciativa regia, en este caso por Juan II: *In Hispania duo sunt hoc anno reformata Clarissarum Monasteria, Burgense unum extra urbis muros constructum, quod Nicolai V auctoritate, rogante Joanne Castellae Rege, Sancius de Canales, Generalis institutus deformatorum Monasteriorum Visitor, reformare coepit* (WADDING, 1932e: 232). En el Archivo Secreto Vaticano hay otros documentos que muestran la relación entre la labor reformadora de Sancho Canales y la acción de la reina: *Eugenius*

parecer, bendijo el convento de santa María de la Esperanza de Medina de Rioseco, que había fundado Federico Enríquez de Cabrera, almirante de Castilla¹⁷⁷³. También encontramos confesores seculares involucrados en la reforma. Ya mencionamos a Pedro de Belorado, confesor de Juan I, que llevó a cabo la fundación del monasterio de san Benito de Valladolid por orden del rey, el cual, siguiendo a Luis Suárez, había tomado conciencia de la necesidad de la reforma eclesiástica¹⁷⁷⁴.

La labor de la reforma también se haría desde el episcopado. Por ejemplo, fray Alfonso de Burgos mandó una carta al cabildo cuyo contenido se recogió en las actas capitulares¹⁷⁷⁵. Sobre el hospital de Medina del Campo que Lope de Barrientos fundó, la abundancia de documentación nos habla de la preocupación que hubo de tener Barrientos por dicho proyecto. La Santa Sede le concedió gracias especiales el 11 de agosto de 1451, entre ellas referidas a la reforma de las costumbres, y así el Papa se dirigía al mismo rey indicándole: *Carissimi in Christo filii nostri Johannis Catelle et legionis Regis illustris necnon eiusdem Episcopi supplicationibus [...]* ut

etc. Dilecto filio fratri Sancio de Caniales domorum fratrum ordinis sancti francisci de observantia in Regnis Castelle et legionis consistentium custodi [...] Exhibita siquidem nobis nuper pro parte carissime in Christo filie Marie Castelle et legionis Regine petitio continebat... (ASV: Reg. Vat., nº 365, ff. 308v-309r)

¹⁷⁷³ Vid. HÜNTEMANN 1949: 257.

¹⁷⁷⁴ “Probablemente después de convencerse de que la mera defensa resultaba insuficiente pra devolver a los monasterios su antiguo esplendor, tratará de llegar a una renovación más a fondo con la reforma de San Benito de Valladolid. El rey, en suma, no se apartaba de su objetivo de proporcionar a su reino los elementos de estímulo de la vida espiritual” (SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1977: 62-63).

¹⁷⁷⁵ “Viernes catorze días del mes de março de mill e quatrocientos e ochenta e ocho años los dichos señores dean e cabildo capitularmente ayuntados etc. Antón garçia canónigo e provisor susodicho presentó en el dicho vabillo una carta del señor obispo que en efeto contenia que su señoría estava de propósito de venir a residir a su iglesia y visitarla y las personas della y para rreformat sus vidas deben en mejor e que non podía venir por çiertos açidentes de enfermedad que le sobrevinieron y que por ende les enviava requerir con Dios y con lo que a sus conçienias devían que se onestasen en sus personas y enmendasen sus vidas y diesen tal orden quel coro fuese servido *ad laude dei* etc. [...] que anden e pesquisan por todas las casas de los señores y beneficiados de la dicha iglesia y manden a cada uno que tenga la onestidad asi en la persona como en las casas que vieren que es neçesario a servicio de Dios y buen enxemplo al pueblo y onrra delos dichos señores” (AC Palencia, A. Cap., lib. 36, f. 202). La actitud de fray Alonso de Burgos, *fray Mortero*, debió ser enérgica en algunos casos, ya que dos años antes Antón Cisneros protestó contra la actuación del obispo en contra los beneficiado de la catedral, por ir contra el estatuto de corrección y punición (AC Palencia, A. Cap., lib. 32, f. 18r)

*confessor ydoneus quem pauperes in deo hospitali [...] duxerunt eligendi omnium suorum peccaminum criminum et excessuum de quibus corde contati et ore confessi fiunt [...] in mortis articulo plenam remissionem eis eorum cuilibet infirmitate*¹⁷⁷⁶.

Éstos son sólo unos ejemplos que se añaden a lo ya visto en el apartado biográfico. Podemos concluir, a la luz de todo ello, que los confesores fueron importantes agentes en la reforma, y se aprovecharon de la influencia y poder que les otorgaba la cercanía de los reyes para llevar a cabo dichas tareas, o en otros casos se prestaron a la reforma que la monarquía había emprendido. Nos parece que futuros trabajos centrados en este tema nos permitirían valorar esta cuestión en su justa medida.

5.2.3. Debe ser hombre muy letrado, y de buen seso, e leal, e de buena vida: Perfil intelectual y político del confesor real.

- La preparación intelectual.

Como dice Alfonso X, el capellán-confesor “debe ser hombre muy letrado, y de buen seso, e leal, e de buena vida, e sabidor de uso de iglesia”, preparación necesaria “para que entienda bien las horas, e las escrituras, e las haga entender al rey, e le sepa dar consejo de su ánima cuando se le confesare”. Por último “E sin todo eso debe ser sabidor del uso de la Iglesia como de suso dijimos, de guisa que las horas que dijere al rey, e a los otros que le ayudaren, que las diga bien e apuestamente, según conviene, pues cuando así son dichas con mejor corazón, e mayor devoción las oyen los hombres, más que no hacen si yerran en el son o en las palabras”.

¹⁷⁷⁶ ASV: Reg. Lat., 469, ff.262v-263r.

Se pide al confesor, en síntesis, sabiduría y prudencia (que es en última instancia a lo que se refiere el término “seso”¹⁷⁷⁷) junto a una buena preparación doctrinal que le permita aconsejar al rey en materia espiritual y, posibilidad que se deja abierta, otro tipo de asuntos¹⁷⁷⁸. Martín Pérez comienza su obra señalando que no hay nada peor que aquel que dirige a los demás y no está preparado para ello¹⁷⁷⁹, de modo que “Gardese el juez espiritual que non le fallesca el don de la sçiençia, ca le conviene que sepa conosçer todo lo que ha de judgar. El poder del judgar, tal dever ser que sepa ordenadamente departir lo que ha de judgar”¹⁷⁸⁰. De la misma opinión era fray Hernando de Talavera, que incluía entre los pecados contra la Penitencia la ignorancia del confesor¹⁷⁸¹. En efecto, los manuales de confesores se encaminaban a *guider le confesseur dans l'art difficile de comprendre et de guider le pénitent*¹⁷⁸². En ello se incluye, por lo que leemos, la celebración litúrgica cotidiana, lo que explica por ejemplo las prerrogativas que algunos confesores pudieron disfrutar en este sentido, como el caso de fray Diego López de Ribadeneyra. Esta disposición de Alfonso X concuerda con la idea general de la Iglesia medieval de que el confesor debe ser letrado, sabio y santo¹⁷⁸³. De hecho, uno de los casos en los que el confesor debería instar al penitente a repetir una confesión pasada es en el caso de que el sacerdote que lo confesó en aquella ocasión

¹⁷⁷⁷ Partida II, título XXIII, ley V: “El seso es sobre todo, et sabe cada una destas cosas adocir alli do ha meester, ca él face al esfuerzo acometer aquello que entiende que se puede acabar; et face otrosi á la sabiduria obrar alli do debe; et face al uso camiar de una manera en otra, segunt conviene á los fechos; et face otrosi á la vergüenza entender el logar do ha de seer guardada” (en RUBIO MORENO, 1991: 267).

¹⁷⁷⁸ Por ejemplo, el prólogo de la *Clavis Sapientiae* de Lope de Barrientos es toda una declaración sobre la necesidad de estar bien formado y emplear apropiadamente la razón (vid. BARRIENTOS, 2010: 266)

¹⁷⁷⁹ PÉREZ, 2002: 3

¹⁷⁸⁰ *Ib.*: 10

¹⁷⁸¹ “Item, peca el sacerdote si no tiene la esciencia y discreción que es necesaria para inducir a contrición, y para discernir entre pecado mortal y venial, y entre caso suyo y obispal o papal, y para imponer debida satisfacción” (TALAVERA, 1911a: 14)

¹⁷⁸² ARROYO, 1989: cap. 1.

¹⁷⁸³ MURRAY, 1998: 72.

era tan ignorante que no podía aconsejar al confesando¹⁷⁸⁴, y del mismo modo, la ignorancia del sacerdote confesor era uno de los motivos contemplados en el *Confesionario* de Martín Pérez para poder abandonar al confesor que, canónicamente, al fiel le correspondía¹⁷⁸⁵

El discurso moral y penitencial requiere, como condición previa, que el confesor tenga suficiente preparación como para poder exponerlo. De ahí que las exigencias teóricas sobre la capacitación del confesor (y en concreto, del confesor real) se reflejen en la prosopografía. Para cuantificar los confesores según este criterio de la preparación cultural, hemos escogido aquéllos que tienen un perfil académico, esto, es, que consta que obtuvieron grados universitarios, impartieron docencia en los conventos, estudios generales o universidades, y que fueron autores de tratados y escritos intelectuales:

Tabla nº 6: Número de confesores académicos

Castilla (Borgoña)	Castilla (Trastámara)	Castilla (Reyes Católicos)	Aragón (Casa de Aragón)	Aragón (Trastámara)	Portugal	Navarra	Francia
5	13	5	5	5	4	4	10
Sobre un total de 14	Sobre total un de 25	Sobre un total de 13	Sobre un total de 23	Sobre un total de 17	Sobre un total de 28	Sobre un total de 10	Sobre un total de 25

¹⁷⁸⁴ PÉREZ, 2002: 14

¹⁷⁸⁵ THIEULIN-PARDO 2012b: § 4.

Gráfico nº 16: número de confesores académicos

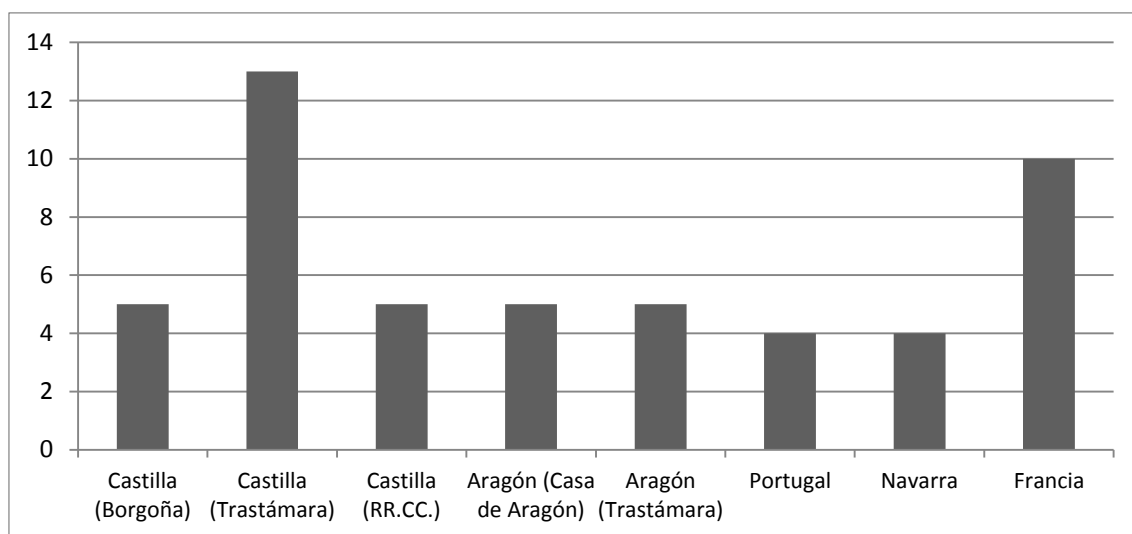


Gráfico nº 17: Número de confesores académicos respecto al resto de confesores reales

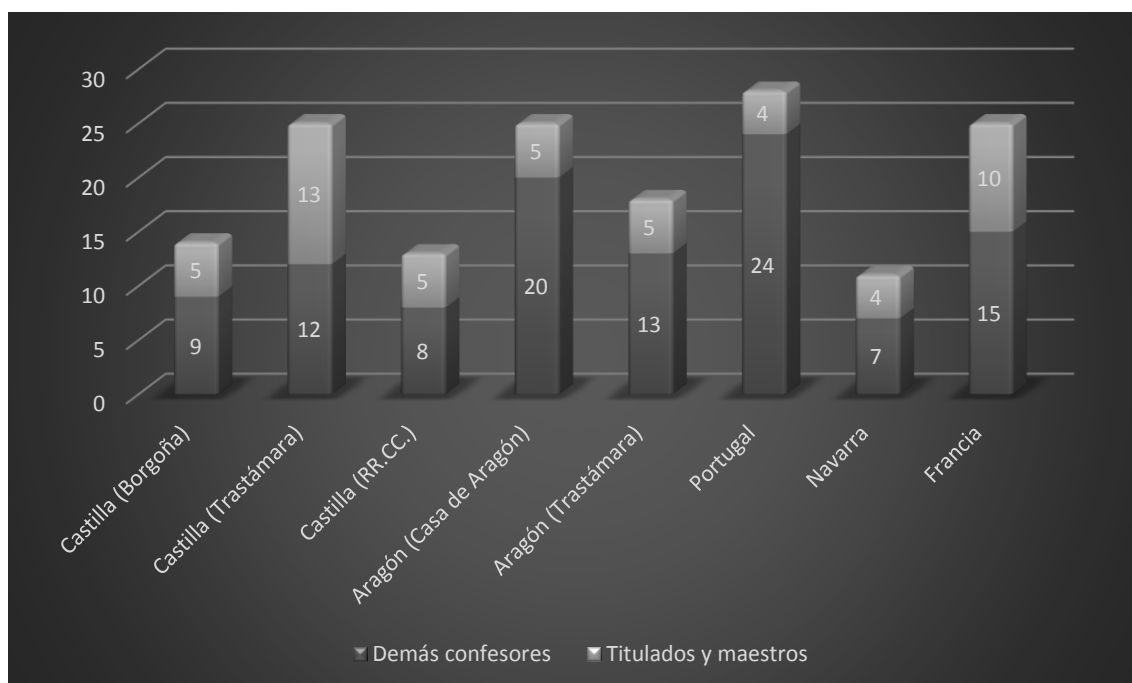
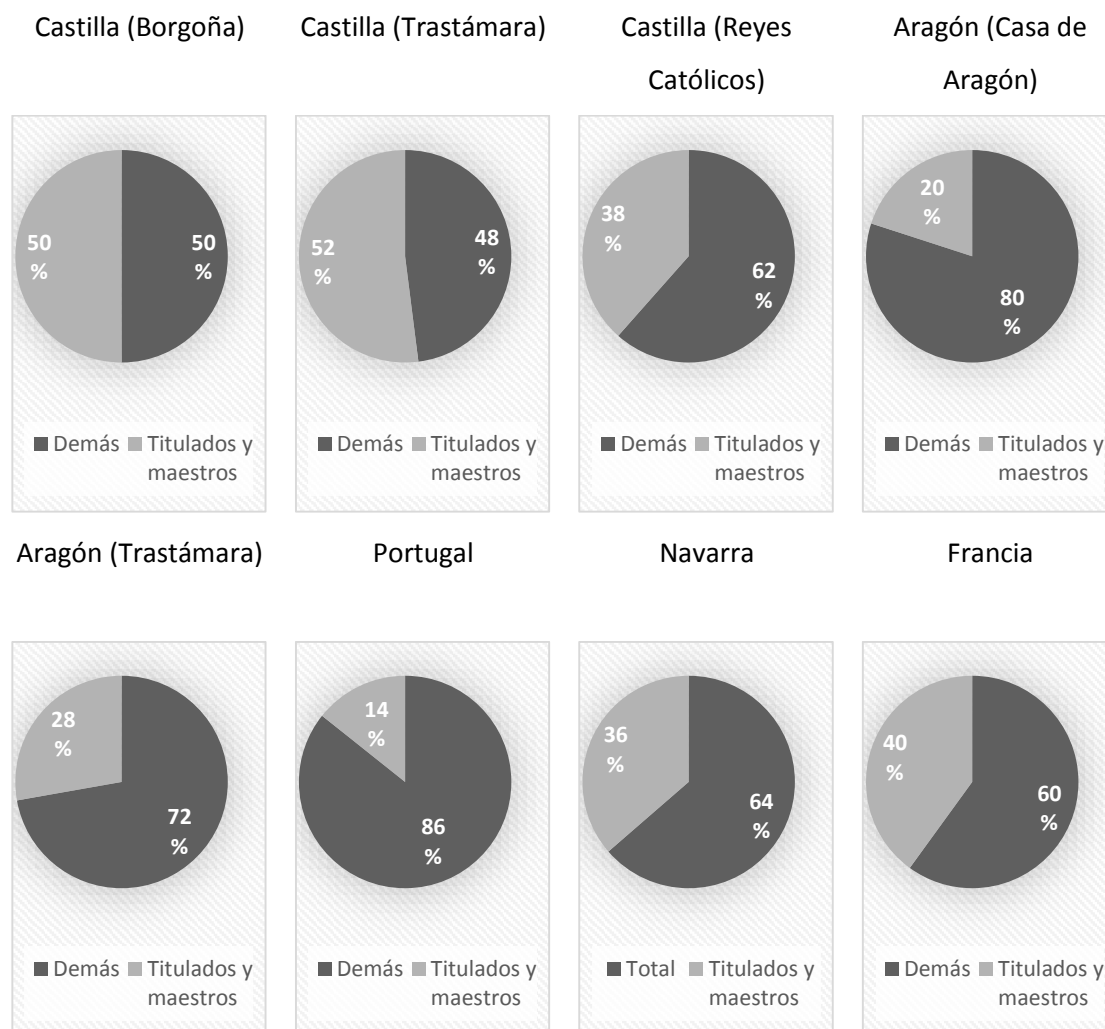


Gráfico nº 18: Porcentaje de confesores académicos sobre el total



Salvo el caso de Aragón, Portugal y Navarra (en buena medida quizá por la falta de estudios), vemos que los confesores reales, en las diversas coronas y periodos, presentaron un alto índice de formación académica. El caso más destacado es el de la Castilla Trastámara, quizá porque el presente estudio a encontrado datos que en otros ámbitos están aún por revelar. En definitiva, vemos que las exigencias de Alfonso X, y las que intrínsecamente conllevan el cargo de confesor y el discurso penitencial, se cumplieron

ampliamente. Además, pensemos que los confesores que no presentan un perfil académico habrían de tener en cualquier modo la preparación necesaria que conlleva el cargo de presbítero, y en todo caso no ha quedado constancia de su formación, lo que no significa que no la tuvieran.

Por lo tanto, los confesores reales, desde la época de Borgoña, dieron muestras de tener una gran formación cultural, además de una formación renovada conforme a los nuevos aires intelectuales de aquella época. Así, fray Pedro Gallego y fray Juan Gil de Zamora (aunque a este último lo hemos descartado como confesor, si bien fue maestro de Sancho IV) son en el último tercio del siglo XIII “los representantes de la asimilación definitiva de las nuevas corrientes filosófico-naturalistas vigentes en Europa”¹⁷⁸⁶, una asimilación que se hace desde el respeto a la fe cristiana, frente a ciertas tendencias de la Corte de Alfonso X¹⁷⁸⁷.

Pero la formación intelectual *per se* no significaría mucho, aun siendo imprescindible. Alfonso X parece dejar bien claro que sin una ejemplariedad de vida de poco vale la instrucción del confesor real, “pues aquel que ha de hacer tan santa e tan noble cosa como consagrar el cuerpo de nuestro señor Jesucristo, e de haber en guarda el ánima del rey, e de los de su casa, puedan tomar de él buen consejo buen ejemplo, e lo que ha de castigar en los otros, que no lo haya en sí”. Es lo que Marciano Vidal ha llamado la “parábola moral” en el caso de fray Hernando de Talavera¹⁷⁸⁸. Por ello,

¹⁷⁸⁶ MARTÍNEZ GÁZQUEZ, 1998: 178, n. 1. Fray Juan Gil de Zamora, como hemos dicho, no puede ser considerado confesor, pero ya indicamos cómo su *Dictaminis Epithalamium* manifestaba su conocimiento de la confesión según los moldes que se consagraron en el IV Concilio de Letrán, siguiendo en ello el tratado de la confesión de Pedro de Blois (*vid.* FAULHABER, 1973). Igualmente, se ha señalado cómo Gil de Zamora pudo inspirar una de las portadas de la colegiata de Toro, donde se aprecia la que entonces era la reciente doctrina de la Iglesia sobre el purgatorio (SÁNCHEZ DOMÍNGUEZ, 2004: 642, 647), y así, aunque nada sepamos de los confesores del reinado de Sancho IV, podemos señalar que en su tiempo la Penitencia y la doctrina escolástica estaban bien asentadas en Castilla. De ahí que no extrañe la aparición de los primeros confesores así llamados en el reinado de su sucesor, Fernando IV.

¹⁷⁸⁷ *Vid.* MONTERO, 2007

¹⁷⁸⁸ *Vid.* VIDAL, 2012

insiste en que el confesor debe ser “de buena vida”. En efecto, si el confesor debe conducir al rey hacia la salvación amonestándole a observar una vida recta y guiando su conciencia a tal fin, debe predicar con el ejemplo, lo cual era señalado por el propio fray Luis de Valladolid¹⁷⁸⁹. Esta condición sería la previa a la ejemplariedad del propio rey que los confesores hubieron de manifestarle¹⁷⁹⁰. Encontramos de este modo dos confesores canonizados, como Pedro González de Telmo y el beato Álvaro de Córdoba. Junto a ellos, gozaron de gran fama Francisco de Soria, Hernando de Talavera, Francisco Jiménez de Cisneros, etc. Vimos en su momento cómo muchos confesores participaron activamente en la reforma de la Iglesia castellana. El *Libro de las Confesiones* insiste en la necesidad de que el confesor sea “espiritual”, con el fin de poder absolver bien los pecados ajenos y ayudar al penitente a mejorar su vida¹⁷⁹¹. El espíritu reformista del que dieron muestra muchos confesores, junto a su trayectoria biográfica, parecen mostrar que cumplieron con dicha exigencia de la ejemplariedad de vida. Ciertamente, como señala Yarza en algunos casos los clérigos del rey mostraban “particularidades que disonaban con lo que decían de palabra”¹⁷⁹², tal como el caso de Lope de Barrientos, que ya comentamos (§ 2.4.3).

¹⁷⁸⁹ Sobre los doctores de la orden de Predicadores, dice fray Luis: *Isti sunt electi Christi minистри conspicua religione fulgentes et honestate vite clarissimi, quos in lucem gentium divina sapientia dedisse dignoscitur velut splendor sidera in ecclesie firmamento et tanquam lucernas ardentes eruditum mundum illuminantes evangelicis documentis et spiritualibus radiis divine sapientie ostendentes mortalibus viam vite* (VALLADOLID, 1932: 806-807).

¹⁷⁹⁰ Aunque hemos llegado a la conclusión de que fray Juan Gil de Zamora no sería confesor de Sancho IV, vale la pena citar una palabra de su *De Preconiis Hispaniae* que escribió para éste: “más mueven los ejemplos a las palabras, los hechos que los dichos, los experimentos que las referencias, el ejemplo de Alejandro combatiendo que las palabras de Aristóteles discutiendo” (en DACOSTA, 2006: 104).

¹⁷⁹¹ “Si por la ley de Dios has de juzgar, conviene que seas espiritual, ca la ley es espiritual, e las almas, que son espíritus, has de juzgar, e así te llaman los omes e las escripturas juez espiritual [...] Si por los derechos de santa Iglesia has de juzgar, conviene que ayas en ti caridad, ca todos son fechos para refrenar los apetitos enpescibles e los quereres de cobdicia, e para fazer bivar los omes en paz e en amor e en concordia. Onde, si en ti caridad non has, malamente podras errar en apartar los quereres enpescibles de los quereres benivolos e sinples, e así non sabras traer derechamente el iujo de las leyes por que sea premia a lo que es enpescible, e sea, blando a lo que deve ser libre, onde es aquel proverbio «Las leyes ligeras son de rezar, mas graves son de aportar»” (PÉREZ, 2002: 10).

¹⁷⁹² YARZA, 2008, p. 270.

No obstante, del mismo modo que la preparación sin ejemplariedad de vida de poco sirve, hay que decir que a la inversa sucede lo mismo “ca verdat es que por pecador que sea el confesor, puede absolver, mas si non ve lo que absuelve o lo que ata, pues que çiego es, «caeran amos», commo dize el evangelio e los santos”¹⁷⁹³. Es en estas circunstancias donde se justifica la elección de otro confesor: buscar un confesor sabio y bueno que sepa cuidar de la salud espiritual. Se estipulan así diversos casos y circunstancias en que el penitente puede cambiar del confesor que en principio le corresponde, como ya hemos dicho¹⁷⁹⁴. En este supuesto cabría incluir los casos de confesores heredados o impuestos a los monarcas, los cuales en cuanto pudieron, prescindieron de los mismos y nombraron para el cargo a individuos de su aprecio. Tal pudo ocurrir con Fernando de Illescas respecto a Enrique III, Alfonso de Alcocer respecto a Juan II (aunque la decisión fuese de Catalina de Lancáster) o de Lope de Barrientos y Pedro de Villacastín respecto a Enrique IV.

- *La salvaguarda de la poridad del rey.*

Por último, Alfonso X indica que el confesor “debe ser de buen seso e leal, porque entienda bien como le debe tener poridad de lo que él le dijere en su confesión, e que le sepa apercibir de las cosas de que se debe guardar”. Más adelante en el texto, se detiene más en esta idea y señala que el confesor “tiene oficio de guardarlo, más que otro de su casa, en aquellas poridades en que el rey más debe ser guardado. De donde el capellán que en esto errase, sin la pena que le yace cuando a su orden, hace

¹⁷⁹³ PÉREZ, 2002: 366.

¹⁷⁹⁴ Vid. PÉREZ, 2002: 188; 362-365

traición contra el rey por la que debe haber tal pena como merece capellán traidor”.

La lealtad del confesor, como vemos, pasa especialmente por la cuestión de la poridad, esto es, del secreto. Ciertamente, el confesor real era la persona que quizá conociera mejor los secretos más íntimos del rey, tanto de índole espiritual como política. Ello se entiende por la confianza depositada en él por parte del rey y la amistad que unía a ambos. Por otro lado, la poridad estaba aún más blindada por el hecho del Sigilo Sacramental, que ha sido uno de los elementos inamovibles a lo largo de la historia del Sacramento, incluso en la época de los probabilistas¹⁷⁹⁵. Fray Hernando de Talavera no sólo limitaba el sigilo al confesor, sino a todo aquél que supiese del secreto de confesión¹⁷⁹⁶, lo cual era también recogido por Alfonso de Palenzuela: “yo vos ruego que nosotros assí fagamos. Non insultemos alos peccados delos próximos, más en quanto podemos trabajemos por encobrirlos”¹⁷⁹⁷. Las propias Partidas comparan el secreto de confesión con el sello de una carta¹⁷⁹⁸. Raimundo de Peñafort, por su parte, establecía la degradación del sacerdote que revelase el secreto de confesión de por vida¹⁷⁹⁹.

¹⁷⁹⁵ O'DONNELL, 1910: 52

¹⁷⁹⁶ Entre los pecados e la penitencia, indica fray Hernando: “Item, si manifiesta algo de lo que supo en la confesión, salvo de licencia del penitente; y a guardar esto son tenudos los legos que en caso de necesidad oyen confesión, o son intérpretes en ella. Item, pecan si descubren sin gran causa y necesidad lo que les fue dicho en nombre o sesello de penitencia; lo cual no debe alguno recebir; pero si lo recibiere, halo de guardar, mayormente si es sacerdote” (TALAVERA, 1911a: 15). Nótese que fray Hernando contempla la posibilidad de que el confesor publique el contenido o parte del mismo del diálogo con el penitente bajo el sigilo, si éste le autoriza. Habría así una posibilidad de dar a conocer los secretos de la confesión, que sería denostada por otros hombres de Iglesia y canonista. Para esta cuestion, *vid.* BREWER, 1994)

¹⁷⁹⁷ Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4: f. 99r.

¹⁷⁹⁸ Partida I, título IV, ley XXXV: “Confesion como seello de poridat que guarda lo que es escripto dentro en la carta que lo non puede ninguno saber” (en RUBIO MORENO, 1991: 97).

¹⁷⁹⁹ *De poena Sacerdotis revelantis confessionem ait Gregorius: Sacerdos ante omnia caveat ne de iis qui ei confitentur peccata sua alicui recitet quod ei confessus est, non propinquis, non extraneis, neque quod absit, pro aliquo scandalo; nam si hoc fecerit, deponatur, et omnibus diebus vitae suae ignominiosus peregrinando pergat [...] Inocentius in nova constitutionem caveat omnino sacerdos, ne verbo aus signo vel alio quovis modo prodat aliquatenus peccatorem [...] quoniam qui peccatum in poenitentiali iudicio sibi detectum praesumpserit revelare, non solum a sacerdotali officio deponendum decernimus, verum*

De este modo, el confesor real se erigía como confidente del rey, lo que otorga a su dimensión como consejero una gran relevancia y profundidad. Esto ha sido visto como un elemento de poder por parte de la historiografía que se mueve bajo la influencia de Foucault¹⁸⁰⁰. Como indica Alfonso X, el confesor que no guarde bien la poridad del rey lo traciona, y como traidor debe ser tratado. En este sentido, frente a la mera pena canónica impuesta al sacerdote que rompe el sigilo sacramental (muy grave no obstante, la excomunión¹⁸⁰¹), en el caso de violar el secreto de la confesión del rey, a ello se añade la traición. En Castilla no hallamos ningún caso en el que el confesor del rey traicionara la confianza faltando a la discreción, pero podemos imaginarnos cuáles podrían haber sido las consecuencias viendo el caso coetáneo a Alfonso X de Jaime I de Aragón y su confesor fray Berenguer de Castell-Bisbal, al cual amputó la lengua y todavía quiso expulsarlo de la sede de Gerona de la que era obispo, reacción que el Papa consideró un atropello a su dignidad eclesiástica y por la que exigió penitencia al rey¹⁸⁰². Si bien el monarca se plegó a las exigencias pontificias, es un ejemplo de lo que podría pasar a un confesor real en caso de traicionar el secreto real. Al parecer, fray Berenguer pudo desvelar (o el rey así lo creyó) asuntos concernientes a su posible matrimonio con Teresa Gil de Vidaure¹⁸⁰³.

etiam ad agendam perpetuam poenitentiam in actum Monasterium retrudendum (PEÑAFORT, 1715: 717-719)

¹⁸⁰⁰ “No sólo la confesión estructura ahora el sistema de conocimiento, las relaciones humanas y todo lo demás desde lo más solemne a lo más ordinario, sino que establece una relación de poder ritualizada manejada a través del secreto [*secrecy*] entre el que se confiesa y el que mantiene los secretos. En la edad Media esto era el sacerdote y el penitente. El secreto se convierte así en una función de la relación de poder” (LOCHRIE, 1999: 21). Esta autora minusvalora el sentido del secreto como respeto a la conciencia y la fama y honra del penitente y lo vincula al control y la construcción del sujeto. Esta lectura nos parece sumamente retorcida a la luz de las fuentes que hemos manejado y que en este apartado estamos citando.

¹⁸⁰¹ Vid. PÉREZ, 2002: 362; y LOCHRIE 1999: 27.

¹⁸⁰² Vid. LÓPEZ, 1929b: 146; VILLANUEVA, 1806: 324-332, así como MERINO; CANAL, 2010: 297-309

¹⁸⁰³ Vid. http://www.cervantesvirtual.com/bib/historia/monarquia/jaime_i.shtml, consultado por última vez en agosto de 2015

Un ejemplo del ámbito castellano de lo que podía suponer la preocupación regia por la poridad del confesor, aunque dos años posterior a la muerte de Isabel I, lo tenemos en una carta escrita por fray Juan de la Puente a Juana I. A tenor del contenido, parece ser que la reina estaba preocupada porque había oído que el ministro provincial, en los delirios de una enfermedad, había contado ciertos secretos:

[Christus] Muy alta e muy poderosa princesa Rreyna e señora. He sabido como allá sea çertificado y aunque a vuestra alteza se dixo que nuestro padre el provincial estava muy mal y que avía perdido el seso y lo tenían ençerrado y que dezía muchos desatinos y muchos secretos delos que sabía etc. y porque si esto se dixo pienso vuestra alteza querría ser certificada dela verdad. Pareçíame convenía yo le escribiesse, y crea lo que aquí diré es la verdad sin dobleza alguna y porque me lo crea a Dios nuestro señor tomo por testigo. La enfermedad a sido muy grave y aún yo pensé una vez que muriera, pero en ésta nunca perdió poco ni mucho el seso ni sentido alguno ni le vi desatino [sobre la caja de renglón: “ni le ha tenido”] chico ni grande más que en sanidad [...] pero esto creo haya procedido de algunos que querrían seguir el mal alos quales offende su virtud y derechura que con Dios tiene y con las cosas que a su servicio tocan, y quedo besando humilmente sus manos de vuestra alteza. Monasterio de san Luys de Gormaz a xxiii de setiembre [de 1506]¹⁸⁰⁴

Puede que dicho provincial fuese o bien fray Diego de Pineda o fray Juan de Saavedra, dominicos, que en un momento difícil de establecer fueron provinciales y confesores de la princesa y luego reina Juana. De coincidir estos hechos (lo cual nos parece probable) la carta parece tratar sobre el miedo que Juana tendría de que su confesor hubiese desvelado secretos a él manifestados, en un periodo tan difícil y convulso para la reina

¹⁸⁰⁴ AGS: EST, leg. 2.1., nº 27, f. 1r

“loca”, lo cual nos lleva a apreciar el enorme valor del confesor no sólo en el campo teórico del código alfonsí, sino en la realidad histórica.

- Las tareas políticas del confesor real.

Vimos en su momento que la figura del confesor no surgió del episcopado o del mundo monástico, sino del grupo de lo que en época de Alfonso VI comenzó a llamarse los *clerici regis*, dentro de la Capilla Real a su vez. Los clérigos del rey actuarían, dentro de la Iglesia, como los principales agentes del monarca para la consecución de la formación del Estado Moderno en Castilla “como solución política imperante a fines de la Baja edad Media” y “cualquiera que sea su situación en la jerarquía eclesiástica y de cuyas actividades, pese a ser de distinto orden, revierten indudablemente una significación política”¹⁸⁰⁵.

Ciertamente, podemos decir, siguiendo a José Manuel Nieto (que recoge el debate abierto por autores como Albadalejo o Schmidt) que la génesis del Estado Moderno, lejos de hacerse por la vía de la secularización, se hizo por la asunción, por parte del poder civil, de las estructuras organizativas, así como de la asunción de determinados discursos y contenidos ideológicos por parte de la Iglesia¹⁸⁰⁶. En este contexto, volviendo al grupo de los clérigos del rey, se puede concluir que “la expansión del poder real, en la Baja Edad Media, sería en efecto incomprensible si no se tuviera en cuenta las tareas acometidas por estos

¹⁸⁰⁵ NIETO, 1992: 298

¹⁸⁰⁶ Vid. NIETO, 1994: 20-23. “Es así que el Estado, en cuanto que fórmula política con mayores pretensiones de poder que la monarquía medieval, encuentra una de sus vías más eficaces de producirse mediante el aprovechamiento del aporte eclesiástico- religioso, siendo uno de sus aspectos más definitorios la propia configuración eclesiástica que adquiere la institución regia” (NIETO, 1990: 136).

eclesiásticos”¹⁸⁰⁷. Ciertamente, “los monarcas los seguirán, en efecto, vinculando a las actividades de gobierno, tanto por razones personales como por poseer todavía, en algunos casos, una formación intelectual superior a la de los laicos”¹⁸⁰⁸

La contribución de los confesores reales a este proceso hubo de ser, sobre todo, ideológica, aspecto que ya hemos tratado (§ 5.1) y del que el *discurso penitencial* es la plasmación más evidente. Ahora bien, hemos visto en la trayectoria biográfica que su contribución no se limitó a los aspectos estrictamente espirituales y tomaron parte en los asuntos del reino. Óscar Villarroel destacaba para los capellanes reales que “la principal característica que tenían como clérigos [...] era su participación en el servicio regio”¹⁸⁰⁹, y puede decirse lo mismo de la figura del confesor real, que podía tener, aun si cabe, más proximidad a la persona del rey. En este sentido, cabe preguntarse si la figura del confesor cabría equipararla a la del *privado*. Basándonos en el estudio de Covadonga Valdaliso, podemos indicar que el término *privado* se empleaba como adjetivo para indicar aquella persona que gozaba de la cercanía y confianza del rey, sin ser una figura institucionalizada ni tampoco exclusiva de un solo individuo¹⁸¹⁰. En el aspecto de que primaba la condición personal a la figura institucional, encontramos un completo parecido a la figura del confesor. Del mismo modo, no parece que sea inapropiado decir que el confesor *privaba* al estar

¹⁸⁰⁷ NIETO, 1992: 298

¹⁸⁰⁸ GONZÁLEZ DE FAUVE, LAS HERAS, FORTEZA, 2001: 240

¹⁸⁰⁹ VILLARROEL, 2006: 1.052

¹⁸¹⁰ “Ni la definición actual ni la equivalencia que en época moderna se estableció entre privanza y valimiento pueden aplicarse al período medieval. Para la mentalidad de la Edad Media privar significaba «estar cerca del rey», con todo lo que ello comportaba: acompañarle, servirle, aconsejarle,... De manera que un privado era aquel que habitualmente privaba, esto es, que había logrado aproximarse al monarca y gozaba de su favor; y la privanza era la relación mantenida entre el rey y el privado. No había exclusividad ni se entendía que sólo podía existir un privado. Primaba la acepción verbal, la acción y efecto de privar, sobre la propia privanza” (VALDALISO, 2007: 293).

cerca del rey y gozar de su confianza. Así, a fray Fernando de Illescas se le denominó como confesor y privado del rey Juan I¹⁸¹¹. Pero, como decimos, prima en este caso el carácter de adjetivo del término “privado”, sobre el de sustantivo. Ya Alfonso X, al tratar de los tipos de penitencia, señala que la penitencia privada provendría del verbo “privar” por cuanto se hace apartadamente¹⁸¹².

No obstante, la idea de que gozara de su favor es lo que, a nuestro entender, nos lleva a decir que el confesor no puede ser equiparado, aun en términos eclesiásticos, al privado, ya que éste buscaría, aun sirviendo al rey y perteneciendo por lo general a la nobleza¹⁸¹³, promocionarse mientras que la promoción de los confesores era una consecuencia del servicio espiritual de éstos, que tenían por objetivo la salvación del alma regia y garantizar su salud espiritual y moral. El privado, por el contrario parecía llevar a cabo un cierto acuerdo, como sintetiza Covadonga Valdaliso:

La proximidad al monarca, por parentesco o por amistad, implicaba un acceso al poder que posibilitaba la adquisición de una parcela de dicho poder. De ahí esa relación bilateral entre monarca y privado: el privado ofrecía al monarca su amistad, lealtad, consejo y servicio, y el rey le retribuía con beneficios sociales, económicos y políticos. Quien privaba contaba con la confianza del monarca y

¹⁸¹¹ “E un Confesor del Rey, que decian Fray Ferrando de Illescas, de la Orden de Sant Francisco, privado del Rey” (*Crónica del rey don Juan primero*, 1877: 124).

¹⁸¹² Partida I, título IV; ley XCII: “Mas la penitencia tercea, que llaman en latin «privada», es la que se face en poridat, seyendo apartados el que la da et el que la recibe [...]. Onde porque en latin llaman al apartamiento «privar», por ende posieron nombre privada á esta penitencia” (en RUBIO MORENO, 1991: 227).

¹⁸¹³ “Privar implicaba al mismo tiempo acceder al ámbito privado del monarca y contar con su preferencia. Nótese que, mientras lo segundo solía venir dado por lo primero, lo primero no implicaba lo segundo, pues cerca del monarca había personas (familiares, aristócratas) en las que el rey podía no confiar [...] el término se reservaba a los personajes, normalmente de origen noble, que conseguían permanecer a su lado e influir en sus decisiones políticas. La cuestión pasa a ser, entonces, cómo se llegaba al entorno del monarca y, contando con su preferencia, al ámbito más cercano, a la privanza. Según las fuentes medievales, el camino comenzaba con la entrada en la corte y a partir de ahí consistía en ir ascendiendo dentro de ella” (VALDALISO, 2007: 294).

compartía su tiempo, porque accedía a su “círculo privado”. El principal problema que encontramos a la hora de definir la privanza bajomedieval consiste precisamente en que ese ámbito de “lo privado” no estaba, en el caso de los reyes, claramente delimitado¹⁸¹⁴.

Cabría señalar que confesor y privado tendrían en común la influencia en la toma de decisiones del monarca¹⁸¹⁵, pero a nuestro entender el orden o ámbito de dichas decisiones es distinto en cada caso. Sí se puede señalar algunas coincidencias en casos concretos, como el de Diogo Lopes Pacheco, del cual Fátima R. Fernandes dice que “de linaje humilde, alcanzará una posición destacada por medio del servicio a los reyes. No es un letrado, pero ofrece su habilidad política y diplomática a los reyes a los que sirve”¹⁸¹⁶.

Este límite no deja de ser difuso, y es en buena medida por la concepción del gobierno del reino como extensión de la Casa Real. El marco en el que el confesor real, así como el resto de agentes regios (privados, letrados, etc.), se desarrollaron en un espacio humano que ha recibido distintos nombres en la historiografía, como resume magníficamente Fernández de Córdova:

Para definir este tipo de oligarquías se han acuñado expresiones como “entorno regio” —para resaltar la dependencia del príncipe—, “sociedad cortesana” —para referirse a los rasgos comunes y mentalidad de grupo—, o el de “élite de poder”, que enfatiza su actividad política minoritaria y excluyente. Todos ellos son válidos para referirse a este grupo minoritario que intenta distinguirse por la

¹⁸¹⁴ VALDALISO, 2007: 294

¹⁸¹⁵ “Una presencia sistemática en el círculo principal de decisión política en torno al rey, actuando en realidad como verdaderos privados del monarca y ostentando generalmente el título de “consejeros”, que, en la práctica, supuso en la mayoría de los casos una forma de hacer referencia a personajes que, contando con la confianza real, estaban en condiciones de influir significativamente en las decisiones de gobierno más relevantes” (NIETO, 1994: 132).

¹⁸¹⁶ FERNANDES, 2001: 224

proximidad al soberano, la herencia de sangre, la propiedad de la tierra, y la posesión de un tipo de cultura basada en determinados criterios económicos o del saber¹⁸¹⁷.

Covadonga Valdaliso opina que a partir de la segunda mitad del siglo XIV, justo cuando se aprecia ya la existencia de la figura de confesor real como tal, se hizo patente la distinción “entre el servicio doméstico del príncipe, que pasó a quedar restringido a lo que se conocía como casa del rey, y el servicio del estado”¹⁸¹⁸. La Casa se iría distinguiendo dentro de la propia corte (sin desgajarse de la misma) y a ella se limitarían los cargos más privados y próximos al rey, que llegarían a concederse de manera honorífica, ya que “pertenecer a la casa del rey implicaba estar próximo al monarca, y con ello al poder”, cuestión en la que se encuentra “una de las claves para entender, al menos parcialmente, la evolución de las monarquías, y sobre todo de las cortes monárquicas, en la baja Edad Media”¹⁸¹⁹. Por ello, con la hieratización de la figura regia en el siglo XIV resalta más la figura próxima al rey, el privado¹⁸²⁰. No obstante, como señala Ladero Quesada “no hay, en principio, distinción entre oficios privados y públicos, domésticos y cortesanos. El rey se sirve de todos ellos, de su Casa, para gobernar”, si bien con el tiempo, afirma el autor, se fue dando una distinción entre Casa y corte, pero siendo el origen remoto de la administración del poder regio en relación con otros aspectos que definen el origen del Estado Moderno¹⁸²¹.

¹⁸¹⁷ FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, 2004: 53

¹⁸¹⁸ VALDALISO, 2007: 295

¹⁸¹⁹ *Ib.*

¹⁸²⁰ *Ib.*: 296

¹⁸²¹ LADERO, 1998: 328

Consecuentemente, hemos de coincidir con la valoración de David Nogales, según el cual “los confesores reales, en tanto que residentes en la corte, constituyeron una buena cantera para el desempeño de funciones políticas de diferente naturaleza”¹⁸²². Considera así que el hecho de que Cisneros pusiera como condición para ser confesor el que no se le encargase ninguna función de gobierno puede indicar que así era costumbre o hábito¹⁸²³. Según Coussemaker, para los jerónimos el desempeño del cargo de confesor no constituyó la puerta a grandes funciones políticas hasta el reinado de los Reyes Católicos¹⁸²⁴, aunque Gonzalo de Illescas sería una excepción, ya que Juan II delegó en él graves responsabilidades de gobierno. Por ello, creemos que la supuesta costumbre de no encargar funciones de gobierno a los confesores no fue muy observada, a la luz de la prosopografía.

Ivo Carneiro de Sousa destacaba cómo la reina Leonor de Portugal daba más relevancia, primeramente, a los miembros de la Casa real con funciones religiosas (mencionando en primer lugar a sus confesores) y después al resto, planteándose con ello si no estaríamos ante una verdadera corte¹⁸²⁵. Notemos aquí cómo la mencionada ley de las Partidas ya ponía en primer lugar, en el ámbito de la poridad, al capellán-confesor. Igualmente, David Nogales destaca las abundantes referencias al confesor de Blanca de Borbón, esposa de Pedro I, en las cuentas de su ajuar, contrastando el hecho de que hay escasas referencias a otros cortesanos¹⁸²⁶. Todo lo que estos autores señalaron, a nuestro entender, se confirma en el presente estudio

¹⁸²² NOGALES, 2008: 74

¹⁸²³ *Ib.*: 73

¹⁸²⁴ COUSSEMAKER, 1999: 101

¹⁸²⁵ CARNEIRO DE SOUSA, 1993: 50

¹⁸²⁶ NOGALES, 2008: 63

Todas las cualidades del confesor que le harían óptimo para desempeñar su función, tales como la preparación intelectual, la clarividencia, la discreción, el conocimiento profundo de la conciencia del rey o la honestidad de vida eran cualidades que, en el contexto del poder político medieval, constituían a su vez unas condiciones óptimas para el desempeño de diversas tareas en el orden político, si bien Óscar Villarroel limita este hecho para el reinado de Juan II¹⁸²⁷. En la medida en que los asuntos de la Iglesia eran asuntos del poder real, la labor de los confesores en sus órdenes religiosas, al frente de un obispado o en la reforma de la Iglesia tenían una dimensión política importante, como ya hemos visto. De ahí que los reyes, una vez que habían comprobado la valía de sus confesores como tales, procuraron para ellos puestos de responsabilidad en la Iglesia y ampararon su labor reformadora.

También hemos de indicar, vista la trayectoria biográfica y lo anteriormente visto en el presente apartado, que la relación entre la función de confesor y otras funciones de índole eclesiástica y política no es meramente causal. Así, pensamos que cuando un confesor fue designado obispo, embajador, etc., el desempeño de estas funciones guarda relación con su condición de confesor en el mismo desarrollo de estas funciones, de manera que la confianza con el rey, su discreción, etc., que ponía en práctica como confesor se empleaban al mismo tiempo y como una cualidad común a los demás encargos. Existe por tanto un nexo entre estas funciones más allá de que el rey recompensase a su confesor con tales

¹⁸²⁷ Indica cómo los confesores constituyeron un grupo poco agraciado con diversos cargos y beneficios. Ello lo achaca a su formación eminentemente teológica, que no les hacía tan aptos como otros para el desempeño de diversas funciones políticas, lo que contrasta con su perfil eclesiástico, de manera que se puede interpretar que no necesitaron de tantas recompensas regias porque en el campo eclesiástico ya tenían cierta relevancia (*Vid.* VILLARROEL, 2006: 1.085-1.086).

honores. De no ser así, el análisis de las misiones político-eclesiásticas de los confesores apenas nos interesarían en el presente estudio.

Lo que cabe comprobar ahora es qué funciones de tipo político-civil desempeñaron los confesores, en qué medida y cómo guardaron relación con la función de confesor. Podemos categorizar las funciones políticas en las labores de tipo diplomático (embajadas, legaciones, representación...) y en otras funciones cortesanas, donde se engloban las tareas desempeñadas en la cancillería y justicia, el Consejo Real otras funciones eclesiásticas (limosnero, capellán...) y en la educación de los príncipes o infantes.

Tabla nº 7: Número de confesores según sus funciones políticas

	Castilla (Borgoña)	Castilla (Trastámara)	Castilla (Reyes Católicos)	Aragón (Casa de Aragón)	Aragón (Trastámara)	Portugal	Navarra	Francia
Diplomacia	5	11	1	5	0	2	4	4
Otras funciones	2	12	6	2	2	4	4	8
	Sobre un total de 14	Sobre total un de 25	Sobre un total de 13	Sobre un total de 23	Sobre un total de 17	Sobre un total de 28	Sobre un total de 10	Sobre un total de 25

Gráfico nº 19: número de confesores según sus funciones políticas

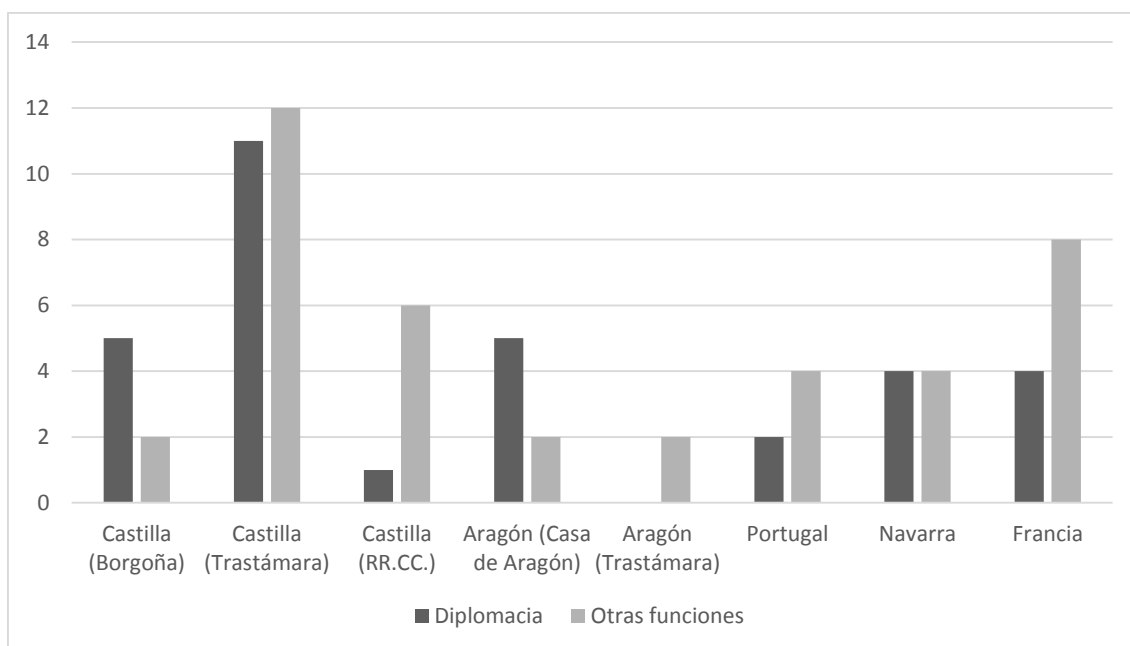
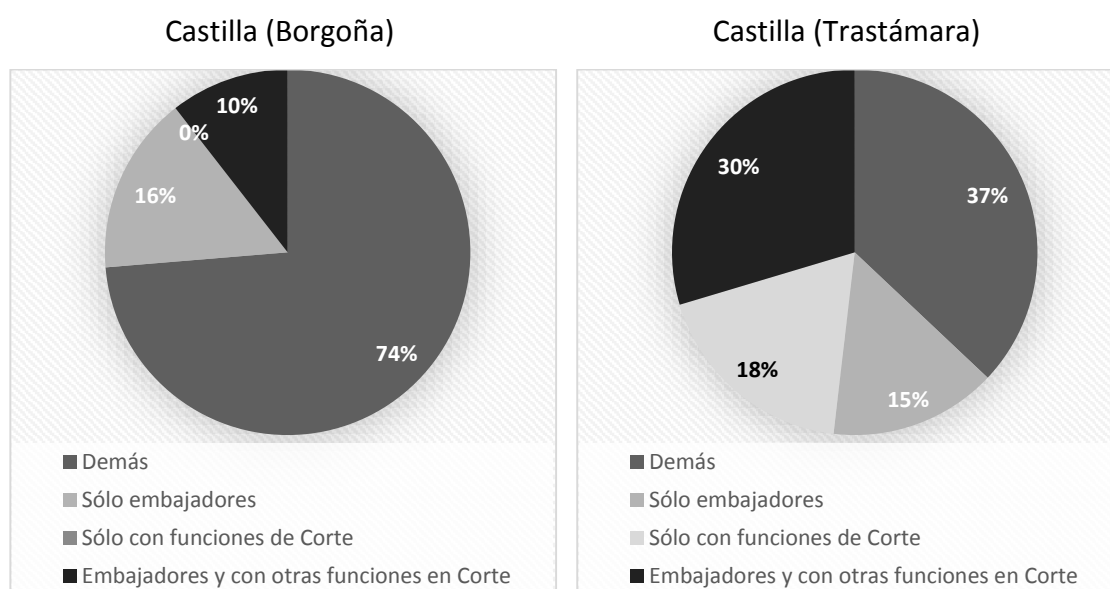
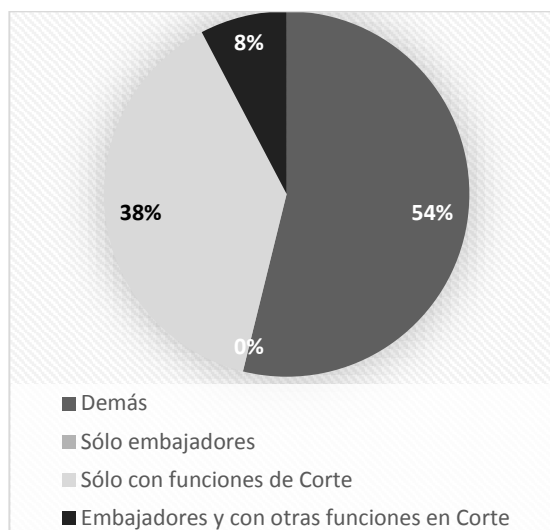


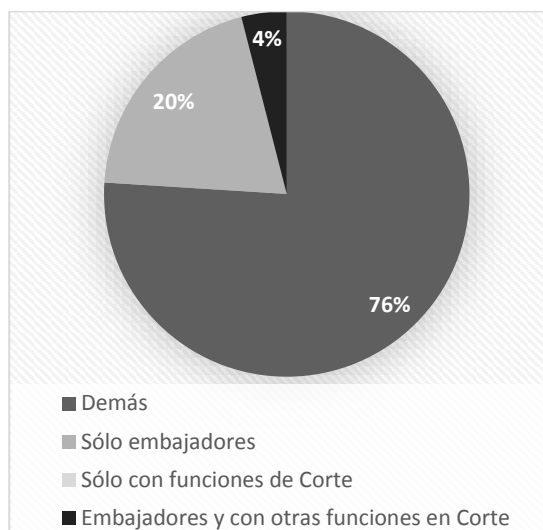
Gráfico nº 20: Número de confesores según sus funciones políticas respecto al resto de confesores reales



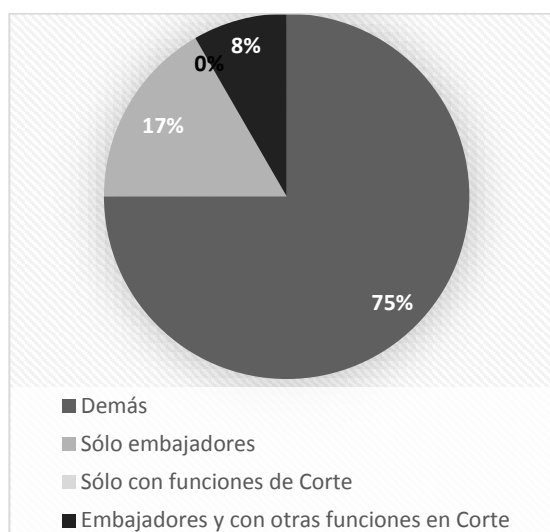
Castilla (Reyes Católicos)



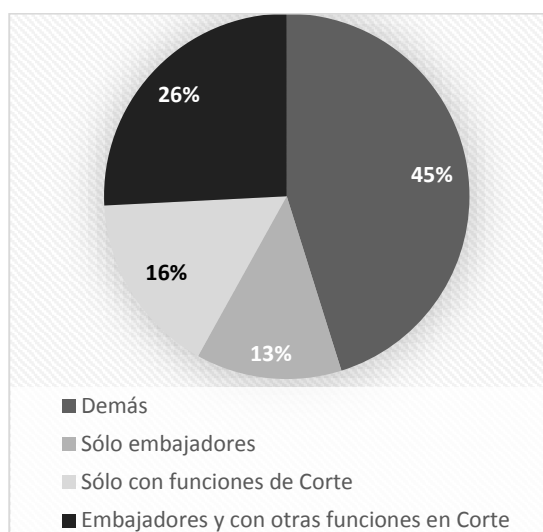
Aragón (Casa de Aragón)

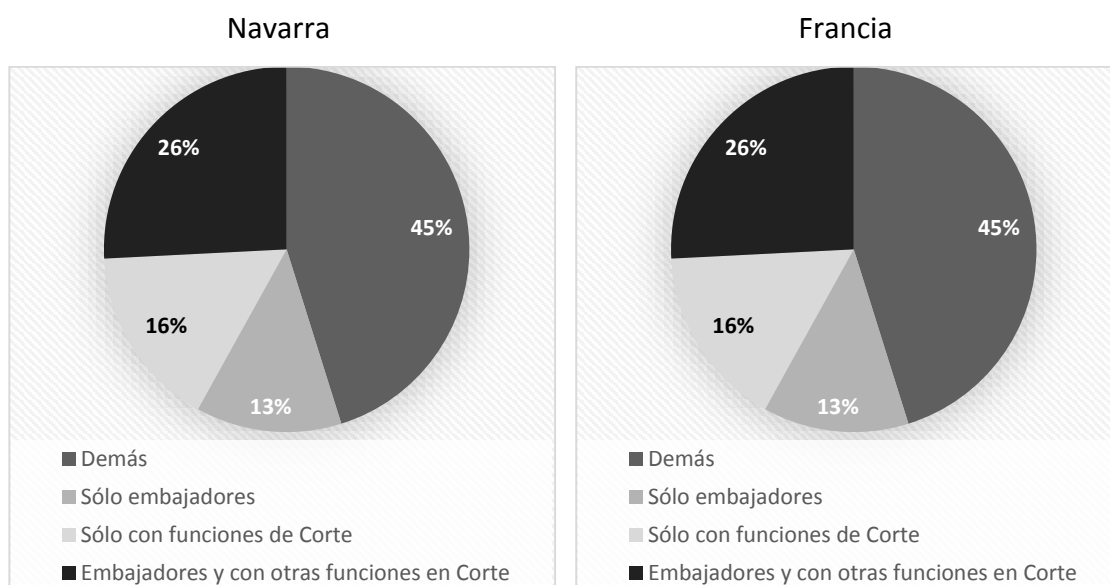


Aragón (Trastámara)



Portugal

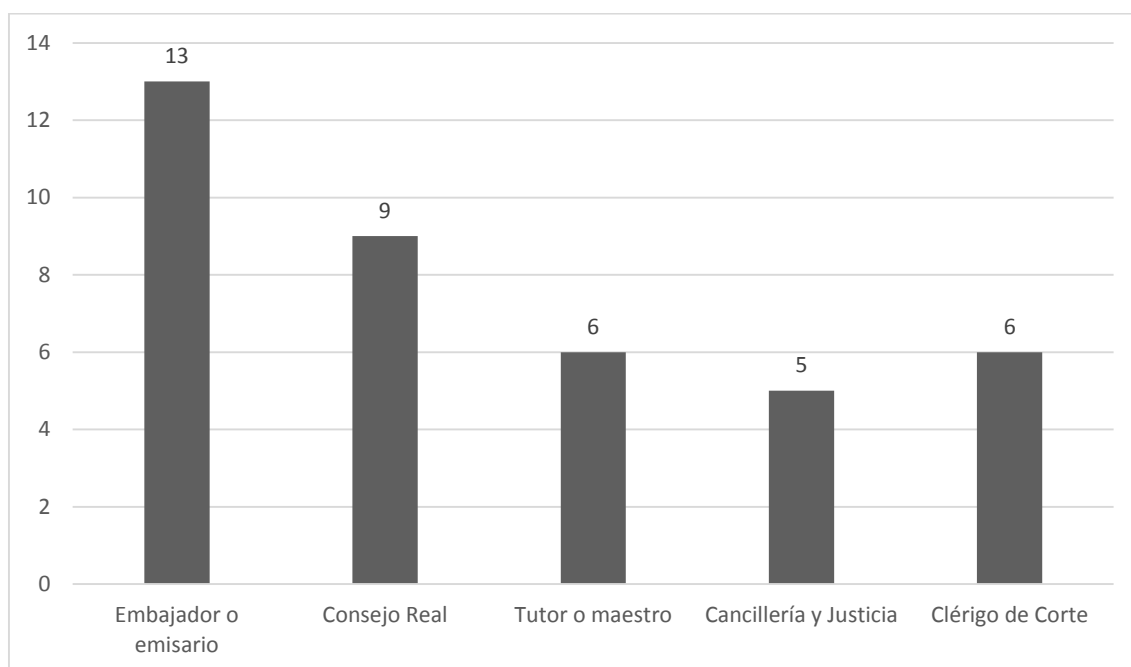




Como ya hemos indicado anteriormente, la comparación del caso de los confesores de la Casa de Trastámara y otras Coronas tiene un valor relativo, ya que los datos que aún están por conocer de cada caso nos pueden llevar a una imagen distorsionada. Ello puede explicar probablemente la diferencia entre el caso que aquí estudiamos y el de otros ámbitos. Centrándonos en el caso de la Castillade Trastámara, podemos señalar que los confesores se destacaron especialmente en el desempeño de misiones diplomáticas, lo que ya fue objeto de un estudio previo, en el cual hay datos e hipótesis que se han descartado, y otros que se han confirmado¹⁸²⁸.

¹⁸²⁸ Vid. ARQUERO, 2013

Gráfico nº 21: Número de confesores según sus las funciones políticas que desempeñaron en la Castilla Trastámara, desde Enrique II a Isabel I (1354-1504)



Antes de entrar en la que se muestra como la función más importante de los confesores (la diplomacia), comprobamos que de los 38 confesores reales identificados entre 1354 (cuando Enrique era conde de Trastámara) y 1504, nueve llegaron a ocupar un puesto en el Consejo Real. No es, numéricamente, una cifra exorbitante, aunque si consideramos que el número global de confesores puede estar inflado por individuos de los que apenas sabemos más que el nombre, no deja de ser una cifra significativa. Parece lógico que, después de la diplomacia, fuese la función política en la que los confesores más participaron, ya que desde su condición de consejeros espirituales o directores de conciencia parece lógico que pudiesen pasar a ocupar un puesto en el mismo. A modo de ejemplo, recordemos cómo Enrique IV hizo llamar a Lope de Barrientos para valorar

qué hacer con los rebeldes liderados por el marqués de Villena, momento en el que se hicieron evidentes las diferencias entre ambos (§ 2.4.3). De estos nueve, siete llegaron a ser obispos, y los otros dos, fray Fernando de Illescas y fray Tomás de Torquemada, alcanzaron cotas de poder de gran importancia en lo que se refiere a la diplomacia y a la Inquisición respectivamente.

No obstante, David Nogales relativiza la importancia de los confesores en este órgano¹⁸²⁹, si bien los clérigos tuvieron gran importancia en este órgano de gobierno¹⁸³⁰, lo que también incluye en principio a los confesores.

El vínculo entre la labor del consejo moral y espiritual y el consejo político, en el caso de los confesores reales, parece clara. Así, Sánchez de Arévalo instaba a Fernando de Torres a no dejarse llevar por su anhelo de la vida monástica y permanecer en la corte con el fin de influir positivamente con sus consejos¹⁸³¹. Según O. Villarroel, existe un perfil, en el reinado de Juan II, de clérigos del Consejo Real como “eclesiásticos con amplia formación, origen poco elevado y beneficios de índole media en el seno de la Iglesia”¹⁸³², donde encajan perfectamente los confesores reales.

¹⁸²⁹ NOGALES, 2008: 72

¹⁸³⁰ Nieto Soria indica: “La dirección de las deliberaciones del Consejo, la designación de corregidores, la distribución de asuntos entre los consejeros y una cierta preeminencia con respecto a éstos eran sus principales atribuciones, ostentando además una personalidad propia en la gobernación del reino junto al rey, de tal manera que podría estar justificado establecer equivalencias con respecto a los cancilleres mayores de épocas anteriores, también eclesiásticos y que, en algún momento, llegaban a asumir funciones políticas propias del mismo monarca. Incluso no habría que descartar que estos eclesiásticos consejeros contribuyeran en algún modo a reducir el papel político de las Cortes, en las que, tradicionalmente, los prelados más prominentes del reino habían observado una cierta rivalidad política” (NIETO, 1990: 143). Igualmente, señala la importancia de los clérigos como consejeros, privados o validos” influyendo de este modo en grandes decisiones políticas y teniendo en la vida política cotidiana una actitud de exaltación del soberano (NIETO, 1992: 299).

¹⁸³¹ “Por tanto, conviene a los religiosos y santos en tal situación inmiscuirse de vez en cuando con la multitud y las cortes de los gobernantes así como buscar la gracia y el consuelo de los poderosos, sin complacerse con la ganancia terrena o el poder, sino para favorecer la tranquilidad y la paz y poder arrastrar a muchísimos más con mayor facilidad al camino de la salvación” (en RUIZ VILA, 2012: 126).

¹⁸³² VILLARROEL, 2006: 567

De hecho, en el caso navarro, el confesor era el primer miembro de la Capilla Real y su presencia en el Consejo Real, en tiempos de Carlos III, estaba casi garantizada¹⁸³³. También hay constancia de confesores, en calidad de tales, en Portugal¹⁸³⁴. No obstante, no hay ninguna evidencia documental de la importancia de los confesores en el Consejo, aunque podemos intentar verla. Por ejemplo, el mismo año en el que Alfonso Pérez de Cusanza aparecía en la documentación de la catedral de León como confesor y miembro del Consejo Real (marzo de 1429) la Iglesia leonesa obtuvo la confirmación de diversos privilegios (temática central de los documentos por los que así se menciona a Cusanza). Uno de los diplomas (fechado el 27 de mayo) comienza así: “En la çibdat de Palençia estando ý la Corte e Consejo de nuestro Señor el rrey a veynte e syete días [...] de mill e quatroçientos e veynte e Nueve años ante el doctor Alfonso Ferrnandes de Casçales oydor dela abdiençia del dicho señor rrey [...] en presençia de mí lohan rrodríguez de Çigales escrivano del dicho señor rey e su notario público en la su corte [...] e de los testigos yuso escriptos paresçio presente Alfon Ferrnández de Melgar bachiller en decretos en los en nonbre del rreverendo in Christo padre don frey Alfonso obispo de León e del deán e cabildo dela ilgesia de Sancta María de de rregla”¹⁸³⁵. Aunque no se menciona a Pérez de Cusanza, es muy probable que por medio de su influencia como confesor y miembro del Consejo Real se obtuviesen dichas confirmaciones.

Sobre la presencia de confesores en la Cancillería, vemos que ésta es muy escasa, y es la complejización de la Cancillería fue conduciendo a la

¹⁸³³ Dice así, que en la Capilla Real “el personaje más importante era el confesor real, que incluso formaba parte del Consejo Real; a continuación, el limosnero o limosneros [...] y, por último, los capellanes, encargados de los oficios divinos y de la liturgia en el entorno del rey” (MARCOTEGUI, 2009: 74).

¹⁸³⁴ *Vid.* COSTA GOMES, 2012.

¹⁸³⁵ AC León, nº 6.296, carpeta/caja 104/190, nº 3472 en ÁLVAREZ ÁLVAREZ, 1995: 235-236.

reducción de los eclesiásticos en tales funciones durante este periodo¹⁸³⁶. En la época Trastámara se detectan menos clérigos, y de entre ellos los confesores son anecdóticos. Con Enrique II se operaron cambios que ya habían comenzado en el reinado de Alfonso XI, y que los Reyes Católicos pondrían a punto¹⁸³⁷. Así, se dio un “progresivo «abandono» de la vida político-administrativa por parte de los eclesiásticos” debido a la llegada de letrados a la cancillería y notaría de Alfonso XI, el veto de la Iglesia a que los eclesiásticos participaran en oficios mundanos¹⁸³⁸. Por otro lado sólo hay dos confesores en la Audiencia Real en esta época (Lope de Barrientos y Vázquez de Acuña), cifra que parece muy escasa, aunque en principio, por la fisonomía de los oidores, los confesores que contasen con preparación jurídica responderían al perfil¹⁸³⁹.

En cuanto a la labor de los confesores como maestros, poco creemos que haya que añadir aquí, tan sólo indicar cómo es lógica la recurrencia de confesores en este cargo, dada su preparación intelectual, su alto perfil académico y demás cualidades que les llevaron a ser confesores de los monarcas. Por ello, se entiende que se les confiara la educación intelectual y moral de los futuros reyes o miembros de la familia real. Recordemos que, desde el siglo XII, se ha podido identificar en algunos casos el término

¹⁸³⁶ Irrumpen de este modo los letrados y “aparece el oficial tipo del nuevo régimen, cuyo papel será imprescindible al servicio de la centralización monárquica. Son hombres versados en leyes, representantes del triunfo de los principios del derecho romano y de la aplicación efectiva del código de las Siete Partidas, cuya misión fue muy bien captada por los procuradores del estado llano cuando piden en cortes que los puestos de responsabilidad judicial se diesen solo a los que sabían leer los libros de los fueros” (PASCUAL MARTÍNEZ, 1973: 182).

¹⁸³⁷ PASCUAL MARTÍNEZ, 1973: 178

¹⁸³⁸ *Vid.* ARRANZ, 1993: 13-15

¹⁸³⁹ De hecho, el confesor Vázquez de Acuña (Vázquez Peleas), es mencionado como ejemplo de los clérigos miembros de la Audiencia Real en el estudio de Óscar Villarroel: “Con ellos, como vemos, se está dando en la Audiencia el mismo fenómeno que hemos visto en el Consejo: el monarca sitúa colaboradores suyos de baja extracción, con amplia formación y con un currículum (amplio en algunos casos) de colaboración y servicio al monarca. Al tiempo, hay algún miembro del entorno de su hijo Enrique, en un claro gesto de afabilidad hacia él. Pedro García de Huete y Alfonso de Madrigal son los ejemplos del primer caso, Vázquez Peleas del segundo” (VILLARROEL, 2006: 515)

maestro por confesor, y de hecho a finales del periodo todavía existía vinculación, de manera que la princesa de Portugal Isabel encargaba a su “maestro confessor” (que debía ser fray Mateo de Jerez) la concesión de una limosna en 1497¹⁸⁴⁰. Sin embargo, las funciones ya están bien diferenciadas para esta época, Andrés de Miranda, pese a las sospechas de Luis Alonso¹⁸⁴¹, sólo es mencionado como “maestro” de la reina Juana I¹⁸⁴², cuando la figura del confesor, en el reinado de dicha reina, está plenamente delimitado tal como se entendería en la Modernidad, y de ahí que ya tengamos abundantes datos sobre las limosnas y pagos que se realizan a los confesores como fray García de Padilla, Juan de Ávila¹⁸⁴³ o fray Tomás de Matienzo, que además figura en el primer o segundo lugar en los pagos a la Capilla de la reina Juana I¹⁸⁴⁴.

No obstante, Juan de Ávila figura en los pagos como “confesor de su alteza e maestro dela señora ynfanta por alvalá del Rrey Católico a x de enero de quinientos e treze años”¹⁸⁴⁵. Dicha infanta era Catalina¹⁸⁴⁶. En el periodo que aquí analizamos, recordemos que Juan de Morales, maestro de Juan II, pudo ser llamado a sustituir a Alfonso de Alcocer como confesor, y que Lope de Barrientos entró en la corte como maestro del príncipe, y de ahí paso a confesar a Juan II. Por lo tanto, la relación entre la figura del maestro y el confesor parece evidente, y quizá estudios futuros puedan arrojar más luz sobre la misma.

¹⁸⁴⁰ AGS: CSR, leg. 9, nº 29, f. 1r.

¹⁸⁴¹ ALONSO, 1916: 415.

¹⁸⁴² AGS: CSR, leg. 14, nº 1, 2,

¹⁸⁴³ AGS: CSR, leg. 12, nº 596.

¹⁸⁴⁴ AGS: CSR, leg. 14, nº 6; AGS: CSR, leg. 15, nº 8; AGS: CSR, leg. 16, nº 2. En los primeros legajos de la Casa Real, en efecto, se conservan muchos datos sobre la Casa de la reina Juana, donde ya figuran de manera recurrente los confesores. Esto lo hizo notar Antonio de la Torre tiempo ha (vid. *Torre*, 1954: 8-9) y resulta un objeto de investigación bastante interesante, aunque éste no es el lugar para una indagación sistemática.

¹⁸⁴⁵ AGS: CSR, leg. 17, nº 2, f. 84r (figura de nuevo con estos cargos en el folio 98r)

¹⁸⁴⁶ AGS: CSR, leg. 17, nº 3, f. 106r. Este doble cargo de fray Juan de Ávila se recoge en AGS: CSR, leg. 24, nº 16

Otra vinculación importante con la figura del confesor es la del predicador real. Ciertamente, confesión y predicación son elementos que en el Medievo estuvieron muy asociados, especialmente entre los mendicantes¹⁸⁴⁷, pero el único caso en el que se da una relación entre ambas funciones es el de Alonso de Palenzuela, que entraría en la corte como predicador y de ahí pasaría a confesar a la reina María y a Juan II. Por otro lado, aunque ya fuera del ámbito cronológico en el que nos movemos, se ha planteado si Bernardo de Mesa (importante diplomático al servicio de los Reyes Católicos en Inglaterra) fue condesor de Catalina de Aragón¹⁸⁴⁸. Ello entra dentro de lo posible, pero sólo hay evidencia documental de que fue predicador, ya que emitió un documento que empieza: “conozco yo fray Bernaldo de Mesa obispo de Trinópolis predicador dela Rreyna nuestra Señora”¹⁸⁴⁹. No hay por tanto una vinculación clara entre la labor de la confesión y la predicación, como se ha demostrado en el caso de Francia o Navarra¹⁸⁵⁰.

Otra función eclesiástica en la corte que tuvo importancia pero sobre la que aún cabe investigar, es la del limosnero real. El problema es que, para el caso de Castilla, este cargo estaba poco definido institucionalmente¹⁸⁵¹. Xavier de la Selle estudió ambas figuras, confesor y limosnero, de manera

¹⁸⁴⁷ *Vid.* RUSCONI, 1981.

¹⁸⁴⁸ Luis Alonso Getino dice cómo Bernardo fue embajador en Inglaterra para concertar el matrimonio de Catalina con el príncipe Arturo, y ve que el hecho de que la confesó “parece muy probable”, quizá por haber sido nombrado obispo Zerdimiense (ALONSO, 1916: 445).

¹⁸⁴⁹ AGS: CSR, leg. 8, nº 195, f. 1r. Así figura también en AGS: CSR, leg. 15, nºs 2, 3 y 5

¹⁸⁵⁰ “Parece que en Francia la predicación formaba parte de las funciones de los confesores reales, si bien también era frecuente que otros religiosos próximos al rey pronunciaran sermones en su presencia. De hecho, buen número de limosneros y confesores alcanzaron este cargo gracias a sus talentos en oratoria. Tal vez en Navarra se hubiera dado esta misma circunstancia en los primeros años del reinado de Carlos III, pero la documentación no permite confirmar esta hipótesis” (MARCOTEGUI, 2009: 92).

¹⁸⁵¹ “Benito Ruano demostraba en su estudio que la figura del Limosnero encargado de distribuir las limosnas regias aparece en la corte castellana del último cuarto del siglo XV, en la persona de capellanes reales, si bien no se trataba de oficiales específicos que estaban organizados en una oficina que programara y encauzara sistemáticamente la munificencia regia. Desde el primer trimestre de 1486 es cuando comienzan a aparecer uno o varios limosneros que actúan de forma más o menos oficial y permanente” (ANDRÉS, 2010: 71)

conjunta para el caso de Francia, y ello nos llevó desde muy pronto a indagar en la relación entre ambos cargos en el ámbito castellano-leonés. La conclusión a la que llegamos es que los confesores no fueron nombrados limosneros del rey.

No obstante, dada la indefinición de los cargos, podemos decir que muchos confesores administraron la limosna real o que tuvieron importancia en la gestión de asuntos económicos donde había implicaciones morales, como en el pago de las deudas. Recordemos cómo, al tratar de la salvación del alma del rey, Isabel I, inquieta por el riesgo que para su alma podía tener las deudas sin pagar, encargaba a su confesor el que se hiciera cargo. Hay que decir que ya antes de la fecha de la carta (diciembre de 1492), fray Hernando se hacía cargo de los “descargos”, y así la reina, en un documento de 1490, mandaba al tesorero de su hijo el príncipe don Juan (Gonzalo de Baeza) el libramiento de una cuantiosa suma de dinero que le tenía debida, y que se repartió, como se señala en el verso de dicho documento, entre diversas iglesias de Castilla (entre ellas el monasterio de Santa María del Prado)¹⁸⁵². En dicho documento se expresa su condición de confesor, así como en otros que hemos consultado en el Archivo General de Simancas¹⁸⁵³. Pero fray Hernando de Talavera no debe considerarse limosnero, ya que, como es bien sabido, tal cargo lo ostentaba y ejercía Pedro de Toledo. Ahora bien, en el mismo *Libro del limosnero* la presencia del obispo de Ávila gestionando limosnas es bastante notable¹⁸⁵⁴.

¹⁸⁵² AGS: CSR, leg. 1, nº 13

¹⁸⁵³ AGS: CSR, leg. 1, nº 14 (para la elaboración de un santo de plata para el monasterio de San Juan de Ortega).

¹⁸⁵⁴ Por ejemplo, podemos citar dos entradas que muestran la importancia de Talavera en el mencionado documento (TOLEDO, 1989): “Los maravedís que yo Pedro de Toledo, Limosnero de la Reina nuestra señora die pagué de los maravedís de las penas de la Cámara por mandamiento de Su Alteza e por libramiento del obispo de Auila son los siguientes” (año 1487, f. 2r, p. 65); “Otrosí dí para Tristán de Silua veinte doblas castellanas, que le mandó dar la Reyna nuestra Señora. Dílos a Juan de Vega, el del señor obispo de Auila que gelos lleuase, quel obispo le enbió por ello” (año 1487, f. 36v, p. 130).

De hecho, podemos pensar que, extraoficialmente, era a Talavera a quien se acudía en petición de fondos, como atestigua un documento que fray Hernando envió al cabildo de Salamanca en el que se deja ver que los canónigos habían recurrido al obispo y confesor para la concesión de algún tipo de consejo o ayuda de índole económica, a lo que Talavera respondía de una manera bastante vaga¹⁸⁵⁵. Un indicio que puede vincular la relación de las limosnas concedidas por Talavera en nombre de la reina con su condición de confesor en las libranzas regias se encuentra en el archivo de Simancas¹⁸⁵⁶: en 1496 los pagos a Talavera se traspasan al arzobispo de Toledo, esto es, Cisneros, libranzas que se conceden, como el documento indica, “para que él pague las limosnas”¹⁸⁵⁷. Quizá la reina, habiendo cambiado de confesor, prefirió que la administración de dichos fondos pasara al nuevo titular del cargo, lo cual supondría la existencia de un vínculo entre ambas funciones.

¹⁸⁵⁵ “[I]hesus] Honorables e devotos padres señores e hermanos. Vuestra letra resçebí e plugóme mucho el buen cuidado que teneis de anpliar el culto divino e acresçentar la honrra e capacidad de esa vuestra yglesia. Vuestra petición para ello paresçio ac tan honesta e tan favoravle e vuestros mensaieros fueron tales y tan açeptos que no fue menester mi yntervención pero no faltó ni faltaré mi voluntad para procurar todas las cosas que en qualquier tienpo yo conosçiere ser utiles e honrrosas a ese honorable collegio e a las singulares personas del tanto e mas que y fuesen de la nuestra yglesia de Ávila por que çierto no vos tengo menos amor. Aya nuestro señor vuestras honorables y deuotas personas en su espeçial encomienda. De Sevilla a XXI de febrero de XCII *devotus frater et filius episcopus Abulensis*” (AC Salamanca, caja 40, leg. 1, nº 43-2).

¹⁸⁵⁶ AGS: MR, leg. 110, nº 7.

¹⁸⁵⁷ *Ib.*, f. 9.

Funciones similares desempeñaría fray Mateo de Jerez¹⁸⁵⁸, fray Juan de Tolosa¹⁸⁵⁹ o fray Diego de Deza¹⁸⁶⁰. Del mismo modo, hay indicios de que fray García de Padilla, confesor del príncipe Juan, hacía donativos en nombre del mismo¹⁸⁶¹. Del mismo modo, los confesores atrajeron sobre sus iniciativas el auxilio de la Corona. Fray Tomás de Matienzo, prior de san Pablo de Valladolid en 1503, acusó el recibo de 20.000 maravedíes para el convento, en un documento en el que se especifica que se trata de una limosna¹⁸⁶².

¹⁸⁵⁸ Fray Mateo, confesor de Isabel, actuaba como administrador de las limosnas de la princesa de Portugal, y así se conserva un documento autógrafo en el que el confesor insta a Martín de Salinas, secretario de la princesa, para que llegara una limosna al convento de Santa María la Real de Medina del Campo (AGS: CSR, leg. 9, nº 40, f. 1r). Tras la muerte de la infanta Isabel, se dispuso que Martín de Salinas pagase ciertas cantidades de dinero a que la princesa de Portugal debía a determinadas personas, todo en presencia del prior de Jerez en 1498 (AGS: CSR, leg. 1, nº 93). En dicho documento los Reyes Católicos encargaban además al prior el pago de cierta deuda a Juan de Sotomayor (f. 1r). Otro documento donde se pide el pago a Martín de Salinas, en presencia del prior indica expresamente la condición de “confesor de la dicha Reyna [...] para que él vea cómo son contentos e pagados dello segund por las dichas nominas” (AGS: CSR, leg. 1 nº 101, f. 1r). Igualmente, sería encargado en 1505 de gestionar el pago, de parte del rey, de dinero para la redención de cautivos, desde Jerez (AGS: CSR, leg. 9, nº 534, f. 1r). Una relación exhaustiva de lo que recibió fray Mateo de Jerez y a quién o qué destinó el dinero (especificando la cantidad en cada caso) se encuentra en Simancas para los años 1497 (AGS: CSR, leg. 47, nº 199), 1498 (AGS: CSR, leg. 47, nº 198)

¹⁸⁵⁹ En un documento del Archivo G. de Simancas (AGS: CSR, leg. 3, nº 186) la reina encarga a Martín de Salinas “thesorero de mis descargos” que libre treinta mil maravedíes para la construcción de un aljibe en san Juan de los Reyes de Toledo “a la persona que el padre provincial fray Juan de Tolosa nonbrare”. En el verso del mismo documento se recoge el acuse de recibo por el mayordomo de las obras del monasterio de dicha cantidad, y expresa que lo hace no sólo por disposición de fray Juan sino que es él quien ordena la construcción, con lo cual vemos a este hombre como un activo organizador de la iniciativa de la reina de la construcción del monasterio, la cual le confía las sumas de dinero para que él las administre. En otro documento (AGS: CSR, leg. 3, nº 187), el mismo Juan de Tolosa, de su propia mano, se dirige a Martín de Salinas indicándole lo mismo, que “la reyna nuestra señora por una su çedula mando librar para un aljibe de su casa de san Juan de los Reyes”. Como vemos, queda claro para el confesor que están construyendo una casa de los reyes, y así él viene a ser un mero administrador, a diferencia quizá de otros casos donde los reyes asistieron a los confesores con limosnas en obras que sin embargo eran iniciativas de aquéllos, como el caso del beato Álvaro de Córdoba con Escalaceli, por ejemplo. Capítulo aparte son las obras que responden a la iniciativa personal de los confesores, como el hospital de Medina del Campo de Lope de Barrientos o los colegios que crearon Alonso de Burgos en Valladolid o Diego de Deza en Sevilla.

¹⁸⁶⁰ Como obispo de Palencia, en 1504, el rey ordenaba a Ochoa de Landa librar 57.000 maravedíes a Diego de Deza “mi confesor e del mi consejo” para pagar a un capellán cuyo nombre ni siquiera figura (AGS: CSR, leg. 46, nº 479r, f. 1r), tan sólo el espacio vacío para completar por quien lo dispusiera, que podemos entender era fray Diego.

¹⁸⁶¹ En un documento, fechado el 23 de febrero de 1504, la reina ordenaba el pago de un ducado de oro que dicho fraile “dio a un frayre de Sant Agostín” (AGS: CSR, leg. 4, nº 95, f. 1r). También se recogen limosnas en AGS: CSR, leg. 44, nº 23.

¹⁸⁶² AGS: CSR, leg. 4, nº 127. La mención de limosna se encuentra en el margen inferior derecho del verso del documento.

No obstante, nada de ello significa que los confesores reales ejerciesen la función de limosnero *per se*. Ya hemos visto que, si bien fray Hernando de Talavera tenía gran importancia en lo que a las limosnas se refiere, existía un limosnero propiamente dicho, que era Pedro de Toledo. Esto vendría ya de antiguo, y así de fray Juan Vélez, confesor de Juan I, no sabemos sino que se le libraron ciertas cantidades de dinero para hacer limosnas, pero en las mismas cuentas, poco más arriba, hay una entrada dedicada a “Iohan Ferrandes nuestro capellan e nuestro limosnero”, siguiéndole después “frey Françisco limosnero de la reyna mi muger”¹⁸⁶³. Incluso en el caso de Catalina de Lancáster se ha planteado que un confesor suyo fuese limosnero. Se trataría de un tal Alfonso Martínez, al cual se le concede el cargo de limosnero, según un documento conservado en el Archivo de la Villa de Madrid. Sin embargo, la mención como confesor se hace en el resumen que los editores de la colección documental elaboraron, pero en el documento, en realidad, se le menciona como capellán, y no como confesor¹⁸⁶⁴. Es por tanto otra institución que, aunque Xavier de la Selle estudió junto a la de confesor en el caso de la Corona de Francia, se desarrolló aparte en el caso de Castilla¹⁸⁶⁵.

Por último, y en relación con la cuestión del dinero, cabe recordar aquí el hecho de que muchos confesores, pese a ser mendicantes, dejaron testamentos en los que, a veces, las sumas de dinero son enormes. Ello ha sido visto como una contradicción de estos mendicantes. Sin negar que algo de contradicción pudo haber, recordemos que los testamentos redundaron en beneficio de la Iglesia y de los desfavorecidos, de modo que los confesores no acapararon riquezas para su propio disfrute sino para

¹⁸⁶³ En SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1982: 293.

¹⁸⁶⁴ Vid. MILLARES; VARELA, 1932: 339-341.

¹⁸⁶⁵ Vid. introducción de Eloy Benito Ruano en TOLEDO, 1989: 27-31

acometer empresas de tipo religioso, cultural o asistencial. De hecho, fray Mateo de Jerez no heredaría los bienes de su madre, sino que lo haría el nieto de ésta y sobrino de aquél, que a estos efectos era el heredero de fray Mateo¹⁸⁶⁶, con lo que vemos un rechazo a las riquezas particulares no derivadas de las funciones desempeñadas en la Corte o en las dignidades eclesiásticas que tenían beneficios anejos.

- *La diplomacia.*

Hemos podido comprobar cómo se confió a los confesores reales, en numerosas ocasiones, misiones de tipo diplomático. El valor de estas legaciones puede ser difícil de calibrar en la medida en que se echa en falta un estudio de conjunto de la diplomacia castellana en la Baja Edad Media¹⁸⁶⁷, si bien Villarroel ha hecho una importante contribución a este respecto. Este autor señala cómo no hay que identificar diplomacia con relaciones internacionales¹⁸⁶⁸, lo que ha llevado a muchos autores a negar el hecho de que existiera diplomacia en el Medievo¹⁸⁶⁹. Pero no cabe la menor duda de que en los siglos XIV y XV se recurrió a un personal al servicio de la Monarquía que tenía una cierta preparación en estos asuntos, y recordemos cómo el mismo Villarroel, así como otros autores, han destacado la figura de un confesor real, Fernando de Illescas, como el único diplomático profesional de todo este periodo junto a Pedro López de Ayala (§ 2.2). Isabel Beceiro, que ha estudiado la diplomacia entre Castilla y

¹⁸⁶⁶ Vid. AGS: CSR, leg. 1, nº 274

¹⁸⁶⁷ CAÑAS, 2010: 693, nota 4.

¹⁸⁶⁸ VILLARROEL, 2010: 792. Para ver un panorama historiográfico más detallado, vid. VILLARROEL, 2009: 17-23.

¹⁸⁶⁹ Para ver una buena síntesis de dicho debate: LOZANO, 1989 (versión digital sin paginar).

Portugal en la Baja Edad Media, señala que hubo criterios de selección atendiendo a las capacidades y no al mero arbitrio del rey¹⁸⁷⁰.

En este contexto, y con una diplomacia de estas características, creemos necesario considerar dos puntos para entender la importancia que pudieron tener los confesores reales en el desempeño de labores diplomáticas: la idea de la diplomacia como representación personal y no tanto institucional de la monarquía y el ámbito de estudio de la sociedad cortesana. En este punto desarrollamos aquí lo que ya planteamos en una publicación anterior, de la que mantenemos la estructura general y las ideas¹⁸⁷¹.

Comenzando por la idea de diplomacia como representación personal, es fundamental entender que en la Edad Media y también en la Moderna el de embajador era considerado, más que un cargo oficial, una función o misión que un señor encomendaba a su servidor¹⁸⁷². De ahí que imperase la idea de representación personal sobre la institucional, que casa perfectamente con la mentalidad y la realidad medievales, e incluso de tiempos posteriores. Así, incluso en siglos después al Medievo, los embajadores no actuaban tanto como representantes de una institución (en el caso contemporáneo, la Nación o el Estado, por ejemplo) como de la persona que los enviaba.

Hay, en nuestra opinión, indicios de que en antes incluso del siglo XIV se tenía plena conciencia de esto. Ya en la Alta Edad Media San Isidoro de

¹⁸⁷⁰ “En conclusión, el nombramiento de los representantes diplomáticos entre Castilla y Portugal no depende –en este período– del favor del rey o de los privados. Éste es, sin duda, un factor importante, pero los motivos que determinan la elección son, más bien, la relación entre un personaje y su cargo con el tema concreto de una misión, su experiencia en representaciones diplomáticas entre los dos países o con otros reinos europeos, su formación intelectual, especialmente en derecho civil o canónico, y su pertenencia al Consejo Real o a otros organismos de la administración del reino” (BECEIRO, 1997: 1.744).

¹⁸⁷¹ ARQUERO, 2013.

¹⁸⁷² RIVERO, 2006: 31

Sevilla (pensador de gran proyección en los siglos posteriores) presenta interesantes ideas al respecto. En efecto, al tratar la etimología del término “ángel”, incide en la idea de que éste se define por su función al servicio de Dios, de manera que en cierta forma pierde su identidad para representar a Dios mismo y hablar como si de Él se tratara¹⁸⁷³.

Por otro lado, san Isidoro también sitúa la actividad de los mensajeros en el marco del derecho. Así, al definir en las *Etimologías* el derecho de las gentes o de los pueblos (*ius gentium*, libro V, punto VI) dice (entre otras muchas cosas): *ius gentium est [...] legatorum non violandorum religio* (“El derecho de los pueblos [...] consiste en la observancia de no hacer daño a los mensajeros”)¹⁸⁷⁴. Así pues, el mensajero, de acuerdo con san Isidoro, pierde en cuanto tal su propia entidad personal, para venir a representar a la de quien lo envía. Esto, que se aplica primariamente al caso de los ángeles como servidores de Dios, afecta no obstante al propio concepto de *nuntius* (mensajero) y por tanto al desempeño por parte de los hombres de esta función.

Este salto del concepto (de los ángeles al mundo de los hombres), no me parece una extrapolación indebida. Primero porque en los textos isidorianos se trata ya del concepto de *mensajero* separado del de *ángel*, y

¹⁸⁷³ *Angeli Graece vocantur, Hebraice malachoth, Latine vero nuntii interpretantur, ab eo quod Domini voluntatem populis nuntiant. Angelorum autem vocabulum officii nomen est, non naturae. Semper enim spiritus sunt, sed cum mittuntur, vocantur angeli* (“Ángeles” son llamados en griego, en hebreo “malachoth”, y en latín se traducen por “mensajeros”, porque anuncian a los pueblos la voluntad del Señor. Pero el término de “ángeles” es el nombre de su misión, no de su naturaleza. Pues siempre son espíritu, pero cuando son enviados, se llaman ángeles). *Etymologiae*, VII, cap. V, I-II, <http://www.thelatinlibrary.com/isidore.html>, consultado por última vez en abril de 2012. Esta idea ya se contiene en la Biblia. En *Génesis* 22, 12-18, el ángel de Dios que impide a Abraham consumir el sacrificio de Isaac, al dirigirse a él por segunda vez, lo hace hablando en primera persona, como si de Dios se tratara. También en el capítulo 18, cuando la Trinidad (según la teología cristiana) se presenta ante Abraham, lo hace bajo la forma de tres personas, que bien pudieran ser ángeles, idea que san Isidoro contempla en libro VII de las *Etimologías* (capítulo III, punto IX), al hablar del rescate de Lot de Sodoma por los dos ángeles, que serían Dios Hijo y Dios Espíritu Santo (niega no obstante que a Dios Padre se le haya representado alguna vez en un ángel). Vemos así que se recoge en el pensamiento medieval los contenidos bíblicos a este respecto.

¹⁸⁷⁴ traducción personal del original latino, disponible en <http://www.thelatinlibrary.com/isidore.html>

segundo, porque podemos ver en algunos ejemplos reales este sustrato ideológico. Podemos ver, en efecto, indicios de que se tenía conciencia de ello en la propia diplomacia pontificia, que serviría de modelo para las diplomacias seculares (como en tantos aspectos de organización política y de discurso ideológico, como hemos tenido ocasión de ver). De hecho, la diplomacia pontificia depararía a los enviados papales el término *angel* en ciertas ocasiones¹⁸⁷⁵. En este sentido, los legados pontificios actuaron como vice-papas, como si del mismo pontífice se tratara y con su misma autoridad, representando a su persona. Por otro lado, desde el punto de vista religioso, el acuerdo diplomático tenía un carácter fuertemente vinculante por el juramento, lo que podría explicar según Óscar Villarroel la presencia de tantos eclesiásticos en las embajadas regias¹⁸⁷⁶. Por ejemplo (aunque no nos movemos en el ámbito castellano), en los National Archives de Reino Unido se conserva una carta datada en torno a 1330 en la que se pedía al confesor del rey de Inglaterra que urgiese al mismo a respetar un juramento que hizo a sus súbditos gascones¹⁸⁷⁷.

En este sentido, resulta relevante mencionar un caso que ya nos acerca a la relación entre el desempeño de una embajada y la figura del confesor: se trata del envío, por parte del papa Inocencio IV, de su penitenciario fray Desiderio, para instar a penitencia a Jaime I de Aragón por haber amputado la lengua de su confesor, fray Berenguer de Castell-Bisbal, que ya hemos comentado más arriba en torno a la cuestión de la poridad. En una de las cartas, el Papa señala que enviaba a su penitenciario “para que procure, con sus exhortaciones, o mejor dicho las nuestras, que

¹⁸⁷⁵ Vid. BARBICHE, 2002

¹⁸⁷⁶ VILLARROEL, 2010: 792.

¹⁸⁷⁷ NA Kew: C 47/28/1/47

retornases al seno de la Madre Iglesia”¹⁸⁷⁸. En el original latino se usa el adverbio *immo* (*ut suis exhortationibus, immo nostris, te ad sinum matris ecclesiae reducere procuret*) que tiene gran fuerza expresiva como “más bien”, “en verdad”, “por el contrario”, “mejor dicho”, etc. En conclusión, el mensajero actuaría como si de la persona que lo envía se tratara, en consonancia con las ideas expuestas por san Isidoro pero ya aplicadas a una embajada pontificia, que fue la primera en consolidarse¹⁸⁷⁹. No obstante, se han indicado también algunos reparos sobre la idea de que el legado pontificio represente sólo a la persona del Papa y no a la institución de la Santa Sede, si bien estas objeciones no parecen invalidar lo que aquí señalamos. En este punto quiero dar las gracias a Fernando Rodamilans (a cuyos estudios hemos de remitirnos para un conocimiento en profundidad de la figura del legado pontificio en la Hispania altomedieval y en Castilla¹⁸⁸⁰) por ilustrarme en este punto y poder contrastar con él estas ideas en torno a la naturaleza de la diplomacia medieval.

Esta concepción de la representación personal también se puede encontrar en el caso de las embajadas de los poderes seculares. Manuel Rivero señala que los embajadores eran una “encarnación” de quien los mandaba, y cita para ejemplificarlo la expresión de un cortesano de Isabel I de Inglaterra, sir Edward Coke, que dejó dicho *honor legati honor mitentis est* (“el honor del mensajero es el honor de quien lo envía”)¹⁸⁸¹. Este ejemplo muestra cómo, en un caso tan alejado en el tiempo al que nos

¹⁸⁷⁸ Vid. VILLANUEVA, 1806: 328

¹⁸⁷⁹ FRUNCK-BRENTANO, 1887: 125. Este autor defiende el carácter religioso de la diplomacia en este periodo: *Aujourd’hui la religion est absente de l’organisation politique d’un État. Au moyen âge, ce fut le contraire: l’État s’est développé à l’ombre de l’Église* (p. 114).

¹⁸⁸⁰ En curso está su tesis doctoral sobre esta materia, en la que se ofrecerá un panorama completo de la diplomacia pontificia en relación con la Hispania altomedieval y el reino de Castilla hasta principios del siglo XIII

¹⁸⁸¹ RIVERO, 2006: 13

ocupa, y en una mentalidad diferente (en el protestantismo de la Modernidad) todavía perduraba esta conciencia. En definitiva, estos ejemplos nos llevan a la idea de que el embajador, ente de derecho, va en representación de la persona que lo envía, vaciándose en cierta forma de su propia identidad personal para recoger la autoridad del representado, tanto en el ámbito eclesiástico como en el civil. Así, Alfonso de Palenzuela, en el Tratado firmado en Westminster el de julio de 1467 con el que se concertaba la alianza con Inglaterra, lo hacía *Vice et Nomine dicti nostri Domini Henrici Regis*¹⁸⁸². Asimismo, en la copia que se conserva en Simancas se distingue entre la representación del rey y del reino:

*confidentes de fidelitate legalitate et prudentia atque multiplici sufficientia et honestate quibus persona reverendi patris domini fratri alfonsi de palençuela minorum ordinis professores [sic] Civitatensis Episcopi consilarii nostri carissimi decoratam nominis ipsam harum serie facimus creamus et constituimus nomine nostro et Rregnorum et dominiorum nostrorum ambaxiatorem solempnem et procuratorem specialem cui committimus nomine nostro ac nomine regnorum terrarum et dominorum nostrorum ubique locorum existencium potestatem nostram plenam sufficientem habundantem ac liberam ad omnia et singula tractanda concludenda ac defunenda et sine eciam debito terminanda cum prefato Illustrissimo principe domino Edwardo Rrege Anglie*¹⁸⁸³

A lo que queremos llegar con todo esto es al convencimiento de que, en el tiempo que nos ocupa, pesaba especialmente la conciencia de que el enviado actuaba en nombre y en la persona del que lo enviaba. Por ello, ya podemos proponer una hipótesis, y es que los confesores reales, en la medida en que eran personas muy cercanas al rey y de su confianza, se

¹⁸⁸² RYMER, 1739-1741: vol. V, pars II, p. 148.

¹⁸⁸³ AGS: PTR, lg. 52, nº 16, f. 1r.

presentaban como óptimos candidatos a representarlos en misiones diplomáticas, y de ahí que a su vez, en no pocas ocasiones, desempeñasen este tipo de función. En este sentido, uno de los autores que se han aproximado a la figura del confesor real en la Castilla medieval, David Nogales Rincón, ha señalado cómo el confesor real llegaría a “actuar en política como representante personalísimo de la propia figura del rey”, dada la “fuerte dimensión personalizadora, fundamentada en las posiciones individuales del monarca, que la gestión política tendría durante todo el período”¹⁸⁸⁴. Igualmente, Barringer ya señaló en el *Dictionnary of the Middle Ages* cómo los confesores reales se destacaron en el servicio diplomático, lo cual queda totalmente confirmado en la presente investigación¹⁸⁸⁵.

Ciertamente, el estudio prosopográfico muestra cómo la diplomacia fue la tarea política más recurrente entre los confesores reales, confirmando lo que ya había planteado la historiografía. En este sentido, se puede considerar que los confesores fueron un género de servidores del estado en este campo, en la línea de lo que señala Robert Stein en el proceso general de formación de los Estados en la Baja Edad Media¹⁸⁸⁶.

Dados los presupuestos culturales que antes hemos expuesto, ello explicaría que, partiendo de la relación rey-confesor, los monarcas encomendasen a sus confesores diversas funciones, entre ellas la representación personal en las embajadas. Díaz Martín, hace ya tiempo, indicó esto mismo de forma expresa para el caso del confesor como

¹⁸⁸⁴ NOGALES, 2009: 75

¹⁸⁸⁵ *As a member of the king's personal council the confessor was often used as a personal royal ambassador or legate, and from the thirteenth century an informal diplomatic network of Dominican royal confessors existed linking courts as widely separated as those of England, Hungary, Spain, and Sweden. Confessors also served as trusted agents in domestic handling of political negotiations involving the king's interests* (BARRINGER, 1983: 535).

¹⁸⁸⁶ *Vid.* STEIN, 2001: VII.

embajador: “Hay que seguir mencionando el carácter personalista que tiene esta política, por ello, para su desarrollo, la frecuente utilización de los confesores reales. Preparación y confianza real son los pilares que están detrás del nombramiento de los embajadores castellanos”¹⁸⁸⁷. También lo señalaría así Nieto Soria unos años después¹⁸⁸⁸.

Como ya hemos visto, los confesores reales debían su cargo a la confianza y amistad que los reyes sentían por ellos, así como a su preparación. Foucault indicaba que el poder pastoral requería de un conocimiento profundo de las conciencias. El confesor, conocedor de la conciencia del rey, podía actuar así en su nombre en toma importante de decisiones. Por otro lado, la llegada de los Trastámara puede ser vista como un punto de inflexión en el desarrollo el Estado Moderno en Castilla, y en concreto en el desarrollo de una política diplomática propiamente dicha¹⁸⁸⁹. Otra razón que se ha señalado es el motivo económico, ya que sería más barato remunerar a los clérigos con beneficios eclesiásticos¹⁸⁹⁰. Por otro lado, la discreción era una condición esencial en la diplomacia, que precisamente caracterizaba a los confesores. Por eso elegiría Enrique II a su confesor fray Diego para concertar sus alianzas contra Pedro I sin levantar sospechas ante éste o Benedicto XIII ordenara a su legado que transmitiese

¹⁸⁸⁷ DÍAZ MARTÍN, 1988: 83

¹⁸⁸⁸ “Por todo ello, en buena parte de los clérigos que ejercieron esta función de confesor real resulta imprescindible abordar su valoración en cuanto que agentes influyentes y muy activos de la fuerte dimensión personalizadora, fundamentada en las posiciones individuales del monarca, que la gestión política tendría durante todo el periodo. Precisamente esta dimensión del confesor real que le lleva actuar en política como representante personalísimo de la propia figura del rey da lugar a que sea, sobre todo, en el ámbito las relaciones exteriores, donde el confesor alcance un mayor relieve como transmisor ante el Papa o ante otro monarca de las posiciones del rey” (NIETO, 1994: 141).

¹⁸⁸⁹ Según Díaz, en el periodo anterior al reinado de Enrique II: “Las revueltas nobiliarias, las necesidades apremiantes de la monarquía, las minorías, y, en general todo un largo periodo caracterizado por las agitaciones internas hacían que, a nuestro entender, difícilmente pudiera hablarse salvo en momentos muy puntuales y ante objetivos concretos, de la existencia de una auténtica política exterior castellana. Ni en cuanto a los objetivos, ni en su continuidad, ni en los medios, tanto humanos como materiales, puede decirse que el panorama castellano ofreciera la posibilidad de desarrollar plenamente una auténtica política internacional” (DÍAZ MARTÍN, 1988: 57).

¹⁸⁹⁰ DIAGO, 2010: 822

al confesor de Catalina de Lancáster para que éste, en secreto de confesión, transmitiese a la reina la amenaza de que, en caso de no reconocerle como verdadero pontífice, su hijo Juan II sería considerado ilegítimo, por cuanto ella se casó con Enrique III con la dispensa pontificia que vino desde Aviñón¹⁸⁹¹. Igualmente, cabe pensar que el acceso a la persona del rey Juan II por parte de Lope de Barrientos, cuando aquél estaba prisionero de los infantes de Aragón, pudo ser consentida por su condición de confesor real, y por ello el obispo pudo preparar con el rey su fuga (§ 2.4.3).

En relación estrecha con esta noción de diplomacia, está el otro ámbito en el que se debe enmarcar este estudio: la sociedad cortesana, como el grupo de élite del poder, en la medida en que, en una concepción personalista del poder (radicado en la persona regia que administra el reino como si una extensión de su casa y corte se tratara¹⁸⁹²). En la medida en que se trataba de una representación personal de los monarcas, no eran tanto relaciones entre estados como entre cortes regias. Citando de nuevo a Rivero, para el caso de la Edad Moderna, dice el autor: “Se puede concluir que la densa trama de agentes, oradores, *messagiere* y embajadores hacía de Europa un todo armonioso e interconectado, no sólo en las relaciones entre «soberanos», sino entre conjunto de poderes que la constituían”¹⁸⁹³. La corte sería así “una forma peculiar de organización política y social” en el que se enmarca el desarrollo de las relaciones exteriores¹⁸⁹⁴.

¿Qué relación existe entre estos presupuestos teóricos que se exponen en la historiografía y la realidad histórica de los confesores como embajadores reales? En primer lugar, debemos ver qué tipos de legaciones

¹⁸⁹¹ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 82, n. 27.

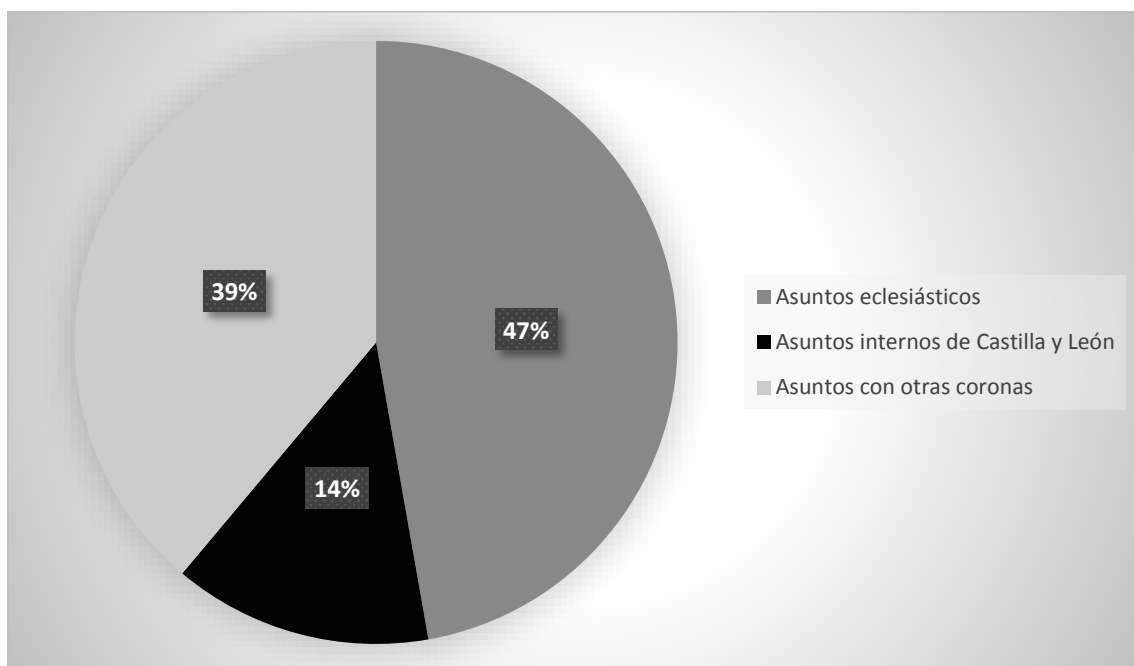
¹⁸⁹² RIVERO, 2006: 23

¹⁸⁹³ *Ib.*: 12

¹⁸⁹⁴ *Ib.*: 22

encabezaron o en las que tomaron parte. Podemos distinguir tres grupos generales: las de tipo eclesiástico (embajadas a la Santa Sede o cuestiones que atañen a la Iglesia, como el Cisma de Occidente), las de tipo interno (relaciones entre el rey y poderes internos en Castilla -nobleza, miembros de la familia real...-) y asuntos con otras Coronas (conflictos y firma de tratados, acuerdos matrimoniales). Nótese que la distinción a veces puede ser problemática, ya que por ejemplo las relaciones entre los reyes de la casa de Trastámara en Castilla y Aragón no deja de ser asuntos de la misma familia, aunque lo hemos incluido en el tercer grupo. Igualmente, algunas embajadas a otros reyes europeos se hicieron con el fin de solucionar el Cisma de Occidente, aunque igualmente las hemos incluido en el segundo grupo y no en el primero.

Gráfico nº 22: División de las misiones diplomáticas de los confesores de los reyes de la Castilla de los Trastámara (1354-1504) según el ámbito de las embajadas.



Los confesores, por tanto, actuaron mayoritariamente en embajadas de índole religiosa, lo cual es fácil de entender dado su carácter de clérigos. Dentro de las mismas, ocupa un lugar especial la cuestión del Cisma de Occidente. Nos parece que ello se debe a la coincidencia en el desarrollo de la diplomacia castellana a finales del siglo XIV y el recurso a los clérigos del rey, pero también al hecho de que el asunto que se dirimía en estas gestiones (la obediencia al legítimo Papa) era un asunto de conciencia, y de ahí la importancia del confesor. En el documento por el cual Juan I declaraba el 30 de mayo de 1381 la fidelidad al antipapa Clemente VII de Aviñón, tras las gestiones realizadas por fray Fernando de Illescas entre otros. En el documento, se da a entender el dilema que ha supuesto la decisión y la necesidad de haber contado con la opinión de “mensajeros enbaxadores, letrados e omes de buenas conçiencias e de quien nos endefiamos” para que “podiesen a la nuestra anima e a las animas de los nuestros subditos bien e verdaderamente aconsejar”¹⁸⁹⁵. En la versión latina del mismo documento hay ideas en este sentido. Así, el rey Juan I exponía que envió a sus emisarios *ut sciscitaretur ab eis prudenter et discrete et in eorum periculus animarum, quantum fas erat, suarum salva reverentia dignatum*¹⁸⁹⁶. En Medina del Campo los eclesiásticos reunidos tomarían una decisión *in eorum conscientiis et periculis animarum*¹⁸⁹⁷. Por ello, quizá el hecho de que los confesores estuvieran tan presentes en los asuntos del Cisma venía, además de por su preparación y por la confianza que despertaban en el rey, en el hecho de que el objeto de la embajada (la

¹⁸⁹⁵ En SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 155-156, doc. 8.

¹⁸⁹⁶ Transcrito en MANSILLA, 1959: 144.

¹⁸⁹⁷ *Ib.*: 146.

obediencia al verdadero Vicario de Cristo) era un asunto de conciencia, como parece manifestar Ochoa Brun en el caso de Fernando de Illescas¹⁸⁹⁸.

Pero hay otro documento que nos parece más ilustrativo a este respecto. Se trata del cambio de obediencia que Catalina de Lancáster llegó a Castilla, pasando de la obediencia romana que se prestaba en Inglaterra a la aviñonesa. En el documento, la futura reina no se limitaba a cambiar la obediencia, sino que se molestaba en explicar que, habiendo dirimido esta cuestión con su confesor (John de Mepsale), consideraba en conciencia que el legítimo Papa era el que estaba en Aviñón:

Universis Christi fidelibus ad quos pertinentes litterae pervenint Catherina principissa et serenissimi principis asturiarum domini Enrrici primogeniti Castelle coniuux. Salutem et in vero Christo vicario non errare, splendor paterni luminis [...] illuminat meque a veritate via aberrando per nonnulla tempora in tenebris fueram et umbra mortis diebus istis illuminare dignatus est sua premaxima pietate cum enim usque ad pubertatis tempora in potestate illustrium genitorum meorum carnalium Johannis [...] et Constancie [...] fuissem per informaciones ut teneo minus veriditas eisdem genitoribus meis michique [...] Tandem cum pro confederacione perpetua inter dictos genitores meos ex parte una et serenissimum principem dominum Johannem Regem Castelle legionis et portugalie dominum et patrem meum successoresque suos parte ex altera inienda auctore pacis faciente illustrissimo domino Enrico principi asturiarum in dictis Regnis Castelle et legionis primogenito fuerim matrimonialiter et legitime copulata et ad has partes Castelle pervenerim ubi libere inquirere poteram facti huiusmodi veritatem quantum michi ab alto concessum extitit disposui me fide pura ad veritatem huius rei suscipiendam humiliter et devote [...] et super huiusmode veritatis inquisitione diligentissima eum id fragilitati flexus mei non

¹⁸⁹⁸ "Enrique II murió sin haber querido adoptar partido por uno u otro pontífice. Su hijo Juan I heredó la difícil decisión; ya se ha viasto cómo envió a su confesor a Francia e Italia con una peliaguda misión de reconocimiento. La postura castellana fue al principio cautelosa; sólo la poderosa presión diplomática de Francia acabó por arrastrar al reino a la obediencia de Avignon" (OCHOA, 1990: 211-212)

competeret Religioso viro fratri Johanni mepsale natione Anglico ordinis fratrum
beate marie et montecarmello professori confessorique meo [...] dedi e commisi
per expressum qui super veritate scienda dicti facti laboravit diucius vice mea.
Demum super hoc Reverendissimorum patrum Petri Archiepiscopi Toletani
Alfonsi zamorensi et Johannis Seguntini episcoporum prefatique confessoris mei
consilium sub ostestacione divini et extremi Judicii requisivi pura fide ex quorum
omnium concordi consilio et unanimi sententia habui et repeti michique constitit
evidenter prefati quondam Bartholomeum per notoriam impressionem romani
populi Cardinalibus¹⁸⁹⁹.

Vemos cómo la princesa delegó en su confesor establecer cuál era el legítimo Pontífice (*dedi e commisi per expressum qui super veritate scienda dicti facti laboravit diucius vice mea*). Aunque esta declaración pueda ser meramente formal, creemos que corrobora la hipótesis de que la abundancia de confesores como diplomáticos en las relaciones con la Santa Sede, y en concreto con el Cisma, se debe al hecho de que el confesor, actuando como la persona del rey (*vice mea*, pues el rey delegaba en él su conciencia y la salud de su alma), podía gestionar asuntos de extrema gravedad, en los que la salvación del rey podía estar en juego. No obstante, no puede decirse que los confesores dictasen la diplomacia regia, por ejemplo en la *via cessionis* el tono en el Enrique III se dirigía a sus embajadores en París (en el que fray Fernando de Illescas, aparece en tercer lugar) denota que él dirigía las gestiones¹⁹⁰⁰, si bien éste no es el mejor ejemplo, ya que fray Fernando habría dejado para entonces de ser su confesor. Sí sería su confesor el enviado fray Alfonso de Alcocer, el cual firmaría como tal en la embajada de septiembre de 1405, pues una carta mandada desde Béziers los embajadores se dirigían al rey comenzaba:

¹⁸⁹⁹ ASV: Arm. D, nº 58, f. 1r.

¹⁹⁰⁰ El documento está transcrito en SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 201-204.

“(Ferrant Pérez de Ay)ala e frey Alfonso, vuestro confesor, vuestros siervos e fechora e limosna de la vuestra merçed muy umilmente (nos encomendamos a vos)”¹⁹⁰¹

Por lo tanto, se puede decir que la obediencia a un Papa u otro fue sentida no simplemente desde el punto de vista de la utilidad política, sino como un acto de conciencia. De ahí la importancia del envío de los confesores. Ya en aquella época se debió de percibir la influencia del confesor¹⁹⁰², y vimos cómo Clemente VII o Benedicto XIII de Aviñón se dirigieron hacia los confesores-embajadores de manera muy cordial, cuando no les hicieron concesiones tales como la designación de capellán pontificio o privilegios para la reforma eclesiástica. Por otro lado, vimos cómo Alfonso de Palenzuela fue designado nuncio, colector y cuasi penitenciario para el reino de Castilla, después de haber acudido a Roma como embajador del rey. Todo ello podía deberse al aprecio personal de los Pontífices hacia estos individuos, pero también al hecho de que percibieron en ellos la influencia que podían ejercer sobre los reyes que los enviaban que lo.

Recordemos que al Concilio de Constanza (un precedente de los congresos diplomáticos modernos según Lozano¹⁹⁰³) acudieron bastantes confesores como embajadores de sus reyes y no tanto de sus reinos, tal como da a entender Lucas Wadding¹⁹⁰⁴. Podrían ser éstas las embajadas que

¹⁹⁰¹ En SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1960: 267.

¹⁹⁰² En el caso de Navarra, al adoptar la fidelidad clementista, el obispado de Pamplona “emitió una memoria que difundió por toda la diócesis y que orientaba a confesores y predicadores acerca de cómo debían actuar ante los fieles con respecto al Cisma” (MARCOTEGUI, 2009: 105).

¹⁹⁰³ LOZANO, 1989, sin paginar.

¹⁹⁰⁴ *Patres Concilii Constantiensis, multis habitis hoc anno Sessionibus circa varias causas quorundam Episcoporum, circa audiendos et admittendos ad unionem Oratores Joannis Regis Castellae, Catharinae Reginae ejusdem Regis genitricis, Henrici Infantis Aragoniae, ac Ordinis sacrae militiae sancti Jacobi de Spata Generalis Magistri, Caroli Regis Navarrae et Fuxi, atque Armeniaci comitum, eousque futurae Pontificis, circa reformationem ecclesiasticam a Pontifice curandam, aliaque hujus generis gravissima, maxime vero circa depositionem Benedicti XIII* (WADDING, 1932a: 484-485, a. 1417, I). Poco más adelante, señala que el embajador del rey de Portugal fue Joao de Xira, *Joannis I Regis Confessarii* (*Ib.*)

Miguel Ángel Ochoa clasifica como *a non rege*¹⁹⁰⁵: si bien representaban a las personas que ostentaban el título de rey, príncipe, infante, etc., antes que nada representaban a estas personas antes que a la institución monárquica. Estos embajadores-confesores conseguirían en Constanza importantes concesiones para ellos mismos (recordemos las que obtuvo fray Luis de Valladolid para la reforma dominica en Castilla, § 2.4.1) y también para aquéllos que los enviaban. Por ejemplo, el emisario del infante de Aragón consiguió las décimas de ciertos territorios del Maestrazgo de Santiago el 10 de diciembre de 1418¹⁹⁰⁶. A su vez, y esto muy significativo, el infante Enrique recibía facultad para elegir confesor ese mismo día¹⁹⁰⁷.

El Cisma capitalizó la diplomacia con el Pontificado en el primer cuarto de siglo XV, y podría explicar la abundancia de clérigos del rey en las legaciones castellanas. Pero todavía en el reinado de Enrique IV, según Villarroel, se nota una hegemonía de los eclesiásticos (y eclesiásticos de baja extracción, donde se situaban los confesores) en las relaciones con la Santa Sede¹⁹⁰⁸. En el caso de los confesores de este rey, vemos que Alonso de Palenzuela mantuvo estrecha relación con los pontífices, y en el caso de Fernando de Torres (siguiendo el testimonio de Sánchez de Arévalo) su buena fama como eclesiástico digno en la corte de Castilla había llegado a oídos del Pontífice:

¹⁹⁰⁵ OCHOA, 1990: 251.

¹⁹⁰⁶ El papa le indicaba al infante Enrique que por su preclara sublimidad y su buena fama le concedía paternalmente las súplicas para percibir décimas en Ocaña, Uclés, y otros territorios en las diócesis de Toledo, Cuenca y Jaén en virtud de las necesidades en la lucha contra los musulmanes, y bajo determinadas condiciones y un plazo de tres años (ASV: Reg. Lat., nº 187, fols. 173v-174r).

¹⁹⁰⁷ ASV: Reg. Lat., nº 187, f. 174v.

¹⁹⁰⁸ "De cualquier forma, ciertamente los eclesiásticos pasaron a desempeñar la mayor parte de las tareas diplomáticas. Es interesante observar que a lo largo del periodo se produjo una tendencia al recurso a clérigos de escasa importancia en el contexto de la jerarquía eclesiástica castellana para la realización de este tipo de misiones" (VILLARROEL, 2009: 326).

Toca, además, Vuestra Paternidad, las cosas que han ocurrido en la corte de su majestad y no han engañado al romano pontífice la fama y la más que probada virtud que había albergado sobre Vuestra Paternidad. El pontífice conoció por completo el verdadero fruto y la eficacia de vuestras muy serias conversaciones y dichosos consejor no por lo contado por las altas eseras de la corte y de los grandes que residen en ella, sino por la propia entidad del asunto. En efecto, se os ha escuchado en la corte real en virtud de vuestro fervor y acostumbrado respeto por esta santa Sede Apostólica. Todo aquello que grabaste en el ánimo del rey para gloria de Dios, ahora lo experimenta con toda claridad. Elogia el sumo pontífice vuestra fe y devoción, elogia vuestra inmensa sabiduría y sentido común, elogia la sutileza de vuestra inteligencia y seriedad; ensalza la rectitud de vuestras decisiones y vuestro muy entusiástico celo de cara al bien común de toda la cristiandad y se regiere en público a vos como el hombre más honesto y de buenos deseos, al tiempo que añade el acervo de vuestras alabanzas muchísimos otros aspectos que, para que no penséis que se han dicho como lisonja, he considerado oportuno silenciar, porque todos ellos, para nosotros gratos cuanto más conocidos incluso que vuestra probidad y virtud. El propio vicario de Cristo lo recuerda para que toda vuestra muy santa orden de los Cartujos lo comprenda de forma muy clara, orden que acrecentó con un inmenso don de beneficios y favores así como con su generosidad¹⁹⁰⁹.

Pero los confesores, como vemos en el gráfico 22, también actuaron en numerosas gestiones diplomáticas con otros reinos, lo cual ya fue señalado por Nieto Soria¹⁹¹⁰, y que González de Fauve, Heras y Forteza

¹⁹⁰⁹ RUIZ VILA, 2012: 115-116

¹⁹¹⁰ "Sin embargo [...] será la doble elección que da lugar al Cisma lo que originará la movilización de un importante número de miembros de la Iglesia castellana en orden a la activación de las negociaciones dirigidas a su superación. Pero esta movilización de eclesiásticos no se limitó exclusivamente al ámbito específico del Cisma, sino que, como consecuencia de la influencia mediatizadora de la evolución de éste sobre el conjunto de las relaciones internacionales, algunos de los eclesiásticos más vinculados a la negociación sobre el Cisma se convirtieron indirectamente en los más indicados para representar a la realeza castellana en encuentros con otras realezas para asuntos de muy diversa índole. Todo ello tuvo como efecto, tal como ya se puede imaginar, un aumento extraordinario del peso específico de algunos

atribuyen a “la escasa profesionalización de las funciones diplomáticas hasta el siglo XVI”¹⁹¹¹, juicio que, visto el ejemplo de Fernando de Illescas y otros, nos parece inapropiado. Atanasio López, recogiendo el testimonio de Laín Rojas expuso que los confesores de los reyes Trastámara de Castilla, Aragón y Navarra, consiguieron la paz en un momento en el que ésta estaba muy amenazada¹⁹¹².

No hemos encontrado datos fehacientes para corroborar este punto, pero ciertamente los confesores, en la medida en que los asuntos de estos reinos eran en cierto modo “domésticos” o familiares, actuaron como intermediarios entre los parientes. No es extraño, en el contexto de la entronización de los Trastámara en Aragón y Navarra que hubiese más conexiones entre las casas reales y así los confesores tuviesen más presencia en la diplomacia. Como bien indica Máximo Diago, los Trastámara de Aragón “siguieron teniendo intereses en Castilla [...] y esta circunstancia favoreció sobre manera el frecuente intercambio de embajadores entre las dos Cortes”¹⁹¹³, como también señala Miguel Ángel Ochoa Brun¹⁹¹⁴. Así, por ejemplo, cuando aún era rey de Navarra, el futuro Juan II de Aragón recibió una embajada de Juan II de Castilla en 1429, por la que le prohibía entrar en Castilla¹⁹¹⁵, y Pérez de Guzmán escribe que “el Rey acordó de embiar al Rey de Navarra a un Religioso que se llamaba Fray Francisco de Soria, que era notable hombre de la Orden de San Francisco, e de muy honesta vida ,

eclesiásticos en lo que era la articulación cotidiana de las relaciones exteriores castellanas” (NIETO, 1994: 293).

¹⁹¹¹ GONZÁLEZ DE FAUVE; LAS HERAS; FORTEZA, 2001: 240.

¹⁹¹² *Vid.* LÓPEZ, 1929a: 61-62

¹⁹¹³ DIAGO, 2010: 822

¹⁹¹⁴ “Se advierte, pues, que el hecho de la elevación de don Fernando el de Antequera, hasta entonces regente de Castilla, para el trono de Aragón [...] causó en primer lugar un considerable movimiento diplomático castellano-aragonés, pero además también una curiosa circunstancia, como fue el hecho de que personajes castellanos, que desempeñaron misiones en nombre del infante, pasaron con él y fueron indistintamente embajadores de Castilla y Aragón” (OCHOA, 1990: 248).

¹⁹¹⁵ SUÁREZ FERNÁNDEZ, 1964: 108

e había seydo Confesor del Rey de Navarra, e a Don Pedro Bocanegra, Deán de Cuenca”¹⁹¹⁶.

Los confesores, en tiempos de los Reyes Católicos, se mostraron como importantes agentes diplomáticos en este ámbito de las políticas dinásticas, quizá por el conocimiento de cierta intimidad de los príncipes y reyes, naturalmente sin revelar el secreto de confesión. Quizá por ello el asunto del confesor de Catalina de Aragón fue tan polémico¹⁹¹⁷. El confesor de la hermana de ésta (la princesa Isabel), fray Mateo de Jerez, gestionó el pago de una dote que debía librar el secretario de la difunta princesa de Portugal, para un matrimonio que “porque segund parece por un testimonio de notario que me enbió y yo tengo que el matrimonio es consumado”¹⁹¹⁸. Este ejemplo, aunque no es del ámbito regio, muestra que la voz de los confesores (o al menos de los clérigos) podía tener autoridad en estos asuntos que, aplicados a los matrimonios reales, eran de Estado. Así, Diego de Deza figura en el acuerdo matrimonial de Calatina de Aragón con el entonces Príncipe de Gales Enrique como confesor del rey de los Reyes Católicos¹⁹¹⁹, y fray Tomás de Matienzo recibió en 1514 el pago por una embajada hecha a Inglaterra y Flandes, y cabe pensar que para tratar cuestiones referidas a la alianza con Inglaterra y la situación de la princesa Juana, su confesanda, en los Países Bajos¹⁹²⁰.

¹⁹¹⁶ PÉREZ DE GUZMÁN, 1877a: 452, a. XXIII, cap. IV.

¹⁹¹⁷ *How dangerous an element in the State might be this influence is visible in the instructions sent, in 1510, by Ferdinand the Catholic to Luis Caroz, his ambassador to England. He is told to induce Henry VIII. to make war on France; if necessary, he is to obtain for this the aid of Queen Katharine, and, if she refuses, he is to make use of the friar, her confessor, who is to tell her that, as a good Christian, she is bound to do so* (LEA, 1896: II, 450)

¹⁹¹⁸ AGS: CSR, leg. 9, f. 1r

¹⁹¹⁹ *Praesentibus ibidem, Reverendo in Christo Patre Didaco de Deca Palatinensi [sic] Episcopo Confessore nostro...* (en RYMER, 1730: vol. V, pars IV, p. 206).

¹⁹²⁰ Así, Fernando V encargaba al tesorero de los descargos de la difunta reina Isabel: “e paguedes al padre fray tomás de Matienço mi confessor e de la serenísima Rreyna e princesa mi muy cara e muy amada fija treziendtos e çinquenta e seys ducados que fue acordado en el abdiencia de los dichos descargos que se le devían pagar que le quedaron por pagar del tiempo que fue a Ynglaterra e a Flandes por mandado de su señoría en serviçio de la dicha Rreyna e prinçesa el año passado de noventa e ocho

Por último, en el gráfico 22 apreciamos que a los confesores no se les encomendaron muchas misiones para asuntos internos de Castilla. A este respecto, Nieto Soria sistematiza la postura del clero durante el reinado de Juan II en tres grupos:

Las actitudes más caracterizadoras de la intervención del clero castellano en la conflictividad política de la época de Juan II fueron, ante todo, las siguientes: la actitud de permanente oposición a la realeza, la actitud de colaboración eventual con los nobles levantiscos, la actitud de estricta lealtad al rey y la actitud mediadora¹⁹²¹.

Los confesores, como hemos visto en el segundo apartado del trabajo, han de incluirse en el tercer grupo. Esta lealtad, nacida sin duda de la relación con los monarcas como confesores, explica todos los nombramientos eclesiásticos y políticos que ya hemos analizado, y desde luego el envío como embajadores. Ya vimos cómo fray Diego López de Ribadeneyra tuvo gran importancia en el propio ascenso de la casa de Trastámara¹⁹²², al concertar una alianza entre el conde Enrique y el privado Alburquerque no ya para luchar contra Pedro I, sino para destronarlo¹⁹²³. Igualmente, Lope de Barrientos, a la altura de 1441, tendría importancia en las negociaciones con los Infantes de Aragón. Ochoa Brun dice del prelado y confesor que en estas embajadas “acreditó las «magníficas dotes para la

desde nueve de abril de dicho año fasta veynte e seys días de jullio de quinientos años que le fizieron el asiento para la casa dela dicha Rreyna e prinçesa mi fija” (AGS: CSR, leg. 7, nº 155, f. 1r). El problema al que nos enfrentamos es la hecho de si Matienzo era por entonces confesor de ambos, o sólo ya en los últimos años del reinado de Fernando. Cabe pensar que lo era ya por aquel entonces.

¹⁹²¹ NIETO, 1994: 264.

¹⁹²² “Ya anteriormente se ha visto cómo los pretendientes, al reclamar para sí la corona y ostentar el título regio, trataban también, de hecho y de derecho, de ejercer la diplomacia propia que era no sólo un signo de realeza, sino también un instrumento imprescindible de sus propios manejos políticos en la defensa de sus pretensiones y en búsqueda de reconocimientos exteriores y de alianzas” (OCHOA, 1990: 200)

¹⁹²³ SITGES, 1910: 73

intriga»¹⁹²⁴. En este sentido, los confesores se revelaron, a nuestro entender como importantes agentes de lo que, en términos de Jean-Claude Waquet, *la négociation dans l'affirmation et dans la conservation de l'autorité*¹⁹²⁵ que se desarrolló en la Baja Edad Media por este medio, y que se complementaba, podemos decir, por medio de una autoridad coercitiva de la que los confesores fueron a veces partidarios.

En el caso de Fernando de Torres, Sánchez de Arévalo le escribió las siguientes palabras sobre este asunto:

Decís tabién al final de vuestra carta que muchosn os han aconsejado que os prestarais para calmar los altercados y las revueltas de estos incidentes y es lo mimos que he entendido yo por las cartas de algunos. Tomasteis la decisión, sin embargo, de involucraros en ellos lo menos posible porque, como decís, no había esperanza de hacer progresos ni tampoco vuestra mala salud os lo permitía. He leído, padre excelso, con lágrimas en los ojos esta serie de excusas pero no soy capaz de contenerme casi como si estuviera hablando con vos: con vuestro permiso, sin duda diría que este encargo parecía muy conveniente, es más, propio de Vuestra Paternidad, que estáis acostumbrado a cortar de raíz los escándalos sin descanso, y además conocéis perfectamente no sólo las intenciones e los insurrectos sino también las causas de la insurrección, así como sus fundamentos y, por así decirlo, sus principios elementales; y será mucho más adecuado a Vuestra Paternidad en la meddia en que se trata más bien del estado de la patria, de su calma, de su paz. Sé que Vuestra Paternidad se acuerda de la famosa sentencia de Cicerón [...] Elogiamos por su respeto hacia la patria al ateniense Codro, elogiamos también a Temístocles y también a Aristóteles [...] Añadid que ellos sólo buscaban la tranquilidad terrena y pagana, vos la república cristiana y no sólo podríais poner paz en los asuntos de este mundo sino también en los del espíritu. En este aspecto habríais conseguido un sacrificio más grato a

¹⁹²⁴ OCHOA, 1990: 268

¹⁹²⁵ WAQUET, 2010: 1.

Dios en tanto en cuanto, según el testimonio del apóstol, no se puede venerar con dignidad al creador mismo de la paz más aque en tiempo de paz¹⁹²⁶.

Sánchez de Arévalo insta en la carta, como vemos, a que el confesor Fernando influya positivamente desde su postura en la corte y en la nobleza castellana, siendo uno de los pocos casos de confesores reales que pertenecían a la alta nobleza. Esta labor de Fernando en el reinado de Enrique IV se combinaría con la de Juan de Mazuela, y como antes hicieran Juan de Morales o Lope de Barrientos (si bien recurrió también a la vía armada), quienes habían influido positivamente en la búsqueda de la paz interna del reino. Por lo tanto, aunque son pocos ejemplos, la labor de los confesores reales en la estabilidad interna de Castilla fue también un hecho reseñable.

¹⁹²⁶ En RUIZ VILA, 2012: 117-118

CONCLUSIONES:

Llega el momento de presentar las conclusiones que constituyen, en síntesis, la aportación de la presente memoria de doctorado. Habiendo expuesto el tema ampliamente y desarrollado la argumentación de todos y cada uno de los puntos a dilucidar, exponemos de manera conjunta todas las conclusiones a las que hemos llegado en torno a la figura del confesor real en la dinastía de los Trastámara, desde Enrique II hasta Isabel I.

- Precedentes y orígenes del cargo:

Si bien algunos autores han querido remontar la función del confesor real a, prácticamente, los orígenes de una monarquía cristiana en la península ibérica con los visigodos, hemos llegado a la conclusión de que no se puede retrotraer los orígenes hasta tan lejos, sino que éstos han de situarse, como pronto, en el siglo XI. La razón fundamental es el hecho de que hasta dicha centuria en España tuvo vigencia el modelo penitencial conocido como visigótico-mozárabe, en el cual no se contemplaba, a la vez, una confesión auricular, privada, frecuente y en la que el penitente quedaba absuelto de sus culpas en el mismo momento, a condición de cumplir la penitencia impuesta, acto en el también pudiera recibir los consejos ascéticos o morales pertinentes. Sin la conjunción de todos estos elementos en un sólo acto o ceremonia, la existencia de un confesor del rey es imposible, y no podemos decir que un maestro, consejero espiritual u obispo que oficiara un acto de tipo penitencial puedan ser considerados como confesores, ya que no reúnen todos los requisitos arriba expuestos. Si bien se ha detectado muy pronto la existencia de la penitencia tarifada

de origen irlandés en la península, todo parece indicar que en el ámbito áulico, donde los obispos tenían una fuerte influencia, no se admitía dicho modelo y por el contrario se practicaba el anterior. Así, parece que queda demostrado que el término *confessor* hasta el siglo XI, aun cuando se da dentro del ámbito de la corte, no hace en esta época alusión a un confesor real, sino a hombres (y también mujeres, las *confessae*) que han adoptado un modo de vida penitente o han defendido públicamente, y aun con riesgo de su vida, la fe en Cristo.

Sólo con la entrada de los modos cluniacenses y más aún con el rito romano que extendía la reforma gregoriana podemos admitir la práctica en España de una confesión con todos los elementos que, desde entonces, configuran la celebración de dicho sacramento. Es en este momento donde, no casualmente a nuestro entender, aparecen por primera vez las menciones a los *clerici regis* o clérigos del rey, en el reinado de Alfonso VI, en el que aparecen también, dentro de dicho grupo, los capellanes y maestros. Nos parece que, bajo dichas denominaciones, se incluía a los primeros confesores, tales como Roberto de Sahagún o Raimundo de Palencia.

Si bien no se puede identificar a todo capellán o maestro como confesor, sí parece que algunos que recibieron dichas denominaciones fueron los verdaderos precedentes de la figura del confesor. Algunos de ellos llegaron a obispos, pero sólo después de ser clérigos del rey. Por ello, los precedentes de la figura del confesor real no se hallan entre el episcopado (como parece ser, parcialmente, en el caso de Francia) sino en los clérigos del rey, capellanes y maestros. Así, si Diego Gelmírez o Rodrigo Jiménez de Rada pudieron llegar a ser considerados (tan sólo en cierto modo) confesores de Raimundo de Borgoña o de Alfonso VIII

respectivamente, no fue en virtud de su dignidad episcopal sino de haber sido clérigos de dichos monarcas, hecho por el cual fueron promocionados al episcopado. En este sentido, creemos que Gelmírez no fue confesor, pero hemos visto la importancia que concedió a la figura del capellán real, haciéndose con el título y designando para el mismo a la persona que él quisiese, lo cual nos parece indicar que se debe a que incluía ya la función de confesor y de ahí la importancia estratégica que se le concedía en las luchas de poder.

Si el reinado de Alfonso VI y la introducción del rito romano constituyeron un momento esencial para la instauración del modelo penitencial que hasta hoy conocemos y permite la existencia de los confesores reales, lo fue también el del IV Concilio de Letrán, cuya celebración coincide prácticamente con el inicio del reinado de Fernando III en Castilla y León y la extensión de las órdenes dominica y franciscana, para las cuales la formación de sus miembros como confesores era un elemento de primera importancia. Con todos estos elementos, identificamos en este reinado los primeros confesores a los que podemos considerar como tales con total propiedad, y que no provenían de la Capilla Real, aunque se les incluyera en la misma. No obstante, aún no se les designa con el término “confesor”, pero dadas sus características, y bajo la denominación todavía de clérigos, maestros y capellanes, hay constancia de confesores hasta el reinado de Fernando IV, cuando aparecen las primeras menciones con este término.

- *Identificación de los confesores reales:*

En el apartado 1.1 expusimos la lista de los clérigos identificados como confesores reales por la historiografía. Tras la presente investigación, nos parece que la nómina de confesores reales, así como los años en torno a los cuales desarrollaron su labor como tales, es la siguiente:

CASA DE BORGONA

- | | |
|--------------|---|
| Fernando III | 1. Raimundo de Losana (OP) (1220-1252) |
| | 2. Domingo de Segovia (OP) (1219-1236) |
| | 3. Pedro González de Telmo (OP) (1236-1246) |

- | | |
|-----------|---|
| Alfonso X | 1. Pedro Gallego (OFM) (1250 <i>ante quem</i>) |
| | 2. Raimundo de Losana (OP) (1252-1284) |

Sancho IV	<i>Ninguna noticia con suficiente fiabilidad</i>
-----------	--

- | | |
|-------------|---|
| Fernando IV | 1. Juan Hernández (OP) (1307 <i>ante quem</i>) |
| | 2. Fray Sancho (OFM) |

- | | |
|------------|---|
| Alfonso XI | 1. Fraile <i>Prada</i> (c.a. 1312-1326) |
| | 2. Juan de Entrega (OP) (1340) |
| | 3. Juan de Monforte (OFM) (1345) |
| | 4. Juan Fernández de Aveancos (OP) |

- | | |
|---------|--|
| Pedro I | 1. Pedro López de Aguiar (OP) (c.a. 1351) |
| | 2. Alfonso Fernández (o Fernando) de Toledo y Vargas (OSA) (c.a. 1351) |
| | 3. Juan de Balbás (OFM) (1355-1362) |

4. Fray Fernando (1355)

CASA DE TRASTÁMARA

- | | |
|-------------|--|
| Enrique II | <ol style="list-style-type: none">1. Diego López de Ribadeneyra (OFM) (1354-1365)2. Juan de Esbarroya (OP) (1379 <i>ante quem</i>) |
| Juan I | <ol style="list-style-type: none">1. Fernando de Illescas (OFM) (1379-1390)2. Juan Vélez (1380)3. Pedro de Belorado (1387) |
| Enrique III | <ol style="list-style-type: none">1. Alfonso de Aguilar (OFM) (1394-1403)2. Juan de Ezcaray (OFM) (1398)3. Fernando de Illescas (OFM) (1399)4. Alfonso de Alcocer (OFM) (1403-1405)5. Juan Enríquez (OFM) (1403-1405) |
| Juan II | <ol style="list-style-type: none">1. Alfonso de Alcocer (OFM) (1407-1410)2. Luis de Valladolid (OP) (1415-1433)3. Juan de Morales (OP) (1415-1420)4. Juan Rodríguez de Villalón (OP) (1415-1420)5. Álvaro de Córdoba (OP) (1415-1423)6. Alfonso Pérez de Cusanza (OP) (1423-1431)7. Lope de Barrientos (OP) (1434-1449)8. Alfonso de Palenzuela (OFM) (1451)9. Gonzalo de Illescas (OSH) (1450-1454) |
| Enrique IV | <ol style="list-style-type: none">1. Antón de san Martín (1444)2. Alfonso Vázquez <i>Peleas</i>, o de Acuña (1452-1457)3. Lope de Barrientos (OP) (1454-1462) |

4. Rodrigo de Valencia (OP) (principios del reinado)
5. Alonso de Espina (OFM) (1455-1463)
6. Fernando de Torres (OC) (c.a 1460)
7. Pedro de Villacastín (OP) (1462-1463)
8. Juan de Mazuela (OSH) (1468-1474)

REYES CATÓLICOS

- | | |
|------------|---|
| Isabel I | <ol style="list-style-type: none"> 1. Juan de Carrasco (OP) (1474 <i>ante quem</i>) 2. Mateo de Jerez (OP) (1474 <i>ante quem</i>) 3. Alonso de Burgos (OP) (1477 <i>ante quem</i>) 4. Diego de Nava (OFM) (c.a. 1477) 5. Tomás de Torquemada (OP) (c.a. 1478-1490) 6. Juan de Tolosa (OFM) (c.a. 1477-1480) 7. Diego Bernardino de Monroy (OFM) (c.a. 1478) 8. Maestro Gómez (1480) 9. Juan Pérez (OFM) (1492 <i>ante quem</i>) 10. Hernando de Talavera (OSH) (1475-1493) 11. Francisco Jiménez de Cisneros (OFM) (1492-1504) 12. Tomás de Matienzo (OP) (c.a. 1499-1504) |
| Fernando V | <ol style="list-style-type: none"> 1. Hernando de Talavera (OSH) (c.a. 1475) 2. Diego de Deza (OP) (c.a. 1496-1516) 3. Tomás de Matienzo (OP) (1499-1516) |

Con los datos reunidos hasta hoy, ésta nos parece la lista y cronología más ajustada, aunque hay que reconocer que es aproximativa y no exacta. Naturalmente, no se descarta que investigaciones posteriores puedan cambiar algo, especialmente en la época de Borgoña que no hemos estudiado sino en clave de precedentes históricos. Por otro lado, ya que la

búsqueda ha sido mediante referencias previas y una indagación prospectiva en los archivos (pues apenas hay menciones en los catálogos, dada la falta de institucionalización del cargo en este periodo) no se descarta que en el futuro se hallen nuevas referencias que modifiquen la lista arriba ofrecida.

- Valoración de la sucesión y acción de los confesores reales de manera particular:

Como expusimos en el apartado 1.1, algunos investigadores señalaron que sería importante que estudios posteriores trataran de desvelar cuáles eran los medios por los que se llegaba al desempeño de la función del confesor del rey y cómo se articulaba el confesionario real cuando existían varios confesores al mismo tiempo, así como la manera en que se sucedían unos a otros. Hay que reconocer que no son muchos los datos hallados para poder resolver dichas incógnitas. Ello se debe, en buena medida a un hecho que ya era bien conocido antes de la presente investigación: la falta de definición institucional del cargo, en el que primaba la condición de confesor de un clérigo particular, y de ahí su escaso reflejo en los archivos.

Lo que ya queda fuera de toda duda es que los reyes de la Casa de Trastámara contaban con varios confesores al mismo tiempo, si bien uno se erigía como “confesor mayor” (Fernando de Illescas y Hernando de Talavera recibieron explícitamente dicho título), y era el principal entre todos. Los demás estarían a disposición del rey de manera subsidiaria, cuando el principal confesor hubiese de ausentarse de la corte por responsabilidades de diverso tipo, especialmente las relacionadas con la

reforma eclesiástica (visitas a conventos, obligaciones en una diócesis por su condición de obispo, etc.) y con la representación diplomática del rey. En los reinados de Juan I, Enrique III y durante la minoría de edad y primeros años de reinado no tutelado del rey Juan II (esto es, en los años del Cisma de Occidente y su conclusión en el concilio de Constanza), hemos podido constatar la sucesión de los diversos confesores debido a las misiones diplomáticas y a la designación de algunos para tareas de responsabilidad en su orden, tales como la de provincial o visitador. No obstante, las cronologías ofrecidas son en buena medida hipotéticas aunque nos parece que se adecúan a la realidad histórica.

En cuanto al modo de acceder y abandonar el cargo, podemos llegar a unas conclusiones que creemos fiables. Lo primero que hay que señalar (y que ya era conocido y queda de este modo confirmado) es que los confesores reales eran en su mayoría hombres de humildes orígenes. Si muchos de ellos procedían de familias de la nobleza local (Pedro López de Aguiar en Lugo, Lope de Barrientos en Medina del Campo, Fernando de Torres en Sevilla...) sólo unos pocos (Alfonso Fernández de Toledo, Juan Enríquez, Alfonso Vázquez de Acuña) procedían de linajes más destacados. De todos modos, en estos casos no creemos que debieran su designación a la influencia familiar, como si de una estrategia para tener más peso e influencia en la corte se tratara. Pensamos que los reyes (o los tutores de los reyes) siempre eligieron libremente a las personas que creían más indicadas, tanto por su preparación como por la afinidad personal. Qué duda cabe que pertenecer a un linaje permitiría un acceso más rápido a la corte, y sería así una manera de llegar a la persona real, pero a partir de ese momento, el sacerdote habría de demostrar su valía personal, que se refleja en la prosopografía sobre la que luego expondremos las conclusiones. En

este sentido, en lo que se refiere a los modos de acceso al confesionario real, podemos dividir las distintas vías en tres grupos:

- Recomendación: En muchos casos hubo alguna persona que presentó el confesor al monarca como candidato a dicho cargo. Así, Franciso Jiménez de Cisneros llegó a confesor de Isabel I por recomendación del cardenal Mendoza, e incluso un confesor como Pedro López de Aguiar pudo llegar a serlo por recomendación de otro, fray Juan Fernández de Aviancos, o fray Gonzalo de Illescas respecto a Juan II gracias, posiblemente, a fray Pedro de las Cabañuelas, confesor de María de Aragón. En este grupo podrían incluirse muchos de los que no tenemos constancia de que fuesen recomendado, pues no ha quedado registro escrito, pero pudo ser un elemento de gran importancia.
- Disposición: Hemos visto que algunos reyes dispusieron los confesores que sus herederos habrían de tener. Tal es el caso de Enrique III (que a su vez heredó de su padre a fray Fernando de Illescas), quien mandó en su testamento que fuese fray Alfonso de Alcocer quien confesase a su hijo. Y sería precisamente su esposa, Catalina de Lancáster, ya como regente, la que manejó la situación para desplazar a este confesor y poner en torno al joven Juan II un círculo de confesores dominicos (Juan de Morales, Juan Rodríguez de Villalón, Álvaro de Córdoba y muy probablemente Luis de Valladolid). Incluso Lope de Barrientos (confesor impuesto al príncipe Enrique en cierto modo por su padre Juan II) abandonó el cargo a condición de que Enrique IV aceptase como confesor a Pedro de Villacastín. No obstante, dado que la viabilidad del desempeño de esta función

dependía en gran medida de la afinidad personal entre el monarca y su confesor, los confesores que accedieron al cargo por esta vía raramente perduraron en el mismo. Tan sólo en el caso de Juan II, con los confesores dominicos impuestos por su madre, parece que hubo una sintonía que se mantuvo tiempo después de fallecer la reina, hasta la llegada del gran confesor Lope de Barrientos en torno al año 1434, cuando estos confesores habían muerto o se habían alejado de la corte.

- Fama de santidad y sabiduría: En otros casos, los confesores eran previamente hombres de cierta notoriedad por su prestigio moral (san Pedro González de Telmo ante Fernando III o fray Hernando de Talavera como famoso prior del monasterio de Valladolid, por ejemplo), o por su preparación intelectual que les predisponía a una buena labor como consejeros y confidentes de los reyes, además de capacitarlos para otras funciones ulteriores. Álvaro de Córdoba, Lope de Barrientos, Alfonso de Palenzuela y otros así parece que se hicieron notar ante la corte, bien antes de ser llamados a ella o después de desempeñar algún cargo, como ocurrió con los mencionados Barrientos (como maestro del príncipe Enrique) o Palenzuela (como predicador de corte). Esta característica, por lo general, atrajo en el conjunto de la Cristiandad a muchos fieles a la confesión con un obispo o monje determinados.

Hay que decir que estas vías de acceso no se excluyen entre sí. Por ejemplo, Álvaro de Córdoba fue dispuesto como confesor de Juan II después de que Catalina de Lancáster lo hiciera llamar a la corte por su fama de santidad y preparación, y en ello medió probablemente la recomendación

de fray Luis de Valladolid que había de ausentarse de la corte. Por lo tanto, podemos concluir que esas vías de acceso son también los factores que confluían en casi todos los casos para la designación del confesor real. Esto es lo máximo a lo que podemos llegar sobre esta cuestión. En cualquier caso, la afinidad rey-confesor (o tutor-confesor) y la preparación de éste están detrás de toda elección. Por otro lado, en pocas ocasiones encontramos el título de confesor de manera honorífica (como el caso de Barrientos con Enrique IV, por el cual percibía además una ración en la corte) y este título siempre se asocia al desempeño efectivo de la confesión. Recordemos por ejemplo que Alonso de Burgos insistía en denominarse confesor de los Reyes Católicos cuando éstos ya no le deparaban dicho título, ya que éste estaba asociado al ejercicio de la función.

En lo que se refiere al abandono del cargo, hemos comprobado que casi siempre se debió a la imposibilidad de compaginarlo con otras responsabilidades adquiridas por los confesores, dentro de su orden religiosa o por su promoción al episcopado. Salvo los casos de los confesores impuestos desde fuera, no hemos encontrado casos en los que los reyes dejaran de apreciar a un confesor como tal y lo abandonasen. El fin de la función de confesor, en este sentido, venía con la muerte del monarca, la del confesor o la separación forzosa por el desempeño de otras responsabilidades.

Por último, en lo que se refiere a la importancia particular de los confesores reales en los hechos del reino, hemos comprobado que hubo confesores que apenas han dejado noticia de su actividad (con lo que su influencia en los hechos de gobierno fue nula) y otros que constituyen grandes figuras en algunos aspectos del gobierno de la Corona (caso de Fernando de Illescas, Lope de Barrientos, Gonzalo de Illescas, Hernando de

Talavera, Francisco Jiménez de Cisneros o Diego de Deza como los principales de entre ellos). En este sentido, nos parece que la valoración ya propuesta en la historiografía sobre el hecho de que la valía e influencia de los confesores reales dependió más de las personas que desempeñaron dicha función más que del cargo en sí es acertada.

Ahora bien, también constatamos que la propia función de confesor real exigía *per se* dicha capacidad, y por lo tanto, si figuras como las arriba citadas debieron su influencia a su propia valía, fue a través del cargo de confesor, y sólo a través del mismo, como llegaron a ejercer la influencia en la historia de la Corona castellano-leonesa que ya era bien conocida antes del presente estudio. En este sentido, es una constante que todos los confesores que llegaron a elevadas responsabilidades en la jerarquía o en el reino, lo fueron durante y después del ejercicio del cargo de confesor, que ya en la Partidas de Alfonso X requería de una elevada preparación. Sólo en el desempeño de funciones dentro de las órdenes religiosas a las que pertenecían alcanzaron notoriedad antes de ser confesores. Por todo ello, creemos que el cargo de por sí, en el Medievo, no daba al confesor la influencia que tendría en los siglos de la Modernidad, pero sí preconizó este hecho en la época de los Trastámara porque la función en sí requería en el candidato coherencia y convicción morales y de fe, preparación intelectual y sabiduría y prudencia.

- Perfil ideológico y cultural del confesor real:

Antes del presente estudio, apenas se había indagado en todo lo referido al hecho específico del cargo de confesor: el cuidado de la conciencia real y el consejo moral. Se había hecho notar cómo este

elemento fue el que hubo de dotar de relevancia al confesor del rey y le permitiría tener gran influencia en los hechos de gobierno. Dado que no se puede saber qué trataron los reyes con sus confesores en privado, apenas se había prestado atención a esta cuestión.

Partiendo de la heterogénea historiografía sobre el valor de la confesión en la cultura occidental, y en concreto de la noción de “poder pastoral”, hemos podido proponer un análisis de esta dimensión, articulado en la noción de “discurso moral y penitencial”, que nos permita acercarnos a todo lo referido al consejo espiritual, moral y político (en la medida en que en el Medievo el poder real tenía fuertes implicaciones espirituales). Nos parece que queda demostrado que los contenidos de dicho discurso se reflejaron en el hecho del consejo del confesor. Así, aunque no podamos saber las ideas concretas que el confesor manifestó al regio penitente (salvo las cartas de fray Hernando de Talavera) sí podemos (mediante los escritos de los confesores, las obras que consultaron, los testimonios de los reyes - mediante cartas, documentos oficiales...- y noticias cronísticas) establecer los parámetros morales dentro de los cuales los confesores se movieron y la ética referencial que propusieron a los reyes.

En este sentido, el confesor hubo de ser un importante agente ideológico dentro de la corte, contribuyendo a la creación de las imágenes del poder real, con la peculiaridad de que en este caso no se proyectarían dichas imágenes sobre la comunidad política del reino para legitimar el poder real, sino que dicha proyección se haría sobre la persona del rey vinculándola a la responsabilidad moral y espiritual del ejercicio de su cargo.

En este sentido, el primer elemento con el que los confesores amonestarían a los reyes sería la cuestión de la salvación, que es precisamente el primer punto del poder pastoral formulado por Michel

Foucault. Si seguimos la correlación entre lo defendido en los escritos relacionados con los confesores y su labor como directores espirituales, los confesores de los reyes habrían de instar a los monarcas a vivir como buenos cristianos y además como reyes con una responsabilidad espiritual en el recto ejercicio del poder real, cuestión por la que habrían de responder ante el juicio divino. Por las noticias que nos han llegado y que hemos citado en el presente estudio, los reyes por lo general se preocuparon seriamente por la salvación de su alma, y habrían de atender con cuidado a lo que sus confesores les manifestaran. Por otro lado, los confesores jugarían un papel esencial en la salvación del alma del rey no sólo con los consejos a lo largo de la vida del monarca, sino atendiéndolo en el momento de su partida a la vida eterna. Hemos constatado la presencia de los confesores en la mayor parte de los casos de muerte regia, y cómo tanto su ausencia como presencia (y dentro de ésta, el modo en que se llevó a cabo el *ars moriendi*) sirvió como herramienta de propaganda política para ensalzar o denigrar la figura de los reyes. En definitiva, el confesor tuvo una gran importancia en la muerte del rey tanto por el valor concedido a título personal por el monarca como por ser un elemento que podía ser empleado en la propaganda posterior a favor o en contra de la imagen del rey en cuestión.

La convicción de que la salvación pasaba por el buen ejercicio del poder real otorgaba al confesor una gran importancia como consejero en materia de gobierno, no tanto para la toma de decisiones de cuestiones concretas (en lo que hubo de tener también gran influencia, imposible de saber) sino en la observancia de las exigencias morales del cargo. En efecto, el rey debería de actuar como buen cristiano a título personal, y en esto la labor de su confesor no difería de la de cualquier otra persona. Pero, dado

que la salvación del rey dependía del buen gobierno, hubo ámbitos concretos que tanto el rey como su confesor debían atender y eran exclusivos del ámbito regio (o, en todo caso, nobiliario). A partir de la literatura penitencial consultada, dichos ámbitos serían:

- La legitimidad del poder real: En este punto, hemos visto que los confesores reales colaboraron no sólo con sus consejos, sino también poniéndose a disposición de sus confesandos en el acceso al trono, en momentos donde su legitimidad quedaba entredicha. Pudiendo ser vista esta cuestión como una contradicción de los confesores, parece que en virtud de la idea de legitimidad de ejercicio, por la que los soberanos podían perder el derecho a la obediencia (Pedro I, Enrique IV) y sus adversarios la asunción del poder (Enrique II, Isabel I), el discernimiento moral de los confesores pudo contribuir al la convicción de que dichas pugnas eran legítimas, contribuyendo por tanto al éxito político salvaguardando la integridad moral y espiritual de la causa.

- La exacción fiscal: En este punto, los confesores hubieron de instar a los monarcas a pedir tributos conforme a derecho y a destinar lo recaudado a los fines para los que estaban pensados dichos impuestos. Estas ideas que se definen y detallan en la literatura penitencial tienen su reflejo en la actuación concreta de confesores como Alonso de Espina (que criticó a Enrique IV por no destinar los ingresos de la bula de cruzada a la lucha contra los musulmanes) o Hernando de Talavera, en cuyo criterio confió la reina Isabel para

gestionar los asuntos económicos de la Corona respetando la integridad de la moral.

- El amparo de la fe y moral del reino: Como rey cristiano, el monarca en la época de los Trastámara tenía una responsabilidad en la protección y respeto a la Iglesia, la promoción de la reforma y la salvaguarda de la moral y la ortodoxia del reino. En ello, los confesores hubieron de ser grandes consejeros, lo cual explicaría que se contase con ellos para las elecciones episcopales, la visitación de conventos y otras medidas de reforma eclesiástica. Por otro lado, hubo confesores que consiguieron, aun parcialmente, que en la corte se pudiera respirar un ambiente más cristiano, instando a los reyes a velar por la salud moral de dicho ámbito (caso de Pedro González de Telmo o Hernando de Talavera, por ejemplo). A partir de la Casa y corte, los confesores tendrían que ayudar a los reyes a cumplir con la responsabilidad de fomentar en el reino las buenas costumbres y el respeto de la ortodoxia cristiana. La gestión de Lope de Barrientos con los libros de don Enrique de Villena o la supervisión de los mendicantes heterodoxos que llevaron a cabo Alonso de Cusanza o Francisco de Soria son expresión de ello.

- La promulgación de leyes y cumplimiento de la justicia: Frente a la idea de que la voluntad real era suficiente para legitimar una ley, los confesores hubieron de defender ante los monarcas que las leyes debían ser acordes a los principios de la moral cristiana, lo cual se expresa claramente en los escritos, aunque no hay muchas más evidencias históricas al respecto.

- La guerra: Si bien la violencia fue denostada por los confesores como un hecho contrario a la moral, tampoco dudaron en exigir a los reyes

una respuesta enérgica cuando la situación lo requería, bien mediante la represión de los elementos subversivos dentro del reino (nobleza, criminalidad o los herejes) o la guerra, especialmente contra los infieles. Así, para evitar incurrir en el enorme pecado del homicidio y la guerra injusta, los confesores de los reyes hubieron de tener enorme importancia en la exposición de las condiciones morales que legitimasen el recurso a la fuerza, y cuando dichas condiciones se cumplían (defensa de la autoridad real injustamente vulnerada, de la comunidad del reino, de la fe, del orden y de la moral) no dudaron en instar y apoyar a los soberanos a emprender medidas de fuerza a las que no tendrían tan sólo derecho sino deber de llevar a cabo.

- Perfil prosopográfico:

Si bien no se puede separar del todo los aspectos ideológicos de los procesos prácticos (de modo que hemos vinculado el discurso moral y penitencial a su plasmación práctica en los acontecimientos históricos), hemos de valorar ahora la figura del confesor real en un sentido más cuantitativo a través de la prosopografía, es decir, contabilizando las pautas que los confesores siguieron en su conjunto, lo cual manifestará la importancia que jugaron en diversos ámbitos de la monarquía y de la Iglesia en Castilla.

En el estudio hemos dividido los confesores de los Trastámara (de Enrique II a Enrique IV) y los de los Reyes Católicos ya que, aunque éstos pertenecían a la misma dinastía y la reina Isabel I se incluye en el presente estudio, en la medida que ya han sido estudiados y suponen un nuevo

periodo histórico la división nos parece apropiada para una valoración más exacta de los confesores reales. De todos modos, no olvidemos que de los confesores castellanos de Fernando V, dos lo fueron de la reina (Talavera y Matienzo) y un tercero pudo llegar a serlo con bastante probabilidad (Diego de Deza), con lo que a efectos del presente estudio podemos sumar las cifras de este reinado al conjunto de la Casa de Trastámara casi de manera automática para poder llegar a una conclusión conjunta de esta dinastía. Por otro lado, recordemos que algunos de los datos son aproximativos, ya que tanto las categorías empleadas (“reformador” o “académico”, por ejemplo) como las evidencias documentales no permiten ofrecer cifras exactas.

Comenzando por su condición religiosa, de los veinticinco confesores de los Trastámara nueve fueron dominicos, otros nueve franciscanos y siete presentan otra filiación religiosa o no se conoce. En el caso de los trece confesores de los Reyes Católicos, aparecen seis dominicos, cinco franciscanos y dos que no pertenecían a dichas órdenes. Numéricamente, se desmiente el supuesto predominio de los Hermanos Predicadores que la historiografía antigua defendía, y que ya había sido puesto en duda por la posterior. No obstante, es cierto que con respecto a otros miembros de la familia real, y respecto a otras coronas (como la de Aragón previamente a la llegada de los Trastámara), hubo muchos más confesores dominicos entre los monarcas castellanos, ya desde la época de la Casa de Borgoña, con lo que la idea de que Enrique II instó a sus sucesores a elegir confesores dominicos por ser los más propios de la corona castellano-leonesa tiene visos de verosimilitud, y la elección de dominicos pudo responder en parte a esta estrategia legitimadora. No obstante, reyes como Enrique III o Isabel I dieron muestras de no atenerse a dicha norma. Por otro lado, los números

tampoco significan todo, ya que el principal confesor del reinado de Isabel I fue Hernando de Talavera, que se encuentra entre los dos confesores que no pertenecían a los Hermanos Predicadores o Menores.

La elección de los mendicantes debió responder, por otro lado, a la preparación y al rigor de vida evangélico de dichos frailes. Muchos de los confesores pertenecieron a la rama de los observantes y jugaron un activo papel en la reforma eclesiástica. Antes aludimos al hecho de que, si bien sólo después de ser confesores estos hombres accedieron al episcopado o a puestos de responsabilidad en la corte, no ocurría lo mismo en el desempeño de responsabilidades en sus órdenes religiosas. En efecto, por lo general ya habían alcanzado notoriedad dentro de las mismas, constituyendo este hecho unas magníficas credenciales para demostrar su capacitación de cara al desempeño del cargo de confesor real, ya que habían demostrado capacidad organizativa, preparación y buen discernimiento.

En este sentido, las cifras sobre las responsabilidades de los confesores dentro de sus órdenes es, de entre los veinticinco confesores de los reyes que van de Enrique II a Enrique IV siete provinciales o custodios, once priores y siete con otras funciones eclesiásticas fuera de la corte y el episcopado; de entre los trece de los Reyes Católicos, hubo cuatro provinciales o custodios, nueve priores y cuatro con otros cargos. Algunos de dichos cargos coincidieron en las mismas personas, con lo que la cifra definitiva es de diecisiete confesores en época Trastámara con responsabilidades en su orden religiosa o en la Iglesia diocesana (68% del total), y diez en el caso de los Reyes Católicos (77%). Ello revela que los confesores tuvieron cargos de responsabilidad antes de ser confesores reales propiamente, y ya durante el desempeño del cargo y después. Todo

ello parece indicar que los reyes los eligieron , entre otras razones, por haber demostrado su preparación y que su elección, a su vez, pudo suponer una conexión entre la monarquía y las órdenes religiosas a las que pertenecían los confesores, dándose un beneficio mutuo entre ambas esferas.

Pero donde se aprecia claramente el deseo de recompensar a los confesores reales, de situar a un servidor leal que pudiera mejorar las relaciones monarquía-Iglesia, asegurar el acatamiento del poder real y mejorar el nivel espiritual de las diócesis es en las designaciones episcopales. En casi la totalidad de los casos estos sacerdotes no eran obispos antes de ser confesores, sólo después. A veces, dicho nombramiento suponía el alejamiento entre el monarca y el confesor que acababa con la relación a estos efectos, pero no estaba en la voluntad real terminar con dicha relación. Así, Lope de Barrientos o Hernando de Talavera dejaron de confesar progresivamente a los monarcas dadas sus responsabilidades como obispos, pero dicha separación no fue automática, y en el caso de Alonso de Cusanza el Papa le concedió la capacidad de residir en la corte en virtud de su condición de confesor. Recordemos que, de este modo, el rey no sólo conseguía las ventajas mencionadas al principio de este párrafo, sino que su confesor adquiría competencias penitenciales aún más amplias. Por todo ello, creemos que la designación episcopal no suponía el cese del confesor como tal.

Numéricamente, se aprecia la recurrencia de los reyes en designar a sus confesores, ya que en la época que va de Enrique II a Enrique IV hubo diez obispos en el grupo de confesores (40%) y cuatro en el periodo de los Reyes Católicos (31%). Si bien no son mayoría, nos parecen cifras elevadas. Pensemos además que en el caso de los Reyes Católicos, como había

ocurrido en tiempos de la Casa de Borgoña, los confesores llegaron a las mitras más principales del reino (Toledo, Sevilla, Granada). En la época de los Trastámara, ocuparon sedes importantes y otras menores, quizá debido al poder de la nobleza para designar en las demás sedes a miembros de su familia. En este sentido, los confesores aceptaron obispados difíciles o pobres, lo que parece demostrar su compromiso con la tarea espiritual, de lo que dio muestras por escrito, por ejemplo, Alonso de Palenzuela, y otros muchos con la convocatoria de sínodos.

En relación con los sínodos, hemos podido apreciar que el ímpetu reformador de los confesores fue elevado. Así, trece llevaron a cabo claras iniciativas de reforma en los obispados o dentro de sus órdenes religiosas en la época que va de Enrique II hasta Enrique IV (52%), y seis en tiempos de los Reyes Católicos (46%). Aquí, hemos podido constatar un beneficio mutuo: los confesores aprovecharon la cercanía a los reyes para obtener de los mismos ayuda en su labor de reforma (limosnas, peticiones a la Santa Sede, donaciones...) y los monarcas confiaron en sus confesores para acometer las reformas por las que ellos ya se sentían interesados. En este sentido, los confesores reales en la Castilla bajomedieval constituyeron, fuera de toda duda, un grupo dentro de los agentes de la Reforma eclesiástica. Además, los que llegaron a obispos (y ésta fue una de las razones de su elección) pudieron aprovechar su nueva autoridad para seguir con dichas reformas, llegando hasta la época del cardenal Cisneros que, ya antes de ser confesor, dio muestras de este deseo de renovación cristiana en Castilla, hasta llegar a la época del arzobispado de Toledo y el cardenalato.

Todas las virtudes y competencias demostradas en el ámbito eclesiástico les permitieron no sólo ya el ejercicio del cargo de confesor sino

también el desempeño de tareas políticas. En ellas, hemos creído demostrar que su condición de confesores tuvo peso durante el mismo desempeño de tales responsabilidades. Los reyes exigirían de sus confesores, además de la santidad de vida, una preparación intelectual que les permitiera atender la conciencia regia. En la prosopografía se refleja dicho requerimiento teórico del discurso penitencial, y así trece confesores de los veinticinco de la época de los Trastámara tuvieron cargos de tipo académico (52%), y cinco en el caso de los Reyes Católicos (38%). Dando por hecho que el resto de confesores tendría también preparación, las cifras expuestas muestran que los reyes acudieron a hombres no ya sólo con una preparación suficiente, sino en cierta medida extraordinaria. Así, además de atender su conciencia, este hecho les permitió desempeñar funciones cortesanas como son la presencia en el Consejo Real, la Audiencia Real, el cargo de maestro o predicador, etc. De entre todas ellas, como hemos visto, destaca la representación diplomática del monarca. Así, en cifras absolutas, desde Enrique II a Isabel I hubo trece confesores que actuaron como embajadores, nueve formaron parte del Consejo Real, seis fueron tutores o maestros de los príncipes e infantes, cinco trabajaron en la Cancillería y justicia y seis desempeñaron otras funciones clericales en la corte. Por otro lado, aunque escapa al ámbito que estudiamos, en el reinado de los Reyes Católicos se sitúa el origen de la Inquisición, y ya desde su nacimiento los confesores de los reyes ocuparon los cargos de máxima responsabilidad durante todo el reinado de Isabel I y después.

En la época que va de Enrique II a Enrique IV son mayoría los confesores con responsabilidades políticas (61%), y en la época de los Reyes Católicos la proporción tampoco es desdeñable (46%). Entre ambos periodos contrasta el hecho de que los confesores de Isabel I apenas

tuvieron misiones de tipo político (aunque fueron importantes, tales como la pacificación con Portugal, las políticas matrimoniales o la relación con la Santa Sede) frente al 42% de confesores de los Trastámara que actuaron como embajadores de los mismos.

En relación con la representación diplomática, podemos concluir que la recurrente presencia de confesores se debe al hecho de que, dada su preparación y la amistad que les unía a los monarcas, así como el profundo conocimiento que de su conciencia tenían, estaban en condiciones de representar a la persona real y actuar como si de la mismísima persona del rey se tratara. Además, los reyes confiarían en su buen criterio del mismo modo que hacían en la dirección espiritual. Vemos así que fray Fernando de Illescas se destacó como uno de los pocos diplomáticos profesionales de la Baja Edad Media en Castilla, y que los Pontífices percibieron en él, así como en otros confesores, la importancia que como confesores del monarca tenían, empleándolos como canal privilegiado de comunicación con los reyes. La labor de los confesores en tareas diplomáticas se desarrolló en tres frentes: cuestiones eclesiásticas (47% de los casos desde Enrique II a Isabel I inclusive), relación con otros reinos (39%) y diplomacia interior (14%).

La preponderancia en asuntos relacionados con la Iglesia tiene todo el sentido, dado que los confesores pertenecían al orden eclesiástico. Ya era sabido de antes que con el problema del Cisma la presencia de eclesiásticos en las embajadas reales se incrementó, y dentro de este grupo hubo muchos confesores. Precisamente en este asunto su relevancia podía venir de que se tratase de una cuestión de conciencia obedecer al legítimo sucesor de san Pedro y resolver una situación tan escandalosa. Ello explica, a nuestro entender, la presencia de los confesores en las embajadas y

concilios en calidad expresa de confesores del rey de Castilla o de otros miembros de la familia real. En lo que se refiere a los asuntos con otras coronas, hemos visto que tuvieron gran importancia en los conciertos matrimoniales (lo que se hizo más evidente en época de los Reyes Católicos) y desde que los Trastámaras llegaron a los tronos de Aragón y Navarra los confesores actuaron como intermediarios entre los que eran miembros de una misma familia. Por último, algunos confesores tuvieron cierto peso en la búsqueda de la pacificación interna del reino, tratando de reconciliar a la nobleza entre sí y con la monarquía y buscando soluciones pactadas. Sería ésta la otra manera de buscar la paz del reino y el respeto de la autoridad real frente al ejercicio de la violencia, que sería el último recurso que, llegado el momento, los confesores legitimarían ante sus monarcas y confesarios.

En la diplomacia, la salvaguarda del secreto real (los *arcana imperii*) era otro elemento en el que el embajador debía ser diestro. En este sentido, el confesor real era óptimo candidato también por esta cuestión. Pero la poridad del rey, como ya hemos visto, no sólo se aplicaba al caso de la diplomacia. La salvaguarda del secreto real era un elemento intrínseco y esencial del desempeño del cargo de confesor, que ya Alfonso X se esforzó en reiterar en las Partidas. En la Corona castellano-leonesa, entre 1366 y 1504, no hemos encontrado ningún caso en el que el confesor hubiese roto no ya el Sigilo Sacramental, sino el consejo privado que se daba fuera de éste, cuestión por la que los soberanos sentían verdadera preocupación.

Por último, aunque lo expusimos antes de todo lo anterior, otra función política sobre la que planteamos la posible importancia del confesor es la de albacea testamentario, en la medida en que el confesor era depositario de la confianza del monarca y había de asistirlo en sus

últimos momentos. Ciertamente, en el caso de la Corona de Francia el recurso frecuente a los confesores como garantes de las últimas voluntades del rey ha quedado demostrado, pero ello contrasta con el caso de la Castilla de los Trastámara, en la que sólo tres de los veinticinco confesores fueron albaceas, dos de los cuales, fray Fernando de Illescas y Juan Enríquez, pidieron la exención del compromiso con el testamento de Enrique III. En el caso de los Reyes Católicos, encontramos tres albaceas, aunque son los confesores de mayor relevancia: Hernando de Talavera, Diego de Deza y Francisco Jiménez de Cisneros, si bien Talavera nunca se vio en la situación de tener que hacer cumplir el testamento de Fernando V. Por todo ello, creemos que la influencia de los confesores como garantes del cumplimiento de la voluntad póstuma del rey en el caso de la Castilla Trastámara no fue especialmente relevante, salvo en el reinado de Isabel I.

- Límites del estudio y nuevos campos de investigación:

Si bien creemos que hemos aportado unas conclusiones sólidas sobre la figura del confesor real en la Castilla Trastámara, y que hemos agotado las posibilidades de estudio de la misma, es preciso reconocer que el presente estudio presenta ciertas limitaciones, que son a su vez nuevas líneas de investigación que se pueden emprender. En primer lugar, dado que la investigación se ha centrado en una figura huidiza por su falta de concreción institucional, nos hemos visto obligados a buscar en los archivos y bibliografía de manera prospectiva, encontrando de esta manera muchos datos pero constatando que una investigación en todos los fondos existentes donde podrían hallarse datos de interés es materialmente imposible. Por ello, no se descarta que investigaciones posteriores puedan

aportar nuevos datos con los que aquí no se han contado, hallando nuevos confesores reales o documentos relacionados con los hasta ahora identificados. La investigación en las órdenes religiosas o en los diversos reinados en su conjunto podrían ofrecer nuevos datos, trabajos de indagación que superarían con mucho las posibilidades del presente estudio.

Por otro lado, la valoración de los confesores reales depende en buena medida de los diversos ámbitos en los que se contextualizan, y la falta de estudios de conjunto de dichos ámbitos imposibilita una valoración más ajustada. Así, en el campo de reinados concretos (como el de Juan II), o ámbitos como el de la Capilla Real o la diplomacia, en los que ya existen estudios de conjunto, la valoración de la figura del confesor ha sido más ajustada que en otros periodos o ámbitos, tales como el de las órdenes religiosas, la reforma eclesiástica o los discursos ideológicos sobre el poder real. Estudios futuros en estos campos pueden ofrecernos una visión más exacta del papel de los confesores en dichos procesos, bien para enfatizarlo o para relativizarlo. El presente estudio, en ese sentido, se ofrece a posibles investigaciones en estos campos como un punto específico que se pueda tener en cuenta.

Por último, el estudio comparativo del confesor real en la Castilla Trastámara con respecto a la figura del confesor real en otras Coronas está aún por hacer dada la falta de estudios en otros ámbitos, a excepción del caso de Francia y, en menor medida, de Navarra. Viendo las estadísticas ofrecidas en el presente estudio, parecería que la figura del confesor real en la Corona castellano-leonesa en los siglos XIV y XV tuvo mucha más relevancia que en otros reinos, pero ya dijimos que ello se debe al hecho de que apenas contamos con datos para éstos. Por ello, podemos decir que

una nueva línea de investigación es la de la figura del confesor real en los demás reinos peninsulares y aún en otras monarquías europeas, lo que permitiría, por un lado, valorar en su justa medida la figura del confesor real en Castilla y, por otro, hacer un estudio global que permitiese ver las pautas comunes de los confesores reales en la Cristiandad Occidental y las particularidades de cada área, con el fin de alcanzar un conocimiento sólido sobre una figura que, con el tiempo, alcanzó gran importancia en la historia de las monarquías del Occidente católico. En este sentido, el presente estudio se ofrece como una nueva aportación y nos parece que el enfoque adoptado y la estructura del estudio podría aplicarse a otros casos.

SUMMARY AND CONCLUSIONS:

The knowledge about the figure of royal confessor has been, until recent times, very limited for the period of medieval Castile. A lot of studies have been done for Modern Age, when the institution of the king's confessor played an important role in the Court of the Hispanic Crown. It is evident that this figure didn't appear *ex nihilo* in the Sixteenth Century and there existed some origins. Many historians mentioned some medieval confessors in their studies about any other subjects. Actually, it was not clear if those clerics could be properly considered as confessors.

Our first aim has been to find all the references which exist in the sources and bibliography about king's confessors in the Middle Ages and verify their nature as confessors. We fixed the beginning of the period of study with the reign of Enrique II, and its end with the death of Isabel I in 1504. The main reason is the fact that both sovereigns are the first and last monarchs of Trastámara dynasty, a very significant period in the origin of Modern State in Castile. The Church was an essential element in this process, on account of the service which many clerics enlisted to the Crown in different tasks (diplomacy, bureaucracy, Counsel and Counselling, etc.) and their ideological support to this endeavour. In this context, the royal confessor could perform an important work as personal advisor and a loyal subject to the person of the king in so many activities. This is well-known for Modern Age and also for the reign of transition between this period and the precedent: the period of Catholic Kings. But it isn't for the times backwards.

These circumstances led us to gather all the references we have found in order to measure the significance of the confessors of kings in

Trastámara Castile. In this way, we could conclude whether all the characteristics of royal confessors in the Spanish Court from Sixteenth Century onwards come from Middle Ages or there was a rupture between these two periods. We decided not to include the confessors of royal family, but only those who were confessors of the kings or queens which ruled the kingdom by inheritance. Nevertheless, we will mention some other confessors of the royal family (and from other kingdoms) if necessary, because comparative history may clarify some points.

This PhD is divided in five parts:

1. - Historiography and historical origins of the figure of King's Confessor:

There are not many studies devoted to royal confessor, but, as we said, many references have been found in diverse studies related to other subjects (history of the Church, political history...). The interest about the figure of royal confessor began, nevertheless, in Modern Age. When dominicans saw their position at Court in danger during the period of Carlos II and the arrival of the new dynasty of Borbón House to Spain, some friars and sympathisers (such as José Diego Dormer) wrote some little treatises defending the exclusive right of Dominicans to confess the Spanish King. After this time, in 18th century no publication was made. In 19th century some French authors (M. Grégoire, É. du Cange) published some studies about the subject, but quite vague for medieval Castile. It wasn't until the beginning of 20th century when the first modern studies were published (L. Alonso, A. López), which maintained an apologetic intention. From this time onwards, many historians have accomplished partial studies about it and

noticed the potential relevance of royal confessors in Middle Ages (J. M. Nieto, Ó. Villarroel, D. Nogales).

On the basis of historiography and literature, the list of possible confessors of kings in Medieval Castile (and before), was:

Hermenegildo	san Leandro
Ordoño II	Diego López Hermenegildo
Alfonso VI	Bernardo de Sédirac
Raimundo de Borgoña	Diego Gelmírez
Urraca I	Pedro II y Pedro III, obispos de Lugo
Fernando II de León	Pedro, obispo de Orense
Alfonso VIII	Cerebruno
Fernando III	Rodrigo Jiménez de Rada Domingo Muñoz (OP) Pedro González de Telmo (OP) Raimundo Losana (OP)
Alfonso X	Rodrigo González de León (OP) Pedro Gallego (OFM)
Sancho IV	Domingo de Robledo (OP) Juan Gil de Zamora (OFM)

	Pedro Fechor (OFM)
Fernando IV	Domingo de Robledo (OP)
Alfonso XI	Juan de Entrega (OP) Juan González de Aviancos (OP) Alonso de Zamora (OP) Juan de Monforte (OFM)
Pedro I	Pedro López de Aguiar (OP) Pedro Ortiz (OP) Juan de Balbas (OFM)
Enrique II	Diego López de Ribadeneyra (OFM) Juan de Esbarroya (OP)
Juan I	Fernando de Illescas (OFM) Pedro de Belorado Juan Vélez
Enrique III	Fernando de Illescas (OFM) Alfonso de Aguilar (OFM) Juan Enríquez (OFM) Alfonso de Alcocer (OFM) ¿Juan de Soto Venado? (OSH) Alfonso Cusanza (OP)
Juan II	Alfonso de Alcocer (OFM) Juan de Morales (OP) Fernando de Torres (O. Cart.)

	Luis de Valladolid (OP)
	Álvaro de Córdoba (OP)
	Juan de Villalón (OP)
	Gonzalo de Illescas (OSH)
	Alfonso de Cusanza (OP)
Enrique IV	Antón de San Martín
	Alfonso Vázquez Peleas
	Juan de Mazuela (OSH)
	Alonso de Oropesa (OSH)
	Rodrigo de Valencia (OP)
	Alfonso de Espina (OFM)
Isabel I	Hernando de Talavera (OSH)
	Mateo de Jerez (OP)
	Juan Carrasco (OP)
	Alfonso de Burgos (OP)
	Tomás de Torquemada (OP)
	Diego de Nava (OFM)
	Diego Bernardino de Monroy (OFM)
	Juan de Tolosa (OFM)
	Francisco Jiménez de Cisneros (OFM)
	Juan Pérez (OFM)

First of all, we should try to respond the question when royal confessors appeared. According to old historiography, from the wisigoth Kingdom in Hispania onwards there existed clergymen who can be considered as confessors. The problem is that the model of Penitence in

Early Middle Ages in Iberia didn't allow the existence of a particular confession, because Penitence was public in some parts of its celebration, it was not frequent and, finally, it was given generally when death was close. In fact, king Wamba lost his right to rule the kingdom when he entered in the *Ordo poenitentiarum*, i.e., those who received Penitence. Consequently, it couldn't exist a royal confessor as we have to understand the word, but liturgical ministers or advisors in any case.

This situation went on until XI. So, the reference to Hermenegildo or Diego López (who received the name of *confessor regis* in time of Ordoño II) is a misunderstanding of the sources. In that time *confessor* meant a person who entered in monastic life acquiring a penitential style of life, but the word didn't refer to the priest who administered the Penitence.

This is way we think it wasn't possible the existence of a confessor as it was understood later until the arrival of a new model of Penitence. This took place in 11th century, with the Cluniac Reform and the introduction of Roman rite in León and Castile, during the reign of Alfonso VI. In this time appeared the *clerici regis*, the king's clerks, a heterogeneous group of clergymen at the service of the king, such as the royal tutors or chaplains. Some of them can be considered confessors in the reign of Alfonso VI, Urraca I, Alfonso VII and so on.

Other important landmark was the beginning of 13th Century, with the birth and extension of mendicant orders and the IV Lateran Council, where it was consecrated the model of auricular and private Penitence. So, from the time of Fernando III onwards, we start to find many friars who can be considered confessors. The first explicit mention found comes from the reign of Fernando IV, who sent some letter to bishop Juan Hernández of Lugo calling him his confessor ("nuestro Confesor").

2. The biography of the confessors of Trastamara Kings in the Crown of Castile and León:

In the time Pedro I the figure of royal confessor existed clearly. This king was supported by their confessors but historiography insisted some of them abandoned them (Alfonso Fernández de Toledo, Pedro López de Aguiar). Nevertheless, this seems to be a historiographical construction, and their distancing from the Court was due by other reasons (specially their appointment as bishops). Something similar would happen with king Enrique IV, so we can see that the distance between these monarchs and their confessors by different reasons was used by their enemies in propaganda.

The list showed below (in the conclusions) reveal that the kings of the House of Trastamara had many confessors. Enrique II had a Franciscan, Diego López de Ribadeneyra, who was important in the access to the throne, by arranging alliances with the enemies of Pedro I, and Juan de Esbarroya, who attended the king in his death. King Juan I had as main confessor Fernando de Illescas, who was really important in diplomacy with many western kingdoms and in the problem of Western Schism. Probably, king Juan (who died unexpectedly) ordered his son Enrique to have Fernando de Illescas as confessor. Nevertheless, the new king preferred other franciscan priests as confessors (Alfonso de Aguilar, Juan de Ezcaray, Alfonso de Alcocer, Juan Enríquez). All of them had a good qualification and had many responsibilities in diplomacy and Church affairs. The early death of king Enrique left a child in the throne. Enrique III appointed Alfonso de Alcocer as his heir's confessor, but his widow, queen Katherine of

Lancaster, changed the confessor electing some dominicans for the task. Two of them were elected bishops later (Juan Rodríguez e Villalón, Juan de Morales) and represented the queen as diplomatic envoys. Other two (Luis de Valladolid, Álvaro de Córdoba) were academics and endeavoured in the Church Reform. In this period we find many of these confessors determined in diplomatic missions to find a solution to the Schism, and some of them were sent to the Council of Constance.

Soon after king Juan II was declared an adult, he chose a new confessor, who was his son's tutor: Lope de Barrientos. This is a well-known clergyman of 15th century in Castile. His action exceed his condition of confessor, but this one is present in almost all his action as courtly clerk and bishop of the Realm. Near to his death, king Juan II elected Gonzalo de Illescas, and probably Alfonso de Palenzuela (his wife's confessor) to substitute Barrientos, who was absent by his duty defending the king's obedience and the pastoral care in his bishopric of Cuenca.

Enrique IV had many confessors too, but it seems he didn't follow the devotion to one in particular. In fact, he didn't follow advices who would have been really important in the history of Castile, such as the creation of Inquisition, suggested by his confessor Alonso de Espina.

The reign of Catholic Kings, to the confessors' effect, is quite well-know. We just looked over the recent bibliography and found new sources. We didn't change the vision but in some details. For instance, fray Tomás de Matienzo was, at least officially, confessor of queen Isabel I, and not only of Fernando V. It is probably that, by the end of the queen's life, Diego de Deza could act as her confessor too.

3. The penitential and moral discourse:

The study of royal confessor's figure would be rather partial if we wouldn't try to know something about its most relevant element: guidance of King's conscience. The soul was the primary object of the confessor's mission, and it explains all the confidence and influence confessors reached. We stated that knowing the king's secrets is totally impossible and inappropriate, but we can know the ethics which were the moral reference used by confessors in their mission, and could reflect their action as king's advisors. We have compared the letters of Hernando de Talavera and the treatises Lope de Barrientos, for instance, with penitential literature in Castile, and found many coincidences. This let us to state that public literature can reflect the private discourse of confessor to the king. So, on the basis of pastoral power drawn up by Michel Foucault, we can speak about a moral and penitential discourse, which contains all the ideas that, presumably, confessors exposed to the kings. We can study the question of salvation, the image of king's power exposed by confessors, and confessor's image demanded by the king, and the reflect on the actual confessors. All the main ideas are summarised in the conclusions below.

After all this research, we've reached some conclusions about the figure of king's confessor in the Crown of Castile and León during the time of Trastámara dynasty, from Enrique II to Isabel I. These conclusions constitute our contribution to historiography, and we think we reached a complete view of this subject, whose study has been quite difficult due to the lack of specific sources.

1. Precedents and origins of the charge:

Some authors thought that the confessors of kings existed from the beginning of christian monarchy in Iberia, which implies the existence of confessors from the time of wisigothic period. We hold that this idea is completely wrong, and we have identified the oldest and most arcaic origins in the 11th Century. This conclusion is due to the fact that until that century the model of the sacrament of Penitence was under the so-called wisigothic-mozarabic rite. In this model it was completely impossible a celebration which let, in a single moment, a confession which could be auricular, private, frequent and forgive the penitent of all his faults after the absolution, under the condition of accomplishing the penitence. If all these elements couldn't coincide in a single sacramental act, there wouldn't be a confessor as we understand this figure in the catholic tradition nowadays, which is the kind of confessor which existed in the time of Trastamara sovereigns in Castile. Previously, there could be tutors, counselors or bishops who could act as advisors or as ministers of the Penitence, but couldn't play a complete function as the future confessors would do. It is true that irish Penitence existed in Iberia from early times, and this kind of Penitence could let the existence of a figure close to the one of confessor. But in the royal Courts of Iberia in Early Middle Ages this model dind't develop.

So, we cannot speak about confessors (with the meaning we must work with) until 11th Century, when cluniac monks entered in medieval Spain carrying the model of Penitence which would be extended by Roman Church in the period of Gregorian Reform and later. The reign of Alfonso VI

was the time when the Roman reform entered in Castile and León and extended a model of rites and spirituality which would allow a model of Penitence according to the one which would be consecrated by the Fourth Lateran Council. It is not casual that, in the reign of king Alfonso VI appeared the first references to the *clerici regis* or King's Clerks. Inside this group, there are mentions about the King's Tutor and the royal Chaplain. We think that, under these names, first confessors who can be properly called with this name appeared, like Robert of Sahagún or Raymond of Palencia.

This doesn't mean that all chaplains or tutors of the King should be identified as confessors, but some of them can be or, at least, as the closest precedent of the figure of the King's Confessor. Consequently, bishops cannot be considered the precedent of the figure of confessors, despite the case of the Crown of France, but the king's clerks, tutors and chaplains. So, Diego Gelmírez of Rodrigo Jiménez de Rada reached the episcopal dignity after being King's clerks, and their function as advisors or even confessors in the sovereign's last times of life are due to their first condition and not to their episcopal dignity. In the episcopate of Gelmírez, we confirm the importance given to the function of king's chancellor and chaplain which led Gelmírez to control the appointment of the cleric who would be chaplain of Alfonso VII. We think it is due to the fact that this chaplain would be the king's confessor and could influence the king.

After the reign of Alfonso VI, other important moment regarding to the sacrament of Penitence and the figure of king's confessor in Castile is the fourth Lateran Council, whose celebration almost coincide with the reign of Fernando III in Castile and León, and with the spread of mendicant orders (dominicans and franciscans) which valorated the confession as one of their most important endeavours. Confession reached the form which

allowed the existence of a confessor. Not casually, in this time we find the first priests who can be clearly identified as royal confessors, despite they are not called with this name in the sources. They were included in the royal chaplaincy. We've found the first mentions in the reign of Fernando IV, but from Fernando III to Pedro I we verified the existence of them. By the time when Enrique II was crowned, the figure of King's Confessor clearly existed in Castile.

2. *The list of confessors:*

We offer here a list of confessors which differ partially from the precedent list made according to historiography. Almost all the chronology of the confessors is rough, because their activity was not recorded:

CASA DE BORGONA

Fernando III	4.	Raimundo de Losana (OP) (1220-1252)
	5.	Domingo de Segovia (OP) (1219-1236)
	6.	Pedro González de Telmo (OP) (1236-1246)
Alfonso X	3.	Pedro Gallego (OFM) (1250 <i>ante quem</i>)
	4.	Raimundo de Losana (OP) (1252-1284)
Sancho IV	<i>Ninguna noticia con suficiente fiabilidad</i>	
Fernando IV	3.	Juan Hernández (OP) (1307 <i>ante quem</i>)
	4.	Fray Sancho (OFM)

- | | |
|------------|--|
| Alfonso XI | 5. Fraile <i>Prada</i> (c.a. 1312-1326) |
| | 6. Juan de Entrega (OP) (1340) |
| | 7. Juan de Monforte (OFM) (1345) |
| | 8. Juan Fernández de Aveancos (OP) |
|
 | |
| Pedro I | 5. Pedro López de Aguiar (OP) (c.a. 1351) |
| | 6. Alfonso Fernández (o Fernando) de Toledo y Vargas (OSA) (c.a. 1351) |
| | 7. Juan de Balbás (OFM) (1355-1362) |
| | 8. Fray Fernando (1355) |

CASA DE TRASTÁMARA

- | | |
|-------------|--|
| Enrique II | 3. Diego López de Ribadeneyra (OFM) (1354-1365) |
| | 4. Juan de Esbarroya (OP) (1379 <i>ante quem</i>) |
|
 | |
| Juan I | 4. Fernando de Illescas (OFM) (1379-1390) |
| | 5. Juan Vélez (1380) |
| | 6. Pedro de Belorado (1387) |
|
 | |
| Enrique III | 6. Alfonso de Aguilar (OFM) (1394-1403) |
| | 7. Juan de Ezcaray (OFM) (1398) |
| | 8. Fernando de Illescas (OFM) (1399) |
| | 9. Alfonso de Alcocer (OFM) (1403-1405) |
| | 10. Juan Enríquez (OFM) (1403-1405) |
|
 | |
| Juan II | 10. Alfonso de Alcocer (OFM) (1407-1410) |
| | 11. Luis de Valladolid (OP) (1415-1433) |
| | 12. Juan de Morales (OP) (1415-1420) |
| | 13. Juan Rodríguez de Villalón (OP) (1415-1420) |
| | 14. Álvaro de Córdoba (OP) (1415-1423) |

15. Alfonso Pérez de Cusanza (OP) (1423-1431)
16. Lope de Barrientos (OP) (1434-1449)
17. Alfonso de Palenzuela (OFM) (1451)
18. Gonzalo de Illescas (OSH) (1450-1454)

- | | |
|------------|--|
| Enrique IV | <ol style="list-style-type: none"> 9. Antón de san Martín (1444) 10. Alfonso Vázquez <i>Peleas</i>, o de Acuña (1452-1457) 11. Lope de Barrientos (OP) (1454-1462) 12. Rodrigo de Valencia (OP) (principios del reinado) 13. Alonso de Espina (OFM) (1455-1463) 14. Fernando de Torres (OC) (c.a 1460) 15. Pedro de Villacastín (OP) (1462-1463) 16. Juan de Mazuela (OSH) (1468-1474) |
|------------|--|

REYES CATÓLICOS

- | | |
|----------|--|
| Isabel I | <ol style="list-style-type: none"> 13. Juan de Carrasco (OP) (1474 <i>ante quem</i>) 14. Mateo de Jerez (OP) (1474 <i>ante quem</i>) 15. Alonso de Burgos (OP) (1477 <i>ante quem</i>) 16. Diego de Nava (OFM) (c.a. 1477) 17. Tomás de Torquemada (OP) (c.a. 1478-1490) 18. Juan de Tolosa (OFM) (c.a. 1477-1480) 19. Diego Bernardino de Monroy (OFM) (c.a. 1478) 20. Maestro Gómez (1480) 21. Juan Pérez (OFM) (1492 <i>ante quem</i>) 22. Hernando de Talavera (OSH) (1475-1493) 23. Francisco Jiménez de Cisneros (OFM) (1492-1504) 24. Tomás de Matienzo (OP) (c.a. 1499-1504) |
|----------|--|

- Fernando V
4. Hernando de Talavera (OSH) (c.a. 1475)
 5. Diego de Deza (OP) (c.a. 1496-1516)
 6. Tomás de Matienzo (OP) (1499-1516)

We have to point out that this list could be easily modified by future researchs. There don't exist specific records of this figure for this period, so our search has been done in so many different sources and bibliography, and we warn that there can be many references we have not found and could modify our results, specially in the period before Trastamara dynasty, because we have not devoted a deep study of those times.

3. Evaluation of the succesion and action of the royal confessors:

Historiography stated that future studies should try to find out how confessors were appointed, how the hierarchy of confessors was organized (when there were appointed more than one, something very common), and how the succesion in this function from one confessor to another was dealt. We must recognise that we have found scarce informartions about it. This is because (as we know quite well) the figure of royal confessor wasn't an institution in the Court during this period and hadn't any record in the Chancery.

There is no doubt about the fact that the monarchs of the House of Trastamara had the support of several (or, at least, more than one) confessors at the same time. This is why we find the title of "Confesor Mayor" (main confessor) applied to men like Fernando de Illescas or Hernando de Talavera, which meant that these confessors were the main ones among others. The rest of them were appointed confessors

subsidiarily. So, when the main confessor wouldn't be able to attend the King's soul or conscience because of his absence from the Court due to different responsibilities (specially related to the ecclesiastical reform and the king's diplomatic representation), other priests remained next to the king to guarantee the religious attendance. During the reign of Juan I, Enrique III and the minority and first years of Juan II (when there was the Schism of the Western Church and its conclusion with the Council of Constance), we have seen the succession of confessors as diplomatic envoys and the appointment of different responsibilities in their orders, such as the charge of provincials or supervisors of monasteries. Nevertheless, the chronology given in this study are largely hypothetical, although we tried to be the most exact as possible.

In the matter of how these priests became royal confessors and how quit this responsibility, we can expose some conclusions. First of all, we must remember something which was known before this study: the confessors generally had a humble origin. If some of them belonged to important lineages of some regions or provinces (Pedro López de Aguiar in Lugo, Lope de Barrientos in Medina del Campo, Fernando de Torres in Seville...), only some few (Alfonso Fernández de Toledo, Juan Enríquez, Alfonso Vázquez de Acuña) came from high nobility. Anyway, we think that in all the cases confessors were elected not by dynastic reasons (as if this could be seen as a strategy of nobility to find more power at Court). We think that the monarchs (or their tutors) always appointed people who were considered the most equal to the task. Nevertheless, the belonging to a noble family could let a priest to find a place at Court which facilitate the contact with the king's person. After that, this priest should demonstrate his competence to satisfy the moral requirements of the king and his spiritual

health. We could gather all the ways these men became confessors in three groups:

- Suggestion: In many cases it was a person who recommended a new confessor to the king. Francisco Jiménez de Cisneros became the queen's confessor thanks to cardinal Mnedoza, and Pedro López de Aguiar was probably introduced by another confessor, Juan Fernández de Aveancos. Something similar could happen to Gonzalo de Illescas, who could be introduced to the king by Pedro de las Cabañuelas, confessor of queen María of Aragón. Many others could reach this responsibility by this mean, although we haven't found evidence of it.
- Imposing order: Some kings designated their heirs' Confessors. For instance, Enrique III (who probably inherited his father's confessor, fray Fernando de Illescas) ordered in his will Alfonso de Alcocer to confess his son, Juan II. Enrique's wife, Katherine of Lancaster, also changed her son's confessor for other who belonged to her dominican circle (Juan de Morales, Juan Rodríguez de Villalón, Álvaro de Córdoba and, probably, Luis de Valladolid). Lope de Barrientos (imposed to Enrique IV by his father, King Juan II) gave up his charge as Enrique's confessor providing that Pedro de Villalcastín was appointed as his substitute.

However, due to the fact that personal friendship with the king or queen was required to develop this function, confessors who were imposed to the monarch seldom endured their position. Only Juan II maintained the dominican confessors elected by his mother, before the arrival of Lope de Barrientos in 1434.

- Fame of holiness and wisdom: In other cases, the friars who were elected as King's confessors were notorious by his moral prestige (saint Pedro

González de Telmo in the reign of Fernando III, or Hernando de Talavera as the famous prior of the monastery of Valladolid, for instance) or by his intellectual preparation, which qualified them for a good work as kings' counsellors and confidants in a first step, and good servants in other tasks later. Álvaro de Córdoba, Lope de Barrientos, Alfonso de Palenzuela and many others seem to have been called to the Court for this reason. Some of them were designated after having developed other functions (Barrientos had been the prince's tutor, and Palenzuela the Court's preacher). This characteristic made many Christians to search for confession with bishops or monks in Christendom.

These ways to become King's Confessor are not incompatible among them. For example, Álvaro de Córdoba was appointed king Juan's confessor by his mother, queen Katherine, but he was required to the Court, probably, by suggestions of Luis de Valladolid, who had to leave the Court. So, these ways were factors which converged in almost all the cases for the election of king's confessor. This is all we can know about this question. Anyway, the affection between the king and his confessor, and the qualification of the latter, were necessary in all the cases. The few cases where the title was merely honorific (Barrientos, Alonso de Burgos) reveal that the confessors insisted in being called like that, but the kings or queens didn't want to consider them as actual confessors.

In the matter of leaving the responsibility, we have confirmed that the impossibility of juggling other responsibilities with the charge of confessor (in his order, or in a bishopric) was the main reason why the confessor quit their function. Kings and queens didn't dismiss their confessors by any other reason, except in the case of confessors imposed

by others, as we have already said. The end of the task of royal confessor came with the king's death, the confessor's death or the necessary separation.

Some confessor have hardly left a mark of his activity as confessors and king's servants. So, their influence would have been little. But others showed a high competence and nowadays are considered important figures of medieval history in Castile (Fernando de Illescas, Lope de Barrientos, Gonzalo de Illescas, Hernando de Talavera, Francisco Jiménez de Cisneros or Diego de Deza). We can confirm what historians already said: the influence and relevance of medieval royal confessors depended on his personal competence, and didn't come by the institution.

Nevertheless, we can say that the function itself required for candidates to be highly qualified and, therefore, the confessors who acquired an important role in the Kingdom got this through this function. That's what explain that all these men only reached high positions at the Court and in the hierarchy after having been confessors, and not before. Only inside their religious orders, some of them had been important members before being appointed as king's confessors. In short, we think that the function itself didn't provide the confessors with all the importance that they reached in each case, as could happen in Modern Age, but the time of the House of Trastámara was a precedent in this characteristic, because the function itself required in the candidate coherence, moral and faith conviction, intellectual preparation, wisdom and prudence.

- Royal Confessor's Ideological and cultural profile:

Before the present study, the fact of the conscience's care and moral advice of the King by his confessor was barely studied. It had been appreciated, because this element was considered essential for understanding the influence of the confessor and would led him to high responsibilities. The Seal of the Confessional explain the scarce researchs in this subject.

On the basis of the heterogeneous historiography about confession and its role in Western culture (in particular in the idea of "pastoral power") we wanted to propose an analysis of this aspect of the function of royal confessor, under the concept of "moral and penitential discourse", which let us approach to the spiritual, moral and political advice. We consider having proved that the contents of this discourse are reflected in the evidence conserved of the advice of confessor. We haven't conserved sources which reflect directly the conscience advice to the kings (except the letters sent by Hernando de Talavera to queen Isabel I), but we can know the moral and ethical references which confessors should follow in their task of advising the king, through the texts written by them, the books they rode, the texts of the kings and chronicles.

The confessor had to be an important ideological agent inside the Court, supporting the creation of images of royal power, with the peculiar characteristic of being projected on the king's conscience, and not on the political community in order to legitimate the royal power, remembering the King his moral duty.

The first question that confessors would expose to their kings would be the problem of salvation, which is precisely the first point of pastoral

power of Michel Foucault. Confessors (according to the text we conserve) would encourage the Kings to live like good christians and to live with spiritual responsibility their use of royal power, by which they would be judged at the divine court. According to the sources, kings and queens were sincerely worried for the salvation of their souls, and would listen carefully their confessor's advices These priest not only by advice, but by attending the king's crossing from this life to the eternal one, were important in the matter of salvation. We have recorded the presence of confessors in most of the cases of royal death, and have appreciated their importance in this moment not only when they were present, but when they didn't appear in the *ars moriendi*. These circumstances were used by political propaganda in favour or against the king's memory or inheritance. So, the monarch's confessor had great relevance in king's death, from both actual and symbolic point of view.

The certainty of the fact that salvation passed through the good develop of royal power gave the royal confessor an important role as advisor, not only in concrete questions, but offering some ethical guidelines which the King should observe as well. According to penitential literature, these guidelines were:

- Legitimacy of royal power: In this point, we've seen that confessors didn't act as mere advisors, but serving their penitents in their acces to the throne when necessary, in moments when their legitimacy could be controversial. The promotion of king Enrique II or Isabel I can be seen as a contradiction in confessors because their legitimacy was suspicious. But, according to the idea of legitimacy by the exercise of power, the obedience to kings like Pedro I or Enrique IV

could be excused. In those cases, the confessor could help to discern the morality of these situations, supporting the access to the throne saving the moral integrity.

- The tax exaction: Confessors would urge the kings to require the taxes according to the law and for the aims which legitimate those incomes. These ideas are reflected, for instance, in the relation of Alonso de Espina with Enrique IV (when the friar denounced that the king didn't destinate the money obtained by the bull of Crusade to the war against Granada) or Hernando de Talavera, whose judgment in economical affairs of the Crown (saving moral integrity at the same time) deserved the queen's complete confidence.

- The protection of faith and moral in the Kingdom: As a christian sovereign, the kings of the House of Trastamara had the responsibility of protecting the Church and promote the ecclesiastical reform and keeping the moral health in the Kingdom. In this task, confessors were surely important advisors, what explain they were elected bishops or acquired different missions in the Church. Some confessors influenced the courtly circles, trying to make them more accurate to christian moral (this is the case of Pedro González de Telmo or Hernando de Talavera, for instance). From this first circle (Court) the confessors were called to support the king in his mission of promoting good practices and respect of orthodoxy in the Realm. The role of Barrientos in the censorship of Villena's library or the supervision of heterodox friars by Alonso de Cusanza or Francisco de Soria are some examples of this.

- The promulgation of laws and the execution of Justice: Despite the idea of *quod principi placuit legis habet vigorem*, confessors would

defend that monarchs had to consider the christian rules and laws and before legislating, which is defended in the texts, although we haven't found concrete mentions about this point in the sources.

- War: Violence was consider a vice and sin against christian morality, but confessors didn't worry about urging the King to act energetically, when it was required, against rebels inside the Kingdom (nobility, criminal, heretics) or infidels. So, confessor would be important to help the king to distinguish the situation where violence could be a sin from the other when it was legitimate. In this cases, they supported the king in his action, considering it was not only his right, but his duty in the defence of the Kingdom.

- *Prosopographical profile:*

Both the ideological image of royal confessor and his actual role in history must be considered together. In this point we must focus on the prosopographical profile of King's confessor in Trastamara Castile, considering this figure from a quantitative point of view, combining it with the ideal images of confessors, in order to value the accuracy between both spheres, in the ecclesiastical and political fields of medieval Castile.

We have divided the confessors of the period in two groups: those who belonged to the kings from Enrique II to Enrique IV, and the confessors of Catholic Kings, because the latters have been already studied in another PhD devoted to Royal Confessor of Modern Age and belong to a time of transition. Besides, Fernando V is not included in this study (though his two castilian confessors, Deza and Matienzo, were probably confessors of queen Isabel, at least Matienzo). So, the stadistics are clearer if we divide

both periods, and we can just join the results if we want to reach a global conclusion. Finally, we must warn that some of the categories we used and the quantities we have reached in this study are approximate (the concept of “reformer” or “academic” for instance, or the numbers of legacies). Nevertheless we have always tried to be the more accurate as possible.

Relating to the religious condition, among the twenty five confessors of the House of Trastámara, nine were dominicans, nine franciscans and other seven belonged to other religious families or their filiation remains unknown. Among the thirteen confessors of Catholic Kings, we find six dominicans, five franciscans and two who belonged to other orders. So, the hegemony of the dominican friars as royal confessors is a mere cliché of historiography, which prosopography refutes. It is true that, comparing with other members of royal family, or with other Crowns (Aragón for instance, before the arrival of Trastámara dynasty, which is quite significant) the presence of dominican friars in royal confessional is very high, as it was in time of Borgoña dynasty. This can be seen as a conviction about the relation between dominicans and the castilian-leonese Crown (although bare) which explain the change made by Enrique II choosing a confessor from the preacher brothers. Nevertheless, Enrique III or Isabel I preferred confessors who belonged to other orders.

The election of mendicant friars would be caused by the high qualification of these priests and his coherence in christian life. Many of these confessors belonged to the observant branch of their orders and played an important role in Church reform. Sometimes, this allowed them to be called to the Court, having demonstrated moral coherence, wisdom and ability in organization.

The number confessors who acted as ecclesiastical reformers is: seven provincials or custodian, eleven priors and seven with other tasks out of the court and episcopate. Among the confessors of Catholic Kings, the number is of four provincials or custodians, nine priors and four with other tasks. So, the percent of confessors with responsibilities in their orders in Trastamara period is of seventeen confessors (68% of all), and ten during the reign of Catholic Kings (77%). We can conclude that many confessors had played an important role in the Church before becoming royal confessors. So, kings could elect these confessors keeping in mind the good references of their own work. This led the kings to support the religious orders and vice versa.

The field where we find the desire of kings to reward and promote their confessors is the episcopate. Kings obtained for their confessors the election for a episcopal see in order to promote some loyal subjects to the Crown in the Church, and a way of rewarding them and putting a good clergyman in the catholic hierarchy. In almost all the cases confessors were bishops only after having been royal confessors. Sometimes, the election implied the end of the function of confessor, when the accomplishment of both functions was impossible, but it doesn't look that it was in King's mind to end his relation with his confessor. Lope de Barrientos or Hernando de Talavera left their task of confessor little by little because of the requirement of episcopal dignity. In the case of Alonso de Cusanza, Rome released him from his duty of living in his bishopric in order to attend the king. Besides, the king benefitted of penitential powers that only bishops had. So, we believe that the election of the confessor as bishops wasn't planned as the end of the charge of confessor.

So many confessors became bishops: ten of them in the Trastámara House (40% of all) and four in the period of Catholic Kings (31%). They are not majority but it is a high proportion. During the reign of Catholic Kings, some confessors reached the most important sees of the Kingdom (Toledo, Seville, Granada), just like the time of the House of Borgoña (XI-XIV Centuries). This didn't happen in the time of Trastámara, maybe because of the strong position of nobility, which could control many episcopal elections. Royal Confessors accepted poor or difficult bishoprics, and this shows the spiritual compromise of these men with the episcopal dignity. Alonso de Palenzuela, for instance, showed his concern in this point in the letter sent to Sánchez de Arévalo.

In their function as bishops or in their religious orders, confessors showed concern with reform, celebrating synods or chapters and accomplishing other actions: thirteen in the time of Trastámara monarchs (52%) and six during the reign of Catholic Kings (46%). In this field there was a mutual benefit: confessors took advantage of their proximity to the Kings for obtaining from them all the help as possible for their endeavour (alms, requests to the Holy See, donations...) and monarchs entrusted their reform initiatives to their confessors. So, royal confessors constituted a specific group inside the Church reform. Many of them, when were elected as bishops (and the reform is one of the reasons why they were elected) had more power to this effect. A good example of this is Cardinal Jiménez de Cisneros, who always showed a reformist profile (at least, from his entry into franciscan order) which was consummated in his ministry as archbishop of Toledo and cardinal.

All these virtues and skills which led the kings to elect these men as confessors allowed the latter to be entrusted with many political tasks and

missions. In the develop of these functions their condition of confessor was always an important element, not only a coincidence. The kings demanded from their confessors not only holiness but also an intelectual qualification which could allow them to take care properly of the king's conscience and soul. This qualification is reflected in prosopography: thirteen confessors in time of Trastamara (52%) and five during the reign of Catholic Kings (38%) had a high degree at University or had any responsability at Academy. We can conclude that all confessors, as priests and friars, had a good intelectual preparation, but many of them exceeded the minimum required for their task. These qualification let the confessors to be entrusted with so many charges or missions, such as Royal Counsel, Royal Audience, the charge of tutors or preachers at Court, etc. Among all these missions, the main one was the diplomatic activity. From Enrique II to Isabel I there were thirteen confessors who acted as diplomatic envoys, nine belonged to the Counsel of the King, six were masters of tutors of princes and infants, five were at Chancery and Justice and six had several responsibilities as king's clerks at Court. Finally, in the time of Catholic King, the presence of confessors in the origins and develop of this Court is quite significant.

Numerically, during the time of Trastamara, there is a majority of confessors with political function (61% of all), and the proportion during the reign of Catholic Kings is important as well (46%). In the field of diplomacy, few confessors were appointed ambassadors in the time of Isabel I (but with important missions, such as the peacemant with Portugal, the marriage politics and the relationship with Holy See), but a 42 % in the time of Trastamara were appointed King's ambassadors.

Relating to diplomacy, we can conclude that the recurrence of the confessors as diplomatic agents is due to their qualification and friendship

with the King, and specially their deep knowledge of king's soul and mind, which allowed them to represent him and act as if they were king's person itself. The monarchs would have plenty confidence in the good judgment of confessors for negotiations, saving the king's interest. So, fray Fernando de Illescas was one of the few true diplomatic professionals in the medieval Castile. These confessors-ambassadors were much appreciated as a good communication channel with the king by other political powers (other kings, Holy See...). The confessors acted as ambassadors in three fields from Enrique II to Isabel I: Church affairs (47%), relationship with other Crowns (39%) and inner diplomacy (14%).

The high proportion of diplomatic missions related to the Church is completely easy to understand, considering that confessors belonged to Church hierarchy. The number of confessors as diplomatic envoys increased in the time of Western Schism. In this matter, the confessor was an appropriate ambassador: the problem of Schism was a problem of conscience, because it was necessary to obey the true Pope and find a solution. That's why, we think, there were so many confessors as diplomatic envoys of kings, queens and other members of royal family in this time. In the field of diplomacy with other Crowns, confessors were important envoys in order to arrange marriages (specially during the reign of Catholic Kings) and, since Trastámara House was enthroned in the Crown of Aragón and Navarre, confessors of all these Courts act as intermediaries between the members of the same family. Last, we've seen that some confessors had some importance in peace activity inside the Crown of Castile and León, settling up peacemaking among noble families and, beyond, the nobility with the king. These way of solving the conflicts was an alternative to war and violence.

In diplomacy, the safeguard of King's secrets (the *arcana imperii*) was another element important as a skill of the ambassador. In this sense, royal confessor was an optimal candidate, because keeping the King's secrets was one of his most important tasks, not only in diplomacy, but in every field of moral or political concern. This was remarked by Alfonso X in the *Partidas*. We haven't found any witness of the violation of the Seal of the Confessional or the King's secret by any confessor in Castile between 1366 and 1504.

Last, from the beginning of this study we tried to check whether confessors were an important element in the king's last will, by being will executor, such as the case of France. But, during the time of the House of Trastámara, only three were named such as, and two of them (Fernando de Illescas and Juan Enríquez) requested the Holy See to be released from their duty regarding to Enrique's will. In the reign of Catholic Kings, we find other three executors: Hernando de Talavera, Diego de Deza y Francisco Jiménez de Cisneros. In this case, they were important, although Talavera never had to guarantee the execution of the will of Fernando V.

- Limits of this study and new fields of research:

We consider we've reached solid conclusions about the figure of royal confessor in the Trastámara Castile (1366-1504), and no matter we remain to be considered. Nevertheless, we must recognise that many of these fields can be delved into, and this study presents some limits, which are new fields of study at the same time. We stated that royal confessor, in this period, is a figure hard to study because of the lack of institutional definition. So, specific records don't exist and the research has been made

in a forecast way. So, we cannot state that all the references have been found. Future studies in different subjects can reveal new results or even new names of confessors. For instance, researchers on religious orders and the reigns of the kings of Trastámara can find new sources.

Second, we have to accept that an accurate evaluation of the figure of royal confessor in Castile depends on the contexts where we must consider its action (episcopate, diplomacy, etc.). So, future studies in these subjects may change our view, stressing the significance of the confessors or not. This study can be considered, by those who are interested in some specific subject, a contribution to keep in mind.

We will conclude this study pointing out that another field of study which can be explored after this PhD is the study of royal confessor in other Iberian Crowns. Our study is limited from the comparative point of view, because the figure of royal confessor in Aragon and Portugal hasn't been made yet. Our statistics would change with these researches. So, a global study of the figure of royal confessor in Iberia (or Western Europe) can be made, in order to know the influence of confessors of monarchs in Middle Ages and the precedents of the institution of Modern Age. This PhD we conclude here could be used as an example to follow in other similar studies.

FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA:

A) FUENTES INÉDITAS:

AGS: CSR	Archivo General de Simancas: Casa Real. Legajos 1, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 11, 14, 15, 16, 17, 24, 42, 44, 46, 47
AGS: EMR, N	Archivo General de Simancas: Escribanía Mayor de Rentas, Nóminas: legajo 1.1
AGS: EMR, QC	Archivo General de Simancas: Escribanía Mayor de Rentas, Quitaciones de Cortes: legs. 1, 2
AGS: EST	Archivo General de Simancas: Estado - Castilla; legajos 1.1.2; 1.2.1; 1.2.2; 2.1; 5; 8
AGS: K	Archivo General de Simancas: Estado-Francia, K-1638
AGS: MR	Archivo General de Simancas: Mercedes y Privilegios: leg. 1, 27, 91, 110
AGS: PTR	Archivo General de Simancas: Patronato Real; legajos 29, 47, 52
AHN: Clero	Archivo Histórico Nacional: Sección de Clero. Papeles. Legajos 1.002, 1.422, 1.428, 1.593-2, 5.312, 7.7874, 7.852
AC León	Archivo Capitular de León: n ^{os} 48, 1.251, 1.729, 1.730, 6.296, 6.305, 6.330, 9.046, 9.240, 9.800, 9.801, 11.422
AC Palencia: A. Cap.	Archivo Capitular de Palencia: Actas Capitulares. Libros 32, 34, 36

AC Palencia: A. Cap. Arm.	Archivo Capitular de Palencia: Actas Capitulares. Armario I: legajo 1; Armario II: legajo 4; Armario III: legajo 6
AC Salamanca	Archivo Capitular de Salamanca: cajas 14, 28, 40
ASV: A.A	Archivo Secreto Vaticano, Archivium Arcis, Armarios I- XVIII, D
ASV: Arm	Archivo Secreto Vaticano, Armarios XIII XXXIX, LIII
ASV: Cam. Ap., Div. Cam.	Archivo Secreto Vaticano: Camera Apostolica, Diversa Cameraria: 50
ASV: Cam. Ap., Obl. et Sol.	Archivo Secreto Vaticano, Camara Apostolica, Obligationes et Solutiones: nº 43, 50, 58, 72, 76
ASV: Reg. Avin.	Archivo Secreto Vaticano, Registra Avinionensia: nº 122, 125, 147, 174, 180, 280, 281, 332, 340
ASV: Reg. Lat.	Archivo Secreto Vaticano, Registra Lateranensia: nº 187, 191, 209, 239, 250, 251, 260, 454, 492, 504, 544, 548A, 774, 854, 913, 946, 952, 1.014, 1.049
ASV: Reg. Vat.	Archivo Secreto Vaticano, Registra Vaticana: nº 365, 366, 377, 378, 379, 424, 428, 430, 471, 476, 483, 498, 504, 519
ASV: Reg. Suppl.	Archivo Secreto Vaticano, Registra Supplicationum: nº 94

- Bibl. Menéndez Pelayo: Mss. M-559 A 4 Biblioteca Menéndez Pelayo (Santander): Manuscrito M-559 A 4 (traducción de las homilías al Evangelio de San Mateo de san Juan Crisóstomo, por Alfonso de Palenzuela)
- BNE: Inc/364 DÍAZ DE LA COSTANA, Pedro, *Confessionale* (Castilla, finales del siglo XV), incunable, nº 364 de la Biblioteca Nacional de España
- BNE: Inc/391 FERNÁNDEZ DE MADRIGAL, Alfonso, *Confesional*, Impresso en la muy noble cibdad de Burgos: por maestre Fadrique de Basilea, año de nuestra salud 1500 años a 29 días del mes de enero. Incunable nº 391 de la Biblioteca Nacional de España
- BNE: Mss 10571 *Tratado de confesión* de Bartolomé Talayero
- BNE: Mss 12016 DORMER, Diego José, *Noticia de los confesores ó Padres de conciencia de los Señores Reyes de Aragón*, manuscrito 12.016 de la Biblioteca Nacional de España, 1677
- BNE: Mss 1800 Manuscrito 1800 de la Biblioteca Nacional de España: *Libro llamado et dicho rregimiento de los príncipes...*, se trata del *De Regimine Principum* de Egidio Romano, traducido y glosado por fray Juan García de Castrogeriz, s. XV
- BNE: Mss 5758 “Instrucciones y noticias de los Confesores que han tenido los Reyes de España”, c.a. 1610-1700, 49 ff.
- BNE: Mss 10889 Carta de fray Pedro Álvarez de Montenegro a Carlos II, en el convento de Valverde (Madrid), 25 de noviembre de 1678, fols. 7 r-8 r del manuscrito 10.889 de la Biblioteca Nacional de Madrid

- BNE: Mss 11017 Carta de fray Pedro Álvarez de Montenegro a Carlos II, en el convento de Valverde (Madrid), 25 de noviembre de 1678, fols. 119 r-120 r del manuscrito 11.017 de la Biblioteca Nacional de Madrid
- BNE: Mss/VE 31/64 “Un caballero de la Corte de Madrid escribe à un Religioso Dominico sobre la novedad que se rezela, de que el Rey nuestro Señor Don Phelipe V. no confiese con Religiosos de dicha Religión”, Madrid, 1700, ff. 43-48.
- BVA: Pal. Lat. Mss. 593 Biblioteca Apostólica Vaticana: Fondo *Palatini Latini*: manuscrito nº 593.
- NA Kew National Archives, Kew (Reino Unido): Fondos E/30 (Exchequer: Treasury of Receipt: Diplomatic Documents) y SC 1(SC 1 - Special Collections: Ancient Correspondence of the Chancery and the Exchequer)
- UCM: Mss. 148 *Tratado de la Confesión* de Juan Martínez de Almazán en el manuscrito 148 de la biblioteca histórica de la Universidad Complutense de Madrid (s. XV)

B) FUENTES IMPRESAS:

- ABELLÁN 1984 ABELLÁN PÉREZ, Juan (ed.), *Colección de documentos para la historia del reino de Murcia*, vol. XVI, *documentos de Juan II*, Murcia, Cádiz: Academia Alfonso X el Sabio, Universidad de Cádiz, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1984
- ALFONSO X 1977 *Primera Crónica General de España*, edición a cargo de Ramón Menéndez Pidal, actualizada por Diego Catalán, Madrid: Gredos, 1977
- ALFONSO X 2004 ALFONSO X, *Las Siete Partidas (el libro del fuero de las leyes)*, edición de José SÁNCHEZ-ARCILLA BERNAL, Madrid, Reus, 2004.
- ALONSO 1734 ALONSO, Matías, *Crónica seráfica de la santa provincia de la Purísima Concepción*, Valladolid, 1734
- ÁLVAREZ ÁLVAREZ 1995 ÁLVAREZ ÁLVAREZ, César, *Colección documental del archivo de la catedral de León. volumen XII (1351-1474)*, León: Centro de Estudios e investigación "San Isidoro" (CECEL); Caja España de Inversiones, Caja de Ahorros y Monte de Piedad; Archivo Histórico Diocesano, 1995
- BALUZE 1914 BALUZIUS, Stephanus, *Vitae Paparum Avenionensium*, edición moderna a cargo de G. Mollat, tomo I, París, 1914
- BALUZE 1922 BALUZIUS, Stephanus, *Vitae Paparum Avenionensium*, edición moderna a cargo de G. Mollat, tomo IV, París, 1922

- BARRIENTOS 1946 Lope de BARRIENTOS, *Refundición de la Crónica del Halconero*, edición y estudio de Juan DE MATA CARRIAZO, Madrid: Espasa-Calpe, 1946
- BARRIENTOS 1992 Lope DE BARRIENTOS, *Tractado de la Divinança*, edición crítica y estudio de Paloma Cuenca Muñoz, tesis doctoral dirigida por Nicasio Salvador Miguel, Madrid: Universidad Complutense, 1992
- BARRIENTOS 2001 BARRIENTOS, Lope de, *Tratado del dormir*, edición crítica: GARCÍA-MONGE CARRETERO, María Isabel, *Estudio y edición crítica del “Tratado del dormir” de Lope de Barrientos*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filología, Departamento de Filología II, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Servicio de Publicaciones, 2001, (edición digital de 2006). Tomo II: Edición crítica
- BARRIENTOS 2006 GODINAS, Laurette, “fray Lope de Barrientos, *Tractado de caso y fortuna*”, en *Revista de literatura medieval*, XVIII (2006), pp. 9-68
- BARRIENTOS 2010 RÍQUEZ MADRID, Antonia, *Edición crítica y comentario de Clavis Sapientiae. La llave del saber de Lope de Barrientos en la Edad Media española*, tesis doctoral dirigida por el catedrático Dr. D. Tomás González Rolán, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Filología Latina, 2010, vol. 2 (transcripción)
- BELTRÁN DE HEREDIA 1939 BELTRÁN DE HEREDIA, Vicente, *Historia de la Reforma de la Provincia de España (1450-1550)*, Dissertationes Historicae Fasciculus XI, Roma: Istituto Storico Domenicano, 1939

BELTRÁN DE HEREDIA 1966	BELTRÁN DE HEREDIA, Vicente, <i>Bulario de la Universidad de Salamanca (1219-1549)</i> , Salamanca: Universidad de Salamanca, 1966
BELTRÁN DE HEREDIA 1970	BELTRÁN DE HEREDIA, V., <i>Cartulario de la Universidad de Salamanca</i> , Salamanca: Universidad, vol. 1, 1970
BREMOND, RIPOLL 1731	BREMOND, Antonino, RIPOLL, Tomás, <i>Bullarium Ordinis Fratrum Praedicatorum</i> , Tomus tertius, ab Anno 1430 ad 1484, Romae MDCCXXXI
CANAL; MERINO, 2010	DE LA CANAL, José; MERINO, Antolín, <i>España Sagrada</i> , tomo XLIV, <i>Iglesia de Gerona (II)</i> , edición a cargo de Rafael LAZCANO, Guadarrama (Madrid): Editorial Agustiniana, 2010 (primera edición de 1826)
CARRILLO DE HUETE 1946	CARRILLO DE HUETE, Pedro, <i>Crónica del halconero de Juan II</i> , Edición y estudio a cargo de Juan DE MATA CARRIAZO, Madrid: Espasa-Calpe, 1946
CASCALES 1980	CASCALES, Francisco, <i>Discursos históricos de Murcia y su reyno</i> , Murcia, 1980 (ed. facsímil, primera edición de 1621)
CASTRO 1722	CASTRO, Jacobo de, <i>Árbol Chronológico de la Santa Provincia de Santiago</i> , parte I, Salamanca, 1722, edición facsímil en la colección "Crónicas franciscanas de España", volumen I, dirigida por Odilo GÓMEZ PARENTE, Madrid: Editorial Cisneros, 1976.
CASTRO 1971	<i>Crónica de la Provincia Franciscana de Santiago, 1214-1614, por un franciscano anónimo del siglo XVII</i> , introducción, rectificaciones y notas por Manuel de Castro, Madrid: Archivo Ibero Americano, 1971.

CENCI 1989, 1990	CENCI, Caesar (ed.), <i>Bullarium Franciscanum continens bullas brevia supplicationes tempore Romani Pontificis Innocentii VIII pro tribus ordinibus S.P.N. Francisci obtenta</i> , Grottaferrata: Editiones Collegii S. Bonaventurae ad Claras Aquas, 1989 (vol. 1), 1990 (vol. 2)
CHIVASSO 1569	CHIVASSO, Angelo de (Angelo de Clavasio), <i>Summa Angelica de casibus consicentialibus</i> , adiciones de Giacomo UNGARELLI, Venecia, 1569.
Cortes 1861	<i>Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla</i> , Madrid: Real Academia de la Historia, vol. 1, 1861
Cortes 1866	<i>Cortes de los antiguos reinos de León y de Castilla</i> , Madrid: Real Academia de la Historia, vol. 3, 1866
<i>Crónica de don Álvaro de Luna</i> 1940	<i>Crónica de don Álvaro de Luna, condestable de Castilla, maestre de Santiago</i> , edición y estudio de Juan DE MATA CARRIAZO, Madrid: Espasa-Calpe, 1940
<i>Crónica de Juan II de Castilla</i>	<i>Crónica de Juan II de Castilla</i> , edición de Juan DE MATA CARRIAZO Y ARROQUIA, Madrid: Real Academia de la Historia, 1982
<i>Crónica del rey don Alfonso</i> 1875	<i>Crónica del rey don Alfonso décimo</i> , en <i>Crónicas de los Reyes de Castilla.</i> , tomo I, colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, 1875.
<i>Crónica del rey don Sancho</i> 1875	<i>Crónica del rey don Sancho el Bravo, fijo del rey don Alfonso Décimo</i> , en <i>Crónicas de los Reyes de Castilla</i> , tomo I, colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, 1875.

<i>Crónica del rey don Alfonso el Onceno</i> 1875	<i>Crónica del rey don Alfonso el Onceno</i> , en <i>Crónicas de los Reyes de Castilla</i> . tomo I, colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, 1875.
<i>Crónica del rey don Enrique tercero</i> , 1877	<i>Crónica del rey don Enrique tercero de Castilla e de León</i> , en <i>Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel</i> , colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, vol. 2 1877, pp. 161-271
<i>Crónica del rey don Fernando</i> 1875	<i>Crónica del rey don Fernando Cuarto</i> , en <i>Crónicas de los Reyes de Castilla</i> , tomo I, colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, 1875.
<i>Crónica del rey don Juan primero</i> 1877	<i>Crónica del rey don Juan primero de Castilla e de León</i> , en <i>Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel</i> , colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, vol. 2 1877, pp. 65-144
DÍAZ Y DÍAZ 1989	DÍAZ Y DÍAZ, Manuel C., “El testamento monástico de san Rosendo”, en <i>Historia. Instituciones. Documentos</i> , nº 16 (1989), pp. 47-102.
DORMER 1683	DORMER, Diego José, <i>Discursos varios de historia con muchas escrituras reales, antiguas y notas a algunas dellas</i> , Zaragoza, por los Herederos de Diego Dormer, 1683

- ENRÍQUEZ DEL CASTILLO 1878 ENRÍQUEZ DEL CASTILLO, Diego, *Crónica del rey don Enrique el Cuarto de este nombre*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel*, colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, 1878, pp. 100-239
- ESCOBAR 1513 ESCOBAR, Andrés de, *Modus confitendi, lumen confessorum, Canones penitenciales*, Augsburgo, 1513
- ESCOBAR 2004 ESCOBAR, Andrés de, *Modus confitendi. Manual para la confesión (Segovia, Juan Párix, c. 1473)*, edición a cargo de Fermín de los REYES GÓMEZ, Castilla y León, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2004
- EUBEL 1904 EUBEL, Konrad (ed.), *Bullarium Franciscanum sive Romanorum Pontificum constitutiones, epistolae, diplomata tribus ordinibus Minorum, Clarissarum, Poenitentium a seraphico patriarcha Sancto Francisco institutis ab eorum originibus ad nostra usque tempora concessa. Tomus VII (Romanorum pontificum [...] Urbani VI, Bonifatii IX, Innocentii VII, Gregorii XII, Clementis VII, Benedicti XIII, Alexandri V, Ioannis XXIII, Martini V documenta [...] [1378–1431]*, Roma, 1904
- EUBEL 1913-1923 EUBEL, Konrad, *Hierarchia catholica Medii Aevi sive summorum Pontificum, S. R. E. Cardinalium, Ecclesiarum Antistitum series ab anno 1198 ad annum 1431 perducta e documentis tabularii praesertim Vaticani collecta, digesta*, Padua, vol. 1 (1913); vol. 2 (1914), vol. 3 (1923)
- FALQUE 1994a FALQUE REY, Emma (trad., ed.), *Historia Compostelana*, Madrid: Ediciones Akal, 1994

- FERNÁNDEZ DE MADRID 1976 FERNÁNDEZ DE MADRID, Alonso, *Silva Palentina*, nueva edición, preparada por Jesús San Martín Payo, conforme a la anotada por Matías Vielva y Ramón Revilla. Palencia: Ediciones de la Excma. Diputación Provincial, Pallantia, nº 1, 1976
- FINKE 1926 FINKE, Heinrich, *Acta Concilii Constanciensis*, vol. XXXII, Münster, 1926
- FLORENCIA, 1499 san Antonino de Florencia (Antonino PIEROZZI), *Confessionale "Defecerunt"*, editado por : Jorge Coci, Leonardo Hutz y Lope Appentegger, Zaragoza, c.a. 1499-1502.
- FLÓREZ 2002 FLÓREZ, Enrique, *España Sagrada*, tomo VI: *Trata de la Santa Iglesia de Toledo en cuanto metropolitana de sus concilios y honores sobre las demás iglesias de estos reinos, juntamente con los santos de la diócesis y provincia antigua de Toledo*, edición de Rafael LAZCANO, Guadarrama (Madrid): Revista Agustiniana, 2002 (1ª edición, Madrid 1751)
- FLÓREZ 2003 FLÓREZ, Enrique, *España Sagrada*, tomo IX: *De la provincia antigua de la Bética en común, y de la Iglesia de Sevilla en particular*, edición de Rafael LAZCANO, Guadarrama (Madrid): Revista Agustiniana, 2003 (1ª edición, Madrid 1752)
- FLÓREZ 2004a FLÓREZ, Enrique, *España Sagrada*, tomo XIII: *Iglesia de Lusitania y su metrópoli Mérida*, edición de Rafael LAZCANO, Guadarrama (Madrid): Revista Agustiniana, 2004 (1ª edición, Madrid 1756)

- FLÓREZ 2004b FLÓREZ, Enrique, *España Sagrada*, tomo XIV: *Iglesias de Ávila, Caliabria, Coria, Coimbra, Évora, Egitania, Lamego, Lisboa, Osonova, Pacense, Salamanca, Viseo y Zamora, según su estado antiguo*, edición de Rafael LAZCANO, Guadarrama (Madrid): Revista Agustiniana, 2004
- FLÓREZ 2005a FLÓREZ, Enrique, *España Sagrada*, tomo XVII: *La Iglesia de Orense*, edición de Rafael LAZCANO, Guadarrama (Madrid): Revista Agustiniana, 2005 (1ª edición, Madrid 1763)
- FLÓREZ 2005b FLÓREZ, Enrique, *España Sagrada*, tomo XVIII: *Iglesias Britoniense y Dumiense, incluidas en la actual de Mondoñedo*, edición de Rafael LAZCANO, Guadarrama (Madrid): Revista Agustiniana, 2005 (1ª edición, Madrid 1764)
- FLÓREZ 2006 FLÓREZ, Enrique, *España Sagrada*, tomo XIX: *Iglesia Iriense y Compostelana hasta su primer arzobispo*, edición de Rafael LAZCANO, Guadarrama (Madrid): Revista Agustiniana, 2006 (1ª edición, Madrid 1765)
- FLÓREZ 2007 FLÓREZ, Enrique, *España Sagrada*, tomos XXIII, *Iglesia de Tuy (II)*, edición a cargo de Rafael Lazcano, Madrid: Editorial Revista Agustiniana, 2007
- FONTAINE 1978 FONTAINE, Jacques, "Pénitence publique et conversion personnelle: l'apport d'Isidore de Séville à l'évolution médiévale de la pénitence", en *Revue du droit canonique*, tom. XXVIII, n^{os} 2-4 (junio-diciembre/1978), pp. 141-156.

- FONTÁN; MOURE 1987 FONTÁN, Antonio; MOURE CASAS, Ana, *Antología del latín medieval. Introducción y textos*, Madrid: Gredos, 1987.
- FORONA Y AQUILERA 1902 FORONA Y AQUILERA, Manuel, “El Tumbo de Valdeiglesias y D. Álvaro de Luna / Manuel de Foronda”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, tomo 41 (1902), pp. 174-181
- FRACHET 1896 DE FRACHET, Géraud, *Vitae fratrum ordinis praedicatorum : necnon Cronica ordinis ab anno MCCIII usque ad MCCLIV*, edición crítica a cargo de Benedikt Maria Reichert, Lovaina, 1896
- FRIBURGO 1519 Juan de FRIBURGO, *Summa Confessorum*, 1519
- GALÍNDEZ DE CARVAJAL 1878 GALÍNDEZ DE CARVAJAL, Lorenzo, Anales breves del reinado de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, de gloriosa memoria, apéndice 2 en *Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel*, colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, 1878
- GAMBRA 1997b GAMBRA, Andrés, *Alfonso VI. Cancillería e Imperio*, León: Centro de Estudios e investigación “San Isidro”, Caja España e Inversiones, Caja de ahorros y monte de Piedad, Archivo histórico diocesano, 1997, vol. 2: Colección diplomática
- GARCÍA DE CASTROGERIZ 2005 GARCÍA DE CASTROGERIZ, Juan, *Glosa castellana al Regimiento de Príncipes de Egidio Romano*, edición, estudio preliminar y notas de Juan BENEYTO PÉREZ,

Madrid, Centro de Estudios políticos y constitucionales, 2005 (primera edición de 1947)

- GARCÍA Y GARCÍA 1981 GARCÍA Y GARCÍA, Antonio (ed. dir.), *Synodicon Hispanum*, vol. 1, *Galicia*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1981
- GARCÍA Y GARCÍA 1984 GARCÍA Y GARCÍA, Antonio (ed. dir.), *Synodicon Hispanum*, vol. 3, *Astorga, León y Oviedo*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1984
- GARCÍA Y GARCÍA 1987 GARCÍA Y GARCÍA, Antonio (ed. dir.), *Synodicon Hispanum*, vol. 4, *Ciudad Rodrigo, Salamanca y Zamora*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1987
- GARCÍA Y GARCÍA 1990 GARCÍA Y GARCÍA, Antonio (ed. dir.), *Synodicon Hispanum*, vol. 5, *Extremadura: Badajoz, Coria-Cáceres y Plasencia*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1990
- GARCÍA Y GARCÍA 1993 GARCÍA Y GARCÍA, Antonio (ed. dir.), *Synodicon Hispanum*, vol. 6, *Ávila y Segovia*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1993
- GARCÍA Y GARCÍA 1997 GARCÍA Y GARCÍA, Antonio (ed. dir.), *Synodicon Hispanum*, vol. 7, *Burgos y Palenzia*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1997
- GARCÍA Y GARCÍA 2011 GARCÍA Y GARCÍA, Antonio (ed. dir.), *Synodicon Hispanum*, vol. 8, *Cuenca y Toledo*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2011
- GARCÍA Y GARCÍA 2014 GARCÍA Y GARCÍA, Antonio (ed. dir.) (†), *Synodicon Hispanum*, vol. 12, *Osma, Sigüenza, Tortosa y*

Valencia, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2014

GONZÁLEZ
GONZÁLEZ 1960b GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Medievales, 1960, vol. 2 (colección documental)

GONZÁLEZ
GONZÁLEZ 1960c GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Medievales, 1960, vol. 3 (colección documental)

GONZÁLEZ
GONZÁLEZ 1986 GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio, *Reinado y diplomas de Fernando III*, tomo III, diplomas (1233-1253), Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1986

GUARDIOLA 2007 GUARDIOLA, Juan Benito, *Historia del Monasterio de San Benito el Real de Sahagún (según el Ms. 1519 de la BN)*, introducción, transcripción y notas críticas de H. SALVADOR MARTÍNEZ, Universidad de León, 2007.

HÜNTEMANN
1929a HÜNTEMANN, Ulrichus, *Bullarium franciscanum continens Constitutiones epistolas diplomata romanorum pontificum Eugenii IV et Nicolai V, prope Florentiam ex typographia collegiis*. Benaventanae, MCMXXIX, TOMUS I (1431-1455)

HÜNTEMANN
1929b HÜNTEMANN, Ulricus (O.F.M.), *Bullarium franciscanum continens Constitutiones epistolas diplomata romanorum pontificum Calixti III, Pii II et Pauli II, prope Florentiam ex typographia collegiis*. Benaventanae, MCMXXIX, TOMUS II (1455-1471).

- HÜNTEMANN 1949 HÜNTEMANN, Ulricus (O.F.M.), *Bullarium franciscanum continens Constitutiones epistolas diplomata romani pontificii Sixti IV, colligit et edidit Fr. Ioseph M. POU Y MARTI, O.F.M., prope Florentiam ex typographia collegiis*. Benaventanae, MCMXLIX. TOMUS III (1471-1484)
- J.V.R. 1887 J.V.R., "Documento Curioso: Privilegio del Rey don Sancho IV concediendo a D. Remondo Lozana, Arzobispo de Sevilla el derecho de presentar en todas las Iglesias de esta Diócesis", en *Archivo Hispalense. Revista histórica, literaria y artística*, tomo III, nº 30 (30 de agosto de 1887), pp. 205-208
- JIMENA 1652 DE JIMENA JURADO, Martín, *Catálogo de los obispos de las iglesias cathedrales de la diócesis de Jaén. Anales eclesiásticos de este obispado*, 1652
- JIMÉNEZ DE RADA 1989 JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo, *Historia de los hechos de España*, traducción de Juan FERNÁNDEZ VALVERDE, Madrid, Alianza Editorial, 1989
- JUSTO FERNÁNDEZ 2001 JUSTO FERNÁNDEZ, Jaime, "Los concilios compostelanos de Diego Gelmírez", en *Revista española de derecho canónico*, vol. 58, nº 150 (2001), pp. 9-50.
- LOPERRÁEZ 1788 LOPERRÁEZ CORVALÁN, Juan, *Descripción histórica del obispado de Osma. Con el catálogo de sus preladados*, Madrid: Imprenta Real, en 1788, tomo I
- LÓPEZ DE AYALA 1875 LÓPEZ DE AYALA, Pedro, *Crónica del rey don Pedro*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, tomo I, colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, 1875

- MANSILLA 1959 MANSILLA, Demetrio, *La documentación española del archivo del "Castel S. Angelo" (395-1498)*, Roma: Iglesia Nacional Española, 1959
- MÉNDEZ DE SILVA 1656 MÉNDEZ DE SILVA, Rodrigo, *Catálogo Real y Genealógico de España: Ascendencias, y descendencias de nuestros Católicos Príncipes, y Monarcas supremos*, Madrid, 1656
- MÍNGUEZ 1976 MÍNGUEZ FERNÁNDEZ, José María, *Colección diplomática del monasterio de Sahagún (siglos IX y X)*, León: Centro de estudios e investigación "San Isidoro", Archivo Histórico Diocesano, Caja de Ahorros y Monte de Piedad de León, colección "Fuentes y estudios de Historia leonesa", nº 17, 1976
- MONTE ROQUERIO 1479 MONTE ROCHERII, Guido, *Manipulus curatorum*, Barcelona, edición de Nicolaus Spindeler, 31 agosto de 1479, incunable en la Biblioteca Histórica de la Universidad Complutense de Madrid
- ORTIZ DE ZÚÑIGA 1795a ORTIZ DE ZÚÑIGA, Diego, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciuda de Sevilla*, Madrid: Imprenta Real, tomo I, 1795 (primera edición de 1677)
- ORTIZ DE ZÚÑIGA 1795b ORTIZ DE ZÚÑIGA, Diego, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciuda de Sevilla*, Madrid: Imprenta Real, tomo II, 1795 (primera edición de 1677)
- ORTIZ DE ZÚÑIGA 1796a ORTIZ DE ZÚÑIGA, Diego, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciuda de Sevilla*, Madrid: Imprenta Real, tomo III, 1796 (primera edición de 1677)

- ORTIZ DE ZÚÑIGA 1796b ORTIZ DE ZÚÑIGA, Diego, *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciuda de Sevilla*, Madrid: Imprenta Real, tomo IV, 1796 (primera edición de 1677)
- PEÑAFORT 1715 PEÑAFORT, Raimundo de, *Summa de Paenitentia et Matrimonio*, glosada por Juan de FRIBURGO, Aviñón, 1715
- PÉREZ 2002 PÉREZ, Martín, *Libro de las confesiones (una radiografía de la sociedad medieval española)*, introducción y edición a cargo de Antonio GARCÍA Y GARCÍA, Bernardo ALONSO RODRÍGUEZ, FRANCISCO CASTELAR RODRÍGUEZ, Madrid, Biblioteca de Autores Cristiano, 2002
- PÉREZ DE GUZMÁN 1877a PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán, *Crónica del rey don Juan el segundo*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel*, colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, 1877, pp. 277-695
- PÉREZ DE GUZMÁN 1877b PÉREZ DE GUZMÁN, Fernán, *Generaciones, semblanzas e obras de los excelentes reyes de España don Enrique el terecero e don Juan el segundo y de los venerables perlados y notables caballeros que en los tiempos destos reyes fueron ordenadas por el noble caballero Fernán Pérez de Guzmán, corregidas y emeendadas e adicionadas por el dotor Lorenzo Galíndez de Carvajal*, en *Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel*, colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, 1877, pp. 697-719

- Pío II 2007 *Commentariorum Pii Secundi Pontificis Maximi Libri XIII/ The Commentaries of Pius II Pontifex Maximus in Thirteen Books*. Edición a cargo de Margaret MESERVE y Marcello SIMONETTA, Cambridge/Massachusetts/Londres: Harvard University Press; 2007
- PULGAR 1878 DEL PULGAR, Hernando, *Crónica de los señores Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel de Castilla y de Aragón*, en ROSELL, Cayetano (coord.), *Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel*, vol. III, Madrid, 1878, pp. 229-566.
- RIBAS 1687 DE RIBAS, Juan, *Vida y milagros del beato fray Álvaro de Córdoba, del orden de Predicadores, hijo del real convento de san Pablo de Córdoba*, 1687
- Risco 2009a Risco, Manuel, *España Sagrada*, tomo XXXV: *Iglesia de León (II)*, edición de Rafael LAZCANO, Guadarrama (Madrid): Editorial Agustiniana, 2009 (1ª edición, Madrid 1786)
- Risco 2009b Risco, Manuel, *España Sagrada*, Tomo XXXVI, *Iglesia de León (III)*, edición a cargo de Rafael Lazcano, Madrid: Editorial Agustiniana, 2009
- Risco 2010a Risco, Manuel, *España Sagrada*, tomo XLI, *Iglesia de Lugo (II)*, Guadarrama (Madrid), Editorial Agustiniana, 2010 (primera edición de 1798)
- Risco 2010b Risco, Manuel, *España Sagrada*, tomo XXXIX, *Iglesia de Oviedo (III)*, edición a cargo de Rafael Lazcano, Guadarrama (Madrid): 2010

- RIUS 1954 RIUS SERRA, José (ed.), *San Raimundo de Penyafort, diplomatario: documentos, vida antigua, crónicas, procesos antiguos*, Barcelona, 1954
- RUBIO MORENO 1999 RUBIO MORENO, Laura María, *Leyes de Alfonso X, III: Contribución al estudio de las definiciones léxicas de "Las Partidas" de Alfonso X el Sabio*, Ávila: Fundación Claudio Sánchez Albornoz, 1991
- RUIZ VILA 2009 RUIZ VILA, José Manuel, "*De periculo pontificalis dignitatis*. Ambición y poder en la Iglesia española del siglo XV. Edición crítica y traducción de la carta de Rodrigo Sánchez de Arévalo a fray Alfonso de Palenzuela", en *Helmantica. Revista de filología clásica y hebrea*, Universidad Pontificia de Salamanca, vol. LX, nº 183 (septiembre-diciembre/2009), pp. 449-484
- RUIZ VILA 2012 RUIZ VILA, José Manuel, "Un cartujo en la corte de Castilla: edición crítica y traducción de la carta-tratado *Quando liceat religiosus principum curias sequi* de Rodrigo Sánchez de Arévalo", en *Helmántica: Revista de filología clásica y hebrea*, vol. 63, nº 189 (2012), pp. 87-132
- RYMER 1739-1741 RYMER, Thomas, *Foedera, Conventiones, literae et cujuscunque generis acta publica inter reges Angliae et alios quosvis imperatores, reges, pontifices, principes, vel communitates*, La Haya, tomo I: 1745 [sic] (partes 1 y 2) 1739 (partes 3 y 4); tomo II: 1739 (partes 1 y 2) 1740 (partes 3 y 4); tomo III: 1740; tomo IV: 1740 ; vol. V: 1741

- SALVÁ; PANDO 1860 SALVÁ, Miguel de, PANDO, Manuel (eds.), *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, tomo 36, Madrid, 1860
- SÁNCHEZ PARRA 1991 SÁNCHEZ PARRA, María Pilar (ed.), *Crónica anónima de Enrique IV de Castilla*, Madrid, ediciones de la Torre, 1991
- TALAVERA 1911a TALAVERA, Hernando de, *Breve forma de confesar, reduciendo todos los pecados mortales y veniales a los diez mandamientos*, en MIR, Miguel (ed.), *Escritores místicos españoles, tomo I, Hernando de Talavera, Alejo Venegas, Francisco de Osuna, Alonso de Madrid*, discurso preliminar de Miguel Mir, Madrid: Casa Editorial Bailly/Bailliére, 1911, colección Nueva Biblioteca de Autores Españoles, pp. 3-35
- TALAVERA 1911b TALAVERA, Hernando de, *De cómo se ha de ordenar el tiempo para que sea bien expendido*, en MIR, Miguel (ed.), *Escritores místicos españoles, tomo I, Hernando de Talavera, Alejo Venegas, Francisco de Osuna, Alonso de Madrid*, discurso preliminar de Miguel Mir, Madrid: Casa Editorial Bailly/Bailliére, 1911, colección Nueva Biblioteca de Autores Españoles, pp. 94-103
- TALAVERA 2014 *Hernando de Talavera: Dos escritos destinados a la reina Isabel. Colación muy provechosa. Tratado de loores de San Juan Evangelista*, edición y estudio de Carmen Parrilla, Valencia: Universitat, 2014
- Testamento 1969 *Testamento y codicilo de la reina Isabel la Católica, 12 de octubre y 23 de noviembre de 1504*, Madrid,

Ministerio de Educación y Ciencia. Dirección General de Archivos y Bibliotecas, 1969.

- THIEULIN-PARDO 2012b THIEULIN-PARDO, Hélène, "Transcripción del manuscrito 9 2179 de la Real Academia de la Historia – Madrid", in *Confesionario. Compendio del "Libro de las confesiones" de Martín Pérez*, Paris, SEMH-Sorbonne (Les Livres d'e-Spania "Sources", 2), 2012, [En ligne], mis en ligne le 20 mai 2012, consulté le 30 novembre 2012. URL : <http://espanialivres.revues.org/379>
- TOLEDO 1989 DE TOLEDO, Pedro *El libro del limosnero de Isabel la Católica*, transcripción y edición por Eloy Benito Ruano, Madrid: Ministerio de Asuntos Sociales, 1989.
- VALERA 1878 VALERA, Diego de, Memorial de diversas hazañas, en *Crónicas de los Reyes de Castilla. Desde don Alfonso el Sabio, hasta los Católicos don Fernando y doña Isabel*, colección ordenada por Cayetano Rosell, Biblioteca de Autores Españoles, Madrid: M. Rivadeneyra. Editor, 1878, pp. 3-95
- VALLADOLID 1932 VALLADOLID, Luis de, "Chronica Fratris Ludovici de Valleoleti", en *Analecta Sacri Ordinis Fratrum Praedicatorum*, volumen XX, anno 40, fasc. IV-V (Julius-Septembris 1932), pp. 727-761; volumen XX, anno 40, fasc. VI (October-December 1932), pp. 801-808
- VILLANUEVA 1806 VILLANUEVA, Joaquín (*alias* de Jaime Lorenzo), *Viage literario a las iglesias de España*, tomo IV, Madrid, 1806
- VILLANUEVA 1852 VILLANUEVA, Jaime, *Viage literario a las Iglesias de España*, tomo XXII, *viage a Mallorca*, Madrid: Real Academia de la Historia, 1852

- VORÁGINE 1982 DE LA VORÁGINE, Santiago, *La Leyenda dorada*, traducción del latín por José Manuel MACÍAS, Madrid: Alianza Editorial, 1982
- WADDING 1931a WADDING, L., *Annales Minorum seu Trium Ordinum .as. Francisco Intitutorum*, tomus IV (1256-1275), Florencia, 1931
- WADDING 1931b WADDING, L., *Annales Minorum seu Trium Ordinum .as. Francisco Intitutorum*, Tomo V (1276-1300), 1931.
- WADDING 1932 WADDING, Lucas, *Annales Minorum seu Trium Ordinum a S. Francisco Institutorum*, Tomo IX (1323-1346), tercera edición a cargo de José Maria Fonseca, Florencia, 1932
- WADDING 1932a WADDING, Lucas, *Annales Minorum seu Trium Ordinum a S. Francisco Institutorum*, Tomo IX (1377-1417), tercera edición a cargo de José Maria Fonseca, Florencia, 1932
- WADDING 1932b WADDING, Lucas, *Annales Minorum seu Trium Ordinum a S. Francisco Institutorum*, Tomo X (1418-1436), tercera edición a cargo de José Maria Fonseca, Florencia, 1932,
- WADDING 1932c WADDING, Lucas, *Annales Minorum seu Trium Ordinum a S. Francisco Institutorum*, Tomo XI (1437-1447), tercera edición a cargo de José Maria Fonseca, Florencia, 1932
- WADDING 1932d WADDING, Lucas, *Annales Minorum seu Trium Ordinum a S. Francisco Institutorum*, Tomo XII (1448-1456),

tercera edición a cargo de José Maria Fonseca, Florencia, 1932

WADDING 1932e WADDING, Lucas, *Annales Minorum seu Trium Ordinum a S. Francisco Institutorum*, Tomo XIII (1457-1471), tercera edición a cargo de José Maria Fonseca, Florencia, 1932

YEPES 1615 YEPES, Antonio de, *Coronica General de la Orden de San Benito, Patriarca de los religiosos*, Tomo V, Centuria V, Valladolid, 1615.

YEPES 1960 YEPES, Antonio de, *Crónica de la Orden de San Benito*, estudio preliminar y edición a cargo de fray Justo Pérez de Urbel, Madrid: Biblioteca de Autores Españoles, vol. 2 (1960).

ZURITA 2003 ZURITA, Jerónimo, *Anales de Aragón*, edición de Ángel CANELLAS LÓPEZ, edición electrónica de José Javier Iso (coord.), María Isabel YAGÜE y Pilar RIVERO, 2003

C) BIBLIOGRAFÍA:

- ALDEA 1995 ALDEA VAQUERO, Quintín, “Poder real e iglesia en la España de los Reyes Católicos”, en SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis; GUTIÉRREZ NIETO, Juan Ignacio (coords.), *Las instituciones castellano-leonesas y portuguesas antes del Tratado de Tordesillas (Zamora, 28 y 29 de noviembre de 1994)*, Valladolid, 1995, pp. 27-42
- ALONSO 1916 ALONSO GETINO, Luis (1916), “Dominicos españoles confesores de los reyes”, *Ciencia tomista*, nº 14 (1916), pp. 374-451
- ALVAR 2004 ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *Isabel la Católica: una reina vencedora, una mujer derrotada*, Madrid: Temas de Hoy, 2004
- ANDRÉS 2010 DE ANDRÉS DÍAZ, Rosana, “Las caridades de Isabel la Católica (1495-1504)”, en *Homenaje al profesor Eloy Benito Ruano*, Madrid: Sociedad Española de Estudios Medievales, 2010, pp. 71-90
- ARQUERO 2012 “El Confesor Real en Castilla (siglos XIII al XV): conocimiento sobre el mismo y planteamiento de estudio”, en *Incipit 2: Workshop de Estudos Medievais da Universidade do Porto* (2011-2012),
- ARQUERO 2013 ARQUERO CABALLERO, Guillermo F., “Las labores diplomáticas de los confesores de los reyes de Castilla al servicio de la Monarquía: siglos XIV-XV”, en NIETO SORIA, José Manuel; VILLARROEL GONZÁLEZ, Óscar (coords.), *Pacto y consenso en la cultura política peninsular (siglos XI al XV)*, Madrid: Sílex, 2013, pp. 205-235.
- ARRANZ 1993 ARRANZ GUZMÁN, Ana, “La presencia de prelados en cargos políticos y actividades de gobierno durante el reinado de

- Pedro I de Castilla”, en *Estudios de Historia y Arqueología medievales*, tomo IX (1993), pp. 11-40
- ARRANZ 2001 ARRANZ GUZMÁN, Ana, “Las elecciones episcopales durante el reinado de Pedro I de Castilla”, en *En la España Medieval*, nº 24 (2001), pp. 421-461
- ARROYO 1989 ARROYO, Gustave A., *Les manuels de confession en castillan dans l'Espagne médiévale*, Montréal: Universidad de Montréal (Facultad de Artes y Ciencias), 1989, memoria para el grado de Maestro. Versión digital disponible en <http://www.fordham.edu/halsall/projects/arroyo/manuals.htm>, consultado en septiembre de 2014
- AYALA 2008 DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, *Sacerdocio y Reino en la España altomedieval. Iglesia y poder político en el occidente peninsular, siglos VII-XII*, : Madrid: Sílex, 2008
- AYALA 2013 DE AYALA MARTÍNEZ, Carlos, “Alfonso VIII y la Iglesia de su reino”, en LÓPEZ OJEDA, Esther (coord.), *1212, un año, un reinado, un tiempo de despegue. XXIII semana de estudios medievales. Nájera, del 30 de julio al 3 de agosto de 2012. Actas*, Logroño: Instituto de Estudios Riojanos, 2013, pp. 237-296.
- AYUSO 1903 AYUSO, F., “El privilegio de los reyes de España en la presentación de obispos”, en *Razón y fe*, año III, tomo IX (mayo-agosto/1903), pp. 459-473
- BALLESTEROS 1936 BALLESTEROS GAIBROIS, Manuel, *Don Rodrigo Jiménez de Rada*, Barcelona: Labor, 1936.
- BARBICHE 2002 BARBICHE, Bernard, “Diplomatique et théologie: les préambules des lettres de légation (XIIIe-XVIIe siècle)”,

- en KRANZ, Horst; FALKENSTEIN, Ludwig (coords.), *Inquirens subtilia diversa. Dietrich Lohrmann zum 65. Geburtstag*, Aachen, 2002, pp. 123-132
- BARRINGER 1983 BARRINGER, Robert, "CONFESSOR, ROYAL" , en STRAYER, Joseph S. (ed.), *Dictionary of the Middle Ages*, Nueva York: American Council of Learned Societies, vol. 3, 1983, pp. 534-535
- BAUDOT; CHAUSSIN 1935 RR. PP. BAUDOT, ET CHAUSSIN, OSB, *Vies des Saints et des Bienheureux selon l'ordre du Calendrier avec l'historique des fêtes*, París, 1935-59, vol. 2
- BECEIRO 1997 BECEIRO PITA, Isabel, "La consolidación del personal diplomático entre Castilla y Portugal (1392-1455)", en GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel (ed.); MONTES ROMERO CAMACHO, Isabel; GARCÍA MARTÍNEZ, Antonio María Claret (coords.), *La Península Ibérica en la Era de los Descubrimientos (1391-1492): Actas de las III Jornadas Hispano-Portuguesas de Historia Medieval: Sevilla, 25-30 de noviembre de 1991*, Sevilla: Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, 1997, vol. II, pp. 1735-1744
- BENEYTO 2005 BENEYTO PÉREZ, Juan "Estudio preliminar", en GARCÍA DE CASTROGERIZ, Juan, *Glosa Castellana al "Regimiento de Príncipes" de Egidio Romano*, edición y estudio preliminar a cargo de Juan Beneyto Pérez, Madrid: Centro de Estudios Políticos e Institucionales, 2005 (segunda edición; primera de 1947), pp. VII-XXXVIII.
- BÉRIOU 1983 BÉRIOU, Nicole, "Autour de Latran IV (1215): La naissance de la confession moderne et sa diffusion", *En Pratiques de la confession: des pères du désert à Vatican II.: quinze études d'histoire*, (Groupe de la Bussière), París: Les Éditions du Cerf, 1983, pp. 73-93

- BIERSACK 2010 BIERACK, Martín, "Hernando de Talavera y los Alumbrados. Fuentes, planteamientos comunes y divergencias fundamentales", en CASTRO SÁNCHEZ, Álvaro [et. al.] (coords.), *Franciscanos, místicos, herejes y alumbrados*, Córdoba: Universidad; editorial Séneca, 2010, pp. 133-152
- BIERSACK 2011 BIERACK, Martín, "El Magisterio de fray Hernando de Talavera", en MARTÍNEZ MEDINA, Francisco Javier; BIERACK, Martín, *Fray Hernando de Talavera. Primer arzobispo de Granada. Hombre de iglesia, estado y letras*, Granada: Universidad, facultad de teología, 2011, pp. 139-256
- BIGGS 1983 BIGGS, Gordon, *Diego Xelmírez*, Vigo: Edicións Xerais de Galicia, 1983
- BIGLIERI 2001 BIGLIERI, Aníbal A., "Alfonso VI en la Estoria de Espanna: Retrato ejemplar y narración histórica", en *Olivar*, año 2, nº 2 (2001), pp. 11-25.
- BIZZARRI 2002 BIZZARRI, Hugo O. El surgimiento de un pensamiento económico en Castilla (Historia de una idea desde Pedro Alfonso hasta Fray Juan García de Castrojeriz)", en *En la España Medieval*, nº 25 (2002), pp. 113-133
- BIZZARRI; SÁINZ DE LA MAZA 1993 BIZZARRI, Hugo O.; SÁINZ DE LA MAZA, Carlos N., "El Libro de confesión de Medina de Pomar (I)", en *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, nº 11 (1993), pp. 35-55.
- BLANCO 2000 BLANCO, Arturo, *Historia del confesionario. Razones antropológicas y teológicas de su uso*, Madrid, Rialp, 2000.

- BOOKER 2009 BOOKER, Courtney M., "Histrionic History, Demanding Drama: The Penance of Louis the Pious in 833, Memory, and Emplotment", en REIMITZ; Helmut; ZELLER, Bernhard (coords.), *Vergangenheit und Vergegenwärtigung. Frühes Mittelalter und europäische Erinnerungskultur*, Viena: Verlag der Österreichischen Akademie der Wissenschaften, 2009, pp. 103-128
- BREWER 1994 BREWER, Dexter S., "The right of a penitent to release the confessor from the seal: considerations in canon law and American law", en *Jurist. Studies in church law and ministry*, vol. 54 (1994), pp. 424-476
- C.I.C. 1992 *Catecismo de la Iglesia Católica*, España: Asociación de Editores del Catecismo, 1992, cuarta edición española.
- CABALLERO 2009 CABALLERO ESCAMILLA, Sonia, "Fray Tomás de Torquemada, iconógrafo y promotor de las artes", en *Archivo español de arte*, vol. 82, nº 325 (2009), pp. 19-34
- CAL 2003 CAL PARDO, Enrique, *Episcopologio mindoniense*, Santiago de Compostela, 2003
- CANTERA 1997 CANTERA MONTENEGRO, Enrique, "El obispo Lope de Barrientos y la sociedad judeoconversa: su intervención en el debate doctrinal en torno a la "sentencia-Estatuto" de Pero Sarmiento", en *Espacio, Tiempo y Forma, serie III, Historia Medieval*, tomo 10 (1997), pp. 11-29.
- CAÑAS 2008 CAÑAS GÁLVEZ, Francisco de Paula, "Las Casas de Isabel y Juana de Portugal, reinas de Castilla. Organización, dinámica institucional y prosopografía (1447-1496)", en MARTÍNEZ MILLÁN, José; MARÇAL LOURENÇO, María Paula (coords.), *Las relaciones discretas entre las monarquías*

- hispana y portuguesa: las Casas de las reinas (siglos XV-XIX)*, Madrid: Ediciones Polifemo, 2008, vol. 2, pp. 9-232
- CAÑAS 2010 CAÑAS GÁLVEZ, Francisco de Paula, “La diplomacia castellana durante el reinado de Juan II: la participación de los letrados de la cancillería real en las embajadas regias”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 40/2 (julio-diciembre/2010), pp. 691-722
- CARAFFA; MORELLI 1961 CARAFFA, FILIPPO; MORELLI, GIUSEPPE (dirs.), *Bibliotheca Sanctorum*, Roma, Città Nuova Editrice, Istituto Giovanni XXIII nella Pontificia Università Lateranense, vol. 1, 1961
- CARNEIRO DE SOUSA 1993 CARNEIRO DE SOUSA, Ivo, “Introdução ao Estudo do património da Casa e da Corte de D. Leonor”, *Revista da Faculdade de letras-línguas e literaturas. Anexo V – Espiritualidade e Corte en Portugal, sécs. XVI-XVIII*; Porto, 1993, pp. 23-52
- CARRASCO 2006 CARRASCO, Ana Isabel, *Isabel I de Castilla y la sombra de la ilegitimidad: propaganda y representación en le conflicto sucesorio (1474-1482)*, Sílex, Madrid, 2006
- CARRIEDO 2007 CARRIEDO TEJEDO, Manuel, “La familia de san Rosendo”, en *Estudios Mindonienses. Anuario de Estudios histórico-teológicos de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol*, nº 23 (2007) pp. 103-123.
- CASTAÑO 1906 CASTAÑO, Raimundo, *San Álvaro de Córdoba y su convento de Escalaceli*, Vergara, 1906
- CASTRO 1974 CASTRO CASTRO, Manuel, “Confesores franciscanos en la Corte de los Reyes Católicos”, en *Archivo Ibero-Americano: Revista trimestral de estudios históricos publicada por los Padres Franciscanos*, Año XXXIV, nº 13 (enero-marzo/1974), pp. 55-126

- CASTRO 1972a CASTRO, M., “Confesores franciscanos de los reyes de España”, en ALDEA VAQUERO, Quintín; MARÍN MARTÍNEZ, Tomás, VIVES GATELL, José (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Instituto Enríquez Flórez, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 1972, Suplemento I, pp. 219-221.
- CASTRO 1972b CASTRO, M., “ESPINA, Alonso de, OFM”, en ALDEA VAQUERO, Quintín; MARÍN MARTÍNEZ, Tomás, VIVES GATELL, José (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Instituto Enríquez Flórez, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 1972
- CASTRO 1995 CASTRO, Manuel, “Fr. Juan Gil de Zamora, OFM, primer biógrafo de San Antonio de Padua”, en *Verdad y vida*, vol. 53 (1995), pp. 467-478.
- CAVERO 2013 CAVERO DOMÍNGUEZ, Gregoria, “Alfonso Pérez de Cusanza, dominico, obispo y confesor regio”, en *Diversarum rerum: revista de los Archivos Catedralicio y Diocesano de Ourense*, nº 8 (2013), pp. 15-32
- CENDÓN 1997 CENDÓN FERNÁNDEZ, Marta, “Un obispo de Lugo en Santa Clara de Toledo: el sepulcro de fray Juan Enríquez”, *Archivo Español de Arte*, tomo LXX, nº 279 (julio-septiembre/1997), pp. 302-308
- CHUBB 2012 CHUBB, Taryn E. L., “*De vita spirituali*: San Vicente Ferrer, Cardinal Cisneros, and Fifteenth-Century Devotional Practices in Castilla”, en *La Corónica*, vol. 41, nº 1 (2012), pp. 93-108
- CLARKE; ZUTSHI 2012 CLARKE, Peter D.; ZUTSHI, Patrick N. R. (eds.), *Supplications from England and Wales in the registers of the Apostolic*

- Penitentiary, 1410-1503, volume I: 1410-1464*, The Canterbury and York Society. Croydon: The Boydell Press, 2012
- CLARKE;
ZUTSHI 2014 CLARKE, Peter D.; ZUTSHI, Patrick N. R. (eds.), *Supplications from England and Wales in the registers of the Apostolic Penitentiary, 1410-1503, volume II: 1464-1492*, The Canterbury and York Society. Croydon: The Boydell Press, 2014
- CLEMENCÍN
1821 CLEMENCÍN, Diego, *Elogio de la Reina Católica doña Isabel. Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo VI, Madrid, 1821
- CODET 2012 CODET, Cécile, “Edición de la *Suma y breve compilación de cómo han de bivar y conversar las religiosas de Sant Bernardo que biven en los monasterios de la cibdad de Ávila* de Hernando de Talavera (Biblioteca del Escorial, ms. a.IV-29)”, en *Memorabilia: boletín de literatura sapiencial*, nº 14 (2012), pp. 1-57
- COSTA GOMES
2012 COSTA GOMES, Rita, “Le Conseil Royal au Portugal (1400-1520)”, en MICHON, Cédric (coord.), *Conseils & conseillers dans l'Europe de la Renaissance: v. 1450 - v. 1550*, Tours, 2012
- COSTA Y BELDA
1978 COSTA Y BELDA, Enrique, “Las Constituciones de don Raimundo de Losaña para el Cabildo de Sevilla (1261)”, *Historia, instituciones, documentos*, 5, 1978, pp. 169-223
- COUSSEMAKER
1999 COUSSEMAKER, Sophie, “Les confesseurs hiéronymites des souverains castillans de 1373 à 1474. Quels confesseurs pour quels rois?”, *Les serviteurs de l'État au Moyen Age, XXIXe congrès de la S.H.M.E.S. (Pau, mai, 1998)*, París, Publications de la Sorbonne, 1999, pp. 85-103

- CRADDOCK 2008 CRADDOCK, Jerry R., *Palabra del rey: Selección de estudios sobre legislación alfonsina*, Salamanca: Seminario de Estudios medievales y renacentistas, 2008
- CUENCA 1992 CUENCA MUÑOZ, Paloma, introducción y estudio al *Tractado de la Divinança* de Lope DE BARRIENTOS, edición crítica y estudio, tesis doctoral dirigida por Nicasio Salvador Miguel, Madrid: Universidad Complutense, 1992
- CUENCA 1996 CUENCA MUÑOZ, Paloma, “El legado testamentario de Lope de Barrientos”, en *Espacio, Tiempo y Forma, Serie III, Historia Medieval*, tomo 9 (1996), pp. 303-325.
- CUERVO 1916 CUERVO, Justo (ed.) *Historiadores del Convento de San Esteban de Salamanca*, tomo III, Salamanca: Imprenta Católica Salmanticense, 1916
- DACOSTA 2006 DACOSTA MARTINEZ, Arsenio, “El rey virtuoso: un ideal político del siglo XIII de la mano de fray Juan Gil de Zamora”, en *Historia. Instituciones. Documentos*, nº 33 (2006), pp. 99-121
- DE CASTRO 2001 DE CASTRO, Teresa, “El Tratado sobre el vestir, calzar y comer del arzobispo Hernando de Talavera”, en *Espacio, tiempo y forma, serie III, Historia medieval*, vol. 14 (2001), pp. 11-92
- DELUMEAU 1983 DELUMEAU, Jean, *Le péché et la peur. La culpabilisation en Occident. XIII^e-XVIII^e siècles*, Fayard, 1983
- DELUMEAU 1992 DELUMEAU, Jean, *La confesión y el perdón. Las dificultades de la confesión, siglos XIII al XVIII*, versión española de

- Mauro ARMIÑO, Madrid, Alianza Editorial, 1992 (edición original de 1990)
- DIAGO 2010 DIAGO HERNANDO, Máximo, “Clérigos de origen castellano como embajadores de los reyes de Aragón ante el rey Juan II de Castilla”, en *Anuario de Estudios Medievales*, 40/2 (julio/diciembre-2010), pp. 821-844
- DÍAZ IBÁÑEZ 1996 DÍAZ IBÁÑEZ, Jorge, *La Iglesia de Cuenca en la Edad Media (siglos XII-XV). Estructura institucional y relaciones de poder*, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 1996, tesis doctoral dirigida por José Manuel Nieto Soria, Departamento de Historia Medieval, Universidad Complutense de Madrid. Edición electrónica de 2002, pp. 185-18
- DÍAZ MARTÍN 1975 DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente, *Los oficiales de Pedro I de Castilla*, Valladolid: Universidad de Valladolid, 1975.
- DÍAZ MARTÍN 1988 DÍAZ MARTÍN, Luis Vicente, “Los inicios de la política internacional de Castilla (1360-1410)”, en RUCQUOI, Adeline (coord.), *Realidad e imágenes del poder: España a fines de la Edad Media*, Valladolid: Ámbito, 1988, pp. 57-83
- DÍEZ GARRETAS 1993 DÍEZ GARRETAS, María Jesús, “Aspectos biográficos y literarios de Fray Lope de Barrientos”, en *Proyección histórica de España en sus tres culturas: Castilla y León, América y el Mediterráneo*, Junta de Castilla y León, 1993, vol. II, pp. 313-318.
- DIJK 2009 VAN DIJK, Teun A., *Discurso y poder: contribuciones a los estudios críticos del discurso*, Barcelona : Gedisa, 2009

- DOMÍNGUEZ; GARCÍA 1983 DOMÍNGUEZ GARCÍA, Avelino; GARCÍA BALLESTER, Luis, “El tratado «de anathomia» («c». 1280) de Juan Gil de Zamora («c». 1241-«c». 1320)”, en *Dynamis: Acta hispanica ad medicinae scientiarumque historiam illustrandam*, nº 3 (1983), pp. 341-371.
- DU CANGE 1842 DU CANGE, Charles du Fresne (señor du Cange), *Glossarium Mediae et infimae latinitatis*, París, vol. 2, 1842.
- ESTEPA 1985 ESTEPA DíEZ, Carlos, *El reinado de Alfonso VI*, Madrid: Spainfo Ings, 1985
- FALQUE 1994b FALQUE, Emma, “La biblioteca del arzobispo Gelmírez”, en CELESTINO ANGULO, Sonsoles (coord.) *De libros y bibliotecas. Homenaje a Rocío Caracuel*, Sevilla: Universidad, 1994, pp. 123-127
- FASSIO 1997 FASSIO, Francisco José R., *San Álvaro de Córdoba, reformador de los dominicos en España*, Burgos, 1997
- FAULHABER 1973 FAULHABER, Charles, “Pedro de Blois, fuente del *Dictaminis epithalamium* de Juan Gil de Zamora”, en *Archivo Ibero-Americano*, Serie 2, vol. 33 (1973), pp. 251-268
- FERNANDES 2001 FERNANDES, Fátima Regina, “Diogo Lopes Pacheco. Acción política y diplomacia entre Portugal y Castilla en el siglo XIV”, en *Studia Historica, Historia medieval*, 18-19 (2000-2001), pp. 211-224
- FERNÁNDEZ CONDE 2012 FERNÁNDEZ CONDE, Francisco Javier, “Política religiosa de Alfonso VI”, en ESTEPA DíEZ, Carlos; FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Etelvina; RIVERA BLANCO, Javier (dirs.) *Alfonso VI y su legado. Actas del Congreso Internacional. Sahagún, 29 de octubre al 1 de noviembre de 2009. IX Centenario de*

Alfonso VI (1109-2009), León: Diputación Provincial de León, Instituto Leonés de Cultura, 2012, pp. 37-62

- | | |
|---------------------------------|---|
| FERNÁNDEZ DE
CÓRDOVA
2004 | FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, Álvaro, “Sociedad cortesana y entorno regio”, en <i>Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales</i> , año XIV, nº 13-14 (2004), pp. 49-78 |
| FERNÁNDEZ
FERNÁNDEZ
2013 | FERNÁNDEZ FERNÁNDEZ, Aurelio, <i>Moral fundamental. Iniciación teológica</i> , Madrid, Rialp, 2013 (octava edición, primera edición de 2000) |
| FERNÁNDEZ
RODRÍGUEZ
1994 | FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Pedro, “El Sacramento de la Penitencia en la Suma de Teología, de Santo Tomás de Aquino”, <i>Ciencia Tomista</i> , año LXXXV, tomo CXXI, 1994, pp. 145-183 |
| FERNÁNDEZ;
OLIVER 1982 | FERNÁNDEZ CONDE, J.; OLIVER, A., “El Cisma de Occidente y los reinos peninsulares”, en GARCÍA VILLOSLADA, Ricardo (dir.), <i>Historia de la Iglesia en España, tomo II-2, la Iglesia en la España de los siglos VIII al XIV</i> , Madrid: Editorial Católica, 1982, pp. 463-495 |
| FERRERO 2005 | FERRERO HERNÁNDEZ, Cándida, “La percepción de los musulmanes en el <i>De Preconiis Hispaniae</i> de Juan Gil de Zamora”, en <i>Evphrosyne, revista de Filología Clásica, Nova série, volume XXXIII</i> (2005), pp. 289-302 |
| FITA 1892 | FITA COLOMÉ, Fidel, “Pedro Díaz de la Costana, escritor e inquisidor en la segunda mitad del siglo XVI”, en <i>Boletín de la Real Academia de la Historia</i> , vol. 21 (1892), pp. 31-32 |

- FLETCHER 1978 FLETCHER, R.A., *The Episcopate in the Kingdom of León in the Twelfth Century*, Oxford: Oxford University Press, 1978
- FLETCHER 1984 FLETCHER, R. A., *Saint James' Catapult. The life and Times of Diego Gelmírez of Santiago de Compostela*, Oxford: Oxford University Press, 1984
- FOLGADO 2014 FOLGADO, Jesús R., "Hernando de Talavera, confesor regio y su «Memoria de nuestra redención». Un texto incunable reencontrado", en *Ciudad de Dios: Revista agustiniana*, vol. CCXXVII, nº 1 (enero-abril/2014), pp. 27-36
- FOUCAULT 1982 FOUCAULT, Michel, "El sujeto y el poder", versión digital, traducida por Santiago Cassarale y Angélica Vitales, en <<http://www.campogrupal.com/poder.html>>; artículo original publicado en *Critical Inquiry*, vol. 8, nº 4, verano/1982, pp. 777-795
- FOURNÈS 2007 FOURNÈS, Ghislaine, "La Virgen de los Reyes Católicos, masque et miroir de la royauté". en *E-Spania: Revue électronique d'études hispaniques médiévales*, nº 3 (2007)
- FRADEJAS 1998 FRADEJAS LEBRERO, José, "bliografía crítica de fray Hernando de Talavera", en SOTO RÁBANOS, José María (coord.), *Pensamiento medieval hispano: homenaje a Horacio Santiago-Otero*, 1998, vol. 2, pp. 1347-1358
- FRAILE 1946 FRAILE, Guillermo, "El M. R. P. Mtro. Fr. Luis G. Alonso Getino. In Memoriam", en *Ciencia Tomista*, 70-71 (1946), pp. 330-340.

- FRAMIÑÁN 2005 FRAMIÑÁN DE MIGUEL, María Jesús, "Literatura y confesión: hacia una caracterización general de confesionales castellanos bajomedievales", en *Actas del IX Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (La Coruña, 2001)*, Noia, 2005, pp. 247-268
- FRUNCK-BRENTANO 1887 FRUNCK-BRENTANO, Franc, "Le caractère religieux de la diplomatie du Moyen Age", en *Revue d'Histoire diplomatique*, nº 1(1887), pp. 113-125
- GALTIER 1951 GALTIER, Paul, *Aux origines du Sacrement de Pénitence*, Roma: Universidad Gregoriana, 1951
- GAMBRA 1997a GAMBRA, Andrés, *Alfonso VI. Cancillería e Imperio*, León: Centro de Estudios e investigación "San Isidro", Caja España e Inversiones, Caja de ahorros y monte de Piedad, Archivo histórico diocesano, 1997, vol. 1: Estudio.
- GARCÍA 2000 GARCÍA, M. J., "Los estudios sobre la corte y la «sociedad cortesana» a fines de la Edad Media: Un balance historiográfico", en *Medievalismo*, 10 (2000), pp. 49-78
- GARCÍA ORO; PORTELA 2012 GARCÍA ORO, José; PORTELA, María José (†), "Cisneros ante la Iglesia de Toledo: ciudad, Iglesia, señorío", en *Archivo ibero-americano. Revista franciscana de estudios históricos*, año LXXII, nº 271-273 (enero-diciembre/2012), pp. 215-414
- GARCÍA Y GARCÍA 2003a GARCÍA Y GARCÍA, Antonio, "La biblioteca de Gonzalo de Illescas", en Mario ASCHERI, Friedrich EBEL, Heckel MARTIN (eds.), *"Ins Wasser geworfen und Ozeane durchquert", Festschrift für Knut Wolfgang Nörr*, Böhlman Verlag, Köln, Weimar, Wien, 2003, pp. 261-269

- GARCÍA Y GARCÍA 2003b GARCÍA Y GARCÍA, Antonio, "Las constituciones del Concilio IV Lateranense de 1215", en SOMMERLECHNER, Andrea (coord.), *Innocenzo III. Urbs et orbis; atti del congresso internazionale, Roma, 9 - 15 settembre 1998*, Roma, 2003, vol. 1, pp. 200-224
- GARCÍA Y GARCÍA 1986 "Confesor real. (Beichtvaters and den span. Könighäusern)", en BAUTIER, Robert-Henri; AUTY, Robert (coords.), *Lexikon desd Mittelalters*, München; Zürich : Artemis Verlag; Lexma Verlag, vol. 3, 1986.
- GARCÍA Y GARCÍA; ALONSO; CASTELAR 2002 GARCÍA Y GARCÍA, Antonio; ALONSO, Bernardo; CASTELAR, Francisco, "Introducción", en PÉREZ, Martín, *Libro de las confesiones (una radiografía de la sociedad medieval española)*, introducción y edición a cargo de Antonio García y García, Bernardo Alonso Rodríguez, Francisco Castelar Rodríguez, Madrid: B.A.C., 2002, pp. IX-XXXI
- GARCÍA-JALÓN 1986 GARCÍA-JALÓN DE LA LAMA, Santiago, "Un dictamen de don Lope de Barrientos sobre la fórmula «ex iudaeis» del cuarto concilio de Toledo", en *El Olivo. Documentación y Estudios para el Dialogo entre Judíos y Cristianos*, X/23 (1986), pp. 39-71
- GARCÍA-JALÓN 1988 GARCÍA-JALÓN DE LA LAMA, Santiago, "Interdependencia en el uso de «autoridades», en la obra de Lope de Barrientos, Alonso de Cartagena y Fernán Díaz de Montalvo", en *Helmántica. Revista de filología clásica y hebrea*, tomo 39, nº 120 (1988), pp. 383-390.
- GARCÍA-MONGE 2001 GARCÍA-MONGE CARRETERO, María Isabel, *Estudio y edición crítica del "Tratado del dormir" de Lope de Barrientos*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Filología, Departamento de Filología II, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, Servicio de

- Publicaciones, 2001, (edición digital de 2006), tomo I: Estudio
- GARRIGÓS 1943 GARRIGÓS, A. Xavier, "La actuación del Arzobispo Gelmírez a través de los documentos de la Historia Compostelana", en *Hispania. Revista española de historia*, vol. 3 (1943), pp. 355-408
- GILSON 1976 GILSON, Étienne, *La Filosofía en la Edad Media. Desde los orígenes hasta el fin del siglo XIV*, Madrid, Gredos, 1976 (edición original de 1958)
- GÓMEZ IZQUIERDO 1968 GÓMEZ IZQUIERDO, Alicia, *Cargos de la Casa y Corte de Juan II de Castilla*, Valladolid, 1968
- GÓMEZ REDONDO 2012a GÓMEZ REDONDO, Fernando, "Prefacio", en THIEULIN-PARDO, Hélène, *Confesionario. Compendio del "Libro de las confesiones" de Martín Pérez*, Paris, SEMH-Sorbonne (Les Livres d'e-Spania "Sources", 2), 2012, [En ligne], mis en ligne le 23 mai 2012, consulté le 30 novembre 2012. URL : <http://espanialivres.revues.org/381>
- GÓMEZ REDONDO 2012b GÓMEZ REDONDO, Fernando, *Historia de la prosa de los Reyes Católicos: El umbral del Renacimiento*, Madrid: Cátedra, 2012 (1ª edición), 2 vols.
- GONZÁLEZ DE FAUVE; LAS HERAS; FORTEZA 2001 GONZÁLEZ DE FAUVE, María Estela; LAS HERAS, Isabel J.; FORTEZA, Patricia de, "Los cargos eclesiásticos y religiosos como estrategia de recuperación del poder de los descendientes de Pedro I de Castilla", en *En la España Medieval*, nº 24 (2001), pp. 239-257
- GONZÁLEZ GONZÁLEZ 1960a GONZÁLEZ GONZÁLEZ, Julio, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, Madrid: Consejo Superior de

- Investigaciones Científicas, Escuela de Estudios Medievales, 1960, volumen 1 (Estudio)
- GONZÁLEZ JIMÉNEZ 2004 GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel, *Alfonso X el Sabio*, Barcelona: Ariel, 2004
- GONZÁLEZ MÍNGUEZ 1995 GONZÁLEZ MÍNGUEZ, César, *Fernando IV: 1295-1312*, Palencia: Diputación Provincial de Palencia, Colección “Corona de España”, 1995
- GONZÁLEZ MONTERO 2007 GONZÁLEZ MONTERO, Sebastián, en *En Psikeva, revista de psicoanálisis y estudios culturales, revista digital* nº 5 (2007), edición digital sin paginar, consultado en noviembre de 2011
- GONZÁLEZ POLVILLO 2009 GONZÁLEZ POLVILLO, Antonio, *Análisis y repertorio de los tratados y manuales para la confesión en el mundo hispánico (ss. XV-XVIII)*, Huelva: Universidad, 2009
- GONZÁLEZ POLVILLO 2010 GONZÁLEZ POLVILLO, Antonio, *El gobierno de los otros. Confesión y control de la conciencia en la España moderna*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2010
- GONZÁLEZ RIVAS 1949 GONZÁLEZ RIVAS, Severino, *La Penitencia en la primitiva Iglesia española*, Salamanca: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto “San Raimundo de Peñafort”, 1949.
- GONZÁLEZ SÁNCHEZ 2010 GONZÁLEZ SÁNCHEZ, Santiago, *La Corona de Castilla: vida política (1406-1420). Acontecimientos, tendencias y estructuras*, tesis para optar al grado de Doctor, bajo la dirección del Doctor Miguel Angel Iadero Quesada, Madrid, 2010

- GONZÁLEZ ZYMLA 2007 GONZÁLEZ ZYMLA, Hertbert, “Francisco Jiménez de Cisneros. Cardenal y hombre de Estado”, en *Revista de arqueología*, año XXVIII, nº 316 (2007), pp. 24-33
- GOÑI 1962 GOÑI GAZTAMBIDE, José, “Los españoles en el Concilio de Constanza”, en *Hispania Sacra*, nº 15:30 (enero/1962), pp. 253-386
- GOÑI 1965 GOÑI GAZTAMBIDE, José, “Los españoles en el Concilio de Constanza (continuación)”, en *Hispania Sacra*, nº 18:35 (1965), pp. 103-158; y nº 18:36 (julio/1965), pp. 265-332
- GORDO MOLINA 2004 GORDO MOLINA, Ángel, “Relaciones de la Monarquía del Reino de León con la Reforma Espiritual. Cluny, Fernando I y Alfonso VI”, en *Tiempo y espacio* (Chile, Universidad de Bío Bío), vol. 14 (2004), pp. 71-80.
- GORDO MOLINA 2010 GORDO MOLINA, Ángel, “Diego II Gelmírez y la *praeparatio* de Alfonso Raimúndez: el ayo y su regio ahijado según la *Historia Compostellana*”, en *Fundación para la Historia de España*, vol. 10 (2010/2011), pp. 28-34.
- GORDO MOLINA 2011 GORDO MOLINA, Ángel G., “Alfonso VII y Diego II Gelmírez: *Auctoritas, potestas* y financiamiento regio”, en *Iacobus*, nº 29-30 (2011), pp. 49-73.
- GRACIA 2000 GRACIA, Paloma, “Pecado del rey, sequedad de la tierra: notas sobre la punición colectiva de los pecados en la *Estoria de España* alfonsí”, En BERESFORD, Andrew M.; DEYERMOND, Alan (eds.), *Paper of the Medieval Hispanic Research Seminar, 26, Proceedings of the ninth Colloquium*, Londres: Department of Hispanic Studies, Queen Mary and Westfield College, 2000, pp. 107-116

- GRASSOTTI 1965 GRASSOTTI, Hilda, "La ira regia en León y Castilla", en *Cuadernos de historia de España*, nº 41/42 (1965), pp. 5-135
- GRÉGOIRE 1824 GRÉGOIRE, M., *Histoire des confesseurs des empereurs, des rois, et d'autres princes*, París: Baudouin frères, libraires, 1824
- HACKETT 2006 HACKETT, Jeremiah, "Mirrors of princes, errors of philosophers. Roger Bacon and Giles of Rome (Aegidius Romanus) on the Education of the Government (the Prince)", en CLARKE, Howard B.; PHILLIPS, J. R. S. (eds.), *Ireland, England and the continent in the Middle Ages and Beyond. Essays in Memory of a Turbulent Friar, F. X. Marth, O.S.A.*, Dublín: University College Press, 2006, pp. 105-27.
- HEDDE; AMANN 1935 HEDDE, R.; AMANN, É., "Pierre de la Palu", en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, tomo 12.2, París, 1935.
- HERNÁNDEZ 1972a HERNÁNDEZ, R., "BARRIENTOS, Lope de", en ALDEA VAQUERO, Quintín; MARÍN MARTÍNEZ, Tomás, VIVES GATELL, José (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Instituto Enríquez Flórez, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 1972, pp. 194-195
- HERNÁNDEZ 1972b HERNÁNDEZ, H., "BURGOS, Alonso de", en ALDEA VAQUERO, Quintín; MARÍN MARTÍNEZ, Tomás, VIVES GATELL, José (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Instituto Enríquez Flórez, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 1972, p. 295
- HERNANDO 1980 HERNANDO DELGADO, José, *Sociedad y cristianismo en un manual de confesores de principios del siglo XIV*, Resumen de la tesis presentada para aspirar al grado de

- Doctor en Geografía e Historia. Barcelona: Universidad de Barcelona: Sección de publicaciones, ediciones, intercambio científico y extensión universitaria. Director de tesis: Emilio Sáez Sánchez, 1980
- HERNANDO 1981 HERNANDO DELGADO, José, “Realidades socioeconómicas en el Libro de las confesiones de Martín Pérez: usura, justo precio y profesión”, en *Acta historica et archaeologica mediaevalia*, nº 2 (1981), pp. 93-106
- HERNANDO 2000 HERNANDO DELGADO, Josep, “De la usura al interés: Crédito y ética en la Baja Edad Media”, en *Aragón en la Edad Media. Sociedad, culturas e ideologías en la España bajomedieval. Sesiones de trabajo. Seminario de historia medieval*, Zaragoza: Universidad, 2000, pp. 55-74
- HERRERO; FALCÓN 2006 HERRERO, M. C.; FALCÓN PÉREZ, M. I., “En torno a la muerte a finales de la Edad Media aragonesa”, en *En la España Medieval*, 29 (2006), pp. 153-186
- HUERGA 1966 HUERGA, Álvaro (OP), “Beato Álvaro de Córdoba († 1430)”, en ECHEVARRÍA, Lamberto de; LLORCA, Bernardino (dirs.), *Año Cristiano, tomo I (enero-marzo)*, Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1966 (segunda edición), pp. 352-362
- HUERGA 1972 HUERGA, A., “Córdoba, Álvaro de, OP”, en Quintín ALDEA VAQUERO, Tomás MARÍN MARTÍNEZ, José VIVES GATELL (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Instituto Enríquez Flórez, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 1972, pp. 619-621
- IANNUZZI 2009a IANNUZZI, Isabella, *el poder de la palabra en el siglo XV: fray Hernando de Talavera*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2009.

- IANNUZZI 2009b IANNUZZI, Isabella, "Gobernar a los fieles y «predicar» discursos socio-religiosos. Fray Hernando de Talavera, confesor y consejero de los Reyes Católicos", en *Mágina: Revista Universitaria*, nº 13 (2009), pp. 73-84
- ISHIKAWA 2008 ISHIKAWA, Chiyo, "Hernando de Talavera and Isabelline Imagery", en WEISSBERGER, Barbara F. (ed.), *Queen Isabel I of Castile. Power, patronage, persona*, Reino Unido: Tamesis, 2008, pp. 71-82
- JANSEN 2003 JANSEN, Katherine Ludwig, "Innocent III and the Literature of Confession", en SOMMERLECHNER, Andrea (coord.), *Innocenzo III. Urbs et orbis; atti del congresso internazionale, Roma, 9 - 15 settembre 1998*, Roma, 2003, vol. 1, pp. 369-382
- JARDIN 2000 JARDIN, Jean-Pierre, "El rey, la muerte y el Diablo. estudio de un relato de aparición diabólica relacionada con la muerte del rey Juan I de Castilla (1390)", *Crisol*, 4, 2000, pp. 231-241
- JONG 2000 JONG, Mayke de, "Transformations of Penance", en THEUWS, Frans C. W. J.; NELSON, Janet Loughland (coords.), *Rituals of Power. From Late Antiquity to the Early Middle Ages*, Leiden, 2000, pp. 185-224.
- JUAN Y MORADO 2009 JUAN Y MORADO, Guillermo, *San Telmo, el beato Pedro González: un dominico del siglo XIII, nacido en Palencia y muerto en Tui, abogado de las gentes del mar*, Barcelona: Centre de Pastoral Litúrgica, 2009
- LADERO 1998 LADERO QUESADA, Miguel Ángel, "La Casa Real en la Baja Edad Media", en *Historia, Instituciones, Documentos*, nº 25 (1998), pp. 327-350

- LADERO 2009 LADERO QUESADA, Miguel Ángel, “Gastar bien el tiempo y ordenar los oficios: consejos, instrucciones y ejemplos de fray Hernando de Talavera”, en DEL VAL VALDIVIESO, María Isabel; MARTÍNEZ SOPENA, Pascual (dirs.), *Castilla y el mundo feudal. Homenaje al profesor Julio Valdeón*, con la colaboración de Diana PELAZ FLORES, Valladolid: Universidad; Junta de Castilla y León, 2009, tomo III, pp. 269-294
- LADERO 2013 LADERO QUESADA, Miguel Ángel, “«Susurratio». El tratado de Fray Hernando de Talavera sobre murmuración y maledicencia”, en MUTGÉ I VIVES, Josefina; SALICRÚ I LLUCH, Roser; VELA AULESA, Carles (eds.), *La Corona catalanoaragonesa, l’Islam i el món mediterrani. Estudis d’Història medieval en homenatge a la doctora Maria Teresa Ferrer i Mallol*, Barcelona: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2013, pp. 417-425
- LEA 1896 LEA, Henry Charles, *A history of auricular confession and indulgences in the latin Church*, Philadelphia: Lea Brothers & co., 1896, 3 vols.
- LILLO 1998 LILLO REDONET, Fernando, “El códice 414 de la Biblioteca de Asís y los Sermones de Juan Gil de Zamora”, en *Archivo Ibero-Americano*, año 58, nº 229 (1998), pp. 145-172.
- LINAGE 2006 LINAGE CONDE, Antonio, *Alfonso VI: el rey hispano y europeo de las tres religiones (1065-1109)*, Gijón: Trea, 2006 (2ª edición, 1ª de 1994).
- LITTLE 1981 LITTLE, Lester K., “Les techniques de la confession et la confession comme technique”, en *Faire Croire: Modalités de la diffusion et de la réception des messages religieux de XIIe au XVe siècle. Table Ronde organisé par l'Ecole*

- Française de Rome, en collaboration avec l'Institut d'histoire médiévale de l'Université de Padoue*(Rome, 22-23 juin, 1979), Roma: École Française de Rome, 1981, pp. 87-99
- LOBATO 1989 LOBATO YANES, Elena, “La religiosidad de una reina: Doña Urraca”, en MUÑOZ FERNÁNDEZ, Ángela (ed.), *Las mujeres en el cristianismo medieval. Imágenes teóricas y cauces de actuación religiosa*, Madrid: asociación cultural Al-Mudayna, 1989, pp. 385-396.
- LOBATO 2000 LOBATO YANES, Elena, *Urraca I. La Corte castellano-leonesa en el siglo XII*, Palencia, 2000.
- LOCHRIE 1999 LOCHRIE, Karma, *Covert Operations: The Medieval uses of Secrecy*, Pennsylvania: Pennsylvania Press, 1999.
- LÓPEZ 1925 LÓPEZ FERNÁNDEZ, Atanasio, “Fr. Pedro Gallego, primer obispo de Cartagena (1250-1267)”, en *Archivo Ibero-Americano*, nº LXX, año XII (julio-agosto/1925), pp. 65-91
- LÓPEZ 1928a LÓPEZ FERNÁNDEZ, Atanasio, “Fray Fernando de Illescas, confesor de los Reyes de Castilla Juan I y Enrique III”, en *Archivo Ibero-Americano*, XXX (1928), Miscelánea, pp. 241-252
- LÓPEZ 1928b LÓPEZ FERNÁNDEZ, Atanasio, “Fray Alfonso de Alcocer, confesor de Enrique III de Castilla”, *Archivo Ibero-Americano*, nº 87, año XV (mayo-junio de 1928), pp. 369-374
- LÓPEZ 1929a LÓPEZ FERNÁNDEZ, Atanasio, “Confesores de la familia real de Castilla”, en *Archivo Ibero-Americano de Estudios históricos*, año XVI, nº 91 (enero-febrero/1929), pp. 5-75.

- LÓPEZ 1929b LÓPEZ FERNÁNDEZ, Atanasio, "Confesores de la Familia Real de Aragón", en *Archivo Ibero-americano de Estudios históricos*, año XVI, nº 92 (marzo-abril/1929), pp. 145-240; y nº 93 (mayo-junio/1929), pp. 289-337
- LÓPEZ 1929c LÓPEZ FERNÁNDEZ, Atanasio, "Confesores de la familia real de Mallorca y Navarra", en *Archivo Ibero-Americano: Revista trimestral de estudios históricos*, año XVI, nº 95 (septiembre-octubre/1929), pp. 213-215.
- LÓPEZ ARANDIA 2010 LÓPEZ ARANDIA, María Amparo, "Dominicos en la corte de los Austrias: el confesor del rey", en *Tiempos modernos*, vol. 7, nº 20 (2010/1), monográfico "Estudios sobre la Iglesia en la Monarquía Hispánica", coordinado por Fernando NEGREDO, pp. 1-30
- LÓPEZ; BARRIGUÍN 2013 LÓPEZ, Atanasio (†); BARRIGUÍN, Hipólito (ed.), "Obispos franciscanos españoles, siglos XIII, XIV y XV", en *Archivo ibero-americano. Revista franciscana de estudios históricos*, año LXXIII, nº 275-276 (mayo-diciembre/2013), pp. 229-574
- LOZANO 1989 LOZANO, P., "La diplomacia, como factor de comunicación del sistema inter-estatal" en *Comunicación y Sociedad*, vol. II, nº 2 (1989), pp.123-136. Versión digital, sin paginar, en <http://www.unav.es>, consultado el el 6 de septiembre de 2012
- LUIS 2012 LUIS CORRAL, Fernando, "«Y sometió a su autoridad todo el reino de los leoneses»: formas de ejercicio del poder en la *Historia Silense* o cómo Alfonso VI llegó al trono", en *E-Spania*, nº14 (2012).

- MACKAY; MCKENDRICK 1979 MACKAY, Angus; MCKENDRICK, Geraldine, "Confession in the Cántigas de Santa María", en *Reading Medieval Studies*, vol. 5 (1979), pp. 71-88.
- MADRID 1972 MADRID, I. de, "ILLESCAS, Gonzalo de", en ALDEA VAQUERO, Quintín; MARÍN MARTÍNEZ, Tomás, VIVES GATELL, José (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Instituto Enríquez Flórez, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 1972
- MANSILLA 1987 MANSILLA, Demetrio, "El reino de Castilla y el Papado en tiempos de Alfonso VI (1065-1109)", en *Estudios sobre Alfonso VI y la reconquista de Toledo. Actas del II Congreso Internacional de Estudios Mozárabes (Toledo, 20-26 Mayo 1985)*, vol. 1, 1987, pp. 31-82.
- MANSO 1993 MANSO PORTO, Carmen, "El obispo fray Pedro López de Aguiar, OP (1349-1390): Reseña biográfica y aproximación a los principales acontecimientos en su diócesis durante el reinado de Pedro I", en *Archivo Dominicano*, nº 14 (1993), pp. 43-68 1993
- MARCOS 1972 MARCOS, F., "DEZA, Diego de, OP", en ALDEA VAQUERO, Quintín; MARÍN MARTÍNEZ, Tomás, VIVES GATELL, José (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Instituto Enríquez Flórez, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 1972
- MARCOTEGUI 2009 MARCOTEGUI BARBER, Beatriz, *Instructio morum et fidei: la predicación en el reino de Navarra en el siglo XV*, Pamplona, 2009
- MARINO 2013 MARINO, Nancy F., "La indumentaria de Isabel la Católica y la retórica visual del siglo XV", en *Atalaya. Revue*

française d'études médiévales hispaniques, vol. 13
(2013), revista digital

- MARQUES 1975 MARQUES, José A., “Función pastoral y poder en la Iglesia”, *Ius canonicum*, 15:29, 1975, pp. 159-185
- MARQUES 1993 MARQUES, João Francisco, “Fransicanos e Dominicanos Confessores dos Reis Portugueses das duas Primeiras Dinastias”, en *Revista da Faculdade de Letras-Línguas e Literaturas. Anexo V - Espiritualidade e Corte em Portugal, Séc. XVI-XVIII*, Porto (1993), pp. 53-60
- MARTÍN 1995 MARTÍN, José Luis, “Juan Gil: retrato en negro del clero del siglo XIII”, en *Anales de historia antigua y medieval*, nº 28 (1995), pp. 147-156.
- MARTÍN 2003 MARTÍN, José Luis, *Enrique IV de Castilla, rey de Navarra, príncipe de Cataluña*, Hondarribia, Nerea, 2003
- MARTIN 2012 MARTIN, Georges, “Reforma litúrgica, infantazgo y protagonismo femenino bajo el reinado de Alfonso VI”, en ESTEPA DÍEZ, Carlos; FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, Etelvina; RIVERA BLANCO, Javier (dirs.) *Alfonso VI y su legado. Actas del Congreso Internacional. Sahagún, 29 de octubre al 1 de noviembre de 2009. IX Centenario de Alfonso VI (1109-2009)*, León: Diputación Provincial de León, Instituto Leonés de Cultura, 2012, pp. 115-120.
- MARTÍN PRIETO 2007 MARTÍN PRIETO, Pablo, “Sobre la promoción regia de la Orden franciscana en la Corona de Castilla durante el primer reinado Trastámara”, en *Hispania Sacra*, LIX, 119 (enero-junio/2007), pp. 51-83
- MARTÍNEZ 1889 MARTÍNEZ AÑÍBARRO Y RIVES, Manuel, *Intento de un diccionario biográfico y bibliográfico de autores de la provincia de Burgos*, Madrid, 1889

- MARTÍNEZ 1988 MARTÍNEZ, Rafael, *La catedral de Palencia. Historia y arquitectura*, Palencia: Merino A.G., 1988
- MARTÍNEZ CASADO 1994 MARTÍNEZ CASADO, Ángel, *Lope de Barrientos: Un intelectual en la Corte de Juan II*, Salamanca: San Esteban, 1994
- MARTÍNEZ CASADO 1997 MARTÍNEZ CASADO, Ángel, "Lope de Barrientos", en FARTOS MARTÍNEZ, Maximiliano; VELÁZQUEZ CAMPO, Lorenzo (coords.), *La Filosofía española en Castilla y León: De los orígenes al Siglo de Oro*, Salamanca: Universidad de Valladolid, Caja Duero, 1997, pp. 87-95
- MARTÍNEZ CASADO 2014 MARTÍNEZ CASADO, Ángel, "Fray Luis de Valladolid", en <http://www.dominicos.org/grandes-figuras/personajes/luis-de-valladolid>, consultado el 4 de julio de 2014.
- MARTÍNEZ DÍEZ 1970 MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, "Algunos aspectos de la Penitencia en la Iglesia visigodo-mozarábica", en *La patrología toledano-visigoda. XXVII Semana española de tología (Toledo, 25-29 de septiembre de 1967)*, Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1970, pp. 121-134
- MARTÍNEZ DÍEZ 2003 MARTÍNEZ DÍEZ, Gonzalo, *Alfonso VI. Señor del Cid, conquistador de Toledo*, Madrid: Temas de Hoy, 2003
- MARTÍNEZ GÁZQUEZ 1998 MARTÍNEZ GÁZQUEZ, José, "Moralización de las piedras preciosas en la Historia Naturalis de Juan Gil de Zamora (1240-1320)", en *Faventia: Revista de filología clásica*, ISSN 0210-7570, nº 20, fasc. 2 (1998. ejemplar dedicado a: *Homenatge a M. Balasch*), pp. 177-186

- MARTÍNEZ MEDINA 2011a MARTÍNEZ MEDINA, Francisco Javier, "Fray Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada. Bosquejo biográfico", en MARTÍNEZ MEDINA, Francisco Javier; BIERACK, Martín, *Fray Hernando de Talavera. Primer arzobispo de Granada. Hombre de iglesia, estado y letras*, Granada: Universidad, facultad de teología, 2011, pp. 13-101
- MARTÍNEZ MEDINA 2011b MARTÍNEZ MEDINA, Francisco Javier, "El pensamiento político de fray Hernando de Talavera en el oficio de la toma de Granada", en MARTÍNEZ MEDINA, Francisco Javier; BIERACK, Martín, *Fray Hernando de Talavera. Primer arzobispo de Granada. Hombre de iglesia, estado y letras*, Granada: Universidad, facultad de teología, 2011, pp. 101-138
- MARTÍNEZ MILLÁN 2011 MARTÍNEZ MILLÁN, José, "El cardenal Cisneros, un gran patrón cortesano", en DE BUNES IBARRA, Miguel Ángel; ALONSO ACERO, Beatriz (coords.), *Orán: historia de la corte chica*, Madrid: Polifemo, 2011, pp. 83-118
- MARTÍNEZ PEÑAS 2007 MARTÍNEZ PEÑAS, Leandro, *El Confesor del rey en el Antiguo Régimen*, Madrid, Editorial Complutense, 2007
- MEENS 2006a MEENS, Rob, "Penitential questions: sin, satisfaction, and reconciliation in the tenth and eleventh centuries", en *Early Medieval Europe*, vol. 14:1 (2006), pp. 1-6.
- MEENS 2006b MEENS, Rob, "Penitentials and practice of penance in tenth and eleventh centuries", en *Early Medieval Europe*, 14:1 (2006) pp. 7–21.
- MÉNDEZ PÉREZ 2007 MÉNDEZ PÉREZ, J., "La familia de San Roderndo en la fundación del monasterio de Chantada", en *Estudios Mindonienses. Anuario de Estudios histórico-teológicos*

- de la diócesis de Mondoñedo-Ferrol*, nº 23 (2007) pp. 125-182
- MENÉNDEZ
PIDAL 1964 MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, “Introducción”, en MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (coord.), *Historia de España*, vol. XV, *Los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo XV*, Madrid: Espasa-Calpe, 1964, pp. I-CLXIV
- MESSEGUER
1970 MESSEGUER FERNÁNDEZ, Juan, “Isabel la Católica y los franciscanos”, en *Archivo ibero-americano. Revista trimestral de estudios históricos publicada por los pp. franciscanos*, año XXX nº 119 (julio-septiembre/1970), pp. 265-310
- MEYUHAS
1996 MEYUHAS GINIO, Alisa, “The Fortress of Faith – At the End of the West: Alonso de Espina and his *Fortalitium Fidei*”, en LIMOR, Ora; STROUMSA, Guy G. (eds.) *Contra Iudaeos: Ancient and Medieval polemics between christians and Jews*, Tubinga: J.C.B. Mohr (Paul Siebeck), 1996, pp. 215-237.
- MEYUHAS
1998 MEYUHAS GINIO, Aliha, *De bello iudaeorum: Fray Alonso de Espina y su Fortalitium fidei*, Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 1998.
- MICHAUD-
QUANTIN
1962 MICHAUD-QUANTIN, Pierre, *Sommes de casuistique et manuels de confession au Moyen Âge (XII^e-XV^e siècles)*, Lille-Lovaina-Montréal, 1962
- MILLARES;
VARELA 1932 MILLARES CARLO, Agustín; VARELA HERVÍAS, Eulogio, *Documentos del Archivo General de la Villa de Madrid*, publicados bajo la dirección del archivero de la villa Ángel PÉREZ CHOZAS, Madrid, 1932

- MINGUELLA Y ARNEDO 1910 MINGUELLA Y ARNEDO, Toribio, *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos*, Madrid, vol. 1, 1910
- MÍNGUEZ 2000 MÍNGUEZ, José María, *Alfonso VI: poder, expansión y reorganización interior*, Hondarribia: Nerea, 2000
- MINOIS 1988 MINOIS, Georges, *Le confesseur du roi: Les directeurs de conscience sous la monarchie française*, Fayard, 1988
- MITRE 1998 MITRE FERNÁNDEZ, Emilio, “La muerte del rey: La historiografía hispánica (1200-1348) y la muerte entre las élites”, *En la España Medieval*, 11, 1998, pp. 167-183
- MITRE 2001 MITRE FERNÁNDEZ, Emilio, *Una muerte para un rey. Enrique III*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2001
- MITRE 2004 MITRE FERNÁNDEZ, Emilio, “Lo real, lo mítico y lo edificante en la precaria salud de un monarca medieval: Enrique III de Castilla como paradigma (1390-1406)”, en *Hispania sacra. Revista española de historia eclesiástica*, vol. 56 (2004), pp. 7-28
- MIURA 2014 MIURA ANDRADES, José María, “Las reformas tempranas del franciscanismo castellano: eremitas, conventos y obediencias en la Andalucía de los siglos XIV y XV”, *Semata: Ciências sociais e humanidades*, nº 26 (2014), pp. 111-128
- MONSALVO 1999 MONSALVO ANTÓN, José María, “Algunas consideraciones sobre el ideario antijudío contenido en el *Liber III* del *Fortalitium fidei* de Alonso de Espina”, *Aragón en la Edad Media, XIV-XV: homenaje a la profesora Carmen Orcástegui Gros*, dirigido por María Isabel Falcón Pérez, Zaragoza: Universidad de Zaragoza, facultad de Filosofía

- y Letras, Departamento de Historia Medieval, 1999, vol. 2, pp. 1061-1087
- MONTERDE 1996 MONTERDE ALBIAC, Cristina, *Diplomatario de la reina Urraca de Castilla y León (1109-1126)*, Zaragoza: Anubar, 1996
- MONTERO 2007 MONTERO MORENO, Ana M., "La divulgación de la ciencia en el Lucidario de Sancho IV", en *Lemir*, 11 (2007), pp. 179-196
- MORGADO 1997 MORGADO GARCÍA, Arturo, "Pecado y confesión en la España Moderna. Los manuales de confesores", en *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, nº 8-9 (1996-1997), pp. 119-148
- MOSQUERA 2001 MOSQUERA AGRELO, Manuel, "Una peculiar manifestación del poder episcopal en la catedral de Lugo. Don Pedro López de Aguiar y su proyecto de dignificación de la capilla de Santo Domingo", en *Hispania. Revista española de Historia*, LXI/2, nº 208 (2001), pp. 475-492
- MOSTERT 2008 MOSTERT, Marco, "Forgery and Trust", en Schulte, Petra; Mostert, Marco; van Renswoude, Irene (eds.), *Strategies of Writing. Studies on Text and Tust in the Middle Ages*, Brepols, 2008
- Moxó 1990 DE MOXÓ, Salvador, "Época de Alfonso X", en Menéndez Pidal, Ramón (dir.), *Historia de España*, tomo XIII*: La expansión peninsular y mediterránea (c. 1212-1350). La Corona de Castilla. Por TORRES FONTES, Juan [et. al.], Madrid: Espasa-Calpe, 1990, pp. 89-206
- MURGUÍA 1943 MURGUÍA, Manuel, *Don Diego Gelmírez*, Buenos Aires: Editorial Nova, 1943 (1ª edición 1898).

- MURRAY 1998 MURRAY, Alexander, "Counselling in Medieval Confession", en BILLIS, Peter; MINNIS, A. J. (eds.) *Handling sin: confession in the Middle Ages*, York: York Medieval Press, 1998, pp. 63-77.
- MUZZARELLI 1994 MUZZARELLI, Maria Giuseppina, *Penitenze nel Medioevo. Uomini e modelli a confronto*, Bologna: Pàtron Editore, 1994
- NETANYAHU 1997 NETANYAHU, Benzion, "Alonso de Espina: Was He a New Christian?", en NETANYAHU, Benzion (ed.), *Toward the Inquisition on jewish and converso history in late medieval Spain*, Cornell University Press, 1997, pp. 43-75
- NETANYAHU 2001 NETANYAHU, Benzion, "Causas y fines de la Inquisición española", en VALDEÓN BARUQUE, Julio (ed.), *Isabel la Católica y la política. Ponencias presentadas al I Simposio sobre el reinado de Isabel la Católica, celebrado en las ciudades de Valladolid y México en el otoño de 2000*, Valladolid: Instituto Universitario de Historia Simancas, Ámbito Ediciones, 2001, pp. 315-331
- NIETO 1988a NIETO SORIA, José Manuel, *Fundamentos ideológicos del poder real en Castilla (siglos XIII-XVI)*, Madrid, Eudema, 1988
- NIETO 1988b NIETO SORIA, José Manuel, *Iglesia y poder real en Castilla. El episcopado, 1250-1350*, Madrid: Universidad Complutense, 1988
- NIETO 1990 NIETO SORIA, José Manuel, "La configuración eclesiástica de la realeza Trastámara en Castilla (1369-1474): Una perspectiva de análisis", *En la España Medieval*, 13, 1990, pp. 133-162

- NIETO 1992a NIETO SORIA, José Manuel, “Les clerics du roi e les origines de l’état moderne en Castille: propagande et legitimation (XIII^{ème}-XV^{ème} siècles) en Journal of Medieval History, 18 (1992), pp. 297-318
- NIETO 1992b NIETO SORIA, José Manuel, “Del rey oculto al rey exhibido; un síntoma de las transformaciones políticas en la Castilla bajomedieval”, en *Medievalismo: Boletín de la Sociedad Española de Estudios Medievales*, nº 2 (1992), pp. 5-28
- NIETO 1994 NIETO SORIA, José Manuel, *Iglesia y génesis del Estado Moderno en Castilla (1369-1480)*, 1994
- NIETO 1998 NIETO SORIA, José Manuel, “Los proyectos de reforma eclesiástica de un colaborador de Juan II de Castilla: el obispo Barrientos”, en *Tomás Quesada Quesada: Homenaje*, Granada: Universidad de Granada, 1998, pp. 493-516
- NOGALES 2008 NOGALES RINCÓN, David, “Confesar al rey en la Castilla bajomedieval (1230-1504)”, en Ana Isabel CARRASCO MANCHADO, María del Pilar RÁBADE OBRADÓ (coords.), *Pecar en la Edad Media*, Madrid, Sílex, 2008, pp. 55-79
- NOGALES 2009 NOGALES RINCÓN, David, “La representación religiosa de la Monarquía castellano-leonesa: la Capilla Real (1252-1504)”, tesis doctoral bajo la dirección de José Manuel Nieto Soria, Departamento de Historia Medieval, Madrid: Universidad Complutense de Madrid, 2009
- NORIEGA 2013 NORIEGA, Roberto, “«Reinar es servir»: Ética para Isabel la Católica”, en *Moralia. Revista de ciencias morales*, vol. XXXVI, nº 140 (2013), pp. 383-403

- O'CALLAGHAN 1985 O'CALLAGHAN, Joseph, "The integration of Christian Spain into Europe: The role of Alfonso VI of León-Castile", en REILLY, Bernard F. (dir.), *Santiago, Saint-Dénis, and Saint Peter. The Reception of the Roman Liturgy in León-Castile in 1080*, Nueva York: Fordham University Press, 1985, pp. 101-120.
- O'DONNELL 1910 O'DONNELL, M. J., "The Seal of Confession. An Historical Review", en *The Irish Theological Quaterly*, vol. V (enero/1910), pp. 36-52
- OCHOA BRUN 1990 OCHOA BRUN, Miguel Ángel, *Historia de la diplomacia española*, volumen 1, Madrid: Ministerio de Asuntos Exteriores, 1990
- OREJÓN 1917 OREJÓN CALVO, Anacleto, *Historia del convento de santa Clara de Astudillo*, Palencia, 1917
- ORLANDIS 1954 ORLANDIS ROVIRA, José, "Traditio corporis et animae: (la familiaritas en las Iglesias y Monasterios españoles en la alta Edad Media)", en *Anuario de historia del derecho español*, vol. 24 (1954), pp. 95-279.
- ORTALLI 2004 ORTALLI, Gherardo, "Europa-christianitas. Tra Giorgio di Trebisonda e Enea Silvio Piccolomini", en ANDENNA, Giancarlo; HOUBEN, Hubert (coord.), Bari, 2004, pp. 783-798
- ORTEGA 2004 ORTEGA SERRANO, Antonio, *Vida y milagros de un santo: Paseos por sierra Morena III*, Córdoba: Obra Social y Cultural Cajasur, 2004
- ORTEGO 2013 ORTEGO RICO, Pablo, *Hacienda, poder real y sociedad en Toledo y su Reino (siglo XV-principios del XVI)*, memoria para la obtención del grado de Doctor, bajo la dirección

del Dr. D. Miguel Ángel Ladero Quesada, Departamento de Historia Medieval, Universidad Complutense de Madrid, 2013

- | | |
|-------------------------------|---|
| ORTÍ Y
BELMONTE
1959 | ORTÍ Y BELMONTE, Miguel, <i>Episcopologio Cauriense</i> , Diputación Provincial de Cáceres, Servicios Culturales, 1959 |
| PALLARES,
PORTELA
2006a | PALLARES MÉNDEZ, María del Carmen; PORTELA SILVA, Ermelindo, "La Reina Urraca y el Obispo Gelmírez: Nabot contra Jezabel", en <i>Lucensia. Miscelánea de cultura e investigación</i> , nº 33, vol. XVI (2006), pp. 231-240. |
| PALLARES;
PORTELA
2006b | PALLARES, María del Carmen; PORTELA, Ermelindo, <i>La reina Urraca</i> , San Sebastián: Nerea, 2006 |
| PALOMO
1972a | PALOMO, C. (1972) "Confesores dominicos de los reyes de España (1218-1740)", en ALDEA VAQUERO, Quintín; MARÍN MARTÍNEZ, Tomás, VIVES GATELL, José (dirs.), <i>Diccionario de Historia Eclesiástica de España</i> , Instituto Enríquez Flórez, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 1972, pp. 600-601, p. 600. |
| PALOMO
1972b | PALOMO, C., "VALLADOLID, Luis de, OP", en ALDEA VAQUERO, Quintín; MARÍN MARTÍNEZ, Tomás, VIVES GATELL, José (dirs.), <i>Diccionario de Historia Eclesiástica de España</i> , Instituto Enríquez Flórez, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 1972 |
| PARDO 1943 | PARDO VILLAR, Aureliano, "Dominicos lucenses ilustres: el obispo fray Pedro López de Aguiar", <i>Boletín de la Comisión de Monumentos de Lugo</i> , vol. I, nº 1, 1943, pp. 113-116 |

- PARRILLA 2014 *Hernando de Talavera: Dos escritos destinados a la reina Isabel. Colación muy provechosa. Tratado de loores de San Juan Evangelista*, edición y estudio de Carmen Parrilla, Valencia: Universitat, 2014
- PASCUAL MARTÍNEZ 1973 PASCUAL MARTÍNEZ, Lope, "La Cancillería de Enrique II de Castilla", en *Miscelánea medieval murciana*, vol. 1 (1973), pp. 175-202
- PASTOR 1997 PASTOR GARCÍA, Juan Tomás, "Juan Gil de Zamora", en FARTOS MARTÍNEZ, Maximiliano; VELÁZQUEZ CAMPOS, Lorenzo (coords.), *La Filosofía Española en Castilla y León: De los orígenes al Siglo de Oro*, Salamanca: Universidad de Valladolid, Caja Duero, 1997, vol. 1, pp. 57-70
- PÉREZ 2014 PÉREZ, Joseph, *Cisneros, el cardenal de España*, Madrid: Taurus, Fundación Juan March, 2014
- PÉREZ DE URBEL 1998 PÉREZ DE URBEL, Justo, "San Rosendo y Celanova en el Cartulario de Sobrado", en *Signo: revista de historia de la cultura escrita*, nº 5 (1998), pp. 99-108.
- PORTELA 2007 PORTELA, Ermelindo, "Diego Gelmírez. Los años de preparación (1065-1110)", en *Studia Historica, Historia medieval*, nº 25 (2007), pp. 121-141
- PROSPERI 1996 PROSPERI, Adriano, *Tribunali della coscienza. Inquisitori, confessori, missionari*, Turín, Giulio Einaudi editore, 1996
- PROSPERI 2000 PROSPERI, Paolo, *Una storia della giustizia. Dal pluralismo dei fori al moderno dualismo tra coscienza e diritto*, Le edizioni del Mulino, Bologna, 2000
- PUIG Y PUIG 1920 PUIG Y PUIG, Sebastián, *Episcopologio Barcinonense: Pedro de Luna, último Papa de Aviñón (1387-1430)*, Barcelona: Editorial Políglota, 1920

- R. M. J. DE C. 1849 R. M. J. DE C., *Compendio de la vida y milagros del glorioso S. Álvaro de Córdoba, en el que se reseña la historia del Santuario de Sto. Domingo de Scala-Coeli*, Córdoba, 1849
- RÁBADE 2008 RÁBADE OBRADÓ, María del Pilar, “El entorno judeoconverso de la Casa y Corte de Isabel la Católica”, en MARTÍNEZ MILLÁN, José; MARÇAL LOURENÇO, María Paula (coords.), *Las relaciones discretas entre las monarquías hispana y portuguesa: las Casas de las reinas (siglos XV-XIX)*, Madrid: Ediciones Polifemo, 2008, vol. 2, pp. 887-917
- RAMÍREZ 1976 RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro, *Paseos por Córdoba, o sean apuntes para su historia*, Córdoba: Editorial Everest-León, 1976 (1ª edición, 1936)
- RAMÓN FORT 1879 RAMÓN FORT, Carlos, *España Sagrada*, tomo LI: *de los obispos españoles titulares de Iglesias in partibus infidelium, o auxiliares en las de España*, obra póstuma, coordinada y aumentada por Vicente de la Fuente, Madrid, 1879
- REILLY 1982 REILLY, Bernard F., *The Kingdom of León-Castilla under Queen Urraca*, Princeton: Princeton University Press, 1982
- REILLY 1985 REILLY, Bernard F., “The Chancery of Alfonso VI of León-Castile (1065-1109)”, en REILLY, Bernard F. (dir.), *Santiago, Saint-Denis, and Saint Peter. The Reception of the Roman Liturgy in León-Castile in 1080*, Nueva York: Fordham University Press, 1985, pp 1-40
- REILLY 1987 REILLY, Bernard F., “Alfonso VI: Conqueror, politician, europeanizer”, *Estudios sobre Alfonso VI y la Reconquista*

- de Toledo. Actas del II Congreso Internacional de Estudios Mozárabes (Toledo, 20-26 de mayo de 1985)*, Toledo: Instituto de estudios visigótico-mozárabes, 1987, vol. I, pp. 13-30.
- REILLY 1998 REILLY, Bernard F., *The Kingdom of León-Castilla Under King Alfonso VII, 1126-1157*, Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 1998.
- RIBES MONTANÉ 1979 RIBES MONTANÉ, Pedro, *Relaciones entre la Potestad Eclesiástica y el Poder Secular, según san Ramón de Penyafort. Estudio histórico-jurídico*, Roma: Instituto Español de Historia eclesiástica, 1979.
- RÍSQUEZ 2010 RÍSQUEZ MADRID, Antonia, *Edición crítica y comentario de Clavis Sapientiae. La llave del saber de Lope de Barrientos en la Edad Media española*, tesis doctoral dirigida por el catedrático Dr. D. Tomás González Rolán, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Filología Latina, 2010, vol. 1 (estudio)
- RIVERA 1962 RIVERA RECIO, Juan Francisco, *El Arzobispo de Toledo Don Bernardo de Cluny*, Roma: Iglesia Nacional de España, 1962
- RIVERO 2006 RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel, *Diplomacia y relaciones exteriores en la Edad Moderna. De la Cristiandad al Sistema Europeo: 1453-1794*, Madrid: Alianza Editorial, 2006.
- RODÍGUEZ DE LA PEÑA 2014 RODRÍGUEZ DE LA PEÑA, Manuel Alejandro, "Carlomagno y la realeza sapiencial", en Peña González, José; Rodríguez de la Peña, Manuel Alejandro (), *Carlomagno y la civilización carolingia. Estudios conmemorativos en el*

1.200 aniversario (814-2014), Madrid: CEU Ediciones, 2014, pp. 225-140.

- RODRÍGUEZ DE LA LAMA 1952 RODRÍGUEZ DE LA LAMA, ILDEFONSO, "Crónica-itinerario del reinado de los Reyes Católicos escrita en el siglo XVI (1468-1517)", en *Berceo*, nº 22 (1952), pp. 163-176
- RODRÍGUEZ LÓPEZ 1988 RODRÍGUEZ LÓPEZ, Ana, "La política eclesiástica de la monarquía castellanoleonesa durante el reinado de Fernando III (1217-1252)", en *Hispania*, vol. XLVIII, nº 168 (enero-abril/1988), pp. 7-48
- RODRÍGUEZ-SAN PEDRO 2014 RODRÍGUEZ-SAN PEDRO, Luis E., "Historia de las universidades: el marco medieval. Origen y consolidaciones", en <http://universidades.universia.es/universidades-de-pais/historia-de-universidades/historia-universidad-espanola/marco-medieval/historia-universidades-marco-medieval-origen-consolidaciones.html>, consultado el 9 de julio de 2014
- ROUILLARD 2009 ROUILLARD, Philippe, *Historia de la penitencia: desde los orígenes a nuestros días*, Bilbao: Ediciones Mensajero, 2009
- RUBIAL 2001 RUBIAL GARCÍA, Antonio, "Isabel de Castilla y los movimientos religiosos en España durante su reinado. Su impacto en América", en VALDEÓN BARUQUE, Julio (ed.), *Isabel la Católica y la política. Ponencias presentadas al I Simposio sobre el reinado de Isabel la Católica, celebrado en las ciudades de Valladolid y México en el otoño de 2000*, Valladolid: Instituto Universitario de Historia Simancas, Ámbito Ediciones, 2001, pp. 351-362

- RUBIO 1972 RUBIO, P., "MORALES, Juan, OP", ALDEA VAQUERO, Quintín; MARÍN MARTÍNEZ, Tomás, VIVES GATELL, José (dirs.), *Diccionario de Historia Eclesiástica de España*, Instituto Enríquez Flórez, Consejo Superior de Investigaciones científicas, Madrid, 1972
- RUIZ ALBI 2003 RUIZ ALBI, Irene, *La reina Doña Urraca (1109 - 1126): cancillería y colección diplomática*, León: Centro de estudios e investigación "san Isidoro", Caja España de inversiones, Archivo Histórico Diocesano, 2003
- RUSCONI 1981 RUSCONI, Roberto, "De la prédication à la confession: Transmission et contrôle de modèles de comportement au XIII^e siècle", en VAUCHEZ, André (coord.), *Faire croire. Modalités de la diffusion et de la réception des messages religieux du XII^e au XV^e siècle. Table ronde organisé par l'Ecole française de Rome (Rome, 22-23 juin, 1979)*, Roma, 1981, pp. 67-85
- RUSCONI 2003 RUSCONI, Roberto, "«Hoc salutare statutum»: la politica sacramentale di Innocenzo III", en SOMMERLECHNER, Andrea (coord.), *Innocenzo III. Urbs et orbis; atti del congresso internazionale, Roma, 9 - 15 settembre 1998*, Roma, 2003, vol. 1, pp. 383-416
- SALAZAR Y ACHA 2000 DE SALAZAR Y ACHA, Jaime, *La Casa del Rey de Castilla y León en la Edad Media*, Madrid: Centro de estdios políticos y constitucionales, 2000
- SALONEN 2001 SALONEN, Kiri, *The Penitentiary as a Well of Grace in the Late Middle Ages. The example of the Province of Uppsala. 1448-1527*, Saarijävi: Gummerus Oy, 2001.
- SALVADOR 2005 SALVADOR MIGUEL, Nicasio, "Los magisterios de Lope de Barrientos I: El magisterio docente", en *Actas del IX*

- Congreso Internacional de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval (A Coruña, 12-22 de septiembre de 2001)*, edición y cuidado de Carmen Parrilla y Mercedes Pampín, tomo I, 2005, pp. 175-197. Ver pp. 178-179.
- SALVADOR MARTÍNEZ 2012 SALVADOR MARTÍNEZ, H., *Berenguela la grande y su época (1180-1246)*, Madrid: Polifemo, 2012.
- SÁNCHEZ DOMÍNGUEZ 2004 SÁNCHEZ DOMÍNGUEZ, Lucía, “La Gloria de María entre el cielo y el infierno: revisión de la iconografía de la Puerta de la Majestad de la Colegiata de Toro: Fray Juan Gil de Zamora ¿posible autor del programa?”, en YARZA LUACES, Joaquín; HERRÁEZ ORTEGA, María Victoria; BOTO VARELA, Gerardo (coords.), *Congreso Internacional “La Catedral de León en la Edad Media”*, 2004, pp. 637-648.
- SAUQUILLO 2001 SAUGUILLO, Julián, *Para leer a Foucault*, Madrid: Alianza Editorial, 2001
- SAURAS 1975 SAURAS, Emilio, “El carácter sagrado de los poderes de la Iglesia”, *Ius canonicum*, 15:29, 1975, pp. 15-43
- SELLE 1995 DE LA SELLE, Xavier, *Le service des âmes à la Cour. Confesseurs et aumôniers des rois de France du XIII^e au XV^e siècle*, París: École des Chartes, 1995
- SERRANO 1941 SERRANO, Luciano, “El canciller de Fernando III de Castilla”, en *Hispania: Revista española de historia*, nº 5 (1941), pp. 3-40
- SERRANO 1989 SERRANO GONZÁLEZ, Antonio, “Poder legal y poder pastoral”, en *Droit et Société*, 11/12 (1989), pp. 193-215
- SILVA 2010 SILVA VERASTEGUI, María Soledad, “Espacios para la penitencia pública y sus programas iconográficos en el

- Románico Hispano”, en *Clío & Crimen*, nº 7 (2010), pp. 111-135
- SITGES 1910 SITGES, J. B., *Las mujeres del rey Don Pedro I de Castilla*, Madrid, 1910
- SOLANO 1932 SOLANO DE FIGUEROSA Y ALTAMIRANO, Juan, *Historia Eclesiástica de la ciudad y obispado de Badajoz*, Badajoz, 1932, primera parte, volumen IV
- SOTO RÁBANOS 1998 SOTO RÁBANOS, José María, “Nuevos datos sobre el «Tratado de confesión» de Juan Martínez de Almazán”, en SOTO RÁBANOS, José María (coord.), *Pensamiento medieval hispano: homenaje a Horacio Santiago-Otero*, 1998, vol. 1
- SOTO RÁBANOS 2006 SOTO RÁBANOS, José María, “Visión y tratamiento del pecado en los manuales de confesión de la Baja Edad Media hispana”, en *Hispania Sacra*, LVIII, 118 (julio-diciembre/2006), pp. 411-447
- STEFANO 1988 DI STEFANO, Giuseppe, “Emplazamiento y muerte de Fernando IV entre prosas históricas y romancero. Una aproximación”, *Nueva Revista de filología Hispánica*, tomo XXXVI, nº 2, 1988, pp. 879-933.
- STEIN 2001 STEIN, Robert, “Preface”, en STEIN, Robert (ed.), *Powerbrokers in the Late Middle Ages. Les courtiers du pouvoir au Bas Moyen-Âge, les Pays-Bas bourguignons dans un contexte européen*, Brepols, 2001, pp. VII-IX
- SUÁREZ FERNÁNDEZ 1948 SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, “Capitulaciones matrimoniales entre Castilla y Portugal en el siglo XIV (1373-1383)”, en *Hispania*, 8:33 (octubre/diciembre-1948), pp. 531-561.

SUÁREZ FERNÁNDEZ 1956	SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, “Política internacional de Enrique II”, en <i>Hispania</i> , 16:62 (enero/marzo-1956), pp. 16-129.
SUÁREZ FERNÁNDEZ 1960	SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, <i>Castilla, el Cisma y la crisis conciliar (1378-1440)</i> , Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1960
SUÁREZ FERNÁNDEZ 1964	SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, “Los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo XV (1407-74)”, en MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (coord.), <i>Historia de España</i> , vol. XV, <i>Los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo XV</i> , Madrid: Espasa-Calpe, 1964, pp. 1-318
SUÁREZ FERNÁNDEZ 1965	SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, <i>Política internacional de Isabel la Católica, Estudio y documentos</i> , tomo I (1468-1481), Valladolid: Instituto “Isabel la Católica” de Historia Eclesiástica, 1965.
SUÁREZ FERNÁNDEZ 1977	SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, <i>Historia del reinado de Juan I de Castilla</i> , tomo I: <i>estudio</i> , Madrid: Universidad Autónoma, 1977
SUÁREZ FERNÁNDEZ 1982	SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, <i>Historia del reinado de Juan I de Castilla</i> , tomo II: <i>Registro documental (1371-1383)</i> , Madrid: Universidad Autónoma, 1982
SUÁREZ FERNÁNDEZ 1996	SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, “Segunda parte: la guerra de sucesión”, en MENÉNDEZ PIDAL, Ramón; JOVER ZAMORA, José María (dir.), <i>Historia de España</i> , vol. XVII-1, <i>La España de los Reyes Católicos (1474-1516)</i> , Madrid: Espasa-Calpe, 1996, pp. 81-386.
SUÁREZ FERNÁNDEZ	SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis, <i>Enrique IV de Castilla: La difamación como arma política</i> , Ariel, Barcelona, 2002

2002

- SUÁREZ GONZÁLEZ 2013 SUÁREZ GONZÁLEZ, Ana, "En torno a los libros de don Juan Rodríguez de Villalón, obispo de León († 1424): saberes y destinos", *Archivo Ibero-Americano*, año 73, nº 274, 2013, pp. 87-111
- SULLIVAN 2004 SULLIVAN, Thomas, *Parisian Licenciates in Theology, A.D. 1373-1500. A Biographical Register*, Leiden, Londres, Boston: Brill, 2004, 2011, 2 vols
- TANG 2007 TANG, Frank, "Royal Misdemeanour: Princely Virtues and Criticism of the Ruler in Medieval Castile (Juan Gil de Zamora and Álvaro Pelayo)", en István Pieter BEJCZY, Cory J. NEDERMAN (coords.), *Princely Virtues in the Middle Ages, 1200-1500, Herrchertugenden im Mittelalter*, Turnhout, 2007, pp. 99-121
- TEETAERT 1926 TEETAERT, Amédée, *La Confession aux laïques dans l'Église latine, depuis le VIII^e jusqu'au XIV^e siècle. Étude de théologie positive*, París: Universitas Catholica Lovaniensis, 1926
- THIEULIN-PARDO 2012a THIEULIN-PARDO, Hélène, "Introducción", in *Confesionario. Compendio del "Libro de las confesiones" de Martín Pérez*, Paris, SEMH-Sorbonne (Les Livres d'e-Spania "Sources", 2), 2012, [En ligne], mis en ligne le 20 mai 2012, consulté le 30 novembre 2012. URL : <http://espanialivres.revues.org/373>
- TONI 1935 TONI, Teodoro, *Don Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470). Su personalidad y actividades. El Tratado "De Pace et Bello"*, (del *Anuario de Historia del Derecho Español*), Madrid, 1935

- TORRE 1940 DE LA TORRE, Antonio, "Cisneros, confesor de la reina", en *Hispania: revista española de Historia*, 1:1 (octubre/diciembre de 1940), pp. 44-51.
- TORRE 1954 DE LA TORRE, Antonio, *La Casa de Isabel la Católica*, Madrid, 1954
- TORRES 1962 TORRES, Casimiro, "El «confessus» y «confessor» en las lápidas sepulcrales y de los cartularios gallegos, residuo tardío de una antigua disciplina penitencial", en *Cuadernos de Estudios Gallegos*, XVII, 51 (1962) pp. 154-174.
- TORRES FONTES 1953 TORRES FONTES, Juan, *Itinerario de Enrique IV de Castilla*, Murcia: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1953
- TORRES FONTES 1985 TORRES FONTES, Juan, *El príncipe don Alfonso y su itinerario. La contratación de Guisando. 1465-1468*, Murcia: Departamento de Historia Medieval, Universidad de Murcia, 1985 (2ª edición, 1ª edición 1971)
- TRAME 1958 TRAME, Richard H., *Rodrigo Sánchez de Arévalo, 1404-1470, Spanish Diplomat and Champion of the Papacy*, Washington, D. C.: Catholic University of America Press, 1958, Studies in Mediaeval History. New Series. Volume XV
- VACANT;
MANGENOT;
AMANN 1911 VACANT, A.; MANGENOT, E.; AMANN, E. (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique: contenant l'exposé des doctrines de la théologie catholique leurs preuves et leur histoire*, París: Letouzey et Ane, vol. III, 1911

- VALDALISO 2007 VALDALISO CASANOVA, Covadonga, "Privanza y privados en el reinado de Pedro I de Castilla", en *Historia, instituciones, documentos*, nº 34 (2007), pp. 293-305
- VALDEÓN 2002 VALDEÓN BARUQUE, Julio, *Pedro I el Cruel y Enrique de Trastámara. ¿La primera guerra civil española?*, Madrid: Aguilar, 2002
- VANDERJAGT 1985 VANDERJAGT, A. J., *Laurens Pignon, OP, confessor of Philip the Good*, Holanda, 1985
- VERÓN 1980 VERÓN, Eliseo, "Discurso del poder, poder del discurso", en *Anais du Primeiro Coloquio de Semiotica*, Sao Paulo, Rio de Janeiro: edições Loyola-PUC, 1980, pp. 85-98
- VÉRONÈSE 2010 VÉRONÈSE, Julien, "L'ordre politique selon le confesseur de Philippe le Bon", en ALLIROT, Anne-Hélène [et. al.], *Une histoire pour un royaume, XIIIe-XVe siècle: actes du colloque Corpus regni, organisé en hommage à Colette Beaune*, París, 2010, pp. 333-346
- VIDAL 2012 VIDAL, Marciano, "La «parábola moral» de una vida. Fray Hernando de Talavera (c. 1430-1500)", *Moralia. Revista de ciencias morales*, vol. XXXV, nº 133 (2012), pp. 49-76
- VIGIL 1885 VIGIL, Ciriaco Miguel, *Asturias monumental, epigráfica y diplomática. Datos para la historia de la provincia*, Oviedo, 1887.
- VILLARROEL 2006 VILLARROEL GONZÁLEZ, Óscar, *Las relaciones monarquía-Iglesia en la época de Juan II de Castilla (1406-1454)*, tesis doctoral defendida en la Universidad Complutense de Madrid, 2006

- VILLARROEL 2009 VILLARROEL GONZÁLEZ, Óscar, *El rey y el papa. Política y diplomacia en los albores del Renacimiento (el siglo XV en Castilla)*, Madrid, 2009
- VILLARROEL 2010 VILLARROEL GONZÁLEZ, Óscar, "Eclesiásticos en la diplomacia castellana en el siglo XV", en *Anuario de Estudios Medievales*, 40/2 (julio-diciembre/2010), pp. 791-819, p. 796.
- VOGEL 1983 VOGEL, Cyrille, "Introduction: Réflexions de l'historien sur la discipline pénitentielle dans l'Église latine", en *En rémission des péchés. Recherches sur les systèmes pénitentiels dans l'Église latine*, editado por Alexandre Faivre, Aldershot (Hampshire), Brookfield (Vermont): Variorum, 1994, Estudio I. Publicado originariamente en *Cahiers du Cercle Ernest-Renan* 129. Paris, 1983, pp. 29-37
- WAQUET 2010 WAQUET, Jean-Claude, "Introduction", en PÉGUIGNOT, Stéphane [et. al], *Paroles de négociateurs. L'entretien dans la pratique diplomatique de la fin du Moyen Âge à la fin du XIX^e siècle*, Roma: École Française de Rome, 2010
- WEISSBERGER 1998 WEISSBERGER, Barbara F., "«Me atrevo a escribir así»: confessional politics in the letters of Isabel I and Hernando de Talavera", en STONE, Marilyn; BENITO-VESSELS, Carmen, *Women at work in Spain: from the Middle Ages to Early Modern times*, Nueva York, 1998, pp. 147-165
- YARZA 1998 YARZA LUACES, Joaquín, *Beato de Liébana. Manuscritos iluminados*, Barcelona: Moleiro Editor, 1998
- YARZA 2008 YARZA LUACES, Joaquín, "Los dominicos y los Reyes Católicos. Relaciones e instrumentalización de sus santos", en ESPAÑOL, Francesca; FITÉ, Francesc (eds.),

Hagiografía peninsular en els segles medievals, Llérida:
Edicions Universitat de Lleida, 2008, pp. 269ss.